

Andrea López

Serie

MOMENTOS INESPERADOS

Un tropiezo inesperado | Un desafío inesperado





Andrea López

Serie

MOMENTOS INESPERADOS

Un tropiezo inesperado | Un desafío inesperado



Un tropiezo inesperado

ANDREA LÓPEZ

Título: Un tropiezo inesperado
© 2023, Andrea López

De la maquetación: 2023, Romeo Ediciones

Primera edición: diciembre de 2023

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso

Índice

Prólogo
Capítulo 1 Un tropiezo con el pasado
Capítulo 2 Un desayuno que no llegó
Capítulo 3 Tan dulce como un caramelo envenenado
Capítulo 4 El macarra de la placa
Capítulo 5 El wasap de María
Capítulo 6 ¡La madre que me parió!
Capítulo 7 La nieta de la vecina
Capítulo 8 Mentira tras mentira
Capítulo 9 Una hamburguesa con historia
Capítulo 10 La llamada
Capítulo 11 Conociendo a la tropa
Capítulo 12 Mi momento fan
Capítulo 13 Lo que la lona esconde
Capítulo 14 Un paseo bajo la tormenta
Capítulo 15 Noticias de Ulloa
Capítulo 16 Carlos y Mariano
Capítulo 17 Nueva visita a la oficina
Capítulo 18 ¡El policía soplón!
Capítulo 19 Como una granada de mano
Capítulo 20 La videollamada
Capítulo 21 Con sirenas y a lo loco
Capítulo 22 La espera
Capítulo 23 Una visita inesperada
Epílogo
Biografía
Otros libros de la Autora

Prólogo

IRIA

Mi vida está rota, yo estoy rota. El mundo que conozco se tambalea ante mí y, aunque el suelo permanece firme bajo mis temblorosos pies, tengo la sensación de estar en el epicentro de un terremoto de ocho grados en la escala de Richter.

Siempre me he considerado una persona fuerte, una de esas que, pase lo que pase, mira hacia delante y, sin embargo, ahora, de repente, paralizada en medio del salón, con la vista clavada en la puerta por la que acaba de esfumarse más de la mitad de mi vida, me siento como una frágil pompa de jabón que ha intentado por todos los medios mantenerse en suspensión y que, sin previo aviso, acaba de estrellarse contra el suelo salpicando hacia todos lados.

Una lágrima se desliza por mi mejilla mientras la molesta vocecilla interior que llevo tiempo intentado silenciar me recuerda que eso no es del todo cierto. Avisos ha habido, ¡claro que sí! ¡Muchos y muy diversos chispazos de realidad que, de forma inconsciente, me he esforzado por ignorar!

Y no es porque intentase autoengañarme, nada de eso, lo que ocurre es que a veces el miedo y la incertidumbre nos hacen desviar la mirada para obviar aquello a lo que no nos resulta cómodo enfrentarnos, con la esperanza de que las cosas cambien o mejoren por sí solas y, por desgracia, lo que suele pasar es justo lo contrario, que lo vas dejando, lo vas dejando y, antes de darte cuenta, todos esos pequeños chispazos crecen y acaban convirtiéndose en una inmensa bola de fuego que aumenta y aumenta hasta que termina explotándote en toda la cara, sumiéndote en la más absoluta confusión, haciéndote sentir sola y desamparada, y así es justo como me siento yo.

Terriblemente sola, angustiada, con la sensación de haber fracasado y con la única compañía de ese Pepito Grillo interior que me recuerda una y otra vez, a pesar de que no quiero escucharlo, que todo lo que acaba de pasar estaba más que anunciado, haciéndome sentir incluso más culpable y miserable si cabe por no haber podido o sabido encontrar una solución que me hubiese evitado encontrarme en esta situación.

No obstante, es aquí cuando la soledad me rodea y parece envolverme ocultando todo lo demás. Asfixiándome, robándome el aliento y arrebatándome la fuerza y la energía; es en este momento exacto en que el frío penetra en mi cuerpo y me entumece los músculos, haciéndome sentir frágil y pequeña, cuando el calor y el afecto que encierran un recuerdo, una sonrisa sincera o una mirada amiga suponen la diferencia entre dejarme ir, regodeándome en la pena, o luchar por sobrevivir.

Al fin y al cabo…, ¿no necesitamos todos de vez en cuando un pequeño empujón?

Pues eso fue lo que él significó para mí. Un empujón y el principio de esta historia, mi historia.

Capítulo 1
Un tropiezo con el pasado

IRIA

De mala gana me pongo una chaqueta de lana por encima de la andrajosa camiseta de los Picapiedra que llevo varios días sin quitarme y busco las llaves de la puerta en la parte superior del mueble del recibidor.

Un ronroneo alto y claro reclama mi atención y desciendo la mirada buscando a Scar; mientras mi fiel compañero se restriega contra mi pierna, yo le dedico un suspiro resignado.

Sus preciosos ojos ambarinos se clavan en los míos y, como si intentase infundirme ánimo, vuelve a ronronear.

Adoro a esta entrañable bolita de pelo que llegó a mi vida hace más de tres años, como suelen llegar muchas de las mejores cosas de la vida: sin planearlo y por casualidad.

Lo encontré una noche que llovía a mares deambulando cerca del portal de mi casa; apenas tendría dos meses de vida, estaba empapado y maullaba sin parar, se le veía tan pequeñito y desvalido que, a pesar de que nunca me han gustado demasiado los gatos, no tuve corazón para dejarlo abandonado a su suerte.

La cara de Carlos, mi por entonces marido, cuando me vio aparecer en casa sosteniendo al animal contra mi pecho fue un poema, uno de esos supertrágicos y que acaban fatal.

Al principio intentó convencerme para llevarlo a una protectora, pero me negué. Es difícil de explicar, pues apenas llevaba conmigo unos minutos, pero una parte de mí ya sentía a ese pequeño peludito como mío y no quería deshacerme de él, y no me equivoqué.

Esa fue, sin lugar a dudas, una de las mejores decisiones de mi vida, ya que desde entonces este precioso azul ruso de pelaje gris e increíbles ojos —cuya cara de mala leche nada tiene que ver con su carácter tranquilo y bonachón— se ha convertido en mi amigo más incondicional, el que no se ha separado de mi lado ni un solo segundo desde que hace un mes, mi marido, el innombrable, me dejó y se largó.

Un eterno mes durante el que he perdido la noción del tiempo, en el que tomar una ducha se me ha antojado un sacrificio innecesario, cambiarme de ropa un trabajo demasiado costoso y en el que he terminado por alimentarme a base de conservas que tenía en la despensa y leche con cereales porque el simple hecho de pensar en salir de casa para ir al supermercado me resulta agotador. Total, tampoco es que me apetezca comer; todo lo contrario: desde que Carlos se fue, siento una piedra oprimiéndome el estómago y mi apetito parece haberse largado con él.

Por desgracia para mí, Scar sí que continúa comiendo como una lima y por eso ahora que la última de sus latitas se ha terminado urge una visita al supermercado, lo cual es un coñazo porque no me apetece un carajo.

Ni siquiera tengo ganas de hablar. Durante mis primeras dos semanas de autoencierro, me

obligué a responder las llamadas de mi madre para no preocuparla; después de quince días, cuando el teléfono le resultó insuficiente e insistió en venir a verme me inventé que Carlos y yo nos íbamos de viaje lo que quedaba de mes.

No me siento orgullosa por mentirle, pero tampoco con fuerzas para explicarle lo que ha pasado, necesito tiempo y, de saber lo ocurrido, ella no me lo habría dado.

—Ya puedes dejar de mirarme así, te prometo que voy a ir a la compra y te traeré alguna de esas *delicatessen* que tanto te gustan —le digo a mi gato, y me agacho para acariciar con cariño el suave pelaje del lomo. Como si acabase de entender con exactitud lo que acabo de anunciar, Scar suelta un maullido complacido y se aleja de mis piernas para ir a tumbarse encima del sofá.

De mala gana salgo de casa y llamo al ascensor, rogando no encontrarme con ningún vecino.

Enseguida comprendo que ni en eso voy a tener suerte cuando en el momento en que la puerta se abre me tropiezo nada más y nada menos que con Lucía, mi vecina de arriba.

Una mujer de cincuenta años cuya genética es el resultado de la mezcla perfecta entre la vieja del visillo y la Santa Inquisición.

Durante unos segundos me planteo la posibilidad de huir y bajar por las escaleras, pero la intensa mirada que me dedica la susodicha me basta para entender que eso no haría más que aumentar su curiosidad y empeorar la situación.

—Buenas tardes —la saludo en cuanto pongo un pie dentro del pequeño habitáculo que tenemos que compartir, en un tono que pretende sonar seguro. mientras bajo la mirada al suelo.

—Iria, ¿te encuentras bien, bonita? —me pregunta ella recorriéndome de arriba abajo con desagrado, ignorando mi saludo y yendo directa al grano.

—Muy bien —respondo—. ¿Y usted?

—Encantada —se apresura a contestar, y esboza una sonrisa tan edulcorada que provoca diabetes con solo mirarla—. Como hace tiempo que no veo a tu marido por aquí… —deja caer.

«Ni lo verá, señora, ni lo verá», pienso para mis adentros mientras me afano en estudiar el suelo y evito decir una palabra de más para no darle nueva munición con la que atacar.

—Por cierto —añade—, espero que no os molesten los ensayos de Deborita, tiene un concierto importantísimo de violín la próxima semana y la pobrecita no para de practicar.

«Practicar» dice la muy ingenua… No si practicar, lo que se dice practicar, vamos, que sí practica Deborita; dudo que lo que tanto se afana en tocar sea el violín… Pero vaya que si practica.

—Para nada, escuchar a su niña es un placer —respondo intentando sonar creíble.

—Es que mi Deborita tiene un arte…

Abstracto, lo que tiene «Viborita» es arte abstracto… —murmuro por lo bajini.

—¿Decías algo? —me pregunta inclinándose hacia mí.

—Nada, nada, que Deborita es un amor… —le aclaro dedicándole una inocente mirada.

Deborita, o más bien «Viborita», que es como yo la bauticé de forma «cariñosa» el día en que se insinuó a mi marido hace ya más de un año en este mismo ascensor, es una cría de dieciocho años que ha pasado por ni más ni menos que cuatro colegios, cada cual más caro que el anterior, sin dar un palo al agua en ninguno de ellos. Una nini en toda regla que pretende vivir a costa del dinero de sus padres sin molestarse en labrarse un futuro o trabajar y que, para colmo, mira a todo el que se encuentra en su camino como si ella fuese una especie de ser superior y el resto de la humanidad la escoria que tiene que esquivar para no ensuciarse los zapatos.

—Está estudiando mucho, todo el día con el instrumento dale que te pego —anuncia la orgullosa madre.

—Seguro, seguro que está estudiando un montón —asevero sin molestarme en concretar que lo que estudia no es música, sino anatomía masculina con el violinista y que el instrumento al que su madre se refiere más que de violín tiene forma de flauta.

Por suerte, el ascensor llega a la planta inferior y, tras despedirme a toda prisa de mi adorada vecina, salgo escopeteada al exterior.

En cuanto pongo un pie en la calle siento la necesidad de detenerme en seco y cubrirme la cara con un brazo, pues, aunque son más de las siete de la tarde, después de un mes sin molestarme ni en levantar casi las persianas de casa, los rayos de sol impactan sobre mis ojos haciéndome retorcerme como si durante estas semanas me hubiese convertido en descendiente directa del mismísimo conde Drácula.

Una vez consigo acostumbrarme a la claridad, suelto un bufido y, de mala gana, acelero el paso camino del supermercado, el cual, por suerte, queda tan solo a un par de calles de mi casa.

En cuanto atravieso la puerta, María, una de las cajeras habituales, me saluda con un movimiento de cabeza que respondo con una sonrisa forzada. Acelero el paso y, sin detenerme a coger una cesta o un carro, voy directa al pasillo dedicado a artículos y comida de animales y me afano en hacer acopio de una cantidad tal de latas que podría satisfacer las necesidades alimenticias de los gatos de media ciudad.

«Así no tendré que salir de nuevo en una buena temporada…», pienso pasa mis adentros, cogiendo un par de envases más.

Mi sentido común me recuerda que debería aprovechar para hacer una compra de verdad, una en la que los alimentos no estén compuestos básicamente de harina y azúcar, pero, al igual que he hecho durante todos estos días cada vez que me sugería que debía ducharme, abrir las ventanas o intentar dormir más, lo ignoro y me encamino a toda prisa a la caja, ansiosa por volver a mi sofá —para tirarme en él y continuar regodeándome en mi miserable existencia— o ponerme a trabajar.

Es una de las maravillas de ser ilustradora, que puedo ejercer mi profesión desde cualquier lugar, y refugiarme en mis dibujos estos días ha sido una de las pocas cosas que me ha ayudado a mantener cierto grado de cordura y no recrearme todavía más en mi desgracia.

Después de contestar con monosílabos al intento de conversación de la cajera, salgo de nuevo a la calle y tomo la dirección de mi casa; no veo el momento de esconderme de nuevo entre sus cuatro paredes, y no es porque sea ninguna antisocial, es solo que todavía no me apetece tener conversaciones superfluas ni tengo ánimo para hablar. Tan enfrascada voy en mi deseo de volver a tirarme en el sillón que no me entero de que estoy a punto de empotrarme contra el hombre que viene en dirección contraria hasta que me doy de bruces con él.

De repente, al verme impulsada hacia atrás por el impacto, suelto las bolsas con las codiciadas latas para intentar agarrarme a algo que me evite el trompazo, cosa difícil teniendo en cuenta que estoy en medio de la acera y no tengo nada a lo que echar mano. Por suerte, los reflejos del extraño son rápidos y, agarrándome del brazo, evita que termine con el culo pegado al asfalto.

—¿Iria? —Su voz, una voz suave y aterciopelada que despierta algo en mi aletargado cerebro, me hace fijar toda la atención en él.

Incrédula e incapaz de pronunciar una sola palabra, sacudo la cabeza arriba y abajo asintiendo sin demasiada convicción.

—¿Iria? —repite de nuevo sin soltarme el brazo al tiempo que recorre mi persona con su mirada como si en lugar de ser de carne y hueso yo fuese una especie de fantasma, zombi o ensoñación.

No puedo culparlo, sobre todo porque teniendo en cuenta que ahora mismo entre mis pantalones viejos de deporte, la camiseta de los Picapiedra en la que apenas se distinguen los dibujos de tan gastados que están y la coleta con la que a duras penas consigo mantener a raya los pelos de loca que llevo varios días sin peinar ni lavar, debo de parecer la prota de una película sobre el apocalipsis mundial.

La vergüenza asciende por mi pecho hasta colorear mis mejillas y mi instinto de supervivencia me grita que escape, que eche a correr y me largue de aquí sin mirar atrás, pero lejos de hacerle caso, permanezco quieta como una estatua, con los pies clavados al suelo y sintiéndome incapaz de alejarme un solo paso del hombre que continúa mirándome sin pestañear.

Lo estudio con detenimiento… Mismo pelo, mismos ojos, misma sonrisa… Han pasado más de quince años desde la última vez que nos vimos y, sin embargo, no me cabe ninguna duda de que es él. Tiene que ser él.

—¿Dani? —susurro incrédula.

—¡Cuánto tiempo! ¡No me puedo creer que seas tú! —exclama emocionado al tiempo que me abraza con efusividad.

—Yo tampoco puedo creerlo —admito todavía en voz baja, descolocada y sin saber cómo reaccionar porque si bien es cierto que durante mucho tiempo imaginé la posibilidad de reencontrarme con él de manera fortuita, en mi mente ese encuentro en ningún caso ocurría en las circunstancias en las que acaba de pasar. Y no, no es que pretendiese estar vestida de etiqueta para la ocasión, pero me hubiese encantado conservar una mínima parte de dignidad, lo cual es difícil cuando tengo encima comida suficiente para veinte gatos, los ojos hinchados, unas ojeras descomunales a consecuencia de las largas noches sin dormir y un pelo que parece albergar un nido de gaviotas. Resumiendo…, que es difícil, por no decir imposible, cuando llevo una pinta de chiflada que tira para atrás.

Todavía resguardada entre sus brazos, inspiro con profundidad, dejándome embriagar por el aroma que desprende su piel. Un olor que no ha cambiado, sutiles matices que reconozco de inmediato y que me transportan a años atrás, a todo lo vivido juntos, provocando que una sensación cálida ascienda por mi pecho y mis ojos se inunden de lágrimas al sentirme un poco reconfortada por primera vez desde que Carlos se fue.

Daniel entró al colegió cuando yo cursaba primero de la ESO y enseguida nos hicimos inseparables. Nos encantaba pasar el tiempo juntos tanto en grupo como solos. La complicidad y el cariño entre nosotros era palpable y nos convertidos en uña y carne, disfrutando de una amistad pura y sincera que se mantuvo intacta durante años y empezó a truncarse cuando entró en mi vida Carlos.

Nunca entendí el motivo, pero lo cierto es que mi mejor amigo y mi novio se cayeron mal desde el primer día en que se vieron y, aunque al principio intenté reconducir la situación, fue imposible lograr cualquier tipo de acercamiento entre ellos.

No pretendo justificarme, Dani era una persona muy importante para mí y a la hora de la verdad no se lo demostré. Debí esforzarme más por mantenerlo a mi lado y, en lugar de eso, me aparté de él.

La verdad es que en ese momento de juventud, con las neuronas a medio rendimiento a causa de las hormonas y las mariposas revoloteando dentro de mi estómago cada vez que Carlos estaba a mi lado, no supe ver que estar enamorada nunca debería ser un motivo para perder una amistad tan valiosa como la suya y, en mi estupidez, permití que esa relación que ambos atesorábamos poco a poco fuese pasando a un segundo plano sin darme cuenta del error que estaba cometiendo ni de lo mucho que lo iba a echar de menos.

No sucedió de un día para otro, fue algo tan progresivo que creo que hasta me resultó natural. Las llamadas comenzaron a espaciarse porque Carlos ponía mala cara al escucharme hablar con Dani y yo, enamorada hasta las trancas, no quería discutir. Al mismo tiempo nuestras quedadas, antes diarias, se volvieron anecdóticas hasta que en apenas unos meses llegamos a un punto en el que mi por entonces flamante novio me puso en la tesitura de tener que elegir.

Fui una estúpida, pero en ese momento todavía no era consciente de que el amor de verdad siempre debe sumar y nunca puede hacerte perder, así que bien fuese por juventud, por falta de experiencia, por imbecilidad o, con toda probabilidad, por una mezcla de las tres cosas, se lo consentí y, por supuesto, cuando tuve que escoger, lo escogí a él.

No lo culpo, no puedo hacerlo porque Carlos actuó movido por los celos y la inseguridad. Yo fui la única responsable, porque se lo consentí y porque yo fui la que lo elegí.

Una elección que, aunque entonces me pareció lógica, dinamitó una amistad que marcó algunos de los mejores años de mi vida, convirtiendo tanto a Dani como a todos los momentos que pasamos juntos en un bonito recuerdo que durante todos estos años nunca me ha abandonado y siempre he atesorado dentro de mí.

Mi abuelo me decía siendo tan solo una niña que pasaba el rato sentada en sus rodillas que las lecciones más valiosas de su vida no las había aprendido en la escuela y que no hay maestro más sabio que el tiempo; pues bien, en mi caso, no tuvo que pasar demasiado para hacerme comprender la enorme equivocación que mi decisión resultó ser, ya que, como suele ocurrir con la gente celosa, insegura y posesiva cuando no sabes frenarla, después de alejarme de Dani, poco a poco Carlos consiguió apartarme de todos los demás. Yo ni siquiera me daba cuenta, lo hacía de forma inconsciente, pero la verdad es que, harta de las discusiones en casa cada vez que salía a pasármelo bien, mis negativas cuando mis amigas me proponían plan eran cada vez más habituales hasta que ellas terminaron por cansarse y el teléfono dejó de sonar.

Solo pasados los años entendí que haber renunciado a mi amistad con Daniel no fue una muestra de amor, sino de cobardía, egoísmo e idiotez.

Una estupidez de juventud que durante un tiempo soñé con solucionar. Quise llamarlo, ponerme en contacto, disculparme, pero nunca tuve el valor para hacerlo, por lo que al final desistí y jamás volví a saber de él… Hasta hoy.

Capítulo 2
Un desayuno que no llegó

IRIA

Una sonrisa sincera se dibuja en mi rostro mientras escucho con atención todo lo que me cuenta Dani quien, de tan emocionado que está, ni siquiera se ha acercado el descafeinado a la boca, pues no ha parado de hablar desde que tomamos asiento en la primera cafetería que encontramos dispuestos a ponernos al día.

Solo llevamos juntos algo más de hora y media, pero ya sé que terminó la carrera de Ingeniería Informática en Madrid y que se quedó a vivir allí. También me ha contado que en la capital convivió con una novia seria durante tres años, a la que terminó dejando al darse cuenta de que su proyecto de vida no podía ser más diferente, y que las relaciones que tuvo después no llegaron a cuajar. Me ha puesto al tanto de que su madre sigue viviendo en la misma casa de siempre y de que su padre, con quien por lo visto continúa llevándose tan mal como cuando éramos adolescentes, se mudó hace unos años a Barcelona donde se compró un piso con su mujer actual.

Lo escucho con atención mientras me cuenta lo fácil que le resultó abandonar su puesto fijo en Madrid para volver a casa con la intención de trabajar como programador en una gran empresa, a pesar de que la mayoría de los que lo rodeaban le dijesen que estaba cometiendo un gran error.

Por suerte, ignoró todas las voces e hizo caso de su intuición porque está encantado y su trabajo es reconocido y goza de un gran prestigio dentro del sector.

—Por lo que veo, te va muy bien —comento.

—No me puedo quejar —admite con un brillo ilusionado en los ojos—. No voy a decir que ha sido fácil; he trabajado mucho, muchísimo, pero lo cierto es que desde que estoy en esta empresa, no ha parado de crecer. ¿Y tú? ¿Terminaste la carrera?

—Sí, acabé Bellas Artes —asiento.

—Entonces sigues con el óleo… —No me lo está preguntando, es una afirmación y el tono de orgullo que deja entrever su voz me llena de satisfacción y me hace recordar que él fue una de las personas que siempre me animó a intentar vivir de mi pasión: la pintura.

—Sigo pintando, pero como *hobby* —le aclaro—. Me encantaría dedicarme a hacer exposiciones, pero, por desgracia, los sueños y las ilusiones no pagan las facturas, así que al terminar la carrera decidí prepararme dentro del campo del diseño gráfico, me especialicé en eso y llevo ya varios años trabajando como ilustradora *freelance* para diferentes agencias de publicidad y editoriales.

—¿Y te gusta? —me pregunta con sincera curiosidad.

Medito durante unos segundos la respuesta antes de contestar.

—La verdad es que sí, me encanta —afirmo—. Sigue estando dentro de la rama del arte y me permite crear desde cero y desarrollar mi creatividad.

Su sonrisa se ensancha y, al fijar mis ojos en ella, me siento como si en lugar de transcurrir, el tiempo se hubiese detenido entre nosotros el día que le dije adiós.

En mi fuero interno, creo que una pequeña, una pequeñísima parte de mí siempre ha pensado que antes o después nuestros caminos volverían a cruzarse y estaba convencida de que cuando eso sucediese la situación sería cuando menos incómoda para los dos. Un momento lleno de reproches silenciosos y cortesía forzada completamente merecido por mi parte; nada más lejos de la realidad, lo que está ocurriendo es justo lo contrario.

Llevamos años sin vernos y, sin embargo, no he necesitado más que sentarme frente a él y escucharlo para sentir que tanto el cariño como la complicidad siguen intactos en algún lugar recóndito de nuestro interior.

—¿Y qué tal con Carlos? Me dijeron que os casasteis —pregunta intentando sonar natural, antes de, ahora sí, acercarse la taza a los labios.

—Es cierto, nos casamos —admito removiéndome incómoda en la silla.

—Me alegro —dice.

—Me dejó hace un mes. —Lo suelto de golpe, sin pensar, con voz temblorosa y sin medir las palabras. Es la primera vez que lo digo en voz alta, y él la primera persona a la que se lo confieso y, por extraño que parezca, me alegro de que sea Dani.

Fija sus ojos en los míos y su rostro se torna serio.

—Lo siento —responde con sinceridad.

Podría regodearse o incluso alegrarse y, después de cómo me porté con él, yo no tendría derecho a reprochárselo, pero no lo hace. No lo hace porque Dani, mi Dani, no es así; cuando dice que lo siente es porque de verdad lo hace y por eso, esas dos simples palabras cobran incluso más significado para mí.

—Yo también, tuvimos años buenos, no voy a negarlo, pero de un tiempo a esta parte se veía venir —admito con pesar mientras limpio una lágrima solitaria que se desliza por mi mejilla, al mismo tiempo que mi cuerpo tiembla al sentir el dolor provocado por la sensación de fracaso y abandono que me golpea con fuerza en el estómago.

Podría intentar contenerme, disimular que estoy bien, pero con él nunca he tenido la necesidad de esconderme o fingir.

—Carlos no me gustaba, era un gilipollas, pero, aun así, es una mierda —murmura colocando su mano sobre la mía. Alzo los ojos hasta los suyos y, en lugar del enorme «te lo dije» que podría encontrar, en ellos solo hallo comprensión y amistad.

—Una auténtica mierda —corroboro esbozando una triste sonrisa.

—Eso explica por qué parece que acabases de salir de una acampada en el basurero municipal —me guiña un ojo y aprieta mi mano con suavidad.

—¿Tan mal aspecto tengo? —gimo pasándome las manos por el enmarañado pelo.

—Depende de para qué… Si estuviésemos en Halloween, como zombi irías perfecta —comenta con aire divertido tratando de hacerme sonreír.

—Muy gracioso.

—Siempre lo he sido —asegura alzando las cejas—. Pero ahora en serio, necesito saber algo. No te habrás convertido durante mi ausencia en una de esas mujeres que habla con la tele y vive con treinta gatos, ¿verdad?

—Por supuesto que no —respondo sorprendida por la pregunta.

—¿Y tampoco has montado una protectora o algo así? —insiste.

—¿Se puede saber por qué demonios me preguntas eso? —inquiero sin comprender qué bicho le ha picado.

Él señala con un movimiento de cabeza las bolsas repletas de latas de comida que aguardan a mi lado.

¡Me había olvidado de las bolsas!

—¡Nooo, son para mi gato! Tengo un gato, solo uno, se llama Scar y se había quedado sin comida, por eso salí a comprar.

—¿Solo uno dices? —Se muestra tan escéptico que, a pesar del rubor que cubre mis mejillas, no puedo evitar echarme a reír.

—Exacto, uno —repito.

—¿Y estás segura de que es un gato y no un león? Porque ahí llevas comida como para alimentar a Scar, a Mufasa, a Simba y a toda la familia.

—¡Exagerado! —protesto.

—¡¿Exagerado?! ¡Pero si estoy seguro de que los de Whiskas están a punto de llamarte para nombrarte clienta del año!

—Solo tengo un gato —repito— y su tamaño es normal, lo que ocurre es que no me apetece demasiado salir y por eso decidí coger reservas.

—¿Para cuánto? ¿Un año?

Por toda respuesta suelto un bufido que lo hace mirarme con intensidad.

—Espera, ¿cuánto hace que no sales de casa?

—Unos días —respondo sin entrar en detalles.

—Cuántos exactamente.

—Unos pocos.

—Especifica «pocos»…

—Desde que Carlos se fue —confieso de mala gana.

—¿Llevabas un mes sin salir de casa? ¿Y las chicas, no te han arrastrado fuera? —pregunta abriendo los ojos de forma desmesurada.

—Después de perder el contacto contigo también lo perdí con ellas —susurro avergonzada.

—Ya, entiendo… ¿Y tu madre? —Su voz suena preocupada—. Está bien, ¿verdad?

—Perfecta, como siempre —lo tranquilizo sonriendo al comprobar como su rostro se relaja —. Pero piensa que estoy de viaje.

—¡La madre que te parió! —exclama.

—Tal y como acabo de decirte, está perfecta, gracias —me burlo comprendiendo una vez más lo mucho que echaba de menos bromear con él.

—Y conociéndote, seguro que has estado alimentándote durante estos días a base de leche y galletas… —protesta y suelta un bufido.

Lo observo con el ceño fruncido y, tras quitar mi mano de debajo de la suya, cruzo los brazos bajo mi pecho. Se me había olvidado lo bien que me conoce.

—Te equivocas.

—Lo dudo mucho —replica retándome con la mirada—. Pero eso tiene fácil solución. Ahora mismo te vas a casa, te das una ducha, te pones algo que no parezca el pijama de la novia de Chucky y en hora y media te espero en un italiano para tomar una cena en condiciones.

—No me apete…

—Acabamos de reencontrarnos, ni se te ocurra decirme que no —me advierte—. Me lo debes.

Ambos nos mantenemos la mirada durante unos segundos; no tengo ganas de ir a un sitio

repleto de gente, pero la verdad es que me apetece pasar más tiempo con él y no se equivoca al decir que se lo debo, así que…

—De acuerdo, mándame la ubicación.



Un hormigueo de satisfacción que no recuerdo sentir desde hace mucho tiempo me recorre el cuerpo entero cuando cansada, pero con una sonrisa ilusionada dibujada en el rostro, me dejo caer en mi mullida cama e inspiro con fuerza antes de dirigir una mirada a mi inseparable Scar que me ha seguido hasta la habitación y toma posición a mi lado para frotarse contra mi costado.

Relajada por primera vez desde que Carlos me dejó, pues estoy segura de que esta noche sí conseguiré dormir, cierro los ojos y paseo con cadencia las yemas de los dedos entre el pelo del animal, acariciándolo con cariño, a la vez que en mi mente se proyectan imágenes del agradable rato que acabo de pasar.

Ir a cenar con Dani ha sido una gran decisión, desde luego, la mejor con diferencia de todas las que he tomado durante esta última etapa de mi vida. Y no me refiero solo a los días transcurridos desde que el innombrable me dejó, sino a los últimos años de nuestra relación.

Una relación en la que hace tiempo que el amor había sido sustituido por la comodidad y la monotonía; una relación en la que cada día se volvían más largos los silencios y densa la tensión; una relación que hace mucho había comenzado a terminarse, a pesar de que yo me negase a verlo e intentase convencerme una y otra vez de que todo lo que ocurría, o más bien lo que no ocurría entre nosotros, era pasajero, una etapa que pronto pasaría dando lugar a otra mejor.

Sí, sin duda salir a cenar fue un gran acierto. Mentiría si afirmase que el dolor ha desaparecido, no lo ha hecho, ojalá fuese tan sencillo, pero mucho me temo que no lo es. Sin embargo, lo que sí es cierto es que recuperar la amistad de Dani ha sido un bálsamo cicatrizante para la grieta que surcaba mi malherido corazón.

Esta noche, por primera vez en mucho tiempo, he vuelto a sentirme yo. Fue una sensación extraña, como si una parte de mí misma que llevaba mucho tiempo dormida, silenciada, por fin hubiese despertado y estuviese lista para tomar el control.

Algo más de tres horas; ese ha sido el tiempo que compartimos en un restaurante Italiano con horno de leña, pequeñito pero con mucho encanto, en el que la atmósfera de intimidad que se creaba a nuestro alrededor nos ha dado pie a sincerarnos, a recordar viejas anécdotas del pasado, reencontrándonos; a recuperarnos y, lo más importante por mi parte, a pedir perdón. He llorado a moco tendido, me he reído, hablado y escuchado y, cuando al final nos hemos despedido con la promesa de no volver a alejarnos, la ilusión de algunos planes para un futuro un poco más lejano y la idea de un nuevo encuentro por la mañana para desayunar me han hecho sentir como si nunca hubiésemos estado distanciados.

Un nuevo suspiro escapa de mis labios entreabiertos mientras el agotamiento por todo lo vivido en los últimos tiempos hace mella en mí apropiándose de mi cuerpo y, mientras el sopor me va llevando al mundo de los sueños, hago un último esfuerzo por recordar todas las pequeñas cosas de las que todavía no hemos hablado y todo lo que nos queda por hablar…

Capítulo 3

Tan dulce como un caramelo envenenado

Roi

Tras un largo y ajetreado turno, y antes de regresar a casa para disfrutar de dos merecidas semanas de vacaciones, estoy apoyado en un extremo del mostrador de información charlando con Juan y Gorka; el primero es mi compañero, el segundo, uno de los agentes más veteranos de la comisaría: Es en ese momento cuando algo me impulsa a desviar la vista hacia la puerta principal para encontrarme de lleno con una chica que, con su aparición, vuelve difusas las voces de mis compañeros al captar toda mi atención de inmediato.

No sabría concretar por qué despierta mi curiosidad, pero sin duda lo hace, por lo que, de forma disimulada, la sigo con la mirada mientras se acerca al mostrador.

La chica es joven, rondará los treinta y pocos años; tiene el cabello castaño, largo y lo lleva recogido en una coleta informal; viste vaqueros, un jersey verde de manga larga y zapatillas deportivas, y por la forma en que se mueve y frunce el ceño es obvio que está nerviosa, preocupada y bastante alterada.

—Buenos días —la saluda Gorka acercándose a ella mientras Juan y yo permanecemos en nuestra esquina.

—Hola, quería poner una denuncia —titubea.

—Una denuncia —repite Gorka con educación.

—Sí, por una desaparición —le aclara ella que se remueve con incomodidad y cruza los brazos bajo su pecho.

—Por supuesto, puede dejarme el carnet de identidad, por favor —solicita mi compañero.

Ella rebusca en la cartera que saca del bolso y se lo tiende, con mano temblorosa.

—No se preocupe, vamos a ayudarla —intenta calmarla él al percatarse de lo angustiada que está.

—En cuanto le tome nota de unos datos, la pasaré a la sala de espera y un agente la atenderá para abrir el parte —le explica solícito—. ¿Podría darme, por favor, el nombre del desaparecido, especificarme qué relación los une y desde cuándo no sabe nada de él?

—Se llama Daniel, Daniel Arribes, y somos amigos. —La chica titubea en su respuesta y Gorka capta sus dudas al momento—. Habíamos quedado para desayunar y no apareció, desde entonces no sé nada de él.

—¿Con que asiduidad quedaban para desayunar? —pregunta él sin levantar la vista del ordenador en el que va tomando nota de toda la información.

—¿Perdone? —inquiere la chica confusa.

—Que si era una rutina —incide mi compañero.

—¿Qué importancia tiene eso? —responde ella cada vez más nerviosa.

—Más de la que parece —contesta él—. En un caso de desaparición, no es lo mismo que se falte a una rutina habitual que a un hecho puntual.

La chica aprieta con fuerza los labios formando con ellos una delgada línea, se la ve muy insegura.

—Llevábamos muchos años sin vernos, pero ayer nos reencontramos, fuimos a cenar y habíamos quedado esta mañana a primera hora para desayunar juntos.

Gorka y yo intercambiamos una mirada mientras Juan la observa unos segundos antes de tenderle de nuevo su DNI.

—Señorita…

—Iria —lo interrumpe ella.

—Iria —se corrige él—. Puede dejar constancia de los hechos y nosotros tomaremos nota de ellos, pero no hay mucho que podamos hacer solo porque un amigo suyo le haya dado plantón.

—No se trata de eso —asegura la mujer moviendo la cabeza con efusividad en señal de negación—. Dani no me ha dado plantón, estoy segura; si no ha venido, es porque le ha pasado algo.

—Su amigo es mayor de edad, ¿verdad? —La pregunta de Gorka es casi una afirmación en sí misma.

—Sí, claro —responde la chica abriendo mucho los ojos.

—¿Es dependiente?

—No —admite ella.

—¿Alguna discapacidad psíquica o física? —prosigue preguntando él.

—Ninguna —admite la chica contrariada.

—Pues en ese caso lamento mucho decirle que, dado que su amigo no pertenece a ningún grupo de riesgo, poco podemos hacer y, aun en el caso de que hagamos algo por averiguar su paradero, no estamos autorizados a proporcionarle ninguna información sobre su persona.

—Perdone, ¿cómo dice? —susurra la tal Iria abriendo mucho los ojos—. Que no forme parte de su familia no implica…

—Aunque formase parte de su círculo familiar cercano, tampoco podríamos darle datos, su amigo es mayor de edad y, como ya le he especificado antes, no tiene ninguna característica que lo incluya en grupos de riesgo, por ello darle información sobre su paradero sería violar su derecho a la intimidad.

—Pero… —intenta replicar ella.

—¿Se imagina lo fácil que sería para un maltratador o una expareja despechada conseguir información sobre alguien que no quiera ser encontrado si pudiese venir aquí, interponer una denuncia por desaparición y solicitarla?

—¿Me está acusando de algo? ¿Piensa que soy una maltratadora o una novia celosa? —cuestiona pálida.

—Por supuesto que no, lo único que intento hacerle entender es que, a pesar de que dejaremos registrados todos los datos que nos ha proporcionado para que quede constancia de ellos en nuestra base de datos, no recibirá por parte de la policía ninguna información que viole la privacidad de su amigo.

—Esto no tiene ningún sentido —musita la chica con expresión desencajada.

—Si se queda más tranquila, le recomiendo que hable con su familia o con sus compañeros de trabajo. Tal vez ellos puedan despejar sus dudas.

—No soy una estúpida oficial —asegura ella con voz fría—. Antes de decidirme a poner

una denuncia, lo he llamado por lo menos cincuenta veces y le he dejado más de veinte mensajes que no ha contestado. —Durante unos segundos, ambos permanecen en silencio, pero ella vuelve a tomar la palabra—. Además de eso, también contacté con su lugar de trabajo y la recepcionista que atiende las llamadas me informó de que hoy no había ido a la oficina. Pero, al igual que ha hecho usted, ella también se negó a darme más información y me dejó muy claro que, aunque decidiese pasarme por allí, no me daría más datos sobre Daniel.

—Es normal que no pueda ir facilitando por ahí el paradero de sus compañeros de trabajo —comenta Gorka.

—Si usted lo dice —musita la chica mordiéndose el labio inferior.

—Tenga paciencia, ni siquiera han pasado veinticuatro horas desde que su amigo no acudió a la cita, seguro que dentro de poco se pondrá en contacto con usted para darle la pertinente explicación.

—¡No lo entiende! —insiste ella alzando la voz—. Estoy segura de que a mi amigo le ha pasado algo malo.

—Intente mantener la calma —trata de hacerla entrar en razón mi compañero.

—Le digo que le ha pasado algo, lo siento aquí —asegura Iria con voz llorosa agarrándose el estómago mientras sus ojos se llenan de lágrimas—. ¿No van a ayudarme? —murmura.

—Tal y como acabo de decirle, dejaremos constancia de todo lo que nos ha referido, no podemos hacer más —le repite él mostrándose paciente.

—Eso no tiene ningún sentido —repite negando con la cabeza—. Sé que ha ocurrido algo.

—Lo siento, son los protocolos.

—Los protocolos son una pérdida de tiempo y una mierda —afirma con voz trémula mirando a mi compañero unos segundos más antes de darse la vuelta para abandonar la comisaría con la cabeza gacha y los puños apretados.

La estudio con detenimiento. Lo que dice no tiene el menor sentido; al igual que Gorka, también yo estoy convencido de que se está agobiando sin necesidad y, por supuesto, soy más que consciente de que mi compañero está en lo cierto al afirmar que no podemos darle ninguna información sobre el paradero de una persona mayor de edad y con la que ni siquiera mantiene una relación familiar estrecha, pero, a pesar de ello, no puedo evitar sentir lástima por esa chica de rostro pálido y enmarcado por enormes ojeras que desprende tanta vulnerabilidad. Por eso, en cuanto abandona la comisaría a toda prisa, no lo pienso y salgo tras ella.

La veo avanzar desanimada por el largo callejón que desemboca en la zona del puerto.

—Iria —la llamo, recordando su nombre. Se gira con la sorpresa alterando su rostro, pero, en lugar de detenerse tal y como espero que haga, acelera el paso, asustada.

Por lo visto, ha debido de confundirme con algún tipo de demente, delincuente o vete tú a saber el qué porque, por su manera de apresurarse, parece dispuesta a batir el récord del mundo de velocidad ligera. En su defensa tengo que admitir que el callejón en el que se encuentra la comisaría es bastante oscuro y ahora mismo, aparte de nosotros dos, no hay nadie más en él.

—Iria —lo intento de nuevo alzando un poco más la voz, al tiempo que trato de alcanzarla, cosa complicada cuando, sin volver la vista hacia mí, echa a correr a toda velocidad.

Maldiciendo para mis adentros y preguntándome quién narices me habrá mandado salir tras ella después del día que llevo, la imito y me pongo a correr yo también.

Gracias a mi buena condición física, no tardo más que unos segundos en reducir la distancia que nos separa y ella, alarmada al comprobar que su ventaja disminuye y que no va a conseguir escapar de mí por mucho que se esfuerce, opta por detenerse y girarse, dispuesta a encararme con una expresión entre amenazante y asustada que me hace gracia y su bolso en alto

cual arma arrojadiza.

—Iria —repito con voz suave, elevando ambas manos para que comprenda que no quiero hacerle daño.

—¿Cómo sabes mi nombre? —pregunta a la defensiva.

—No te asustes, lo escuché cuando estaba en la comisaría —le explico tuteándola, pues dudo que andarme con formalismos en esta rocambolesca situación tenga sentido.

—¿No te han dicho que es de mala educación escuchar conversaciones ajenas? —me recrimina, y sé que intenta disimular el miedo que atenaza su cuerpo.

Su gesto me resulta tan cómico que tengo que contenerme para no echarme a reír.

—¿Y a ti no te han dicho que hay que tratar con algo más de educación a quien solo pretende ayudarte? —replico alzando las cejas.

—¿Ayudarme? —repite desconfiada.

—Eso acabo de decir —afirmo.

—¿Por qué ibas a ayudarme? Que yo sepa, no me conoces de nada —susurra ella sin relajar ni un ápice la tensión de su cuerpo.

—Digamos que acabas de convertirte en mi buena obra de la semana —respondo con cierta guasa.

—No estoy para bromas —protesta achicando los ojos.

—Yo tampoco, acabo de terminar mi turno y estoy bastante cansado —le aseguro intentando mostrarme paciente.

Sus enormes ojos verdes me recorren durante unos segundos de arriba abajo.

—¿Tu turno? —musita.

—Exacto, mi turno —asiento.

—¿En qué trabajas? —cuestiona frunciendo la nariz y analizándome a conciencia mientras ladea ligeramente la cabeza, como si su mente trabajase a toda máquina intentando averiguar la respuesta.

La pregunta carece de sentido teniendo en cuenta que acabamos de salir de una comisaría y le he dicho que he terminado mi turno, pero, aun así, la respondo con cortesía.

—Soy policía —afirmo como si fuese obvio.

—No tienes pinta de policía —me espeta desconfiada.

Esta chica es un libro abierto y yo, un observador nato, por ello, a pesar de que intenta disimularlo manteniéndose inalterable, comprendo en el acto que su intención no era ni por asomo pronunciar esas palabras en alto. Con todo, el comentario ha sido tan inapropiado y espontáneo que decido ponérselo un poco difícil… Solo por ver su reacción.

—¿Y qué pinta se supone que tiene que tener según tú un policía?

—No sé, pero esa seguro que no —murmura señalándome con la cabeza.

Es desconfiada y cauta, de eso no hay duda, no puedo culparla, como agente yo mismo recomendaría a cualquiera con un mínimo de sentido común no creer lo que te cuente el primer tipo que te encuentres por la calle, y mucho menos si al tipo en cuestión acabas de conocerlo en las inmediaciones de una comisaría de policía y te ha perseguido por un callejón…

—No sé si tomarme eso como un insulto o un halago —bromeo para disipar la tensión que nos rodea.

Ella, lejos de seguir la broma, continúa analizándome con desconfianza.

—¿Seguro que eres poli? —insiste.

—Inspector Gómez —digo llevando despacio la mano al bolsillo para mostrarle la placa.

La tensión de su cuerpo disminuye al ver la identificación, pero no desaparece del todo.

—Acabo de terminar mi turno, estaba en un lado del mostrador y no pude evitar escuchar la conversación que tuviste con mi compañero —le explico.

—Tu compañero dijo que…

—Todo lo que te dijo es cierto, a nivel oficial estamos atados de pies y manos, no podemos darte ninguna información, no sería ni ético ni legal hacerlo —la interrumpo—. Pero eso no implica que, a nivel extraoficial, en mi tiempo libre como persona de a pie no pueda ayudarte haciendo algunas visitas o llamadas.

Una sombra de incredulidad nubla su expresiva mirada.

—¿De verdad vas a ayudarme? —La duda en su pregunta se ve superada por el alivio que brilla en sus ojos.

—Estoy convencido de que no tienes motivos para preocuparte, pero si así te quedas más tranquila, lo voy a intentar —respondo desplegando una sonrisa pícara antes de añadir—. Eso siempre que prometas no atacarme con esa arma mortal.

Ella parpadea varias veces antes de dirigir la vista al lugar que acabo de señalar y, al percatarse de que todavía está apuntándome con el bolso, se apresura a bajarlo mientras el rubor cubre sus mejillas otorgándole vida y color a su semblante apagado, al tiempo que una tímida sonrisa asoma a sus labios.

—Lo siento —murmura incómoda.

De nuevo la contemplo con atención y, cuando una cálida sensación se abre por mi pecho, maldigo de nuevo para mis adentros al plantearme por primera vez que quizás implicarme en esto no ha sido la mejor ni la más inteligente de mis ideas.

¡Joder, la chica es bonita y trae escrita en la frente la palabra «problemas»!

Es delicada y tan dulce como un caramelito envenenado. Uno de esos que nunca debes aceptar, pero que no puedes evitar probar.

Capítulo 4
El macarra de la placa

Iria

¿Policía? ¿En serio el tío con pinta de macarra que me perseguía por el callejón y ahora permanece plantado delante de mí mirándome como si me faltase un hervor es policía?

Si no fuese porque acaba de enseñarme la placa, nunca me lo habría imaginado y mucho menos creído, es más, podría incluso echarme a reír delante de sus narices por lo descabellado de la situación, y eso que no suelo dejarme llevar por los prejuicios… Pero es que al margen de esos vaqueros llenos de rotos en las rodillas, la camiseta desgastada y la chupa de cuero, el aura que rodea al hombre de pelo negro despeinado, suspicaces ojos pardos, voz profunda y sonrisa pícara que me estudia con atención le confiere más pinta de delincuente, atracador de bancos o capo de la mafia que de policía. Su aspecto es tan… peligroso e intimidante que, en el caso de estar en apuros y encontrármelo en una noche oscura, lo que me pediría el cuerpo es escapar de él a toda leche en sentido contrario y no pedirle auxilio.

Y, sin embargo, aquí está, parado ante mí, saliendo en mi auxilio cual príncipe azul de brillante armadura y esperando a que yo me decida.

—¿De verdad vas a ayudarme? —pregunto dejando patente en mi tono de voz la perplejidad que siento.

—Estoy convencido de que no tienes motivos para preocuparte, pero si así te quedas más tranquila, lo voy a intentar —asegura desplegando una sonrisa que aumentaría la temperatura del círculo polar antártico antes de añadir—: Eso siempre que prometas no atacarme con esa arma mortal.

Sin comprender a qué se refiere, desvío la mirada al lugar que señala y, en el mismo instante en que lo hago, siento como mis mejillas enrojecen al percatarme de que continúo con el bolso en alto como si de un momento a otro estuviese a puntito de lanzárselo a la cabeza.

—Lo siento —susurro esbozando una ligera sonrisa de disculpa mientras cambio el peso de mi cuerpo de un pie al otro, intentando disimular lo incómoda que estoy.

Durante unos segundos no dice nada. Se limita a observarme mientras un destello fugaz atraviesa sus ojos y su mandíbula se tensa.

Temerosa de que ese gesto sea una señal de que ya se arrepiente de haberse ofrecido a echarme una mano, me apresuro a preguntar:

—¿Por dónde empezamos?

Como si su mente hubiese viajado a kilómetros de mí y la pregunta lo hubiese cogido por sorpresa, su semblante se torna sorprendido; no obstante, enseguida se recompone y me guiña un ojo antes de responder.

—Por el principio, por supuesto, siempre hay que empezar por el principio.

—¿Y cuál es el principio? —inquiero.

—¿Has venido en coche? —quiere saber.

—No, caminando, vivo cerca —contesto.

Él asiente.

—Tu amigo, ¿sabes su dirección? ¿La de algún familiar? ¿La de su trabajo?

—Ehhh, la respuesta es a todo que sí, como le dije a tu compañero, llevábamos tiempo sin vernos, pero estuvimos cenando anoche y nos pusimos al día. Su padre se ha trasladado a Barcelona y no tiene hermanos, pero su madre sigue viviendo en la misma casa en la que lo hacía cuando íbamos juntos al colegio —le explico.

—¿Y su trabajo? ¿Te dio la dirección anoche?

—No, pero sí me dijo el nombre de la empresa en la que trabaja como programador informático. Es grande y bastante conocida, por lo que, cuando no concurrió a nuestra cita, pude buscar la dirección y el teléfono en internet —digo.

—Perfecto, sígueme. —Echa a andar de nuevo en dirección a la comisaría.

Me gustaría preguntarle cuál es ese principio del que acaba de hablar, tengo mucha curiosidad, ya que, a pesar de que nos estamos encaminando hacia la comisaría, estoy bastante segura de que no es ahí a donde vamos, pues, tal y como me dejó bien claro cuando me la ofreció, su ayuda viene de forma extraoficial, por lo que dudo que use las dependencias policiales para hacer averiguaciones sobre el paradero de Dani. Aun así, me trago tanto las preguntas como la impaciencia que crece en mi interior y lo sigo en silencio.

Volvemos sobre los pasos andados en el callejón y enseguida estamos de nuevo delante de la puerta de la comisaría, en la que dos jóvenes agentes que fuman relajados parecen cuadrarse cuando nos ven pasar por delante. Ambos saludan al macarra con una mezcla de admiración y respeto reflejada en los ojos que no me pasa inadvertida.

—Que tengas unas buenas vacaciones, Roi —le desea uno de ellos con cierta timidez antes de posar su curiosa mirada sobre mí.

—Gracias Rodríguez —responde este sin detenerse.

«Roi», así que el inspector Gómez se llama Roi.

Pues le pega mucho, y conste que sé que lo que acabo de pensar es una estupidez, pero es que no me lo imagino llamándose Jacinto o Rodolfo.

Continuamos caminando unos pocos metros más antes de girar a la derecha hacia una bocacalle y avanzamos hasta detenernos delante de un biplaza deportivo de color gris mate el cual, igual que sucede con el nombre, también le pega un montón.

—Sube —me pide desbloqueando el seguro con el mando a distancia.

Hago lo que me dice y me acomodo en el confortable asiento de piel a la vez que inspiro con fuerza.

Huele a nuevo y a limón, una mezcla que me resulta agradable y que consigo disfrutar, a pesar de que estoy nerviosa e inquieta por tantos motivos diferentes que ni siquiera los puedo enumerar. Nerviosa por no encontrar a Dani, nerviosa por ir en coche con un tipo que no conozco de nada y, sobre todo, estoy atacada porque, por mucho que la local, la nacional, la Guardia Civil y la mismísima Interpol se plantasen delante de mí para asegurarme que todo está bien y que no tengo motivos para preocuparme, algo en lo más profundo de mi interior me grita que eso no es cierto, que ellos están equivocados y yo tengo razón.

Así que puedo parecer una histérica y una exagerada, pero no me importa nada porque si algo he aprendido por las malas durante estas últimas semanas en las que el mundo se ha derrumbado ante mis ojos, es que siempre debo hacer caso de mi instinto, que los indicios no son

casualidades, sino señales que la vida pone delante de nuestras narices para que les prestemos atención y que, cuando tengo la sensación de que algo va mal, normalmente es porque no va mal, sino peor.

—¿Puedes decirme la dirección de su madre? —solicita mi acompañante una vez ha tomado posesión del asiento del conductor.

Me apresuro a decir en voz alta la dirección, que todavía recuerdo desde hace tantos años, y enseguida arranca el motor.

—Llegaremos en unos minutos —me informa—, pero, aun así, deberías abrocharte el cinturón.

—¡Ah, claro, el cinturón! —repito y me apresuro a echar mano de él, pues se me había olvidado por completo.

—Puede que estemos de misión extraoficial, pero sigo siendo un agente de la ley, no me gustaría tener que multarte —asegura con gesto serio.

—Ehh, lo siento, estaba distraída —balbuceo.

—¡Era broma! ¡Intenta relajarte, tanta rigidez no puede ser buena, como sigas así vas a terminar con una contractura del tamaño de un elefante! —afirma y esboza una sonrisa que, aunque pretende ser amigable, no me ayuda nadita de nada a tranquilizarme.

Pongo una mueca que intento disimular fijando la vista en la ventanilla.

No pretendo estar tensa y, en caso de estarlo, me encantaría poder disimularlo mejor, pero es complicado cuando la tirantez de mis hombros es tal que está comenzando a dolerme la espalda y hasta el esternón.

—¿No será un poco raro que nos presentemos en casa de María así, sin avisar? —cuestiono dando voz a mis pensamientos.

—¿María?

—Así se llama la madre de Dani, María —afirmo.

—Si lo prefieres, primero le mandamos un telegrama para anunciar nuestra llegada —responde poniendo los ojos en blanco.

—No tiene gracia —rebato cruzando los brazos encima del estómago, algo molesta, ya que mi inquietud me parece de lo más razonable.

—No pretendo que la tenga —asegura, tras lo que hace una pausa antes de añadir—: Vamos a ver, ¿tú quieres encontrar a tu amigo o no?

—Claro.

—Pues entonces confía en mí.

—Eso es mucho pedir —murmuro.

Una mezcla de sentimientos encontrados circulan por mi pecho en este momento: en parte, comprendo que ponernos en contacto con la madre de Dani debería ser la primera opción para averiguar qué ha podido pasarle, tiene toda la lógica del mundo y, por lo tanto, quiero hacerlo; sin embargo, eso supone hablar por primera vez en años con una mujer a la que le tenía mucho cariño y que dejé de lado, una mujer que, estoy segura, sabe lo mal que lo pasó su hijo por mi culpa en aquel momento y… Seré una cobarde, pero pensar en todo lo que podría echarme en cara me pone enferma.

Una carcajada profunda inunda el coche devolviéndome a la realidad y su sonido, contagioso y agradable, logra que parte del peso que oprime mi pecho de desvanezca.

—No te conozco, pero estoy bastante seguro de que si desconfiases de mí, no estarías subida en mi coche —rebate sin borrar del todo la sonrisa de sus labios mientras me echa un rápido vistazo antes de volver a centrarse en el tráfico.

—Ante situaciones desesperadas, medidas desesperadas —replico en voz baja—. Te aseguro que subirme al coche del primer tipo que se cruza en mi camino no es algo que entre en mi rutina diaria.

—Eso está bien —asiente ocultando una nueva sonrisa—. Pero se te olvidan dos cosas.

—¿Y se puede saber cuáles son? Ilústrame, por favor —sugiero frunciendo el ceño.

—Primero, que fuiste tú la que se cruzó en mi camino —matiza—, y segundo y más importante, que yo no soy un tipo cualquiera —asegura con cierto orgullo.

Lo observo de reojo justo a tiempo para ver cómo su sonrisa se vuelve más amplia, y decido quedarme callada y no contestar, porque, aunque tal y como él acaba de decir no nos conocemos de nada, no hace falta pasar a su lado más de dos minutos para comprender que, en efecto, el hombre que conduce sentado a mi lado no es un tipo cualquiera, hay algo diferente en él… Algo que lo hace distinto desde el primer pelo de su cabeza hasta la uña del dedo meñique de su pie. Algo contradictorio que me hace querer alejarme y a la vez confiar en él.

Capítulo 5
El wasap de María

Roi

—Llegamos —anuncio deteniendo el coche delante de un parque que se encuentra justo detrás del portal al que nos dirigimos.

La forma en la que Iria retuerce las manos una contra la otra es una señal más que evidente de lo nerviosa que está. Me gustaría conseguir que se calmase un poco, pero comprendo que es un momento delicado para ella y estoy seguro de que nada de lo que haga va a ayudarla a controlar sus nervios, por lo que, sin más demora, me bajo del coche.

Ella hace lo propio y se coloca a mi lado.

—Igual no está en casa —murmura, más para sí misma que para mí.

—En breves momentos lo descubriremos —respondo cruzando el parque y accediendo al portal que, por suerte, permanece abierto de par en par.

—Era el tercero be, ¿verdad? —pregunto solo por distraerla.

Asiente sin demasiada convicción y ambos accedemos al interior del edificio de nueve plantas, el cual, a pesar de tener más años que escaleras, se ve reformado y cuidado.

El ascensor es amplio y huele a limpio, lo cual agradezco; nunca me han gustado los ascensores con olor a humedad, y menos aún esos en los que puedes adivinar lo que se está cocinando en cada una de las viviendas del edificio. Soy un poco maniático con el tema de los olores, no lo puedo evitar.

—¿Quieres hacer los honores? —susurro ocultando una sonrisa cuando la puerta del elevador se abre segundos después y salimos al descansillo.

Lanzándome una mirada muy poco amistosa, Iria inspira con fuerza y, con dedos temblorosos, presiona el timbre que escuchamos resonar en el interior de la vivienda.

—No está, mejor nos vamos y la llamamos por teléfono —sugiere con una pizca de esperanza impregnada en su voz.

—¿Quieres encontrar a tu amigo o no? —la azuzo.

—¡Que sí! —responde soltando un bufido.

—Pues entonces haz el favor de llamar de nuevo —la apremio.

Sus labios se convierten en una fina línea y, de forma inconsciente, frunce de nuevo el ceño, pero en lugar de discutir, presiona el timbre por segunda vez.

En esta ocasión no pasan más de unos segundos hasta que oímos pasos aproximándose a la puerta, al mismo tiempo que una voz apurada nos pide que esperemos.

De reojo percibo como el cuerpo de mi improvisada compañera se tensa más de lo humanamente posible, haciendo que me pregunte si haberla traído conmigo habrá sido una buena idea.

La pobre chica está pasando un mal rato de narices, igual hubiese sido mejor que yo me encargase de hacer las averiguaciones pertinentes y la mantuviese al margen informándola después; no obstante, enseguida desecho esa posibilidad, ya que, a pesar de que no la conozco demasiado, mi instinto me dice que no es de las que se quedan sentadas en casa, con los brazos cruzados, esperando una llamada.

Dejo todas mis elucubraciones a un lado cuando la puerta se abre y una mujer ataviada con albornoz y una de esas toallas que sirven para recoger el pelo después de lavarlo aparece ante nosotros.

La estudio con rapidez.

Unos sesenta y pico años, estatura media, delgada y, lo más importante, parece relajada, no se la ve agobiada ni observo en su rostro nada que me haga pensar que pueda temer por su hijo o estar preocupada por él.

Sus ojos, azules y expresivos, me recorren de arriba abajo y se iluminan con una mezcla de alegría y sorpresa en cuanto se posan sobre Iria, quien permanece estática a mi lado.

—Iria, tesoro, ¿eres tú? —le pregunta, a pesar de que por su tono es obvio que no tiene ninguna duda al respecto.

—¿Qué tal todo, María? —responde la aludida con timidez.

—¡Madre mía, querida del amor hermoso, pues ahora mismo encantada de volver a verte! —responde la mujer abalanzándose sobre ella para estrecharla entre sus brazos con cariño. Luego se separa unos centímetros para contemplarla con absoluta adoración.

—¡No me puedo creer que seas tú! —exclama con alborozo al tiempo que sus ojos se pasean una y otra vez por su cara, como si necesitase convencerse de que en realidad la tiene delante, en carne y hueso, y no es una especie de alucinación o espejismo provocado por su mente.

—Yo también me alegro de verte —asegura la aludida algo menos rígida, pero sobrepasada ante tal recibimiento.

—¡Cuántos años han pasado! ¡Pero estás igual, tienes la misma carita que cuando mi niño y tú erais unos chiquillos! —anuncia la señora, cada vez más entusiasmada.

Una sonrisa sincera recorre el rostro de Iria quien, por primera vez desde que pisó la comisaría, parece relajarse durante unos segundos al tiempo que un brillo nostálgico empaña sus bonitos ojos.

—Eso es porque tú me ves con cariño —responde.

—Tonterías —refuta nuestra anfitriona, y añade a toda prisa—: Pasad, pasad a la sala. Ya sabes dónde está, tesoro, dadme unos minutos para cambiarme y enseguida estoy con vosotros. —Su mano señala un pasillo por el que Iria me conduce mientras ella desaparece en la primera habitación que dejamos atrás.

Llegamos a un salón de un tamaño aceptable con una cantidad ingente de tapetes de diferentes formas, colores y tamaños hechos con lo que me parece que es punto de cruz. Encima de los sillones, las mesas, las sillas e incluso bajo las diferentes figuritas que descansan sobre el aparador y el mueble de la televisión pueden apreciarse las artesanales confecciones.

—María era aficionada a la calceta y al punto de cruz —me confirma Iria al ver que mis ojos recorren las telas.

—Por lo que veo, es una afición que todavía conserva —respondo en voz baja.

—Eso parece —susurra acariciando una de las telas con cuidado—. Siempre fue una mujer muy activa, a pesar de no llevar una vida fácil.

—¿A qué te refieres? —inquiero con curiosidad.

—Su marido… —susurra incómoda, como si el recuerdo la molestase—, digamos que la mayor parte del tiempo no era una compañía agradable.

—¿La maltrataba? —Siento como mi cuerpo se tensara al preguntar.

—No, al menos no físicamente. Digamos que la manipulaba y la censuraba… Por suerte, ella supo verlo a tiempo, y dejarlo atrás.

Su tono, con una mezcla de admiración, anhelo y tristeza, despierta mi curiosidad; algo me dice que no solo empatiza con esa mujer por el cariño que le tiene, sino también por un motivo personal.

Abro la boca, dispuesto a incidir más en el asunto, pero la aparición de María me roba la oportunidad.

—Sentaos, por favor —nos indica tras aparecer en la puerta embutida en unos pantalones vaqueros y un jersey ancho.

Hacemos lo que nos pide ocupando un sillón y ella hace lo propio en el que está justo frente a nosotros.

—De verdad que no puedo creerme que estés aquí —repite la mujer sin apartar sus ojos de Iria—. El niño me dijo que os habíais encontrado y que habíais estado cenando juntos, estaba muy contento y le pedí que te trajese a casa un día, pero no me imaginé que mi deseo se fuese a cumplir tan pronto, de haberlo sabido, habría preparado algo especial.

—¿Dani te dijo que nos encontramos? —le pregunta Iria con curiosidad.

—¡Por supuesto, hablamos cada noche y ayer, cuando me llamó, fue lo primero que me contó! Acababa de regresar de cenar contigo y estaba loco de contento. Me dijo que habíais quedado de nuevo esta mañana para desayunar. ¡Ni te imaginas cuánto te ha echado de menos!

A pesar de que en sus palabras no hay ni rastro de acritud o reproche, percibo cómo le afectan.

—Por eso estoy aquí —se apresura a responder, intentando que no se le note—. Es cierto que habíamos quedado esta mañana, pero no se presentó. ¿Has vuelto a saber algo de él desde anoche?

—¡Este hijo mío es un cabeza loca, está tan enfrascado en el trabajo que a veces se olvida hasta de su nombre! También había quedado en venir a comer a casa y no ha aparecido —anuncia restándole importancia—. Al parecer, le ha surgido un viaje de trabajo y ha tenido que marcharse a toda prisa.

—¿Cómo sabes que ha tenido que viajar? —La voz de Iria no suena para nada convencida, pero María no parece darse cuenta, pues responde con toda naturalidad.

—Él mismo me lo decía en el mensaje que me envío para disculparse por dejarme con el plato puesto en la mesa sin avisar con antelación. No se lo tengas en cuenta, seguro que contigo también se disculpa en cuanto tenga un momentito para llamarte.

—¿Te decía en ese mensaje cuándo tiene pensado regresar? —se interesa ella, ladeando un poco la cabeza.

—No, no mencionaba un día exacto —responde María mientras se pone en pie y camina hasta su bolso, que permanece apoyado en el mueble de la tele, para sacar de su interior un teléfono en el que teclea durante unos segundos.

Yo aguardo paciente, observándolas interactuar, sin intervenir, dejando que sean ellas las que hablen.

—Mira, esto es lo único que me ha dicho —dice tendiéndonoslo.

Iria coge el aparato y, con rapidez, los dos echamos un vistazo al escueto mensaje.

Mamá, he tenido que marcharme unos días

para una reunión urgente de trabajo. 😉

Te llamaré cuando vuelva. (❤️ , ❤️ , ❤️)

—Imagino que con las prisas se le pasó avisarte —intenta excusarlo de nuevo—, pero seguro que te escribirá pronto, ya te digo que estaba feliz de haberse reencontrado contigo, hacía mucho tiempo que no lo veía tan ilusionado.

—Seguro que sí, no te preocupes, María, volveré a hablar con él cuando vuelva. Ahora tenemos que marcharnos —dice Iria de forma escueta, y le dedica a la mujer una sonrisa que me parece la mar de falsa mientras se levanta para abrazarla con cariño.

—No te olvides de decirle a Dani que te traiga a comer un día —le recuerda ella—. Por supuesto, tu amigo también está invitado —añade refiriéndose a mí.

—Muchas gracias, cuente conmigo, vendré encantado —afirmo sonriendo.

—¡Por favor, no me trates de usted! De ese modo, me siento más mayor de lo que pone en mi carnet —señala la agradable señora haciendo un ademán con la mano al mismo tiempo que los tres nos encaminamos hacia la entrada, en la que nos despedimos una vez más repitiendo la promesa de volver a visitarla pronto.

Una vez la puerta se cierra y nuestra anfitriona desaparece tras ella, los dos entramos en el ascensor.

Contento por que todo se haya aclarado, contemplo a Iria quien, para mi absoluta sorpresa, en lugar de aliviada, parece todavía más preocupada que antes.

—¿Qué te pasa? Deberías estar contenta ahora que sabes que tu amigo tuvo que irse por trabajo y que está en perfectas condiciones.

—Estaría contenta si tuviese la certeza de que eso es así —replica con voz hosca.

—¿Qué quieres decir? ¿Acaso hemos visto mensajes diferentes? —cuestiono confuso, pues no comprendo por qué leches sigue dudando si acaba de leer lo mismo que yo.

Iria eleva la mirada y me enfrenta con sus profundos ojos verdes llenos de angustia.

—El mensaje era el mismo, el problema es que estoy segura de que Dani no lo escribió —confiesa con determinación saliendo del ascensor con paso decidido en cuanto la puerta se abre.

—¿Por qué dices eso? ¿Cómo puedes saberlo? —pregunto confuso, y salgo tras ella.

—Porque Dani odia los emojis, jamás en su vida enviaría un mensaje lleno de guiños y corazoncitos —asegura.

—Espera —le pido.

Ella me ignora mientras continúa caminando ofuscada hacia el coche.

—Iria, espera —solicito de nuevo.

Convencido de que no va a hacerme el menor caso, acelero y la agarro por ambos brazos para obligarla a detenerse.

—Sé razonable, ¿cuántos años hace que no os veis? Igual ha cambiado, igual ahora sí escribe corazones, guiños y hasta arcoíris.

—¡No, estoy segura de que no! ¡Lo conozco, estoy convencida de que ese mensaje no lo ha enviado él! —exclama alzando la voz a causa de la impotencia que siente—. Pero ¡tranquilo! Si no quieres seguir ayudándome, lo entiendo, no te preocupes, buscaré sola porque lo que tengo claro es que no pienso parar hasta dar con Daniel —añade, zafándose de mi agarre de un tirón para continuar caminando.

Maldiciendo por haber dado justo con la chica más testaruda del planeta, suelto un bufido al verla alejarse en dirección contraria al coche, al tiempo que me revuelvo el pelo con ambas manos.

«¡Esta mujer es una cabezota! ¡Maldita la hora en la que me ofrecí a ayudarla, estoy convencido de que me va a dar más de un problema! Aun así, mi intención cuando aseguré que iba a echarle una mano era que se quedase tranquila, y no soy de los que dejan a medias lo que empiezan, así que, mientras doña testaruda no se quede satisfecha, no voy a dejarlo estar».

Malhumorado, camino hasta el coche y me subo, arranco y, con lentitud, me coloco justo a su lado mientras ella sigue su camino con la vista clavada al frente, ignorando mi presencia.

—Sube.

—No, gracias, si vas a desconfiar de todo lo que diga, prefiero seguir sola.

—¡No seas cría! —le recrimino poniendo los ojos en blanco.

—No soy cría, sino consecuente. Tú crees que todo está perfecto y yo no, por lo que no tiene sentido que sigamos buscando juntos.

—¡Por supuesto que creo que todo está bien, pero eso no quita que vaya a ayudarte hasta que tú también estes convencida de ello! ¡Hazme el favor de subir al coche de una vez, parezco un puñetero acosador!

Ella se detiene y me fulmina con la mirada.

—Estoy segurísima de que ese mensaje no es de Dani y eso es solo una muestra más de que algo no va bien.

—Perfecto —digo armándome de paciencia—. Si estás en lo cierto, vamos a averiguarlo, pero para eso necesito que te subas al coche de una santísima vez.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque sin mi ayuda no tienes ni idea de qué hacer o cómo seguir buscando —expreso con seguridad.

Intento sonar calmado, pero la paciencia no es una de mis mejores virtudes y estoy empezando a perder la poca que me queda.

Durante unos segundos, la veo dudar; sus inmensos ojos verdes bucean en los míos como si estuviese intentando encontrar en ellos todas sus opciones.

Al final, con un leve suspiro, se rinde, baja los hombros, cierra los párpados y asiente.

—Está bien —accede dando la vuelta por delante para abrir la puerta del copiloto y dejarse caer a mi lado.

—¿Qué hacemos ahora? —inquiere una vez dentro.

—Dormir —respondo escueto.

—¿Disculpa? —Abre los ojos de forma exagerada.

Sus mejillas se sonrojan y sus dientes atrapan el labio inferior de una forma inconsciente y tan tentadora que durante unas milésimas de segundo no puedo evitar pensar en cómo se vería tumbada en mi cama. La imagen que se reproduce en mi cabeza lanza a mi cuerpo un rápido fogonazo de deseo que enseguida neutralizo, ignoro y elimino por completo.

—Es de noche, ahora poco más podemos hacer, te llevaré a casa y volveré a por ti mañana por la mañana, entonces será el momento de seguir buscando —afirmo sonriendo.

Ella se recompone de inmediato y asiente mientras fija la vista al frente, momento que yo aprovecho para hacer lo mismo y pisar el acelerador.

Capítulo 6
¡La madre que me parió!

Iria

Son casi las dos de la madrugada, hace rato que debería estar dormida o, en su defecto, aprovechando el tiempo con mi tableta gráfica para intentar adelantar alguna de las ilustraciones que tengo pendientes de entrega. Sin embargo, aunque la tecnología es una gran aliada para mi trabajo, dibujar de forma manual siempre me ha relajado. Óleo, acuarela, pastel… Cualquier cosa que implique olor a pintura y papel me ayuda a evadirme, a dejar las preocupaciones, los nervios y la angustia fuera de mi mente y a calmarme, por ello, en lugar de eso, aquí estoy, sentada en mi lugar favorito del pequeño apartamento que ahora solo comparto con Scar, mi mesa de dibujo, concentrada en la lámina que tengo delante, con la única compañía de la suave voz de Dean Lewis entonando *Be Alright* mientras el carboncillo que sostengo con delicadeza entre los dedos traza firmes líneas y sombras sobre la hoja iluminada por la intensa luz del flexo que tengo delante, obrando la magia de que lo que, en principio, parece un simple boceto comience a tomar forma.

Inspiro con fuerza y cierro los ojos, recordando cada uno de los rasgos que intento plasmar, al mismo tiempo que mis dedos continúan delineando hasta que la cara de Dani aparece sonriente sobre el papel.

De manera inconsciente, dejo caer el carboncillo y aguanto la respiración mientras contemplo su semblante plasmado con exactitud en el papel y una duda descorazonadora me asalta con fuerza.

¿Y si Roi tiene razón? ¿Y si todos tienen razón y no le ha pasado nada? ¿Y si lo único que ocurre es que ahora quien ha pasado de mí, tal y como hace años hice yo, es él?

Siento como de manera involuntaria mis ojos se llenan de lágrimas y, abandonando la silla, me encamino hacia la enorme ventana del salón.

Fuera todo está oscuro, mi piso se encuentra en una de las calles más céntricas de la ciudad, pero, a pesar de eso, apenas hay gente caminando por la calle. No me extraña, el viento de finales de noviembre no es un buen aliado de los paseos nocturnos y la fría temperatura del exterior es una clara invitación a quedarse en casa.

Elevo la vista a un cielo encapotado en el que apenas se ven estrellas y me pregunto una vez más dónde demonios se habrá metido Dani.

El sonido del timbre de la puerta atrae mi atención y, sobresaltada, me dirijo a la entrada a toda velocidad.

Ver a mi madre a través de la mirilla me resulta de todo menos tranquilizador.

—¿Mamá? —pregunto preocupada después de abrir la puerta de golpe—. ¿Ha sucedido algo?

—¡Hombre, por fin! ¡Pues claro que ha sucedido algo! —responde ella después de mirarme durante unos interminables segundos de arriba abajo—. Se supone que estabas de viaje, pero Angustias, mi vecina del quinto, que vino a visitar a su hermana, que vive por esta zona, me dijo que te vio el otro día con pintas raras en el supermercado y claro, yo pensé: ¿cuándo demonios han vuelto mi hija y Carlos y por qué leches no me ha avisado?

—Estuve muy liada, mamá, volvimos hace un par de días y pensaba llamarte mañana para invitarte a comer —miento intentando sonar creíble.

—Claro, mañana, qué oportuno —protesta desconfiada—. Me dijo Angustias que parecías una zarrapastrosa.

—Ya podía hablar Angustias un poquito menos —rezongo.

—O tú un poquito más, hija, o tú un poquito más —apostilla ella.

Su rostro parece angustiado y me pregunto si le ocurrirá algo que todavía no me ha contado.

—¿Seguro que no te pasa nada? —pregunto observándola con atención.

—Estaba preocupada, llevo horas llamándote, al menos podrías cogerme el puñetero móvil —responde, escueta y molesta.

Me doy una colleja mental por olvidarme de poner de nuevo el sonido en el teléfono al salir de la comisaría.

—Lo siento, mamá —me disculpo—. Pero te mandé un audio ayer por la mañana.

—Audio en el que se te olvidó mencionar que habías vuelto a la ciudad —me recuerda fulminándome con la mirada.

—Tienes razón, tenía que haberte avisado, la verdad es que llegamos cansados y me tomé un par de días de relax, pero, aparte de eso, ¿seguro que estás bien? —insisto con los ojos abiertos de par en par, pues no sé qué me resulta más sorprendente, si el hecho de que mi santa madre, mujer que no soporta las palabras malsonantes, acabe de pronunciar el término «puñetero», o que ella, Juana Ortiz Rodríguez, quien acostumbra a estar en la cama como tarde a las diez de la noche, haya cruzado media ciudad a las dos de la madrugada para cantarme las cuarenta por no decirle que ya estaba de vuelta o cogerle una llamada.

—Todo lo bien que se puede estar cuando tu hija te ignora de forma deliberada — asegura, abriéndose paso por mi costado derecho para entrar en el piso.

—Yo no te ignoro de forma deliberada —me defiendo al mismo tiempo que cierro la puerta.

En cuanto me doy la vuelta y me la encuentro con los brazos en jarras y expresión enfadada, confirmo mis sospechas de que algo más le pasa.

Ella me adora, me quiere con toda su alma y, en caso de que me ocurriese algo, volaría al fin del mundo si hiciera falta, pero nunca ha sido una persona tan apegada como para sentirse ignorada por ninguna de esas dos chorradas… La conozco y ahí tiene que haber algo más.

Mi madre es una mujer de carácter que siempre ha sido una adelantada a su tiempo. Se fue del pueblo con diecinueve años, llevándose consigo solo una muda y algo de dinero que tenía ahorrado porque mi abuelo estaba empeñado en que aceptase casarse con Fernando, el hijo del ferretero, y ella decía que no iba a compartir su vida con un hombre al que le faltaba tanto humor como le sobraba el dinero.

Muchas veces me contó lo complicado que le resultó salir adelante, tuvo que compartir habitación en una pensión mientras trabajaba limpiando portales; después consiguió dos trabajos de camarera, uno de lunes a viernes y otro los fines de semana.

En ese momento su situación mejoró hasta el punto de poder alquilarse un pequeño pisito

que tiempo después, gracias a mucho esfuerzo, ahorro y alguna ayudita extra que mi abuela le mandaba desde el pueblo a espaldas de su marido compró.

A los treinta y cinco empezó a trabajar como costurera en una fábrica de camisas y fue allí, entre hilos, agujas y dedales donde conoció a mi padre, uno de los encargados de su turno de producción que resultó ser el hombre del que se enamoró.

Se casaron tres años después en una boda bonita pero sencilla y, tres años más tarde, llegué yo sin que nadie lo esperara.

Hasta para eso fue una adelantada porque por aquella época quedarse embarazada pasados los cuarenta era algo que no se estilaba.

Mujer de costumbres, tenaz, trabajadora donde las haya, mordaz y de buen carácter, la verdad es que no suele cabrearse con facilidad, pero cuando eso pasa y se enfada, de primera mano puedo afirmar que es mejor echarse a temblar.

—¡Ni una llamada, ni un wasap, ni un mensaje de texto, nada! ¡Solo un audio de dos segundos diciéndome «mamá, te llamo mañana»! —exclama poniendo caras mientras imita mi voz.

—Es que pensaba llamarte hoy, pero se me hizo tarde e iba a hacerlo mañana, imaginaba que ya estarías durmiendo —aseguro cruzando los brazos bajo mi pecho.

—¡Ja! ¡Y un cuerno! Hace muchos días que te noto de lo más rara. ¡Más que de viaje con tu marido, parecía que te tenían secuestrada! No me llamabas, contestabas con monosílabos y siempre tenías prisa por colgar.

—Estaba liada, siempre estábamos haciendo cosas, Carlos no paraba —la interrumpo intentando que mi voz suene convincente.

La mirada que me lanza me advierte que no se cree una palabra y que es mejor que me quede callada.

—¡Menos mal, qué casualidades de la vida, cuando hoy llegué a tu portal tuve la suerte de encontrarme con Lucía, tu vecina de arriba!

—¡Vaya por Dios! —murmuro disgustada caminando hasta el sofá, y me dejo caer en él, pues si mi madre acaba de hablar con la arpía esa, estoy segura de que a estas alturas ya sabe hasta el color de mi ropa interior.

Ella me imita tomando asiento a mi lado y apoyo la cabeza en el respaldo mientras espero, con el cuerpo tenso, a que suelte la bomba, cosa que, como no podía ser de otra forma, ocurre en tres, dos, uno…

—¡¿Cuándo demonios pensabas decirme que el soplagaitas de tu marido se ha largado? ¿De verdad tengo que enterarme por ella de que tu marido te ha dejado y estás hecha un adefesio?

Abro los ojos de par en par y la mandíbula casi me llega a las rodillas.

Segundo improperio dentro de la misma conversación, la cosa es más seria de lo que pensaba.

—¡Mamá! —exclamo—. No se ha largado, lo hemos dejado de mutuo acuerdo.

—Entiendo que lo del viaje era una vil mentira, ¿verdad?

—Necesitaba tiempo para pensar, no tenía ganas de hablar —me justifico.

—¿Y eso implica no pisar la ducha y salir a la calle como una mendiga?

—No exageres —farfullo.

—No estoy exagerando, llevabas tal pinta de esperpento que la pobre Angustias, cuando te vio en el supermercado, apenas te reconocía.

—Igual el problema lo tiene Angustias y necesita ir al oculista —musito enfurruñada.

—Cariño, entiendo que estés mal, yo también pasé una época dura y complicada cuando dejé a tu padre, pero eso no es motivo para abandonarte de esta manera —murmura mirándome de arriba abajo.

El comentario revuelve algo en mi interior, no es que el mío fuese un papá entregado merecedor del diploma a padre del año, lo cierto es que, desde que mi madre lo dejó y ambas nos trasladamos al pequeño pisito que se había comprado de soltera y del que por suerte nunca quiso deshacerse, apenas lo he visto una o dos veces al año, pero, aun así, sigue siendo mi padre y, aunque con el tiempo comprendí que lo mejor que pudo hacer fue dejarlo, recordar ese momento todavía me hace daño.

Lo que sus palabras provocan en mí debe de resultarle bastante evidente, pues su expresión se vuelve mucho más dulce antes de preguntar con voz suave:

—Hace tiempo que no hablas con él, ¿no?

—La última vez que lo llamé hace un par de meses me dijo que no podía entretenerse mucho porque estaba pescando —confieso encogiéndome de hombros.

Los labios de mi madre contienen una mueca y sus ojos se oscurecen por el enfado.

—Lo de la fauna marina siempre le gustó demasiado, él mismo era un poco pulpo. Por no hablar de que, cuando no había almeja en casa, se conformaba con cualquier chirla que encontrase fuera —comenta con sorna.

—¡Mamá! —repito de nuevo, atragantándome con mi propia saliva esta vez.

—Es cierto —afirma encogiéndose de hombros—, y a falta de almeja y chirla, también se conformaba con un buen chipirón.

—Demasiada información —murmuro todavía tosiendo mientras cierro los ojos con fuerza.

Ella suspira disgustada y se remueve a mi lado en el sillón.

—Dejando a un lado los gustos marinos de tu padre… Vamos a lo importante. ¿Qué tal estás?

—Bien, mamá, no te preocupes, estoy bien.

—Ya —responde con recelo.

—Es cierto, estoy pintando mucho, voy a explorar nuevas aficiones e incluso he conocido a gente nueva —afirmo.

Mi madre fija sus ojos en los míos y acaricia mi rostro con cariño.

Sostengo su mirada intentando permanecer tranquila.

—¿Y alguna de esas nuevas aficiones que quieres explorar está relacionada con el síndrome de Diógenes? —me pregunta lanzando una mirada acusadora a nuestro alrededor.

—No he estado en mi mejor momento, pero te prometo que ya me encuentro bastante más recuperada y que mañana mismo tenía la intención de ponerme a limpiar todo esto.

—¿Por qué no hablaste conmigo, Iria? Soy tu madre, sabes que puedes contar conmigo y confiar en mí. —Su voz suena apenada y una oleada de culpa asciende por mi pecho atorándome la garganta.

—Lo sé —admito.

Y es cierto, sé que puedo confiar en ella y que mi madre haría lo que fuese por verme bien; si no se lo he contado, ha sido solo porque el simple hecho de decirlo en voz alta, de admitirlo, lo hacía real y terriblemente doloroso.

Necesitaba mi tiempo, necesitaba autocompadecerme, lamer mis heridas y un espacio en el que dejar la mente en blanco. Quería permitirme estar mal antes de esforzarme por sentirme de nuevo bien, sé que tengo que reconstruirme, pero quería hacerlo a mi ritmo.

—No estaba preparada para tener esta conversación en persona y no era algo que me

apeteciese tratar por teléfono —confieso.

—Entiendo —afirma moviendo la cabeza de arriba abajo en señal de asentimiento—. Y no quiero forzarte a nada, solo necesito que sepas que, cuando lo precises, estaré aquí.

—Lo sé, mamá —susurro refugiándome entre sus brazos.

Apoyo la cabeza contra su pecho y aspiro con fuerza, dejando que su aroma a lavanda me reconforte y me haga sentir de nuevo como cuando era una niña pequeña: segura, a salvo y en casa.



Estiro la mano y, al encontrarme el colchón vacío, abro los ojos preguntándome si la visita de mi madre habrá sido real o tan solo la habré soñado.

Hasta donde yo recuerdo, después de una terapéutica charla en la que, por supuesto, omití todo lo relacionado con mi reencuentro con Daniel y su posterior desaparición, ambas decidimos que, dadas las horas, lo más lógico era que se quedase en mi casa a pasar lo que faltaba de noche que, por cierto, era poco.

Su voz canturreando me llega desde el salón y una sonrisa asoma a mis labios.

Ahora que ya he pasado el trago de contarle lo de mi separación, habría sido un fastidio que todo hubiese sido un sueño y tener que repetir ese incómodo momento.

Con calma, me desperezo y alargo la mano a la mesilla para ver la hora en la pantalla del móvil.

«¡Ostras! ¡Son más de las once de la mañana!». De un salto, me pongo en pie y me dirijo a toda prisa al salón.

—Buenos días, cariño —me saluda colocando una bandeja de magdalenas encima de la mesa.

Con la boca abierta, miro a mi alrededor. Todo está en su sitio y no queda una mota de polvo sin limpiar. La casa está impoluta, tanto como si el mismísimo Míster Proper y todos sus colegas acabasen de montarse una fiesta.

—Pero ¿cuándo, cómo y en qué momento has recogido todo esto? —pregunto anonadada.

—Me levanté pronto y, antes de bajar a comprar el desayuno, decidí organizarlo todo un poquito.

—¿Un poquito? —repito.

—Anda, anda, déjate de historias y mete algo en el estómago que me parece que el único que come en esta casa es el gato —me apremia dirigiendo una mirada a Scar que dormita feliz hecho un ovillo en el sillón.

—Me encamino hasta la mesa, la verdad es que todo tiene una pinta estupenda y mi estómago ruge como un león hambriento; devoro una magdalena casi sin paladearla y cojo una segunda, dispuesta a repetir la hazaña, sin embargo, antes de poder acercármela a la boca, suena el timbre de la puerta.

—Ya abro yo. Tú come —ordena mi madre.

—Si es mi adorada vecina, te agradecería que la mandases directamente a la mie…

—Esa boquita, Iria, no me hagas lavártela con jabón —me interrumpe, amenazándome con el dedo antes de abrir.

Pongo los ojos en blanco y doy un bocado. Está deliciosa, sabe a limón; le pego un segundo mordisco, deleitándome en el punto de canela que le da ese toque tan especial y de

pronto… Casi me atraganto cuando de repente escucho su voz.

—Buenos días, estaba buscando a I…

No lo dejo ni terminar la frase; como si acabasen de meterme un petardo por el culo, salto de la silla e, intentando tragar a toda prisa, me coloco detrás de mi madre.

—¡Roi! —exclamo lanzándole una mirada de advertencia que, a juzgar por su expresión desconcertada, no identifica ni un poquito.

—¿Roi? —repite mi madre sorprendida.

—No sabía que ibas a venir —comento como si tal cosa, dedicándole una sonrisa nerviosa.

—Habíamos quedado esta mañana, te dije que iba a pasar a recogerte, te llamé para avisarte de que estaba en camino, pero no contestaste.

—Tenía el móvil en silencio —me disculpo, sintiendo como el rubor cubre mis mejillas cuando sus ojos se deslizan con disimulo por mi cuerpo, cubierto con el pantalón y la camiseta corta del pijama.

—Lo de no contestar parece algo habitual en mi hija últimamente. Es un consuelo saber que no solo me ignora a mí —dice mi progenitora sin percatarse de lo incómoda que me siento, al mismo tiempo que me dedica una mirada acusadora antes de añadir—: Pasa, pasa, muchacho, no te quedes ahí parado.

Él obedece y se adentra en mi pequeño piso, y yo no puedo evitar dar gracias al cielo por la exhaustiva limpieza matutina de mi santa madre.

—La verdad es que tenemos prisa —digo.

—Tanta prisa no tendrás cuando ni le has contestado —me recrimina ella con retintín.

—Es que, aunque quedamos para desayunar, no concretamos hora —me disculpo.

—Pues si habíais quedado para desayunar, perfecto, podéis hacerlo aquí, he comprado comida suficiente para alimentar a un equipo de fútbol —ofrece la buena mujer señalando la mesa repleta de magdalenas y bizcocho—. ¿Qué prefieres, Roi, café con leche, solo, cortado, capuchino?

—Con leche, gracias —responde él.

Sopeso mis opciones comenzando a desesperarme; no quiero hacerle un feo a mi madre, pero pasar con ella y con Roi más de cinco minutos en la misma habitación es una malísima idea, la conozco y ahí donde la ves, tiene una habilidad para sonsacar información que sería la envidia de cualquier agente de la CIA. Te sientas con ella, te pones a hablar del tiempo y, cuando quieres darte cuenta, te ha sacado la clave de acceso del banco y hasta los kilos que pesas.

Cuando era joven y salía con mis amigas, en cuanto me despistaba le había confesado el número de copas que había bebido, con cuántos chicos había bailado y hasta las canciones que habían sonado.

—Es que tenemos prisa —alego.

—¿Pero no habíais quedado para desayunar? —replica ella.

—Sí, pero íbamos a coger un café para llevar mientras nos encargamos de un asunto —respondo a toda velocidad mientras siento como comienzan a sudarme las palmas de las manos.

—¿Qué asunto?

—Estamos buscando… —comienza a decir Roi.

—Un regalo para su hermana —lo interrumpo de forma atropellada—. Me pidió ayuda para encontrar un regalo para su hermana.

Roi alza las cejas sorprendido, observándome de reojo.

—Es que lo de los regalos no es mi fuerte —se explica él—. Y como mi hermana y ella son amigas y se conocen bien, le pedí a Iria que me echase una mano.

Le dedico una mirada de disculpa a la vez que pienso lo bien que se le tiene que dar el póker porque, a pesar de que el pobre lo tiene que estar flipando, su expresión es inmutable.

—¿Entonces os conocisteis por medio de tu hermana? ¿O ya os conocíais de antes? —le pregunta mi madre—. No serás uno de los amigotes del papanatas de Carlos, ¿verdad?

—¡Mamá, no insultes a Carlos! —la regaño.

—No estoy insultándolo, solo estoy refiriéndome a tu exmarido con el adjetivo que creo que mejor lo define.

Una sonrisa traviesa asoma a los labios de Roi.

—No conozco al tal Carlos, pero si ha sido tan tonto como para alejarse de su hija, estoy seguro de que ese adjetivo lo describe a la perfección. —El comentario, unido a una sonrisa que haría arder las bragas de una monja de clausura, provoca lo que de inmediato bautizo como «el efecto Roi», que resulta ser algo así como una fuerza sobrenatural con la que consigue desarmar a mi madre y metérsela en el bolsillo en cero coma dos segundos.

—Dos minutos, dame solo dos minutos y nos vamos —digo en voz alta—. Mientras, cómete una magdalena —ofrezco porque es la mejor manera que se me ocurre de pedirle que tenga la boca cerrada.

Salgo con tanta prisa del salón que sin querer me golpeo el dedo meñique con el marco de la puerta.

—¡Mierda! —grito.

—Cariño, ¿estás bien? —me pregunta mamá al escucharme.

—Síií —respondo alzando la voz mientras continúo a la pata coja y me froto el dedo con fuerza al llegar a mi habitación.

A toda velocidad, cojo unos vaqueros ajustados, el primer jersey que encuentro, ropa interior, calcetines y unas zapatillas deportivas. En menos de treinta segundos, lo tengo todo puesto y, sin tiempo para mucho más, me cepillo el pelo en un par de pasadas, me lavo los dientes y me hago la raya negra de la parte interior de los ojos.

«Por favor, que no meta la pata, por favor, que no meta la pata, por favor, que no meta la pata», me repito mentalmente una y otra vez mientas me echo un vistazo en el espejo. Y salgo volando para reunirme de nuevo con esos dos.

—Y tú, ¿a qué te dedicas? —escucho que le pregunta mi madre como si tal cosa justo en este momento.

Aguanto la respiración y de nuevo acelero el paso para unirme a ellos.

—Soy po…

—Portero, Roi trabaja como portero en un hotel de lujo —lo interrumpo esbozando una sonrisa tan inocente como forzada.

El gesto del policía continúa siendo imperturbable y, a pesar de que estoy segura de que tiene que estar pensando que estoy como una puñetera regadera, asiente con convicción.

—Ah, ¿sí? ¿En qué hotel? —se interesa ella.

—En el Plaza de España.

—En el Princesa.

Contestamos ambos a la vez, ganándonos una mirada de extrañeza por parte de mi progenitora.

—¿En el Princesa o en el Plaza de España? —repite con suspicacia.

—En los dos, es que de lunes a viernes trabaja en el Princesa y los fines de semana en el Plaza de España —me apresuro a explicar con voz apurada—. Y ahora lo siento mucho, mamá, pero tenemos que irnos. Si no salimos ya, no nos va a dar tiempo de comprar ese regalo antes de

que Roi entre a trabajar.

—Esperadme que bajo con vosotros.

—No, mami, tú tranquila, desayuna algo, tómate tu tiempo y vete cuando quieras —ofrezco depositando un beso al vuelo en su mejilla al mismo tiempo que agarro el brazo de Roi para tirar de él y sacarlo de aquí de una maldita vez, antes de que alguno de los dos termine metiendo la pata o diciendo algo que yo tenga que explicar después.

Capítulo 7
La nieta de la vecina

Roi

Llevo conteniendo las preguntas y las ganas de echarme a reír desde que salimos de casa de Iria, por eso cuando al arrancar el coche y echarle un vistazo de reojo, compruebo que, a pesar de seguir algo tensa e incómoda, por fin parece haberse relajado un poco decido que es la oportunidad de sacar a colación el momento tan surrealista que acabamos de vivir.

—Desde luego no me puedo quejar, la mañana está siendo de lo más fructífera para mí. No solo he conocido a tu madre, sino que además mi currículo se ha visto incrementado ni más ni menos que con dos trabajos, uno de lunes a viernes y otro los fines de semana —comento en plan broma intentando quitarle hierro al asunto a la vez que pongo el tema sobre la mesa.

—Siento mucho haberte puesto en una situación incómoda.

—No te preocupes, la verdad es que ha sido bastante divertido.

—Tienes un extraño concepto de la diversión.

—Eso lo dices porque no veías la cara que se te ponía cada vez que tu madre preguntaba algo —aseguro esbozando una sonrisa.

Ella suelta un bufido y frunce la nariz de forma cómica antes de responder.

—Tendríais que ficharla en tu unidad, haría cantar *La traviata* a un mudo y se quedaría tan ancha. Aunque la verdad es que tú disimulabas la mar de bien.

—Soy policía, estoy acostumbrado a permanecer impasible para que en los interrogatorios la gente no sepa lo que estoy pensando.

—Pues se te da de lujo.

La observo durante unos segundos porque lo cierto es que por su tono de voz no sé si tomármelo como una crítica o un halago, por lo que, ante la duda, prefiero decantarme por lo segundo y no correr el riesgo de preguntar.

—Soy muy bueno en lo que hago. —Le guiño un ojo y ella asiente y vuelve a fijar la vista en la ventana, al mismo tiempo que se muerde el labio inferior como lo hace cada vez que está preocupada según empiezo a descubrir.

—¿Crees que se lo habrá tragado? —cuestiona.

Y he aquí un nuevo dilema: ser sincero y decirle la verdad o contarle una mentirijilla piadosa. La segunda opción resulta tentadora, pero al final termino por desecharla.

—¿Lo de mis dos empleos, el regalo de mi hermana, etc., etc.?

Ella asiente esperanzada.

—Lo dudo.

Un gemido escapa de su garganta y su semblante palidece.

—Lo más probable es que piense que tenemos un lío —añado en tono cauteloso, pensando

que eso la va a poner todavía más nerviosa; no obstante, para mi absoluta sorpresa, ocurre justo lo contrario: en cuanto escucha mi afirmación, se vuelve hacia mí con aire esperanzado.

—¿Tú crees? Eso sería genial. —Suspira, relajando de forma sutil su espalda.

—Eres muy extraña, prefieres que tu madre piense que tienes un lío con un tipo al que acabas de conocer a decirle que soy policía y que estoy ayudándote a buscar a un amigo de la infancia.

—Punto número uno, ella no sabe que te acabo de conocer y punto número dos, si le cuento lo de Dani, solo hay dos opciones, que piense que con el divorcio se me ha ido la cabeza o que, dado el cariño que le tenía a Dani, se lo crea y se ponga histérica, y créeme si te aseguro que ninguna de las dos opciones es buena. —Hace una pausa y ladea un poco la cabeza, como si ella misma estuviese tanteando ambas posibilidades—. No, definitivamente, mejor que piense que solo eres un rollo cualquiera.

—Tiene sentido —admito—, aunque, para que lo sepas, nadie que haya estado conmigo me definiría como «un rollo cualquiera».

Mi voz sale algo más ronca de lo normal y, cuando siento sus ojos clavados sobre mí, tengo la sensación de que la atmósfera se vuelve densa y el aire se enrarece entre nosotros.

¿Será solo cosa mía o también ella lo sentirá así?

Desvío unos segundos la mirada hacia Iria, atrapando sus ojos y ella, sobresaltada, vuelve a concentrarse en observar a través de la ventana mientras murmura de manera casi inaudible.

—Cualquiera no sé, pero modesto eres un rato.

El comentario me hace gracia y decido seguir la broma.

—Es una de mis muchas virtudes.

—Me encanta que seas taaan humilde —replica en tono irónico.

Mi sonrisa se amplía y la contemplo de reojo. Apenas ha tenido un par de minutos para prepararse, por lo que su aspecto carece de artificios o maquillajes y, aun así, o quizás precisamente por eso, la veo preciosa.

Un calor inoportuno asciende por mi pecho y decido centrarme de nuevo en la conversación para evadirme de esa incómoda sensación.

—No sabía que estabas separada.

—No te lo dije, así que no tenías por qué saberlo —responde algo cortante.

Me quedo callado y ella suspira frustrada.

—Lo siento, es solo que la cosa es reciente y, aunque debí verlo venir, no me lo esperaba.

—Esas cosas pasan —comento intentando restarle importancia al darme cuenta de que es un tema por el que todavía está afectada.

—¿Sabes? Lo que más me jode es que en realidad tenía que haberse terminado mucho antes —confiesa—. Pero yo me adapté a él para que eso no pasase.

Su silencio resulta doloroso y no sé qué responder.

—Me aferré a la relación renunciando a muchas cosas para intentar que funcionase: a mis amigas, a Dani e incluso a parte de quien soy, y al final ni siquiera puedo culparlo por dejarme porque lo cierto es que lo nuestro hacía mucho que no era una pareja ni mucho menos una relación —confiesa con la mirada perdida—. Durante los últimos años, nuestra vida se convirtió en una rutina aburrida e insulsa en la que cada día era igual al anterior. Éramos como compañeros de piso, desconocidos que intentaban ocupar el tiempo con conversaciones vacías y momentos incómodos que nunca éramos capaces de rellenar. No quería fracasar en esa faceta de mi vida, y al final lo hice.

—Yo no creo que debas verlo como un fracaso, sino como una nueva oportunidad —

afirmo con convicción—. ¿Todavía lo quieres? ¿Sigues enamorada de él?

Verme a mí mismo conteniendo la respiración mientras aguardo su respuesta me coge de sorpresa y me noquea con fuerza.

—Creo que siempre sentiré cierto cariño por Carlos, o por el tiempo bueno que pasé con él, pero el amor hace mucho tiempo que se fue —murmura—. Cada vez estoy más segura de que estar enamorada tiene que ser muy diferente a lo que sentí junto a él.

Me alegro, sus palabras me suponen un profundo alivio que me niego a analizar. Prefiero pensar que se debe solo a que —aunque sin conocer a la otra parte no puedo ser objetivo— estoy convencido de que cualquiera que separa a su pareja de la gente que le importa, ya sea de forma consciente o inconsciente, es un egoísta y un cabrón.

—A tu madre no parecía caerle demasiado bien —dejo caer.

—Ella no es imparcial, aunque admito que vio cosas que yo no supe ver —comenta.

—Pues permíteme decirte que, por lo poco que te conozco, tengo que darle toda la razón. Estás mejor sin él.

—Tal y como acabas de decir, casi no me conoces; Carlos no fue el marido ideal y debí terminar con esa relación mucho antes, pero yo también tengo defectos y cosas que mejorar.

—Cierto, cabezota eres un rato —bromeo, pues no me gusta nada verla tan compungida y siento la necesidad de hacerla sonreír.

—¡Tú lo llamas cabezonería, yo, persistencia! —se defiende alzando la barbilla.

—Y eso es justo lo que dicen todos los cabezotas para justificarse cuando saben que lo son.

—No es verdad.

—Sí que lo es.

—Mentira, soy tenaz y, cuando estoy convencida de algo, no permito que me hagan cambiar de idea, pero eso no es ser cabezota.

—Esa es justo la definición de cabezota —me carcajeo.

—Solo sigo mi instinto, pero si me demuestran que estoy equivocada, soy muy capaz de reconocer mi error.

—Está bien saberlo porque acabamos de llegar a la dirección de tu amigo y espero poder demostrarte que tu instinto te está llevando por un camino equivocado —le aseguro mientras aparco en una de las mejores zonas de la ciudad.

Es un área semipeatonal y estamos casi al lado del mar, tan cerca de él que, inspirando con fuerza, juraría que puedo apreciar cierto toque salado en la brisa que balancea con fuerza las copas de los árboles del amplio parque delante del que hemos conseguido aparcar.

Los edificios de esta zona son de piedra, de entre cuatro o cinco pisos de altura como máximo y, aunque se ve que tienen muchos años, es fácil apreciar que tanto las fachadas como los interiores de todos han sido reformados.

Es un sitio lujoso, pero a la vez tranquilo donde debe de resultar agradable vivir.

—Aquel de allí es su coche. Lo sé porque la noche que quedamos a cenar me llevó a casa en él —me indica Iria interrumpiendo mis pensamientos mientras señala un Mercedes biplaza de color negro.

Suelto un silbido de admiración.

—Hay que reconocerle que tiene buen gusto —concedo mientras apago el motor y salgo.

Ella me imita y ambos nos encaminamos hasta el Mercedes; tan concentrada va mi acompañante que, cuando vamos a cruzar, se olvida de mirar a ambos lados y un coche por poco se la lleva por delante.

—¡Cuidado! —grito agarrándola del brazo y tirando de ella hacia atrás al escuchar un

bocinazo seguido del insulto proferido por el conductor—. O miras por donde vas o tú eres la que vas a terminar en el hospital —la regaño sin soltarla.

—Lo siento, no lo he visto —responde sacudiendo la cabeza para sacarse el susto del cuerpo.

—Tranquila, por suerte no ha pasado nada —digo y me vuelvo a ponerme en marcha.

Aunque está bien aparcado, me extraña que un coche así duerma en la calle, sobre todo cuando todos o casi todos los edificios de la zona tienen aparcamiento.

—¿Sabes si tiene garaje? —inquiero mientras lo rodeo e intento ver el interior a través de la ventanilla del copiloto.

—Sí, estoy segura de que sí. Dani no dejaría el coche fuera por la noche.

—Y sin embargo aquí está —murmuro examinando el lateral del vehículo.

—Debió de aparcarlo aquí un momento para ir a comprar el pan —presupone—. Durante la cena que compartimos, me preguntó si continuaba gustándome el pan de maíz y, cuando le dije que sí, me comentó que hay una panadería al lado de su casa donde va a comprar el pan cada mañana antes de ir a trabajar y que tienen un producto espectacular.

Miro a la derecha y, en efecto, veo una panadería de pequeño tamaño con una cola que da la vuelta a la esquina de la calle.

Continúo caminando alrededor del coche, con Iria detrás de mí, cuando algo llama mi atención.

—Está mal cerrada —afirmo.

—¿Cómo? —parece confusa.

—La puerta del conductor está mal cerrada —explico señalándola.

—¿Y eso de ahí no es la llave? —susurra de repente con voz angustiada, señalando algo que parece estar medio oculto bajo el coche.

Me agacho y observo el objeto que brilla escondido por la parte baja del vehículo. Luego meto la mano en el bolsillo de mi pantalón para sacar un guante de plástico y una bolsa del mismo material.

—¿Siempre vas tan equipado? —pregunta con cierto retintín—. Pareces uno de los protas de *CSI*.

—Te recuerdo que estamos buscando a un desaparecido —respondo mientras recojo el objeto y lo observo con interés.

—Y yo te recuerdo que tú no creías que lo estuviese —me recrimina ella—. La llave pertenece a su coche, ¿verdad?

—Eso parece —corroboro al observar que la marca coincide con la del vehículo.

—¡Te lo dije! —exclama pálida—. ¡Y no me digas que esto es normal o que es una casualidad porque está claro que algo no cuadra! ¿Quién es ahora el cabezota y quién no?

La observo con el ceño fruncido; es cierto, tiene razón, y mira que me jode reconocerlo porque estaba seguro de que era cosa suya, pero, visto lo visto, empiezo a pensar que aquí hay algo raro. Algo que me lleva a plantearme por primera vez desde que la escuché en la comisaría que quizás ella estaba en lo cierto y yo estaba equivocado.

—Vamos a subir a su piso —propongo elevando la mirada al edificio.

—No creo que esté ahí —rebate.

—Lo sé, pero me gustaría comprobar si la puerta está cerrada, encajada o tiene señales de haber sido forzada —comento echando a caminar con decisión hacia el portal.

—Segundo ce —me informa en cuanto llegamos, sin darme siquiera tiempo a preguntarle.

Está nerviosa, tanto o más que ayer; sin embargo, aunque su cuerpo rezuma tensión, se

nota que trata por todos los medios de disimularlo.

Le dirijo una mirada de aliento y, tras ello, me dispongo a comprobar si por casualidad la puerta del portal permanece abierta, al igual que ocurrió ayer cuando fuimos a ver a María. Esta vez no hemos tenido tanta suerte, por lo que pulso el botón del tercero de.

—¿Sí? —responde enseguida la voz de un niño.

—Publicidad —digo con tono firme y seguro.

—Mentiroso… —murmura Iria y, a pesar de los nervios que siente, aprecio cierta diversión en su voz.

—¿Prefieres una mentirijilla piadosa o decirle a un niño que soy policía y que estoy buscando a un vecino desaparecido? —cuestiono conteniendo la risa y mirándola directamente a los ojos durante unos segundos antes de que la puerta ceda y nos permita el paso.

—Visto así… —admite encogiéndose de hombros.

—¿Sabes si vive aquí desde hace mucho? —me intereso a la vez que comienzo a subir las escaleras.

—Desde que volvió de Madrid —responde ella tras pensarlo durante unos segundos—. Por lo que me contó, alquiló este piso cuando estaba pensando en trasladarse desde la capital, y no volvió a mudarse —afirma—. Desde siempre le ha gustado esta zona, cuando estudiábamos juntos ya fantaseaba con que algún día viviría aquí.

—Por lo que se ve, es un hombre de ideas y objetivos claros.

—Siempre lo fue —me asegura.

Su voz suena tan nostálgica que me vuelvo para mirarla y, al hacerlo, me encuentro con sus expresivos ojos bañados en lágrimas.

De forma automática, me detengo y le aprieto el brazo con suavidad, intentando infundirle ánimo.

—No te preocupes, te prometo que lo vamos a encontrar.

—Me encantaría estar tan segura como tú.

—Puedes estarlo, al fin y al cabo, cuentas con un arma secreta —bromeo intentando arrancarle una sonrisa.

—Ah, ¿sí? ¿Y puede saberse cuál es?

—La ayuda del mejor policía de la ciudad —afirmo poniendo los ojos en blanco como si la respuesta fuese evidente.

El efecto es el deseado y, a pesar de que una lágrima solitaria desciende por su mejilla, sus labios dejan intuir una ligera sonrisa.

—El mejor y el más humilde, que no se te olvide.

—Soy un desecho de virtudes, qué le voy a hacer —chasqueo la lengua y alzo las cejas consiguiendo que su sonrisa aumente. Iria deja escapar un cómico resoplido en señal de protesta y, cuando sus ojos chocan con los míos, siento que conecto con algo muy profundo y escondido dentro de ella.

—Ese es el piso. —Señalo en dirección a la puerta de la vivienda, rompiendo, incómodo, el momento.

Avanzamos hasta allí y de nuevo saco un par de guantes sin usar del bolsillo de la chaqueta.

—Eres como un dispensador humano —susurra.

—¿Es que acaso no ves pelis de suspense? ¿No sabes lo importante que es no dejar huellas? —la regaño en tono jocoso mientras, una vez cubiertas las manos, toco la puerta con cuidado para comprobar que esté cerrada, y me acerco a observarla con detenimiento intentando

buscar alguna señal de que pueda haber sido forzada.

Ella permanece un par de pasos por detrás, tan quieta que juraría que incluso ha dejado de respirar.

—Nada, aquí todo está en orden. La puerta no tiene ninguna señal ni marca y la cerradura parece echada —digo algo decepcionado, pues en el fondo esperaba encontrar algo que arrojase un poco de luz sobre todo este asunto.

Iria frunce el ceño e inspira con fuerza, pero no dice nada. Ya estamos alejándonos de la entrada cuando otra de las puertas del descansillo se abre y una anciana de pelo blanco, vestida con una estrafalaria bata lila y pantuflas a juego, sale al descansillo.

—¿Vosotros también estáis esperando a Daniel? —Su voz refleja el paso el tiempo y el cansancio provocado por el peso de los años.

—¿Qué quiere decir? —pregunta Iria encaminándose hacia ella.

Los suspicaces ojos de la anciana la recorren de arriba abajo.

—¿Eres su novia? —quiere saber la mujer escupiendo cada una de las palabras.

—Soy su amiga. —Iria sonríe.

—Hoy en día los jóvenes preferís llamarlo así, mi José también dice que tiene amigas, tantas amigas tiene que no encuentra ni un segundo para venir a visitar a su pobre y vieja madre.

—Usted no es vieja —replico acercándome a ellas para hacerme un hueco en la conversación.

—¡Lo soy, claro que lo soy! ¡Ni se te ocurra decirme lo contrario, jovencito! Ese es un mérito al que no pienso renunciar —farfulla la anciana señalándome con el dedo.

—¿Qué quería decir cuando ha preguntado si estábamos esperando a Daniel? —me intereso intentando desviar la conversación a lo que en realidad nos importa.

—Pues quería decir justo lo que dije —resopla la mujer impaciente.

—¿Acaso lo está esperando usted? ¿Había quedado con él? —insisto.

—Yo no, la que lo está esperando es María Catalina. Danielito viene todos los días a mi casa para salir a dar una vuelta con mi niña —asegura ella, alzando el mentón con orgullo.

—¿Su niña? —repite Iria.

—Sí, mi niña, María Catalina —reitera—. En vista de que mi hijo no tiene tiempo para mí, ella quiso venirse a vivir conmigo para hacerme compañía y que no esté tan sola. Pero como apenas salgo a la calle, la pobre se aburre como una ostra. Por eso Danielito viene a buscarla cada noche y salen juntos a dar una vuelta para despejarse un poco. —La mujer hace una pausa y una sonrisa tierna se extiende por su rostro enfatizando las decenas de arrugas que rodean las comisuras de sus labios—. A veces, cuando Danielito trae comida de esa que te preparan en los restaurantes para llevarte a casa, incluso cenan juntos.

—Entonces… ¿Diría usted que están muy unidos? —cuestiono.

—¡Uy, sí, muchísimo! ¡Mi niña lo adora! —exclama con efusividad—. ¡Tendríais que ver con qué ojitos lo mira cuando él viene a buscarla!

—¿Puedo preguntarle cuánto tiempo hace que Dani no pasa por su casa? —pregunta Iria sin esconder sus nervios.

—Hace un par de días vino por la mañana a traerme unas botellas de leche y a decirme que por la noche vendría como siempre a buscarla, pero no lo hizo —protesta decepcionada y pone un mohín que me recuerda a una niña pequeña caprichosa.

—Su madre nos dijo que tuvo que salir de viaje de manera urgente, igual con la prisa se olvidó de avisarla… —sugiere Iria, intentando suavizar el disgusto de la mujer.

—Imposible —afirma ella con rotundidad negando con la cabeza—. Cuando tiene que salir

de viaje por trabajo, siempre deja a un chico de la oficina encargado de venir a recoger a María Catalina.

Iria y yo intercambiamos una mirada de sorpresa porque eso sí que no nos los esperábamos.

—¿Dani envía a un compañero de su trabajo para salir con María Catalina cuando él no está? —La voz extrañada de Iria hace fruncir el ceño a la anciana.

—¡Claro que sí! ¡Yo no puedo andar saliendo de casa a esas horas y no la voy a dejar sola por ahí! ¡Tal como está el mundo, podría pasarle cualquier cosa! Así que Danielito, para que yo no me preocupe y ella tenga a alguien con quien pasar el rato, siempre manda al mismo chico a hacerle compañía cuando él no puede venir.

—Eso suena a abuela hipersupersobreprotectora —murmura Iria lo suficientemente bajo como para que la mujer no la oiga.

Yo asiento y pregunto:

—¿Sabe cuál es su nombre?

—¡Claro, Danielito! Llevo todo el rato diciéndooslo —protesta ella mirándonos como si fuésemos medio tontos.

—No, el de Dani no, el del otro chico que sale a veces con María Catalina —matizo.

—¿Vosotros creéis que dejaría salir a mi niña con alguien sin saber siquiera cómo se llama? —nos regaña en tono severo.

—No, por supuesto que no.

—Pues eso, no, por supuesto que no —repite toda dignidad.

Durante unos eternos segundos, esperamos a que continúe hablando para decirnos el nombre del susodicho, pero como por lo visto no tiene pensado hacerlo, termino por insistir de nuevo.

—¿Y podría decirnos cómo se llama?

—¿Quién? —inquiere ella arrugando la frente a causa de la confusión.

—El chico que viene a su casa cuando Dani no está —explica Iria, tratando de sonar paciente.

—Ah, ese es Jacobo.

—Jacobo —repetimos ambos.

—Sí, Jacobo —asiente ella—. Eso acabo de decir. ¿Tenéis algún problema de oído?

—No, solo queríamos asegurarnos.

—¡Eso está muy bien! Yo tengo seguros para todo: para la casa, para ir al médico, el del coche mi hijo lo dio de baja porque ya no conduzco… —nos cuenta.

—Señora, no queremos molestarla más… —anuncio sin saber si echarme a reír o llorar.

—Mejor, dentro de poco empieza la telenovela y no puedo perderme el principio —me interrumpe con desparpajo como si tal cosa—. Está muy interesante.

Mis ojos se abren de manera desmesurada, pero hago como que no he escuchado nada y prosigo hablando.

—Como le decía, me gustaría saber si está María Catalina en casa.

—¿Cuándo se supone que me has dicho eso?

—Iba a decírselo cuando me ha contado lo de la telenovela.

—Iba a decírmelo, pero no me lo ha dicho —rebate llena de razón.

Por un momento, me quedo en silencio sopesando si la mujer está mayor o simplemente me está vacilando.

—¿Está María Catalina en casa? —interviene Iria, cortando de raíz la charla de besugos

que estamos manteniendo.

—Está en el salón, ella hace como que no le interesa, pero está tan enganchada a la novela como yo —susurra inclinándose hacia nosotros con cara seria, como si estuviese haciéndonos partícipes de un secreto inconfesable.

—¿Podría decirle que salga a hablar con nosotros? No le robaremos mucho tiempo, solo unos minutos —solicita mi compañera con voz suplicante.

—Podéis intentarlo, pero mi niña no es muy habladora cuando se trata de extraños —nos advierte.

—Aun así, nos gustaría probar —insiste regalando una mirada angelical a la anciana.

Sin previo aviso, la mujer se da la vuelta y empieza a llamar a viva voz:

—María Catalina, tesoro, ven, unos chicos quieren hablar contigo. ¡María Catalinaaa!

Iria y yo nos miramos con cara de circunstancias cuando la vemos desaparecer por el pasillo.

—Esta mujer es tremenda —murmuro frotándome la frente.

—Es una persona mayor —me contradice ella.

—Más que una persona, yo diría que es un personaje —matizo arrancándole una tímida sonrisa que se esfuma en cuanto vemos aparecer a la mujer de nuevo sola, sin su nieta y con la única compañía de un chihuahua marrón que se acurruca entre sus brazos y nos estudia con aspecto desafiante.

De nuevo, intercambiamos una mirada, está vez repleta de asombro y decepción, que se interrumpe cuando Iria fija la vista en la señora antes de preguntar.

—¿Y María Catalina?

Ella esboza una enorme sonrisa al tiempo que acaricia la diminuta cabecita del can.

—La tienes delante —responde con orgullo—. María Catalina, saluda a los chicos que quieren hablar contigo —añade dirigiéndose al animal al que no cesa de colmar de caricias y mimos.

Como respuesta, la perrita, todavía refugiada contra el pecho de su dueña, suelta un gruñido muy poco amigable que nosotros recibimos con cara de tontos, sin saber cómo reaccionar, mirándolas a ambas de forma alternativa y con la boca abierta de par en par.

¡Menudo chasco nos acabamos de llevar!

Capítulo 8
Mentira tras mentira

Iria

—¡Un perro! ¡María Catalina es un puñetero perro! —exclamo alterada y acelerando el paso una vez abandonamos el portal.

Me siento indignada, descolocada y tengo ganas de gritar de pura frustración, sobre todo, al volver la vista hacia Roi quien permanece a pocos pasos de mí, tan tranquilo, como si nada y con esa sonrisita tan atractiva como impertinente dibujada en su cara.

¡No si encima le hará gracia!

Cuando la anciana se plantó delante de nosotros afirmando que ese chihuahua que nos gruñía con cara de mala leche era María Catalina me quedé pasmada, no me lo podía creer y tuve que morderme la lengua para no ponerme a gritar por las escaleras de lo cabreada que estaba; sin embargo, ahora que ya estamos en la calle, soy incapaz de contenerme más.

—¡Un chihuahua! ¡Un Chi-hua-hua! —silabeo alzando ambas manos.

—Sí, eso me pareció ver, un perrito supermono, con sus dos patitas, sus dos orejitas y sus colmillitos. Por cierto, ¿te fijaste en lo blancos que estaban sus colmillitos? Apostaría a que la mujer le lava los dientes con enjuague bucal o algo así —expone, aguantando a duras penas las ganas de echarse a reír.

—¡No me vaciles! —le advierto sin comprender por qué Roi, lejos de compartir mi indignación, por algún motivo que no consigo comprender parece de lo más entretenido.

—No lo pretendo —asegura, dedicándome una mirada inocente que no cuela ni un poquito.

Resoplo y una sonrisa pícara ilumina su rostro.

—Aunque tengo que admitir que verte tan alterada resulta de lo más gracioso. Por un momento te juro que pensé que ibas a arrancarle a la señora el chihuahua de las manos para hacerte un llavero con él.

—No me des ideas que ganas no me faltan —musito, poniéndome de nuevo en marcha.

—Admite que algo debimos imaginar cuando nos dijo que Dani mandaba a un compañero de trabajo a pasear con su María Catalina. Eso era, cuando menos, extraño.

—¡Puede que un poco, pero yo qué sé! ¡Podía ser una abuela sobreprotectora o una nieta hipermiedosa, lo que nunca se me pasó por la cabeza es que la tal María Catalina fuese un perro! ¡Si por como lo decía la abuela poco menos que parecía que Dani y ella se iban a casar! —protesto.

Una carcajada ronca y profunda emana de su garganta, envolviéndonos a ambos, y el sonido penetra en mi cuerpo disipando gran parte de mi mal humor; no obstante, como me niego a admitir el efecto que provoca en mí, me paro en seco y me vuelvo hacia él lanzándole dardos con la mirada.

—¡Vamos! ¡Admite que tiene su puntito de gracia! — exclama sin dejar de reír.

Me gustaría seguir pareciendo molesta, pero el sonido de su risa es tan contagioso y agradable que, antes de darme cuenta, yo estoy sonriendo también.

—Eso está mejor —asegura colocándose a mi lado y empujándome con suavidad.

—Vale, puede que tenga un pelín de nada de gracia —admito de mala gana y dejo escapar un suspiro resignado—. Pero es que tenía la esperanza de que la nietísima pudiese darnos algún tipo de información sobre Dani, y al final nos hemos ido sin nada.

—Eso no es cierto —me corrige.

—¿Qué quieres decir? —pregunto sin comprender a qué se refiere.

—Puede que la nietísima, como tú la llamas, no nos haya dado ningún dato importante, pero la abuelísima sí que lo ha hecho. —Hace una pausa y, al ver que no veo por dónde va, continúa hablando—. Tenemos un nombre, nos ha dado el nombre del chico al que Dani dejaba encargado de pasear al perro. Lo que ocurre es que te has quedado tan noqueada cuando has visto aparecer a María Catalina que dejaste pasar por alto ese pequeño detalle.

—¡Es cierto! —exclamo al darme cuenta de que tiene razón—. Jacobo. Nos dijo que se llama Jacobo.

Durante unos segundos, me siento esperanzada por tener un pequeño hilo del que tirar, pero el optimismo me dura poco porque visto lo visto…

—Con la puntería que tenemos, ya verás como el tal Jacobo resulta ser un loro, un hámster o un gato —afirmo resoplando.

Roi se encoge de hombros y niega con la cabeza.

—Dudo que sea un loro, pero espero que hable como uno de ellos.

—Imagino que la única forma de averiguarlo será ir a buscarlo —afirmo.

—En efecto, mi querido Watson —responde echando a andar.

—¿Por qué se supone que yo soy Watson y tú, Sherlock? —pregunto disconforme.

—Porque cuando apareció María Catalina yo mantuve la calma y tú querías hacerte con ella una figurita de porcelana —responde sin inmutarse mientras los dos nos encaminamos de nuevo hacia el coche.

—¡Eeehhh! —exclamo para demostrar lo poco conforme que estoy con esa afirmación.

—Te invito a tomar algo para endulzar el mal sabor de boca que te dejado María Catalina antes de llevarte de nuevo a casa —propone abriéndome la puerta del copiloto en un derroche de amabilidad.

—¿Ahogar las penas en azúcar? —cuestiono con ironía—. ¡Oh, sí! ¡Ya lo creo que sí! Sin duda eso puede funcionar.



A toda prisa, recojo el material de trabajo que tengo esparcido a lo largo de la mesa del salón. Esta mañana, aprovechando que Roi estaba reunido con un amigo que trabaja en la policía científica para pedirle que intentase analizar las huellas de la llave que encontramos ayer al lado del coche, yo he aprovechado para trabajar… O al menos para intentarlo porque tengo tantas cosas en la cabeza que apenas me consigo concentrar.

Por un lado, está Dani y todo lo que tiene que ver con su extraña desaparición, y por el otro, está Roi…

El policía está empezando a ser todo un descubrimiento, y no solo porque se esté volcando

en ayudarme, sino porque cuanto más tiempo paso con él, más segura estoy de que ese aspecto de tipo duro atractivo y sensual es solo una fachada bajo la que se esconde muchísimo más.

Ayer, al salir de nuestra charla con María Victoria, fuimos a tomar un helado y tengo que reconocer que las horas se me pasaron volando.

Me habló de la infancia con sus cinco hermanos, de las trastadas que hacían de pequeños y de lo duros que fueron los comienzos en el trabajo.

Por mi parte, yo me sinceré sobre lo insegura que me sentí a raíz del divorcio de mis padres y le conté lo mucho que la cagué con Daniel, y tengo que admitir que me sorprendió bastante lo fácil que me resultó abrirme con él.

Por norma general, soy una persona más bien reservada a la que le lleva su tiempo entablar relación con los demás y, sin embargo, hay algo en Roi que me empuja a confiar en él y a dejarme llevar.

El móvil suena y lo saco del bolsillo del pantalón.

Roi: Estoy abajo.

Yo: Voy

A toda prisa, cojo el abrigo, salgo al descansillo, cierro la puerta con llave y me meto en el ascensor.

En cuanto salgo, lo busco con la mirada y, al girar la cabeza hacia la derecha, ahí está él. Sentado en su coche, con la ventanilla bajada y sonriéndome de tal forma que, al posar mis ojos en sus labios, todo mi cuerpo vibra envuelto en una electrizante sensación.

Ignorando la forma en que late apresurado mi corazón, camino hasta el coche, abro la puerta y le devuelvo la sonrisa al tomar asiento a su lado.

—¿Le has dado a tu amigo la llave? —pregunto antes de nada.

—Buenos días a ti también, ¿qué tal has dormido? Yo como un bebé, gracias —se cachondea.

Esa es una de las cosas que más me gustan de Roi… Su buen humor, su talante, la manera positiva en que se enfrenta a las cosas…

—Me alegra saberlo, en cuanto a mí, hacía tiempo que no dormía tan bien y tanto —confieso—. Y ahora que ese punto está aclarado, ¿le diste la llave a tu amigo?

—Sí, pero al igual que yo, está de vacaciones, por lo que tardará unos días en poder analizarla.

—Algo es algo —suspiro.

—¿Has comido? —se interesa cambiando de tema.

—¡Qué va! Estaba trabajando y se me fue el santo al cielo, cuando quise darme cuenta estabas a punto de llegar.

—Yo tampoco he tenido tiempo y son más de las tres, ¿te parece bien que vayamos a comer algo antes de pasarnos por la oficina de tu amigo? —pregunta echando un ojo a la hora en la pantalla del móvil.

—Quita, quita, no creo que me entre ni un bocado de los nervios que tengo, mejor vamos directos no vaya a ser que después esté cerrado —comento negando con la cabeza—. Además, ¿no eras tú quien ayer se autoproclamaba el mismísimo Sherlock Holmes? —añado en tono picajoso—. ¿Qué tipo de Sherlock eres comiendo en medio de una misión?

—Uno que no quiere morir de inanición —protesta y hace un puchero.

—No seas tan quejica y arranca el coche —ordeno poniendo los ojos en blanco.

—Mandona… —sisea.

Finge ofenderse, pero lo veo contener una sonrisa mientras me observa por el espejo retrovisor. Yo hago como que no me doy cuenta y me muerdo el labio inferior.

Me alegro de estar haciendo esto con él, la situación sigue siendo jodida, pero su presencia y su forma de encarar las cosas me hacen sentirme mucho mejor.



Cogemos bastante tráfico porque estamos en hora punta, por lo que tardamos un buen rato en llegar, pero al fin, algo más de media hora después, nos detenemos en el extremo opuesto de la ciudad, delante de un moderno edificio de diez plantas en cuya fachada de cristal tintado se refleja la luz del sol.

—Es bonito —digo admirando la estructura.

—Sí que lo es —corrobora Roi—. La empresa a la que tenemos que ir ocupa la primera planta.

—Lo sé, pero te recuerdo que la mujer que me cogió el teléfono el día que Dani desapareció me dejó bien claro que no podía darme ningún tipo de información.

—Y yo te recuerdo que estás con el mejor —comenta con socarronería.

—Y también con el más humilde —recalco.

—Soy humilde, pero también realista —manifiesta como si tal cosa, guiñándome un ojo—. Además de que no perdemos nada por probar —asegura dando la vuelta al coche para ponerse a mi altura.

—Imagino que no —admito encogiéndome de hombros.

Tengo serias dudas de que aquí consigamos algo, pero como tampoco se me ocurre nada más que podamos hacer aparte de buscar a Jacobo o intentar averiguar algún dato que se nos haya escapado hablando con los compañeros de Dani, decido que lo mejor es probar suerte.

Uno junto al otro, caminamos hasta el portal, el cual, al tratarse de un edificio con muchas empresas de las que entra y sale gente, permanece abierto de par en par. Accedemos al interior y, como solo hay que subir un piso, decidimos utilizar las escaleras, pues no tiene mucho sentido coger el ascensor.

Pocos segundos después, nos encontramos en un lugar que es…

—¡Guau! —exclamo en voz baja, impactada, paseando la mirada a mi alrededor.

—Eso resulta ser una definición bastante acertada —concede Roi.

El espacio es amplio, diáfano, muy luminoso y la combinación perfecta entre el lujo y la practicidad.

Techos elevadísimos, suelos de madera impoluta, mesas de cristal a juego con la fachada y plantas colocadas de forma estratégica para separar ambientes y otorgar cierta privacidad.

Al fondo, una mesa sobre la que descansan varias cafeteras y un surtido *catering* de bollería e infusiones enmarca el pasillo, que conduce a tres despachos también acristalados pero aislados del resto por persianas venecianas de bambú.

—Disculpen, ¿puedo ayudarles? —nos pregunta una chica con una sonrisa que destila profesionalidad desde el mostrador que hace las funciones de entrada.

—Buenos días —la saludo, adelantándome un par de pasos para acercarme a ella—. Nos gustaría hablar con Daniel Arribes.

—¿Tenían ustedes cita con él? —pregunta la recepcionista, la cual, aunque mantiene la

expresión profesional de su rostro, parece algo extrañada.

—No, pero es urgente —respondo tratando de sonar menos ansiosa de lo que estoy.

—Lo siento, pero no se encuentra en la oficina en este momento.

—No se preocupe, podemos esperar —ofrezco a sabiendas de lo que me va a responder la mujer.

—Lo lamento, pero está de viaje y al menos durante un par de días no va a regresar —nos informa.

—En ese caso, ¿podríamos hablar con Jacobo? —lo intento de nuevo.

—¿Con Jacobo? —repite ella que ahora sí es incapaz de ocultar su sorpresa—. ¿Tenían cita con Jacobo?

—No, tampoco la tenemos, pero nos haría un enorme favor si nos permite hablar con él un par de minutos —imploro, usando mi tono más convincente y dedicándole una mirada suplicante, como si yo fuese un cervatillo al que están a punto de pegar un tiro y ella la única que puede salvarme.

Por desgracia, la chica parece más interesada en quitarme pronto de en medio que en salvar la fauna ibérica porque mi ruego silencioso no parece surtir efecto y no se ablanda ni un poquito. De hecho, se muestra firme y segura al responder:

—Lo lamento mucho, pero sin cita previa no puedo dejarles pasar.

Me siento impotente y empiezo a cabrearme, necesitamos hablar con el tal Jacobo y esta mujer no parece dispuesta a colaborar, al menos conmigo, porque en cuanto Roi interviene en la ecuación y se acerca para apoyarse en el mostrador poniéndole ojitos, la expresión de la chica cambia de forma inmediata.

—Lo comprendo —interviene el policía desplegando una sonrisa inocente a la par que seductora—. Son normas de la empresa y usted solo está cumpliendo con su deber.

La chica asiente, contemplándolo como si él fuese un Cornetto de limón y estuviésemos en verano, en mitad del desierto y con un calor de mínimo cuarenta grados a la sombra.

—Sin embargo, si nos permitiese hablar con Jacobo durante unos segundos, nos haría un enorme favor. Le aseguro que no le robaremos demasiado tiempo y tiene mi palabra de que después nos iremos y no la molestaremos más.

—No, si no es molestia —la escucho susurrar mientras sus mejillas se sonrojan.

—¿Entonces qué me dice? ¿Nos echa una mano? —insiste él.

La muchacha se sonroja todavía más y suelto un bufido. Estoy segura de que, si de ella dependiese, a él le echaría las dos.

A pesar de resultar evidente que se siente atraída por él, la joven parece dudar y aguanto la respiración, convencida de que se va a volver a negar, pero entonces asiente sin demasiado convencimiento.

—De acuerdo, hablaré con Jacobo para ver si puede atenderlos cinco minutos —comenta y sale de detrás del mostrador contoneando las caderas como una modelo de pasarela.

—Muchísimas gracias, nos hace usted un gran favor —afirma Roi de un modo encantador.

—¡Será vendida! —musito de forma casi inaudible al verla alejarse.

—Mis habilidades policiales están muy entrenadas —se regodea.

—Síííi, claro, seguro que han sido tus habilidades policiales las que la han convencido —farfullo con desdén.

—¿Qué puede haber sido lo que la ha hecho cambiar de idea si no? —pregunta él con picardía.

—Mejor vamos a dejar el tema —susurro avergonzada, desviando la vista, y me alejo un

par de pasos.

Él no parece nada de acuerdo con eso de dejar el tema, pero justo entonces la chica vuelve a aparecer a lo lejos y nos hace una seña con la mano.

—Vengan conmigo —nos indica y, cuando llegamos a su altura, nos dirige hacia el pasillo en el que se encuentran los despachos.

Sin hacer amago de detenerse, pasa por delante de los dos primeros y se para delante de la última puerta.

—Esperen aquí, Jacobo vendrá en un momento —anuncia apartándose a un lado para dejarnos pasar.

En cuanto la recepcionista se va, comienzo a pasear por la sala de reuniones en la que nos encontramos, la cual, al igual que el resto de la empresa, rezuma clase y elegancia.

Mesa de cristal y acero en el centro, sillones de cuero alrededor, venecianas de bambú para alejarnos de las miradas del resto de los trabajadores y ofrecer intimidad… Sin embargo, yo no soy capaz de apreciar ninguno de estos detalles porque camino de un lado a otro como pollo sin cabeza y soy incapaz de parar.

Siento como el corazón me martillea contra el pecho con fuerza, mi respiración se acelera, me falta el aire y me sudan las palmas de las manos. Estoy nerviosa, muy nerviosa; más que eso, estoy aterrada.

Necesito encontrar a Dani con urgencia, cada vez tengo más claro que yo estaba en lo cierto y le ha sucedido algo malo, sobre todo, después de encontrar la llave de su coche tirada en la calle y de nuestra conversación con su vecina.

No obstante, una pequeña parte de mí todavía quiere creer que estaba equivocada y el resto del mundo tenía razón; en una pequeña y recóndita parte de mi fuero interno todavía albergo una mínima ilusión de que todo esto no sea más que un malentendido, un error, y estoy atacada porque tengo pánico a que la conversación con Jacobo acabe haciendo saltar por los aires esa pequeñísima esperanza que todavía me permito conservar.

—¿Te encuentras bien? —pregunta Roi aproximándose un paso más a mí—. Tranquila, seguro que de esta conversación sacaremos algo en claro —intenta animarme.

Me muerdo el labio inferior, incómoda.

—¿Suena muy raro que te diga que en parte prefiero no averiguar qué ha pasado?

—Suena muy humano —susurra él, sujetándome por los hombros como muestra de apoyo.

Bajo la mirada al suelo, pero, con delicadeza, él eleva mi mentón hasta que mis ojos se encuentran con los suyos.

Me dejo atrapar por ellos y, por un instante, siento que me invade una tensa calma.

—Si hay algo que me ha enseñado la vida durante los años que llevo dedicándome a esto, es que siempre, por muy feas o difíciles que se pongan las cosas, es mejor saber con exactitud a qué batalla te enfrentas porque solo así puedes elegir bien las armas necesarias para ganarla —afirma.

Su voz suena confiada y me transmite seguridad, una seguridad que me recorre el cuerpo, permitiéndome recobrar fuerzas y volver a respirar con cierta normalidad.

De repente, la puerta se abre y ambos rompemos el contacto para volvernos hacia ella, encontrándonos con la imagen de un chico de unos veintipocos años que nos contempla extrañado.

—Me dice Laura que queréis hablar conmigo. —Por la forma en que pronuncia la palabra «conmigo», se nota que no está demasiado acostumbrado a recibir visitas en el trabajo.

Lo estudio con atención.

Pelo rubio, ojos marrones, complexión delgada y expresión afable. Tal y como me pareció cuando entró, no debe de tener más de veinticuatro o veinticinco años, por lo que deduzco que o bien está en prácticas o debe de ser una de las últimas incorporaciones de la empresa.

—Así es —responde Roi—. ¿Te parece bien si nos sentamos?

El chico contempla las sillas cohibido, como si fuesen terreno prohibido, pero al final asiente, entra en la sala, cierra la puerta y toma asiento en una de ellas con cuidado.

Nosotros lo imitamos colocándonos justo enfrente.

—Verás, ayer estuvimos con una vecina de tu compañero Daniel —comienza a decir Roi quien, de repente, se interrumpe quedándose unos segundos en silencio—. Porque Daniel es tu compañero, ¿verdad?

—Es mi compañero de trabajo, pero no estamos dentro de la misma área, él lleva desarrollo y programación; junto con el jefe, es el que se encarga de la gestión de las empresas más importantes —responde el chico.

—¿Podrías decirnos el nombre de vuestro jefe? —le pido con voz suave mientras mi corazón se acelera.

No entiendo por qué me pongo así, pues no estamos haciendo nada malo, sin embargo, me siento como si estuviésemos cometiendo la mayor de las fechorías actuando a escondidas.

—El dueño de la empresa se llama Ramón Ibarra —nos informa Jacobo.

—Gracias por el dato. —Roi le sonríe—. Como te decía, estuvimos hablando con una vecina de tu compañero, y la mujer estaba muy disgustada porque estos dos días no has sacado a pasear a María Catalina.

Es nombrar al perro y el chico palidece.

—No sabía que tenía que sacarla —murmura, removiéndose en la silla.

—Pero tú eres el encargado de sacarla a pasear cuando Daniel se va de viaje, ¿verdad? —insiste.

—Por norma general, sí, pero esta vez no.

—Explícate —le pido, intentando sonar calmada.

—La vecina de Daniel es muy mayor y le cuesta salir a la calle, por eso él siempre se encarga de sacar a la perrita por las noches para hacerle un favor.

—Un tipo considerado —comenta Roi.

—Dani es una persona fantástica —afirma el chico cuyos ojos brillan de admiración—, yo lo considero más que un compañero, para mí es como un mentor.

—Eso es bueno, eres afortunado —murmuro, pues no me cuesta imaginar a Dani echando una mano a un chico que acaba de empezar.

—Lo soy —responde.

—Volviendo al tema del perro —interviene Roi, centrando la conversación en el punto que nos interesa—. Siempre que Daniel se va, tú te ocupas de reemplazarlo en esos paseos, ¿no?

—Sí, llevo haciéndolo desde que entré en la empresa. Él me avisa de cuántos días va a estar fuera y esas noches yo voy a casa de su vecina y saco a pasear a María Catalina. Él sabe que yo lo hago encantado porque me va fenomenal sacarme un dinerillo extra.

—¿Es la vecina quien te paga? —inquiere Roi.

—No, es Dani —nos confirma el chico—. Conste que yo lo haría igual gratis, pero él siempre insiste en darme algo por las molestias.

—¿Y por qué esta vez no fuiste? —pregunto yo conteniendo la respiración.

—Porque no me avisó —responde—. Me enteré de que había salido de viaje porque Ramón nos informó en la oficina de que por temas de trabajo Daniel iba a estar fuera una

temporada, pero yo no recibí ningún aviso para hacerme cargo de María Catalina, así que no fui.

—¿Puedo preguntarles quiénes son ustedes y por qué tienen a uno de mis trabajadores aquí? —Nos sobresalta una voz que suena fuerte y profunda desde el quicio de la puerta cuando esta se abre de golpe.

Tanto Jacobo como yo pegamos un respingo en nuestros asientos, todo lo contrario que Roi que se queda tan pancho, como si nada.

—Siento las molestias —responde con tono calmado sin apartar la vista del recién llegado —. Ella es Iria, amiga íntima de uno de sus empleados, y yo el inspector de policía Roi Gómez. Estamos buscando a Daniel.

El hombre, que parece sorprendido, avanza un par de pasos hacia nosotros y cierra la puerta antes de dirigirse a su empleado.

—Jacobo, vuelve a lo que estabas haciendo y la próxima vez que tengas una reunión de carácter privado en horas de trabajo acuérdate de consultármelo. —Su tono intenta resultar amable, pero esconde una buena dosis de tensión y tirantez.

—Sentimos mucho haber interrumpido, no pretendíamos robarle a ninguno de sus trabajadores tiempo de su jornada laboral —me disculpo, incómoda y preocupada por la posibilidad de haber metido en algún lío al pobre chaval.

—No os preocupéis, no pasa nada y, por favor, tuteadme, no soy tan mayor como para que me habléis de usted —responde él forzando una sonrisa.

Lo miro de arriba abajo aprovechando que su atención parece centrada en mi acompañante.

Es un hombre de mediana edad, alto, de espalda ancha, ojos marrones, dientes blancos como la nieve, un pelo tan rubio que, por momentos, dependiendo de la intensidad de la luz que incide sobre él, casi parece blanco, y tono de piel superbronceado.

—Si puedo ayudaros en algo, no dudéis en hacérmelo saber —añade con la intención de romper el tenso silencio que se ha instalado entre los tres una vez Jacobo abandona la sala.

—Pues ahora que lo dices, si eres tan amable de responder a unas preguntas, te estaríamos muy agradecidos —le informa Roi.

—¿Unas preguntas? —pregunta sin dejar de sonreír—. Ahora mismo me cogéis un poco liado.

—Serán solo un par de cuestiones, algo informal. Iria está un poco preocupada porque no ha recibido noticias de Daniel y me gustaría que se quedase tranquila —insiste él, sonriendo de forma despreocupada.

—Está bien —accede Ramón acercándose a la silla que acaba de dejar libre su empleado y tomando asiento en ella.

—¿Sabes dónde está Daniel? —le pregunta el policía a bocajarro.

Los hombros del aludido se tensan de forma casi imperceptible.

Igual son imaginaciones mías, pero me atrevería a asegurar que, aunque solo haya durado unas décimas de segundo, durante un momento el hombre que tenemos delante ha sentido miedo.

—¡Por supuesto que lo sé! Está en un viaje de trabajo —responde con una alegría que está completamente fuera de lugar.

—¿Podrías decirnos a dónde ha ido? —intervengo.

De forma involuntaria, Ramón echa un vistazo a su alrededor antes de clavar sus ojos en los míos. Juraría que le ha molestado la pregunta y, sin embargo, ni por una milésima de segundo deja de sonreír.

—La verdad es que no —afirma con rotundidad—. Estamos desarrollando un nuevo programa para una empresa internacional y me temo que es un asunto confidencial. No podemos

desvelar la identidad de un cliente y mucho menos la situación de este.

Su explicación resulta de lo más razonable.

—Es comprensible, lo entiendo —admite Roi—. Lo que no comprendo es por qué se fue así, de repente.

—¿Qué quieres decir? —cuestiona el hombre, removiéndose en la silla de forma sutil.

—Había quedado con Iria y ni siquiera la llamó para avisarla de que no podría acudir a su cita. Después, tampoco le cogió el teléfono ninguna de las cincuenta veces que ella lo llamó a él. —Hace una pausa, como si estuviese pensando, y continúa diciendo con seguridad—: Por no hablar de lo extraño que resulta que se haya olvidado de encargar a Jacobo que saque a pasear a la perra de su vecina, como hace cada vez que tiene que abandonar la ciudad por motivos de trabajo —enumera mi acompañante con voz tranquila.

—Surgió un problema con el desarrollo del programa que estamos desenvolviendo y tuvo que salir de forma urgente para solucionarlo. Estamos hablando de un cliente importante que no podemos permitirnos perder, así que con las prisas no me extraña que se olvidase de cancelar vuestra cita —explica Ramón, sin alterarse, fijando su atención en mí para proseguir hablando—: Después, entre el lío de las terminales, los transbordos para coger los aviones y el follón con el que se encontró al llegar a las instalaciones de nuestro cliente, no me sorprende que no haya encontrado todavía el momento para llamarte y disculparse contigo —comenta con convencimiento—. Por lo que me dijo cuando hablé con él, creo que a la única a la que sí le envió un mensaje antes de marcharse fue a su madre. Lo cual me parece lógico porque ya se sabe, una madre es una madre. —Hace una pausa de varios segundos antes de añadir, encogiéndose de hombros—: En cuanto a su vecina, lo siento mucho por la pobre mujer; si Dani no avisó a Jacobo, fue porque en principio tenía pensado regresar esa misma noche, sin embargo, al final la cosa está resultando un poco más compleja de lo que parecía en principio y su estancia va a tener que prolongarse un poco más de lo esperado.

—Siento escucharlo, es una faena —comenta Roi.

—Y tanto que lo es —corrobora él—. Daniel es muy bueno en lo suyo y, además de ese proyecto, tenemos otros que necesitan su supervisión. Su ausencia va a provocarnos más de un retraso.

Por el gesto de Roi, comprendo que no tiene intención de añadir nada más, así que decido dar por terminada la conversación.

—Muchas gracias por su tiempo y, por favor, si vuelve a hablar con Dani, dígale que me llame cuando vuelva a la ciudad —le pido.

—Descuida, lo haré. Y para cualquier cosa, ya sabéis dónde encontrarme —replica él poniéndose en pie en una clara invitación a que abandonemos el lugar.

Roi y yo lo imitamos, y el propio Ramón se encarga de escoltarnos hasta la puerta con su perenne sonrisa todavía dibujada en el rostro.

Una vez en la entrada, nos despedimos tanto de él como de Laura, la recepcionista que nos permitió pasar para hablar con Jacobo, y bajamos las escaleras para salir al exterior mientras una extraña sensación me recorre por dentro, pues, lejos de tranquilizarme, lo único que ha conseguido la conversación que acabamos de tener es hacerme sentir peor.

Capítulo 9
Una hamburguesa con historia

Roi

Cada vez estoy más convencido de que Iria tenía razón desde el principio y aquí pasa algo raro.

Son demasiadas cosas: la llave al lado del coche, la vecina que espera a que le saquen a pasear al perro y, sobre todo, la actitud del jefe.

Ramón esconde algo, eso lo tengo tan claro como que el día tiene veinticuatro horas o que de noche sale la luna y al amanecer vuelve el sol.

—¿Qué opinas? —pregunta Iria una vez los dos estamos sentados en el coche.

Agarro el volante con fuerza y evalúo la situación. Lleva en silencio y con cara de circunstancias desde que salimos de la oficina de su amigo, por lo que estoy seguro de que ha llegado a la misma conclusión que yo, lo que, a decir verdad, tampoco era muy difícil.

La tensión que se respiraba en la sala desde que Jacobo salió por la puerta era palpable, y a pesar de que su jefe intentó sonar amable y despreocupado en todo momento, se notaba a leguas que nuestra visita le resultaba incómoda y desagradable, por no hablar de lo nervioso que se puso en cuanto me escuchó pronunciar el nombre de Daniel o la frase «inspector de policía».

—Creo que ese tipo estaba mintiendo como un bellaco. Si me diesen un euro por cada una de las mentiras que ha salido de su boca, no tendría que volver a trabajar —afirmo con total convencimiento.

—Yo opino lo mismo —corrobora ella—. No tengo ninguna duda de que está ocultando algo —murmura pensativa.

—Por no hablar de que sus palabras contradicen el mensaje que *supuestamente* Dani envió a su madre —añado.

—¿A qué te refieres?

—Ramón dijo que Dani no encargó a Jacobo sacar a pasear a María Catalina porque tenía pensado regresar esa misma noche con tiempo suficiente para hacerlo él, sin embargo, en el wasap que tu amigo le envió a su madre decía de forma literal que iba a estar fuera unos días —me recuerda—. Es una información contradictoria.

—¡Tienes razón! —exclama abriendo mucho los ojos—. No me había percatado de ese detalle.

Durante unos segundos, los dos permanecemos en silencio. Ella, armándose de valor para formular la pregunta que le quema en la punta de la lengua y no se atreve a pronunciar en voz alta, y yo, dándole tiempo para ello y, de paso, sopesando cuánta verdad va a encerrar la respuesta que le voy a dar.

—Ahora sí crees que le ha pasado algo malo, ¿verdad? —susurra con el miedo oscureciendo su bonita mirada.

—Creo que no se ha ido de forma voluntaria a realizar un trabajo tal y como pretenden hacernos pensar —concedo frunciendo el ceño, pues esa no es para nada la conclusión a la que me gustaría haber llegado con nuestras pesquisas.

—¿Piensas que lo han secuestrado? —balbucea, llevándose una mano al cuello y abriendo los ojos con pavor.

—Yo diría que o bien lo han obligado a marcharse, o ha tenido que huir a toda prisa escapando de algo o alguien —respondo con sinceridad.

—¿Y Ramón? ¿Tendrá algo que ver con su huida? Yo creo que sí —se autocontesta—, solo eso explicaría por qué se puso tan nervioso cuando comenzamos a hacerle preguntas. Estoy segura al cien por cien de que, sea lo que sea lo que le ha ocurrido a Dani, él está involucrado. —Hace una pausa y continúa hablando, sin darme tiempo a decir ni mu—. Dani me contó que ese programa en el que estaba trabajando iba a reportarle enormes beneficios a la empresa, pero también un enorme prestigio al programador que firmase el proyecto, y prácticamente lo había terminado. ¿Y si Ramón quiso deshacerse de él para que fuese su nombre el que apareciera en dicha firma y no el de Daniel? —Su voz suena alarmada.

La observo en silencio porque, desde hace rato, yo mismo estoy sopesando esa idea entre muchas otras.

—Puede, no obstante, también cabría la posibilidad de que estuviesen recibiendo amenazas de alguna otra empresa del sector por temor a que sus ingresos se viesen mermados —comento —. Sea como fuera, no debemos sacar conclusiones precipitadas, lo único que ambos tenemos claro es que el jefe de Dani miente y está nervioso, el resto son meras suposiciones.

—¿Y qué podemos hacer? Porque es obvio que algo tenemos que hacer —pregunta con premura.

—Por el momento ir a cenar algo —comento, dejándola descolocada por completo.

—¡No puedes estar hablando en serio! ¡¿Quién puede pensar en comer en un momento así?! —exclama al mismo tiempo que me mata lentamente con la mirada y sus mejillas enrojecen. Se la ve tan indignada que no puedo evitar sonreír. Su estado de exaltación me resulta de lo más gracioso y tierno a la vez.

—Alguien a quien no has dejado comer nada desde el desayuno y se está muriendo de hambre —replico sonriendo.

—¡Eres un exagerado! —bufa señalándome con el dedo.

—De exagerado nada, que son más de las seis de la tarde —señalo—. Además, pienso mejor con el estómago lleno.

—Está bien —accede de mala gana—. Aun así, creo que antes de comer deberíamos… —protesta, para nada de acuerdo conmigo.

—Tú confía en mí —la interrumpo sin dejarle terminar la frase mientras cojo el móvil y escribo algo en él a toda prisa. Luego arranco el coche.

—Como si tuviese otra opción —farfulla cruzando los brazos sobre el pecho de mala gana.



—¿Aquí? ¿Aquí es donde quieres tomar algo? ¿Es que acaso tienes en mente envenenarme? —pregunta mirando con desconfianza en dirección al tugurio que tenemos delante.

Suelto una carcajada y paseo la mirada por la fachada del bar, asintiendo con convicción.

—No te dejes engañar por su aspecto —le recomiendo—. Te aseguro que ahí se sirven las

mejores hamburguesas de la ciudad.

—Esto hace tiempo que dejó de ser la ciudad —matiza.

Tiene razón, el sitio en el que nos encontramos está en un camino secundario de las afueras, a varios minutos en coche de cualquier rastro de civilización y a los pies de un monte.

—Te va a encantar, ya lo verás —afirmo, segurísimo de mi elección.

Iria me observa durante unos segundos como si acabase de volverme loco de remate antes de volver a centrarse en el pequeño edificio de dos plantas de ladrillo, cubiertas casi por completo de pintadas y grafitis, ladeando la cabeza con una expresión de recelo pintada en su cara. Al parecer, mis convincentes argumentos no han logrado persuadirla demasiado, por lo que la agarro del brazo y tiro de ella con suavidad, animándola a avanzar.

—¡Vamos, te prometo que no vas a arrepentirte de darle una oportunidad! —insisto ante su gesto reticente.

Aunque no parece demasiado convencida, se deja arrastrar hasta una vieja puerta de metal sobre la que un letrero luminoso que hace tiempo ha dejado de brillar indica el nombre del bar, Porque sí, y cuyas bisagras oxidadas chirrían al cedernos el paso cuando, con la mano que conservo libre, empujo el portón.

—Curioso nombre —comenta mi acompañante entre dientes.

—¿Nunca te han dicho que lo importante es el interior? —le espeto haciéndome el ofendido.

—Que seas tú quien dice eso tiene guasa —murmura, consiguiendo que a duras penas consiga tragarme las ganas de echarme a reír.

—¿Decías algo? —pregunto con aire inocente haciendo como que no la he escuchado.

—Nada de nada —responde resoplando y retrocediendo un paso.

Dejándome llevar por la impaciencia, sin pensarlo y con firmeza entrelazo mis dedos con los suyos y tiro de ella para continuar.

Es un gesto inconsciente y sin ningún tipo de intención con el que solo pretendo que no salga corriendo en dirección al coche, no obstante, en cuanto mi piel roza la suya y sus dedos responden cerrándose sobre mi mano, siento como una corriente eléctrica me recorre por dentro, agarrotando cada músculo de mi cuerpo y obligándome a contener la respiración.

Paralizado por la sensación, la observo de reojo intentando averiguar si también ella ha sido víctima del inocente roce o, por el contrario, el único afectado he sido yo.

Su mirada continúa clavada en la fachada del Porque sí, estudiando cada detalle. No parece en absoluto alterada y, por suerte, creo que tampoco se ha dado cuenta de mi exagerada reacción.

Aliviado, dejo salir con lentitud el aire que mis pulmones se esforzaban por almacenar y, sin perder más tiempo, entro y accedo a las estrechas escaleras de madera que crujen bajo nuestro peso y nos conducen al piso inferior.

Me encanta este sitio y antes mi visita una vez por semana era obligada, pero el último año ha sido una locura a nivel laboral, he trabajado muchísimo para ascender, lo he conseguido y eso está bien, pero reconozco que no he estado muy fino al permitir que el trabajo absorbiese mi vida casi por completo, haciéndome dejar de lado muchas costumbres y rutinas que jamás debería haber abandonado. Una de ellas, el dejarme caer por aquí.

Por suerte, todo está tal y como lo recordaba y eso me resulta reconfortante, algo similar a la sensación que tienes cuando, después de una larga temporada fuera, por fin vuelves a estar en casa.

Suelo de cemento, sencillas mesas y sillas de madera, y ocupando el extremo derecho, una barra bastante maltrecha que se interpone entre los clientes y el espacio que ocupa la cocina, el

cual permanece oculto tras una destartalada puerta corredera.

La cara de Iria no tiene desperdicio mientras camino con paso firme hasta la última mesa del local con ella todavía asida de mi mano.

—No es necesario que te alejes tanto de la puerta —murmura ella—. Cuanto más te adentras, más lóbrego me parece este lugar.

—Eso es porque como todavía está vacío solo tienen la luz a medio gas.

—¿Y de qué otra forma va a estar? —masculla.

—Espera un rato y verás… —comento a sabiendas de que, aunque aún no hay gente debido a la hora, dentro de no mucho tanto la barra como la totalidad de las mesas estarán llenas a reventar.

De mala gana, pues, aunque no voy a admitirlo en voz alta, me siento bastante cómodo con el gesto, suelto su mano y ambos tomamos asiento uno enfrente del otro.

De fondo, desde la cocina, nos llega el sonido apagado de la voz de Joaquín Sabina entonando *Quién me ha robado el mes de abril* mientras, delante de mí, Iria continúa paseando con curiosidad la mirada por todo lo que nos rodea. Y yo aprovecho la oportunidad para contemplarla a ella.

Está preciosa y, a pesar de la preocupación y la incertidumbre, sigue desprendiendo la misma calidez y la luz del primer día cuando la vi apoyada en el mostrador de la comisaría.

—¿Y bien? ¿Cuál es la historia? —pregunta de repente centrando sus expresivos ojos en mí.

—¿La historia de qué? —pregunto.

—De este sitio —responde ella como si fuese obvio.

—¿Por qué das por sentado que hay una historia?

—Porque los sitios como este siempre tienen una y porque, de no haberla, me habrías llevado a cualquier otro lugar, no nos habríamos recorrido toda la ciudad para llegar hasta aquí —afirma achicando los ojos como si ella misma estuviese intentando descubrir el misterio al que se acaba de referir.

—Eres Inteligente y puede que demasiado perspicaz —admito.

—Eso dice mi madre —afirma ella—. Así que, como no vas a poder escaquearte, empieza a hablar.

La contemplo durante unos segundos, en silencio, pues no estoy seguro de que a Javi, el dueño, le haga gracia que vaya aireando su vida por ahí, pero, dado que he sido yo quien la ha traído hasta aquí, tampoco me puedo negar, por lo que…

—El dueño, Javi, es un viejo conocido mío —comienzo a explicar.

—¿Erais amigos de la infancia? ¿Crecisteis juntos? —se interesa, apoyando los codos sobre la mesa para dejar descansar la barbilla sobre sus manos entrelazadas.

—No, lo metí en la cárcel —confieso.

—Eso suena prometedor, cada vez tengo más ganas de comer aquí… —declara con ironía.

—Es un buen tío —asevero con voz firme—. El claro ejemplo de lo que un mal entorno puede hacerle a una buena persona.

Mis ojos se funden en los suyos y, al comprobar que tengo toda su atención, continúo hablando.

—Javi nació en una familia desestructurada, su padre era cocainómano y su madre, que también estaba enganchada, ganaba lo que podía como prostituta, pero como el dinero no llegaba para pagar lo vicios del uno y de la otra y poder comer, enseguida comenzaron a utilizarlo a él para cometer pequeños robos que cada vez fueron subiendo de nivel.

A los ocho años lo detuvieron por primera vez y les arrebataron la custodia a sus padres para dársela a una tía abuela que hizo lo que pudo por ocuparse de él. Era una señora mayor a la que le costaba criar a un niño que venía de una situación tan complicada.

—Me lo imagino. No debió de ser fácil para ninguno de los dos —musita ella con los ojos muy abiertos.

—Aun así, la buena mujer consiguió reconducirlo, enderezarlo y, al menos durante unos años, todo cambió para él.

—¿Y qué ocurrió? —pregunta interesada.

—Pues por desgracia, lo que ocurre muchas veces en estos casos —comento molesto porque he tenido la desventura de que el de Javi no es el único caso de este tipo que me ha tocado presenciar a lo largo de estos años—. Cuando él cumplió los dieciséis, su madre murió y su padre aprovechó ese momento para volver a contactar con él y entrar de nuevo en su vida.

—Mierda —sisea.

—Oh, sí, una gran mierda porque el hombre abusó de la debilidad de un adolescente que acababa de perder a su madre para volver a tener influencia sobre él.

—Y volvió a delinquir —musita ella.

Asiento con el ceño fruncido.

—Al principio volvieron a ser palos pequeños, tiendas, quioscos, importes siempre por debajo de los trescientos euros, lo justo y necesario para que el padre pudiese pagarse la dosis y el hijo no fuese condenado por un delito mayor.

—Pero llegó un momento en que eso cambió —anuncia ella imaginando lo que viene a continuación.

—Exacto. Recién cumplidos los dieciocho, convencido por su padre, Javi atracó un banco —digo recordando el momento de su detención—. Fue uno de mis primeros casos y recuerdo quedarme impactado al ver a ese chaval salir llorando de la sucursal bancaria cuando se entregó.

—Y ahí fue cuando entró en prisión —presupone Iria.

—Sí; como no hubo heridos, el dinero se recuperó y él se entregó de forma voluntaria, le cayeron diez años, que se redujeron por buen comportamiento.

—Pobre chico… —comenta afligida.

—Pues sí, y no sé si fue por resultar mi primera detención, porque conocer su historia me conmovió, o quizás por ambos motivos, durante los años que estuvo en la cárcel fui a visitarlo en más de una ocasión para comprobar cómo estaba, cómo le iba allí, y cuando salió, vino a verme.

—¿A verte? —repite ella sorprendida.

—Sí, para darme las gracias porque, según sus propias palabras, entrar en la cárcel lo salvó. —Una sonrisa asoma a mi rostro al recordar esa conversación—. Fue inteligente y, en vez de hundirse, aprovechó el tiempo que estuvo dentro para romper la relación con su padre, trabajó como ayudante de cocina, estudió y se formó. Ese fue el punto de inflexión, la oportunidad que le permitió cambiar su vida, y él le sacó partido.

—Vaya —comenta, pues eso no se lo esperaba.

—Lo que Roi no te ha contado —comenta la voz de Javi a mi espalda mientras se acerca a la mesa y deja sobre ella una bandeja en la que porta dos platos de hamburguesas que huelen de maravilla y tienen pinta de deshacerse en la boca, acompañadas de un par de cañas— es que lo de la reinserción no siempre es fácil para la gente como yo.

Me levanto para darle un abrazo antes de sentarme de nuevo, echando una disimulada ojeada a Iria para ver su reacción.

Ella lo contempla con curiosidad, lo que me resulta normal, ya que Javi no tiene un aspecto

que pase desapercibido. Es un tío alto, con un cuerpo fuerte trabajado a base de gimnasio; lleva el pelo rapado, un tatuaje en el cuello que se extiende a lo largo de su hombro y termina a la altura del codo, otro en el dorso de la mano y dos aros, uno en la ceja y otro en la nariz. Como digo, no tiene un aspecto que pase desapercibido, sin embargo, ella no parece para nada impresionada y hace bien porque, por muy duro que parezca por fuera, los que lo conocemos sabemos que por dentro es lo más parecido a un osito de peluche que te puedes echar a la cara.

—Cuando salí de la cárcel nadie quería contratarme, nadie se fiaba de un tipo que había pasado entre rejas los últimos años —le comenta mi amigo, centrando su atención en ella a la vez que le dedica una sonrisa de anuncio.

—Tuvo que ser muy complicado —responde Iria con expresión compungida.

—Mucho; durante meses estuve buscando trabajo de lo que fuese, quería cocinar, pero me hubiese conformado con empezar fregando los suelos o los platos. Fue imposible —recuerda serio—. Cada día me sentía más hundido, más frustrado, hasta el punto en que perdí la esperanza por completo.

—¡A veces la gente es idiota! —exclama ella ofuscada.

—Dados mis antecedentes, no podía culparlos, pero cada negativa, cada rechazo me recordaban que no era más que un expresidiario sin derecho a soñar, sin derecho a una oportunidad, sin derecho a nada.

—¡Todo el mundo tiene derecho a una oportunidad! —afirma ella con rotundidad.

—Eso mismo dijo mi tía abuela. De no ser por su apoyo, hubiese tirado la toalla. —Hace una pausa y añade—: Pero ella no me dejó rendirme. Me animó a abrir mi propio local. Algo sencillo y pequeño que yo, solo o con una pequeña ayuda, pusiese manejar. Sacó sus ahorros del banco y me los entregó sin exigencias ni demandas.

—Vaya … —susurra impresionada por el gesto de la mujer—. Bien por ella.

—Sí, vaya —repite él—. El problema es que aun así me faltaba dinero para poder empezar y, por supuesto, lo de pedir un crédito en el banco estaba descartado.

—¿Y cómo te las arreglaste? —inquiere intrigada.

—Pues todo fue gracias a este que tienes delante —asegura Javi dedicándome una sonrisa mientras me da una palmada amistosa en la espalda—. Una de las veces que quedamos, le conté mis intenciones de abrir mi propio local, y en cuanto se enteró de que me faltaba parte del capital, él me lo dejó sin condiciones y sin preguntar.

Iria abre mucho los ojos y me estudia sorprendida.

—No tiene mérito, por aquel entonces ya éramos amigos y Javi había cocinado alguna que otra vez para mí, así que estaba convencido de que era una inversión segura —comento, quitándole importancia al asunto—. De hecho, un año después de abrir ya me había devuelto todo el dinero prestado.

—Dices que no tuvo mérito, pero los dos sabemos que no es verdad; sí lo tuvo, y mucho, confiaste en mí cuando nadie más lo hacía, me diste una oportunidad y eso nunca lo voy a olvidar —asegura el hombre, que desprende gratitud por cada poro de su piel—. Y ahora, sintiéndolo mucho, debo privaros del placer de mi compañía —bromea—. Me encantaría quedarme un rato más con vosotros, pero necesito irme a preparar las cosas ahora que no hay gente o, de lo contrario, dentro de un rato no podré ni respirar.

—Me ha encantado conocerte, Javi —asegura Iria con franqueza.

—Lo mismo digo —responde él—. Ahora hacedme el favor de comer antes de que se enfríe —añade señalando con un gesto el plato de la hamburguesa—. Me he tomado la libertad de decidir por vosotros antes de daros la opción de ver la carta porque es la especialidad de la

casa, espero que la disfrutéis y que otro día vuelvas a contarme qué te parece. Pero si no te gusta o prefieres otra cosa, no dudes en avisarme —le pide.

—Gracias, estoy segura de que me va a encantar —replica ella. Ambos se dedican una última sonrisa antes de que mi amigo se despida de mí con un amistoso apretón de manos y se dé la vuelta para alejarse y adentrarse de nuevo en su pequeña cocina.

—Eres toda una caja de sorpresas —me dice sonriente en cuanto nos volvemos a quedar solos.

—Gracias, pero, como acabo de decir, lo que hice no tuvo mérito, prueba la hamburguesa y lo comprenderás —aseguro señalando el plato, que permanece intacto encima de la mesa.

Sin hacerse de rogar, ella asiente y, cogiéndola con ambas manos, se la acerca a los labios y le da un buen bocado.

—¡Oh, madre mía! —exclama en cuanto traga el primer trozo abriendo los ojos de forma desorbitada, y le da un nuevo mordisco al exquisito manjar que está degustando.

—Lo sé. —Sonrío y hago lo mismo con la mía.

—¡Esto es…! —exclama de nuevo.

—También lo sé —la interrumpo—. Te dije que dejarle el dinero era una apuesta segura. En ningún momento tuve dudas de que lo recuperaría.

—Es cierto, lo era, pero, aun así, ¡bien por ti! —afirma alzando la voz—. Estoy convencida de que si los que se negaron a contratarlo llegasen a probar esta maravilla algún día, estarían flagelándose de por vida.

Su entusiasmo resulta contagioso y sonrío, encantado por su reacción.

—¡Javi, si me oyes, que sepas que esto es una pasada! —grita, aprovechando que el local continúa vacío.

Una sonora carcajada nos llega a modo de respuesta desde detrás de la barra.

Durante unos minutos, ambos comemos sin hablar, rodeados de un agradable silencio solo interrumpido por la melodía de *Thunder* de Imagine Dragons, que llega hasta nosotros desde la radio.

Estoy a punto de terminar mi hamburguesa cuando el sonido de la puerta al abrirse capta mi atención.

—Ahí está —digo levantándome de la silla para recibirlo.

—Ahí está ¿quién? —me pregunta con la boca llena, mirando hacia la puerta. Y se pone en pie también, a pesar de no saber quién es el tipo que camina directamente hacia nosotros.

El recién llegado me saluda con un movimiento de cabeza antes de preguntar con efusividad:

—¡Gómez! ¿Qué tripa se te ha roto para llamarme en vacaciones?

—Necesito un favor —explico tras darle la mano y hacer un gesto señalando una silla libre para invitarlo a que tome asiento con nosotros—. Pero, antes de nada, déjame presentarte a mi acompañante. Ella es Iria, y este —continúo con las presentaciones apuntándolo ahora a él con un dedo— es Ulloa. Uno de los mejores agentes que te puedas encontrar y el encargado del Departamento de Delitos Informáticos.

Ulloa extiende su mano hacia ella quien, después de limpiar la suya con una servilleta, la estrecha con firmeza.

—No te dejes engañar por su apariencia —le recomiendo al captar cierta sorpresa en su expresión—. A pesar de su juventud, es un máquina.

—Lo soy, para qué vamos a negarlo —sonríe el aludido—. Y muy gordo tiene que ser ese favor que necesitas para que gastes tanta saliva adulándome.

Le sonrío con sinceridad, pues siempre nos hemos llevado bien.

Ulloa es un chico joven, bajito, delgado en extremo y con rasgos delicados a quien al principio hubo quienes no tomaron en serio por su apariencia, pero que enseguida consiguió hacerse imprescindible en su departamento gracias a su pericia, su entrega y sus múltiples conocimientos, conocimientos que, en más de una ocasión, nos han dado las claves y la información determinante para descifrar pruebas y resolver casos complicados. ¡Vamos que el tío es la leche y estamos de suerte por poder contar con él para que nos eche una mano!

—Ambos sabemos que vas a ayudarme te haga la pelota o no —replico.

Él parece pensarlo durante unos segundos antes de afirmar, divertido:

—Pues sí, tienes razón, así que dime: ¿en qué lío te has metido, Gómez? ¿En qué consiste ese favor? —se interesa.

—¿Por qué das por hecho que me he metido en un lío? —pregunto haciéndome el ofendido.

—¿De verdad quieres que te conteste delante de la señorita que tengo al lado? —bromea alzando las cejas.

—Ah, por mí no te preocupes, aunque solo lo conozco desde hace unos días, ya lo tengo calado —afirma ella poniendo los ojos en blanco.

—Estoy seguro de ello —responde el muy traidor esbozando una taimada sonrisa—. No obstante, si algún día quieres conocer de primera mano alguna de las batallitas del pieza este, tengo un amplio repertorio que estaré encantado de compartir contigo.

—Te tomo la palabra —asiente ella en tono cómplice.

—Ehhh, ¿holaaa? ¿Os importa si dejáis de hablar de mí como si fuese invisible y nos centramos en el asunto que nos ha traído aquí? —protesto moviendo la mano arriba y abajo delante de mi cara para hacerme notar.

—Seguro que no es tan divertido como contarle sobre aquella vez que tuviste que infiltrarte en una orgía y…

—¡Ulloa! —interrumpo combinando una mirada de advertencia con un tono de lo más amenazante.

Iria no dice nada, se limita a contener la risa mientras nos observa a los dos con atención.

—Tu dirás —dice mi compañero levantando ambas manos en señal de paz.

—Verás, hace unos días, Iria vino a la comisaría para denunciar la desaparición de su amigo Daniel, pero, salvo tomarle los datos, en ese momento, dadas las circunstancias, poco más se podía hacer —comienzo a explicar—. Sin embargo, la vi tan agobiada que decidí ayudarla a nivel extraoficial.

—Muy considerado por tu parte —replica Ulloa con cierto tono de mofa que ignoro de forma deliberada.

—El problema es que cuanto más averiguamos, más me convenzo de que ella estaba en lo cierto y está ocurriendo algo raro —asevero—. Estoy seguro de que su amigo puede estar en problemas.

La expresión de mi compañero se endurece.

—¿Qué tipo de problemas? —se interesa.

—No tengo ni idea —confieso—. Hay varias hipótesis, pero ninguna con suficientes fundamentos como para realizar una acusación formal. —Hago una pausa y continúo—. Aun así, me jugaría la placa a que Daniel no se ha marchado de forma voluntaria.

Él asiente, masajeándose la barbilla mientras sopesa mis palabras.

—¿Algún sospechoso? —indaga.

—Por el momento, su jefe —afirmo.

—¿Por qué sospechas de él? —quiere saber.

—Fuimos a verlo hace un par de horas y estaba nervioso, por no hablar de que mentía sin parar —respondo.

—¿Algún móvil que pueda relacionarlo con la desaparición? —pregunta.

—Económico o de prestigio —le explico—. La empresa estaba a punto de facturar un proyecto internacional que iba a darles un enorme beneficio. Igual el jefe decidió que no le apetecía compartir el logro con él.

Observo por el rabillo del ojo como Iria palidece durante un par de segundos ante tal posibilidad y lo que eso podría significar… Voy a preguntarle si se encuentra bien, pero enseguida recupera el aplomo y se apresura a añadir:

—Es cierto que el socio mentía, pero a mí me pareció que estaba asustado. —Hace una pausa para mirarnos a ambos y prosigue—. El proyecto del que hablamos iba a otorgar a su cliente una enorme ventaja en cuanto a posicionamiento de mercado y beneficios sobre otras grandes empresas del sector. ¿Y si tanto Ramón como Dani estaban recibiendo algún tipo de amenaza, chantaje o extorsión para abandonar dicho encargo? —sugiere—. ¿Y si Ramón se negó a abandonarlo y Dani pagó el pato?

—Es otra posibilidad —admito—. Aunque muy remota; si eso hubiese pasado, Ramón habría denunciado chantaje y extorsión. Lo más seguro es que haya sido él mismo quien se haya encargado de hacer desaparecer a Daniel para quedarse con todo el mérito y la retribución —medito la situación durante unos segundos y añado—: Lo único que no me cuadra es que, teniendo el proyecto inacabado, no tiene sentido deshacerse de la persona que debe finalizarlo.

—Sí que lo tiene porque, aunque a nivel oficial faltaba un mes para entregar la versión final, en realidad, el proyecto estaba terminado —nos informa ella—. El propio Dani me lo contó.

La miro con fijeza porque ese dato es esencial.

—Si lo que dices es cierto, si la competencia pensaba que el proyecto no estaba terminado todavía, pero sí lo estaba… —murmuro.

—Tanto las empresas de su sector como su jefe tendrían un móvil para actuar contra él —termina la frase Ulloa, dando voz a lo que se me pasa por la cabeza—. Las empresas, al querer quitárselo de en medio antes de darle tiempo a terminarlo, y su jefe, por querer deshacerse de él al no necesitarlo porque ya estaba acabado.

—Exacto, hay dos posibles vías de investigación —comento.

—La cosa parece seria —declara Ulloa llevándose la mano a la barbilla con gesto pensativo.—. ¿No creéis que sería mejor denunciarlo y llevar esta investigación de manera oficial?

—Lo haré en cuanto consiga recabar más datos —aseguro—. De momento, todo lo que tenemos se basa en hechos anecdóticos y suposiciones. Para denunciarlo necesito algo más. Algo que no puedan echar atrás.

—Entiendo —asiente mi compañero—. Supongo que quieres que busque información del tal Ramón y sobre la empresa.

—Sí, y a ver si puedes averiguar también algo sobre la competencia directa.

—¿Nombres, datos que pueda usar? —me pide Ulloa.

—Ramón Ibarra Urrutia, Daniel Arribes y la empresa DWI. A ver si con un poco de suerte das con algo que pueda ayudarnos a aclarar un poco más las cosas.

Él anota en el móvil la información que acabo de darle y asiente.

—Eso está hecho, no sé si habrá algo que pueda serviros, pero si existe, no dudéis de que lo voy a encontrar —asegura confiado.

—También podrías hablar con Criminalística, les di unas llaves para analizar, con suerte encontramos alguna huella o coincidencia.

—Eso está hecho. Imagino que se la has dado a Marta, ¿verdad?

—Exacto y, por supuesto, mientras no tengamos más datos, todo esto es de… —le advierto.

—De manera extraoficial —termina él, y exhala un suspiro de lo más teatral antes de añadir—: ¡Pues nada, otra batallita más del inspector Gómez para mi repertorio particular!

—No te haces una idea de cuánto agradezco tu ayuda —dice Iria saltando de la silla para abrazarlo con efusividad.

—¡Ya te vale! ¡Yo llevo días ayudándote! ¿Por qué a mí no me abrazas nunca y a él sí? —protesto en tono jocoso.

—Porque él es un encanto y, en cambio, tú disfrutas haciéndome rabiar y llevándome la contraria —replica ella, sonrojándose, y se aparta un paso.

—¡Desde luego, menudo ligue más borde me he ido a buscar! —me carcajeo haciendo alusión a la conversación que tuvimos con su madre.

—¡Mira, no me hagas hablar, no me hagas hablar! ¡Mejor vamos a dejarlo estar! —exclama ella bajo la atenta mirada de mi compañero quien, satisfecho con la escena que está presenciando, suelta una carcajada antes de dirigirse a Iria.

—No te preocupes, estoy encantado de poder echaros una mano, me pondré a ello esta noche cuando termine mi turno y os avisaré cuando encuentre algo. Pero os advierto que es posible que tarde un par de días porque la configuración de los sistemas de este tipo de empresas suele ser complicada. Y en cuanto a este… —añade señalándome con un movimiento de cabeza —. Por fuera parece muy duro, pero te aseguro que por dentro es más blandito que un flan.

Ahora es ella la que sonríe divertida mientras yo me cruzo de brazos y asesino lentamente a mi compañero con la mirada.

—¿En serio acabas de compararme con un flan? ¡Manda huevos lo que hay que aguantar!

Capítulo 10
La llamada

Iria

Tal y como sospechaba, Roi está siendo una caja de sorpresas y debo admitir que la mayoría mucho más gratas de lo que cabría imaginar.

—¿Qué te ha parecido la cena? —La voz de Roi se cuela entre mis pensamientos devolviéndome a la realidad.

—Digna de una estrella Michelin —respondo mientras ambos caminamos con paso lento en dirección al coche.

—Sabía que te gustaría —comenta satisfecho.

Lo observo de refilón y mis ojos se detienen en la sonrisa que asoma a sus labios. Es cálida, cercana y tentadora. Demasiado tentadora.

Un extraño cosquilleo asciende por mi pecho y mi garganta se convierte en cartón. Trago saliva intentando deshacerme de esa incómoda impresión, carraspeo y me fuerzo a fijar la mirada en el suelo; debería centrar mis pensamientos en cualquier otra cosa que no sea su boca, porque sus labios, por apetecibles que sean, no deberían despertar esa emoción en mí. No ahora, no en este momento; en realidad, probablemente nunca.

Dani, ese amigo al que tanto he extrañado, ese amigo que acabo de recuperar está desaparecido, y toda mi energía debería centrarse en encontrarlo. Además, Roi es justo lo contrario de lo que busco en mi vida. Después de mi separación solo ansío encontrar paz, calma y tranquilidad, y él lleva la palabra «peligro» impresa en la frente con un rotulador fosforito y permanente.

Aun así… Reconozco que escuchar la historia de Javi y descubrir el papel que jugó en ella ha causado un gran impacto en mí y, de forma inconsciente, no puedo evitar pensar de nuevo en todas esas capas que el desenfadado inspector Gómez oculta y que me encantaría descubrir…

Carraspeo otra vez, estremeciéndome de forma casi imperceptible, e intento centrarme en la deliciosa cena que hemos disfrutado porque, sin duda, el tema de la comida me parece mucho más seguro que el rumbo que mis pensamientos se empeñan en seguir.

—Y tenías razón, gustar es quedarse corto, me ha encantado —reconozco.

Él se detiene y, ampliando su sonrisa, busca mis ojos con los suyos.

Su mirada es intensa y tan profunda que resulta hipnótica.

—Yo siempre tengo razón —murmura con voz áspera.

—Oh, claro, se me olvidada que tu nombre es el significado de la palabra «razón» en el diccionario. —Mi intención es sonar mordaz, pero mi voz, bastante más aguda de lo habitual, me resta un tanto por ciento importante de credibilidad.

Un brillo travieso acapara sus ojos a la vez que su sonrisa se transforma en una especie de

arma letal.

Está anocheciendo y un aire húmedo acaricia mis mejillas, pero, a pesar de ello, lo único que yo siento en este momento es calor, un calor abrasador que me recorre el cuerpo entero acelerándome el corazón.

—Si no estás muy cansada, me gustaría enseñarte un sitio. —Su voz suena suave y se entremezcla con el arrullo proveniente del viento, que zarandea con sutileza las copas de los árboles.

Debería huir, irme…Mi cerebro me pide con una pancarta luminosa que me escape de aquí, sin embargo, mi cuerpo me incita a lo contrario. No me apetece volver a casa, no quiero que este día termine tan pronto…

—No —respondo con un hilo de voz—. Que no estoy cansada, quiero decir —me apresuro a especificar, intentando disimular los nervios que me retuercen el estómago.

¡Dios! ¡¿Pero qué me pasa?! ¡No me sentía así desde que tenía quince años y era una hormona con patas!

Él no dice nada, se limita a asentir, pero juraría que el color de sus ojos adquiere un matiz oscuro cuando me agarra de la mano y tira con suavidad de mí.

El roce de sus dedos sobre mi piel, firme pero delicado, envía un chispazo a cada célula de mi ser.

—¿A dónde vamos? —pregunto al percatarme de que tomamos el sendero que comienza pocos metros detrás del bar de Javi y asciende monte arriba.

—Tranquila, no queda demasiado lejos, sin embargo, no se puede ir en coche, por lo que nos va a tocar caminar —me explica sin detenerse.

El camino de tierra es estrecho y, por la maleza que lo rodea, comprendo que no es demasiado transitado. A medida que ascendemos, la subida se vuelve más escarpada y los árboles y las raíces que dejamos atrás aumentan su tamaño y grosor, al tiempo que las ramas, azotadas por el aire, parecen murmurar a nuestro alrededor.

Caminamos en silencio, no obstante, no es un silencio forzado ni incómodo, sino agradable, un silencio que nos permite disfrutar de la compañía del otro mientras nos mimetizamos con el entorno.

Inspiro con fuerza, impregnándome de todo lo que nos envuelve y del inconfundible aroma que desprende. Huele a tierra mojada, a verde, a naturaleza, en definitiva, huele a vida y siempre me ha encantado ese olor.

Según el paisaje gana frondosidad, alzo los ojos y contemplo como las copas de los árboles más altos parecen acariciar con sus ramas el cielo, que comienza a teñirse de los colores del atardecer mientras el sol se prepara para retirarse a descansar.

—Justo a tiempo —afirma Roi cuando encaramos un último repecho que nos conduce hasta una roca plana situada en un alto desde la que las vistas, de casi trescientos sesenta grados, son un espectáculo que me deja sin palabras.

Sin soltar mi mano, camina hasta la piedra y, sin perder detalle de lo que me rodea, tomo asiento a su lado en ella.

—Esto es increíble —consigo pronunciar al fin.

—El atardecer es el mejor momento del día para venir aquí —confirma y, a pesar de que no lo estoy mirando, puedo intuir que una sonrisa ha asomado a sus labios.

Me gustaría mirarlo, pero soy incapaz de apartar la vista de la hermosa escena que se desarrolla frente a mí.

A lo lejos, el sol comienza a esconderse en el mar tiñéndolo todo, gracias a sus últimos

rayos, de una extensa paleta de naranjas y ocres con cientos de matices, mientras pequeñas nubes con aspecto de esponjoso algodón transitan sobre nosotros y los miles de luces que alumbran la ciudad resplandecen a nuestros pies.

—Es precioso —susurro embelesada.

—Lo es —admite con voz queda.

Un escalofrío me recorre de arriba a abajo y ladeo la cabeza hacia él, encontrándome de lleno con sus ojos, unos ojos que desprenden tanta luz como esas pequeñas bombillas que lo iluminan todo bajo nosotros.

La atmósfera que nos rodea se vuelve densa, el espacio que nos separa se reduce como por arte de magia y el aire que circula entre nosotros parece, de repente, cargado de electricidad, volviéndose irrespirable.

Sus ojos descienden con tal lentitud hasta mis labios que, por un momento, me pregunto si no me lo estaré imaginando. Su aliento arde sobre mi boca que cosquillea de anticipación y se prepara para recibirlo justo cuando la vibración de su teléfono, seguida de la voz de Julio Iglesias entonando *Me va, me va, me va, me va, me va hacer amigos, andar caminos me va, me va* rompe el momento y ambos nos apartamos dando un respingo, al tiempo que Roi echa la mano al bolsillo para sacar el móvil.

Tomo una bocanada de aire y entrelazo las manos, nerviosa, mientras de reojo veo el nombre «Mamá» escrito en la pantalla antes de que descuelgue la videollamada.

—Hola, mamá —la saluda con un tono algo pastoso, a pesar de intentar sonar lo más natural posible mientras se enfoca solo a él.

La imagen de una mujer de unos sesenta y pico años, con el pelo negro muy rizado y unos enormes ojos pardos idénticos a los suyos, aparece en la pantalla.

—¡Hola, mi vida! ¡A puntito estaba de mandar una patrulla de búsqueda para saber de ti! ¿Cuándo pensabas llamar a tu pobre madre?

—Mamá, no te hagas la mártir que hablamos a principios de semana —replica burlón.

Contengo una sonrisa al escuchar…

—¡Una vez por semana! ¡Una llamada por semana! ¿Y ya está? ¿Te parecerá bonito dedicarle esa migaja de tu tiempo a la mujer que engordó casi veinte kilos durante tu embarazo y se pasó más de doce horas de parto empujón tras empujón? —lo regaña ella con un brillo jovial bailando en sus ojos mientras lo señala con el dedo, fingiéndose ofendida.

—Querida madre, permíteme recordarte que la culpable de que engordases casi veinte kilos durante el embarazo no fui yo, sino tu afición a los cruasanes de mantequilla de la panadería de la esquina.

—¡Y qué buenos estaban los *jodíos*! —suspira ella con nostalgia.

—En cuanto a lo de las doce horas de parto… ¡No puedes echarme eso en cara! —protesta Roi.

—Es cierto, tienes razón, no puedo culparte por eso, los dos sabemos que siempre has sido un poco cabezón —afirma la mujer, convencida, haciendo un gesto con la mano.

Incapaz de evitarlo, dejo escapar una risa ahogada que, a pesar de taparme la boca de inmediato, no pasa desapercibida para la buena señora quien, acercándose el aparato a la cara como si así fuese a conseguir abarcar más con la mirada, se apresura a preguntar:

—¿Estás con alguien?

—Mamá, me coges un poco liado, te llamo en un rato.

—¿Liado con una chica? —pregunta emocionada.

—¡Liado trabajando! —especifica él.

—¿Liado trabajando con una chica o trabajándote a una chica?

—¡Mamáää! —protesta Roi con un tono de advertencia que no parece surtir en su progenitora ni un poquito de efecto.

—¡Hijooo! —lo imita ella, cruzando los brazos sobre su pecho con expresión seria.

Otra risa escapa de mis labios y juro que intento sofocarla, pero me resulta imposible dado el caso.

—¡Eres tremenda! ¬—la acusa él.

—Pues menuda novedad —bufa ella como si tal cosa.

—E incorregible —añade mi acompañante.

—Que sí, que sí, y todo lo que tú quieras, pero ¿tienes pensado presentármela o qué? —inquiere su madre con guasa.

—Qué remedio, si no lo hago, eres capaz de localizarme vía GPS y venir en helicóptero solo para verla.

—Me encanta que me conozcas tan bien —responde la mujer echándose a reír.

Roi niega con la cabeza, pero, a continuación, cambia el móvil de posición para enfocarme con él.

—Mamá, esta es Iria, estoy ayudándola con un caso.

—Hola —la saludo dedicándole un gesto amigable a la vez que muevo la mano con cierta timidez.

—Hola, guapa —me corresponde ella con los ojos brillantes por la emoción. —Espero que mi hijo te esté tratando bien.

—¡Mamá, no empieces! —la avisa él, sin embargo, su madre lo ignora y, con la vista clavada en mí, continúa hablando, dejándome con la boca abierta—. Te aseguro que es muy buen chico, es verdad que a veces puede parecer un poco capullo y que, viendo las pintas que lleva, parece un malote de esos que salen en las películas… Pero, aunque sea muy duro por fuera, por dentro es tan suave como un bizcochito recién horneado.

—¡Mamá, menuda comparación! —protesta—. ¿Un bizcochito? ¿No se te ocurre nada mejor?

—No se preocupe, de momento no me puedo quejar —respondo, ignorándolo igual que ella.

—Bueno, mamá, lo siento, pero como ya te he dicho, estamos trabajando, te voy a tener que dejar —intenta despedirse Roi antes de que su madre tenga la oportunidad de añadir nada más.

—De acuerdo, pero no llegues tarde mañana a la fiesta de tu hermano —le pide.

—En cuanto a eso, ya te dije que no voy a poder ir —afirma él con voz seria.

—¡Es cierto que lo dijiste, pero no te hice caso! ¡Es el cumpleaños de tu hermano! ¡Ni se te ocurra faltar! —exclama disgustada.

—Iria y yo tenemos mucho trabajo, Bruno lo entenderá —se justifica.

—¿Y por qué no os pasáis los dos cuando terminéis lo que tengáis que hacer? Aunque sea solo un ratito —insiste la señora dirigiéndose a mí—. Su hermano se llevaría una alegría y a mí me encantaría conocerte en persona, bonita.

—Mamá, no insistas, te digo que no puede se…

—Bueno, en realidad no creo que pase nada porque hagamos acto de presencia durante un ratito —suelto incapaz de contenerme al ver lo decepcionada que se está quedando la mujer.

Debería haber permanecido callada, lo sé, soy consciente de ello.

Primero, porque no es asunto mío; segundo, porque ni siquiera conozco a su hermano y

tercero, porque es cierto que necesitamos tiempo para buscar a Daniel, pero es que se trata de su familia y me sabría fatal que Roi se perdiese el cumpleaños de su hermano por mi culpa, y más con todo lo que me está ayudando. Eso por no hablar de que ver la decepción en los ojos de esa mujer me estaba matando…

Roi me atraviesa con la mirada y me encojo de hombros, sintiéndome un poco más pequeñita.

—¿Estás segura de lo que estás diciendo? —murmura intentando que su madre no lo escuche.

Pero lo escucha, ¡vaya si lo escucha! Esa mujer tiene el oído más afinado que la guitarra de Jimi Hendrix.

—¡Por supuesto que está segura! ¡Ya veréis qué bien lo vamos a pasar! —contesta ella anticipándose a mi respuesta.

—Total, hasta que no sepamos si Ulloa ha descubierto algo poco podemos hacer —me justifico.

Él frunce el ceño y vuelve a centrar la mirada en su madre, que baila eufórica al otro lado de la pantalla.

—Está bien, mamá, nos vemos mañana —acepta asintiendo.

—Aquí os esperamos, no tardéis —se despide, lanzándole un sonoro beso con toda la mano abierta.

Roi cuelga la llamada y, en cuanto lo hace, me estudia con tanta intensidad que por un momento tengo miedo de que le haya parecido mal mi intromisión; no obstante, enseguida descarto la idea cuando una sonrisa vacilona se cuela en su cara e ilumina su mirada.

—Esto va a ser divertido —musita.

—¿Tú crees, *bizcochito*? —pregunto, haciendo especial hincapié en el apodo que su madre acaba de usar.

—Yo que tú no me reiría tanto —me advierte.

—No, si yo no me río, lo que ocurre es que no sé qué me sorprende más si que tengas un tono de Julio iglesias en el móvil o que en poco más de dos horas sea la segunda vez que te comparan con un postre —comento con guasa—. Primero, con un flan, y ahora con un dulce bizcochito de chocolate. A este paso, vas a tener que dejar la policía y montar una pastelería.

—Lo del tono de Julio iglesias… A mi madre le encanta, así que lo puse para saber cuándo me llama. Y lo de la repostería… Ser dulce y delicioso es algo que no puedo evitar —asegura risueño.

Estoy segura de que solo lo ha dicho por seguir la broma, pero sus palabras provocan que un pinchazo de deseo sacuda la parte baja de mi cuerpo al preguntarme de forma involuntaria cómo de delicioso sabrá…

—No será para tanto… —susurro, removiéndome con disimulo.

Su mirada se oscurece y su sonrisa se vuelve lobuna al afirmar:

—Tú solo recuerda que lo de ir a la fiesta de mi hermano fue cosa tuya, y prepárate —me advierte— porque no tienes ni idea de la que acabas de liar.

Capítulo 11
Conociendo a la tropa

Roi

Llevamos en el coche algo más de media hora y, desde que entró en él, Iria no ha dicho ni una sola palabra, lo cual es raro de narices teniendo en cuenta que por norma general no se calla ni debajo del agua.

La estudio una vez más a través del espejo de cortesía. Su aspecto es sencillo pero efectivo. Pelo suelto y labios pintados de un rosa claro que les da un aspecto suave y jugoso. En cuanto a la ropa, vestimenta cómoda que, sin proponérselo, le confiere un aire de lo más sensual. Lleva un jersey de lana verde que resalta el color de sus inmensos ojos y un pantalón vaquero negro y ajustado que se adapta a sus piernas, convirtiéndolas en una puñetera tentación. Intento no pensar en las ganas que tengo de tocarla y me concentro en sus gestos. Ceño fruncido, semblante serio… Es obvio que está preocupada, por lo que decido preguntar.

—¿Te encuentras bien?

Ella ladea la cabeza y abre los ojos de forma exagerada, como si mi pregunta la hubiese cogido desprevenida porque no se la esperara.

—Es que creo que tú tenías razón —admite tras unos segundos estrujando ambas manos una contra la otra.

—Por supuesto que sí, ya te he dicho que siempre la tengo, pero podrías especificar un poco a qué asunto te refieres en concreto. —No pretendo sonar pretencioso, solo hacerla sonreír, pero en lugar de eso, parece todavía más ofuscada.

—¡A todo esto! —exclama alzando la voz mientras señala a nuestro alrededor—. ¡¿En qué hora se me ocurrió decirle a tu madre que contara con nosotros hoy?! ¡¿Qué pinto yo en la fiesta de tu hermano?! ¡Si ni siquiera lo conozco! ¡Ni a él, ni a tu madre ni a ninguna de las personas que van a estar ahí!

A duras penas consigo controlar una carcajada. En parte porque su estallido me hace gracia y también porque resulta un alivio que su semblante serio solo se deba a eso.

—Me conoces a mí —replico intentando tranquilizarla.

—¡Menudo consuelo! —rezonga y cruza los brazos sobre su estómago—. Creo que es mejor que vayas tú solo y que yo me vuelva a casa.

Su voz suena anhelante, pero está loca si piensa que va a librarse de venir conmigo con tanta facilidad.

—Ni de coña vas a escaquearte —declaro con tono decidido.

—Pero…

—Ni pero ni nada —la interrumpo—. Te recuerdo que yo me negué y tú solita fuiste la que aceptaste por los dos, así que mucho me temo que ahora te va a tocar apechugar con tus actos y

tu decisión.

Su gesto se ensombrece y vuelve a fruncir el ceño.

—Además, estate tranquila, es el cumpleaños de mi hermano, no un festival de verano; una pequeña reunión a la que solo vendrá la familia directa. Te divertirás, ya lo verás.

—Espero que por lo menos le guste el regalo, no he tenido mucho tiempo para buscar algo —murmura, y se muerde el labio en un gesto que me seca la boca y me hace carraspear.

—No tenías que haber comprado nada —aseguro—. Tu sola presencia bastará.

—¿Quién va a un cumpleaños sin regalo? —me contradice ella con voz de fastidio—. Además, si no he acertado, en parte es culpa tuya. Hubiese ayudado bastante tener algún dato más sobre él, pero como tú no dices nada…

—¿Qué quieres saber? —inquiero, alzando las cejas divertido.

—Hombre, pues no sé, lo típico: a qué se dedica, qué le gusta…

—Es abogado y le chiflan los coches de carreras, colecciona maquetas de todos los colores y tamaños.

—¿Y no te parece que esa hubiese sido una información bastante útil si me la hubieses dado? —me cuestiona mosqueada.

Me echo a reír y observo complacido como una fugaz sonrisa se abre paso en la comisura de su boca.

—Te repito que sea lo que sea le va a encantar, mi hermano es un tipo afable y agradecido, y no te preocupes, estoy seguro de que a estas alturas mi madre se habrá encargado de anunciar tu presencia a bombo y platillo y todos estarán ansiosos por conocerte. Tenerte allí y arrastrarme a mí contigo es el mejor regalo que le puedes hacer.

—¡Tú di que sí, que viva la modestia! —exclama negando con la cabeza—. Sé que te tienes en muy alta estima, pero dudo que si te vieses en mi situación opinases igual.

—Eso es imposible porque, al contrario que tú, yo habría mantenido el pico cerrado y no habría hablado de más —afirmo burlón mientras pongo el intermitente a la derecha y entro en la calle residencial formada por casitas unifamiliares, separadas por vallas y rodeadas de una pequeña parcela de jardín, que tan buenos recuerdos me trae.

—¿Creciste aquí? —me pregunta ella contemplándolo todo a su alrededor con curiosidad.

—Sí, mis padres compraron el terreno poco después de casarse y siempre han vivido en esta casa —explico al tiempo que apago el motor. Después, abro la puerta—. ¿Vienes? —Le hago un gesto con la cabeza para que salga.

—¿Tengo alguna posibilidad de esperarte en el coche? —murmura.

—Va a ser que no —replico risueño mientras lanzo una mirada cargada de orgullo a la bonita casa de dos plantas construida en piedra de cantera en la que crecí.

Vengo poco por aquí, lo cierto es que menos de lo que debería. Estoy tan centrado en el día a día y tan ensimismado con el trabajo que si rifasen el premio al hijo y hermano del año, estoy convencido de que mi nombre ni siquiera aparecería entre las papeletas.

No es porque no los quiera, ¡todo lo contrario, los adoro! Mi familia es y siempre ha sido uno de los pilares de mi vida; lo que ocurre es que me encanta mi oficio, me gusta tanto que a veces me dejo llevar por la vorágine diaria y, cuando quiero darme cuenta, los días se han convertido en semanas, sobre todo, cuando estoy trabajando en algún caso complicado o actuando como infiltrado.

Aun así, mi familia siempre me ha demostrado lo importante que soy para ellos, apoyándome en cada paso que he dado, aunque esos pasos me hayan llevado en más de una ocasión a perderme situaciones o reuniones importantes en las que debería haber estado. Es una

putada, y a veces he llegado a sentirme culpable por haberles fallado, pero, por suerte, pronto comprendí que lejos de flagelarme o sentirme mal por ello, la mejor forma de compensar esas ausencias es exprimiendo y disfrutando al máximo cada segundo que paso a su lado. Y desde entonces eso es lo que hago, porque ya lo dice mi madre…: a veces no es cuestión de cantidad, sino de calidad.

—Venga, entremos —la animo colocándome a su lado para propinarle un ligero empujón que la invite a avanzar.

Ella asiente y, con gesto nervioso, camina conmigo hasta la entrada principal donde, de forma inconsciente, retrocede un paso. La observo de reojo; tiene la vista clavada en la puerta, parece a puntito de echar a correr en sentido contrario y se aferra al regalo que ha traído para mi hermano como si en lugar de un paquete entre las manos llevase una metralleta y estuviese a punto de entrar en una guerra.

Conteniendo una sonrisa, me apresuro a sacar la llave del bolsillo para abrir la puerta.

El delicioso olor a la carne rellena de mi madre nos recibe en cuanto atravesamos el umbral, entremezclándose con las risas, las animadas voces y la música que provienen de la sala de estar.

—Vamos —la insto, sosteniéndole el codo con delicadeza.

Ella no dice nada, pero asiente y se deja guiar, al menos hasta que, al llegar al salón, se detiene en seco, sus ojos se abren de forma exagerada y comienza a boquear.

—¡La madre que te parió! —sisea entre dientes.

—Ahí la tienes, bailando —respondo señalando con un movimiento de cabeza a la recién nombrada mientras intento permanecer serio.

—¿No me habías dicho que esto iba a ser una pequeña reunión familiar? ¿Qué narices entiendes tú por pequeña? —susurra con voz contrita, paseando la vista por toda la habitación—. ¡Aquí hay más gente que el primer día de rebajas en la puerta de un centro comercial!

Mis ojos recorren uno por uno a todos los presentes quienes todavía no se han percatado de nuestra presencia, y una cálida sensación se instala en mi pecho al contemplar la familiar estampa que se desarrolla en la estancia.

Mis padres bailan, mis hermanas los miran embelesadas mientras los niños aplauden y se contonean al ritmo de la música de Julio Iglesias.

—No seas exagerada… Solo están los más cercanos: mis hermanas con sus parejas, mis sobrinos, mis padres, algún amigo que es prácticamente familia y el cumpleañero, claro… —replico risueño.

—Yo creo que esta no es una buena idea, es mejor que me va… —comienza a decir tragando saliva con fuerza.

Sé lo que pretende, pero no estoy dispuesto a ponérselo tan fácil, en parte porque ella solita fue la que me metió en este embolado al asegurarle a mi madre que los dos vendríamos al cumpleaños de mi hermano, pero, sobre todo, porque tenerla aquí, conmigo, me resulta muy agradable y no quiero renunciar tan pronto a esta sensación tan interesante como inquietante.

—¡Ya estamos aquí! —la interrumpo alzando la voz de forma que todas las miradas se vuelven hacia nosotros aniquilando de golpe cualquier posibilidad de huida por su parte.

—Serás… —susurra frunciendo el ceño—. Sin embargo, el insulto que estoy seguro va a dedicarme muere en la punta de su lengua cuando las cantarinas voces de mis sobrinos comienzan a dejarse oír todas a la vez, al mismo tiempo que los cuatro niños corren a rodearnos. Los estrecho entre mis brazos.

—¡Tío! ¡Tío! ¡Tío!

—¡Ya estás aquí!

—¿Me enseñas tu pistola?

—¿A cuántos malos has detenido?

—El tío Bruno no se creía que fueses a venir, pero yo sabía que sí.

Gritan exaltados, cada uno intentando hacerse oír por encima de los otros tres.

Riéndome por lo bajo, me agacho para alzar en brazos a Julieta, la única niña y también la más pequeña de todos.

—¿Cómo están mis delincuentes favoritos? —pregunto despeinando a los demás—. ¿Habéis hecho muchas travesuras desde la última vez que os vi?

—No pienso responder a eso sin la presencia de mi abogado —replica con voz alegre Hugo, que hace poco ha cumplido ocho años y es el mayor de los cuatro.

Iria deja escapar una suave risita mientras observa a los niños algo más relajada.

—¿Quién es esta chica tan guapa? —pregunta Tadeo, su hermano menor, provocando el sonrojo de la aludida—. ¿Es tu novia, tío?

—¡No puede ser su novia! —exclama Aitor—. Mamá dice que el día que el tío se eche novia lloverán pétalos del cielo, y ayer, cuando se puso a llover, solo caía agua. ¿O es que no lo viste?

La ocurrencia del pequeño tiene dos consecuencias, la risa generalizada de los presentes y que el sonrojo de las mejillas de mi acompañante aumente todavía más.

—Niños, niños, no la agobiéis —ordena mi madre acercándose presurosa para abrazarla y situarse a su lado con aire protector. Luego lanza al resto una mirada de advertencia más que clara.

—Familia, esta es mi amiga Iria —anuncio en voz alta—. Iria, esta tropa que tienes delante es mi familia. Los que nos rodean impidiendo que puedas escapar son mis sobrinos Julieta, Hugo, Tadeo y Aitor. Esas que te miran con cara de querer fundirte a preguntas en cuanto te acerques a su lado son mis hermanas mayores. Amira, Rebeca y Cala que, como puedes ver, está muyyy embarazada —comento señalando la prominente barriga de la última en ser nombrada—. Y Aquellos benditos que se apoyan en la puerta que da al jardínson sus respectivos maridos: Joel, Jorge y Abel.

Con gesto nervioso, Iria se afana en saludarlos a todos con la mano mientras yo continúo con las presentaciones.

—Ella es Sara, es nuestra vecina y la mejor amiga de mi hermano desde que apenas levantaban un palmo del suelo —digo señalando a la chica rubia que está sentada en uno de los sillones, y ella nos dedica una vergonzosa sonrisa—. Aquel hombre con aspecto serio y enfadado es mi padre (aunque te garantizo que de ninguna de las dos cosas tiene demasiado) —bromeo en su oído en un tono lo suficientemente alto como para que todos me escuchen.

—A mi madre ya la conoces, aunque creo que no llegué a decirte que se llama Magdalena, pero prefiere que la llamen Magda —añado deteniéndome un momento cuando mi progenitora la engulle en un nuevo abrazo, depositando dos sonoros besos en sus mejillas—. Aquel que se apoya en el marco de la puerta es Tiago, el novio de mi hermano, y por último…

—Y, por último, pero no por ello menos importante, el alma de la fiesta, la alegría de esta casa, el cumpleañero… O sea, yo —me interrumpe mi hermano señalándose a sí mismo con ambos pulgares a la vez que, igual que acaba de hacer mi madre, se aproxima a ella, la agarra con suavidad por los brazos y le estampa dos besos tan exagerados que la hacen parpadear y sonreír a la vez.

—Exacto, él es Bruno, el cumpleañero que, como podrás comprobar, es un poco intensito,

pero en el fondo buen chaval —afirmo dándole al aludido una palmada en la espalda.

—Tú a este no le hagas ni caso, eso lo dice porque él es más soso que un pan sin sal —replica Bruno poniendo los ojos en blanco mientras se aproxima a su oído para hablarle solo a ella—. Muchas gracias por venir, me hace mucha ilusión que estés aquí.

—Muchas felicidades y gracias a vosotros por invitarme. Esta es una celebración familiar, no quisiera molestar… —La suave voz de Iria contrasta con el grito del homenajeado.

—¡No digas tonterías! —la corta él de forma inmediata haciendo un gesto con la mano para dejar entrever la chorrada tan grande que acaba de escuchar—.¡Cariño, si has conseguido arrastrar hasta aquí a mi hermano pequeño, ya puedes considerarte parte de la familia! ¡Estamos encantados de que hayas venido, sobre todo, teniendo en cuenta que nuestro Roi no es muy dado a traer amigas por aquí!

—¡Como que no lo ha hecho nunca! —interviene Cala, jovial, alzando repetidas veces las cejas—. Esto es una novedad.

—¿Y os sorprende? Acabamos de entrar por la puerta y ya andáis diciendo chorradas, estáis como una regadera —protesto.

—Tío, tío —Julieta llama mi atención tirándome de la manga.

—Dime, princesa.

Siento como la mirada de Iria se detiene sobre mi cuerpo y al instante tengo la sensación de caldearme por dentro. Al menos hasta que las palabras de mi sobrina caen como un jarro de agua helada sobre mí.

—¿Lo de la regadera lo dices por mamá? ¿Porque no para de vomitar? —Acaricio la cabeza de la pequeña antes de dirigir una mirada intranquila a mi hermana.

—¿Todavía sigues igual? —pregunto turbado.

—Cada día menos, no tienes que preocuparte; además, te recuerdo que durante el embarazo de sus hermanos me pasó lo mismo, todo va normal.

—Si tú lo dices… —respondo sin demasiado convencimiento—. Igual sería bueno que fueses al médico.

—Roi, estoy embarazada de siete meses, el médico es casi mi segunda casa —asegura ella acariciándose la barriga con cariño.

—Es cierto, estuvimos en la consulta a principios de semana y, según el ginecólogo, todo va fenomenal —la apoya mi cuñado que se acerca a Cala para depositar un suave beso en sus labios.

—Fenomenal, claro… Eso lo dice porque no es él quien se pasa el día con la cabeza metida en el inodoro —murmuro ofuscado.

Sé que no debería tomármelo tan a pecho, Cala ya ha tenido dos embarazos con anterioridad y en ambos le ocurrió lo mismo, pero no por ello me resulta menos frustrante saber que mi hermana está pasándolo mal y que yo no puedo hacer nada por ayudarla.

—¡No seas histérico, yo no estoy con la cabeza metida en el inodoro todo el día! —protesta ella.

—Es cierto, tío, a veces no le da tiempo a llegar al baño y va al fregadero —comenta mi sobrina muy seria, con la inocencia que solo una niña pequeña puede tener.

Abrazo con fuerza a la pequeña y le beso la cabeza con cariño.

—Venga, dejaos de líos y de historias y vamos a la mesa, que hay mucho que celebrar —propone mi madre en tono autoritario mientras Bruno, que continúa enganchado al brazo de Iria, tira de ella hacia la puerta, sin dejar de hablar, para acompañarla al comedor.

Una sonrisa asoma a mis labios al verla alejarse en medio de mi numerosa y alocada

familia que, al parecer, está deseando conocerla un poco más…

No puedo culparlos porque, aunque no lo admita en voz alta, la mayor parte del tiempo yo me siento igual.

Capítulo 12
Mi momento fan

Iria

Llevamos algo más de dos horas sentados a la mesa y tengo que reconocer que el tiempo se me ha pasado volando. La comida está buenísima y la familia de Roi es grande, bulliciosa y está llena de vida.

Observo embelesada a los cinco hermanos (tres chicas y dos chicos, incluyéndolo a él); por la complicidad que destilan, se nota que disfrutan compartiendo anécdotas, riendo y metiéndose los unos con los otros bajo la atenta mirada de sus padres, quienes parecen de lo más satisfechos por haberlos podido reunir a todos.

La risa suave y contagiosa de Bruno inunda el comedor tras escuchar la anécdota que Tiago, su pareja, acaba de compartir con todos los presentes, y eso me aparta de mis pensamientos y me devuelve al presente.

Los estudio a ambos con atención y cierta curiosidad. Es sorprendente lo unidos que se les ve, a pesar de lo diferentes que son, y no me refiero solo a su aspecto físico, que también, sino a su forma de ser y actuar.

Bruno es alto, rondará el metro noventa y, gracias a su cuerpo trabajado y musculado, podría pasar tanto por boxeador como por modelo de ropa interior.

Tiene el pelo rubísimo, algo largo, y una sonrisa angelical con la que aparenta no haber roto un plato en su vida, la cual contrasta con ese par de ojos negros cargados de sensualidad que parecen querer absorber hasta el más oscuro de tus secretos cada vez que se posan sobre ti.

Su estilo informal a la hora de vestir, con camiseta, vaqueros rotos y zapatillas deportivas guarda cierta similitud con el de Roi, salvo por los tres pendientes que lleva en la oreja izquierda y el aro que cuelga de su nariz.

Ejerce como abogado (o «picapleitos», si hacemos caso a las palabras de su hermano) y, por lo que he podido entender durante la conversación, no es uno cualquiera, sino uno de los buenos.

En lo que a su carácter se refiere, no hace falta pasar más de cinco minutos a su lado para comprender que se trata de alguien inquieto, al que le encanta provocar y que no se achica ante nadie, así como un chico alegre y carismático que termina convirtiéndose casi siempre en el centro de atención de todos los que lo rodean.

Tiago, por su parte, es justo la antítesis de lo que acabo de describir.

Pelo negro rapado al tres, ojos castaños, piel algo pálida y vestimenta exquisita y formal, compuesta por unos elegantes chinos azul marino, combinados con camisa de manga larga y unos zapatos que brillan más que el espejo de la entrada de mi casa.

Trabaja como ingeniero en una empresa especializada en aeronáutica y a leguas se ve que

es una persona tranquila y sosegada. Su sonrisa es afable y su mirada, aunque algo tímida, adquiere luz propia cuando se encuentra con la de Bruno, creando una magia que ilumina la habitación.

—Son genio y figura, pero las mejores personas que te vas a encontrar —susurra una suave voz a mi derecha.

Deslizo la mirada hacia su propietaria y sonrío a Sara quien, de inmediato, me devuelve el gesto.

—Aunque ¿qué te voy a decir yo? Tal y como te ha contado Roi, Bruno es mi mejor amigo desde que no levantaba más de un palmo del suelo, y lo quiero como a un hermano —añade encogiéndose de hombros—. En realidad, todos son maravillosos, pero reconozco que Bruno siempre tendrá un hueco especial en mi corazón.

—Sabes que el sentimiento es mutuo, aunque tu preferido sea el hermano equivocado —asegura Roi desde mi izquierda, echándose un poco hacia delante para dedicarle a la chica una tierna sonrisa.

—Lo sé, igual que sé que no habría sobrevivido sin vosotros —afirma ella entre susurros despertando una curiosidad en mí que me hace estudiarla con atención.

Es algo más baja que yo, delgada e irradia fragilidad y delicadeza por cada poro de su pálida piel. Tiene un rostro bonito y armónico sin pizca de maquillaje en el que destacan sus enormes ojos, unos ojos de un tono verde, misterioso y poco común que encierran cierta melancolía y se esconden tras unas inmensas gafas de pasta del mismo color.

Su sonrisa es franca y luminosa, pero, por alguna razón que desconozco, ese brillo que desprende no alcanza a su mirada.

Me fijo bien en cada detalle de su persona, pues, por segunda vez desde que llegué, tengo la sensación de conocerla de algo o haberla visto en alguna parte, aunque por mucho que intento buscar entre mis recuerdos no consigo atar cabos para averiguar de dónde o de qué.

Parpadeo un par de veces cuando su expresión se torna incómoda y me sonrojo al darme cuenta de que he debido de quedarme contemplándola ensimismada con demasiada insistencia.

—Lo siento, es que juraría que te conozco de algo, pero no sé de qué —me disculpo de inmediato.

—Pues teniendo en cuenta el celo que pone mi adorada amiga en que su imagen no sea de dominio público eso sí que es una enorrrme sorpresa —interviene Bruno quien enseguida lanza un gemido y se frota la pierna con gesto de dolor al recibir una patada, cortesía de la mencionada, por debajo de la mesa.

—¿¡Qué!? ¡Es de confianza! ¡No es que se vaya a ir a publicar tu foto al New York Times ni nada por el estilo! —protesta él, frotando aun con más fuerza la dolorida zona.

Sara, que no parece muy convencida, se recoloca las gafas en un gesto nervioso.

—Es cierto, Sarita, te aseguro que Iria es de confianza —lo apoya Roi, asintiendo con la cabeza.

—Tenéis que disculparme, pero no entiendo nada —comento sin comprender el rumbo que está tomando la conversación.

—¿Puedo? —le pregunta Bruno a la chica de mi derecha, y hace un puchero—. Porfa, porfa, porfa.

Ella me mira, sopesando su petición, mientras yo aguardo todavía más descolocada; durante unos segundos, las numerosas conversaciones paralelas que se estaban manteniendo en la mesa se detienen y todos los presentes nos observan en silencio, esperando su decisión, y me hacen sentir casi como a una presa que espera para ser condenada o absuelta.

Al final, viéndose acorralada por tanta mirada, ella claudica y asiente intentando disimular una expresión que denota una buena dosis de nerviosismo e inseguridad.

Bruno aplaude emocionado y, con la vista fija en ella, se apresura a explicar:

—Lo que pasa, queridísima Iria, es que la que está sentada a tu lado es ni más ni menos que S. Harrison.

Mis ojos se abren hasta estar a punto de salírseme de las órbitas y la mandíbula por poco me llega al suelo al escucharlo.

—Nooo… —murmuro fijando la mirada en la chica cuyo rostro adquiere la tonalidad de un pimiento morrón.

—Síií —me responde él con una sonrisa que le ocupa media cara, aplaudiendo entusiasmado.

—No puede ser —repito sin dar crédito.

—Ya te digo yo que sí puede, sí —insiste Bruno, que destila orgullo por cada centímetro de su cuerpo.

—¿S. Harrison, la escritora? —insisto solo por asegurarme de que estamos hablando de la misma persona.

—No, si te parece, S. Harrison, la afiladora de cuchillos —resopla—. ¡Pues claro que S. Harrison, la escritora! ¿Acaso hay otra S. Harrison que merezca la pena conocer? —responde, dejándome claro que lo que acabo de preguntar es una autentica idiotez y sin apartar los ojos de su amiga quien, por cierto, parece estar debatiéndose entre esconderse debajo de la mesa o echar a correr.

—¡No me puedo creer que seas tú! Quiero decir, claro que me lo creo, no pretendo decir que no me fíe de vosotros ni que Bruno sea un mentiroso, es solo que… ¡Guau! ¡Eres S. Harrison! ¡Tú-eres-S. Harrison! ¡Estoy sentada al lado de S. Harrison! —exclamo exaltada, poniendo especial énfasis en su nombre y viviendo mi particular momento fan.

Debería controlarme, sobre todo, teniendo en cuenta que, si antes la pobre estaba roja como un tomate, ahora parece que se va a desmayar de la vergüenza que le estoy haciendo pasar. ¡Pero es que es S. Harrison! ¡Con toda probabilidad, una de las mejores escritoras que he leído jamás! Tiene una sensibilidad y una forma de escribir que te hace sentir parte de la historia y empatizar con los personajes de una forma brutal.

Sus últimos libros han sido traducidos a varios idiomas y, desde hace dos años, se ha convertido en algo así como la gallina de los huevos de oro de la literatura, pues libro que saca, libro que se convierte de forma automática en *best seller* internacional.

Lo más increíble de todo es que, tal y como dijo Bruno, su imagen siempre ha sido una incógnita. Su foto no aparece en los libros, sus redes sociales no contienen información personal y no concede entrevistas a ningún medio ni nacional ni internacional.

Su anonimato llega a tal punto que, a pesar de que su biografía indica de forma específica que su género es el femenino, algunos de los lectores continúan insistiendo en la posibilidad de que bajo el pseudónimo de S. Harrison se esconda un hombre en realidad.

¡No me puedo creer que esté al lado de S. Harrison!

¡No obstante, ahora todo tiene sentido! ¡Ya entiendo por qué su cara me resultaba familiar! Resulta que hace unos tres años y pico, cuando ya había leído alguna de sus historias pero ella todavía no había triunfado dentro del mundo editorial y su nombre aún no se había convertido en marca y sinónimo de garantía, por casualidades de la vida, me encontré delante de una fotografía suya en un instituto con el que colaboré realizando unas ilustraciones solidarias.

Al parecer, ese centro resultó ser el mismo en el que ella estudió y, con motivo de la

publicación de su primera novela, uno de sus antiguos profesores la llamó para participar en una entrevista de radio que le hicieron los chavales del último curso.

Yo participé en una ronda de preguntas y respuestas similar cuando las ilustraciones que cedí al colegio para reformar su comedor salieron a subasta, y al ver su foto en la sala habilitada para dicha actividad, no pude evitar fijarme en ella, pues, aunque, como ya he dicho, por aquel entonces S. Harrison todavía no había despuntado dentro del complicado mundo en el que se mueve, yo ya había leído esa primera novela que había sacado y aluciné con ella.

Recuerdo que me sorprendió ver su firma estampada en el retrato y, curiosa por naturaleza como soy, no pude evitar preguntarle por ella al director quien, con amabilidad, me explicó que S. Harrison era una antigua alumna a quien también se había entrevistado.

Pasó un tiempo considerable hasta que su segundo libro vio la luz, y reconozco que eso, unido a la falta de imágenes o información sobre su persona, me hicieron olvidar por completo su aspecto, al menos hasta que, al encontrármela esta tarde, su rostro comenzó a sonarme sin saber por qué. ¡Y como para no sonarme! ¡No es que hayan pasado muchos años, pero los transcurridos no la han cambiado nada, está exactamente igual!

—¡Perdona, no soy ninguna fan loca ni nada por el estilo! —me disculpo.

—Pues lo disimulas fenomenal… —murmura Roi, conteniendo a duras penas la risa.

Le dedico una mirada que podría aniquilarlo y ni me molesto en contestarle antes de añadir:

—Lo que ocurre es que soy una gran admiradora de tu trabajo, tu forma de escribir es exquisita, y conste que hablo con conocimiento de causa, que me muevo dentro del gremio.

—¿De verdad? ¿También escribes? —pregunta con la curiosidad abriéndose paso a través del verde de sus ojos.

—No, soy ilustradora —explico.

—Y una muy buena —interrumpe Roi.

—¿Tú como sabes si soy buena o no? —inquiero volviéndome hacia él con el ceño fruncido. No pretendo sonar borde ni desagradecida, pero su afirmación me ha cogido desprevenida.

—Vi algunos de tus trabajos cuando estuve en tu casa, los tenías expuestos en el salón —responde él despejando mis dudas—. Además de que puede, y solo puede, que haya fisgoneado un poco por internet —admite mientras una traviesa sonrisa que me sacude con fuerza transforma su boca en algo tan apetecible y sensual que es difícil de aguantar.

Sus ojos atrapan los míos y su gesto se torna serio, al mismo tiempo que mi mirada desciende a sus labios y un ligero estremecimiento me sacude por dentro al imaginármelos recorriendo mi piel.

Intento a toda costa apartar esos pensamientos y atar en corto a mi traidora y desbocada imaginación y, sin embargo, cuanto más me esfuerzo en evitarlo, más consciente soy de los matices ocres que se enconden en la profundidad de su parda mirada o de que si me muevo tan solo dos centímetros, mi muslo rozará la tela de su pantalón, así como de que la proximidad de su cuerpo hace que se vuelva difuso el resto de la habitación.

No podría precisar si el momento dura segundos o minutos, solo sé que, durante el tiempo que permanezco prendida en sus ojos, a pesar de estar rodeados de gente, el resto del mundo desaparece, dejando de existir, regalándonos un instante íntimo y cómplice que nos pertenece solo a nosotros dos.

Un fuerte carraspeo irrumpe en nuestra burbuja, rompiendo la magia, y ambos apartamos la vista al frente con rapidez.

Roi frunce el ceño e, incómodo, se pasa las manos por el pelo mientras yo me sonrojo hasta la raíz del cuero cabelludo e inspiro con fuerza al percatarme, gracias a la quemazón de mis pulmones, de que durante nuestro momento de conexión se me había olvidado incluso algo tan básico como respirar.

—Aquí planeta Tierra llamando a universo paralelo. Universo paralelo, ¿me recibes? —bromea Bruno, poniendo ambas manos alrededor de su boca para simular un intercomunicador.

—Lo que vas a recibir es una patada en el culo como no dejes de hacer el idiota —gruñe Roi.

—No era yo el que tenía cara de idiota hace un momento —replica el primero.

—Tú tienes cara de idiota desde el día que mamá te parió —sisea mi acompañante.

—Dice el que tenía la babilla colgando…

—Yo no babeaba —murmura Roi.

—Chicos, comportaos —les exige su madre.

—¡Ja! ¡Menuda ocurrencia! ¡Pedirle a este par que se comporte es como pedirle a una marmota que deje de dormitar! —suelta Cala divertida.

—Yo solo quería ayudar llamando su atención de alguna forma porque mamá llevaba un rato hablando con él y estaba tan concentrado *no babeando* (hace un gesto de comillas con ambas manos) que ni la escuchaba —se justifica el cumpleañero.

—¡Por supuesto que la estaba escuchando! —exclama Roi, todo dignidad.

—Ah, ¿sí? —insiste su hermano, divertido—. Pues contesta, todos estamos ansiosos por conocer la respuesta —lo invita con gesto burlón.

—Lo haré en cuanto tú cierres ese buzón que tienes por boca —le espeta él.

Bruno se lleva una mano a los labios y desliza el pulgar y el índice sobre ellos como si estuviese cerrando una cremallera, y yo observo de reojo a Roi para ver cómo sale del paso, porque estoy segura de que no tiene ni remota idea de cuál es esa pregunta a la que tiene que contestar.

—Es una respuesta tan obvia que ni siquiera tiene sentido pronunciarla en voz alta —suelta, alzando la barbilla, sin dar su brazo a torcer.

—¡Pues yo sí que quiero que lo digas, tío! Yo quiero saber cómo os conocisteis Iria y tú —exclama la pequeña Julieta con gracia.

Roi desvía la vista con una mezcla de agradecimiento y adoración hacia la pequeña que, sin saberlo, gracias a su inocencia y desparpajo, acaba de salvarle el culo a su tío librándolo de un marrón.

—Como acabo de decir, la respuesta es obvia, nos conocimos en la comisaría —declara Roi con la confianza de quien sabe que acaba de librarse de una buena.

—¿Y eso que tiene de obvio si se puede saber? —pregunta Bruno que, por supuesto, no piensa dejarlo correr.

—Soy policía —anuncia él, como si eso lo explicase todo.

—¿Y qué pasa? ¿Por ser policía solo puedes encontrarte con gente en la comisaría? ¿Acaso el resto del tiempo te encierras en un búnker o algo así? —lo increpa Amira, otra de sus hermanas, que parece estar pasándoselo pipa con la situación.

Roi suelta un bufido y niega con la cabeza.

—Soy policía y ya le conté a mamá, cuando hablamos por teléfono, que estaba ayudando a Iria con un caso, así que tiene toda la lógica que nos hayamos conocido en la comisaría, por eso dije que era una respuesta evidente —asegura, convencido de salirse con la suya.

Los demás asienten con gesto vacilón y yo decido aliarme con ellos en cierta forma… Una

pequeña venganza por no apiadarse de mí y haberme dejado que esperara en el coche, aunque reconozco que me alegro de haber entrado.

—En realidad, eso no es del todo cierto; nos conocimos porque tú te pusiste a perseguirme por un callejón —le recuerdo, señalándolo con el dedo.

—¡Explícame eso, pero ya! —me insta Bruno con los ojos abiertos de par en par.

—No te perseguí, solo iba detrás de ti para intentar que parases de andar y, en vez de hacerlo, cada vez corrías más —me recuerda él alzando las cejas.

—Eso se parece bastante a la definición de perseguir —interviene Sara con un brillo sagaz en la mirada.

—Solo quería ayudarla y me confundió con un delincuente o algo así —se queja Roi.

—Estaba al lado de una comisaría y el callejón estaba oscuro —me justifico.

—El caso es que al final se paró —afirma.

—Más bien me paraste, me agarraste del brazo, así que no me quedó otra opción —matizo.

Él pone los ojos en blanco.

—Detalles sin importancia… —musita.

—Sin embargo, fue una suerte que lo hicieses porque me estás ayudando un montón —añado con voz suave.

Sus ojos se buscan una vez más en los míos y me obligo a apartarlos de inmediato para que no se me acelere el corazón.

—Mi niño es un buen chico, estoy segura de que te echará una mano en todo lo que pueda —asegura la matriarca.

—Una o, si lo deja, igual hasta las dos… —murmura Bruno, que se gana un codazo de su pareja.

—Al cuello, las manos te las voy a echar yo a ti al cuello como no te calles de una vez —lo amenaza Roi.

—¡Ja! ¿Tú y cuántos más? —lo increpa su hermano con aire cómico ante la atenta mirada de todos los demás.

—Me basto yo solo y con un brazo atado a la espalda.

—Ni con cuatro brazos conseguirías ponerme una mano encima.

La guerra dialéctica continúa y yo los observo sin perderme una palabra.

—Decía en serio lo de ver tus ilustraciones, me encantaría que me las enseñaras cuando tengas un momento —comenta Sara, tocándome el brazo para captar mi atención, mientras los dos hermanos continúan a lo suyo.

—¡Claro! —respondo ilusionada—. Cuando quieras.

—Si no nos vemos antes, ¿quizás la próxima vez que vengas por aquí? —sugiere.

La contemplo con la duda dibujada en la cara.

¿La próxima vez? ¿Habrá próxima vez? Estudio a Roi de reojo… Sería una estupidez negar que me encantaría que la hubiese, pero en el fondo no tengo motivos para pensar que pueda ser así. No puedo negar que hay cierta atracción entre nosotros, pero nos conocemos solo desde hace unos días y, una vez que encontremos a Dani…

Una angustiosa sensación se instala en mi pecho al pensar que cuando eso suceda habrá muchas posibilidades de que no volvamos a compartir más momentos como este e, intentando deshacerme de ella, me obligo a sonreír.

—No tengo claro que vaya a haber una próxima vez —susurro, lo suficientemente bajo como para que solo ella me escuche, procurando que no me tiemble la voz.

Sara desvía la vista hacia su amigo y un gesto cómplice se dibuja en su rostro.

—Estoy segura de que la habrá —afirma, y me aprieta el brazo con complicidad.

La miro con una mezcla de curiosidad y esperanza. Curiosidad porque, a pesar de lo bien que me cae, estoy convencida de que bajo ese aspecto frágil y delicado se esconde mucho por descubrir, y esperanza porque, aunque intento no pensar en ello, no puedo evitar desear en un pequeño rinconcito de mi corazón que su predicción se vuelva real.

¿Será posible? Solo el tiempo lo dirá.

Capítulo 13
Lo que la lona esconde

Roi

—¿A dónde vamos? —quiere saber Iria, que camina a mi lado.

—Quiero enseñarte algo —respondo en tono misterioso.

—¿Algo? ¿Qué algo? —insiste.

—Ahora lo verás —aseguro dirigiéndome al garaje de la parte posterior de la casa de mis padres.

—¡Pero mira que te gusta hacerte el interesante! —me acusa resoplando.

Suelto una carcajada mientras la observo por el rabillo del ojo y siento como la sensación que ella provoca en mi pecho cada vez que está cerca aumenta de forma incontrolada.

Los sentimientos que desata en mí son complicados de explicar. Calidez, ternura, un enorme deseo de protección y deseo, mucho deseo.

Mis hermanos no mentían cuando dijeron que hasta ahora nunca había traído a ninguna chica a esta casa. Eso no implica que haya sido un monje ni mucho menos. He tenido relaciones, y no pocas, aunque reconozco que la mayoría han sido cortas. No obstante, no es una cuestión de tiempo, sino de que con ninguna de esas mujeres me sentía tan cómodo como para introducirlas en mi círculo familiar, mi núcleo duro, mi zona de seguridad.

Con Iria fue diferente; desde el momento en que se ofreció a venir, lejos de sentirme incómodo o agobiado al pensar en su presencia durante el cumpleaños, imaginármela aquí, conmigo, me hacía sentir bien. Sin embargo, bien se queda muy, pero que muy corto para describir el maremoto de sensaciones que lleva vapuleándome por dentro desde que llegamos.

Estas personas son las más importantes de mi vida y, al verla encajar con ellos como una más, como si llevase toda la vida a nuestro lado, he sentido como si de repente una pieza suelta que ni siquiera sabía que me faltaba hubiese encontrado su sitio, encajando y poniendo a pleno rendimiento mi corazón, el cual, por lo visto, estaba incompleto y aletargado.

Tenerla conmigo ha resultado cómodo, natural y tan emocionante que he disfrutado de cada segundo a su lado. Tanto que no me apetece separarme de ella llevándola a casa, tanto que siento la necesidad de crear un nuevo momento junto a ella, un recuerdo al que aferrarme si, llegado el caso, cuando todo esto termine, nos separamos.

Porque no soy imbécil, soy consciente de que la atracción es mutua, pero no sé si lo que ella siente va más allá. Sobre todo, teniendo en cuenta que acaba de pasar por una situación complicada y que la forma en la que nos conocimos no fue la más fácil ni convencional. Aun así, si hay algo que tengo claro es que no quiero perderla, no cuando la acabo de encontrar.

Fijo la mirada en ella durante unos segundos y alzo las cejas repetidas veces, con aire socarrón.

—No es que me guste hacerme el interesante, es que soy interesante —recalco, deteniéndome ante la puerta de metal.

—De eso no tengo ninguna duda —responde con ironía, negando con la cabeza.

Me encojo de hombros y le guiño un ojo antes de abrir la puerta, encender la luz y acceder al interior.

Este garaje no se usa demasiado, ya que mi padre tiene la costumbre de dejar el coche en la calle, pero aun así, siempre está pendiente de que se mantenga limpio y ordenado.

Es un espacio de tamaño considerable en el que con facilidad podrían entrar tres vehículos de buen tamaño para ser aparcados con holgura. El suelo es de cemento y los laterales están pintados de gris y blanco, con una ventana a cada lado. Diez estanterías de madera ocupan las paredes sirviendo como refugio a viejos juguetes, cajas, recuerdos y demás artilugios de los que, por uno u otro motivo, mi madre no se ha querido o podido desprender.

Dirijo mis ojos hacia el fondo donde la enorme lona azul continúa tal y como la dejé la última vez que vine por aquí, a pesar de que ha pasado tanto tiempo que casi ni recuerdo cuándo fue.

—Ven —le pido a Iria, dirigiéndome hasta allí a la vez que hago un gesto con la mano para indicarle que me acompañe.

—¿Qué es eso? —se interesa mientras analiza la lona con curiosidad.

—¿Nunca te han dicho que eres muy impaciente? —pregunto, y resoplo mientras, con cuidado, voy apartando poco a poco la cobertura por uno de los lados.

—¿Ni a ti que es de mala educación hacerse de rogar? —replica, cruzando los brazos sobre su pecho.

—No te equivoques; no es que yo me haga de rogar, es que las cosas buenas se hacen esperar —indico con voz sugerente.

Sus mejillas se sonrojan de forma casi imperceptible y, como si la cosa no fuese con ella, se apresura a desviar la vista hacia las estanterías, evitando así enfrentarse a mi mirada.

Una leve sonrisa se dibuja en mi boca mientras termino de desplazar del todo la lona. Y paseo la mirada con orgullo y emoción por la obra de arte que se encuentra ante nosotros.

Durante unos segundos, el silencio reina entre nosotros, hasta que al final su voz se hace oír, alta, desdeñosa y clara.

—¿Una moto? ¿Lo que querías enseñarme era una moto?

Me vuelvo en su dirección, estupefacto. ¿Acaba de pronunciar la palabra «moto» como si fuese un insulto o es mi impresión?

—Primero, esto no es solo una moto. Es una Ducati Streetfighter V4.

—Lo que tú digas —replica encogiéndose de hombros.

—Es una máquina, un portento, una maravilla —explico con convencimiento tratando de hacerla entrar en razón.

Ella se coloca un mechón de pelo detrás de la oreja con desidia y comenta:

—Que sí, que sí, que no te digo que no, que bonita es… Pero para mí siguen siendo dos ruedas, un manillar y un montón de chatarra pintada de azul eléctrico.

—¡Uy, lo que ha dicho! ¡Uy, lo que ha dicho! ¡Chatarra! ¡La ha llamado chatarra! —exclamo llevándome las manos a la cabeza mientras camino de un lado a otro por delante de ella, encendido ante tal aberración—. ¡Eso es como decir que el *Guernica* son un grupo de monigotes o el Partenón un montón de piedras colocadas unas encima de otras! —le recrimino.

—¿De verdad me estás comparando dos obras de arte con un aparatito hecho en serie en una cadena de fabricación? —cuestiona frunciendo el ceño en un gesto que es una clara

provocación.

La miro fijamente, dispuesto a dejarle claro lo equivocada que está, pero el brillo travieso de su mirada y la sonrisa que se esfuerza por contener me hacen detenerme en seco.

¿Me está vacilando? ¡Ya lo creo que me está vacilando! ¡Será…!

Haciéndome el mosqueado, suelto un bufido y ella me lanza la pipa de la paz.

—Venga, no te enfades que tu juguetito no está mal —afirma rodeando la moto mientras desliza las yemas de sus dedos sobre ella en un gesto delicado y casual.

Trago saliva y me olvido por completo de lo que iba a responder al imaginar esas mismas caricias sobre cierta parte de mi cuerpo, que reacciona al instante la mar de contenta…

Carraspeo y me giro incómodo, dándole la espalda, para no verla e intentar así alejar esos pensamientos y bajar el calentón.

—No es un juguetito, aunque, para tu información, esto no es lo que te quería enseñar, solo es lo que vamos a usar para llegar a ese lugar.

—¿Entonces, eso que me quieres enseñar es un sitio? ¿Puedes darme una pista? —se interesa, colocándose de nuevo frente a mí.

—La respuesta a la primera pregunta es sí —respondo escueto—. Y en cuanto a lo segundo… ¿Después de llamar a mi supermoto «chatarra» y «juguetito»? Lo siento, pero va a ser que no. No hay pista que valga, tendrás que esperar a llegar allí.

—¿Y no les parecerá mal a los demás que nos vayamos antes de tiempo? —La duda se refleja en su rostro.

El hecho de que se preocupe por lo que pueda opinar mi familia me parece un detalle de lo más tierno… Pero la verdad es que hace rato que me muero por estar a solas con ella y para eso necesito sacarla de aquí. Es más, ha habido un momento durante la cena en el que no podía dejar de pensar en cogerla en brazos, subirla a mi habitación y tirarla sobre la cama al más puro estilo neandertal, y creo que lo habría hecho de no ser por la oportuna intromisión de mi hermano.

—Para nada, nos hemos quedado un buen rato; además, cuando volvamos, antes de irnos, pasaremos a despedirnos —le aseguro, consiguiendo que se quede tranquila.

Ella asiente y parece convencida, hasta que una sonrisa nerviosa me indica que algo no va del todo bien…

—Solo hay un problema… —murmura.

—¿Cuál?

—Nunca he montado en moto —confiesa.

—Siempre hay una primera vez y vas a tener la suerte de que la tuya sea en esta maravilla —respondo señalando mi Ducati con orgullo.

—Las primeras veces están sobrevaloradas —musita—. Y esta en concreto no tengo interés en probarla.

—Te aseguro que te va a encantar —procuro sonar convincente.

—Ya… ¿Y no podríamos ir en coche? —sugiere mirándonos a mi preciosa moto y a mí como si ella fuese la guillotina y yo el encargado de dejar caer la cuchilla.

—¡Por supuesto que no! —exclamo negando con la cabeza—. Parte del encanto del sitio al que voy a llevarte es el camino para llegar hasta él, y te aseguro que hacerlo en moto no es comparable a ir en coche.

—Pues no entiendo por qué, el camino es el mismo ya sea en moto, en coche o en tren —me espeta—. Al fin y al cabo, lo importante es llegar, ¿no? —trata de persuadirme—. Y a poder ser, enteros.

—¡Te equivocas! La sensación de libertad, el aire, la comunión con el entorno… ¡Nada de

eso te lo dará nunca un coche! ¡Lo importante no solo es el destino, sino también cómo disfrutas del recorrido!

—Puede, pero a cambio te ofrece un asiento cómodo y una carrocería que te protege de cualquier golpe —me contradice.

—No vamos a darnos ningún golpe, confía en mí —le pido, a sabiendas de que le va a encantar.

—Eso me lo pides un montón —rezonga alzando las cejas.

—Y siempre tengo razón. ¿O acaso no te gustó la hamburguesa de Javi? —le recuerdo.

—Sí —admite de mala gana, haciendo un mohín.

—¿Y el banco con las vistas al mar en lo alto del monte? —insisto.

Ella pone una mueca y asiente, poco emocionada.

La dejo meditarlo durante unos segundos, sin insistir; quiero llevarla en mi moto, pero solo si de verdad está convencida, por nada del mundo desearía que se sintiese incómoda y mucho menos en mi compañía.

—Vale, iremos en moto, pero como me caiga, te vas a enterar —accede al fin, amenazándome con el dedo.

Una sonrisa asoma a mis labios y, sacando la llave que guardaba en el bolsillo trasero del pantalón, me acerco a la Ducati, cojo dos cascos que reposan en la estantería que está justo al lado y, con ellos en una mano, me siento en la Ducati. Una vez que ella se acomoda detrás, meto la llave en el contacto.

El ruido que emite es un claro indicio de que algo no va bien.

—No me jodas —murmuro.

—¿Qué pasa? —pregunta Iria.

Hago unos cuantos intentos más, pero el resultado es el mismo en cada uno de ellos: la moto se niega a arrancar.

«¡Me cago en mi puta suerte!», pienso chafado, levantando la vista hacia ella.

—Parece que no va —comunico, probando una última vez.

—¡Vaya! ¡Con la ilusión que me hacía montar! —murmura con guasa.

—Parece que al final vas a salirte con la tuya, iremos en coche y mañana le pediré a Cala que me pase el teléfono del mecánico al que llevaba la suya.

—¿Cala tiene moto? —pregunta sorprendida.

—Sí, está ahí mismo —respondo, señalando el bulto que descansa cubierto por una lona igual a la mía—. Antes la usaba mucho, pero, desde que se quedó embarazada, decidió dejarla aquí.

—¿Puedo verla? —se interesa apeándose para acercarse con curiosidad al lugar que le acabo de señalar.

—Claro —respondo y bajo de la moto, y me sitúo a su lado para ayudarla a sacar la lona.

Es pesada, pero entre los dos la quitamos con facilidad.

—¡Guau! ¡Qué maravilla! —exclama con los ojos brillantes por la emoción en el momento en que la vespa azul cielo de mi hermana queda al descubierto ante nosotros.

Por un momento, la miro como si se hubiese vuelto chalada.

—¿En serio? —pregunto sin dar crédito a lo que estoy escuchando—. ¿De verdad esto te parece una maravilla y mi Ducati un montón de chatarra?

—¡Por supuesto que sí! ¡¿Tú la has visto?! ¡Es preciosa, un clásico! ¡Y tiene el asiento rosa! —afirma alzando la voz—. ¡No puede ser más mona!

—Siento decirte que tu criterio deja mucho que desear —murmuro.

Ella ignora el comentario mientras continúa admirando la moto.

¿Cómo puede gustarle más esa antigualla que mi Ducati? ¡Esto es para mear y no echar gota!

—¿Podríamos ir en esta? —pregunta desviando su atención hacia mí.

—¿En esta qué? —cuestiono, seguro de que la estoy entendiendo mal.

—En esta preciosísima vespa —responde regalándome una sonrisa angelical.

—¡Ni de coña! —rehúso—. Iremos en coche, no pienso subirme en eso.

—¿Por qué? —inquiere algo decepcionada.

—¿Tú la has visto? ¡Es una moto de chica! ¡Tiene el asiento rosa! —protesto—. Además, te recuerdo que hasta hace un momento eras tú quien quería ir en coche.

—Y yo te recuerdo que fuiste tú quien me convenció de que no sería lo mismo. ¿Dónde quedan ahora la sensación de libertad, el aire y la comunión con el entorno? —replica cruzando los brazos sobre su pecho y utilizando las mismas palabras con las que yo la convencí hace un momento.

La miro de mala gana. ¡Tiene razón! Fui yo quien dijo todo eso, pero porque íbamos a ir en mi moto, no en la de la Barbie Malibú.

—Hace mucho que mi hermana no la usa, igual no enciende —sugiero, esperanzado de que así sea.

—No lo sabremos sin probar —afirma ella, y me regala una sonrisa llena de ilusión que me hace temblar.

Mis ojos se deslizan hasta sus labios y comprendo que estoy aún más jodido de lo que pensaba, ya que, con tal de verla sonreír de esa manera, sería capaz de subirme al coche de Barbie, al barco de la Sirenita o a un puñetero cohete espacial si hace falta.

—Está bien —acepto, procurando que mi voz suene normal.

Sin añadir una sola palabra, me aproximo al recipiente donde mi hermana guarda las llaves de su vespa y, tras cogerlas, me acerco y las pongo en el contacto rezando para que no encienda. Pero, por supuesto, como no podía ser de otra manera, la moto no tarda ni medio segundo en arrancar.

Iria aplaude dando unos saltitos y coge el casco que le tiendo para ponérselo de inmediato.

No digo una sola palabra mientras ambos salimos al exterior con la moto apagada, y una vez cerramos la puerta, nos acomodamos en el asiento y la pongo a andar.

En cuanto la moto avanza unos metros y los brazos de Iria rodean mi cintura con fuerza, a la vez que su cuerpo se pega a mi espalda, obtengo mi recompensa y sonrío con satisfacción. Puede que esté encima de una vespa con el asiento rosa, pero merece la pena si con ello puedo disfrutar de esta sensación.

Capítulo 14
Un paseo bajo la tormenta

Iria

Habrán pasado poco menos de veinte minutos desde que dejamos atrás el pueblo, atravesando la vieja plaza de la iglesia y un precioso camino empedrado y enmarcado por enormes árboles que nos condujo a una estrecha carretera de un solo sentido que serpenteaba por la costa y que seguimos hasta alcanzar el pequeño bosque de pinos en el que ahora nos hallamos.

El faro de la moto ilumina el sendero por el que circulamos, creando un misterioso juego de luces y sombras con las raíces, las ramas y los árboles que nos vamos encontrando.

No tengo ni idea de a dónde nos dirigimos ni de cuánto vamos a tardar, pero tampoco pienso preguntar. En lo que a mí respecta, no tengo ningún problema si se para el tiempo y me quedo tal y como estoy, con mis brazos rodeando su cintura y mi cuerpo apoyado contra su fuerte espalda durante horas, así que si tardamos toda la noche en llegar, no pienso inmutarme ni protestar.

Cierro los ojos y disfruto de todo lo que este inesperado momento me está regalando.

Si tengo que ser sincera, los últimos años de mi matrimonio fueron monótonos, una consecución de días teñidos de gris que transcurrían uno tras otro sin mayor motivación que la de vivir relajada y en paz.

En realidad, creo que ni siquiera era consciente de que, sin apenas darme cuenta, me había convertido en una sombra de mí misma mientras gran parte de lo que me define, de lo que me hace ser quien soy, se iba quedando atrás.

La chispa, las ganas de descubrir, la ilusión, la alegría, el inconformismo…; pequeñas joyas que siempre han formado parte de mi esencia, definiéndome y guiando mis pasos, se fueron cayendo de mi mochila según avanzaba por el camino de mi vida y, en lugar de comprender que cada vez estaba más incompleta, en lugar de entender que cada vez era menos yo y detenerme, respirar hondo, dar la vuelta y recuperarlos, tomé la equivocada decisión de seguir caminando sin mirar atrás.

Precisamente por eso, ahora el sabor de la libertad, la adrenalina que me sacude por dentro, haciéndome sentir viva de nuevo, y la sensación de ingravidez cuando el viento se cuela y traspasa la ropa envolviendo mi cuerpo me hacen sentir tan especial.

Hace frío, pero, a pesar de ello, lo único que tengo es un calor abrasador que bulle en mi interior mezclándose con el deseo. Un deseo intenso y primitivo que durante mis años de matrimonio nunca había experimentado y que me empuja a colar las manos bajo su ropa o a imaginar una y otra vez a qué sabrán sus besos o cómo será sentirlos sobre mis labios.

Aspiro el aroma que desprende su piel mientras la velocidad de la moto va disminuyendo hasta detenerse por completo. Percibo la tensión en los músculos de su espalda y su respiración

agitada mientras una de sus manos se coloca sobre las mías, provocándome un escalofrío que me recorre de la cabeza a los pies.

Podría apartarme, bajar al suelo, pero, en lugar de eso, me quedo muy quieta y sin decir una sola palabra, disfrutando durante unos segundos robados de la cercanía de su cuerpo y el roce de las yemas de sus dedos sobre mi piel.

—Hemos llegado. —Su voz suena pastosa y algo ronca cuando, entrelazando sus dedos con los míos, se baja de la moto, se vuelve hacia mí y pega un suave tirón, invitándome a descender.

Una luminosa sonrisa, que parece querer competir con las escasas estrellas que esta noche aparecen en el cielo, me recibe cuando pongo los pies en el suelo.

—Venga, ya falta poco —me indica con un movimiento de cabeza antes de echar a andar entre los árboles con cuidado, ayudándonos de la luz del foco de la moto, que hemos tenido la precaución de dejar encendido para poder ver y sortear las diversas raíces que se van interponiendo en nuestro camino.

—¿A dónde vamos? —pregunto hablando en voz baja de forma inconsciente, pues perturbar la calma que nos rodea me parece un sacrilegio.

—Ahora lo verás —responde sin detenerse hasta que, pocos metros más adelante, llegamos a una empinada pero pequeña cuesta de tierra que discurre entre los troncos de dos enormes castaños—. Agárrate a las ramas y ten cuidado no vayas a caerte.

Sin soltar su mano, me aferro, con la que me queda libre, a los salientes y las ramas que voy encontrando, a la vez que me afano en colocar los pies de lado para no salir rodando, porque es cierto que la tierra, a pesar de estar seca, resbala.

Caminamos despacio y con cuidado hasta darnos de bruces con una pared de enormes helechos que dejan medio oculto el acceso a una pequeña cala natural. Alzo las cejas sorprendida y Roi me dedica una mirada tan intensa como sensual antes de atravesarlos.

Lo que me encuentro al otro lado, cuando la tierra deja paso a la fina arena de la playa que conduce al mar, es muchísimo más hermoso que cualquier lugar que me pudiese imaginar.

Contemplo extasiada y con los ojos muy abiertos el pequeño espacio que, resguardado por el bosque y cercado bajo el abrigo de escarpados acantilados, es la viva imagen de un pequeño y secreto paraíso privado.

Avanzo unos pasos, con la mirada fija en la inmensidad del océano, mientras Roi permanece unos pasos por detrás.

Me detengo a pocos metros del agua e inspiro con fuerza, dejándome embriagar por el olor a sal.

—Esto es… —susurro sin encontrar las palabras adecuadas para describir una belleza que me resulta imposible dejar de admirar.

—Te dije que te iba a gustar. —Su voz acaricia mi oído y sus manos sostienen mis hombros para girarme con delicadeza en su dirección.

Su mirada me atrapa y contengo el aliento en el momento exacto en el que mi universo entero se reduce a una cala en la que solo estamos el mar, él y yo rodeados por el negro manto de la noche que nos envuelve y alterado únicamente por una inmensa luna llena que reina en el cielo deslizando su luz a través de las oscuras y tormentosas nubes que, amenazantes, ocultan las estrellas para reflejarse y dibujar ráfagas plateadas sobre la superficie del mar.

Mi corazón se acelera al igual que lo hace el ritmo de su respiración cuando sus manos descienden por mis brazos y se anclan en mi cadera y sus pulgares acarician con cadencia la piel de mi cintura al colarse entre la tela del jersey y la del pantalón.

Una sensación de vértigo me golpea con fuerza y exhalo despacio al mismo tiempo que mis dedos ascienden, temblorosos y ansiosos, hasta su mejilla depositando sobre ella una caricia suave que provoca que su mandíbula se tense y los suyos se crispen y presionen sobre mi piel.

—Iria. —Mi nombre convertido en susurro rasga el silencio y muere en sus labios como mueren las olas al estrellarse contra la orilla del mar a pocos centímetros de nuestros pies.

Sus manos, posesivas, me aproximan a su cuerpo a la vez que sus ojos, más oscuros y peligrosos que nunca, se mimetizan con el cielo tormentoso bajo el que nos encontramos, arrastrándome hasta el rincón más profundo de la tempestad que se desata en su mirada, paralizándome, dominando mi voluntad e impidiéndome hacer nada que me permita escapar del deseo que nubla mi capacidad de reaccionar.

Su mirada busca mis labios, y estos cosquillean por la necesidad de saborear los suyos. Un hormigueo incontrolable asciende por mi cuerpo y el latido de mi corazón golpea con fuerza contra mi garganta cuando su boca desciende hasta posarse sobre la mía con delicadeza y suavidad en un beso dulce y delicado el cual provoca que, con la misma fuerza con la que justo en este instante un relámpago ilumina el cielo, una marejada de sentimientos se desate en mi interior.

Nerviosa, como si tuviese quince años y estuviese experimentando mi primer beso, elevo las manos hasta su nuca y percibo como su sedoso pelo se enreda entre mis dedos.

Sus dientes tiran con suavidad de mi labio inferior y, dejando escapar un jadeo, entreabro la boca para invitarlo a entrar.

Sin previo aviso, su lengua se encuentra con la mía y ambas se unen en un baile de caricias que aumentan de exigencia e intensidad, demandando y entregando todo lo que son capaces de dar al tiempo que los truenos y relámpagos que resuenan sobre el mar crecen y se aproximan sin parar.

Mi cuerpo parece levitar, mi corazón vuela y siento que si lo tengo a él conmigo para seguir viva, ni siquiera necesito respirar.

Las gotas de lluvia comienzan a caer con fuerza del cielo, empapándonos, pegando la ropa que nos cubre y a la vez nos separa a unos cuerpos que ahora que se han encontrado ya no quieren separarse.

Me siento presa de un sueño, un sueño del que no quiero despertar, sin embargo, un nuevo rayo, seguido de un estruendo ensordecedor que resuena demasiado cerca, nos hace volver de mala gana a la realidad. Roi se separa de mi cuerpo lo justo para enmarcar mi rostro con sus manos mientras las gotas de lluvia se deslizan sobre sus labios, aún borrachos del beso que nos acabamos de dar.

—Tenemos que irnos —anuncia con voz entrecortada.

—Es cierto —musito en un tono apenas audible.

—No quiero hacerlo —asegura, devorándome con la mirada—. Pero es peligroso seguir aquí.

Un nuevo relámpago refulge con fuerza demostrando la veracidad de sus palabras y haciéndome estremecer.

Asiento sin decir que lo más peligroso no son los rayos, sino lo que me hace sentir cuando me mira así.

Un nuevo trueno parece rasgar en dos el cielo y, sin perder un segundo, enlaza sus dedos con los míos y ambos echamos a correr.

No debemos detenernos, sin embargo, cuando alcanzamos los helechos que resguardan de miradas la que ya considero nuestra cala, no puedo contenerme y echo un último vistazo atrás

con la certeza de que, aunque no vuelva a poner un pie en ella, jamás olvidaré lo que acaba de suceder.



Intentando no hacer ruido, aparcamos la moto en la acera y corremos hacia la entrada de la casa. Porque lejos de amainar, la tormenta ha empeorado y estamos empapados.

—Nos ponemos algo seco y volvemos a casa —me ofrece Roi sacando las llaves del bolsillo.

Asiento sin decir nada, experimentando una extraña sensación de nostalgia. ¿Cómo es posible que ya lo eche de menos si todavía estamos aquí?

La puerta se abre y entramos con sigilo, seguros de que tanto sus padres como sus hermanos deben de estar ya en la cama, pero la voz que nos recibe desde el pasillo enseguida nos saca de nuestro error.

—¡Madre del amor hermoso! ¡Pero si parecéis dos pececillos recién pescados! ¡Estáis empapados! —nos recibe su madre alzando la cejas asombrada.

—La tormenta nos pilló cuando volvíamos en la moto —explica él sacudiéndose el pelo con la mano sin entrar en demasiados detalles—. Vamos a ponernos algo seco antes de marcharnos.

—¿Marcharos a dónde? —pregunta su progenitora con gesto serio, cruzando los brazos sobre su pecho—. ¡A quién se le ocurre andar por ahí en moto cuando está cayendo el diluvio universal!

—A casa. ¿A dónde va a ser, mamá? Y, además déjame recordarte que cuando salimos no llovía.

—Si piensas que voy a dejaros viajar de noche con la que está cayendo, una de dos, o no me conoces o es que tanto trabajar te ha fundido la sesera y te ha dejado medio tonto.

—Puedes quedarte tranquila, por ahora no pienso tocar más la moto, vamos a ir en coche —le asegura en un intento por tranquilizarla.

—Por mí como si vais en tranvía, he dicho que no —sentencia la mujer, que no sale de sus trece.

—No pasa nada, es poco más de media hora —intervengo.

—Ni media hora ni cinco minutos, no pienso permitir que os pongáis a conducir con la que está cayendo y no hay más que hablar —afirma con contundencia.

—Cuando se pone así, no tiene sentido discutir con ella —me asegura Roi soltando un bufido—. ¿Te importaría que pasásemos la noche aquí?

—No quiero molestar… —murmuro algo incómoda, pues una cosa es venir a una cena y otra muy diferente tomarme la licencia de pasar una noche en la casa familiar.

—¡Qué molestar ni qué ocho cuartos! —replica Magda antes de fijar de nuevo la vista en su hijo—. Tu habitación está libre, podéis compartirla —sugiere con un brillo pícaro bailando en sus ojos que hace que mis mejillas ardan como si estuviesen encendiendo en ellas las hogueras de San juan.

—Mamááá —le advierte Roi, negando con la cabeza.

—¡Vale, vale, solo era una idea! Si vais a poneros así de tiquismiquis, Iria puede quedarse la cama y tú duermes en el sofá. Eso sí, antes ofrécele unas toallas. —Intenta disimular una sonrisa traviesa al mismo tiempo que alza ambas manos en señal de paz. Luego se da la vuelta y

se marcha por el pasillo, despidiéndose con voz cantarina.

—Buenas noches, chicos, que durmáis bien y, por la cuenta que os trae a los dos, ni se os ocurra marcharos antes de desayunar.

—Buenas noches, mamá —murmura Roi a mi lado mientras la vemos alejarse, feliz de haberse salido con la suya y contoneando las caderas mientras tararea una canción de Julio Iglesias sin añadir nada más.



Desvelada y con los ojos abiertos como un búho en plena noche de luna llena, me remuevo inquieta entre las sábanas.

Lo he probado todo: he repasado las tablas de multiplicar al menos veinte veces y he contado ovejitas, incluso realicé inspiraciones de esas relajantes que tanto le gustan a mi madre, y viendo que ninguna de esas opciones funcionaba, al final he optado por procurar dejar la mente en blanco, relajarme y hacer un llamamiento desesperado a Morfeo para que se apiade de mí y pase a visitarme cuando le dé la gana, pero a poder ser, antes de las nueve de la mañana.

¡Yo solo quiero conciliar el sueño! ¡Ni que estuviese pidiendo tanto! ¡Necesito dormir o mañana voy a parecer un mapache! Suelto un bufido y me pongo de lado, abrazando la almohada con ambos brazos.

Inspiro con fuerza y se me acelera un poquito el corazón. ¿Huele a él? ¿Es posible que eso que impregna las sábanas sea el aroma de su piel? No sería extraño, teniendo en cuenta que estoy en su cama… Estoy en su cama, *su cama*; la simple idea hace volar mi imaginación mientras ese deseo que tanto me costó sofocar cuando después de hablar con su madre me acompañó a la habitación y se fue al sofá del salón, renace en mi interior.

«No pienses, no pienses, no pienses…», me repito; no obstante, lejos de conseguirlo, el beso que nos dimos en la playa se reproduce una y otra vez en mi cabeza a cámara lenta… Su lengua, sus manos agarrándome la cadera, esa forma de mirarme…

¡Arrrggg! ¡Maldita sea! ¡Así es imposible! Resoplo y, frustrada, golpeo la manta con los puños para terminar sentándome en el colchón.

Enciendo el flexo que descansa sobre la mesilla de noche y contemplo lo que hay a mi alrededor con atención y curiosidad.

Me hubiese gustado conocer al Roi adolescente, ¿sería muy parecido al de hoy? Hago memoria para pensar en cómo era yo hace unos años… En realidad, no he cambiado tanto, puede que él tampoco lo haya hecho, o tal vez sí, qué sabré yo.

La habitación, a pesar de ser juvenil, tiene su sello, de eso no hay duda. El mobiliario está formado por una cómoda cama de uno treinta y cinco, una mesilla de noche, un escritorio enorme a cuyo lado descansan una estantería de pie repleta de libros, algunos coches deportivos a escala, varias medallas deportivas y un armario de gran tamaño.

Los muebles son de madera en tono oscuro y contrastan con las paredes pintadas en azul claro y cubiertas con varios pósteres de películas y grupos musicales.

Me pregunto cuántas chicas habrán pasado por esta cama y de inmediato alzo ambas cejas al sentirme golpeada por unos celos que me cogen por sorpresa y con la guardia baja.

«¡Vamos, era lo que me faltaba! ¡Sentir celos por un hombre con quien solo me he dado un par de besos!».

Molesta conmigo misma, salto de la cama. ¡Necesito refrescarme, beber agua, tirármela por

encima o lo que haga falta con tal de dejar de pensar bobadas!

«¡Manda narices! ¡Celos! ¡Ni cuando estaba casada y todo se estaba yendo a la mierda sentí celos!».

«Precisamente por eso no los sentiste —me recuerda mi voz interior—, porque todo se iba a la mierda, en el fondo, te importaba más bien poco y sabías que ya no había solución».

Muevo con fuerza la cabeza, alejando a ese molesto Pepito Grillo que no tiene ni idea de lo que dice.

Puede que mi matrimonio estuviese haciendo aguas, ¡pero era mi marido, llevábamos años juntos! En cambio, ¿quién es Roi? Solo un hombre que intenta ayudarme, un hombre muy atractivo, eso sí, en el mejor de los casos, un hombre muy atractivo con quien me siento a gusto y que, además, es tierno, divertido y cariñoso… Pero nada más.

«Mentirosa», me acusa la vocecilla abriéndose paso de nuevo a través de mis pensamientos.

Incómoda, me masajeo la frente y comienzo a caminar por la habitación.

«Vale, puede que algunos sentimientos comiencen a tomar forma cuando estoy con él y me mira así, de esa forma que me hace sentir que el mundo entero se ha reducido a sus ojos…».

«¡Mierda! ¡Más que beber agua, lo que necesito es meter la cabeza en el congelador! ¡A ver si así se me aclaran las ideas!».

Miro hacia abajo y decido que la camiseta de los Knicks que Roi me prestó para dormir es un atuendo lo suficientemente digno como para poder salir con ella de la habitación. Al fin y al cabo, todo el mundo duerme y me queda solo un poco por encima de las rodillas, por lo que podría pasar por un camisón.

Intentando no hacer ruido, abro la puerta y me deslizo fuera. La madera del pasillo cruje bajo mis pies y, durante unos segundos, contengo el aliento.

Algo más relajada al no percibir ningún movimiento en las habitaciones colindantes, continúo avanzando hasta la escalera y, de puntillas, desciendo al piso inferior.

Es una suerte que la cocina se encuentre al fondo porque eso me evita tener que pasar por el salón…

«¿Estará dormido?», me pregunto. Mi traidora mente comienza a divagar de nuevo y, durante un momento, estoy a punto de sucumbir a la tentación de acercarme a echar un vistacito corto… Sin embargo, por suerte, mi sentido común hace acto de presencia y descarto esa posibilidad. «¡Por supuesto que está dormido! ¡Son las cuatro de la madrugada, a esta hora la única tarada que anda paseándose por la casa como una sonámbula soy yo!».

En silencio, entro en la cocina. Es una estancia espaciosa, con electrodomésticos modernos, muebles en madera clara a juego con el suelo y una gran isla central que rodeo para acercarme a la nevera.

Saco una botella de agua fría y me encamino hasta el fregadero para hacerme con uno de los vasos recién lavados que descansan a su lado. Con cuidado de no derramar nada, vierto un poco de líquido y me lo llevo a los labios a la vez que, distraída, echo un vistazo por la ventana que da al jardín.

Ha dejado de llover y el cielo luce despejado y tan lleno de estrellas que me parece increíble que hace unas horas estuviese cayendo una tromba de agua de ahí.

La bebida desciende por mi garganta y de repente, un estremecimiento que nada tiene que ver con la temperatura de lo que acabo de ingerir me recorre de la cabeza a los pies, mis músculos se tensan y cuando por puro instinto me doy la vuelta, ahí está él, apoyado en el marco de la puerta, acechándome en la penumbra como un depredador hambriento que lleva meses sin

comer.

Mis ojos recorren su cuerpo y aprieto el vaso con tanta fuerza que por un momento temo que se pueda romper.

Va vestido solo con un pantalón flojo y, cuando asciendo hasta encontrarme con su torso descubierto, siento que mi garganta se seca como si estuviese en el desierto y llevase una semana entera sin beber.

En un acto reflejo, me acerco de nuevo el vaso a los labios y lo vacío de un solo trago. El gesto provoca que una sonrisa ladina asome a la comisura de sus labios y un brillo de excitación refulja en su mirada.

Trago saliva con fuerza y por poco me atraganto cuando, sin apartar los ojos de mí, se separa de la puerta y avanza despacio en mi dirección, mientras yo, incapaz de hacer otra cosa, me limito a quedarme quieta conteniendo la respiración.

Él se sitúa a escasos milímetros, sin decir nada, respirando de forma trabajosa y con las pupilas dilatadas; yo también me mantengo en silencio porque no me salen las palabras.

Sin retirar sus profundos ojos de los míos, Roi desliza su mano hasta mi nuca y me atrae hacia él, pegándome a su cuerpo cargado de tensión.

Inhalo con fuerza y me aferro a sus brazos cuando sus labios descienden en busca de mi boca, apropiándose de ella con ansia y fervor.

Una de sus manos desciende hasta mi cintura para levantar la camiseta y colarse debajo. Jadeo contra su boca al sentir como, mientras las yemas de sus dedos acarician la cara interna de mi muslo y ascienden por mi pierna hasta llegar al encaje de mi ropa interior, su otra mano saca uno de mis pechos por fuera del sujetador.

Jadeo contra sus labios y un gemido escapa de su garganta.

—No te haces una idea de las veces que he imaginado tenerte así —murmura con voz ronca antes de que su lengua, posesiva y exigente, saquee mi boca con tanto ímpetu y anhelo que, por un momento, creo que me voy a desmayar.

Sus dedos se enredan con la frontera de mis braguitas, sin llegar a tocarme, mientras mi abultado clítoris palpita y protesta de necesidad.

Su cuerpo me aprisiona contra el fregadero al mismo tiempo que su duro miembro se aprieta contra mí, provocando que mi deseo aumente de forma descomunal.

Gimo y sus labios abandonan los míos, interponiendo la distancia exacta entre nosotros como para mirarme fijamente mientras sus dedos me acarician dando suaves toques en mi punto más sensible por encima del encaje de la ropa interior.

—Estás empapada —gruñe a la vez que me pellizca con fuerza un pezón provocando que una corriente eléctrica me haga poco menos que perder la razón.

Excitada como no recuerdo haberlo estado en toda mi vida, llevo una de mis manos a su pantalón en busca de su erección, pero él niega con la cabeza, me sujeta la muñeca y se arrodilla en el suelo, me agarra los tobillos con ambas manos para separarme las piernas y me quita las bragas de forma tortuosa y lenta.

Contemplo la escena con la vista nublada por la lujuria, convencida de que ese gesto es lo más erótico y sensual que he vivido y viviré en lo que me quede de vida.

Dedicándome una sonrisa provocadora que me hace estremecer, sus ojos se funden durante unos segundos con los míos antes de colocar la cabeza a la altura de mis rodillas y dedicarse a depositar un reguero de húmedos besos que alcanzan su línea de meta en el momento en que sus dientes atrapan mi clítoris, haciéndome sobrepasar un límite al que ni sabía que podía llegar.

Un jadeo sordo escapa de mi garganta y, agarrándome con fuerza al mueble en el que me

apoyo, echo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos con fuerza al notar como empieza a succionar.

Me estremezco con desesperación y mi corazón palpita a un ritmo tan frenético que, cuando a la vez que me devora con su lengua introduce dos dedos en mi interior, temo que voy a enloquecer o a perder el poco control que todavía conservo.

Temiendo caer en cualquier momento al suelo, me aferro con fuerza a su pelo y muevo mis caderas a ambos lados sin ningún pudor.

Las sensaciones me arrastran a un estado en el que pierdo la noción de dónde estoy y, cuando un gemido escapa de mi garganta, su boca abandona mi entrepierna y atrapa mis labios para callarlos con pasión mientras saca un condón del pantalón y se baja primero este y luego el calzoncillo.

Contemplo como se lo coloca y trago con fuerza cuando sus manos sujetan mis caderas y me alzan para colocarme sobre el fregadero, y arrima la punta de su verga a mi entrada.

Con mi mirada hipnotizada por la suya y mis piernas enganchadas en su cintura, siento como empuja para introducirse poco a poco dentro de mi ser.

La tensión de su mandíbula y el sudor que perla su frente hacen evidente el considerable esfuerzo que está haciendo para ir despacio mientras me la mete hasta que, con un fuerte empellón, se introduce del todo en mi interior.

—Joder, esto es la puta gloria —sisea entre dientes cerrando los ojos con fuerza durante unos segundos antes de comenzar a salir y entrar cada vez con un ritmo más fuerte.

Los gemidos que escapan de mis labios son absorbidos por su boca mientras el movimiento se vuelve más intenso y nuestras respiraciones se descontrolan.

Me agarro a sus hombros y sus dedos se clavan en mi carne sin compasión mientras los envites se aceleran cada vez más, haciéndome entregarme por completo a lo que está ocurriendo entre los dos. De repente, una de sus manos se cuela entre nuestros cuerpos y traza círculos sobre mi clítoris, y siento como me tenso, mis músculos se contraen a su alrededor y grito al explotar en un orgasmo devastador que me arrasa por dentro.

Una vez mi cuerpo se deja caer, desmadejado, sobre el suyo las acometidas se aceleran todavía más, alcanzando un ritmo frenético que mi cadera acoge con deleite y, pocos segundos después, siento como su polla se tensa mientras, con mi nombre en sus labios, también él se corre alcanzando su ansiada liberación.

Capítulo 15
Noticias de Ulloa

Roi

La luz que penetra en la habitación a través de las rendijas de la persiana incide en el cabello de Iria, arrancando sutiles destellos a su melena esparcida sobre la almohada.

La contemplo mientas duerme, tranquila y relajada, y me sorprende lo despejado y lleno de energía que me siento, a pesar de no haber dormido casi nada.

El recuerdo de lo ocurrido hace unas horas me hace esbozar una sonrisa mientras acaricio con delicadeza la línea de su mandíbula con mi pulgar.

No fue algo premeditado, tampoco voy a negar que, después del beso que compartimos en la playa, me quedé con ganas de más; ella tiene ese sorprendente efecto sobre mí, siempre me quedo con ganas de más: más tiempo a su lado, más ganas de hacerla sonreír, más besos, más roces inesperados, en definitiva, más de todo lo que tenga que ver con esta mujer que, por lo visto, ha entrado en mi vida para poner mi mundo del revés. No obstante, juro y no miento cuando afirmo que, dado que estamos en casa de mis padres, me había prometido a mí mismo comportarme, tener paciencia y esperar… Al menos hasta que la vi apoyada en el fregadero de la cocina con mi camiseta de los Knicks y todas mis buenas intenciones se fueron al traste. No pude remediarlo, me asaltó un instinto primitivo que no pude controlar.

Me moría por hacerla mía, escucharla gemir, gritar… El deseo que despierta en mí es tan apremiante que solo podía pensar en arrancarle la ropa y follarla sin parar.

Y eso fue lo que hicimos, disfrutar del mejor sexo que, al menos yo, he tenido jamás. Primero en la cocina y después en mi cama, hasta que caímos satisfechos y agotados cuando la luz del alba comenzaba a despuntar.

El sonido de su bostezo me arrastra de nuevo al presente. La observo arrugar la nariz con gracia al mismo tiempo que estira ambos brazos, deslizando la manta hacia abajo y provocando que su pecho desnudo quede al alcance de mi golosa mirada.

—Buenos días, dormilona —la saludo con tono sugerente, relamiéndome.

Sus párpados se separan de forma abrupta al escuchar mi voz y, durante unos segundos, parece algo desconcertada, pero cuando sus ojos se ven reflejados en los míos sonríe con dulzura sin hacerse una idea de lo cachondo que me pone que ni siquiera haga el ademán de cubrirse con la sábana.

—¿Qué hora es? —pregunta remolona.

Me giro hacia la mesilla y cojo el móvil para comprobarlo en la pantalla.

—Algo más de la diez.

—¿Tan tarde? —inquiere, incorporándose de golpe—. Seguro que ya está todo el mundo levantado.

Asiento, divertido por verla tan alterada.

—Deben de llevar un rato desayunando —le confirmo.

—¡Tenemos que bajar ya, seguro que se han dado cuenta de que no has pasado la noche en el sofá! —exclama sentándose de lado en la cama, dispuesta a ponerse en pie.

Una sorda carcajada emerge de mi pecho cuando me coloco detrás y retiro el pelo de su espalda.

—Bajar es una posibilidad, pero si de mí dependiera, te tendría en esta cama hasta que no puedas ni caminar —susurro en su oído antes de atrapar el lóbulo de su oreja con los dientes mientras rodeo su cuerpo con mis brazos y agarro cada uno de sus pechos con una mano.

Comienzo a masajear los turgentes pezones y su espalda se arquea hacia atrás, restregándose contra mi miembro que parece a punto de explotar.

—Joder —gruño, pellizcándolos y tirando de ellos con fuerza para hacerla jadear.

—Ponte a cuatro patas —ordeno con voz entrecortada a causa de la excitación, sin dejar de masajear sus tetas.

—Te-tenemos que bajar —balbucea en un tono apenas audible.

—Ponte a cuatro patas —ordeno de nuevo, pellizcando con fuerza sus pechos.

Ella gime, obedece y, como premio, paseo la palma de la mano por su sexo.

—Ya estás a punto para mí —afirmo dando una suave palmada en su nalga justo antes de agarrar con fuerza sus caderas y pasear mi verga por su culo, para bajarla después hasta su entrada.

Su cuerpo se restriega contra mí, buscando alivio, y le doy una nueva palmada para indicarle que no lo haga.

Ella jadea y se detiene.

—Estoy limpio. —La afirmación esconde una pregunta que se apresura en responder.

—Yo también, y tomo la píldora —añade.

Una sonrisa asoma a mis labios y, muy despacio, le meto solo la punta y la saco casi de inmediato para, haciendo un ejercicio de autocontrol digno de una medalla, repetir una y otra vez la misma acción, con una lentitud agónica y dolorosa, hasta que la veo levantar más el culo y gimotear contra la almohada.

—¿Qué quieres? —pregunto con voz ahogada.

—Que me la metas —replica entre jadeos mientras yo continúo provocándola sin tregua.

—¿Así? —murmuro, presionando su entrada.

—Más —suplica.

—¿Suave o fuerte? —cuestiono mientras aprieto tanto sus caderas que estoy seguro de que mis dedos le dejarán alguna marca.

—Fuerte —gime ella.

—¿Fuerte? —repito, rozándome contra su clítoris.

—Sí —jadea.

—Tus deseos son órdenes para mí —susurro empalándola por completo de una fuerte embestida que le hace soltar un grito de placer, que sofoca a duras penas, contra la almohada.

—¡Joder! —exclamo al sentir un placer que me quema por dentro y convierte en fuego la sangre que recorre cada una de mis venas.

Apenas me recupero de la impresión, comienzo a moverme con rapidez, penetrándola, llenándola, acercándonos a ambos a un clímax que amenaza con precipitarnos a un abismo del que no hay vuelta atrás.

El sonido de nuestros cuerpos chocando el uno contra el otro y los gemidos que brotan de

sus labios mezclándose con mis gruñidos se suman, formando una melodía celestial.

Cada célula de mi cuerpo permanece tensa, alerta y las sensaciones se incrementan cuando su vagina se contrae alrededor de mi miembro y su cuerpo convulsiona en medio de un grito sordo al explotar.

Su orgasmo se adueña de mi voluntad, fusionándome con ella, convirtiéndonos en un solo cuerpo unido a dos almas que juntas son capaces de volar hasta alcanzar las estrellas.

La intensidad de mis emociones me abruma y los sentimientos se arremolinan dentro de mí, derribando murallas que ni sabía que existían. Quiero alargar el momento, convertirlo en eterno, no separarme nunca de ella, ni de su alma ni de su cuerpo, pero estoy al límite y, antes de darme cuenta, incapaz de contenerme por más tiempo, estallo, dejándome ir, abandonándome a una locura infinita que no quiero dejar de sentir.



—¡Por tu culpa ahora es aún más tarde! —me acusa, subiéndose el pantalón a toda prisa.

—No te escuché protestar hace un momento —me burlo.

—Estaba demasiado ocupada como para hacerlo. Pero eso no quita que ahora quiera escaparme por la puerta de atrás —admite de buen humor.

—Siento decepcionarte, pero no tenemos de eso —me jacto.

—¡Qué vergüenza, por Dios, qué vergüenza! ¿Qué pensarán tus padres y tus hermanos?

—Pues si supieran lo que acaba de pasar, se morirían de la envidia, eso está claro —la pico.

—¡No tiene gracia! —exclama.

Me encanta meterme con ella, no lo puedo evitar. Sin embargo, como sus mejillas están tan rojas que podrían usarse para hacer una ensalada, me apiado y, acercándome, la sostengo por los hombros.

—Estaba bromeando.

—¡Pues el día que repartieron la simpatía tú debiste equivocarte de fila, porque no tiene ni puñetera gracia! —protesta.

—Escucha —digo intentando mantenerme serio y no echarme a reír de nuevo, aunque me cuesta lo mío—. Lo más probable es que crean que salí a correr a primera hora y que por eso no estaba en el sofá, es algo que hago a menudo, así que no les va a extrañar.

—¿Tú crees? —pregunta tan dubitativa como esperanzada.

—Estoy bastante seguro —miento, pues estoy convencido de que todos saben de sobra que he pasado al menos parte de la noche en mi antigua habitación, y bien acompañado.

—¿Y no les resultará extraño que lleguemos juntos?

—En ese caso, podemos decir que subí a por ropa limpia y que, como soy un caballero, decidí esperarte para bajar —propongo para hacerla sentirse mejor.

—¿Colará? —murmura indecisa mordiéndose el labio.

—¡Por supuesto! —afirmo sintiéndome como Pinocho cuando Gepetto le pregunta si ha ido al cole—. ¡Venga, no le des más vueltas! Total, o saltas por la ventana o bajar vas a tener que bajar.

Por un instante, su mirada se desvía hacia el cristal, sopesando esa posibilidad; no obstante, termina por resoplar, resignada.

—Está bien, vamos allá —acepta, y me sigue por el pasillo y la escalera como si fuese camino del patíbulo.

Las voces y las risas que nos reciben al llegar al piso inferior más que animarla parecen amedrentarla.

—Venga, no te tenía por una cobarde —susurro vacilón a la vez que la sujeto del brazo, tirando de él con delicadeza.

—Yo no soy cobarde —refunfuña en el momento en que atravesamos la puerta de la cocina y vemos a mi familia sentada alrededor de la isla.

—Esta es tu oportunidad de demostrarlo —siseo—. Buenos días a todos —añado en voz alta, saludándolos con expresión de felicidad.

—Para unos más que para otros —replica mi hermano con un brillo mordaz bailando en su oscura mirada.

—¡Ay, mi madre! —musita Iria, dándose cuenta de que lo del deporte matutino nadie se lo va a tragar.

—Yo dejaría a tu madre fuera de esto, creo que con mis hermanos vamos a tener más que suficiente —le recomiendo entre susurros.

—Ja, ja, ja —sisea.

—Servíos, chicos —nos indica mi padre al que, por cierto, se le ve encantado señalando las jarras y el surtido de bollería que recuerdan más al bufé de un hotel que a una casa.

—Gracias, papá—respondo y deposito un beso en su cabeza al pasar a su lado. Me siento en un taburete libre, e Iria junto a mí.

—Te levantaste muy pronto, ¿no, hermanito? —pregunta Amira como si tal cosa mientras unta una tostada con mermelada de albaricoque.

—¿Quieres café? —ofrezco a mi acompañante, tomándome mi tiempo para responder.

—Con leche —contesta ella.

Cojo la jarra y sirvo un poco de cada en una taza que le tiendo con la vista fija en mi hermana.

—Salí a correr —afirmo con seguridad en un tono que no admite réplica.

—Estarás hambriento —interviene mi madre, intentando cambiar de tema al percatarse de las intenciones de mi hermana, a quien dedico una mirada fulminante que no la amedrenta nada de nada.

No es que me importe el cachondeo, de hecho, me lo merezco. En mi casa siempre hemos sido muy abiertos con este tipo de temas, nunca hemos tenido tabús y siempre hemos podido hablar de todo, tanto entre nosotros como con nuestros padres, por eso cada vez que ellas traían un novio a casa el vacile era épico por mi parte.

—La verdad es que sí, estoy famélico —respondo.

—Normal, normal —asiente Bruno, conteniendo a duras penas la risa—. Es que *correrse* de buena mañana, digo *correr* de buena mañana, abre mucho el apetito —se corrige.

La carcajada de mis hermanos es de todo menos discreta y la pobre Iria, al escucharlos, abre los ojos como platos y, tosiendo como una loca, escupe el café con el que se atraganta.

—Te habrás quedado a gusto —le espeto a Bruno mientras masajeo la espalda de la afectada.

—¡Venga, no me seas mojigato! —se queja él—. ¿Quieres que te recuerde lo qué nos hiciste tú la primera vez que Tiago pasó la noche en mi cuarto?

—Te irás acostumbrando al humor de mis hermanos —murmuro.

—No te preocupes, bonita, la cosa no va contigo, tú nos caes fenomenal, es solo que tenemos muchas que devolverle a mi hermano —explica Cala, esbozando una sonrisa inocente.

Voy a responderle justo cuando mi móvil empieza a sonar; lo saco del bolsillo, dispuesto a

silenciarlo, pero al ver el nombre de Ulloa en la pantalla, decido contestar.

—Dime, Ulloa —respondo, sin perder detalle de cómo el cuerpo de Iria se tensa al escucharme.

—Tío, tenemos que quedar lo antes posible, tengo algo y es delicado, no te va a gustar.

—¿Nos vemos cuando termines tu turno? —pregunto, intrigado e inquieto.

—¿En dos horas en la hamburguesería de Javi? —sugiere.

—Mejor ven a mi casa, por el tono de tu voz dudo que sea conveniente hablar de lo que sea que has encontrado en un sitio público donde alguien nos pueda escuchar.

—Me parece bien. Con este asunto, mejor discreción total, al menos por el momento —asegura antes de despedirse.

Cuelgo y me vuelvo hacia Iria que aguarda expectante.

—Nos vamos en cuanto terminemos de desayunar ¬—la informo, tratando de sonar sereno.

No era así como me apetecía terminar la visita a la casa de mis padres después de lo a gusto que hemos estado. Hasta hace unos segundos, en la cocina reinaban las bromas y el buen humor y ahora, de repente, ella se limita a asentir en silencio, su rostro se ha ensombrecido y el ambiente, antes jovial, se ha enrarecido.

No era mi intención inquietarlos, ni a ella ni a los demás, pero todos han debido de darse cuenta de que sucede algo.

Dedico a mi madre una sonrisa tranquilizadora y me llevo el café a los labios. No sé qué es lo que habrá encontrado Ulloa, pero estoy seguro de que sea lo que sea, es malo.

Capítulo 16
Carlos y Mariano

Iria

Con el corazón en la garganta, sigo a Roi hacia el interior de un portal.

Es bonito, de piedra y con grandes plantas colgantes que ocupan toda su pared derecha; la izquierda aparece decorada por una estructura de madera en forma de palillero rematada con una tira de luz led en la parte superior que le da un aire moderno y sofisticado.

El ascensor, en el que entramos para subir hasta el ático, también es de última generación, de esos en los que una pantalla te da la información sobre el tiempo o el estado de la bolsa de China y Japón.

Intento distraerme observando las posibilidades de lluvia para hoy, pero los nervios me están matando de tal forma que a duras penas consigo mantener a raya la desazón que me carcome por dentro desde que Roi colgó esa llamada.

Observo el número que indica la planta en la que nos encontramos y dejo escapar un suspiro de resignación. ¡Cinco pisos, tan solo son cinco pisos! Y sin embargo, los segundos transcurren tan lentos que tengo la sensación de estar ascendiendo a un puñetero rascacielos de Nueva York.

—Es aquí. —Su voz me toma por sorpresa y, durante un momento, me quedo quieta mientras él se dirige a la única puerta que aparece ante nosotros una vez se abre el ascensor.

—¿Iria? —Mi nombre suena a interrogante en sus labios al ver que no me muevo, pero es que estoy paralizada, quiero y necesito encontrar a Dani, eso lo tengo claro, no obstante, una parte de mí anhela salir corriendo, taparse los oídos y no enterarse de nada, porque no sé si estoy preparada para lo que Ulloa tenga que contarnos.

—Lo siento, ahora voy —respondo tratando de infundirme valor.

Salgo del ascensor arrastrando los pies como si llevase plomo en los zapatos y, sin añadir nada, camino hasta su lado. Él me observa en silencio, un silencio tenso y cargado de inquietud que pesa como una losa sobre mis hombros y del que me encantaría poder deshacerme, aunque por desgracia no encuentro las palabras necesarias para lograrlo.

Un recuerdo de anoche se reproduce en mi cabeza en forma de imagen, dando paso a una serie de diapositivas mentales de todo lo que ocurrió. La cena con su familia, el paseo en moto, la cala y lo que pasó después… La complicidad, la calidez, la sensación de libertad. ¿Dónde se ha quedado todo eso? ¿Cómo puedo sentirme tan diferente en tan poco tiempo? Fácil, la preocupación por el estado de mi amigo es la causante del enorme agujero negro que se ha adueñado de mi pecho y que parece haberse tragado todo lo demás.

Una simple llamada bastó para que Roi haya permanecido tenso y con la preocupación empañando su mirada, y es esa preocupación la que me hace flaquear, poniéndome en lo peor.

¿Y si está herido? ¿O muerto? ¡No quiero ni pensarlo!

El corazón me late a un ritmo tan frenético que me cuesta mantener el ritmo de mi respiración, y sacudo con tanta fuerza la cabeza intentando expulsar esas angustiosas ideas que, durante unos segundos, pierdo el equilibrio y, en un intento de no darme de bruces contra el suelo, alargo las manos buscando apoyo en la pared.

—¿Estás bien? —Roi, que se había girado para introducir la llave en la cerradura, se vuelve hacia mí y me estudia con atención.

—Sí, no… En realidad, no lo sé —confieso acelerada mientras el suelo empieza a volverse inestable bajo mis pies.

—Mantengamos la calma, intentemos ser positivos, no podemos empezar a imaginarnos mil desenlaces catastróficos ni ponernos en lo peor —afirma, como si acabase de leerme el pensamiento, mientras empuja la puerta ya abierta—. Pasa, no creo que Ulloa tarde en llegar.

Hago lo que me pide y me encuentro en un espacio diáfano e iluminado. Salón, comedor y cocina se unifican en una sola estancia cuya pared acristalada da acceso a una terraza exterior de tamaño considerable.

Las paredes combinan el acabado en ladrillo natural en rincones estratégicos con la pintura blanca, provocando un efecto moderno pero hogareño y acogedor.

—Siéntate —me pide señalando el gran sofá que preside el centro de la habitación—. ¿Quieres tomar algo?

—Ahora mismo me veo incapaz de tragar nada, creo que mi garganta se ha convertido en papel de lija —admito e inspiro con fuerza al tiempo que camino hasta dejarme caer en el sillón.

Él sonríe con tristeza y toma asiento a mi lado.

—Escucha —me pide, sosteniendo una de mis manos entre las suyas—. No tengo ni idea de qué es lo que Ulloa ha encontrado, pero pase lo que pase, tienes que quedarte con que al menos lo has intentado.

—No hagas eso… —le pido con la voz entrecortada, sintiendo como mis ojos se humedecen de inmediato.

—¿El qué? —pregunta mientras acaricia la cara interna de mi muñeca con ternura.

—Prepararme para uno de esos desenlaces catastróficos que según tú no debemos imaginar —replico.

—No intento prepararte para nada —asegura—. Solo expongo la verdad. Tú has hecho todo lo que has podido y, pase lo que pase, tanto si lo encontramos como si no, es con eso con lo que te tienes que quedar.

Mis ojos buscan información en los suyos, anhelando encontrar en ellos algún indicio para mantener viva la esperanza, sin embargo, lo único que hallo es una impotencia que hace que el agujero negro se vuelva aún más grande.

Trago saliva con fuerza y siento como se tensan todos los músculos de mi espalda. No tengo ni idea de qué fue lo que Ulloa le dijo cuando hablaron, pero estoy segura de que algo malo tuvo que ser porque desde entonces Roi me mira como si de un momento a otro me fuera a romper.

—¿Me estás ocultando algo? ¿Ha ocurrido algo que no me has contado? —lo interrogo con un hilo de voz—. ¿Por eso estás así?

—Por supuesto que no, lo único que pasa es que no quiero verte sufrir —confiesa pasándose la otra mano por el pelo con gesto cansado.

La forma en que aparta la mirada me dice que hay algo más.

—¿Qué fue exactamente lo que te adelantó tu compañero por teléfono? —pregunto con un

nudo en el estómago.

—Poca cosa, solo que había encontrado algo —responde él con los ojos clavados en algún punto indefinido del sofá.

—¿Y qué más? —insisto.

—¿Por qué das por hecho que hay algo más?

—Porque creo que ya empiezo a conocerte lo suficiente como para saber cuándo intentas ocultarme algo.

—Me dijo que era delicado y que no me iba a gustar —murmura de mala gana.

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! —exclamo poniéndome en pie de un salto para comenzar a pasear por el salón de un lado a otro—. ¡¿Ves?!¡No me equivocaba al pensar que todo iba fatal! ¡Seguro que está muerto, o lo han herido y está abandonado a su suerte y sin identificar en algún hospital!

—Iria, tienes que tranquilizarte —me pide levantándose, y se acerca a mí para posar sus manos sobre mis brazos, apretándolos con cariño para obligarme a detenerme y mirarlo a los ojos.

—Lo estoy intentando, te juro que lo estoy intentando. Pero es que no dejo de imaginármelo cubierto de sangre y sin nadie que lo ayude, tirado por cualquier lado —musito.

Sus brazos me rodean en un gesto protector y, sin dudarlo, apoyo la mejilla en su pecho sintiéndome un poco mejor. Permanecemos así, juntos y abrazados hasta que el sonido del timbre nos sobresalta y nos separamos de un salto.

—Pase lo que pase, enseguida saldremos de dudas —murmura él, y posa un suave beso sobre mis labios antes de dirigirse al telefonillo para abrir el portal.

—No sé si estoy lista para esto —murmuro, entrelazando mis manos con nerviosismo.

—Recuerda que no estás sola, yo te voy a apoyar, estoy contigo. Empezamos esto juntos y lo terminaremos juntos —me asegura con rotundidad mientras abre la puerta que da al descansillo para esperar el ascensor.

Asiento, reconfortada por sus palabras, porque tengo que admitir que, dentro de lo malo, tenerlo a mi lado es un consuelo y una tranquilidad.

Paseo la mirada por el descansillo con impaciencia; de nuevo la distancia desde el portal se me está haciendo eterna y, por el sudor que desciende a lo largo de mi columna, el temblor de mis piernas y la escasez de oxígeno que consigo insuflar a mis pulmones creo que estoy empezando a hiperventilar. Necesito sentarme, sin embargo, permanezco clavada en el suelo porque soy incapaz de caminar.

—Gracias por la rapidez y por venir. —Roi recibe a su amigo con una palmada afectuosa cuando este al fin abandona el ascensor y accede al interior de la vivienda.

—Sabes que estoy encantado de echarte una mano, lo único que me jode es no tener mejores noticias para contar.

Sus palabras me golpean haciéndome jadear.

—¡Está muerto! —musito con los ojos llenos de lágrimas, incapaz de controlarme—. ¡No-no me di-digas que está muerto! —balbuceo entre lágrimas.

Me imagino dándole la noticia a María, su pobre madre, que lo cree de viaje, y siento unas terribles ganas de vomitar.

El rostro de mi amigo, ensangrentado y arrojado en alguna cuneta, vuela por mi mente y las fuerzas abandonan mi cuerpo de tal forma que estoy segura de que, de un momento a otro, me voy a desplomar.

Y a juzgar por la rapidez con la que Roi aparece a mi lado, sosteniéndome por la cintura, y

la forma en que Ulloa me observa, con los ojos achicados, ambos han debido de llegar también a esa misma conclusión.

—Creo que será mejor que nos sentemos antes de continuar —propone el primero, conduciéndome hasta el sillón donde me acomoda con suavidad sin separarse de mi lado.

Sus dedos se entrelazan con los míos antes de dirigir de nuevo la atención a Ulloa quien, alzando las cejas sorprendido, fija la mirada en nuestras manos.

—Tu amigo no está muerto —anuncia mientras toma asiento en una esquina del sofá.

—¿Estás seguro? —inquiero sin demasiado convencimiento.

—Segurísimo. Hasta donde yo sé, está vivito y coleando —afirma con el rostro serio y una ironía que me descoloca por completo.

—Explícate —exige Roi igual de extrañado.

—Veréis, tal y como me pedisteis, lo primero que hice fue buscar información sobre el tal Ramón Ibarra, os veía tan convencidos de que el hombre mentía que estaba seguro de que algo turbio iba a aparecer, pero, por mucho que busqué, contra todo pronóstico, no encontré nada.

—¿Nada? —repito, sorprendida, porque eso sí que no me lo esperaba.

—Nada de nada —responde negando con la cabeza.

—¿Comprobaste todas las vías? —cuestiona Roi atónito.

—Por supuesto, la duda ofende —responde Ulloa.

—Tienes razón, perdona —se disculpa él—, pero es que estaba convencido de que Ibarra era la clave de todo.

—Busqué hasta debajo de las piedras, pero el tipo es un ciudadano ejemplar, una hermanita de la caridad.

—No me lo puedo creer —murmuro, estupefacta ante esa información.

«Si Ibarra es un ciudadano tan modélico como Ulloa dice, ¿por qué se comportó de forma tan rara cuando fuimos a verlo nosotros dos?», me pregunto sin encontrar respuesta.

—Pues créetelo, y espera porque hay más —asegura fijando sus ojos en mí—. Porque, al no encontrar nada a su nombre, decidí probar suerte con los datos de tu amigo.

—Eso está genial —murmuro, pensando que quizás si la persona que lo hizo desaparecer le ha robado las tarjetas y las ha usado, Ulloa pueda haber encontrado algún rastro del que poder tirar.

Sin embargo, la expresión de Ulloa es de todo menos halagüeña cuando aprieta la mandíbula y asiente con pesar.

—¿Y…? —lo apremio, convencida de que mi corazón va a explotar—. ¿Apareció algo? ¿Alguna pista que podamos seguir para encontrarlo?

—No —responde—. Rastreé sus tarjetas, pero no había movimientos reseñables que nos lleven a él.

—Menuda mierda —musito decepcionada.

—Sin embargo, lo que sí encontré fue cierta información bastante inesperada sobre él —añade, removiéndose incómodo.

—¿Sobre Dani? —repito sin comprender a dónde quiere llegar.

—Sobre su alias —afirma.

—¿Qué es un alias? —inquiero.

—¿¡Tiene un alias!? —El tono de Roi expresa a la perfección su estado de estupefacción.

—En realidad, dos —confirma su compañero.

—¿De qué habláis? ¿Qué es eso del alias? —lo intento de nuevo, sin tener ni idea de a qué se refieren.

—¡No jodas! —exclama mi compañero de búsqueda, soltándome la mano de golpe para revolverse el pelo con las suyas en un gesto nervioso.

—¿Podéis explicarme a qué os referís? —pregunto.

—Como te lo cuento. Está fichado con dos alias distintos —explica Ulloa, centrando toda su atención en él mientras me excluye de la conversación.

—¡Manda huevos! —grita Roi.

No tengo ni idea de qué quieren decir, pero está comenzando a enfadarme que nadie me haga caso y que hablen entre ellos como si yo de repente me hubiese vuelto invisible. Sobre todo porque, dado que están hablando de mi amigo, creo que tengo todo el derecho del mundo a enterarme de qué demonios está pasando aquí.

Sin pensarlo, me pongo en pie, con los brazos en jarras, y en un tono impaciente y cabreado a partes iguales vuelvo a preguntar:

—¡¿Alguno sería tan amable de explicarme qué leches es eso del alias?!

¡Por fin las miradas de ambos hombres se dirigen a mí!

—Un alias es una identidad falsa —me informa Roi, tirando con suavidad de mi mano para que me vuelva a sentar.

—¿Identidad falsa? ¿Me estás diciendo que Dani tiene una identidad falsa? —Mi voz suena tan asombrada que Ulloa se toma un par de segundos antes de contestar.

—Una no, tiene dos —repite con calma el inspector de Delitos Informáticos mientras saca unos papeles de un sobre, que hasta ahora ha mantenido cerrado en su mano, para extenderlos sobre la mesita de centro de cristal.

Mis ojos casi se salen de las cuencas al ver en los folios dos DNI impresos a color en los que aparece la cara de mi amigo con diferentes nombres.

Carlos Gutiérrez Díaz y Mariano González Martínez.

—Pero ¿qué… para qué… por qué va a…? —Intento formular una pregunta con un mínimo de coherencia, no obstante, las palabras salen inconexas de la punta de mi boca, negándose a colaborar.

No comprendo nada, no entiendo qué quiere decir todo esto…

—¿Por qué está fichado? —La pregunta de Roi fija mi atención en su compañero mientras este aprieta los labios antes de dar una respuesta.

—Narcotráfico —responde de forma escueta.

—¡¡¿Narco qué?! ¡No puede ser! —exclamo petrificada, y abro la boca de par en par.

—¡No me lo puedo creer! —comenta Roi a su vez, llevándose ambas manos a la cara.

—Haces bien en no creerlo porque tiene que ser un error —afirmo, pasmada por todo lo que estoy escuchando.

¿Narcotráfico? ¿De verdad me está diciendo que Dani ha sido detenido por narcotráfico? ¿El mismo Dani que le lleva botellas de leche a su vecina y saca a su perra María Catalina a pasear? ¿El mismo Dani que llama a su madre cada noche?

La cabeza me da vueltas, todo da vueltas, de repente me siento perdida, decepcionada, abrumada y angustiada.

—¿Para qué va Dani a meterse en algo así? ¡Él tiene su trabajo! ¡Un trabajo en el que cobra muy por encima de la media! ¡Le va bien! —exclamo, negándome a aceptar que algo de todo este sinsentido sea real.

—Lo siento, me gustaría tener mejores noticias —se disculpa Ulloa, desplegando una sonrisa cargada de tristeza—. Pero te aseguro que la información es correcta. La he comprobado varias veces y corroborado sus huellas con nuestro contacto de criminalística, tal y como me

pediste. Las huellas encontradas en la llave del coche coinciden con las de Mariano González Martínez.

—Es imposible —insisto, negando con la cabeza mientras respiro a toda velocidad.

—Iria, tranquilízate —me pide Roi, que coge otra vez mi mano.

—No puedo, esto es imposible —repito, sintiendo que me falta el aire.

—Piensa que en realidad no lo conoces tanto —trata de hacerme razonar él.

—¿Qué quieres decir? ¡Por supuesto que lo conozco! ¡Era mi mejor amigo! —exclamo ofuscada.

—*Era*, esa es la cuestión, era tu mejor amigo, en pasado, tú misma me dijiste que antes de encontraros de nuevo llevabais años sin veros. La gente cambia. El Dani de hoy en día no tiene por qué ser el mismo que conociste hace años.

—¡Sí, claro! ¡La gente cambia! ¡La gente engorda, o se tiñe el pelo de azul, se vuelve hípster o se hace rastas! —alzo la voz, soltándome de su mano. Acelerada, me pongo en pie y comienzo a pasear por el salón—. ¡Pero no se levanta una mañana y decide pasarse al narcotráfico!

—Te sorprendería lo que hace la gente por dinero —interviene Ulloa.

—¡Que no, que me niego a aceptarlo! ¡Estuve con él y sé que sigue siendo el mismo! ¡O puede que no el mismo, pero desde luego no se ha metido a repartir pastillas como si fuesen gominolas de limón! —asevero sin dar mi brazo a torcer.

Roi me observa como si de repente yo me hubiese convertido en un animal herido a punto de atacar, y estoy segura de que está buscando las palabras exactas con las que preguntar.

—¿Y no crees que podría ser una explicación lógica a por qué ha desaparecido de esta forma?

—¡Esa es otra! ¡Seguimos sin saber qué le ha pasado o dónde está! —resoplo molesta.

Los dos intercambian una mirada que no me gusta nada antes de que Roi se dirija de nuevo a mí con voz suave.

—Es demasiada información nueva para procesar, igual deberías tumbarte un rato y descansar.

—No quiero descansar, solo quiero saber, tengo demasiadas preguntas sin responder —protesto.

¡Si piensa que voy a quedarme descansando tumbada en el sofá después de lo que acaban de decirme, está loco!

—Lo entiendo —asiente él—. Sin embargo, lo único que puedo decirte ahora mismo es que este caso acaba de convertirse en un asunto oficial. Necesito ir a comisaría y abrir una investigación.

—Perfecto, voy contigo —afirmo, dirigiéndome ya a la puerta.

Un suspiro cansado escapa de sus labios antes de responder.

—Es mejor que no. Te llevaré a casa, pero te prometo que, en cuanto pueda, iré a darte más información.

—¡No pienso quedarme de brazos cruzados! —exclamo indignada.

—No te pido que lo hagas, solo que me dejes trabajar —señala—. Tengo que hablar con mi superior y abrir una investigación. Necesito poner a mis compañeros al día con lo que sabemos hasta ahora —anuncia—. Te aseguro que te mantendré al tanto de cada paso que se dé, pero ahora mismo lo mejor que puedes hacer por Dani es mantenerte al margen y esperar.

Con los brazos cruzados sobre el pecho, lo contemplo de mala gana. No me hace ni pizca de gracia lo que me está pidiendo, pero tampoco quiero entorpecer, ni retrasarlo en la búsqueda

de Daniel.

Sigo confusa y mareada por el giro que acabamos de dar, pero si hay una cosa que tengo clara, es que, se llame como se llame en esos carnets, mi amigo sigue en peligro y lo tenemos que encontrar.



El coche se detiene delante de mi casa y, ofuscada, miro a través de la ventana. Estoy muy enfadada, ya lo estaba cuando salimos de casa de Roi y, desde entonces, mi mal humor no ha hecho más que aumentar porque cuanto más lo pienso, más me fastidia quedarme aquí como un pasmarote, ¡con los brazos cruzados esperando sin hacer nada cuando lo que debería estar haciendo es buscar a Dani!

La mano de Roi me acaricia con suavidad la mejilla y, enfurruñada, me vuelvo hacia él.

—Estate tranquila, todo va a estar bien —susurra buscando mis ojos con los suyos para sumirnos a ambos en un momento cargado de intimidad.

El sutil roce de las yemas de sus dedos sobre mi piel me enerva y tranquiliza a la vez.

—Qué fácil de decir y qué difícil de hacer —protesto con voz pausada.

—Confía en mí, te prometo que es lo mejor —me asegura con voz aterciopelada.

Me gustaría mantenerme firme y decirle que no estoy de acuerdo, que quiero ir con él, estar al tanto de todo lo que ocurra y, sobre todo, ayudar, pero la intensidad y la verdad que se esconde en su mirada me hipnotiza, haciéndome claudicar.

Sé que lo hace por mi bien y, aunque no me guste la idea de quedarme quieta, si hay alguien en quien confío, ese es él.

—Está bien —accedo al final de mala gana—. Pero llámame con cualquier cosa y en cuanto puedas, ven.

—No dudes que estaré deseando volver —susurra sobre mis labios, depositando después un beso fugaz en ellos—. Sé que este no es un buen momento y que encontrar a Daniel es lo primero, pero aun así, no quiero dejar de lado lo que acaba de empezar entre nosotros dos —confiesa con dulzura y seguridad.

—Tampoco yo —murmuro, y beso una última vez sus labios.

Disfruto durante unos segundos más de la sensación; después salgo al exterior, haciendo un mohín.

Está anocheciendo y mi cuerpo tiembla al sentir una ráfaga de aire frío que me recibe colándose por mi ropa entumeciendo los músculos de mi cuerpo.

Me estremezco y echo una última mirada al coche antes de echar a correr hacia el portal.

«¡Menuda mierda! ¡Con lo bien que empezó el día, no puedo creerme que haya terminado tan mal!», pienso, segura de que las cosas no podrían ir peor, al menos hasta que la puerta del ascensor se abre y mi vecina Lucía aparece ante mí, demostrándome lo equivocada que estoy.

—¡Iria, bonita! —me saluda mirando hacia todos lados—. ¿Vienes sola?

—Ya ve usted que sí —respondo en tono seco.

—Ya… Mucho mejor —murmura con aire condescendiente.

Achico los ojos y aprieto los dientes.

No debería entrar en su juego, la conozco y sé que es una cotilla, una chismosa de lengua venenosa que busca cualquier excusa para poner de vuelta y media a cualquier incauto que tenga la mala suerte de cruzarse en su camino y darle conversación.

Con ella, la única técnica de supervivencia posible es la distancia, y cuanta más, mejor.

Puede parecer que exagero, pero qué va, nada más lejos de la realidad. Mantenernos alejados de ella es un instinto que el resto de los vecinos hemos desarrollado de manera natural, como lo haría cualquier animal.

Por ejemplo, imaginemos que un conejito se encuentra de frente con una boa constrictor, ¿cuál sería su reacción? ¡Pues escapar! Que es justo lo que ahora mismo debería hacer yo, pero, por lo visto, he resultado ser el conejito kamikaze de la camada y, en cuanto la boa abre la boca, ahí dentro que me lanzo yo embalada.

—Mucho mejor ¿por qué? —pregunto.

—No, nada, es solo que me da lástima que no sepas elegir —comenta como si tal cosa—. Ahora que aún no estás echada a perder, deberías tener mejor ojo.

—¿Usted cree? —siseo, mordiéndome la lengua para contener las ganas de decirle cuatro cosas.

—¡Mujer! ¡Eso lo ve un ciego! Primero te casas con un pelele sin sangre y después metes en tu casa a uno con pinta de delincuente. ¡Así es imposible que alguno te salga decente! —Suelta un resoplido para dejarme lo suficientemente claro su disgusto—. También te digo que es un alivio no verte paseándote por los rellanos con él, es un peligro para los vecinos tener a ese tipo de gente rondando por aquí.

—¡Señora, a mi entender, el único peligro que hay en este edificio para el resto de los vecinos es usted! —exclamo, incapaz de contenerme.

—¡Será posible…! No, si ya lo decía mi madre… Dime con quién andas.

—¡Y si está bueno, me lo mandas! —la interrumpo, alejándome del ascensor en dirección a la escalera.

—¡Menuda insolente estás hecha, si desde luego es que todo se pega!

—¡Menos la hermosura, señora, todo se pega menos la hermosura! —exclamo antes de alejarme, subiendo las escaleras de dos en dos.

¡Será posible! ¡Era lo que me faltaba para terminar el día! Aguantar a la petarda de la vecina opinando sobre lo desacertada que es mi vida sentimental.

Soltando improperios por lo bajini, continúo subiendo hasta que llego a la puerta de mi casa y entro a toda velocidad, no vaya a ser que le dé por seguirme hasta aquí porque cualquier otro día tendría más aguante, pero con lo hartita que me tiene después de tantos años escuchando sus estupideces, como hoy se le ocurra volver a abrir la boca delante de mí, soy capaz de cerrársela con pegamento para que no vuelva a hablar.

Una vez la puerta se cierra tras de mí, apoyo en ella la espalda, aliviada.

El maullido de Scar, que viene a recibirme restregándose entre mis piernas, me arranca una breve sonrisa y me agacho para acariciar al animal.

—Hola, amiguito, ¿me has echado de menos? —pregunto mientras él ronronea, disfrutando de las atenciones que le prodigo.

Una vez se cansa y vuelve al sofá para seguir dormitando, me acerco a la cocina para comprobar que mi madre ha venido a echarle comida y agua, tal como quedamos.

Una sonrisa asoma a mis labios al comprobar que ambos cacharros están a rebosar. No tenía ninguna duda; cuando anoche le mandé un mensaje diciéndole que me quedaba a dormir en casa de los padres de Roi, ella misma se ofreció a pasar.

Saco el móvil y busco hasta que aparece la palabra «mamá».

—Hola, tesoro —me saluda antes de que la línea dé tres tonos.

—Hola, mami, ya estoy en casa. Gracias por venir a ocuparte de Scar.

—No digas tonterías, sabes que lo hago encantada. ¿Qué tal lo has pasado?

—Fenomenal —aseguro con sinceridad, porque al menos hasta esta mañana era verdad.

—Pues por tu voz cualquiera lo diría. ¿Qué pasa? ¿No te trataría alguien mal? ¿Fueron desagradables contigo? —Su voz suena perspicaz.

—Todo lo contrario, son encantadores. Cada uno más que el anterior. Me he reído un montón.

—¿Entonces?

—Solo estoy cansada —miento, tratando de sonar convincente.

No es que no tenga confianza en mi madre, todo lo contrario, pero si antes no quería decirle nada sobre mi reencuentro con Daniel y su desaparición para no preocuparla, ahora que todo parece haberse complicado menos todavía.

—No cuela.

—Digamos que tuve un encontronazo poco amigable con mi vecina.

—¿Con Lucía?

—Con quién si no.

—Pero si es una mujer superagradable.

—Uy, sí, tan agradable como una patada en la cara.

La risa contagiosa que resuena al otro lado apacigua en cierta medida mi mal humor.

—Mamá, me voy a la cama, mañana hablamos. Buenas noches.

—Buenas noches, cariño. Un beso.

—Otro —me despido.

Cuelgo y, con un suspiro, me dirijo a la nevera y la abro. Igual debería comer algo, pero no tengo hambre, solo estoy agotada. Agotada, malhumorada, descolocada y preocupada. Saco el brik de leche para calentar una taza en el microondas.

Espero, apoyada en la encimera, mientras se calienta y, en cuanto me la bebo, voy directa a mi habitación, me pongo el pijama, me lavo los dientes y la cara y, después de echar un último vistazo al móvil, a pesar de que sé que es demasiado pronto para tener noticias de Roi, me acuesto, acurrucándome bajo la manta.

Scar no tarda en acompañarme y sonrío al sentirlo enroscado a los pies de la cama. Apago la luz y cierro los ojos, tratando de conciliar el sueño; anoche apenas dormí y estoy agotada, así que, a pesar del batiburrillo de ideas confusas en el que parece haberse convertido mi cabeza, el sueño no tarda en vencer.

Capítulo 17
Nueva visita a la oficina

Roi

—Buenos días, señorita, necesitamos hablar con Ramón Ibarra —anuncio con voz firme cuando Laura, la misma recepcionista que estaba tras el mostrador en mi anterior visita, separa la vista del ordenador y la posa sobre mí con cierto fastidio.

No cabe duda de que me recuerda, y también es consciente de que la última vez que se dejó camelar por mí metió la pata hasta el fondo y, con toda probabilidad, le cayó un broncón.

—¿Tiene cita? —pregunta con la cara de quien sabe que la respuesta es un rotundo y enorme no.

—No tengo cita, pero lo que sí puedo tener es una orden judicial, aunque preferiría que no fuese necesario —respondo con seriedad.

La última vez que vine lo hice en una visita informal, pero ahora las tornas han cambiado, esta vez sí vengo como policía y pienso dejárselo claro.

Su semblante palidece de forma evidente cuando Juan, mi compañero, el cual permanece de pie a mi lado, le muestra la placa que corrobora lo que le acabo de decir.

—El señor Ibarra está reunido —murmura, con menos seguridad que antes.

—Pues le recomiendo que vaya *desreuniéndose* porque el asunto que debemos tratar con él tiene prioridad absoluta sobre cualquier otro compromiso que deba atender.

La mujer parece dudar mientras nos estudia a ambos.

—Me temo que tendrán que esperar o volver en otro momento —musita, intentando mostrarse segura.

—Está bien; si lo prefiere, volveremos con una orden judicial y nos llevaremos a su jefe a comisaría para interrogarlo allí —comento como si tal cosa, encogiéndome de hombros a la vez que me giro para dirigirme a la entrada—. Será un proceso mucho más largo y tedioso, pero, al parecer, usted prefiere hacerlo así.

—Lo siento mucho —alza la voz y me detengo, y me vuelvo hacia ella—. Si fuese por mí, los dejaría entrar, lo que ocurre es que el señor Ibarra fue muy claro al advertirme de que nadie debía interrumpirlo mientras atendía a su compañera. —Me señala con un movimiento de cabeza y yo frunzo el ceño sin comprender a qué se refiere.

—¿A mi compañera? —cuestiono extrañado.

Ella asiente con la cabeza.

—¿De qué compañera está hablando? Hasta donde nos han informado, por aquí no se ha pasado ningún otro policía al margen de nosotros dos —le aclara Juan, tan atónito como yo.

—Su compañera —repite la mujer, que nos contempla como si nos faltase un tornillo a cada uno—. La chica que estaba con usted hace unos días —especifica, señalándome con el

dedo.

—¿Iria? —Confuso, lanzo una mirada al pasillo que conduce a la sala de reuniones en la que estuvimos la última vez—. ¡No puede ser cierto!

«¡No doy crédito! ¡La madre que la parió! ¡Le digo que se quede en casa, que me deje trabajar y que yo la mantendré informada! ¡Le pido de forma específica que no se inmiscuya más! ¡¿Y qué hace ella?! ¡Pues todo lo contrario, por supuesto! ¡No solo no se queda en casa, sino que se planta aquí, y ni más ni menos que haciéndose pasar por policía! No si… ¡Lo dicho, la madre que la parió!».

—Tan cierto como que yo misma la conduje hasta la sala de reuniones y la dejé con don Ramón —corrobora ella que, por lo visto, no ha captado la ironía en mi voz.

—Llévenos de inmediato con ellos —ordeno con firmeza.

—Pero es que… —protesta la pobre muchacha que no quiere desobedecer una orden directa de su jefe arriesgándose a una nueva llamada de atención.

—Señorita, le recomiendo que haga lo que mi compañero le indica. De lo contrario, nos veremos obligados a pensar que usted tiene algún tipo de implicación en el caso que estamos investigando y que por ese motivo se niega a colaborar, impidiéndonos el paso —le advierte mi compañero con voz seria.

—¿Yo? —Su cara se torna asustada—. ¿Implicación en qué? ¿De qué caso me hablan?

—Uno en el que le aseguro que no le apetece ni le conviene estar involucrada —murmuro, paseando la vista por el resto de la oficina al percatarme de que los demás empleados comienzan a cuchichear mientras lanzan indiscretas ojeadas en nuestra dirección.

—De acuerdo —asiente, tras unos segundos de duda, y sale con aire preocupado del mostrador para encaminarse por el pasillo, seguida de cerca por nosotros dos.

Son solo unos metros, pero, mientras los recorro, siento los ojos de todos los trabajadores de la empresa clavados en mi espalda. No sé cuánto de nuestra conversación habrán escuchado, sin embargo, la experiencia me dice que si han oído las palabras «implicación» y «caso», el salseo estará servido.

La mujer se detiene delante de la puerta de la sala de reuniones y se dispone a llamar cuando un grito proveniente del interior la hace detenerse en seco. De inmediato reconozco la voz de Iria quien parece bastante alterada y enfadada.

Al final, la chica choca sus nudillos contra el cristal de forma tan suave que ninguno de los ocupantes de la sala la escucha ni se entera de nuestra presencia, a pesar de que ya ha abierto la puerta y se dispone a entrar.

Echo un vistazo al interior mientras escucho a Iria repetir de nuevo la frase que acaba de decir hace unos segundos.

—¡No me creo una sola palabra! —exclama, todavía ajena a nuestra presencia, paseándose de un lado a otro justo delante de la mesa desde la que Ramón la mira con el ceño fruncido y una cara de mosqueo impresionante, ignorando también él que tiene compañía y ya no están solos.

—Me temo que con eso no puedo ayudarla —le responde con voz arrogante.

Desde mi situación privilegiada, contemplo como el rostro de Iria palidece de forma considerable y decido hacerme notar.

Carraspeo con fuerza y las miradas de ambos se vuelven en nuestra dirección.

—Señor Ibarra, siento molestarlo, sé que me dijo que no lo interrumpiese, pero es que está aquí la policía e insiste en hablar con usted de forma inmediata —interviene la secretaria, que no sabe dónde meterse de tan apurada que está.

—¡¿La policía?! ¡¿Más policía?! ¡Pero si ya estoy hablando con la policía?! ¡¿Qué

pretenden, meterme aquí a toda la comisaría?! —protesta su jefe, alzando ambas manos con efusividad a la vez que farfulla sin parar con la intención de demostrar lo contrariado que está.

—Mucho me temo, señor Ibarra, que esa información no es del todo correcta —anuncio, adelantándome para colocarme al lado de Iria, a la que le dedico una mirada cargada de reproches que ella evita con una habilidad espectacular.

Estoy enfadado, ¡normal que lo esté! ¡Tengo motivos más que sobrados! ¡Esta mujer es increíble! Sé que quiere encontrar a su amigo y que es un poco cabezota, pero de ahí a hacerse pasar por policía… ¡Que eso es un delito! ¡Menuda lianta! Suelto un gruñido y niego con la cabeza. ¿Es que se ha dejado el sentido común de vacaciones tomando el sol? ¡¿Acaso no sabe que se puede meter en un buen follón?!

—¿Qué quiere decir? —inquiere el hombre estrechando los ojos.

Iria aguarda mi contestación y, segura de lo que viene a continuación, durante unos segundos sus mejillas se sonrojan y su mirada permanece fija en el suelo; pero enseguida se recompone y alza la barbilla con seguridad.

—Quiere decir que la señorita con la que está conversando no es agente de policía —lo informa Juan, acercándose a mí.

—¡Esto tiene que ser una broma! ¡Me has engañado! —la acusa el empresario, señalándola con el dedo mientras se pone en pie tan rápido que por poco trastabilla y se va al suelo, y su rostro se tiñe de rojo carmesí.

—Eso no es cierto —se defiende ella.

—¡Me hiciste pensar que eras policía! —grita Ramón a viva voz.

—Yo nunca afirmé tal cosa —asegura Iria, aguantando el chaparrón sin amilanarse.

—¡Me dijiste que la búsqueda de Daniel se había convertido en un asunto oficial y que necesitabas que contestase a unas preguntas! —brama el hombre, cada vez más fuera de sí.

—Y las dos cosas son ciertas: la investigación de Dani ya es un asunto oficial y yo necesitaba respuestas a varias preguntas —corrobora ella—, pero en ningún momento le dije que trabajase como policía ni mucho menos que esa investigación la llevase yo.

—¡Se daba por hecho teniendo en cuenta que el otro día él sí me dijo que era policía y veníais juntos! —le reprocha el hombre, que no da crédito a que encima Iria intente justificarse.

—Usted puede dar por hecho lo que quiera. Pero de mi boca no ha salido en ningún momento la palabra «policía», ni «comisaría», ni «agente de la ley» —se jacta ella.

—Serás… —comienza él, justo cuando decido que es el momento de interrumpir la discusión.

—Lo importante es que nosotros sí somos policías y necesitamos que conteste a unas preguntas.

—¡Ja! —protesta Ramón, cruzando los brazos sobre su pecho.

—Comprendo su enfado y, por supuesto, no está obligado a colaborar con nosotros, pero en ese caso debe saber que solicitaré una orden con carácter urgente para llevarlo a la comisaria e interrogarlo allí con todo lo que eso conlleva —le advierto en tono serio y formal.

—No tengo nada que añadir a lo que ya les dije el otro día. —El hombre intenta mostrarse seguro, pero la tensión que emana de su cuerpo resulta palpable, y con la de años que llevo dedicándome a esto, es imposible que me deje engañar por su falsa tranquilidad.

—Puede; sin embargo, nosotros sí tenemos ciertos datos que estoy seguro de que le va a interesar escuchar —comenta Juan como si la cosa no fuese con él.

Ramón mira primero a su secretaria, después a nosotros y, por último, a Iria. Comienza a sentirse acorralado y, a medida que eso pasa, su inquietud aumenta.

—No pienso mantener ningún tipo de conversación delante de esa mujer —asegura señalando a Iria quien aprieta los puños con fuerza a ambos lados de su cuerpo antes de responder, crispada:

—No le importaría hacerlo si no tuviese nada que ocultar.

—Pero ¿qué dices, insensata? ¡Yo no escondo nada!

—Pues demuéstrelo. Si lo que dice es cierto, ¿qué narices le importa quien esté o no delante?

Ramón la observa ofuscado, estoy seguro de que va a decirle alguna lindeza, pero no le doy tiempo, al volverme hacia Iria y mirarla fijamente para afirmar:

—Si el señor Ibarra prefiere estar a solas para mantener esta conversación en privado, está en todo su derecho. Haz el favor de salir y esperarnos en el portal.

Contemplo con expresión severa su rostro. Se la ve cansada, tanto que estoy convencido de que esta noche no ha pegado ojo, y eso, unido a que la anterior ninguno de los dos durmió demasiado… Aparto con rapidez esos pensamientos de mi cabeza y centro toda mi atención en el modo en que el fastidio y la impotencia se reflejan de forma nítida en su semblante, haciéndome sentir un poco estúpido porque, a pesar de que debería estar enfadado con ella, me resulta imposible mantener ese enojo cuando no consigo dejar de pensar en lo bonita que está y en lo traidor que me siento por hacerla marchar. Pero ¿qué puedo hacer? Comprendo su impotencia, sé lo importante que es esto para ella, pero estoy trabajando y debo ser profesional.

—Está bien —murmura con un brillo de rabia cruzando su mirada—. Estoy segura de que a esta hora muchos de los trabajadores bajarán a tomarse un café. Aprovecharé la espera para charlar un rato con ellos —afirma en un tono de amenaza velada—. Estoy convencida de que se mueren de curiosidad por saber qué es lo que pasa, y me encantará ponerlos al día, explicarles que uno de sus compañeros ha desaparecido y contarles la opinión que tengo sobre su jefe.

—¡No puedes acusarme de nada! ¡Llevas más de media hora insinuando que le he hecho algo a Daniel y no tienes pruebas de ello! ¡No dices más que tonterías y calumnias y, por si no lo sabes, calumniar es un delito!

—Tranquilo, no pienso afirmar nada, me limitaré a dar mi opinión dejando claro que no hay pruebas que la confirmen. Opinar sí es legal, ¿verdad, señor agente? —pregunta, contemplándome con rostro inocente—. De hecho, la libertad de expresión es uno de los principales derechos de la sociedad —añade, a sabiendas de que, una vez sembrada la duda entre los trabajadores, el daño ya estará hecho sea verdad o no, y tiene razón, eso lo sé yo, lo sabe ella y lo sabe Ramón. Que haya rumores corriendo por la empresa no le interesa al jefe, sean fundamentados o no.

Me guardo para mí la sonrisa que pugna por asomar a mis labios al percatarme, orgulloso, de que ella sola ha sabido llevarlo a su terreno. ¡Chica lista!

Él la contempla pálido y con la mandíbula apretada. Estoy seguro de que en este momento lo que le pide el cuerpo es saltar por encima de la mesa y largarla de la sala de reuniones a patadas.

El silencio es tan denso que se puede cortar con un cuchillo mientras ambos se tantean durante unos segundos con la mirada.

Al final, el empresario suelta un suspiro cansado y hunde los hombros, dejándose caer de nuevo en la silla.

—Está bien, puedes quedarte, total, no tengo nada que ocultar —comenta con poco convencimiento.

Intercambio una mirada con mi compañero, sopesando la situación. ¡Mierda! No sé si es

buena idea dejar que ella permanezca en la reunión, vamos a desvelar datos que me hubiese gustado contarle en privado, porque sé que van a suponer un *shock* para ella, pero, cabezota como es y con el beneplácito del afectado, por mucho que me esfuerce, no voy a conseguir que salga de la habitación de forma voluntaria y tampoco puedo escudarme en motivos de legalidad, porque no estamos en un interrogatorio oficial, solo hemos venido a contrastar información.

Juan se encoge de hombros, dejándome a mí la decisión.

—Está bien; si el señor Ibarra está de acuerdo, puedes quedarte, pero no intervengas, ni opines, no quiero ninguna intromisión —le advierto con severidad.

—Estaré callada como una tumba, ni siquiera notareis que sigo aquí —replica mientras se aparta en una esquina.

La contemplo de reojo, absteniéndome de comentar que me resultaría imposible abstraerme de su presencia por inmensa que sea la habitación.

—Puede retirarse —le indica Ramón a su secretaria quien, aliviada, pues la pobre parece estar deseando largarse, asiente y cierra la puerta con cuidado.

—Ustedes dirán. —Su voz suena serena, pero esconde una emoción extraña que no me pasa inadvertida.

—Primero, si le parece bien, vamos a hacerle algunas preguntas.

—¿Desde cuándo conoce a Daniel y qué relación los une?

—Su currículo me llegó cuando él todavía estaba en Madrid. Enseguida vi que era justo lo que necesitaba mi empresa para ampliar mercado —comenta, y esta vez sí parece sincero—. Dani es excelente y tuve claro que era lo que me faltaba para poder acceder a trabajar con grandes empresas, así que me puse en contacto con él y lo contraté.

—¿Mantienen algún tipo de vínculo fuera de lo que sería una relación estrictamente laboral?

—Ninguno —afirma con vehemencia—. No me gusta confraternizar con los trabajadores porque después se confunden los roles.

Lo escruto con la mirada. Está mintiendo, tenemos pruebas de ello, pero, aunque no las tuviésemos, es evidente que está mintiendo. Su tono de voz, la forma en que se remueve en el asiento, la expresión de su cara… Este hombre es una máquina de la verdad humana.

—Le recuerdo que está hablando con la policía y que, aunque no estamos en un interrogatorio oficial, cualquier cosa que diga será tenida en cuenta, así que le agradecería que se abstuviese de mentir. Desde ya le advierto que ese camino no va a conducirle a nada —aseguro con dureza—. Al menos, a nada bueno.

La forma en que traga saliva es tan sonora que pueden haberlo escuchado hasta en el exterior.

—No comprendo por qué dice eso —murmura el hombre con desconfianza.

Juan saca entonces un sobre del interior de su chaqueta y, al abrirlo, deposita sobre la mesa un montón de fotos impresas.

—Estás imágenes están sacadas de las redes sociales de ambos, tanto de la suya como de la de Daniel. Y a no ser que su definición de laboral incluya cenas, ir de pesca, celebraciones familiares y vacaciones…, mucho me temo que está mintiendo y que el vínculo que los une va mucho más allá de lo profesional.

Siento los pasos de Iria a mi espalda y, de reojo, observo que se ha acercado para contemplar las imágenes.

—O estoy muy equivocado o creo que incluso lo nombró padrino de su hijo pequeño —añado, dándole la puntilla final.

Soy consciente del momento exacto en que el hombre que tengo delante se desmorona porque sus ojos se llenan de lágrimas y su cuerpo comienza a temblar. Ya está, lo tenemos… Acaba de darse cuenta de que sabemos mucho más de lo que pensaba y de que no va a poder engañarnos.

—Si quiere, puede volver a responder la pregunta, y esta vez con sinceridad —le sugiere Juan.

Ramón cierra los ojos con fuerza y se aprieta el puente de la nariz con los dedos índice y pulgar.

—Es cierto que somos amigos, buenos amigos —comenta en voz baja antes de abrir de nuevo los ojos y fijarlos en mí—. Al poco tiempo de llegar Daniel a la empresa, mi mujer enfermó. —Los recuerdos le empañan la mirada y el dolor que refleja su rostro me toca el corazón.

»Fue un momento muy difícil porque al principio, a pesar de hacerle decenas de pruebas, los médicos no conseguían dar con su enfermedad y ella cada vez estaba peor. Nuestro hijo era apenas un niño de dos años y en mi peor momento, cuando yo estaba física y anímicamente destrozado, Dani se volcó —afirma—. Se quedaba casi a diario con el niño mientras yo acompañaba a mi esposa en el hospital y también me facilitaba mucho las cosas en el trabajo, por eso, a pesar de que ya éramos lo que podría considerarse amigos, en ese momento nuestra amistad creció y se afianzó. —Ramón hace una pausa para tomar aire mientras bucea entre sus propios recuerdos, y los demás permanecemos en silencio, dándole tiempo para asimilar todo lo que tiene que contar—. Poco después, se descubrió que la enfermedad de Gloria, mi esposa, era un síndrome neurológico raro para el que, por suerte, hay tratamiento, por lo que en cuanto se lo administraron, comenzó a mejorar y todo se fue poniendo en su lugar.

—Entiendo —murmuro.

Sus ojos me atraviesan con desdén.

—Lo dudo. Pero eso ahora no importa. Me preguntaron qué relación me une con Daniel, ahora ya lo saben: más que un amigo, para mí es un hermano.

—Teniendo en cuenta la relación tan estrecha que mantenéis, supongo que sabrías en qué andaba metido —insinúa Juan.

El silencio se adueña de nuevo de la habitación y Ramón nos contempla asustado.

—No tienes que disimular, Ramón, lo sabemos todo. Lo de las identidades falsas y su pertenencia a un grupo que trafica con fentanilo mezclado con metanfetamina.

—No sé de qué me hablas —intenta mentir de nuevo él.

—Venga ya, ¿de verdad no tenías ni idea de que tu amigo se dedicaba a sacarse un sobresueldo vendiendo esa mierda? ¿Sabes acaso que él y sus jefes distribuyeron hace poco más de un año una partida adulterada que causó al menos cuarenta muertes de las que doce correspondían a menores de edad?

Percibo como el cuerpo de Iria se tensa un par de pasos por detrás; vuelvo un momento la vista para comprobar que está bien, y contemplar su rostro cubierto por una máscara de dolor es como recibir un puñetazo directo a la yugular.

Me contengo y echo mano de todo mi autocontrol para no levantarme y abrazarla; me gustaría envolverla entre mis brazos y consolarla, siento en el alma que haya tenido que enterarse de esto así, de esta forma, pero si queremos llegar al fondo del asunto, esa era una información que tenía que salir.

Ramón, pálido y con los ojos abiertos en extremo, niega con la cabeza una y otra vez.

—Yo no yo no sabía… Juro que no sabía que era tan grave. No tenía ni idea de lo de las

identidades falsas y mucho menos de lo del fentanilo y la metanfetamina.

—No te creo —aseguro, aunque el que miente ahora soy yo. Viendo su reacción, estoy convencido de que este pobre incauto no tenía ni pajolera idea de la gravedad de los asuntos en los que estaba metido su colega.

—Es cierto que algo no cuadraba, no soy imbécil, sé lo que le pago y, a pesar de tener un sueldo muy por encima de la media, lo que ganaba en mi empresa no era suficiente para mantener el ritmo de vida que llevaba —murmura—. Pero nunca llegó a contarme en qué andaba… Tenía mis sospechas, pero nunca me lo confirmó y yo tampoco preguntaba, no quería saber, preferí estar en la ignorancia y, desde luego, en caso de sospechar, pensé que sería un trapicheo de poca monta, no algo a gran escala.

—Si sospechabas que andaba en algo turbio, ¿por qué no te alejaste de él? —lo presiona Juan.

—Como os he dicho, Dani para mí es como un hermano, es familia y uno no deja a la familia de lado, él no me dejó a mí y yo no iba a dejarlo a él. —Su voz suena contundente.

—¿Sabes si consumía? —inquiere Juan.

—Jamás lo vi drogado, ni siquiera bebía alcohol más allá de una cerveza de vez en cuando.

—Es un alivio, el hijoputa solo traficaba y se cargaba a gente inocente con ese veneno, pero no cataba —susurra Juan, olvidándose por un momento de la presencia de Iria unos pasos atrás.

Ella suelta un gemido ahogado y lanzo a mi compañero una mirada de advertencia.

—Llegados a este punto, asumo que sabes tan bien como nosotros que en realidad Daniel no está en ningún viaje de trabajo, ¿me equivoco?

Ramón guarda silencio y pasea su mirada sobre cada uno de nosotros. Está nervioso y asustado. El miedo genuino que nubla sus ojos me hace temer que se niegue a contar nada más, y no puedo permitirlo, no ahora que estamos tan cerca, tengo que hacerlo hablar…

—Eres consciente de que, por muy hermano que lo sientas, en realidad no tienes ningún lazo familiar que te exima de cooperar, ¿verdad?

Mi observación parece asustarlo todavía más.

—Por favor —suplica de repente Iria, rodeando la mesa para acuclillarse a su lado—. Por favor, si sabes algo, dilo —le ruega, tomando una de las manos del hombre entre las suyas.

Desarmado, Ramón la contempla con una mezcla de impotencia y desesperación.

—No me importa lo que haya hecho, no me importa lo que haya pasado, estoy segura de que está en peligro y solo quiero encontrarlo —solloza ella mientras una lágrima recorre su mejilla—. El resto ya se verá. Si tiene que ir a la cárcel, irá, pero al menos no morirá.

—La mañana siguiente a su desaparición recibí una llamada —susurra él, dirigiéndose solo a ella.

—¿Y qué te decían en esa llamada? —pregunto.

—Me avisaban de que lo tenían secuestrado. Al parecer, Dani había intentado robarles una partida de droga y lo habían pillado. Pedían una compensación económica a cambio de su cabeza.

Un sollozo escapa de los labios de Iria quien, intentando mantener el equilibrio, se pone en pie apoyándose en la mesa y fija su llorosa mirada en mí.

—¿Y por qué no dijiste nada? ¿Por qué no avisaste a la policía? ¿Por qué no nos lo contaste cuando vinimos la primera vez? —lo reprende ella, sobrepasada.

—¿Estás de broma? —replica torturado.

Lo primero que me dijeron es que si comentaba esa llamada con alguien, Dani moriría, y

me dejaron muy claro que lo consideraban un traidor y que, como tal, no sería una muerte agradable, o tranquila; se encargaron de especificarme muy bien cómo lo torturarían. —Una arcada asciende por su pecho y su cuerpo se estremece por un momento—. Pensé que si me mantenía callado, al menos tendría una oportunidad de salvarlo, de intentar ayudarlo.

—No, no, no, no —masculla Iria entre dientes.

Me levanto y camino hasta ella para sostenerla por el brazo y conducirla hasta la silla que yo mismo ocupaba hasta hace un momento.

Me siento una mierda por no poder tranquilizarla de otra manera. Pero ahora que Ramón está colaborando, tengo que seguir preguntándole; la información es poder, y si quiere salvar a su amigo, cualquier poder es fundamental.

—Vale, no podías hablar con la policía, entonces, ¿cuál era el plan? ¿Pediste alguna prueba de vida? —interrogo.

—Sí, me mandaron un vídeo —afirma, cogiendo su móvil con manos temblorosas para enseñarnos un vídeo de diez segundos donde se ve a un hombre amordazado, con la cara magullada y una camiseta ensangrentada. Está atado de pies y manos y se le ve malherido, no obstante, aunque de forma costosa, respira.

La imagen arranca un nuevo sollozo a Iria cuyo cuerpo comienza a temblar con violencia en la silla.

—Estaba intentando juntar el dinero, pero la cantidad que me reclaman en un plazo tan pequeño es imposible de recaudar —susurra Ramón.

—¿Cuánto? —pregunta Iria con voz apenas audible.

—Dos millones de euros —anuncia él, rompiéndose por completo.

—¡Dos millones de euros! ¡Pero eso es…!

—Una barbaridad —termina por ella Ramón—. Daría todo lo que tengo por salvar la vida de Dani, pero ni siquiera vendiendo todas mis propiedades llegaría a juntar la mitad. Por no decir que todo eso lleva un tiempo y…

—Y no lo tenemos —añade Juan.

Ramón niega con la cabeza y se frota los llorosos ojos con las manos.

—¿De qué tiempo estamos hablando? —pregunto, seguro de que la respuesta no me va a gustar.

Ramón me contempla apesadumbrado.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —insisto.

—El plazo termina en diez días. Dentro de diez días recibiré una llamada a las once de la mañana. Si no tengo el dinero para entonces, lo matarán.

Sus palabras caen sobre mí como un caldero de agua fría.

Es demasiado justo; puede parecer mucho, pero diez días pasan volando y apenas estamos empezando.

El tiempo se acaba y, por la información que he recaudado durante esta noche sobre los *amigos* de Dani, no son de los que amenazan para amedrentar: si han dicho que van a matarlo, cumplirán su palabra y lo matarán.

Mis ojos se entrelazan con los de Iria y un nudo me aprisiona el pecho a la vez que el corazón me late desbocado. Quiero ayudarla; lo que provoca en mí, lo que sentí anoche al tenerla entre mis brazos es fuerte y especial.

Nunca me había sentido así con nadie y juro que haría lo que fuese por evitarle este dolor, pero mucho me temo que, por mucho que yo lo intente y por mucho que yo haga, al final va a terminar pasándolo mal.

Capítulo 18
¡El policía soplón!

Iria

Me revuelvo incómoda entre las sábanas con una sensación extraña recorriéndome el cuerpo. Tengo la boca seca y la lengua acartonada, noto los brazos y las piernas entumecidos y, desde luego, encontrarme con las cabezas de Roi y de mi madre inclinadas sobre mí cual aves de presa cuando consigo abrir los ojos es un indicio de lo más esclarecedor de que algo no marcha. No obstante, mis párpados pesan tanto que parecen un muro de carga, y vuelvo a cerrarlos casi de inmediato.

¿Qué demonios me pasa? Intento hacer memoria, pero el zumbido que me taladra la cabeza como si la tuviese metida dentro de un avispero no me ayuda precisamente a aclarar las ideas y pensar.

Si no me equivoco, estaba en la sala de reuniones con el jefe de Dani… ¡Dani! Es verdad, el secuestro, esa cantidad indecente de dinero y el plazo tan escaso de tiempo… ¡Ahora me acuerdo! Escuchaba lo que decían sentada en una silla y, de repente, empezó a faltarme el aire, me ardía el pecho y no podía respirar. Era horrible porque tenía la impresión de que el suelo se tambaleaba bajo mis pies y la sensación de ahogo era infernal.

A mi lado, Roi me miraba preocupado, agarrando mi mano y tratando de calmarme. Me centré en él e intenté hacer caso a las indicaciones que me daba, sin embargo, su voz sonaba cada vez más lejana y todo comenzó a parecer borroso a mi alrededor. Creo que fue entonces cuando alguien me puso una pastilla bajo la lengua y, después de eso, ya no me acuerdo de nada.

Abro otra vez los ojos, procurando acostumbrarme a la tenue luz con la que la lámpara de mi mesilla ilumina la habitación, y me topo de nuevo con sus caras de preocupación.

—Por fin despiertas —me saluda Roi mientras me aparta el pelo de la cara con ternura sin importarle que no estamos solos.

—¿Cuánto tiempo llevo dormida? —pregunto, apoyándome en la cama con ambas manos para ayudarme a incorporarme.

—Un par de horas —responde mi madre sin disimular su alivio al tiempo que coloca la almohada contra el cabecero para que me pueda apoyar en ella.

—¡¿Un par de horas?! —repito levantando las cejas con asombro.

—Tuviste un ataque de ansiedad y te dimos un tranquilizante —explica Roi.

—¿Qué eres, una botica con patas o una farmacia ambulante? —bromeo, tratando de quitarle hierro al asunto, al ver lo serio que está.

—Me temo que no, y créeme que me hubiese encantado serlo. Me sentí inútil e impotente al no poder ayudarte cuando te pusiste así; por suerte, Ramón tenía a mano los tranquilizantes a los que está recurriendo estos días para mantener el tipo y fue él quien te dio uno.

—Algo me suena, sí…

—Bebe un poco —ordena mi madre, que se levanta para coger un vaso de agua que permanece apoyado sobre el escritorio y tendérmelo.

Obedezco, agradecida de poder humedecerme los labios, preguntándome cómo se habrá enterado de que estaba así…

—Tuve que llamarla, sabía que una vez despertases tendría que irme a trabajar y no quería dejarte sola —comenta él, como si acabase de leerme el pensamiento.

Lo estudio con detenimiento. ¿Cómo se le ocurre llamar a mi madre? Lo fulmino con la mirada, pero en parte comprendo su postura y tampoco puedo ponerme como una loca si no quiero que mi progenitora sospeche nada, por lo que enseguida le dedico una sonrisa cargada de inocencia y candor.

—Es verdad, tienes que irte, no quiero que por mi culpa llegues tarde al hot…

—Ni lo intentes, tu amigo el *policía* ya me lo ha contado todo —me advierte ella en tono cabreado, haciendo hincapié en su profesión y cruzando los brazos sobre su estómago.

De repente, me siento como cuando tenía ocho años y, después de hacer una travesura, me cogían con las manos en la masa.

Abro y cierro la boca repetidas veces, sin saber qué contestar. Entrecierro los ojos, lanzándole a Roi dardos con la mirada, y él se encoge de hombros como si no pasase nada.

—Mamá, ¿puedes salir un momento, por favor? —solicito con una voz tan falsa como suave.

—¿Por qué? ¿Necesitas que me vaya para planear una nueva mentira que contarme? —me replica ella sin ocultar su malestar.

—Mamáää —advierto exasperada, sin apartar la vista del policía soplón.

—Está bien —accede de mala gana unos segundos después, y sale de mi cuarto.

—¿Se puede saber qué es lo que le has contado exactamente? —exijo saber en cuanto nos quedamos solos.

Él continúa sentado en la cama, a pocos palmos de distancia, con cara de no haber roto nunca un plato y, a pesar de mi mosqueo, lo único que me apetece en este momento es abalanzarme sobre él y besarlo hasta volver a perder el sentido otra vez.

—Todo —responde a la defensiva.

—¡¿Todo?! —repito estupefacta, mirándolo como si se hubiese vuelto loco.

—Bueno, todo todo no. Pero creo que lo que no le conté, lo intuyó.

—¡Me estás poniendo de los nervios! ¿Quieres hacer el favor de explicarte un poquito mejor? —protesto.

—Le conté cómo nos conocimos, le hablé de la desaparición de Daniel y también de lo que hemos descubierto hasta el momento. Resumiendo, se lo dije todo, a excepción de lo que pasó primero en la cocina de mis padres y después en mi habitación.

—Un detalle por tu parte —comento con sarcasmo.

—Lo mío me costó, no te creas, es más insistente e intuitiva que los de Asuntos Internos en plena operación. Casi consigue sonsacarme hasta el color de los calzoncillos que llevaba el día de mi primera comunión.

—Por qué será que no me sorprende… —murmuro.

—¿Estás insinuando algo? —inquiere él con cierta burla en su voz.

—Que para ser poli, eres bastante blandito y un soplón.

—¡No soy un soplón! —protesta.

—¡Oh, sí! Por supuesto que lo eres —lo acuso—. Seguro que en el colegio eras de esos

malos compañeros que salía a anotar en la pizarra a los que hablaban cuando el profe se lo mandaba.

—No confundas compañerismo con obediencia —matiza.

—¡Venga ya! —bufo molesta.

Él se acerca y me dedica una de esas sonrisas que debería estar prohibida por la ONU, Amnistía Internacional o cualquier otra organización pro derechos humanos en general y de la mujer en particular.

—¿Estás enfadada? —susurra meloso, acariciando mi mejilla con las yemas de sus dedos.

«Buena pregunta: ¿estoy enfadada? ¡Pues debería estarlo! ¡Claro que debería estarlo! Pero ¿cómo voy a enfadarme cuando me mira así…?».

Sacudo la cabeza, librándome de su embrujo y volviendo en mí.

—¿Tú qué crees? ¡Eres un chivato! ¡¿Cómo se te ocurre llamar a mi madre?! ¿Acaso no sabes que los chivatos no tienen amigos? —protesto, tras recuperar el control de mi cabeza que por un momento había sido secuestrado por mis neuronas.

—¿Qué querías que hiciese? Te dio un ataque de ansiedad, te quedaste k. o. entre mis brazos y tuve que traerte a casa, pero no quería que si me llamaban de comisaría y tenía que salir con carácter urgente, tuvieses que quedarte sola —se defiende.

Me quedo en silencio, analizando su razonamiento y, durante unos segundos, incluso llego a sentirme un poco mal por haberme cabreado; su explicación es coherente y tiene lógica, al menos hasta que…

—Así estarás acompañada y tranquilita sin tener que salir de casa —añade, lleno de convencimiento, con un brillo de complacencia iluminando su rostro.

¡¡¡Nooo!!! ¡No puede ser verdad! ¡Seráää…!

Mis ojos, rebosantes de indignación, se abren de par en par.

—¡Tú lo que querías era traer a mi madre para que me hiciese de niñera/guardaespaldas! ¡Por eso se lo contaste todo, porque sabías que haciéndolo conseguirías que no se separase de mí!

—¿Y te sorprende? —Sus ojos grises se oscurecen con una mezcla de enfado y preocupación—. ¡Te pedí de forma explícita que te quedases al margen y me dejases hacer mi trabajo y resulta que, cuando voy al despacho de Ramón Ibarra, te encuentro allí plantada, en modo detective privado y sin hacerme ni puñetero caso!

—Estaba segura de que mentía, sabía que ocultaba algo y, visto lo visto, tenía razón —afirmo con orgullo, alzando la barbilla.

—¡Eso lo sabíamos los dos! Pero no era cosa tuya plantarte allí a resolver el misterio. No tenías toda la información y esto es la vida real, no una novela, una partida del Cluedo o una peli de ciencia ficción.

—Soy muy consciente de que esto es la vida real, sobre todo, porque es la de mi amigo la que está en juego, y si no tenía toda la información, fue solo porque tú, a pesar de prometerme lo contrario, no me la diste —lo acuso.

—¡No me diste tiempo! Pensaba venir a hablar contigo al salir del despacho de Ramón, no quería que te enterases a través de una llamada telefónica de la faceta oculta de tu amigo, quería hablar contigo a solas, tranquilos… Esa era la forma de hacer las cosas, pero, lejos de esperar, tú decidiste actuar por tu cuenta y mira cómo ha terminado todo, ¡contigo medio desmayada en la sala de reuniones y tu madre con la oreja puesta en la puerta de tu habitación!

—¡Vale, vale, ya me voy al salón! —la escuchamos refunfuñar.

—Eso es solo porque tú la has llamado —protesto, más afectada por sus palabras de lo que

quiero dejarle ver.

Todavía no me puedo creer que Dani esté metido en todo eso… ¿Narcotraficante? Me parece del todo surrealista, una broma de mal gusto, una pesadilla de la que quiero y no consigo despertar.

Un suspiro cansado brota de sus labios y mis ojos viajan hasta ellos.

Durante unos interminables segundos, los dos permanecemos callados. No me gusta discutir con él. Me hace sentir desgraciada y algo se retuerce en mi interior. Es absurdo porque ni siquiera cuando me enfadaba con mi ex me sentía tan mal, pero no lo puedo evitar.

Por fin, Roi toma de nuevo la palabra en un tono que me caldea y acelera el corazón.

—Iria, quiero ayudarte y te prometo que voy a hacerlo, sin embargo, también necesito protegerte y no puedo si ignoras mis indicaciones —susurra, enmarcando mi rostro con sus manos.

Su mirada hipnótica me atrapa adentrándose hasta lo más profundo de mi ser y haciéndome sentir como un libro abierto para él.

—Antes, cuando te vi así, en el despacho… —continúa hablando mientras apoya su frente contra la mía y cierra sus ojos con fuerza, como si con ello pudiese eliminar ese suceso de su cabeza—. Te juro que casi me da algo. —Su voz ahogada y cargada de sentimiento me hace estremecer.

Con un mar de emociones flotando por mi cuerpo, rodeo su cuello con ambos brazos, invitándolo a fijar de nuevo la vista en mí. Me encantaría hacerle comprender lo a gusto, confiada y protegida que me siento cuando estoy junto a él, pero no sé cómo expresarlo con palabras; por ello, sin titubeos, me sumerjo en la profundidad de su mirada con la esperanza de que mis ojos le muestren ese sentimiento puro e intenso que despierta en lo más profundo de mi ser.

—Estoy bien —susurro contra sus labios—. Voy a estar bien y, cuando todo esto acabe, si aún quieres…

—Cuando todo esto acabe, si tú me dejas, seguiré a tu lado, porque ahí es justo donde quiero estar —murmura, y atrapa mis labios con los suyos en un beso ansioso y posesivo pero cargado de dulzura y sinceridad.

—Tengo que irme. —Segundos después, su voz ronca se entremezcla con el gemido que escapa de mi garganta cuando el calor que inunda mi cuerpo, provocado por el roce de su boca, comienza a quemar—. Si no paramos ahora, me temo que no saldré de esta cama en horas y el tiempo se nos va.

Con la respiración trabajosa, me echo hacia atrás, interponiendo entre nosotros el espacio necesario para no caer en la tentación de lanzarme de nuevo sobre él y dejarle marcharse a trabajar.

La imagen de Dani, maniatado y ensangrentado, es el aliciente necesario para que no le impida alejarse y ponerse en pie.

—Volveré en cuanto pueda —me promete, caminando hasta la puerta.

—Avísame de cualquier novedad —le pido, incapaz de controlar la angustia que trepa por mi pecho.

—Lo haré, pero esta vez te pido que por favor tengas un poco de paciencia.

—Eso es fácil de pedir cuando no eres tú el que tiene que quedarse en casa —bufo.

—De buena gana me quedaría contigo, pero tengo que seguir buscando a tu amigo —me recuerda.

—Lo sé —suspiro resignada—, ojalá yo pudiese hacer algo de provecho también.

—Te lo dije y te lo repito: has hecho y estás haciendo todo lo que puedes y más —asevera.

—Tenemos que encontrarlo —afirmo con rotundidad.

—Lo haremos. —Su voz suena segura y convencida—. Sin embargo, quiero que tengas claro que tal y como tú misma le dijiste a Ramón, tu amigo va a ir a la cárcel. El lío en el que está metido es muy grave y no se va a librar.

—Lo sé, pero incluso yendo a la cárcel, tiene una segunda oportunidad, en cambio, si lo matan, no habrá vuelta atrás —comento en tono apenado.

—Eso es cierto —admite—. Solo espero que la sepa aprovechar.

Los dos nos mantenemos en silencio durante unos segundos, cada uno sumido en nuestros propios pensamientos, hasta que él echa la mano al pomo de la puerta y la abre.

—Acuérdate de lo que me has prometido, esperar noticias sin ninguna intromisión —me recuerda.

—Que sí, además, dudo que, aunque quisiese, pudiera hacer nada con mi madre paseándose por aquí —farfullo.

—Eso es cierto. —Una sonrisa pícara ilumina su cara.

—Ja, ja, ja… Te aseguro que esta te la voy a guardar —le advierto poniendo una mueca mientras lo veo marchar.



—¿Entonces qué? —pregunta mi madre, que me observa sentada a los pies de la cama, exactamente, desde el mismo sitio en el que se plantó con cara de pocos amigos y sin decir ni una palabra en cuanto Roi salió por la puerta.

—¿Qué de qué? —Me siento incómoda, no me gusta que esté así, molesta y callada. Mi madre es la alegría de la huerta y verla enfadada es algo fuera de lo normal.

—¿Piensas decirme algo o necesito llamar a la policía para que te haga un interrogatorio? ¡Uy, no, qué tonta, a la policía, por lo visto, sí le cuentas tus cosas, en cambio, a tu madre, no!

—Mamá, no dramatices, por favor —le pido, intentando quitarle importancia.

—¿Que no dramatice dices? —Posa el dedo índice sobre sus labios y comienza a golpearlos mientras mira al techo como si estuviese concentrada pensando—. Veamos, mi hija está saliendo con un chico…

—No estoy saliendo con ningún chico —la interrumpo.

—Perdona, tienes razón… Mi hija se está tirando a un chico —se corrige con retintín.

—¡Mamáää! —exclamo, sintiendo como mis mejillas arden—. Somos amigos.

—Sí, claro, vosotros sois amigos y a ti te trajo la cigüeña de París —replica—. Soy tu madre, pero no soy imbécil, yo también tengo y he tenido amigos y te aseguro que ninguno me miraba como te mira a ti ese.

Resoplo y me quedo en silencio porque ante eso… ¿qué puedo responder?

Complacida porque ha conseguido que no vuelva a negar lo que para ella parecer ser algo evidente, sonríe y prosigue con la perorata.

—¿Por dónde iba? ¡Ah, sí! Mi única hija, a quien por lo visto leer tanto libro de Sherlock Holmes se le ha subido a la cabeza, se pone a investigar por su cuenta y riesgo la desaparición de un amigo de toda la vida —comienza a recitar con sarcasmo—. Y cuando descubre que su amigo está metido en una red de narcotráfico, en vez de quedarse al margen como una persona sensata y normal, ella decide seguir metiendo las narices en medio de una investigación policial y termina

dopada de tranquilizantes por un ataque de ansiedad.

—Miniataque de ansiedad —puntualizo.

—¡Si eso es dramatizar, que baje Dios y lo vea! —exclama.

—Mamá, no te enfades ¬—le pido en tono conciliador porque, aunque no piense reconocerlo en voz alta así me corten la lengua, un poco de razón la pobre lleva. Si me pongo en su lugar, tengo que admitir que enterarme de todo este lío por Roi tampoco me hubiese hecho ni pizca de gracia.

Su semblante pasa del enfado al cansancio y me siento todavía peor.

—No me enfado, cariño, solo me entristece que no confíes en mí —confiesa.

—No es una cuestión de confianza —afirmo, sorprendida de que esa idea se le haya pasado siquiera por la cabeza.

Mi madre siempre ha estado a mi lado, pero nunca ha impuesto su criterio ni su voluntad; es cierto que me ha aconsejado y ha intentado guiarme, no obstante, siempre me ha permitido tomar mis decisiones con libertad, acompañándome en mis equivocaciones sin juzgarme ni reprocharme nada y alegrándose por mis aciertos, y por todo eso siempre me he sentido a gusto siendo franca con ella y he podido hablarle con sinceridad.

—Si te oculté lo de Dani solo fue para no preocuparte —declaro, apenada de que haya pensado así—. Sé el cariño que le tenías.

—Me dijiste que Roi trabajaba en un hotel —me recuerda.

—Me pareció más sencillo recurrir a esa mentirijilla que explicarte dónde nos habíamos conocido y el motivo de que viniese a recogerme a casa —le aseguro—. No quería que te inquietaras, ni que te preocuparas, eso es todo, pero para nada fue una cuestión de falta de confianza.

—Es cierto que le tenía cariño, era un trozo de pan y estaba muy pendiente de ti —murmura con nostalgia.

—Todavía no me puedo creer que él haya hecho algo así —susurro, más para mí que para ella.

—Tesoro —dice llamando de nuevo mi atención—. Hay algo que debes entender: la gente cambia y hacía muchos años que no veías a Daniel, que no sabíais nada uno del otro. Es normal que todo esto te haya cogido por sorpresa.

—Lo sé, es solo que… Él era buena persona. —Mi voz suena un tanto ahogada y ella se acerca a mí para entrelazar sus dedos con los míos.

—Iria, a veces la buena gente también toma malas decisiones, comente errores, y es la forma en la que asume y se enfrenta a sus consecuencias lo que la define como uno u otro tipo de persona.

—Solo se me ocurre un tipo de persona para definirlo… —sollozo, a la vez que una lágrima desciende por mi mejilla—. Ha muerto gente, ha muerto mucha gente por su culpa, mamá.

—Lo sé, tesoro, Roi me lo ha contado —admite, con los ojos enrojecidos a causa de la lástima que le provoca esta situación.

—Y aun así, no puedo evitar querer ayudarlo, salvarlo. ¿En qué clase de persona me convierte a mí eso?

—En una mujer noble y generosa que cree que todo ser humano tiene derecho a una segunda oportunidad, sobre todo, cuando está segura de que en el corazón de ese ser humano en particular sigue habiendo bondad —señala, convencida de cada una de sus palabras.

—No lo sé. —Niego con la cabeza—. En realidad, no sé si soy generosa o egoísta, no sé si

lo hago por mí o por él. Lo único que tengo claro es que le fallé una vez y no puedo volver a hacerlo.

—Sea por el motivo que sea, lo importante es que desde el momento en que sospechaste que algo no iba bien, pusiste todo tu empeño en dar con él. Sin embargo, creo que es importante que tengas en mente que no podemos cambiar el pasado, solo vivir el presente. La vida está llena de caminos y nadie puede elegir por nosotros el que queremos transitar.

—No sé si te entiendo…

—Lo que intento decirte es que no permitas que la obsesión por subsanar o compensar un error del pasado te ciegue tanto como para no apreciar lo que el presente te está regalando.

—Deduzco que te refieres a Roi —comento alzando las cejas—. Menuda perra te ha entrado con él.

—Porque puedo ver lo bueno que hay dentro de ese hombre y creo que tú también lo ves —declara—. Aun así, solo te estoy pidiendo que disfrutes, no que te cases con él —comenta encogiéndose de hombros.

—Pues menos mal porque todavía no estoy ni divorciada… —resoplo.

Una carcajada brota de sus labios.

—Lo único que tienes que hacer es aprovechar el momento, disfrutar y ser feliz —añade—. Darle a él una oportunidad y, lo que es más importante, dártela también a ti, los dos la merecéis y estoy segura de que la aprovecharéis.

—¿Cómo puedes decir eso si apenas has hablado con él?

—A veces una mirada dice más que mil palabras vacías.

—Ah, ¿sí? ¿Y se puede saber de qué mirada hablas? ¿De la suya o de la mía?

—De ambas —responde con una sonrisa suspicaz.

—¿Y podrías compartir conmigo qué te cuentan en esas conversaciones silenciosas que por lo visto soléis tener?

—La tuya que ese corazón que se había cerrado por completo empieza a latir otra vez y la suya que él ha sabido descubrir lo más bonito que tienes, esa esencia única y maravillosa que solo se ve con el alma porque permanece escondida detrás de la piel, y es por ello por lo que tengo la absoluta certeza de que ahora que te ha encontrado no te piensa perder.

La contemplo con los ojos llenos de lágrimas; mi madre siempre ha tenido un sexto sentido para calar a las personas, siempre se ha vanagloriado de ello, y aunque yo nunca he tenido sus opiniones muy en cuenta (y así me ha ido), esta vez no puedo evitar desear que el superpoder no le falle y que haya afinado bien.



Ya han pasado unas horas desde que Roi se fue y, a pesar de que debería estar dormida, me encuentro completamente despejada y, mientras dibujo con el carboncillo, sentada en la cama, no dejo de pensar en él.

Un pitido del móvil me hace desviar la vista hacia él y sonrío al ver un mensaje suyo en la pantalla.

De inmediato, cojo el teléfono y lo leo con una sonrisa estúpida dibujada en la cara.

Roi: ¿Estás dormida?
Yo: Imposible. No hay manera, estoy de los nervios.

Roi: No culpes a los nervios, eso es porque me echas de menos…
Yo: ¿Estás insinuando que me quitas el sueño?
Roi: Mas bien me refería a que soy el protagonista de ellos. 😉
Yo: Desde luego, a modesto no te gana nadie. 😉

Una sonrisa asoma a mis labios al imaginarlo escribiendo al otro lado de la pantalla.

Roi: Solo escribía para decirte que yo sí te extraño, pero ahora tengo que seguir trabajando.

Mi corazón se hincha de tal manera que siento que va a salir volando de mi pecho.

Yo: Ojalá estuvieses aquí.
Roi: Te aseguro que nada me gustaría más en este momento que estar junto a ti. Buenas noches y dulces sueños. Te escribo en cuanto pueda. Un beso.

Aguanto la respiración, pensando en lo que me gustaría tenerlo ahora mismo en mi habitación.

Yo: Estoy segura de que cuando todo esto termine, contigo a mi lado dormiré mucho mejor.

Es toda una declaración de intenciones, pero me siento cómoda haciéndola y, por sorprendente que parezca, también cómoda.

Roi: Dormir, despertar y todo lo que termine en «ar» me parece una buena combinación. ❤

Me echo a reír ante la ocurrencia, un cosquilleo asciende por mi estómago. Me encantaría seguir hablando con él, pero mi lado sensato me obliga a dejar el móvil en la mesilla porque él tiene que trabajar y yo, si quiero que haya alguna posibilidad de encontrar a Daniel a tiempo, no lo puedo desconcentrar.

Capítulo 19
Como una granada de mano

Roi

Frustrado, con un dolor de cabeza de mil demonios y una ganas atroces de pegarle un puñetazo a una farola. Así es como salgo de comisaría pasadas las seis de la mañana cuando, después de una larga discusión con el comisario, me manda para casa a darme una ducha y a dormir unas horas.

Con paso ligero, recorro el callejón, ese mismo callejón en el que vi a Iria por primera vez, y me dirijo a mi coche en el que prácticamente me dejo caer.

Veo a Juan caminando en mi dirección, pero, en lugar de esperarlo, arranco y acelero el motor.

La temperatura exterior es fría, pero aun así, bajo la ventanilla y aspiro con fuerza cuando el viento entra en el interior del vehículo, revolviéndome el pelo y golpeándome la piel.

En días como hoy no puedo evitar preguntarme por qué no me habré dedicado a ser jugador profesional de petanca, conductor de autobuses, taxista o yo qué sé…

Y no es que no me guste mi profesión, que me encanta. Lo que ocurre es que a veces este oficio implica tomar decisiones, acatar ordenes o hacer cosas que, aunque correctas, no nos gustan, nos afectan y son complicadas, y por desgracia para mí, hoy una de esas cosas acaba de estallarme en toda la cara.

Las calles continúan prácticamente vacías a estas horas y es una gozada circular por ellas.

Un nuevo pitido del móvil me alerta del mensaje que acaba de entrar y me imagino que será de Iria, al igual que los dos anteriores.

Llevo más de veinticuatro horas seguidas sin salir de la comisaría y estoy tan cansado que, por un momento, tengo la tentación de retrasar esta conversación, irme a casa, despejarme un poco y elegir con cuidado las palabras con las que ponerla al día de la situación, pero recuerdo mi promesa de informarla en cuanto hubiese novedades, por lo que me encamino directamente a su casa y, pocos minutos más tarde, aparco frente al portal.

—¿Sí? —me responde con ansiedad su voz al otro lado del telefonillo.

—Soy yo —contesto de forma escueta.

La puerta se abre de inmediato y, aunque por norma general prefiero las escaleras, hoy estoy tan agotado que me decanto por el ascensor. Iria ya me espera en el descansillo cuando se abre el elevador.

Una sonrisa estúpida asoma a mi boca al verla vestida con un espantoso pijama de cuadros que solo a ella podría quedarle tan bien.

Está preciosa y no puedo resistir las ganas de acercarme, posar mis manos sobre su cintura y apropiarme de sus labios; ella enlaza sus manos alrededor de mi nuca y el beso se extiende durante unos deliciosos segundos en los que consigo incluso olvidarme de lo ocurrido en

comisaría hace un rato.

—Te echaba de menos —murmuro de forma inconsciente, aspirando el olor a mandarina que desprende su piel.

—Yo a ti también —ronronea, acariciando la punta de mi nariz con la suya.

La abrazo con fuerza, pegándola a mi cuerpo, y su contacto me reconforta; es una sensación extraña, como cuando después de un día de lluvia llegas empapado y sientes el calor de estar por fin en casa.

—¿Se ha sabido algo más? —pregunta con la mejilla todavía apoyada en mi hombro.

Suspiro porque la pregunta me vuelve a situar en medio de un huracán del que sé que no voy a poder escapar y, tras separarme un poco, la miro directamente a los ojos.

—Mejor entremos para hablar —sugiero, consciente de que no va a ser una conversación fácil ni agradable y es preferible tenerla con cierta intimidad.

Su gesto se ensombrece y asiente antes de dirigirse al interior de la vivienda.

—¿Tu madre? —pregunto.

—Se fue a casa cuando terminamos de cenar, pero no creo que tarde mucho porque me advirtió que vendría a desayunar —responde mientras camina hasta el sofá.

La sigo y, tomando asiento a su lado, dejo caer la cabeza hacia atrás.

—Pareces cansado —murmura, apretando mi pierna con confianza.

—Estoy muerto, ha sido un día difícil y muy largo —admito.

—Lo entiendo, y no es que no me importe, pero estoy desesperada por saber si habéis descubierto algo —insiste, y se muerde nerviosa el labio inferior.

—Estamos trabajando de forma conjunta con la Unidad de Estupefacientes —contesto, pasándome una mano por el pelo—. La red de narcotráfico en la que estaba metido tu amigo es una de las más peligrosas del país y distribuye mercancía a gran escala, hasta ahora, trabajaban únicamente en España, pero tenemos indicios sólidos para pensar que se proponían ampliar el mercado a Francia y Portugal.

—Es una locura que Dani se haya involucrado en eso —murmura impresionada.

—Desde luego, muy cuerdo no debe de estar para meterse en algo así —señalo—. Al parecer, los compañeros de Estupefacientes llevan tiempo buscando pruebas para poder detener a alguno de los cabecillas que, por lo visto, son tres, divididos en zona norte, centro y sur; pero son muy escurridizos, trabajan de forma eficiente, rápida, limpia y nunca dejan cabos sueltos.

—Joder, no sé si me estás hablando de narcotráfico o del Fairy Antigrasas —resopla, pasándose las manos por el pantalón del pijama.

—Tu amigo fue detenido dos veces, con dos identidades falsas, una en Gijón y la otra en Santander, pero fue puesto en libertad por falta de pruebas. Creemos que es uno de los hombres de confianza del núcleo de la organización en la zona norte, o al menos lo era hasta que, basándonos en lo que le dijeron a Ramón cuando le pidieron el rescate, lo pillaron con una parte de la mercancía, intentando llevarse tajada por su cuenta.

—¿Tenéis alguna idea de dónde pueden tenerlo? —pregunta.

Niego con la cabeza, apesadumbrado.

—El otro día, antes de ir a hablar con Ramón, la Unidad Científica se desplazó hasta la casa de Daniel para tomar huellas y muestras tanto de su coche como de la vivienda sin resultado alguno.

—Menudo asco —comenta.

—Además —añado, porque quiero que comprenda que se está haciendo todo lo posible por encontrarlo—, gracias a una orden judicial exprés, pudimos interrogar en la cárcel a un par de

chavales que forman parte de la organización.

—¿Y…?

—Nada. No dijeron nada.

—¿Cómo que no dijeron nada?

—Pues eso, que no soltaron prenda.

—¡No puede ser! —exclama exaltada, poniéndose en pie—. Se supone que vosotros los policías tenéis estrategias y métodos para hacer confesar a la gente, ¿no? Si esos dos chicos estaban dentro de la organización, seguro que saben dónde lo tienen escondido.

—No tiene por qué, los pobres solo eran dos camellos de poca monta, dudo que tuviesen información importante o conociesen lugares de relevancia, por no decir que ambos llevan más de un año en la cárcel y esa gente cambia mucho de ubicación.

—Algo tienen que saber —insiste.

—Aunque así fuese, pese a estar presos, no van a traicionar a la organización, no son tontos y saben lo que podría pasarles si nos diesen alguna información. Los chivatos y los traidores son torturados y asesinados, incluso podrían ir a por sus familias. Dudo que quieran arriesgarse poniéndose en esa situación.

—¡Esto es una pesadilla! —grita frustrada, frotándose la cara con las manos.

—Siento no tener mejores noticias —farfullo disgustado, porque no me gusta sentirme importante y mucho menos verla sufrir así.

—Bueno, a ver —intenta razonar mientras pasea adelante y atrás por el salón—, en el peor de los casos, si no conseguimos encontrarlo antes, lo único que tenemos que hacer es esperar a que llamen pidiendo el dinero del rescate, entonces recuperaremos a Daniel. —Mi cuerpo se tensa cuando la veo detenerse, cerrar los ojos e inspirar con fuerza—. Solo espero que Dani aguante hasta entonces —añade entre susurros.

—Hemos hablado con Ramón y también con María, su madre.

—¡Pobre María! ¿Cómo se lo ha tomado? —Sus ojos se abren de forma desmesurada, buscando mi respuesta.

—Pues mal, tuvimos que llamar a una ambulancia para que la atendiera, ahora está en casa de su hermana, ella la está cuidando.

Iria asiente, con los ojos llenos de lágrimas.

—Pobre mujer, me alegro de que al menos no esté sola —musita—. No se merece tener que pasar por algo así.

—Como te decía, hemos hablado con Ramón y con María y ya les hemos informado de que no se va a pagar ningún rescate —anuncio con voz seria, a sabiendas de que mis palabras son una granada de mano a punto de explotar.

—¿Cómo dices? —pregunta ella, parpadeando varias veces, segura de no haber escuchado bien.

—No se va a pagar ningún rescate —repito en tono suave.

—Pero… No puede ser; la Policía, el Gobierno, tienen dinero para estas cosas; yo yo he visto, he leído que, cuando hay secuestros de españoles, ellos pagan…

—Iria —pronuncio su nombre, pero no me escucha.

—No puede ser, no puede ser —repite una y otra vez, levantándose de nuevo y comenzando a caminar adelante y atrás sin ton ni son.

—Iria —intento captar su atención, pero no me escucha, ha entrado en bucle y, así me ponga a gritar, no voy a hacerme escuchar.

—No, no, no, no —murmura—. Tiene que haber un error.

Su piel está tan blanca y falta de color, su cuerpo tiembla tanto que temo que termine despatarrada por el suelo o con otro ataque de ansiedad.

—Esos rescates de los que me hablas son casos muy puntuales en los que se dan un conjunto muy específico de factores. Este caso es diferente, no tiene nada que ver —intento hacerla entrar en razón.

—¿Diferente? ¿Cómo que diferente? —pregunta mirándome como si estuviese diciendo una estupidez—. Tú mismo has dicho que esa gente tortura y asesina a los traidores, y eso es lo que ahora mismo consideran a Daniel. Un traidor.

—Es verdad —afirmo asintiendo—. Pero sigue siendo un narcotraficante, él no es una persona inocente, él se ha metido ahí porque ha querido.

—¡Tienes que estar de broma! —brama con los ojos bañados en lágrimas—. ¡No me creo que estés hablando en serio!

—Iria, escúchame —le pido, poniéndome en pie para acercarme a ella y agarrarla con suavidad por los hombros.

—Tu amigo es un delincuente, un hombre que ha estado vendiendo droga a adolescentes y se ha aprovechado de la desesperación de muchas personas. —Deseo que recapacite, que piense con claridad, pero ella está obcecada y es incapaz.

—Aun así, tiene derecho a vivir —balbucea mientras una lluvia de agua salada comienza a empapar sus mejillas.

—Por supuesto que sí, y seguiremos buscándolo, pero el estado no puede pagar con dinero público dos millones de euros para salvar a un narcotraficante de un secuestro de su propia banda.

—Si conseguimos dar con él antes de que lo maten o pagamos su rescate y va a la cárcel, podría colaborar con vosotros para tener pruebas en contra de los que realmente queréis pillar. Podría resultaros útil para detener a los que realmente os interesan, en cambio, él solo es uno más —trata de persuadirme.

—Por desgracia, esto no funciona así; además, no te engañes, él no es uno más. Como te he dicho, estaba catalogado como uno de los hombres de confianza del jefe de la zona norte de la red.

—Lo estáis desahuciando —me acusa, con una mezcla de dolor y resentimiento que se me clava en el corazón.

—Yo solo puedo cumplir órdenes —le recuerdo dolido.

—Tú lo estás abandonando igual que los demás —sisea, zafándose de mi agarre con un movimiento brusco—. Pensé que eras de otra manera, creí que de verdad querías ayudarme.

—Ayudarte es lo único que he hecho durante todo este tiempo —asevero frunciendo el ceño.

Ella continúa llorando y temblando mientras su mirada, antes cargada de dulzura, se llena de rencor.

—Lo que tú has hecho es buscar la salida fácil, lo cómodo para no ensuciarte las manos. Te estás escudando en que no puedes hacer nada cuando hace poco me prometías que lo encontrarías —me acusa.

Sus palabras se incrustan en mi pecho como una daga de punta afilada. Sé que no es ella quien habla, sino su desesperación, pero me resulta igual de doloroso que haga esa acusación.

—¡Estás siendo muy injusta! ¡Yo he hecho todo lo que he podido! Me he reincorporado de las vacaciones antes de tiempo para ayudar en la investigación.

—¡Ohhh, pobrecito, qué pena me das! ¡Tú has perdido unas vacaciones, tranquilo, seguro

que las recuperas, mi amigo su vida no la va a recuperar! —grita desencajada.

Debería contenerme y callarme, pero soy incapaz.

—Tampoco la van a recuperar ninguno de los inocentes que murieron por la mierda adulterada que él y los otros hijos de puta como él se encargaron de distribuir. ¿Quieres ir tú a decirle a esas pobres familias que el dinero de sus impuestos se va a usar para pagar un rescate para el hombre que los mató?

Su cuerpo se dobla como si acabase de recibir una patada.

—Vete de mi casa —sisea señalando la puerta con la mandíbula apretada.

—Estás siendo irracional, no estás pensando con claridad.

—¡Lárgate! ¡No quiero volver a verte nunca más! —me espeta desencajada.

—No lo dices en serio —murmuro, incapaz de creer que esto se acabe aquí por algo que ni siquiera depende de mí.

—No he hablado más en serio en toda mi vida; puede que Dani muera, pero desde este momento, tú tampoco existes para mí.

La contemplo con una mezcla de enfado, tristeza y desolación apretándome el corazón.

Quiero hacerla comprender, quiero que entienda que el malo de esta historia no soy yo, pero soy consciente de que necesita buscar un culpable para su dolor y, por mucho que me joda, me temo que ese voy a ser yo.

Capítulo 20
La videollamada

Iria

Me levanto de la cama y me miro en el espejo. Parezco un espantapájaros, pero no uno de esos monos con cara risueña y ojos de botón, sino uno que serviría para protagonizar una peli de terror. Vamos que si estuviésemos en Halloween, ni necesitaría disfrazarme.

En mi defensa debo alegar que llevo una semana sin lavarme el pelo y un poco menos sin ducharme, apenas he probado bocado y lo de pegar ojo por la noche me parece tan posible como encontrarme de frente con un unicornio y que me lleve a dar una vuelta por el arcoíris hasta el país de los gnomos.

Resumiendo, que me siento como una mierda y, por si eso fuese poco, creo que incluso huelo como tal.

Durante estos eternos e insufribles días, no he parado de darle vueltas y más vueltas a la cabeza, mientras pasaba el tiempo regodeándome en mi tristeza, viendo fotos de aquellos años en los que Dani y yo, siendo solo unos ingenuos adolescentes, creíamos que nos comeríamos el mundo y también, por qué no reconocerlo, echando muchísimo de menos a Roi y preguntándome cómo es posible extrañar tanto a alguien que ha aparecido en tu vida hace tan poco y casi por casualidad.

Fácil: porque a veces las casualidades se convierten en los momentos más importantes de tu vida y el tiempo no es cuestión de cantidad, sino de calidad.

Minutos que aportan más que horas y días que llenan más que años, esa es la única explicación real.

Su ausencia, mi soledad y la falta de opciones son un cóctel molotov que me explota en la cara cada vez que me pregunto: ¿qué puedo hacer para ayudar? ¡Nada! Esa es la triste verdad y parte del problema; no puedo hacer nada, solo esperar y esperar mientras los segundos pasan, consumiéndome en una mezcla de dolor, angustia y ansiedad.

Arrastrando los pies, llego hasta la puerta y la abro, y salgo de mi encierro autoimpuesto buscando a mi madre por el salón. Sé que está ahí, que ha venido como viene cada mañana desde que Roi me trajo a casa dopada hasta las cejas directamente desde el despacho de Ramón.

La luz del sol que entra por la ventana abierta de par en par me hace parpadear para acostumbrarme a su brillo, a la vez que un alegre maullido me da la bienvenida desde el sillón. Frunzo el ceño y dirijo la vista hacia el lugar donde Scar se estira remolón.

—Traidor —murmuro en dirección al animal, que hace varios días que ni siquiera pone una pata en mi habitación.

—¿Ahora también la vas a tomar con el pobre gato? —me acusa mi madre con tono de pocos amigos mientras se acerca a mí con los brazos en jarras y una mirada reprobatoria dibujada

en la cara.

—Mamá, dame un respiro, ¿quieres? —le pido suspirando.

Ella niega con la cabeza, molesta, pero se da la vuelta y sigue limpiando el polvo del mueble del salón.

—¿Quéééé? —pregunto de mala gana, dejándome caer en el sofá como si fuera un saco.

—Nada —responde seca al mismo tiempo que frota con brío la madera.

—Mamá, nos conocemos, te mueres por soltar lo que sea que estás pensando.

—¿Yo? —Ella se señala a sí misma con gesto de suficiencia—. Te equivocas, cielo, como has podido comprobar, desde que empezaste con tu aislamiento voluntario y me mandaste darte espacio, no te he vuelto a molestar.

El tono en que lo dice me crispa, pero todo lo que dice es verdad.

Cuando poco después de irse Roi me encontró hecha un basilisco en mi habitación, intentó hablar conmigo, pero le pedí que se marchara (de forma poco amable, todo hay que decirlo) y, aunque desde entonces ha venido cada día para hacerme saber que cuento con su apoyo y su compañía, no me ha vuelto a decir una sola palabra.

—¿No será que eres tú la que quieres que te diga lo que necesitas escuchar? —añade, tan concentrada en su faena como si la paz mundial dependiese de limpiar a fondo el mueble de mi salón.

—No sé qué estás insinuando —digo encogiéndome de hombros.

—Lo sabes, lo sabes perfectamente porque de tonta no tienes ni uno de esos pelos de loca que no te lavas desde no se sabe cuándo.

—Mamá, haz el favor de no ensañarte, no me encuentro bien.

—Lógico, los remordimientos son jodidos, nena. Sobre todo, cuando te quedas con los que no te corresponden en lugar de hacerte cargo de los que deberías tener.

—Sigo sin entenderte —refunfuño molesta.

—Pues hija, es evidente —resopla—. Te sientes fatal por no poder ayudar a Daniel, cuando en realidad tendrías que estar arrepentida de lo mal que trataste al pobre Roi.

—¿Perdona? —cuestiono abriendo los ojos.

—¡Ay, mi vida, es que con lo inteligente que tú eres, te juro que no entiendo cómo te puedes haber vuelto tan cortita de repente!

—¡¿Me estás llamando tonta?! —exclamo, flipando cada vez más.

¡Manda narices lo que hay que aguantar! Cuando salí de la habitación y vi a mi madre, pensaba que iba a encontrarla en modo cariñoso, intentando hacerme sentir mejor y consolarme, no echándome la bronca e insultándome. ¡Si lo sé, me quedo dentro!

—¡Si solo fuese eso! —bufa, dejando el trapo apoyado en una de las baldas—. Pero es que, además de tonta de remate, estás siendo injusta y bastante ingrata.

—¡No me lo puedo creer! —exclamo negando con la cabeza.

—¡No me extraña! ¡Yo tampoco podía cuando, al llegar a la comisaría, el inspector Gómez me puso al día! —replica.

—Espera, espera, espera —la detengo—. ¿Fuiste a la comisaria a hablar con Roi?

—Hombre, claro, si tú no querías decirme nada, de alguna manera tenía que enterarme de lo que había pasado —responde, como si fuese lo más natural del mundo—. Fue de lo más amable, a pesar de que al pobre se le veía agotado y destrozado. Me invitó a un café y me contó todas las burradas que le habías soltado.

—¡Mamá, eres tremenda! —protesto.

—¿Tremenda, yo? —repite indignada—. ¡Tremendo el disgusto que tenía el pobre hombre!

—¡Estoy alucinando! —resoplo, incapaz de añadir nada.

—¡Pues imagínate lo que aluciné yo cuando me enteré de que, en vez de asumir que tu amigo Daniel la ha cagado, has intentado cargar tú, y lo que es peor, cargar al pobre Roi, con las consecuencias de sus actos!

—¡Yo no he hecho eso! —exclamo, sintiendo como mis mejillas enrojecen a causa de la culpa y la rabia.

—¡Por supuesto que lo has hecho! —me acusa, señalándome con el dedo.

Cruzo los brazos sobre el pecho e intento sin éxito contener las lágrimas que brotan de mis ojos a borbotones mientras mi mandíbula comienza a temblar.

Mi aspecto debe de ser tan lamentable que al final mi madre termina por apiadarse y, tras lanzar un suspiro pesaroso, se acerca, se sienta a mi lado y, pasándome un brazo sobre los hombros, me acurruca contra su cuerpo para acariciarme el pelo con suavidad.

—Cariño, Daniel se equivocó, se metió en un lío que tiene difícil solución y, en vez de comprender y aceptar que él mismo es el único que tiene que asumir las consecuencias de su error, tú te culpabilizaste por no hallar una solución imposible, por no poder salvar lo insalvable y, de paso, heriste y culpaste también al pobre Roi.

Sus palabras resuenan como un latigazo dentro de mi cuerpo, provocándome un inmenso dolor.

—Yo solo… No quería fallarle otra vez —musito.

—Él optó por el camino equivocado, y sé que es doloroso y que estás decepcionada y triste, pero no puedes permitir que su elección determine tu vida —asegura, acariciándome con cariño el brazo.

—¿Estaba Roi muy enfadado? —pregunto tras unos segundos, aún sin tener claro si quiero conocer la respuesta o no.

—«Enfadado» no es la palabra que yo usaría; estaba más bien triste, decepcionado y apenado —confiesa ella—. Y aun así, no ha dejado ni un solo segundo de buscar a Dani, y estoy segura de que lo ha hecho por ti, aunque, por desgracia, no lo haya encontrado.

—Fui muy injusta con él —admito, sintiéndome fatal por haberlo tratado tan mal, por perderlo y por permitir que el dolor me cegase tanto como para no saber ver y valorar que lo que teníamos era lo más auténtico y especial que he vivido jamás.

—Lo fuiste, pero estoy segura de que todo se puede arreglar —responde ella con ternura.

Ambas permanecemos en silencio durante unos segundos en los que mi corazón late con fuerza por el deseo de que esté en lo cierto.

—No todo; se acaba el tiempo, dentro de un par de horas Ramón recibirá esa llamada y ya no habrá marcha atrás —susurro con voz trémula mientras se me encoge el corazón.

—Piensa que al menos estuvisteis juntos, os reencontrasteis, pudisteis abrazaros de nuevo y le pediste perdón. Tal vez esa sea la segunda oportunidad que la vida os regaló.

Sus palabras me desangran por dentro, pero una pequeña parte de mí sabe que quizás tenga razón.

Haber podido verlo, hablar con él y disculparme por lo que en su día hice mal es un pequeño consuelo que nadie me va a arrebatar; eso y la última sonrisa que me dedicó justo antes de despedirnos son dos cosas que siempre me acompañarán.

—Ramón me ha dicho que, por si hay alguien vigilando sus movimientos, recibirá la llamada en la oficina, para que nadie sospeche que se ha puesto en contacto con la policía. Quiero estar allí cuando esa llamada tenga lugar —anuncio—. Aunque no pueda hacer nada, creo que al menos le debo eso. Estar al otro lado de la línea en ese momento.

—¿Estás segura? —La duda en la voz de mi madre me hace temblar—. Será un momento difícil.

—Si no voy, no me lo perdonaré jamás —susurro.

Tengo que ir, necesito ir porque, aunque tenga que aceptar que no voy a conseguir salvarlo, tampoco pienso ni puedo permitirme abandonarlo.



Algo extraño se percibe en el ambiente desde que pongo un pie en la planta donde se encuentra la empresa de Daniel. Hay demasiado silencio, demasiada tranquilidad… Es como la calma que precede a la tempestad.

Un escalofrío me recorre el cuerpo entero, a pesar de que a simple vista todo transcurre con normalidad. Los empleados permanecen en sus mesas, concentrados, con la vista fija en la pantalla del ordenador y, al igual que las veces anteriores, Laura, la secretaria, me recibe desde el mostrador de recepción.

Sin embargo, a pesar de que la imagen quiera reflejar que todo va bien, la atmósfera está cargada de un aire de pesimismo y la tensión se respira por doquier.

Me pregunto cuánto sabrán los que hasta hace pocos días eran sus compañeros y qué pensarán…

Laura carraspea, captando toda mi atención, y al contrario que en mis anteriores visitas, en esta ocasión me señala con la mano la dirección en la que se encuentra la sala de reuniones.

—Puedes pasar —afirma en voz baja, y me obsequia con una nerviosa sonrisa y un destello triste camuflado en su mirada.

—Gracias —susurro, y me encamino hacia allí sin perder un segundo. No parece sorprendida al verme, por lo que deduzco que Ramón, con el que hablé antes de salir de casa, le habrá dicho que iba a venir. Se lo agradezco porque hoy no me encuentro con ánimo para discutir.

Estoy muerta de miedo, histérica y tengo la sensación de que el pecho me va a estallar. Una parte de mí solo quiere correr en dirección contraria, esconderse bajo las sábanas de mi cama y mantenerse ajena a todo lo que va a pasar. No obstante, necesito hacer esto, necesito estar aquí porque estoy segura de que, por mucho que se haya equivocado, por mucho que haya elegido el camino errado, él lo haría por mí.

La puerta está cerrada y, durante unos segundos, dudo entre llamar o entrar. Al final abro, y me quedo petrificada, sin atreverme a pasar.

Si fuera el ambiente estaba enrarecido, el movimiento y la tensión que se respira dentro de esta sala es brutal.

Nadie parece haberse percatado de mi presencia, así que, durante unos segundos, estudio la escena, compuesta por siete personas: tres mujeres y cuatro hombres de los que solo reconozco a Juan y a Ulloa.

Por otro lado, Ramón permanece sentado en una de las sillas, con su móvil delante, mientras una chica joven y Ulloa conectan unos cables desde su teléfono a un ordenador.

Al lado de la ventana, una mujer algo más veterana habla en voz baja con un hombre de unos sesenta años y con Roi.

Roi, es verlo y darle un vuelco a mi ya de por sí acelerado corazón.

Sabía que lo había echado de menos, pero creo que ni yo misma he sido consciente de

cuánto hasta que no he vuelto a encontrármelo dentro de esta maldita habitación.

Mis ojos lo recorren con premura de arriba abajo. Lleva el pelo mojado, un pantalón vaquero negro, su cazadora de piel y está increíblemente guapo, a pesar de verse algo pálido y más ojeroso de lo que suele ser habitual en él.

—Iria. —Ulloa pronuncia mi nombre al percatarse de mi presencia y todos se giran hacia mí, pero yo no puedo apartar los ojos de Roi cuya mirada se oscurece y cuyo gesto se tensa al descubrirme.

Algo incómoda, froto mis manos una contra la otra.

—No quiero molestar, solo… —comienzo a disculparme, pues soy consciente de que mi presencia igual no es del todo bien recibida.

—Tranquila, Ramón nos dijo que vendrías —me interrumpe él con voz rasposa.

Acto seguido, sus ojos vuelven hacia el comisario y continúa con su conversación anterior como si yo no estuviese; el resto lo imita y me siento todavía más estúpida y fuera de lugar.

—Iria, ¿por qué no te acercas? —me llama Ulloa, apiadándose de mí al verme parada en medio de la sala sin saber qué hacer o a dónde ir.

Agradecida por el gesto, asiento y me aproximo a él.

—Ya lo tenemos todo preparado para intentar localizar la llamada —me explica, señalando los equipos distribuidos sobre la mesa.

—¿Crees que funcionará? —murmuro nerviosa, observando de reojo a Roi.

—Estoy seguro, aunque eso no nos garantiza que el lugar desde el que se comuniquen sea el mismo donde tienen retenido a Daniel. De hecho, lo más probable es que ni se le acerque.

Asiento, estudiando un momento los equipos a los que se refiere, para devolver enseguida mi atención a Roi.

—Estoy seguro de que se alegra de verte, aunque sea en esta situación —susurra el inspector de Delitos Informáticos en mi oído, para que solo yo lo escuche.

—Pues lo disimula la mar de bien —murmuro algo decepcionada.

No es que esperase que saltara a mis brazos en cuanto yo entrase por la puerta ni nada por el estilo, pero al menos sí tenía la esperanza de poder aclarar las cosas hablando con él.

Una sonrisa amigable asoma a su rostro.

—Imagino que tampoco tú fuiste la amabilidad personificada la última vez que estuviste con él —me acusa sin rastro de acritud o reproche en sus palabras.

—¿Te lo contó? —pregunto.

—No hace falta —asegura negando con la cabeza—. Lleva una semana sin salir de la comisaría más que lo imprescindible, está de un humor de perros, apenas duerme y se hincha a café. Aun a riesgo de que me llames loco, eso me lleva a pensar que vuestra última conversación no fue del todo bien.

—Es complicado —siseo.

—¡Por supuesto que lo es! Sin embargo, dentro de lo malo, has tenido la suerte de dar con un gran tipo que se ha dejado y se está dejando la piel.

—Lo sé —admito.

—¿Y él está al tanto de que lo sabes? —Ahora su voz sí suena a reproche.

—Puede que no —concedo, y suspiro desanimada.

—Pues entonces, yo que tú… —responde Ulloa.

De repente, el teléfono de Ramón comienza a sonar y todo el mundo toma posiciones.

Ulloa deja la frase a medias y se pone a teclear a toda velocidad en el portátil, que permanece conectado al móvil, mientras el resto de los presentes lo rodea en silencio, esperando

indicaciones.

El denso silencio solo se ve interrumpido por el timbre de la llamada y el arrítmico sonido de nuestras aceleradas respiraciones.

—Es una videollamada —comenta Ramón, sorprendido, alzando la mirada hacia los agentes que tiene alrededor.

—Contesta —ordena Ulloa, que se coloca unos cascos.

Una mano aprieta mi brazo en señal de apoyo y, al alzar la vista, descubro a Roi a mi lado, con la mirada llena de preocupación clavada en su compañero.

El gesto me conmueve y mis ojos se llenan de lágrimas al comprender, una vez más, lo injusta que he sido con él.

La imagen que aparece en la pantalla del ordenador cuando Ramón acepta la llamada atrapa toda mi atención.

Es una nave de ladrillo rojizo y apariencia desvencijada.

—¿Tienes el dinero? —pregunta una voz distorsionada.

—Todavía no, necesito más tiempo —responde Ramón entre titubeos.

—Respuesta equivocada —se escucha a su interlocutor.

—Por favor, por favor, estoy en ello, solo necesito algunos días más —intenta convencerlos el jefe de Dani, mientras Ulloa le hace gestos para indicarle que mantenga activa la conversación y el resto de los presentes contenemos el aliento sin apartar los ojos de la pantalla.

—Te dije que no hablases con la policía —le recuerda el secuestrador.

—Y no lo he hecho —afirma Ramón, tratando de sonar lo más convincente posible.

—Me considero un hombre de palabra, y también bastante razonable —comenta sin alterarse lo más mínimo.

—Estoy seguro de ello, por eso le pido un poco más de tiempo —replica Ramón a quien cada vez le cuesta más disimular lo nervioso que está.

—Y te lo daría —comenta el hombre con un tono que me hiela la sangre y me paraliza la respiración—. Si no fuese porque tanto tú como Daniel habéis intentado tomarme por tonto, habéis abusado de mi confianza, y eso es algo que no se puede perdonar.

Es escuchar sus palabras y mi cuerpo comienza a temblar.

—No-no sé a qué se refiere —tartamudea Ramón, mirando de reojo a Ulloa que le indica con una mano que siga hablando.

—Primero, Daniel cometió la desfachatez de pensar que podía robarme en mi cara —continúa diciendo la voz—. Yo le di confianza, lo traté como a uno más de mi extensa familia, y el abusó de mí. Debí matarlo en el momento en que me enteré, pero decidí darle una oportunidad de salvar su vida pidiéndote un rescate que cubriese el dinero que su deslealtad me hizo perder.

Ramón asiente, con el rostro pálido.

—Solo te pedí dos cosas, que tuvieses el dinero en un plazo de tiempo más que razonable y que no hablases de esto con nadie.

—El dinero puedo conseguirlo y no he hablado con…

—¿De verdad creías que no me iba a enterar? ¿En serio pensabas que poniéndote en contacto con la policía lo ibas a encontrar?

La carcajada que suena al otro lado desprende tal cantidad de maldad que estoy segura de que me voy a desplomar.

—Yo no quería… Por favor, solo necesito algo más de tiempo —balbucea Ramón con los ojos anegados en lágrimas.

—Tarde, habéis intentado jugármela y, como castigo, ahora Daniel se consumirá ante

vosotros, morirá ante vuestros ojos sin que podáis hacer nada para salvarlo.

Las lágrimas comienzan a descender por mis mejillas y un grito escapa de mi garganta cuando, segundos después, una explosión resuena en la pantalla y todos vemos como el edificio comienza a arder y cientos de cristales salen despedidos por los aires.

—¡Lo tengo! —grita uno de los agentes que buscaba coincidencias estructurales de la nave rojiza en los archivos policiales—. ¡Ese edificio está en el polígono de Charán, a las afueras, a diez minutos al norte!

—¡Vamos, vamos, vamos! —vocea el comisario. Acto seguido, sale corriendo mientras usa su teléfono para enviar a otras unidades, bomberos y servicios sanitarios más próximos a la ubicación, indicándoles que hay un varón retenido en el interior.

—Al menos sabréis dónde recoger sus cenizas, aunque será difícil diferenciarlas de todas las demás —se carcajea la voz al otro lado antes de que Ramón cuelgue y salga disparado detrás de los demás.

Intento imitarlos, pero mi cuerpo tiembla tanto que no creo que pueda caminar y el aguacero que inunda mis ojos no me permite ver con claridad.

Por suerte, una mano me agarra con fuerza y, a través de la lluvia de lágrimas que me empapa el rostro, veo a Roi tirando de mí para ayudarme a avanzar.

Asiento y, cogidos de la mano, corremos en dirección a la salida a toda velocidad, volamos escaleras abajo y, antes de darme cuenta, estoy sentada en el coche patrulla intentando abrocharme el cinturón con dedos temblorosos mientras Roi arranca. Enseguida salimos, con el sonido de la sirena mezclándose con mi voz que murmura una y otra vez «no vamos a llegar, no vamos a llegar» mientras, con la vista fija en la carretera, acuno mi cuerpo hacia delante y hacia atrás.

Capítulo 21
Con sirenas y a lo loco

Roi

¡Esto es una puta locura! ¡No me puedo creer que la nave haya explotado delante de mis ojos! Y ¡peor aún! ¡No me puedo creer que la nave haya explotado delante de los ojos de Iria! Creí que le daba algo allí mismo cuando vio las imágenes en la pantalla del ordenador.

La observo un segundo de reojo y maldigo para mis adentros al ver sus mejillas cubiertas de lágrimas y su cuerpo moviéndose de forma frenética hacia delante y hacia atrás. Su dolor me oprime el corazón y, una vez más, me siento inútil e impotente por no haber podido evitarle todo este sufrimiento y ayudarla más. Le he fallado y eso no me lo va a perdonar.

Estaba seguro de que no era una buena idea que presenciase esa conversación telefónica de Ramón, y no porque no quisiese verla, o encontrarme con ella, ya que, a pesar de estar dolido y molesto por su reacción de hace una semana, reconozco que la echaba de menos más de lo que nunca he echado de menos a nadie, y que me moría por tenerla delante; si no quería que vienese, era porque estaba convencido de que no iba a ser un momento sencillo ni mucho menos esperanzador, porque la cosa pintaba mal y, sin embargo, ¿qué podía hacer yo? Después de echarme el otro día de su casa y dejarme claro que no quería volver a verme, dudo mucho que le importase un bledo mi opinión.

Cuando la vi… Cuando mis ojos se encontraron con los suyos… Reconozco que todo mi enfado se evaporó, parecía tan frágil y perdida que tuve que echar mano de una fuerza de voluntad que ni siquiera sabía que tenía para no correr a su lado, abrazarla y alejarme con ella de la puñetera sala de reunión. Y para colmo de males, cuando la imagen del polígono con la nave apareció en el ordenador, enseguida supe que la cosa se iba a poner incluso peor.

Ahora, ¿lo de la explosión? ¿Que nos mostrarán en directo su ejecución? Eso ni se me había pasado por la imaginación.

Un nuevo sollozo que escapa de su garganta se cuela en mi mente y me golpea como una patada en el esternón. Maldiciendo de nuevo, piso el acelerador para pasar un semáforo en ámbar, y giro hacia el carril derecho intentando ahorrar unos segundos al tomar un túnel para evitar la rotonda que mis compañeros acaban de tomar.

Una nueva mirada de reojo a mi lado me hace estremecer; está todavía más pálida que antes y no cesa de murmurar algo que no logro entender.

Con los dedos crispados sobre el volante, adelanto dos coches que parecen ir lentos solo por vacilarme y tomo una circunvalación que me conduce a las afueras de la ciudad. Mis nudillos se vuelven blancos de tanto apretar hasta que, un par de minutos más tarde, observo alzándose hasta el cielo una inmensa columna de humo negro que me indica que estamos a punto de llegar.

—Ya casi estamos —murmuro, no sé si para mí o para ella.

Iria asiente y se desabrocha el cinturón.

—Escucha, igual es mejor que te quedes dentro del coche —intento persuadirla en cuanto nos adentramos en el polígono—. Creo que no es una buena idea que te… — trato de hacerla razonar, pero todavía no he frenado del todo cuando ella ya ha saltado del vehículo y ha echado a correr hacia el cordón de seguridad que los compañeros que han llegado pocos minutos antes que nosotros, al encontrarse por la zona al recibir el aviso del comisario, se están encargando de delimitar.

—¡Iria! —grito saliendo tras ella en cuanto apago el motor, sin molestarme siquiera en cerrar la puerta del conductor—. ¡Iria! —la llamo de nuevo.

Aquí todo es una locura, hay al menos cuatro coches patrulla, dos ambulancias y cuatro camiones de bomberos, aparte de unos cuantos curiosos procedentes de las naves más cercanas que, sin duda alertados por el sonido de la explosión y el humo, se han acercado para ver lo que estaba ocurriendo.

—No se puede pasar —escucho que le dice el jefe de bomberos con voz seria al llegar a su lado—. Es imposible entrar en ese edificio, hay riesgo alto de derrumbe. Tendremos que sofocar el fuego desde fuera.

—¡No pueden dejarlo ahí! ¡Está ahí dentro! —exclama ella con voz rota.

El comisario, Juan y varios de mis compañeros llegan justo en este momento.

—En qué punto se encuentra la situación —solicita mi jefe, que observa horrorizado el escenario.

—Como acabo de decirle a la señorita, es imposible entrar, una partida de mis hombres está buscando a la víctima tanto en el sótano como en la primera planta de momento, sin resultado, y no es posible acceder a las superiores mientras no consigamos controlar el fuego. Algunas de las paredes estructurales y el tejado están en muy mal estado. Hay un riesgo muy elevado de que todo esto se desplome.

Una voz suena por el interlocutor.

—Teniente, informe de la situación —solicita el jefe de bomberos.

—Negativo, no hay rastro de él —afirma uno de los hombres, que continúa dentro del edificio.

Un ruido atronador resuena por la radio y el jefe vuelve a comunicarse con su equipo.

—Informe de la situación —solicita.

—Acaba de derrumbarse una parte del techo de la primera planta —comunica un hombre entre jadeos.

—Quiero a todo el mundo fuera del edificio —ordena el hombre después de varios minutos en los que sus hombres intentan en vano dar con Daniel.

—¡Nooo! ¡No pueden dejarlo ahí! —exclama Iria desesperada.

—¿Qué posibilidades hay de que el hombre que está en el interior continúe con vida? —pregunto, temiendo la respuesta.

—Nadie podría sobrevivir a ese infierno, ni siquiera mis hombres con el equipamiento apropiado pueden permanecer dentro durante más tiempo, mucho menos sin él —responde con rotundidad.

Sus palabras hacen que el cuerpo de Iria se doble como si acabase de recibir un puñetazo en el estómago. Abre la boca, dispuesta a protestar de nuevo, sin embargo, el comisario levanta la mano para indicarle que guarde silencio.

—¿Cuál va a ser el procedimiento a seguir a partir de este momento? —se interesa, dirigiéndose al jefe de bomberos.

—Estamos intentando enfriar la estructura y controlar el fuego desde el exterior; si lo conseguimos, podremos entrar para actuar con mayor rapidez y eficacia. Necesitamos controlar todo esto cuanto antes para evitar nuevas explosiones que puedan afectar a naves o empresas colindantes.

—¡No puede ser, no podemos dejarlo ahí! —grita Iria, que se desploma en mis brazos.

La sostengo contra mi cuerpo mientras acaricio su pelo con ternura.

—Es mejor que te saque de aquí —propongo con voz suave.

—Noooo —responde entre hipidos.

—Iria, no ganas nada quedándote a presenciar esto —trato de persuadirla, pero ella niega de nuevo con la cabeza.

—Capitán, tenemos un problema —gritan dos bomberos que se acercan a toda prisa con cara de circunstancias al bombero al mando.

—¿Qué pasa? —pregunta el máximo responsable.

—¿Ve aquel coche de allí? —indica el hombre, señalando un coche bastante nuevo aparcado a pocos metros de uno de los laterales del edificio, cerca de la zona donde se ha fijado el cordón de seguridad tras el que nos encontramos.

—Sí —responde el hombre.

—Es muy probable que contenga combustible en su depósito y se está recalentando demasiado, las llamas están ganando terreno en esa dirección y el fuego está a punto de alcanzarlo. Si eso ocurre, podría producirse una nueva explosión, necesitamos aumentar el radio de seguridad, estamos demasiado cerca.

De repente, Iria se queda inmóvil, deja de sollozar y, elevando la barbilla, me observa con los ojos abiertos de par en par.

—Estamos demasiado cerca —repite, secándose los ojos con el dorso de la mano.

—Sí, tenemos que alejarnos —ordena el comisario, que indica a las ambulancias y al resto de las personas que se arremolinan a nuestro lado que comiencen a retroceder.

—Estamos demasiado cerca —repite Iria, apartándose de mí para aferrarse a la cinta que hace las funciones de cordón de seguridad—. ¡Estamos delante de él! —grita antes de meterse por debajo y echar a correr en dirección al vehículo como una posesa.

—¡¿Qué hace esa mujer?! ¡¿Se ha vuelto loca?! —grita el capitán de los bomberos sin dar crédito a lo que acaba de suceder.

¡No puedo culparlo, ni yo mismo me lo puedo creer!

—¡Iria! —vocifero, con el corazón latiendo desenfrenado en mi garganta al verla aproximarse como una kamikaze en dirección al coche que, al parecer, está a punto de explotar.

—¡Que alguien saque de inmediato a esa tarada de ahí! —ordena el capitán a uno de sus hombres, que deja lo que está haciendo para intentar interceptar a la mujer, que lo sortea como si estuviesen en medio de un partido de fútbol americano y le fuese la vida en marcar un *touchdown*.

—¡A la mierda! —grito, atravesando yo también la cinta para echar a correr en su dirección.

—¡Iria! —la llamo a voces mientras me aproximo a ella.

—Inspector Gómez, ¿se puede saber qué hace? ¡Venga de inmediato a la zona de seguridad! —grita a la vez mi superior.

—¡Iria! —bramo a todo pulmón.

—¡Inspector, es una orden, regrese de inmediato! —me reclama el comisario con tono enfadado y autoritario.

—¡Sacad de ahí a esos dos chalados! —indica el capitán a sus hombres, que ahora se dirigen hacia mí.

Ignorándolos a todos, continúo corriendo lo más deprisa que puedo; cuanto más avanzo, más me sofoco al respirar, el humo se vuelve más denso y ya puedo sentir el ardor del fuego.

—¿Se puede saber qué demonios haces? ¿Has perdido la cabeza? —la increpo cuando al fin la alcanzo, tomándola por el brazo y obligándola a volverse hacia mí. Estoy exhausto y me cuesta hacerme oír por encima del crepitar de las llamas y de los estruendos que se producen en el interior del edificio.

Estamos tan cerca que el calor me abrasa la cara.

—¡¿Es que no te has dado cuenta?! —exclama ella, mirándome como si el loco fuese yo.

—¡No tengo ni idea de qué hablas, pero voy a sacarte de aquí por las buenas o por las malas! —digo agachándome para cubrir su cabeza con mi brazo cuando un trozo de cristal sale despedido por una de las ventanas.

—¡Está ahí! —me asegura ella, intentando zafarse de mi agarre—. ¡Está en el coche!

Sus palabras me dejan paralizado y la observo con los ojos entrecerrados.

—¡¿Se puede saber qué dices?!

—¡¿Es que no te has dado cuenta?! ¡Todo el tiempo ha estado ahí! La persona que lo secuestró nos lo dijo muy claro: «Morirá delante de vuestros ojos sin que podáis hacer nada para salvarlo» —recita de memoria.

Abro la boca y desvío la mirada al coche, preguntándome si puede ser posible…

—¡No podíamos salvarlo porque todo el tiempo estábamos buscando en el sitio equivocado! ¡Todo era una trampa, un engaño!

—No puede ser —murmuro, y corro hacia el coche.

—Tú mismo dijiste que iban a torturarlo. ¿Qué mayor tortura puede haber que morir quemado lentamente y rodeado de gente que te está buscando donde no es? —pregunta.

No me lo puedo creer, pero su razonamiento me cuadra del todo con la mente enferma y retorcida de esos criminales.

Los dos llegamos al coche y miramos los asientos del interior.

—Están vacíos —anuncio.

—El maletero, tiene que estar en el maletero —indica ella, echando la mano al coche parar abrir el compartimento. Sin embargo, en cuanto sus dedos tocan el metal, sus labios profieren un grito agudo de dolor y retira con gesto contrito la mano, moviéndola sin parar.

—¿Estás bien? —pregunto de forma absurda, pues es obvio que no lo está.

—Arde —dice de manera escueta, incapaz de contener las lágrimas.

—Echadnos una mano —pido al bombero que, al parecer, ha ido a buscar refuerzos para sacarnos de aquí y se acerca corriendo con un compañero.

—¡Fuera de aquí ya! —ordena el hombre con cara de pocos amigos.

Una madera ardiendo sale despedida del edificio y aterriza junto a nosotros.

—Necesitamos abrir ese maletero —le indico, al darme cuenta, aliviado, de que lleva una Halligan.

—¡Que salgan ya! —grita el bombero.

—¡Hay un hombre dentro! —vocifera Iria, agarrando a su compañero por la chaqueta con la mano sana—. ¡Y resulta que ese hombre es mi amigo y no pienso irme de aquí sin él, así que o nos ayudáis a abrir el puñetero maletero o ya podéis sacarme a rastras!

Los dos bomberos se miran entre ellos sin saber qué hacer.

—¡Vamos a terminar antes si lo abrimos que si nos ponemos a discutir! —les aseguro—.

Con eso no tardaremos más de unos segundos —añado señalando la herramienta que utilizan para forzar puertas y ventanas.

—Está bien —accede de mala gana uno de ellos. Y los tres nos acercamos al maletero para maniobrar con la herramienta hasta que conseguimos que el metal ceda.

Su compañero, que se ha acercado también, levanta la puerta, ayudándose por sus guantes.

—¡Os lo dije! —exclama Iria al comprobar que, en efecto, tal y como predijo, dentro del maletero, inconsciente, ensangrentado y maniatado, se encuentra Daniel.

Un nuevo proyectil ardiendo impacta a escasos metros de la pierna de uno de los bomberos y los cuatro nos miramos asustados.

—¡Tenemos que salir ya de aquí! ¡Esto empieza a ponerse feo de verdad! —anuncia su compañero mientras por radio pide asistencia médica para el herido e informa del hallazgo y de la situación.

—¡Vamos! —grita el primero al tiempo que entre los dos consiguen sacarlo del maletero para transportarlo como pueden, sujeto por brazos y piernas, intentando hacerle el menor daño posible.

Lo ideal sería llamar a una ambulancia, pero no podemos arriesgarnos a que nadie más se acerque hasta aquí.

Un ruido ensordecedor resuena a nuestro alrededor y una intensa llamarada atraviesa el tejado en dirección al cielo.

—¡Corred! —ordena uno de los bomberos—. Sin perder un solo segundo, agarro a Iria de la mano y ambos echamos a correr buscando una zona de seguridad. No obstante, no habremos recorrido más de unos metros cuando, al escuchar un crujido a nuestra espalda, me vuelvo y veo un cristal volando hacia nosotros.

En un acto reflejo, la empujo contra el suelo y cubro su cuerpo con el mío. Al instante, un dolor agudo me atraviesa el hombro; el dolor se extiende por mi cuerpo, paralizándome por completo, se me nubla la vista y todo se vuelve difuso a mi alrededor hasta que ya no siento nada, ni siquiera dolor.

Capítulo 22
La espera

Iria

Han pasado más de doce horas desde que llegamos al hospital y no me he movido de la sala de espera más de lo imprescindible, lo que se traduce en varios viajes a la máquina de café y al baño.

Estoy agotada, pero los nervios me ayudan a mantenerme despierta. Los nervios y lo difícil que me resulta digerir todo lo que ha pasado, eso por no hablar de que me siento como una mierda por cómo lo he tratado.

La cagué, me dejé llevar por mi dolor y mi preocupación y pagué mi frustración con él cuando no se lo merecía, cuando lo único que hizo por mí fue apoyarme, devolverme la ilusión, ayudarme a reencontrarme con la persona que algún día fui e incluso salvarme la vida.

—Todavía no me puedo creer que Roi cubriese mi cuerpo con el suyo para recibir el impacto por mí —murmuro—. Si no se hubiese interpuesto en el camino de ese cristal asesino, en el mejor de los casos, la que ahora estaría en esa cama atiborrada de calmantes sería yo.

—No sé de qué te sorprendes, se nota que mi hermano haría cualquier cosa por ti —susurra Bruno, golpeándome el brazo con confianza.

Le dedico una mirada atormentada y una sonrisa de agradecimiento.

Al parecer, todos los policías tienen un contacto al que avisar en caso de que pase algo, y Bruno es el suyo. Por ello, como es lógico, el comisario se puso en contacto con él en cuanto llegamos al hospital y, desde que lo llamaron, se plantó aquí y no se ha separado de mi lado.

—Ojalá se despertase de una vez —musito.

—Sabes que tuvieron que sedarlo para sacarle los trozos de cristal que tenía incrustados, limpiar bien la zona de restos y hacerle un zurcido en condiciones. Además de que los médicos prefieren tenerlo en observación durante unas horas para asegurarse de que no tiene ningún tipo de conmoción y la enfermera ya nos ha avisado de que todavía tardará un poco en despertarse a causa de la medicación. ¿Por qué no te vas a casa a dormir algo? Te prometo que te avisaré en cuanto despierte cualquiera de los dos.

—Ni de broma —respondo.

—Vamos, estás mugrienta, debes de estar hambrienta y tienes que estar reventada —afirma arqueando las cejas.

—Tu hermano ha recibido un cristal por mí, resistiré un poquito de hambre, es lo mínimo que puedo hacer.

—Mujer, dicho así… El que te escuche pensará que recibió una bala en el corazón y no un cortecito de nada.

—¿A quince puntos y diez trozos de cristales que tuvieron que extirparle los llamas

«cortecito de nada»? —replico.

—Piénsalo de esta forma… Si estuviese en un examen, tendría un sobresaliente —comenta como si nada.

—Eres tremendo —lo acuso.

Le dedico una sonrisa, porque aprecio de verdad que, a pesar de la situación y de su evidente preocupación por su hermano, intente hacerme sonreír.

—Vamos, al menos vete a la cafetería del hospital y come algo —insiste—. Además, ya has escuchado lo que nos han dicho, ambos están fuera de peligro, lo de mi hermano no reviste gravedad y tu amigo, a pesar de las costillas rotas, las heridas y las quemaduras también va a ponerse bien.

La imagen de Dani atado de pies y manos dentro de ese coche se me viene de nuevo a la mente y un estremecimiento me recorre de la cabeza a los pies.

—Dos costillas y un brazo rotos, algunos cortes superficiales, varios moratones, inhalación de humo y algunas quemaduras provocadas por el contacto con el coche en las zonas de su cuerpo que la ropa no cubría bien… Créeme, ha tenido suerte, eso no es nada para lo que pudo ser —comenta, como si estuviese leyéndome la mente.

—¿Qué le va a pasar ahora? Me refiero a cuando salga del hospital —especifico.

Su rostro se vuelve serio.

—Lo tiene complicado, una buena temporadita entre rejas va a pasar —admite—, pero al menos está vivo y eso le da una oportunidad.

Mis tripas rugen y Bruno las señala.

—¿Ves? Hasta tu estómago me da la razón —resopla señalando mi barriga—. Vete a comer algo, mi hermano dice que eres una cabezota y, como no me hagas caso, al final voy a tener que acabar dándole la razón, y no hay cosa que me joda más en el mundo que darle la razón, así que no me obligues a hacerlo, por favor.

De nuevo sonrío; este hombre es de lo que no hay, pero consigue convencerme por lo que, aunque de mala gana, accedo y, bajo la promesa de avisarme en cuanto se despierte cualquiera de los dos, me pongo en pie y me encamino a la cafetería que, por supuesto, a estas horas está casi vacía.

La chica que atiende detrás del mostrador me recibe con una sonrisa, pido un sándwich y un zumo y, sentándome en una mesa, me dispongo a empezar.

—Iria, bonita, ¿eres tú? —La voz de María me hace detenerme justo cuando voy a llevarme la comida a la boca.

—¡María! —exclamo, y me pongo en pie para abrazar a la mujer, que tiene los ojos enrojecidos e hinchados de tanto llorar.

—No quiero molestarte, solo necesitaba darte las gracias por todo lo que has hecho por Daniel —comenta con voz pesarosa.

—No tiene que dármelas —afirmo con voz segura.

—Por supuesto que tengo que hacerlo. —Su voz suena rota y siento que se me encoge el corazón—. Ahora la gente comenta cosas, sé que todos van a darle la espalda y que los vecinos hablan cuando me ven por el portal, pero siempre ha sido un buen hijo, yo lo quiero y eso no va a cambiar —asegura la mujer.

Observo con lástima cómo la María risueña y vivaz que yo conozco ha envejecido de golpe y se ha vuelto pequeñita al cargar el peso de un universo que no le corresponde sobre sus estrechos hombros.

—También ha sido siempre un buen amigo y eso tampoco va a cambiar —le prometo,

dedicándole una sonrisa cargada de afecto.

—La policía me ha contado todo lo que ha hecho y sé que muchos desearían que hubiese muerto, pero no es mi caso; yo rezaba para que lo encontrasen vivo y, gracias a ti, todavía puedo verlo, abrazarlo y escuchar su voz, y siempre te estaré agradecida por ello.

—No hay nada que agradecer. Lo ayudaremos a salir adelante.

—Eres un ángel, niña —afirma, y me abraza de nuevo. Luego me aprieta la mano con emoción.

—Daniel saldrá adelante —le aseguro con convicción.

Ella asiente y, tras soltarme, se aleja cabizbaja y terriblemente sola, pellizcándome el corazón.

Observo el sándwich y siento repulsión, ya no tengo hambre, se me ha pasado toda con el bajón.

Cansada de darle vueltas y más vueltas al asunto, cruzo los brazos sobre la mesa, apoyo la cabeza sobre ellos y se me cierran los párpados… Solo durante un par de minutitos, solo para descansar los ojos…



—Iria. —Una voz me llega desde lejos—. Iria. —La escucho de nuevo con más nitidez mientras noto como alguien me aprieta ligeramente el hombro.

Abro los ojos y veo a Bruno inclinado sobre mí con una sonrisa iluminando su rostro.

—Buenos días, bella durmiente, aquí su fiel escudero procede a informarle que hace ya rato que ha despertado el príncipe azul.

—Pero ¿qué bella durmiente ni qué escudero ni qué…? —murmuro somnolienta—. Espera, ¡¿dices que Roi ha despertado?!

—Hace unas tres horas más o menos, sí —asiente, ampliando la sonrisa.

—¿Y por qué no me has avisado? —lo regaño, levantándome de un salto—. ¡No puede ser que Roi esté despierto y yo durmiendo como una marmota aquí!

—Ehhh, acabo de hacerlo —responde, encogiéndose de hombros.

—Antes, por qué no me has despertado antesss —lo acuso en tono reprobatorio.

—Lo habría hecho, pero estabas tan mona babeando encima de la mesa…

—¡Yo no estaba babeando! —protesto, alejándome de la mesa a toda velocidad mientras me arreglo el pelo.

—Ya, por supuesto que no, y yo soy superheterosexual.

Incapaz de seguir en este momento con esta conversación, suelto un bufido y pulso el botón del ascensor, y golpeo, impaciente, el suelo con el pie.

¡Tengo tantas cosas que decirle! Quiero darle las gracias, pedirle perdón y confesarle cuánto lo he extrañado. Estoy deseando contarle la tortura que han supuesto todos estos días sin verlo, y decirle que no quiero estar ni un día más sin él… Si es que él quiere, claro, porque ¿y si ahora es él quien no quiere estar conmigo? No podría culparlo, motivos le sobrarían para largarme…

Sacudo la cabeza con fuerza, intentando echar esos pensamientos fuera de mi cabeza y, en cuanto la puerta se abre, salgo como una bala hacia la habitación donde lo tienen en observación.

—Ehhh, Iria —me llama Bruno, dos pasos por detrás de mí.

—Ahora no, quiero ver a tu hermano —contesto sin dejar de caminar.

—Me parece muy bien, pero…

—No hay pero que valga —replico, abriendo la puerta de golpe sin molestarme siquiera en llamar y quedándome ojiplática al encontrarme con un señor de unos ochenta años acostado en la cama.

—Yo, eh, lo siento… —me disculpo confusa.

—Eso era lo que intentaba decirte, le dieron el alta hace un rato, me pidió que fuese a avisarte y que te dijese que te esperaba en la habitación de tu amigo; supuso que querrías verlo antes de marcharte y, dado que hay un agente apostado en la puerta, no iban a permitirte entrar sin la presencia de un superior.

Lo escucho y una cálida sensación me inunda el pecho al comprender que, incluso en estas circunstancias en las que estará deseando irse a casa y salir de aquí, su prioridad soy yo.

—¿Y por qué no me lo has dicho antes? —protesto, intentando deshacer el nudo que la emoción forma en mi garganta.

—Lo estaba intentando, pero corres más que una gacela —dice divertido—. La habitación es la trescientos diez.

—Lo sé —le digo.

—Solo quiero asegurarme de que no te da por asaltar a ningún otro nonagenario —comenta.

—Ja, ja, ja, me parto contigo —murmuro.

—El sentimiento es mutuo, va a ser muy divertido tenerte en la familia —comenta como si tal cosa—. Ahora, si no te importa, me voy a contarles todo esto a los demás.

Asiento, aturdida por sus palabras. ¿Yo, parte de la familia? Una estúpida sonrisa se dibuja en mi cara y me tomo unos momentos antes de volver a caminar.

Ahora sí, una vez llego a la puerta, decido llamar antes de entrar.

—Adelante. —La voz de Roi resuena al otro lado y respiro aliviada. A toda prisa, como si tuviese miedo de que fuese a esfumarse o algo así, abro la puerta y, al verlo sentado en la silla, se me acelera el corazón y algo se remueve dentro de mí.

Viste de nuevo ropa de calle y, cuando reparo en su camiseta manchada de sangre seca, los ojos se me llenan de lágrimas de forma inevitable.

Ya está fuera de peligro y puedo respirar tranquila, no obstante, todavía me tiemblan las piernas al recordar su cuerpo tirado en el suelo, sin conocimiento y con ese cristal clavado en el hombro. Cuando lo vi así, pálido y desvalido, creí morir.

Tuve miedo, un miedo real y paralizante que no he sentido jamás, y no solo porque me sintiese culpable por haberlo arrastrado hasta allí, sino porque por un momento temí perderlo, durante unos minutos sentí pavor al imaginar que no volvería a verlo sonreír, que sus caricias no volverían a tentarme y que sus ojos no desatarían nunca más una tormenta perfecta dentro de mí.

Las emociones son tantas y tan intensas que las palabras comienzan a salir a borbotones de mis labios sin control.

—¡Por fin despiertas! ¡Para ir por la vida presumiendo de tipo duro que conduce una supermoto, has resultado ser un pupas bastante blandengue y flojo! —bromeo, intentando aligerar un poco todas estas sensaciones que me aprisionan el pecho y no soy capaz de controlar.

—Siento haber tardado, pero, como sabes, todo lo bueno se hace esperar —responde con una sonrisa de oreja a oreja, alzando las cejas.

Me alivia que el ambiente entre nosotros se haya relajado, aunque soy consciente de que, a pesar de ello, todavía tenemos mucho de lo que hablar. Que sea amable conmigo no significa que me vaya a perdonar.

—Iria. —Desde la cama de al lado, una voz pastosa me hace volverme de inmediato.

—¡Oh, Dios mío! ¡Estás despierto! —Me llevo una mano a la boca al ver a Dani abriendo los ojos, y me vuelvo de nuevo hacia Roi, que parece encantado—. ¡Está despierto! —exclamo señalándolo.

—Sí, la verdad es que lleva así un rato —confiesa encantado.

—¿Y no sabéis decírmelo antes? —protesto.

—Estabas demasiado ocupada acusándome de blando.

—¡Ya hablaremos tú y yo! —lo amenazo.

—Estoy deseándolo —susurra en tono de promesa mientras me recorre con una mirada cargada de intención que le da un vuelco a mi corazón.

Una risa ronca resuena en la cama de mi amigo, seguida de una tos seca y un gemido de dolor y, con las manos apoyadas en las caderas y cara de pocos amigos, me vuelvo en su dirección.

—¡En cuanto a ti, ya te vale, Dani! ¡¿Narco?! ¡¿En serio?! ¡La madre que te parió! —lo regaño—. Y hablando de madres, ¡no veas el disgusto que tiene la tuya! ¡Me la encontré antes en la cafetería y la pobre casi ni se tenía en pie! ¡¿Cómo demonios se te ocurre meterte en esa estupidez?!

Su cara se ensombrece tanto a causa de la culpa que lo aflige que casi, solo casi, siento pena por él.

—¡Ha muerto gente, gente inocente! ¡¿En qué estabas pensando?!

Él aprieta los labios y sus ojos se humedecen, sin embargo, ahora que toda la frustración, el enfado y la decepción que siento han comenzado a salir, soy incapaz de detenerme.

Es mi amigo y por ello no podía dejarlo abandonado a su suerte y mucho menos mirar hacia otro lado sabiendo que iba a morir, pero ahora que está sano y salvo necesito decirle todo lo que pienso, necesito que sepa que lo que ha hecho es terrible y que no solo le afecta a él, sino también a la gente que lo quiere.

—Iria. —Roi pronuncia mi nombre con suavidad.

—¿Eres consciente de que te has convertido en un asesino? ¡Un a-se-si-no! Y ¿para qué? ¿Por dinero? ¿De verdad ha merecido la pena desperdiciar tu vida y convertir la de los que te rodean en un infierno por dinero? ¿Cómo crees que se sentirá tu madre? ¿Y Ramón? ¿Acaso pensabas en Ramón cuando andabas repartiendo pastillitas como si fuesen cromos?

—Iria —lo intenta de nuevo Roi.

—¡No me interrumpas! —le advierto, sin apartar la mirada de mi amigo.

De repente, se abre la puerta y un hombre que rondará los cincuenta años entra en la habitación.

Es alto y fuerte, tiene el pelo canoso y los ojos marrones surcados de arrugas. Su piel es tostada y viste americana azul marina y pantalón y, por la seriedad con la que lo mira Roi, estoy convencida de que tiene que tratarse de un superior.

Su mirada me estudia con curiosidad antes de posarse de nuevo sobre los dos convalecientes.

—Inspector Hernández, me alegra ver que ya ha despertado.

—Gómez —murmuro algo molesta.

—¿Perdón? —pregunta el hombre volviéndose hacia mí.

—Creo que se ha confundido usted de apellido; es Gómez, no Hernández —le aclaro sin achantarme.

Vamos, es que me parece increíble, si uno de sus hombres ha resultado herido en un

operativo y viene a visitarlo, qué menos que saberse el nombre, ¿no?

—Señorita… —dice, invitándome a desvelarle mi nombre.

—Iria Almanza —respondo escueta.

—Señorita Almanza, estoy bastante seguro de que el hombre con el que estoy hablando es el inspector Hernández, magnífico policía, gran amigo y hasta hace poco más de un día, un agente infiltrado de la Unidad de Inteligencia de Madrid gracias al cual vamos a desarticular una de las redes de narcotráfico más importantes del país.

—¿Perdón? —pregunto mirando a Roi sin comprender una palabra—. ¿No te llamas Roi Gómez?

—Yo soy el inspector Gómez, él —añade señalando a Dani— es Daniel Arribes Hernández, inspector de la Unidad de Inteligencia de la Policía Nacional.

Cada vez estoy más confundida; mis ojos vuelan hasta Dani, mi amigo el programador informático, y siento que el color escapa de mi rostro.

—Hernández, es cierto, es tu segundo apellido, el apellido de tu madre —susurro.

—Como sabes, la relación con mi padre es más bien nula, así que, desde que entré en el cuerpo de policía, usé el de mi madre —me explica Dani.

—Iria, ¿te encuentras bien? —me pregunta Roi, preocupado, al verme palidecer todavía más.

—Demasiada información, o demasiado escasa, no lo tengo claro —respondo, apoyándome en la cama.

—¿Eres policía? —pregunto segundos después a Dani—. ¿No te dedicas a la programación informática? ¿No trabajas con Ramón? No entiendo nada.

—Es largo de contar —responde él, y me dedica una sonrisa de disculpa.

—Yo tengo tiempo y dudo que tú vayas a ir a alguna parte —replico, encogiéndome de hombros—. ¿Tú lo sabías? —inquiero, girándome de repente hacia Roi.

—Me enteré mientras dormías en la cafetería. El comisario me llamó cuando me desperté. Acababan de recibir una llamada de Madrid poniéndolos al tanto de la información.

—Por eso estabas en esta habitación —susurro.

—Tienes suerte de tener una amiga así, siempre apostó por ti, nunca se dio por vencida y, gracias a eso, estás aquí —le dice a Dani quien me dedica una sonrisa cargada de complicidad.

—Es alucinante, la mejor —confirma él.

—Por mucho que me hagáis los dos la pelota, exijo una explicación ya, —les advierto señalándolos alternativamente con el dedo.

—Inspector Gómez, ahora que le han dado el alta, debería acompañarme a comisaría, y después tiene que irse a descansar —sugiere el trajeado.

Roi enlaza su mirada con la mía y asiente antes de decirme:

—Os dejaremos a solas para que podáis poneros al día con tranquilidad.

Sin más, se levanta de la silla y se dirige hacia la puerta rozando el dorso de mi mano con sus dedos al pasar.

Un escalofrío me recorre el cuerpo entero y contengo el aliento hasta que lo veo marchar.

—¿Qué hay entre Gómez y tú? —susurra Dani cuando nos quedamos a solas.

—¡Ja! Antes de nada, eres tú el que tiene que desembuchar. ¿Todo lo que me contaste cuando nos volvimos a encontrar era mentira, no había nada cierto?

—Al revés, en realidad, casi todo era verdad, lo único que hice fue ocultar algunas partes de la realidad —asegura, intentando incorporarse un poco.

Lo ayudo, colocando la almohada a su espalda y, cuando encuentra una posición que le

resulta cómoda, comienza de nuevo a hablar.

—Es cierto que estudié en Madrid la carrera de Ingeniería Informática, incluso llegué a trabajar como programador, pero el trabajo no era lo que esperaba, no me llenaba lo suficiente y por ello me saqué unas oposiciones para ser policía nacional —me informa—. Una vez dentro, trabajé duro, durísimo hasta que conseguí mi trabajo soñado como inspector en la Unidad de Inteligencia.

—Hasta ahí todo tiene sentido, pero ¿cómo terminaste infiltrado?

—Hacía tiempo que tanto nosotros como la Unidad de Estupefacientes teníamos vigilada a esta banda, que no solo trafica, Iria, son implacables y sanguinarios, sospechosos de asesinatos varios.

—¿Y nunca habéis podido desarticularla? —murmuro.

—Qué va, por desgracia, también son muy cuidadosos, eso hacía que fuese casi imposible recabar pruebas desde el exterior y, tras varios años de trabajo, decidimos que la única forma de acabar con ellos era meter dentro un infiltrado.

Hace una nueva pausa y cierra los ojos durante unos segundos antes de proseguir.

—La oportunidad apareció cuando uno de sus hombres de confianza de la zona norte apareció ejecutado. Por la forma en que apareció el cuerpo, estábamos seguros de que había sido un ajuste de cuentas dentro de la propia banda, pero no podíamos vincularlos.

—¿Y por qué tú?

—Era el candidato perfecto —asegura encogiéndose de hombros—. Llevaba años estudiándolos, carecía de cargas familiares que me impidiesen un traslado largo y el hecho de que la zona norte se manejase desde la ciudad de mi infancia era un gran punto a mi favor.

—Te facilitaba la coartada —adivino.

—Mucho. ¿A quién iba a extrañarle que quisiese volver a mi casa, cerca de mi madre y de mis amigos de toda la vida? —pregunta con una sonrisa—. Solo tuvimos que adornar un poco mi currículo y presentarlo cuando salió la oferta de empleo en la empresa de Ramón. En menos de un mes, estaba de vuelta con un puesto como programador.

—Eso tiene sentido, pero ¿y lo de las identidades falsas?

—Por lógica sabíamos que en cuanto intentase acercarme a la banda, ellos buscarían información sobre mí, así que creamos varias identidades falsas relacionadas con detenciones que implicasen manejo de sustancias. Eran necesarias, si no, no resultaría creíble que un tipo que nunca se ha movido en esos ambientes pretendiese de repente formar parte de un negocio así.

—¿Y cómo conseguiste ganarte su confianza? ¿Cómo te las apañaste para entrar ahí?

—Fue complicado, no te voy a mentir. Tardé varios meses en establecer contacto con ellos y después estuve una temporada haciendo trabajos menores, y tengo que reconocer que en ese sentido el trabajo en la empresa de programación fue una baza importante a mi favor porque en la banda comprendieron que podría utilizar los viajes de trabajo para establecer contactos y mover la mercancía cuando era preciso sin levantar sospechas a mi alrededor.

—Parece que lo tenías todo bajo control —comento impresionada.

—No te creas, puede dar esa impresión, sin embargo, fue terrible, me costó mucho permanecer impasible viendo lo que hacían, saber lo que ocurría y no poder intervenir era una auténtica tortura; no obstante, era consciente de que, si queríamos desmantelarlos de una vez por todas, tenía que ser así.

—¿Te comunicabas con tus compañeros de Madrid?

—Solo con Aguirre, el hombre que acabas de ver aquí, una vez cada quince días.

—Hay algo que no comprendo: si eras una pieza tan importante dentro de la banda, ¿por

qué te acusaron de quitarles una partida de droga?

Su cara se contrae en un gesto de dolor y no consigo discernir si es provocado por las lesiones físicas o por los recuerdos que mi pregunta le hace revivir.

—Porque lo hice —afirma.

—No comprendo qué podías ganar con eso… Aparte de conseguir que te matasen, claro —susurro.

—Por lo que me dijiste antes cuando me llamaste asesino. Estoy convencido de que sabes que hace tiempo se repartió una partida de droga adulterada por la que murió mucha gente, ¿verdad?

—Sí, Roi me lo contó —admito—. En cuanto a lo de llamarte asesino…

—Tranquila, no pasa nada —asegura antes de proseguir con la explicación—. Pues bien, cuando eso ocurrió, yo ya estaba dentro de la banda, pero todavía no me había ganado su confianza, era un simple peón, por lo que no tuve ni idea de lo que estaban vendiendo hasta que todo estalló.

—¿Ellos lo sabían? ¿Sabían que la droga estaba en mal estado?

—Por supuesto, es una práctica que usan de vez en cuando para abaratar los costes y ganar todavía más dinero.

—Serán hijos de puta… —comento apretando los dientes.

—No te haces una idea de cuánto… —murmura—. El caso es que hace más o menos un mes y medio me advirtieron de que se iba a distribuir un nuevo lote «especial» muy similar al de la vez anterior, y supe que no podía dejarlo pasar. Si esa droga llegaba a la calle, el número de muertos sería brutal y a esas alturas yo ya disponía de pruebas más que suficientes para acabar con ellos.

—Y por eso decidiste hacerla desaparecer —afirmo, comprendiéndolo todo de golpe.

—Exacto, la idea era que pensasen que me la habían robado, y creí que lo había conseguido, pero, sin que yo lo supiese, me pillaron. Entonces fue cuando me secuestraron, ocurrió la mañana que había quedado contigo para desayunar y, como no tenía ni idea de que me habían descubierto y todo fue tan precipitado, no pude alertar a nadie de lo que iba a pasar.

—¿El mensaje a tu madre diciéndoles que estabas en un viaje de trabajo?

—Ellos lo mandaron desde mi móvil, no querían que nadie denunciase mi desaparición para tener tiempo de pedir un rescate.

—¿Por qué a Ramón?

—Sabían que nos une una relación de amistad y que su empresa mueve una gran cantidad de dinero, era su mejor opción.

—Ni te haces una idea de lo mal que lo ha pasado el pobre hombre —comento.

—Lo imagino, tengo que disculparme con él, pero todo lo que hice fue por causa de fuerza mayor, no podía desvelarle a nadie mi identidad, nadie podía saberlo, ni siquiera dentro del propio cuerpo de policía al margen de mi unidad, y no solo por mi propia seguridad, sino por la de los que están a mi alrededor.

—Es entendible… —admito sopesando sus palabras—, pero hay algo que no comprendo, y es que Ramón nos dijo que tu ritmo de vida era superior al de tus ingresos…

—Tenía que aparentar, tenía que parecer que me beneficiaba con las drogas, si no, los de la banda hubiesen sospechado; sin embargo, llegados a este punto, tengo que aclararte que todo el dinero que ganaba con esos trapicheos se lo entregaba a mis superiores para que pasase a donde tenía que pasar, por supuesto, yo no me quedaba con nada, ellos eran los que me proporcionaban los artículos de lujo necesarios para que todo resultase creíble.

,Lo contemplo y cuando una sonrisa se dibuja en su cara, mis ojos se llenan de lágrimas.

—Lo siento, lo siento mucho por todo lo que pasó. No debí dejarte de lado cuando éramos unos críos. Estaba segura de que no se te podía haber ido tanto la cabeza como para haberte metido a narcotraficante.

—Gómez me lo contó, me dijo que no dejaste de buscarme y que intentaste por todos los medios alertarlos de mi desaparición, pero escúchame bien, Iria, eso ya está hablado, no tengo nada que perdonarte, lo único que agradezco es que un tropiezo inesperado a la salida del supermercado nos volviese a juntar.

—Ese tropiezo inesperado nos ha dado una segunda oportunidad —susurro, sorbiendo por la nariz, emocionada.

—Ese tropiezo inesperado me ha salvado la vida, una vida que pienso aprovechar. Pero ya tendremos tiempo, ahora creo que te tienes que marchar.

—¿Ya me estás echando? —pregunto sonriendo.

—Ni mucho menos, es solo que, por la forma en la que te miraba Gómez, creo que hay alguien más con quien tienes que hablar.

—Y tanto, la he cagado una barbaridad.

—No sé lo que ha pasado, pero sea lo que sea, estoy seguro de que lo vais a arreglar.

Capítulo 23
Una visita inesperada

Roi

La lluvia golpea con fuerza contra la ventana, el aguacero que está cayendo en la calle es monumental y me alegro de haber llegado a casa antes de que se desatase el vendaval.

Cierro los ojos y suspiro con fuerza, apoyando la frente contra el azulejo de la ducha mientras el agua desciende por mi cuerpo, arrastrando con ella la suciedad y los restos de sangre seca que todavía manchan mi piel.

Las últimas horas han sido intensas, agotadoras e impactantes. Tengo que reconocer que descubrir que el amigo de Iria no solo seguía vivo, sino que era de los buenos, ha sido un hecho de lo más alucinante que he presenciado desde que me dedico a esto.

Al final, Iria tenía razón, estaba convencida de que Daniel no podía haberse equivocado tanto como para meterse a narcotraficante; a pesar de tenerlo todo en contra, ella nunca perdió la fe en él, siguió su instinto y acertó. De hecho, si no hubiese sido por su tenacidad y persistencia, un inocente habría muerto ante nuestros ojos sin que nos diésemos cuenta.

Una sonrisa asoma a mis labios al pensar en ella. Cuando Bruno me dijo que llevaba horas en la sala de espera aguardando a que abriese los ojos no me lo podía creer, y después, al verla entrar en la habitación como un terremoto… Me la quería comer, besarla, abrazarla y devorar cada maldito rincón de su bonita piel.

Me costó dejarla en el hospital y, si lo hice, fue solo porque era consciente de que ellos tenían mucho de lo que hablar y yo necesitaba ir a la comisaría para declarar, pero no pienso dejar las cosas así entre nosotros ni un día más. En cuanto me vista, pienso ir a buscarla, tenemos muchas cosas que aclarar y no quiero ni puedo esperar.

Hasta ahora la prioridad era encontrar a Daniel, sin embargo, ahora que él está a salvo, lo primero en mi vida va a ser arreglar, cuidar y disfrutar de lo que hay entre ella y yo.

Mi sonrisa se amplía al pensar en la necesidad que esa mujer provoca en mí, y no hablo solo de necesidad física, sino de la necesidad imperiosa de tenerla a mi lado y saber que es feliz.

Es curioso porque nunca me ha molestado la soledad, es más, acostumbro a disfrutar de tiempo para mí, alejado del resto de la humanidad y, sin embargo, esta semana, que no la he tenido a mi lado, por primera vez en mi vida me he sentido solo.

El calor masajea mis músculos durante unos minutos más y, cuando estoy lo suficientemente relajado, cierro el grifo, salgo de la ducha y, tras envolver una toalla alrededor de mi cintura, me encamino a la habitación, descalzo.

El timbre de la puerta me detiene a medio camino y, sorprendido, pues en la comisaría he estado con Juan y ya he tranquilizado a mi madre y mis hermanas, por lo que no espero a nadie, camino hasta la puerta y abro sin molestarme en mirar.

La imagen que aparece ante mis ojos me deja completamente paralizado y la contemplo de arriba abajo sin atreverme siquiera a pestañear.

—¿Puedo pasar? —pregunta Iria, chorreando y congelada.

Sus ojos recorren mi cuerpo semidesnudo con ansia y un fuego intenso me atraviesa por dentro.

Mi instinto me empuja a agarrarla y besarla hasta hacerla comprender que estar separados no es una opción con sentido, que la necesito y que la quiero conmigo.

Me muero por mostrarle con mis labios lo que gritan mi corazón y cada uno de mis cinco sentidos. Sin embargo, lo único que hago es hacerme a un lado para dejarla pasar mientras un reguero de agua marca el camino que recorre al entrar.

Está pálida y algo ojerosa después de pasar la noche en vela en el hospital, el pelo empapado se le pega a la cara y sus labios, algo morados, no dejan de temblar y, aun con todo eso, me parece la mujer más hermosa del mundo y la única a la que no puedo ni quiero dejar de mirar.

—Tenemos que hablar —murmura.

Asiento porque llevo tantos días ansiando estar con ella a solas que soy incapaz de hacer otra cosa.

—Quiero pedirte perdón —afirma con voz temblorosa, mirándome con su profunda mirada cargada de dolor—. Sé que no tengo ningún derecho a pedírtelo después de cómo te eché de mi casa y me comporté contigo, pero necesito que me perdones porque estar así contigo me parte el corazón.

Sus palabras me atenazan el pecho y forman un nudo en mi garganta de pura emoción.

—Me equivoqué —confiesa con lágrimas en unos ojos que se prenden en los míos acariciándome el alma—. Lo único que tú estabas haciendo era ayudarme y, cuando las cosas se pusieron feas, yo te aparté de mí.

—Lo entiendo, estabas sobrepasada —logro pronunciar con esfuerzo.

—No fui justa —murmura ella negando con la cabeza—. Y creo que en realidad fue solo una excusa para alejarme, porque me venció el miedo.

—¿Miedo? ¿Tenías miedo de mí? —pregunto asombrado y dolido, retrocediendo un paso, pues eso sí que no me lo esperaba.

—No de ti, sino de lo que me haces sentir.

—¿Y qué te hago sentir? —susurro, acercándome a ella con lentitud para enmarcar su rostro con mis manos.

—Ganas de vivir, de disfrutar cada minuto contigo y de volver a sentir —confiesa entre sollozos.

—Eso es justo lo que tú provocas en mí —admito con un hilo de voz, pues apenas puedo creer que lo que escucho sea cierto y no una mala pasada de mi imaginación.

—Tenía tanto miedo de perderte cuando todo terminase que cometí el error de alejarte. No quería sufrir, y no me di cuenta de que el peor sufrimiento fue mantenerme apartada de ti —confiesa acercándose y alzando una mano para acariciar mi mejilla con ternura infinita.

Cierro los ojos con fuerza y disfruto del contacto antes de abrirlos para bucear de nuevo en su mirada y enmarcar su bonito rostro entre mis dedos.

¡Cuánto he extrañado tocarla!

—Desde que te conocí —susurro, aproximando mis labios a los suyos en una caricia llena de emoción—, supe que ibas a ser especial para mí. Eres divertida, inteligente, leal y preciosa. Disfruto cada momento que pasamos juntos y anhelo tu compañía cuando no te tengo cerca y, a

pesar de que eres un poco cabezota y disfrutas llevándome la contraria, creo que te has colado en mi cabeza y en mi corazón de tal forma que ya no imagino mi vida si tú no estás a mi lado.

Siento como su cuerpo se estremece contra el mío y su mirada se mimetiza con la mía, enseñándome todo lo que solo se puede ver con los ojos del corazón.

—Cuando te vi inconsciente con ese cristal clavado… —solloza, dejando salir toda la angustia que el momento le provocó.

—Estoy aquí —le recuerdo—, y te aseguro que ahora que te tengo en mi vida no pienso volver a irme a ningún sitio sin ti —aseguro, limpiando el agua salada que brota de sus ojos con mis pulgares.

—Te quiero —afirma con una voz que nace en lo más profundo de su alma e impacta de lleno en la mía.

—No más de lo que yo te quiero a ti —respondo, sintiendo la suavidad de sus labios al saborearlos y sentirlos míos. Y me fundo con ella en un beso que sabe a esperanza, a promesa, a aventura y a hogar.

Un beso infinito que estoy seguro no es más que el preludio de todos los que están por llegar.

Epílogo

Iria

—¿Ya se ha dormido? —me pregunta Cala al verme bajar por la escalera.

—Como un tronco —afirmo satisfecha de mis habilidades como niñera.

—No sé cómo lo haces, tienes una mano increíble con ella, algún día vas a ser una gran mamá.

Una sonrisa boba asoma a mi rostro al escucharla.

—Algún día —admito, sin desvelar el secreto que escondo dentro de mi cuerpo y que dentro de poco ya no se podrá disimular.

Han pasado algo más de cuatro meses desde el día en que, empapada, me planté en casa de Roi y, desde entonces, las cosas han cambiado mucho en nuestras vidas y en las de los que están a nuestro alrededor.

Cala tuvo a su bebé. Una preciosa niña sana a la que llamaron Irene y que hace que a todos se nos caiga la baba, sobre todo, a mí cuando veo como Roi la mece entre sus brazos cada vez que tiene la ocasión.

Daniel dejó la empresa de programación informática, pero ha decidido quedarse a vivir aquí trabajando en la Policía Nacional, lo que me hace muy feliz porque nos ha permitido retomar nuestra relación y a la vez está cerca de su madre y de Ramón.

Al principio pensamos que sería complicado que consiguiese el cambio de destino, pero gracias a las pruebas recabadas durante el tiempo que estuvo infiltrado, a los pocos días del «incidente» pudieron desarticular la banda de narcotráfico y por ello sus jefes movieron ficha y facilitaron el traslado como premio a su gran trabajo, por no decir que la pobre María casi se muere de la alegría al enterarse de que su hijo, lejos de ser narcotraficante, iba a ser premiado por la policía recibiendo una condecoración.

Acompañada de Cala, salgo al jardín de la casa de sus padres donde la familia al completo, incluyendo a Daniel y a mi madre como invitados especiales, se ha reunido para celebrar una comida en honor al cumpleaños de la matriarca.

Contemplo a Roi, que bromea con su hermano Bruno, y mi corazón rebosa de felicidad.

Una semana después de plantarme en su casa empapada, decidimos irnos a vivir juntos y, después de discutir los pros y los contras, fui yo la que me mudé a su casa convirtiendo la mía en un estudio de dibujo al que me acerco cuando necesito tranquilidad y silencio para trabajar.

Me acerco a él y poso un beso en su mejilla justo cuando Sara entra en el jardín con cara preocupada.

—¿Qué te pasa, preciosa? —se interesa Bruno, que enseguida capta el gesto en el rostro de su amiga.

Ella se deja caer en una silla y lo observa, mordiéndose el labio inferior.

—¿Recuerdas el pueblo que aparece en mi último libro? —le pregunta.

—Ese tan pintoresco, sí…

—Pues a su alcalde, por lo visto, no le ha gustado demasiado mi percepción. Dice que mi descripción y la forma en que retrato el pueblo y sus costumbres es una manera de hacerlos de menos y de desprestigiarlos, y nada más lejos de la realidad.

—Será gilipollas —dice Roi—. ¡Pero si no dices nada malo!

—¡Eso mismo creo yo! —exclama ella nerviosa—. Pero al parecer el alcalde amenaza con generar mala prensa y acudir a los medios de comunicación si no se repara el agravio.

—¿Y qué vas a hacer? —pregunta Cala.

—La editorial está hablando con él para intentar calmarlo y, dependiendo lo que pase, tomaremos una decisión…

—Seguro que se arregla —intervengo, en un intento por animar a la que empieza a convertirse en una gran amiga para mí.

—Eso espero… —murmura ella sin demasiada convicción.

—Y si se pasa de listo y tenemos que meterle una demanda de esas que lo dejen con cara de tonto y el culo al aire, no tienes más que avisar, para eso tu mejor amigo es uno de los mejores abogados del país —se ofrece Bruno.

—Por lo que veo, lo de la humildad es una cualidad familiar —bromeo alzando las cejas en dirección al que ya considero mi cuñado.

—¡Uy, no lo sabes tú bien! —me confirma Amira—. Sobre todo, del sector masculino de la familia.

—Te lo agradezco, Bruno, pero espero no tener que llegar a eso y que las cosas se arreglen hablando con él. La editorial está intentando llegar a un entendimiento.

Los demás comienzan a opinar sobre el tema y, en silencio, los escucho mientras los dedos de Roi se entrelazan con los míos y me dedica una sonrisa cargada de intención.

—¿Qué crees que le pasará a Sara? —le pregunto entre susurros.

—No lo sé, me temo que para enterarnos tendremos que esperar un poco, a ver cómo termina por desarrollarse todo —dice levantándose de la mesa y arrastrándome con él al exterior donde nuestra amiga la vespa nos espera lista y en posición.

—¿En serio? —le pregunto divertida—. ¿De verdad quieres escaparte del cumpleaños de tu madre?

—Ya ha soplado la tarta y abierto los regalos —se justifica con picardía—. Además, tendremos que aprovechar para dar estos paseos ahora que de momento todavía somos solo dos —responde, y me guiña un ojo feliz mientras me acaricia con devoción la barriga.

—¿Y a dónde vamos? —le pregunto curiosa.

—¿Acaso importa el destino? —me pregunta, devorándome con la mirada.

—Mientras el viaje sea contigo, no. ¿Y sabes por qué? —pregunto, desbordando felicidad por cada poro de mi piel.

—¿Por qué? —susurra, acariciando mis labios con los suyos.

—Porque tú me completas y sacas lo mejor de mí cada día —declaro, perdiéndome en su mirada—. Eres mi ilusión y me llenas de alegría. Tu eres el mejor y único destino al que podría conducirme cada paso que doy en el camino de mi vida —confieso antes de que su boca se adueñe de la mía, entregándome un mundo entero de sueños y momentos que prometen ser inolvidables.

Un Desafío inesperado

ANDREA LÓPEZ

Título: Un desafío inesperado
© 2024, Andrea López

De la maquetación: 2024, Romeo Ediciones

Primera edición: mayo de 2024

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso

Listado de canciones



You Give Love A Bad Name
If You Met Me First
How Does It Sound
Montaña Rusa
Salta
Tu Jardín Con Enanitos
Belong Together
Pachelbel´s Canon In D Mayor
Contra Todos
Control

Índice

Listado de canciones
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Epílogo
Tu valoración me importa
Biografía
Otros libros de la autora

Prólogo

Siempre me ha asombrado la facilidad con la que cambia todo.

Cómo, en un segundo, un hecho puntual, un cruce de palabras, un encuentro inesperado o, tal vez, incluso, un acontecimiento ajeno a ti y que escapa por completo de tu control puede alterar tu mundo y tu existencia sin que tengas siquiera tiempo de cerrar y abrir los ojos.

Hablo por experiencia cuando afirmo que las sacudidas de la vida, tanto las buenas como las que no lo son tanto, suelen cogerte por sorpresa, cuando menos las esperas, sin que las veas llegar. Y es por eso por lo que en mis casi treinta años he aprendido a no dar nada por sentado, porque en cuanto lo haces, te confías y bajas la guardia, ¡zasss!, una de esas sacudidas llega del modo más insospechado, poniéndolo todo del revés y dejándote con cara de tonta sin saber si lo que te está pasando es cierto o, por el contrario, estás en medio de una de esas pesadillas de lo más realistas de las que, por mucho que lo intentas, no consigues despertar.

Yo no quiero sobresaltos, ni sorpresas, y mucho menos si son desagradables, por ello me considero una persona atenta y precavida que intenta anticiparse a los posibles problemas para dejarlos atrás; sin embargo, por lo visto, eso no siempre es suficiente. A veces, esas bofetadas invisibles que te golpean y descolocan llegan sin que puedas esquivarlas, y eso es justo lo que me acaba de pasar.

Mi sacudida, una que podríamos calificar de terremoto, ha llegado para complicarlo todo, y lo ha hecho ni más ni menos que en forma de correo electrónico. Palabras, frases, un puñado de párrafos que dan forma a un *e-mail* enviado por el intransigente e irracional alcalde de un pequeño pueblecito en el que transcurren una o dos escenas de mi última novela. Solo se nombra de pasada, ni siquiera es el escenario principal, pero eso, al parecer, da igual.

Poco podía imaginar yo, cuando decidí incluir ese lugar en el libro, que su mención en unas cuantas páginas iba a suponer una amenaza a la delicada pero estable red de seguridad que con esmero comencé a tejer a mi alrededor para protegerme y ocultarme cuando decidí probar suerte y empezar a publicar.

Una red que muy pocos han podido atravesar y que me ha permitido, por lo menos hasta ahora, mantener mi identidad en absoluto secreto, a pesar de que el pseudónimo con el que firmo mis novelas, S. Harrison, es conocido a nivel internacional.

Es una barrera invisible, un muro infranqueable tras el que puedo seguir siendo tan solo yo, Sara, esa chica tímida con la cabeza llena de historias por contar que puede pasarse horas y horas aporreando las teclas de su ordenador; la misma que todavía vive en la casa de su infancia y tiene miedo de los perros y la oscuridad.

Un muro cuyas paredes ahora amenazan con resquebrajarse, dejándome en una posición que, a pesar de parecer una broma de mal gusto, no es más que la cruda realidad. Una realidad a la que ni puedo ni me quiero enfrentar.

Capítulo 1

El acuerdo

Sara

Llevo dos horas delante del ordenador y no he conseguido escribir ni dos líneas con un mínimo de sentido.

Y eso que, en lo que va de mañana, he bebido tres tilas bien cargaditas y he terminado todas las reservas de chocolate que me quedaban en la cocina (que no eran pocas), pero ni así he logrado minimizar un poco estos nervios que trepan por mi estómago y me atenazan el pecho impidiéndome respirar.

Y esto es una preocupante novedad porque vale, puedo asumir el fracaso de la tila y el chocolate, pero, por norma general, en cuanto me siento delante de la pantalla consigo evadirme del mundo y de los problemas, por muy jodidos o feos que estos sean.

Mi escritorio es como mi búnker particular. Una burbuja que me permite dejarlo todo atrás. No sabría explicar con exactitud qué es lo que me sucede cuando me adentro en ella, pero es como si algo en mi cuerpo y mi cabeza se activase y desactivase al mismo tiempo, permitiéndome sumergirme en cada trama, en cada protagonista, apartándome durante unas preciadas horas de los problemas, de las preocupaciones y de todo lo que me rodea mientras mis dedos teclean sin esfuerzo dando forma a todas las ideas e historias que los personajes susurran en mi cabeza.

Puede parecer que estoy como una regadera, pero la escritura siempre ha sido mi refugio, mi vía de escape, mi lugar seguro… En realidad, es más que eso, para mí no es solo una profesión o la forma en la que me gano la vida; es parte de mi esencia, una parte que me hace inmensamente feliz, sin la que no podría vivir y a la que nunca me he planteado renunciar.

Hoy, sin embargo, todo es diferente; esta mañana, a primera hora, Bruno (mi mejor amigo y abogado) y mi editora tenían que reunirse con el puñetero alcalde, que amenaza con robar mi paz mental denunciándome por, según él, «perjudicar públicamente la imagen de su pueblo», y estoy tan histérica que, al parecer, ni siquiera ponerme delante del ordenador va a conseguir calmarme. De hecho, lo que estoy experimentando en este momento es justo el efecto contrario: mi incapacidad por llevar a cabo lo que por norma general me sale de manera natural me está desquiciando todavía más. Así que, de mala gana, cierro la tapa del portátil y me levanto de la silla… Necesito cansarme, alejar los pensamientos, dejar la mente en blanco… Y solo se me ocurre una manera de llevarlo a cabo.

Con desagrado, cojo el móvil, salgo de mi habitación y me encamino hacia el salón, a la vez que conecto el teléfono al sistema de sonido y subo el volumen a tope de forma que la voz de Bon Jovi cantando *You Give Love A Bad Name* comienza a resonar en toda la casa, haciendo

retumbar las paredes.

—Dámelo todo, Jon —pido alzando la voz y, sin perder un segundo, lanzo las zapatillas por el aire y me subo de una zancada al sofá del salón, cierro los ojos y comienzo a darlo todo intentando deshacerme de la frustración mientras salto y bailo de forma descontrolada y descoordinada, al mismo tiempo que vocifero el estribillo a pleno pulmón.

Shot through the heart and you're to blame
You give love a bad name (bad name)
I play my part and you play your game
You give love a bad name (bad name)

No contenta con destrozar gran parte de la canción con mis alaridos, decido marcarme un solo imaginario de guitarra y, completamente entregada, curvo hacia atrás la espalda hasta el punto en que pierdo el equilibrio y me veo obligada a abrir los ojos para no acabar despatarrada, momento en el que me quedo petrificada y con la boca abierta al encontrarme con Bruno, que está plantado en mitad de mi salón, observándome con una cara de circunstancias que fluctúa entre la incredulidad y la inquietud mientras sostiene una bolsa en su mano derecha.

Mi corazón alcanza el ritmo propio de un coche de Fórmula Uno en plena carrera y, sin desviar la vista de su expresión, detengo la canción.

Mil preguntas asaltan mi mente, necesito saber qué tal ha ido la reunión, si han conseguido hacer entrar en razón al señor alcalde y si puedo olvidarme de una vez por todas de este desagradable asunto y seguir con mi vida, pero el miedo a su respuesta hace que cada una de esas cuestiones mueran en la punta de mi lengua, y lo único que consigo preguntar con voz estrangulada y jadeante es:

—¿Cómo has entrado?

Él alza una ceja, entre preocupado y divertido, al mismo tiempo que su mirada me recorre de arriba abajo y su cuerpo se tensa.

Bruno era mi vecino de al lado hasta que, hace unos años, se mudó a una casita del principio de la calle, y también es mi mejor amigo desde que tengo uso de razón. Desde siempre hemos sido inseparables, a pesar de que no puede haber en el mundo dos personas más diferentes que él y yo.

Provocativo, carismático, con una seguridad apabullante, y alegre, siempre consigue convertirse, se lo proponga o no, en el centro de atención, y es que, gracias a su metro noventa de cuerpo trabajado y musculoso, una sonrisa angelical, un largo pelo rubio que contrasta con sus profundos ojos negros y el inagotable encanto natural que desprende por cada poro de su piel bien podría pasar por modelo de ropa interior en lugar de por el prestigioso e implacable abogado que en verdad es.

Sobra decir que mi amigo el guaperas arranca suspiros allá por donde pasa, aunque, para desgracia de muchas y muchos, desde que hace dos años, Thiago, su pareja, un tipo maravilloso al que quiero un montón entró en su vida, está como él mismo dice «completamente fuera de circulación».

—Te recuerdo que tengo llave, tú me la diste —responde encogiéndose de hombros.

—Para usar en caso de emergencia —le recuerdo.

—Créeme, lo que estoy viendo se parece bastante a una emergencia —anuncia frunciendo el ceño.

—Estás exagerando —replico en un intento por recuperar el ritmo normal de mi

respiración, todavía alterada por mi espontáneo acto liberador.

—¡Exagerando dice! —exclama elevando la mirada al techo a la vez que niega con la cabeza antes de volver a centrar su atención en mí—. Nena, la camiseta de Led Zeppelin que llevas puesta tiene más agujeros que un queso gruyer, y no sé cómo te las has arreglado para dejar en ese estado tu preciosa melena, pero, desde luego, has debido de emplearte a fondo, porque eso que tienes encima de la cabeza más que pelo parece un nido decrépito de cigüeñas —asevera señalándome con el dedo.

Pongo los ojos en blanco y cruzo los brazos sobre mi pecho.

—Por no hablar de ese pobre sofá. ¿Se puede saber qué te ha hecho? —inquiere y suelta un gemido lastimero. ¿Por qué lo torturas de esa manera mientras despellejas a grito pelado esa joya de canción?

—No estoy torturando ni despellejando nada, solo cantaba.

—Si el pobre Bon Jovi llega a escucharte, cogería tal trauma que una de dos: o te denuncia por atentado contra su imagen o se retira y deja la música de forma definitiva —bromea y suelta un resoplido.

La simple alusión a la palabra «denuncia» hace que se me contraiga el estómago y se me pongan los pelos como escarpias, sobre todo, porque lo conozco lo suficiente como para saber que es su forma de abordar el tema que yo me estoy esforzando por evitar mencionar. Así que al final inspiro hondo y, armándome de valor, pregunto en un susurro:

—¿Qué tal ha ido la reunión? ¿Habéis conseguido hacerlo entrar en razón?

—Oh, oh —murmuro llevándome una mano al pecho al observar su gesto contrariado. Puede que Bruno esté intentando bromear para quitarle hierro al asunto, pero tanto en su cuerpo como en sus ojos se aprecia una palpable tensión.

—Traigo helado de limón y chocolate —intenta animarme.

—Mierda, ¿tan grave es? —cuestiono con voz trémula, sintiendo como empiezan a temblarme las piernas—. Si has recurrido al helado de limón y chocolate, la cosa pinta fatal.

—En realidad, no tanto —responde con gesto contrito.

—Pues que sepas que, por cómo lo dices, haces que suene todavía peor —gimo.

—Vamos a sentarnos en el sillón y te lo explico todo —ofrece, apoyando la bolsa que contiene las tarrinas sobre la mesa del comedor antes de acercarse y tomar asiento a mi lado en el sofá, en el que me dejo caer de mala gana mientras suelto un suspiro de resignación.

Lo conozco, diga lo que diga no me va a gustar, lo sé; cuando se trata de mí, Bruno no sabe disimular.

Él sonríe con ternura, toma una de mis manos entre las suyas, apretándola con cariño y, por algún extraño motivo, de pronto me siento como si estuviesen a punto de conducirme al patíbulo. No tengo ni idea de qué habrá pasado en esa maldita reunión, pero sea lo que sea, tengo la certeza de que la cosa terminó peor de lo que empezó.

—Bruno, me estás asustando… —murmuro—. ¿Va a denunciarme?

—No tienes que preocuparte por la denuncia; tal y como te dije en su momento, aunque decida llevarla a cabo, no habrá juicio porque no tiene ninguna opción contra ti. Es una amenaza sin fundamento —declara con rotundidad.

Debería sentirme aliviada… Pero hay algo que no me cuadra.

—Entonces, si no me va a denunciar, ¿por qué tienes esa cara? —cuestiono, intentando comprender la situación.

—No he dicho que no pueda hacerlo, solo que no debes preocuparte porque no tiene ninguna opción de ganar —especifica torciendo el gesto.

Lo contemplo confusa.

—No entiendo. ¿Con qué finalidad va a denunciarme si no puede conseguir nada con ello? —susurro, tratando de encajar las piezas del puzle en mi cabeza.

—Porque poner una denuncia contra ti le daría más credibilidad y acceso a los medios de comunicación en el caso de que quisiese recurrir a ellos —me explica, dejándome helada.

—Perdona, pero no comprendo qué quieres decir con eso…

—¿Qué crees que pasará cuando los medios de comunicación se enteren de que el alcalde de un pueblo ha denunciado a S. Harrison por atentar contra la imagen de su pueblo en una de sus novelas? Podría pasearse por platós, pódcast y periódicos desprestigiando tu nombre y tu trabajo. Todos estarían encantados de atenderlo, y eso es justo lo que amenaza con hacer. —Sus palabras caen sobre mí como un cubo de agua helada y, durante unas milésimas de segundo, siento que mi corazón deja de latir y mi sangre, en lugar de circular por mis venas, se queda congelada.

—Para eso no necesita poner una denuncia… —musito—. Con o sin ella, puede decir lo que le dé la gana.

—Cierto, pero con ella interpuesta, su testimonio cobra peso y credibilidad —certifica y resopla, enfadado con la situación.

—Pero lo que dice es mentira, ni he atentado contra la imagen de ningún pueblo ni he hecho nada malo —murmuro, incapaz de procesar todo lo que Bruno me está contando.

—Lo sé, soy muy consciente de ello. Pero el tipo es listo y sabe que el hecho de que tu identidad sea un misterio es un punto muy jugoso que los medios estarán encantados de explotar —señala, para añadir, transcurridos unos segundos—: El excelentísimo señor alcalde pretende pasearse por todos los medios de comunicación y redes sociales argumentando que, bajo su criterio y siempre en su opinión personal, tu forma de documentarte es insuficiente y que ese desconocimiento sobre el lugar ha provocado descripciones con falta de rigor y veracidad que han perjudicado de forma inaceptable, siempre bajo su forma de verlo, la imagen de su pueblo. Y, aunque esa no fuese tu intención inicial, ese hecho y su resultado son un claro indicio de una falta grave de profesionalidad.

Parpadeo un par de veces intentado asimilar todo esto… Pero, por mucho que trato de buscarle algún sentido, no se lo encuentro.

Me ha costado mucho llegar a donde estoy, el camino no ha sido nada fácil, y esta situación me parece tan injusta que no puedo evitar que me escuezan los ojos a causa de la indignación.

—Nada de eso que dice es cierto —repito como si el hecho de decirlo más veces fuese a cambiar en algo mi situación.

—Lo sé, pero una vez que comiencen a circular las noticias, los rumores y los bulos, los dos sabemos que tanto tu nombre como tu profesionalidad quedarán en entredicho —sentencia con objetividad.

Su voz no esconde la pena ni la rabia que le provoca todo esto, y eso me hace sentir todavía peor.

—¿Estás diciéndome que mi carrera y mi trayectoria profesional pueden irse al garete por culpa de un chalado que no tiene otra cosa más que hacer que ir soltando calumnias por ahí?

—No, dudo que la cosa llegase a tanto como para mandar tu trabajo al garete —afirma usando mis propias palabras—. Pero no sabemos hasta qué punto podría afectarte… ¿De verdad quieres ver tu nombre en todos los canales, radios y periódicos durante días o semanas?

—¿En serio crees que le darían tanta credibilidad? —pregunto incrédula, pues me cuesta aceptar que todo esto esté pasando de verdad, estoy tentada de pellizcarme por si esto solo es un

mal sueño y haciéndolo consigo despertar.

—No me preocuparía tanto en caso de que fueses cualquier otro autor… Pero eres S. Harrison y, como dije antes, tanto tu identidad como tu vida privada son un misterio, y los misterios dan morbo. Cualquier medio de comunicación le dará bombo si creen que gracias a eso pueden conseguir que des la cara para defenderte de sus acusaciones.

—Nunca haría eso, además, la editorial puede hablar en mi nombre, no tendría por qué hacerlo yo —afirmo, tratando de sonar convincente porque la simple posibilidad de tener que mostrarme para justificarme me hace hiperventilar.

La expresión de su rostro me deja más que claro lo poco conforme que está con esa afirmación.

—Yo sé que no lo harías, pero ellos no —replica—. Y en cuanto a lo otro…

—¿No crees que la editorial vaya a apoyarme en esto? —lo interrumpo, abriendo los ojos de forma desmesurada.

Bruno acaba de estar reunido con mi editora y no es una persona que hable por hablar; si tiene dudas, estoy convencida de que algo han tenido que comentar.

—Tu editora está preocupada, tiene miedo de cómo una campaña de desprestigio por parte de este hombre pueda llegar afectar a tu imagen y, sobre todo, a tus ventas.

—¡Pero es solo una persona!

—Es cierto —concede—, sin embargo, visto desde fuera es algo así como la batalla de David contra Goliat. Él es solo el alcalde de un minúsculo pueblo y tú, una escritora famosa con el respaldo de una gran editorial. La gente tiende a posicionarse junto al más débil en este tipo de situaciones, sobre todo, si a esa persona se le da bien manipular…

—De verdad que me parece increíble que esto haya podido pasar —protesto, colocándome las gafas con nerviosismo—. Como acabo de decir, es solo un hombre, y uno bastante trastornado si se me permite opinar —repito, tratando de convencerme a mí misma de que, siendo un solo individuo, no puede ser tan grande el daño que pueda llegar a causar.

—Estoy de acuerdo. —Asiente con la cabeza—. No obstante, hoy en día, en el mundo en que vivimos, repletos de redes sociales y nuevas tecnologías, un pequeño e insignificante grano de arena puede convertirse en un desierto antes de darnos tiempo a reaccionar.

—¿Y no podemos denunciarlo por difamación? —planteo.

—No. Para acusarlo por difamación, tendría que proferir contra ti acusaciones que tuviesen naturaleza criminal y nosotros tendríamos que demostrar que las hace sabiendo que son falsas, lo cual es complicado y muy subjetivo mientras dejes claro que hablas bajo tu punto de vista u opinión.

—Madre mía —susurro de nuevo, frustrada por el curso que está tomando esta conversación—. Con lo que he trabajado, y ahora mi profesionalidad puede quedar en entredicho por culpa de un desquiciado. ¿Qué tipo de persona juega con el pan de los demás de esta forma?

—No puedo responder a eso, me encantaría haberme topado cara a cara con ese impresentable, pero, por desgracia, no tuve ese placer, solo estuvimos con la abogada que lo representa.

—Cobarde, ni siquiera dio la cara —musito, a pesar de que en cuestiones de anonimato yo no soy quién para juzgar a nadie.

—Por lo que nos comentó la letrada, su cliente es un hombre ocupadísimo, que lleva toda la vida siendo alcalde de ese sitio y, por ello, se sintió superofendido cuando te referiste al lugar con los adjetivos con los que lo hiciste.

—¡Y dale! ¡Que no usé ningún adjetivo despectivo para referirme al puñetero pueblo!

¡Maldita la hora en la que me dio por mencionarlo! —exclamo alzando la voz.

—Lo sé, te recuerdo que me he leído el libro, pero eso no va a impedir que él pueda decir o argumentar lo que le dé la gana para hacerte quedar mal.

—Esto es una pesadilla —murmuro, colocándome bien las gafas de pasta verde que siempre me acompañan.

—Lo sé, pero tranquila que no todo es malo, por suerte, hemos conseguido llegar a un acuerdo con él.

—¿Un acuerdo? —replico con cierta esperanza—. ¿Qué quiere? ¿Dinero?

Bruno permanece en silencio durante unos segundos que se me hacen interminables y, al final, apesadumbrado, niega con la cabeza.

—Me temo que la cosa no es tan fácil, no va por ahí —contesta.

—¡Pues explícate ya! ¡Me van a dar los siete males! —le pido exaltada.

—Ha accedido a firmar un acuerdo comprometiéndose a no denunciarte ni mencionarte en ningún medio público o privado a cambio de que enmiendes tu agravio alabando las virtudes del pueblo en tu próxima novela, convirtiéndolo en el escenario donde se desarrolle el grueso de la trama principal.

—¿Estás de coña? ¿Primero me acusa de perjudicarlos y ahora pretende que los use como escenario principal? —cuestiono, conteniendo a duras penas mi indignación. Pero este tío, ¿de qué va?

—Hay algo más… —Su tono no me gusta nada.

—¿En serio? ¿Más? ¿Qué más puede haber? —pregunto con ironía sin disimular mi enfado.

Él asiente con cara mustia.

—Para que, y cito palabras textuales, esta vez sí sepas de lo que hablas y puedas documentarte en condiciones, debes vivir allí durante al menos un mes. Así tendrás tiempo de conocer de primera mano todos sus característicos y maravillosos rincones y podrás plasmarlos con rigurosidad en el libro.

—Estás de coña —siseo con los ojos como platos.

—Ojalá.

—¡¿Un mes?! Pe… pero si tiene menos de sesenta habitantes. ¡Puedo recorrerlo en una hora! ¡No necesito un mes! ¡No puedo pasarme allí treinta días enteros!

—Puedes negarte, pero…

—Pero me arriesgo a que un tipo al que no conozco se dedique a difamar mi trabajo y mi carrera —lo interrumpo resoplando con fuerza.

Él suspira y varias arrugas de preocupación cruzan su frente.

—Piénsalo bien. Los rumores solo son rumores, pero, una vez esparcidos, nunca desaparecen… Por no hablar de que podría llegar el momento en el que te vieses obligada a abandonar tu anonimato para defenderte si la cosa se complica en exceso. Y eso sin mencionar que la editorial prefiere evitar la polémica, dudo que les haga gracia que te niegues a firmar el acuerdo si con ello puedes dar por finalizada toda esta situación.

—Vamos que todo son ventajas para mí. Estoy entre la espada y la pared —farfullo.

—Me temo que sí —admite en voz baja—. Siento no haber podido ser más útil. Te aseguro que no me hace ni pizca de gracia que tengas que vivir un mes allí, pero, por mucho que me joda, y te aseguro que lo hace, en este momento me parece lo más conveniente para ti.

—No es culpa tuya, sino de ese ese… ¡Ni siquiera sé cómo definirlo! Es que de verdad que no me lo puedo creer —sollozo, con los ojos llenos de lágrimas.

—No te lo tomes así, piensa que lo bueno que tienes es que puedes trabajar desde cualquier sitio, tómatelo como un retiro; además, no queda lejos de aquí —intenta animarme, tratando se sonar positivo a pesar de lo molesto que está.

—¿Que no está lejos? ¡Son casi cinco horas de coche! —lo contradigo.

—¿Y qué son cinco horas? Te tiras más tiempo sentada delante del ordenador cada día.

Me regala una sonrisa un poco forzada y un leve empujón en el hombro; no obstante, aunque lo intenta, no consigue hacerme sentir mejor. Mi cabeza bulle a tanta velocidad que me mareo y tengo ganas de vomitar.

—¡Esto es una locura! Además, ¿cómo puedo mantener mi identidad en secreto? Si voy allí, todo el mundo sabrá quién soy. ¿Y dónde voy a vivir?

—No te preocupes, está todo controlado. Los únicos que conocerán tu identidad serán el señor alcalde y su abogada, y ambos firmarán un contrato de confidencialidad —me explica—. Créeme, con la indemnización que tendrán que pagar si dicen algo, ninguno de ellos se atreverá a abrir la boca. En cuanto al resto de los habitantes del pueblo, para ellos inventaremos una coartada: diremos que eres pintora y que has viajado hasta allí una temporada buscando inspiración y tranquilidad para preparar una exposición.

—Todo esto parece una broma, pero una de muy mal gusto —asevero.

—En cuanto a la casa, también está arreglado. La editorial ya se ha encargado de alquilar para ti una de las tres viviendas de las que disponen para alquiler vacacional. Será tuya durante todo el tiempo que vivas allí.

—Entonces ya está, no hay nada más que hablar, por lo que veo, la decisión está tomada —musito con una mezcla de frustración, enfado y tristeza recorriéndome por dentro.

—Solo hemos intentado facilitarte las cosas, pero la que decides eres tú. Puedes ir un mes allí o podemos enfrentarnos a lo que sea que el hombre ese diga sobre ti. En cualquier caso, sabes que siempre te voy a apoyar y voy a estar junto a ti.

Aprieto su mano con fuerza, pues, si algo tengo claro en mi vida, es que Bruno nunca me va a fallar; no obstante, me siento impotente, como un monigote al que están manejando con cuerdas, porque, por mucho que él me diga que la última decisión es mía, los dos sabemos que no tengo otra elección, hay demasiado en juego y arriesgarlo no es una opción.

Capítulo 2

Un compañero inesperado

Sara

Aparco delante del refugio de animales que dirige mi padre y, dejando escapar un suspiro, apoyo la frente contra el volante provocando sin querer un bocinazo que rasga el aire.

Como respuesta al estridente sonido, varios perros comienzan a ladrar y, al instante, me estremezco y siento el impulso de arrancar y largarme.

Hubiese preferido quedar en cualquier otro lugar. Mi casa, la suya, una cafetería, la cumbre del Himalaya… Cualquier otra opción me hubiese parecido mejor idea, pero, cuando lo llamé para decirle que tenía algo importante que contarle, se empeñó en que me pasase por aquí lo antes posible y, como lo adoro, fue imposible negarme.

La verdad es que siempre hemos estado muy unidos. Él, mi madre y yo formábamos un gran tándem, y en mis momentos más complicados, en esos en los que cada día parecía un agujero negro a punto de engullirme, ellos, Bruno y su familia fueron los que siempre me sostuvieron de la mano para que lograse mantenerme en pie y no llegase a derrumbarme.

Recuerdo aquellos años de instituto y soy consciente de que, sin tenerlos a todos a mi lado, me habría resultado casi imposible sobrevivir. Fue una etapa complicada y bastante triste en la que, sin embargo, por jodidas que se pusiesen las cosas, sabía que antes de meterme en la cama alguno de ellos haría lo imposible por hacerme sonreír.

Ni siquiera su separación fue traumática, todo lo contrario y, aunque sé que esto ocurre pocas veces y que en la mayoría de las ocasiones no es posible, ellos son el claro ejemplo de cómo después de pasar tantos años el uno en la vida del otro y con una hija en común, aunque se tomen caminos diferentes, si se dejan las rencillas a un lado y hay voluntad por ambas partes, se puede mantener el respeto y el cariño, ya que, tal y como ellos dicen, aunque la relación romántica haya terminado, siguen teniendo el nexo de unión más importante que se puede tener en la vida: un hijo.

Los dos estuvieron de acuerdo en poner la casa familiar a mi nombre y, aunque una vez que empecé a ganar mi propio dinero quise pagarles al menos una parte, ninguno lo aceptó.

Somos un equipo, un equipo un tanto peculiar, pero un equipo al fin y al cabo, e incluso ahora que mi madre, arqueóloga apasionada de profesión, está trabajando en una excavación en Perú y mi padre casi no dispone de tiempo libre al combinar su trabajo como veterinario con las horas que dedica al refugio, nos las apañamos para encontrar una noche a la semana en la que los tres nos ponemos de acuerdo para coincidir y compartir una cena por videollamada.

Vamos que son geniales, y justo por eso cada vez que mi padre insiste en que me pase por el refugio o por su clínica con cualquier excusa (el pobre todavía alberga la secreta esperanza de

que en algún momento lleguen a gustarme los animales) no puedo decirle que no.

En el fondo, no puedo culparlo, casi lo entiendo, pues, como él mismo dice, parecemos un chiste de los malos.

¿Cuál es el colmo de un veterinario? Tener una hija a la que le dan pavor los animales en general y los perros en particular.

Soy consciente de que, si la gente leyese esto, muchos pensarían que soy una especie de bruja sin corazón, pero la verdad es que todo tiene una explicación.

Siendo muy pequeñita, un perro que estaba ingresado en la clínica de mi padre me pegó un mordisco que aún no he conseguido olvidar. Ni siquiera era un perro grande, todo lo contrario, era pequeño, con carita de no haber roto un plato, pero yo apenas tenía tres años y me trincó con tantas ganas que hicieron falta dos personas para conseguir que me soltase la pierna y, desde ese momento, en cuanto se me acerca un animal, me pongo a temblar.

Lo cierto es que fue un hecho aislado, el pobre animalito estaba enfermo, muerto de miedo y de dolor, pero todavía me paralizo al recordar su mirada antes de abalanzarse sobre mí. Es pensarlo y se me congela la respiración.

Me estremezco una vez más e, intentando alejar esos pensamientos, salgo del coche y me dirijo a la puerta principal. Llamo al timbre y la verja se abre con lentitud.

Camino con cierta inseguridad, a pesar de saber que en la parte delantera no voy a encontrarme con ningún perro suelto, pues mi padre tuvo la precaución de poner las zonas comunes en la parte posterior para correr menos riesgo de que alguno se pudiese escapar, pero, aun así, camino como si con cada paso pudiese desencadenar una explosión nuclear.

Me quedo plantada en medio del patio, esperando a que aparezca mi padre (ambos somos conscientes de que no voy a adentrarme más) y, pocos segundos después, lo veo caminando por uno de los laterales para acercarse hasta mí.

—Hola, tesoro, qué alegría que hayas venido a verme —me saluda, atrapándome entre sus brazos.

—Hola —respondo con gesto sombrío.

—Venga, no te lo tomes así, ya verás como todo va a estar bien —asegura mientras me frota la espalda con cariño.

¡Ja! Si él supiese… Espera, ¿lo sabe?, me pregunto, analizando sus palabras. ¿Cómo es posible que lo sepa si estaba tan segura de que todo se iba a arreglar que decidí no contarles nada ni a él ni a mi madre para que no se preocupasen sin necesidad?

Estudio la expresión de su rostro y no me cabe ninguna duda… Está al tanto de todo.

—¿Lo sabes? —cuestiono confusa, solo por cerciorarme.

Él asiente sin dejar de sonreír.

—Bruno se pasó antes por aquí para ponerme al día.

—¡Será bocazas! —acuso a mi mejor amigo, entrecerrando los ojos.

—Te vio tan desanimada que, cuando se fue de tu casa, decidió hablar conmigo. Quería que tuviese toda la información antes de que llegases tú.

Suelto un bufido indignado al percatarme de que ese listillo debió de aprovechar el rato que me pasé por la casa de sus padres (son mis vecinos de al lado) para ver a su hermana Cala, que había venido con la preciosa niña que acaba de tener, y de paso, dada mi inminente mudanza, para despedirme de todos, para venir a chivarle todo al mío.

Estuve ahí algo más de dos horas, tiempo que, por lo visto, al judas de mi amigo le resultó lo bastante largo como para irle con el cuento a mi padre quien, por supuesto, como no podía ser de otra forma, lo quiere con locura y tiene una tendencia de lo más molesta a defenderlo a capa y

espada y ponerse de su parte.

—Quería contártelo yo —protesto.

—Bruno solo quería anticiparse para que yo pudiese animarte.

—¿Sabes hacer milagros? —pregunto ofuscada.

—Me temo que no —admite sin perder el gesto afable.

—Entonces dudo que puedas animarme.

—Cariño, creo que lo estás enfocando mal —señala, conduciéndonos a ambos hasta un banco de madera donde tomo asiento con desgana.

—¿Tú crees? Veamos —murmuro en tono irónico—: un tipo me está chantajeando con desprestigiar mi carrera si no accedo a pasar un mes en un pueblo perdido y escribo un libro que transcurra allí para darle publicidad gratis a ese lugar.

—Dicho así, suena fatal —reconoce—. Sin embargo, donde tú ves eso, yo veo una aventura, un viaje emocionante, la oportunidad de salir de tu zona de confort, de experimentar, de disfrutar de la naturaleza y desconectar, incluso de reencontrarte contigo misma —asegura—. Y tu madre opina igual.

—¿Ya se lo has contado? —gimo, fulminándolo con la mirada.

—Bruno la llamó para informarla. Es tu madre, tiene el mismo derecho a saberlo que yo.

—Primero, voy a matar a Bruno y segundo, no me he perdido, por lo tanto, no necesito reencontrarme —afirmo, molesta por su forma de tomarse todo esto.

—Estoy convencido de que puede venirte bien.

—¿Te has vuelto loco?

—Lo digo en serio —insiste—. Cariño, eres una magnifica escritora y no podría estar más orgulloso de ti, pero estás tan metida dentro de tus mundos imaginarios creando personajes y vidas que a veces me da miedo que se te olvide disfrutar y vivir la tuya.

—Yo disfruto de lo que hago —replico—. Soy feliz.

—No lo dudo, lo único que digo es que, ya que tienes que ir, intentes aprovechar para inspirarte y ver un poco más allá de la pantalla y de las cuatro paredes de casa. Quizás hasta te sorprendas y termines disfrutándolo.

—¡Eso lo dices porque no eres tú quien tiene que ir! —protesto ofuscada, cruzando los brazos sobre mi pecho.

—Lo haría encantado, sabes que te acompañaría de no ser porque tendría que dejar el refugio abandonado, y tengo responsabilidades aquí.

—Lo sé —admito.

—Dicho esto, estoy convencido de que irte sola y ampliar un poco esa zona de seguridad que te has autoimpuesto es una buena oportunidad para ti—afirma—; además, he dejado en tu casa algo que estoy seguro de que te hará sentir mucho mejor cuando te encuentres allí.

—¿Cómo que has dejado algo en mi casa? ¿Cuándo? Me dijiste que hoy no podías salir hasta tarde, si de todos modos ibas a venir, ya podíamos habernos visto allí.

—No fui yo. En realidad, se lo di a Bruno para que te lo llevase en mi lugar. Como tiene llaves, se ofreció encantado a hacer la entrega por mí…

—¿Qué es? —inquiero curiosa.

—Algo muy especial.

—¿No vas a darme ninguna pista? —Intento persuadirlo dedicándole una sonrisa angelical, pero él niega con la cabeza.

—No —dice con seguridad.

—¿Ni una pequeñita?

—Cuando llegues a casa, ve a tu habitación y lo descubrirás —indica, conteniendo la risa al verme tan intrigada.

Lo observo con los ojos entrecerrados, intentando imaginar qué se le habrá ocurrido comprar. Mi padre tiene muchas virtudes, pero es un desastre eligiendo regalos.

Me puede la intriga, pero no insisto más, ya que, por mucho que lo haga, no voy a conseguir sacarle nada.

Continuamos hablando durante más de una hora y cuando, tras despedirme de él y montarme de nuevo en el coche, conecto el móvil al *bluetooth* y comienzo a canturrear *If You Met Me First* de Eric Ethridge, tengo que admitir que, aunque al pensar en mi próxima partida y en todo lo que tengo que preparar para llevarme me da el bajón, la charla con mi padre ha ayudado a que mi humor sea bastante mejor.

Dos días, solo cuarenta y ocho horas, ese es el tiempo que tengo para hacerme a la idea. ¿Precipitado? Puede, sin embargo, si hay que hacerlo, ¿qué sentido tiene esperar y alargar lo inevitable? Solo conseguiría martirizarme y agobiarme más.

Así que, junto con mi editora, en una videollamada muy poco halagüeña en la que Bruno también participa, decidimos que esto va a ser como arrancarse una tirita: mejor sin pensarlo, cuanto antes y de un tirón.

Además, todavía no he llegado y ya estoy deseando que pasen esos treinta días para poder volver a mi vida normal, así que mejor quitármelos de en medio pronto para poder olvidarme de todo esto. Con un poco de suerte, se me pasarán rápido y, antes de darme cuenta, ya podré regresar.

El cielo amenaza lluvia cuando, sumida en mis pensamientos, aparco delante de mi casa y, todavía aferrada al volante, desvío la vista hacia ella.

¡Me chifla mi hogar! Y no es que sea especialmente lujoso ni nada de eso y, aunque podría permitirme algo mucho más grande u ostentoso, o irme a alguna zona más céntrica, no cambiaría esto por ningún otro lugar.

La construcción es sencilla, está pintada de blanco y, al igual que el resto de las viviendas de la urbanización, consta de dos plantas con similar distribución (la de abajo alberga un aseo, la cocina y un enorme salón. La de arriba los dormitorios, un cuarto para la colada y dos baños); no tengo jardín en la parte posterior, pero sí un pequeño cuadrado de césped delantero delimitado por una valla de madera blanca, muy al estilo de las películas americanas, pero suficiente para disfrutar en primavera y en verano cuando el tiempo lo permite para hacer algo de vida al aire libre.

La contemplo ensimismada durante unos minutos y se me encoge el corazón al pensar que, por primera vez en mi vida, voy a pasar semanas lejos de aquí, sin ver como el sol se esconde en el horizonte a través de la ventana de mi habitación, sin escuchar el característico sonido del último escalón de la escalera crujiendo bajo mis pies o sin acercarme a la casa de los padres de Bruno cuando no me apetece desayunar sola.

Resignada, salgo del coche y, arrastrando los pies y con los hombros hundidos, me acerco a la puerta principal.

El característico olor a azahar del ambientador con el que acostumbro a perfumar cada una de las estancias me recibe en cuanto pongo un pie en el interior, y aspiro con fuerza para embriagarme de su aroma familiar.

Caminando con pesar, como si cada uno de mis pies se hubiese convertido en un ancla con la que permanecer atada a este lugar, me dirijo al salón, dispuesta a dejarme caer en el sofá. No obstante, todavía no he apoyado el culo en el cojín cuando mi móvil comienza a vibrar.

Es un mensaje de mi padre.

Recuerda que en tu habitación te espera una sorpresa muy especial, estoy seguro de que te va a cambiar la vida y lo vas a disfrutar. Te quiero.

¡Es cierto! ¡Lo que se supone que mi padre le dio a Bruno para que este dejase en mi casa! ¡Lo había olvidado por completo! Que me va a cambiar la vida… La última vez que me dijo algo así fue cuando apareció con una de esas aspiradoras que se mueven por toda la casa quitando la porquería hasta de debajo del sofá. Y hombre, no voy a decir yo que no sea práctico, pero tanto como para cambiarme la vida… ¡Pues va a ser que no!

Movida por la curiosidad, me levanto y me encamino a toda prisa hacia las escaleras para subir a mi habitación.

Abro la puerta con una sonrisa en los labios, tratando de adivinar qué se le habrá ocurrido esta vez, pero, en cuanto lo hago, la sonrisa es sustituida por un grito de pavor y salto hacia atrás como si encima de mi cama acabase de encontrarme con un león hambriento en lugar de con un pequeño y adorable cachorrito que parece de lo más entretenido devorando mi almohada.

Con movimientos lentos, como si temiese que el pobre animalillo fuese a abalanzarme sobre mí, saco el móvil del bolsillo y marco el número del traidor que lo dejó ahí.

—¿Qué-es-eso? —pregunto en cuanto escucho su voz.

—Intenta tranquilizarte —me recomienda pausado, como si no pasase nada y yo fuese una exagerada.

—¡Tarde! —protesto—. ¿Cómo se te ocurre dejar aquí un perro?

—No te olvides de que fue idea de tu padre, yo solo soy el mensajero.

—Y tú no te olvides de que en las pelis de miedo el mensajero es el que siempre muere primero —siseo, intentando hablar bajo para no asustar al devorador de almohadas.

—Te repito que, en este caso, yo solo soy un mandado —me asegura y, por cómo habla, estoy convencida de que le está costando la vida no echarse a reír al muy condenado.

—¡Claro, fue cosa de mi padre! ¿¡Y si mi padre va y te dice que te tires por un puente tú vas y lo haces!?

—Probablemente, ya sabes puede llegar a ser muy convincente —bromea.

—¡No estoy para bromas! ¡No cuando hay un perro encima de *mi* cama! —aseguro, haciendo especial hincapié en el posesivo.

—Venga, no es un perro, solo un cachorrito, un bebé —me recuerda.

—Un bebé con colmillos y dientes muyyy afilados —murmuro, y dejo escapar un gemido.

—¡Es un perro, no un cocodrilo! Además, no podía quedarse más tiempo en el refugio, no había sitio y tenían que sacarlo. ¿Preferirías que ese adorable angelito se quedase en la calle pasando frío?

—¡No intentes hacerme el lío! ¡Los dos sabemos que mi padre nunca lo dejaría en la calle! —exclamo.

—*Touché* —reconoce—, pero lo que sí es cierto es que ese pequeñín necesita una atención especial y que no podía seguir allí. Su mamá murió de parvovirus hace un mes y, desde entonces, les cuesta horrores hacerlo comer, por no hablar de que el pobrecito no dejaba de llorar. Todos sus hermanos han sido adoptados y solo quedaba él. ¿Te imaginas lo triste que debía de estar?

Observo al animalito quien, con parte de la almohada todavía entre sus dientes, ladea la cabeza, fijando sus inteligentes ojitos en mí.

La verdad es que, a pesar de estar en los huesos (no pesará más de kilo y algo), es una monada; aterradora, pero una monada. Su cuerpecito es de color castaño, pero el pelito que rodea

su ojo derecho es negro y sus patitas delanteras, blancas.

—Pues peor me lo pones. ¿En qué momento se le pasó a mi padre por la cabeza que yo podría encargarme de un animalito en tales condiciones? —refunfuño, temerosa e insegura.

Ya no es solo el miedo que les tengo, es que, por si eso fuese poco, un perro es una gran responsabilidad, es un ser vivo con necesidades, sentimientos y emociones que depende de uno, y no sé si yo estoy preparada para asumir algo así en este momento, aunque, al parecer, el insensato de mi padre opina que sí.

—Si lo piensas, es perfecto. Tú vas a vivir una experiencia nueva y el cachorro también necesita comenzar de cero. Además, la mayor parte del tiempo trabajas desde casa, lo cual es fantástico porque os haréis compañía el uno al otro —intenta persuadirme.

—Ni siquiera me atrevo a acercarme a él —susurro sin apartar la mirada de esa bolita de pelo.

—¿Ves? Todo son ventajas, por fin vas a tener que hacerle frente a ese estúpido miedo —afirma.

—No te metas con mi miedo, no es estúpido.

—Todos los miedos irracionales lo son —sentencia—. Y, en este caso, amiga mía, vas a tener que echarle valor.

—Muchas gracias por el ánimo —refunfuño.

—Si te sirve de consuelo, sabes que estoy a solo una llamada de distancia. Si me necesitas para arrancarte de las fauces de ese feroz y peligroso animal, no dudes en llamarme y, antes de darte siquiera tiempo a colgar, llegaré volando en tu rescate cual príncipe azul.

—¿Bruno?

—¿Sí?

—Vete a la mierda.

Una carcajada resuena al otro lado del teléfono y, como siempre, su risa contagiosa aligera un poco mi mal humor. Aun así, continúo enfadada con él por haber metido al animal en mi habitación y lo amenazo haciéndoselo saber.

—Cada vez estoy más cerca de quitarte las llaves de mi casa.

—Me lo agradecerás mucho antes de lo que crees —responde—. Por cierto, el perrito tiene dos meses, por lo que ya le han puesto las dos primeras vacunas y está desparasitado. Tu padre se encargó de todo antes de pedirme que te lo dejase ahí.

—Qué considerado —bufo.

—Y tanto —se carcajea de nuevo este traidor que, desde hoy, se va a convertir en mi ex mejor amigo—. Ahora —añade—, aunque sabes que nunca me canso de hablar contigo, voy a colgar para que podáis empezar a conoceros mejor.

Dicho esto, me lanza un sonoro beso, al que respondo con un gruñido, y corta la comunicación, dejándome con cara de tonta, el teléfono todavía en la oreja y la vista clavada en el perro que descansa sobre mi colchón.

Tardo unos cuantos segundos en reaccionar y, cuando lo hago, guardo el móvil en el bolsillo del pantalón.

—Hola, bonito —lo saludo y trago saliva antes de acercarme despacio, como si, en lugar de estar aproximándome a un cachorrito, estuviese haciéndolo a un tiranosaurio a punto de morir por desnutrición.

Un ladrido alegre me responde, acompañado de un efusivo movimiento de rabo.

Sin pensarlo demasiado, recorro los metros que nos separan y tomo asiento a su lado. Ambos nos estudiamos; yo, a él, con miedo y él, a mí, con curiosidad, hasta que, conmovida por

su dulce mirada, paso con cuidado mi temblorosa mano por su lomo y lo acaricio y, para mi sorpresa, lejos de apartarse, parece encantado.

Repito la caricia unas cuantas veces, ganando algo de confianza, mientras me pregunto cómo es posible que ese simple gesto, esa tenue caricia provoque en mi pecho una sensación de ternura tan brutal.

—Parece que tú y yo vamos a hacernos buenos amigos —murmuro, paseando los dedos con suavidad por su cabecita—. Pero necesitamos cosas…, muchas cosas… Esto… No te muevas, espérame aquí, te prometo que vuelvo ahora —digo levantándome mientras ya estoy elaborando un listado mental.

Capítulo 3

Una escena de novela

Sara

El móvil comienza a vibrar y desvío un momento la vista de la carretera para fijarla en la pantalla, y suspiro de alivio al descubrir que se trata de Bruno.

El camino se me está haciendo eterno y no veo el momento de llegar. No es que tenga ningún problema por conducir, pero hace casi seis horas que salí de casa y comienzo a acusar el cansancio, por no hablar de que esta mudanza temporal me apetece menos que nada, y eso no ayuda a mejorar mi estado de ánimo.

Me siento como si fuese un soldado que es llevado a la trinchera a punto de entrar en batalla. Me repito a mí misma que son unas vacaciones para desconectar, pero mi cabeza no parece muy por la labor de hacerse a la idea y colaborar.

—¿Qué tal el viaje? ¿Has llegado ya a ese pueblecito encantador? Iba a salir a cenar con Thiago, pero antes quería saber qué te parece tu nuevo hogar. Por las fotos, parecía una monada —se interesa mi amigo.

—Pues ni confirmo ni desmiento, porque todavía no lo he visto —gruño—. Esta carretera no parece tener fin.

—¿De verdad? —Parece extrañado. ¿Y sabes cuánto te puede quedar?

—Ni idea, desde hace unos veinte minutos lo único que veo son árboles y más árboles al pasar —respondo tensa.

—Pero si hace seis horas que saliste. ¡Ya tendrías que estar en tu nueva casa descansando! —me recuerda como si yo no fuese consciente del tiempo que llevo metida en el coche.

—Pues como mi *nueva casa* no esté en la copa de un pino, mucho me temo que ni me estoy acercando —replico—. Además, te recuerdo que no voy sola, Calcetines necesita estirar las patas y hemos tenido que hacer un par de paradas.

—¿Calcetines? —repite, escupiendo el nombre como si se le hubiese atragantado.

—Sí, Calcetines, el perro que dejaste a escondidas en mi habitación cometiendo allanamiento de morada. ¿Lo recuerdas?

—Ehhh, sí, hablando de eso… ¿No te habrás enfadado?

Echo un vistazo al cachorrito que duerme de forma apacible dentro de su transportín (una de las tantas cosas que fui a comprarle en cuanto lo vi) en el asiento trasero. En realidad, al menos hasta el momento, tenerlo conmigo tampoco ha sido tan malo… De no ser porque dentro del maletero llevo casi más cosas para él que para mí.

No es que mi miedo se haya esfumado, todavía tiemblo cuando lo escucho ladrar y me tenso al tenerlo al lado, pero reconozco que cuando lo miro, siento una cálida y agradable

sensación acomodándose en mi pecho que aumenta con cada caricia que le doy, y poco a poco empiezo a comprender que igual mi padre tenía razón y adoptarlo no ha sido tan malo.

—Sabes que no puedo enfadarme contigo —respondo en un tono que deja patente que los dos estamos al corriente de esa información—. Aunque reconozco que a veces me encantaría.

La carcajada que suena al otro lado me hace sentir un poco menos perdida, pero también me hace ser aún más consciente de lo mucho que lo voy a extrañar. Mis ojos se humedecen y sacudo la cabeza intentando apartar el sentimiento de tristeza y concentrarme en lo que tengo delante de mí, pero no soy tonta y sé que este cambio me va a costar.

—Ahora en serio, estoy empezando a preocuparme, no quiero que se me haga de noche en esta carretera estrecha en medio de la nada —murmuro.

—¿No llevas puesto el GPS? —inquiere.

—Lo llevaba, pero hace un rato que no encuentra mi ubicación.

—¡Por favor, no se te ocurra perderte! —exclama mi amigo, ahogando un gemido. Me conoce bien, y por ello sabe que, entre todas mis virtudes, no destaca el sentido de la orientación.

—¡Perderme no era mi objetivo de hoy! —protesto.

—Abre bien los ojos, Sara, tiene que haber algo, una señal, una casa donde preguntar, fíjate bien… —me ordena.

—Te garantizo que los llevo como platos —refuto.

—Espero que al menos tengas batería de sobra en el teléfono.

—Sabes que siempre lo llevo conectado al cargador cuando voy conduciendo.

—Bien, pues entonces no pienso colgar. Te acompañaré vía telefónica hasta que sepamos dónde leches estás.

—Pero has quedado para cenar —protesto, imaginando que el pobre Thiago estará esperando.

—Esto es más importante; necesito saber que llegas viva, así que la cena tendrá que esperar.

—Creo que a lo lejos veo una señal —anuncio unos segundos después.

Los dos permanecemos un momento en silencio hasta que, al ir aproximándome, compruebo que, en efecto, a mi derecha una señal vieja y oxidada anuncia que Aldavejo se encuentra a tres kilómetros y medio.

—¡Ya está! Estoy llegando —le digo, contenta de que el viaje esté terminando por fin.

¡Estoy deseando estirar las piernas un rato!

—¿Seguro? —insiste.

—Que sí, pesado, vete a cenar que Thiago va a terminar impacientándose —lo animo convencida.

—Prefiero esperar un poco más, la comida no va a escaparse del plato y sabes que Thiago te adora, así que también él se quedará más tranquilo cuando nos aseguremos de que has llegado a tu destino —afirma.

—Está bien —acepto, agradecida por poder disfrutar un poco más de su compañía.

Otra señal, esta vez más grande y lustrosa, me anuncia el comienzo del pueblo, cuya entrada es un camino de tierra enmarcado a ambos lados por inmensos robles de ramas que se zarandean al compás del viento que se abre paso entre sus hojas.

—Parece que hemos llegado. ¡Yujuuu! —murmuro con ironía.

—Intenta tomártelo por el lado positivo, quién sabe, quizás este mes resulte ser una fuente de inspiración —me recomienda.

—Lo veo complicado cuando estar aquí es una imposición —bufo.

—¿Qué ganas protestando? Tú decidiste aceptar sus condiciones, así que ahora intenta disfrutarlo… Te juro que, si lo llevas muy mal, yo mismo te arrastraré de nuevo a casa, pero no perdemos nada por intentarlo.

Escucho sus sabias palabras mientras continúo recorriendo el sendero, que se prolonga algo más de un kilómetro, antes de que la tierra dé lugar a un estrecho tramo adoquinado y las primeras casas y fincas aparezcan ante mis ojos.

Durante unos segundos, los dos permanecemos de nuevo en silencio. Sé que tiene razón, tengo que ser más positiva; por normal general, siempre consigo sacar el lado bueno de las cosas, pero mucho me temo que en esta situación me va a resultar un pelín más difícil encontrarlo…, pienso mientras avanzo dejándome guiar por el sentido único de la calzada, hasta que me veo obligada a frenar de forma brusca para no empotrarme contra un muro que sobresale en una curva salida de la nada.

Reanudo la marcha, resoplando, y giro tres veces a la izquierda, serpenteando por estrechas callejuelas.

—¡Esto parece un laberinto! —exclamo molesta.

—No seas exagerada —me reprende mi Pepito Grillo telefónico.

Un ligero gemido de protesta proveniente del asiento trasero me arranca un resoplido.

—¿Ves? Hasta el perro está de acuerdo conmigo —le digo a mi amigo antes de dirigir mi atención al espejo retrovisor para comprobar que Calcetines, que se ha portado como un angelito, pasándose gran parte del viaje dormido, golpea impaciente con su patita el transportín, cansado de estar ahí.

—Aguanta un poco —le pido—. Ya debemos de estar a punto de lle…

La frase queda incompleta cuando, al fijar de nuevo la mirada en el frente, soy incapaz de terminarla.

—¿Sara? —me llama Bruno.

Abro la boca con la intención de responder, pero es que no me salen las palabras.

—¿Sara? —insiste.

—Pero ¿qué…? —farfullo, contemplando con los ojos abiertos de par en par la surrealista e inesperada escena que se desarrolla ante mí haciéndome sentir como si de repente me hubiese convertido en parte del reparto original de *Bienvenido, Míster Marshall*.

—Sara, ¿qué cojones pasa? —pregunta mi amigo, comenzando a inquietarse.

Tentada de dar marcha atrás a toda velocidad y largarme a toda prisa de aquí, reduzco las marchas del coche hasta tal punto que este casi se cala, mientras abro y cierro la boca repetidas veces, buscando los adjetivos oportunos para describir la estampa que tiene lugar en lo que deduzco será la plaza central.

—Tengo que dejarte, luego te llamo —susurro con voz ahogada, deslizando la vista por la comitiva, que forman unas veinte personas, las cuales, con pancarta de bienvenida en mano, tarteras, bolsas y yo que sé cuántas cosas más, se amontonan a unos pocos metros con la vista clavada en el coche y sin dejar de sonreír ni de cuchichear.

—Esto tiene que ser una broma —siseo entre dientes cuando los veo acercarse y colocarse delante sin ningún cuidado, impidiéndome continuar.

Forzando una sonrisa de lo más artificial, apago el motor, respiro hondo y abro la puerta dispuesta a bajar.

—Bienvenida a nuestro pueblo, Sara, estamos seguros de que te va a encantar —me saluda una chica que se adelanta un par de pasos en cuanto salgo del coche.

Agarrada todavía a la puerta como si esta se hubiese convertido en un escudo protector, la

estudio con detenimiento.

Es la más joven del grupo (lo cual no es muy complicado teniendo en cuenta que la media del resto supera con creces los sesenta años); ella, sin embargo, debe de rondar mi edad.

No es ni muy alta ni baja, tiene la cara ovalada, unos bonitos ojos azul cielo, el pelo tintado en un tono fucsia, corto, un poco por debajo de la mandíbula y con flequillo, y un pendiente en la ceja izquierda. Una estética moderna que contrasta bastante con el clásico y elegante traje sastre verde claro que le da un aire de lo más profesional.

—Ehhh… Gracias —consigo responder con un hilo de voz.

—Mi nombre es Erin y me encargo de gestionar la casa de huéspedes en la que te vas a alojar —me informa.

—Gracias por recibirme —titubeo repitiéndome, pues no se me ocurre nada más que añadir.

—¡Tranquila! —responde, haciendo un gesto con la mano para quitarle importancia—. No te haces una idea de la ilusión que nos hace que hayas venido a pasar una temporada con nosotros; si lo que necesitas es inspirarte, no hay un sitio mejor.

Mi espalda se tensa al escuchar esa afirmación.

—Inspiración —repito con un hilo de voz.

—Ajá —asiente ella, sin percatarse de cómo mi rostro pierde ligeramente el color.

—El alcalde nos explicó que eres pintora y que estás preparando tu próxima exposición —declara como si tal cosa.

—Ah, es cierto, la exposición. —Mi sonrisa se amplía un poco de puro alivio. Por un momento, pensé que sabían quién soy, se me había olvidado la coartada de la pintora que necesita inspiración.

—Todos vamos a hacer lo posible por que te sientas una más —anuncia Erin.

—Te lo vas a pasar de rechupete —asegura un anciano que andará cerca de los noventa, señalándome con el bastón en el que se apoya.

—La sangre fresca siempre es bienvenida —dice una mujer cargada con una enorme tartera, haciéndome sentir como si ella fuese Drácula y yo el plato principal que piensa zamparse mañana en la comida.

—Verás qué a gustito vas a estar —interviene la que está justo a su lado, y sonríe de oreja a oreja.

Yo, bastante abrumada y sin saber qué decir, me limito a mirarlos a todos, todavía agarrada a la puerta del coche, asintiendo sin parar.

—¿Hacéis este recibimiento a todo el que contrata una estancia vacacional? —pregunto en un susurro.

—¡Pues no sabría decirte porque has sido la primera en alquilar! Por eso están todos tan emocionados.

—Pues sí que se les ve contentos, sí —comento, observando con disimulo a los ancianos, que me contemplan como si fuesen niños la mañana de Navidad y yo un juguete nuevo listo para estrenar.

—Chicos, no la atosiguéis que acaba de llegar —los regaña de forma cariñosa la chica del pelo rosa—. Sígueme, te guiaré a tu casa, está a las afueras, pero las afueras en este sitio apenas son cinco minutos andando —se ríe—, es una de las cosas buenas de vivir aquí, lo tenemos todo a mano —asegura, enganchándose a mi brazo y tirando de mí para obligarme a apartarme del coche.

—Espera, yo es que tengo que sacar al perro… —la interrumpo al ver que su intención es

arrastrarme hacia la izquierda.

—¿Traes un perro? —inquiere, abriendo mucho los ojos.

—Sí, espero que no sea un problema —respondo, aunque por la emoción en su voz deduzco que no lo es.

—¡Qué va! Nos encantan los animales, ¿verdad, chicos? —pregunta a la comitiva, que continúa cuchicheando tras ella.

—¡Un pueblo sin animales es como una charca sin ranas! —replica un anciano de piel arrugada y boina negra, dejando entrever una sonrisa tan afectuosa como mellada.

—Él es Agustín, trabajó durante muchos años en el matadero, por eso se hizo vegetariano, dice que quedó tan impresionado que ahora solo quiere animales vivos, no muertos —me informa la chica, señalando al hombre que acaba de hablar—. Aunque ya los irás conociendo —asegura y me suelta para abrir la puerta trasera, sacar a Calcetines del transportín y ponerle ella misma la correa antes de bajarlo al suelo.

—Aquí tenemos gallinas, tenemos ovejas y hasta alguna vaca —insiste el hombre.

—¡Yo me encargo del coche! —exclama una viejecita con los ojos brillantes por la ilusión.

—¡Pero con cuidado, Eusebia! ¡Ya sabes que el médico te prohibió seguir conduciendo en la última revisión después de que no te renovaran el psicotécnico! —le advierte mi improvisada guía.

—¡Que sí, que sí, que en un periquete estoy ahí! —responde la mujer, que se acerca de inmediato a la puerta del conductor.

Yo observo la escena perpleja.

—¿Seguro que puede llevarlo? —cuchicheo, sin apartar la vista de la anciana que, sin perder un segundo, ya se ha acomodado en el interior y ha encendido el motor.

—¡Claro! Eusebia es nuestro Fernando Alonso particular —me explica animada.

—¿Pero no dices que le han quitado el carnet de conducir? —insisto en voz baja, para que no me escuche nadie.

—Eso fue después de tener un pequeño altercado con unas vacas, pero tranquila, está todo controlado. No va a pasar nada.

—Las muy *jodías* se metieron en el medio, pero no veas cómo corrían —me informa Eusebia, asomando por la cabeza por la ventanilla y dejándome aún más intranquila.

—No te preocupes, mujer, lo dejas en buenas manos —insiste Erin.

—Si tú lo dices —acepto con aire dubitativo, pues, con lo contenta que veo a la anciana, aunque se lo pidiera, dudo que aceptase bajar.

—¡Ea! ¡Pues ahora que está todo listo, vamos allá! —me indica Erin, enganchándose de nuevo a mi brazo con familiaridad, como si en lugar de llevar cinco segundos conmigo me conociese de toda la vida, y tirando de mí hacia una de las callejuelas de la derecha mientras el cachorro, feliz de verse en el suelo y rodeado de tanta gente (porque sí, lejos de quedarse en la plaza, el resto de la comitiva nos sigue un par de pasos por detrás sin dejar de parlotear), comienza a ladrar.

—Ya verás, la casa está rodeada de unos campos maravillosos y lo tienes todo a tiro de piedra, ¡nunca mejor dicho, porque aquí otra cosa no, pero piedras tenemos un montón! —anuncia la chica, riéndose de su propio chiste.

—¡Te hemos preparado la cena! —interviene emocionada a mi espalda una de las señoras, que nos sigue con paso ligero y envidiable para su edad.

—¡La de hoy y la de toda la semana! —se carcajea la que va a su lado.

—Y lo bien que le va a venir… —murmura la primera—. Mírala, pobrecita mía, está

escuchimizada.

Me giro un momento, no sé si con la intención de dar las gracias por el detalle o con la de especificar que no estoy tan delgada… Pero me siento tan sobrepasada por las circunstancias que no consigo articular palabra.

Los siguientes minutos se convierten en horas mientras Erin me arrastra sin dejar de hablar hasta que, por fin, las viviendas comienzan a espaciarse entre ellas y llegamos a un ancho sendero de tierra que conduce a una pequeña pero coqueta casita de piedra cercada por una valla de madera.

Me detengo a observarla durante unos segundos, pero Erin enseguida me insta a continuar.

Sin demora, abre el acceso que da paso a un trocito de jardín delantero y subimos los tres escalones que nos separan del amplio porche de madera en el que se encuentra la entrada donde, por cierto, ya nos espera Eusebia quien se nos ha adelantado, dando su misión por finalizada, y nos observa sonriendo de oreja a oreja, sana y salva.

Respiro aliviada, pues, aunque el coche no está a la vista, ella continúa entera y espero paciente a que Erin introduzca la llave que acaba de sacar de su bolsillo en la pesada puerta, la cual cruje de forma tenue al abrirse para dejarnos entrar.

Sin esperar a que nosotras pongamos un pie dentro, la comitiva, que hasta ahora se ha mantenido en un segundo plano, nos adelanta y, acompañados por Calcetines, que corre al interior sin mirar atrás, se adueñan de la que se supone va a ser mi casa dándose indicaciones los unos a los otros sin parar, mientras yo los contemplo con la boca abierta sin tener ni idea de cómo reaccionar.

—No se lo tengas en cuenta, son un poquito invasivos, pero sus intenciones son nobles, solo quieren asegurarse de que estás bien y no te falta de nada mientras te instalas —susurra mi acompañante, que es la única que se mantiene a mi lado, empujándome ligeramente el brazo al darse cuenta de lo descolocada que estoy.

—Yo… Gracias, supongo —musito.

—Ahora los sacaré de aquí y te dejaremos espacio y tiempo para que te instales, pero en la nevera tienes un pósit con mi número, cualquier cosa que necesites no dudes en llamarme —ofrece con amabilidad.

¿Por qué demonios tengo la impresión de que desde que he llegado a este lugar me he vuelto medio lerda y no soy capaz ni de contestar?, me pregunto, asintiendo a la vez que esbozo un amago de sonrisa que se queda en mueca.

—Chicos, vámonos, dejémosle a nuestra nueva vecina un poco de privacidad —los llama alzando la voz mientras me guiña un ojo.

Es escucharla y, como por arte de magia, las voces cesan. Todas las miradas se clavan en mí y, antes de que pueda darme cuenta, tal como entraron todos comienzan a salir en tropel, despidiéndose de mí al pasar por nuestro lado para alejarse por el camino charlando.

—Te enseñaría la casa, pero creo que hay cierta magia en que tú misma la descubras poco a poco… Y, por cierto, se me olvidaba, ayer por la mañana un amigo tuyo estuvo por aquí… Una de las habitaciones de la planta de arriba estaba vacía y nos dijo que quería preparar allí algo especial para ti —comenta, dejándome todavía más desconcertada.

—¿Un amigo mío? —repito incrédula.

—Sí, me dijo que se llamaba Bruno, era rubio y muyyy guapo —especifica con ojitos de corderito degollado—. Un chico encantador.

—Sí que lo es, sí —admito, comprobando una vez más que, queriendo o sin querer, Bruno sigue haciendo estragos.

—Recuerda que tienes mi número de teléfono en la nevera, no dudes en llamarme para lo que necesites —insiste antes de dar unos pasos y echar a correr para reunirse con los demás, que ya se alejan por el camino de tierra.

—Tranquila, creo que me las apañaré —afirmo, observando cómo se van, dejándome en el umbral.

Sé que es una tontería, y no es que pretendiese que medio pueblo se quedase conmigo a compartir casa, pero ahora que me veo sola vuelvo a sentirme algo perdida y bastante desamparada.

Es una sensación extraña a la que no estoy acostumbrada, pues siempre he tenido la suerte de estar muy arropada.

—Bueno… —le digo a Calcetines que, al verse solo, se ha acercado a la puerta a buscarme —. Empieza a hacer frío, creo que deberíamos entrar.

El perro ladra, moviendo la cola, y corre de nuevo hacia el interior, a la vez que yo me apresuro a sacar la llave de la cerradura para seguirlo hacia el que, al menos durante una temporada, será mi nuevo hogar.



Veinte minutos más tarde, después de haber inspeccionado a fondo casi toda la casa, tengo que admitir que no está nada mal.

Lon suelos son de tarima oscura y las paredes combinan la piedra con vigas de madera del mismo tono, dándole el aspecto rústico y acogedor de una cabaña con grandes ventanales.

La planta baja se compone de un salón cuyo elemento central es una preciosa chimenea eléctrica rodeada de estanterías a ambos lados y en cuya parte superior se encuentra una enorme televisión.

A unos metros de esta, destaca un *chaise longue* azul con cojines beis a juego con la confortable mantita que descansa en uno de los laterales del sillón, y a la izquierda, una mesa rectangular en tono roble rodeada de sillas, que combina con otra similar pero de menor tamaño colocada de forma estratégica delante del sofá, hace la función de comedor.

Una isla negra con banquetas une y separa a la vez este espacio de una pequeña pero equipada cocina americana.

Al lado de las escaleras de madera que conducen a la planta superior, se encuentra un pequeño aseo con suelos y paredes en diferentes tonos de gris en el que solo entran el lavabo y el inodoro.

Si la planta baja derrocha comodidades, la de arriba, con su estilo abuhardillado, no tiene nada que envidiarle.

Compuesta de una estancia que todavía no he visto y una habitación de tamaño XL que da cabida a una inmensa cama arropada con edredones y cojines en varios tonos de blanco, mesillas a ambos lados, un tocador la mar de coqueto, una estantería a juego y, lo mejor…, un vestidor de tal tamaño que en él podría guardar mi ropa y la de todo el barrio.

El baño en *suite* es, por supuesto, mucho más grande que el aseo de abajo y alberga ducha con hidromasaje, un lavabo coronado por el enorme espejo retroiluminado y uno de esos inodoros japoneses que tanta gracia le hacen a mi padre… Verás cuando se lo cuente.

Una sonrisa asoma a mis labios al pensar en él y, dirigiendo la vista hacia Calcetines, que ya se ha hecho un hueco entre los cojines, me encamino hacia la única habitación que me queda

por ver y que deduzco es en la que Bruno ha preparado la sorpresa.

Está a pocos metros de la mía, por lo que no tengo que andar demasiado.

Intrigada por saber que será lo que mi amigo ha estado tramando, me apresuro a abrir la puerta y, de inmediato, se me llenan los ojos de lágrimas al descubrir lo que se oculta tras ella.

Con mano temblorosa, suelto el pomo y me adentro en la estancia.

Es pequeña, el techo tiene cierta inclinación y las paredes son de piedra robusta mezclada en algunas zonas con madera.

En la pared izquierda me espera una estantería llena de mis libros y fotos favoritas y, a unos pocos metros, un columpio colgante repleto de cojines parece invitarme a relajarme leyendo justo ahí.

A los pies de la ventana, una alfombra de pelo alto descansa bajo una mesa que reconozco muy bien: es el maravilloso escritorio antiguo de la bisabuela de Bruno. Hasta ahora siempre había ocupado un lugar importante en el salón de su casa, y me parece increíble que ahora esté aquí.

Contemplo anonadada la exquisita pieza de madera blanca con las suaves y elegantes ondas que forman sus patas y una lágrima se desliza por mi mejilla.

Apoyados sobre él, se encuentran una caja de gran tamaño y un pequeño jarrón con varias flores silvestres.

Curiosa, abro la caja con cuidado y mi mandíbula se descuelga, ¡es imposible! Es una máquina de escribir *vintage* de la que me enamoré hace varios años en una tienda de segunda mano. En ese momento no llevaba dinero encima y, cuando quise volver a por ella, ya no estaba.

Una pieza de coleccionista en color lila que intenté encontrar durante meses sin éxito. ¡No me puedo creer que esté aquí! ¡Es increíble que el loco de mi amigo la haya encontrado y comprado para mí! ¡Ni siquiera sabía que la estuviese buscando!

Mis dedos se pasean con delicadeza sobre las teclas y decido que, aunque, como es lógico, siempre escribo en el ordenador, mi próxima novela cobrará forma gracias a esta obra de arte. Sé que me llevará más tiempo, pero valdrá la pena. Entonces, reparo en la nota que hay junto a ella.

Está escrita a mano con la inconfundible letra de Bruno.

> No hay nada imposible de encontrar.
> Solo hay que querer buscar.
> Disfrútala, te quiero.

Emocionada, me seco las lágrimas que surcan mis mejillas y cierro los ojos, inclinándome hacia las flores para aspirar su olor. Todo es perfecto, no se puede pedir nada más… O eso creo hasta que, al abrirlos de nuevo y elevar la mirada al frente, me quedo hechizada al encontrarme con el precioso jardín de la parte posterior de la casa.

No es muy grande, pero está repleto de flores de azahar y, sobre todo, de lavandas. Cientos de flores lilas que engañan a la vista convirtiéndose en un océano violeta. Su aspecto es tan bucólico y romántico que invita a soñar, a dejar volar la imaginación y a dejarse llevar… Y ahí, contemplando la sutileza con la que esas pequeñas flores blancas y violetas se mecen al son del viento acariciadas por los últimos rayos del atardecer, no me queda más remedio que reconocer que si la finalidad de todo esto era buscar la inspiración, no se me ocurre mejor sitio para hacerlo que en este refugio, esta ventana y esta habitación que Bruno ha creado con mimo para hacerme sentir acompañada incluso estando tan lejos de mi hogar.

Capítulo 4

Aldea pitufa

Carlos

—Llave inglesa —solicito extendiendo la mano mientras escucho todo lo que mi hermana me cuenta sobre el recibimiento de nuestra «ilustre invitada» desde mi privilegiada posición bajo el fregadero del bar.

—Llegó bastante más tarde de lo que esperábamos y parecía algo cansada, no hablaba demasiado, pero no la culpo. ¡Tenías que ver su cara cuando vio que medio pueblo estaba esperando para recibirla en la plaza! ¡Dolores y Manolo hasta hicieron una pancarta! ¡La pobre se quedó sin palabras!

—Me lo imagino —respondo entre dientes, y aprieto la mandíbula a la vez que trato de enroscar una tuerca que se niega a encajar—. Seguro que es una esnob que se cree demasiado importante para pasar unos días en este humilde lugar.

Mi hermana suelta un bufido y, a pesar de que no puedo verla, apostaría a que acaba de poner los ojos en blanco.

—Pues para nada me dio esa sensación, solo parecía algo… agobiada. ¡Y como para no estarlo! ¡Cualquiera en su lugar estaría igual! —la defiende con vehemencia—. No deberías juzgarla tan a la ligera, primero porque no la conoces y segundo porque fuiste tú quien propició esta situación.

—¿Estás intentando decirme algo? —la cuestiono, arrastrando el cuerpo hacia fuera para enfrentar su azulada mirada.

Me fastidia que Erin ya se haya puesto de su lado. No entiendo por qué lo hace si, tal y como ella misma acaba de decir, no la conocemos de nada. ¿Cómo es posible que, a pesar de llevar menos de un día en el pueblo, esa mujer ya la tenga comiendo de la palma de su mano?

—Nada que no sepas —afirma elevando la mandíbula a la vez que se coloca un mechón de pelo rosa detrás de la oreja—. Tú solito eres consciente de que lo que le has hecho es una putada.

—No es para tanto… —me defiendo, poniéndome en pie para limpiarme las manos.

—Si tú lo dices… —murmura, negando con la cabeza.

Refunfuño para mis adentros mientras me seco con un paño. Cuando me ofrecí a ayudar a Mariano, el tabernero, pensaba que arreglar esta odiosa fuga de agua me llevaría solo un rato; no obstante, llevo casi toda la mañana tirado en el suelo, con medio cuerpo mojado y manchado de grasa, y el puñetero grifo sigue goteando. Así que estoy de un humor de perros y tener a mi hermana pequeña delante leyéndome la cartilla no hace más que empeorarlo.

—No has sido justo con lo que le has hecho y lo sabes —añade con voz más suave.

—Tampoco ella lo fue cuando habló de nuestro pueblo como lo hizo —asevero, dándole la

espalda.

—No dijo nada que no sea cierto —insiste, armándose de paciencia como si estuviese hablando con un niño pequeño.

—Hay muchas formas de describir una misma realidad, dado que es escritora, debería saberlo, y las palabras que ella escogió no fueron apropiadas ni acertadas para hablar de este lugar.

—Que a ti no te hayan gustado no implica que no sean una descripción fiel de la realidad.

—No estoy de acuerdo, hay muchas cosas que se pueden decir de este pueblo, y ella no mencionó ninguna —me reafirmo obcecado.

—Carlos, yo adoro esto tanto como tú, pero tienes que admitir que, desde fuera, a veces, puede ser difícil apreciar su encanto —me recuerda con convicción.

—Pues precisamente por eso la he invitado a venir, para que pueda descubrirlo desde dentro —rebato, alzando la vista hacia ella con una sonrisa sarcástica asomando a mis labios.

—¡No la has invitado, la has obligado! ¡Es S. Harrison! ¡La pobre tendría mil compromisos que atender y tú la has arrastrado hasta aquí!

—¡Ssshhh! ¿Quieres hablar más bajo? —la regaño, dirigiendo una mirada nerviosa hacia la puerta que da a la barra del bar—. Te recuerdo que nadie puede saber quién es. He firmado un contrato de confidencialidad, ni siquiera a ti debería habértelo contado… Por no hablar de que yo no he arrastrado a nadie, ella eligió venir por voluntad propia, podría haberse negado.

—¡Como si le hubieses dado opción! —exclama.

—Hermanita, siempre hay opción y te repito que tengas el pico cerrado —advierto frunciendo el ceño.

—Sabes que puedes confiar en mí —susurra—. Para el resto del mundo, sigue siendo una pintora en busca de inspiración…

—Lo sé —la interrumpo—, por eso te lo conté.

—En cuanto a lo de tener opciones, creo que cada una de ellas se esfumó desde el momento en que la amenazaste con pasearte por platós de televisión y redes sociales comentando lo mal documentadas que están las descripciones de su libro y lo poco que te gusta. —Hace una pausa pensativa—. Imagino que, entre venir unos días o ver su nombre por todos lados durante semanas gracias a un *hater* molesto que además resulta ser alcalde…, escogió la menos mala de las alternativas.

—Tú y yo sabemos que yo no lo habría hecho —murmuro.

—Tú y yo sí, pero ella, no —me recuerda.

—Solo le estoy dando un empujoncito, la oportunidad de enamorarse de este maravilloso sitio —digo con aire inocente.

—Pues espero que el empujoncito no acabe lanzándonos a todos al vacío por un acantilado —musita, con la duda reflejada en el rostro.

—Verás como no, una vez aquí, es imposible no dejarse atrapar por la belleza natural de la zona —trato de tranquilizarla, a pesar de que yo mismo me he preguntado más de una vez durante las últimas horas si no me habré equivocado forzándolo todo tanto.

La descripción que la mujer hizo en su novela se refería a nuestro hogar como, y cito textualmente, «una fotografía del pasado, un espacio con más piedras y árboles que habitantes en el que el silencio se convierte en tu compañero de forma inevitable y el tiempo parece retroceder en lugar de avanzar».

Cuando lo que intentas es que tu pueblo vuelva a resurgir llenándose de la vida que un día tuvo, aparecer así en los libros de una escritora que leen millones de personas no es la mejor

publicidad que puedes tener… Por eso me sentí tan molesto al principio, hasta que, en un momento de inspiración, decidí intentar darle la vuelta a la jugada, convencido de que, si esa mujer pasa algo de tiempo aquí y nos nombra en su próxima novela, sus descripciones serían más amables y quizás, con un poco de suerte, algunos de sus lectores podrían interesarse y sentir curiosidad por este lugar. No es una idea tan descabellada, ¿no? Espero no equivocarme porque necesitamos que se nos vuelva a situar en el mapa y un poco de turismo nos vendría genial.

—Lo dice el que se largó en cuanto cumplió los dieciocho —farfulla Erin, sacándome de mis pensamientos y trayéndome de vuelta a la realidad.

—Cierto, pero a los veintitrés volví para quedarme. No conseguí mantenerme lejos demasiado tiempo —le recuerdo.

—Y los dos sabemos lo mucho que te costó hacerlo —afirma—. Ni siquiera te dio tiempo a ejercer como arquitecto.

—Puede, pero ahora no me arrepiento y, al igual que me pasó a mí, estoy convencido de que ella solo necesita un poco de tiempo.

—Por nuestro bien, espero que tengas razón —responde—. Pero, por lo poco que la he visto, no me parece el tipo de persona que disfruta viviendo en un lugar como este.

—¡Venga ya! ¡Ahora eres tú la que la está juzgando de forma precipitada! ¡Además, siendo una escritora de cierta edad sabrá apreciar la tranquilidad!

—¿De cierta edad? —repite alzando las cejas—. ¿Se puede saber en qué momento y por qué has dado por hecho que S. Harrison es una escritora de cierta edad?

La contemplo algo desconcertado, pues la respuesta me parece de lo más obvia.

—A la fuerza tiene que ser una mujer mayor. Es una escritora *best seller* cuyos libros se han traducido a más idiomas de los que puedo nombrar; eso no se consigue en dos días, es el resultado de años de esfuerzo —replico—. Es más, si tuviese que apostar, me atrevería a afirmar que usará gafas como consecuencia de pasar tantas horas delante de la pantalla y, por ese mismo motivo, estoy convencido de que su forma física dejará mucho que desear. —Hago una pausa y, al ver que no dice nada, continúo hablando—. ¡Lo bien que le van a venir las caminatas que se puede dar por los maravillosos senderos que rodean el pueblo! Ya verás, ¡le va a encantar!

Durante unos segundos, Erin me estudia sin decir nada y, cuando al fin abre la boca para responder, se detiene al escuchar la voz de Juan, el padre del tabernero quien, a sus noventa y dos años, está supliendo a su hijo Mariano mientras este hace unos recados, que nos llega alta y clara desde la barra.

—A los buenos días, ¿qué quieres, guapa?

—Un café con leche de almendras, por favor —responde una voz suave y aterciopelada.

El silencio se hace en el bar durante unos segundos, hasta que el hombre le responde extrañado.

—Perdona, bonita, pero estás confundida, la leche no viene de las almendras, sale de las vacas, las ovejas y las cabras.

—Sí, claro… Ya sé de dónde sale la leche, es solo que… Da igual —se interrumpe a sí misma la chica—. ¿Podría ser entonces con leche desnatada? —solicita esperanzada.

—¡Claro! No tenía pensado echarle nata. ¿Dónde se ha visto un café con leche que lleve nata? ¡Eso es una cochinada! —exclama el nonagenario.

Mi hermana ahoga una carcajada a la vez que se acerca a la puerta.

—Ahí tienes a *la anciana*… —murmura entreabriéndola.

Me acerco a su lado y, al echar un vistazo, frunzo el ceño, sorprendido por la apariencia de la mujer que se encuentra al otro lado estudiando a Juan con expresión desconcertada.

Mis ojos se encuentran con los de Erin y suelto un bufido al descubrir el cachondeo en su mirada.

No me extraña, no he dado ni una. La única coincidencia de la realidad con mi imaginación es que, en efecto, lleva gafas.

Unas gafas de pasta en tono musgo que realzan todavía más esos grandes e increíbles ojos verdes de gata que destacan sobre un delicado y ovalado rostro de piel pálida que desprende cierta melancolía.

La contemplo durante unos segundos más con curiosidad.

Es delgada y, aunque no demasiado baja, tampoco es alta. Tiene el cabello rubio cortado a la altura de los hombros. Viste vaqueros, deportivas, un jersey gordo de lana y un abrigo de plumas de color azul eléctrico, y no es para nada como yo esperaba.

—¿Esa es la escritora superventas? —cuestiono sorprendido.

—Ajá —asiente Erin mientras la escuchamos responderle de nuevo al hombre—. No es la adorable viejecita que pensabas encontrarte, ¿ehh?

—Nunca dije que fuese adorable —replico—. Es que se la ve tan… normalita.

Ella se ríe por lo bajo y me estudia con interés, hasta que la voz de la chica vuelve a captar su atención.

—No, no pretendo que le eche nata, lo que necesito es leche desnatada, de la que se compra en el supermercado.

El hombre parece más que dispuesto a contestarle, pero antes de que le suelte alguna burrada, mi hermana abre del todo la puerta y tira de mi brazo para arrastrarme con ella, haciendo acto de presencia.

—¡Sara! ¡Qué alegría verte por aquí! ¿Ya te has instalado? ¿Qué tal has pasado tu primera noche? ¿Has descansado bien? —A pesar de la batería de preguntas, la chica parece aliviada al encontrarse con ella.

—La verdad es que sí, estaba cansada del viaje —responde sin entrar en más detalles.

—Me alegro —responde Erin acercándose a su lado—. Por cierto, te presento a Carlos. Mi hermano, aunque en este momento comprendería que lo confundas con la versión carne y hueso de Super Mario.

La chica me recorre de arriba abajo, y una sonrisa asoma a la comisura de sus labios. Sigo su mirada y recuerdo que continúo cubierto de grasa, empapado y con la llave inglesa en la mano.

—No pretenderás que me ponga un traje para arreglar el fregadero —replico, fulminando a Erin con la mirada.

—Lo que tú digas, hermanito…

—¿Sois hermanos? —cuestiona la forastera, señalándonos a ambos.

—Sí, hija, sí —suspira Erin con aire dramático—. Por lo menos, eso se empeñan en decir mis padres, aunque, si te soy sincera, yo cada vez lo tengo menos claro.

—Ahora que lo dices…, tenéis los mismos ojos —admite la vecina nueva.

—Es lo único bueno que sacó el pobre de los genes familiares. El resto me lo llevé yo —comenta mi adorada hermanita con aire guasón.

—Ya te gustaría —murmuro con cierta incomodidad ante la divertida mirada de Juan, quien parece de lo más entretenido con la puesta en escena que le ha tocado presenciar.

Erin hace un gesto de desgana con la mano y, pasando de mí, se engancha de su brazo como si la conociese de toda la vida.

—Para conseguir leche desnatada tienes que ir al supermercado del pueblo de al lado, está

a solo diez minutos en coche, puedo acompañarte si lo necesitas.

—¿No tenéis una tienda de alimentación aquí? —inquiere sorprendida.

—Me temo que no —contesta mi hermana.

—¿Ni siquiera una pequeñita con los productos más básicos? —insiste ella sin ocultar su decepción, abriendo los ojos como platos.

Estoy convencido de que la pregunta no lleva intenciones ocultas y dudo que la haga con ánimo de ofender, pero no puedo evitar que ese tonito de sorpresa y desilusión que usa me moleste a más no poder…

—No, no tenemos, y para tu información tampoco hay farmacia ni restaurantes…

—Bueno, eso no es del todo cierto… —me interrumpe mi hermana, tratando de cortarme mientras se desase del brazo de la escritora para lanzarme una mirada de advertencia.

—Ni cine ni teatro ni *boutiques* —prosigo arisco—. Ni ninguna de esas chorradas que hay en la ciudad, pero tampoco las necesitamos, nos apañamos a las mil maravillas tal y como estamos.

—Perdona, pero dudo que un lugar donde comprar comida sea una chorrada —replica, molesta por mi arrebato.

—Por supuesto que no, por eso tenemos uno en el pueblo de al lado, no creo que ir hasta allí sea algo taaan complicado —insisto.

—No he dicho que lo sea, pero no me negarás que es un poco incómodo tener que coger el coche cada vez que tienes que salir a comprar.

—No debería, a no ser que te cueste moverte del sofá, para cuyo caso existe una cosa que se llama compra semanal —me reafirmo.

Soy consciente de que me estoy pasando de vuelta, pero ahora no puedo recular.

—¿Me estás llamando vaga?

Su voz suena ofendida y sus mejillas se sonrojan, caldeando algo en mi pecho que me incita a continuar.

—No recuerdo haber pronunciado esa palabra —afirmo, con una sonrisa ladina dibujada en mi cara.

—Lo has insinuado.

—Quien se pica, ajos come —anuncio.

—¡Cree el ladrón que todos son de su condición! —me rebate.

—¡Yo también me sé uno! —interviene Juan, emocionado de poder aportar algo a la discusión—. ¡En abril, aguas mil!

—Ehhh, vale, creo que por hoy vamos a dejar el refranero —interviene Erin. Pero, en lugar de escucharla, los dos continuamos retándonos con la mirada mientras un hormigueo de lo más inoportuno me hace cosquillas en la boca del estómago.

—¡Que me guste tener ciertas comodidades mínimas no significa que sea una vaga! ¡Es solo que, al igual que el resto de la humanidad, he evolucionado después de la época Neandertal! Aunque, por lo visto, todavía hay personas que han preferido quedarse estancadas ahí y no quieren progresar.

—¿Me estás llamando neandertal? —cuestiono, con voz dura, señalándome el pecho con la llave inglesa que tengo en la mano.

—No recuerdo haber pronunciado esa palabra —afirma, repitiendo lo mismo que yo acabo de decir hace unos segundos con retintín—. ¡Aunque, desde luego, escuchándote hablar, no me extrañaría que acabases de salir de las cavernas! —exclama.

—Dice la princesita recién llegada de Disney… —la provoco.

—¡Pues igual no andas muy desencaminado, porque me siento como si acabase de aterrizar en el pueblo de los pitufos y estuviese delante del mismísimo Gargamel! —afirma, apretando los puños con rabia.

Siento como la rabia me recorre por dentro y avanzo un paso, dispuesto a decirle las tres cosas que pienso, pero Erin se interpone entre los dos.

—Bueno, creo que por hoy el combate ha finalizado, no ha estado nada mal como primer asalto, pero dudo que el pobre Juan pueda sobrevivir a tanta emoción, así que habrá que posponer la segunda ronda.

—Tienes razón, mejor me voy —anuncia Sara entre dientes, dándome la espalda.

—¿Quieres que llame a Aladdín para que te lleve al supermercado en su alfombra mágica? —ofrezco, incapaz de contenerme.

—¡Con gusto me subiría en ella si con eso consigo perderte de vista! —me responde sin darse la vuelta siquiera, y sale por la puerta—. De hecho, con tal de no tener que verte ni un segundo más, me iría hasta con Úrsula o Maléfica.

—Que te vaya bien, princesita —grito a modo de despedida.

—No lo dudes, hombre de las cavernas —responde con voz enfadada, ya desde fuera.

Todavía con los ojos clavados en la puerta, escucho a mi hermana aplaudir, molesta.

—Bravo, tú di que sí. A eso lo llamo yo una buena primera impresión. Ahora que, a gusto, lo que es a gusto… No tengo yo muy claro que esté. ¡Bien hecho, lumbreras! —exclama con ironía, dándome una fuerte palmada en la espalda.

La contemplo en silencio, con los brazos cruzados sobre el pecho y la mandíbula apretada, preguntándome por primera vez si mi hermana tendrá razón y tenerla aquí no será una autentica cagada.

Capítulo 5

Calcetines por todos lados

Sara

Haciendo malabares, saco el móvil del bolsillo y me lo acerco a la cara, y lo sujeto con el cuello.

—¿Sí? —pregunto, pues voy tan cargada de bolsas que ni he intentado ver quién me llama.

—Hola, preciosa, ¿qué tal tus primeras horas por ahí? —Sonrío al escuchar la voz de Bruno, pero ni así se me pasa el enfado—. Quise llamarte anoche al terminar la cena, pero el postre con Thiago se alargó un poco más de la cuenta…

—Prefiero ahorrarme los detalles, gracias —lo interrumpo, sabiendo que es muy capaz de contármelo todo con pelos y señales.

—Uy, uy, uy, alguien no está de buen humor. ¿Qué te pasa, reina?

—Ni siquiera sabría por dónde empezar —farfullo—. Al menos tú me has ascendido a reina, hasta hace unos minutos, al parecer, era princesa.

—Perdona, ¿te importaría explicarte un poquito más…? —sugiere, sin comprender a qué me refiero.

—El imbécil del fontanero, que me ha llamado princesita solo por necesitar una tienda donde comprar productos básicos y comida —confieso.

—Pues menudo estúpido, ¿es que acaso él no necesita comer o es que se alimenta del aire?

—Ni te imaginas a dónde he ido a parar… —Suspiro con resignación.

—Venga, no será para tanto… —Parece escéptico—. ¿Tan mala es la casa?

—Sabes que no porque has estado en ella antes que yo —replico—. La verdad es que es una monada, y ese rinconcito que me preparaste para trabajar, como te dije en el audio que te mandé anoche, me encanta.

—Me alegro, solo quería facilitarte un poquito las cosas y que te encontrases con algo familiar al llegar —afirma él—. ¿Cuál es el problema entonces? ¿Es que el resto de los vecinos han sido desagradables contigo igual que el fontanero ese?

—Todo lo contrario, anoche, cuando llegué, había hasta un comité de bienvenida esperándome, pancarta en mano y todo. —El recuerdo de mi llegada me arranca una sonrisa.

—¡No jodas! ¿En serio? —Su voz suena divertida.

—Tal y como te lo cuento. Un montón de ancianitos que me dejaron tanta comida en la cocina que mi congelador parece un Tetris en el que no me entra ni un táper más —especifico mientras intento abrir la puerta de la casa sin apoyar las bolsas y hago malabarismos para que el móvil no termine empotrado contra el suelo.

—Mujer, pues, por lo que cuentas, no parece tan malo. La casa es bonita y el jardín trasero es un sueño… Eso no me lo puedes negar, y encima tienes a un montón de vecinos bondadosos

dispuestos a alimentarte. Chica, yo creo que no se puede pedir más —señala, analizando todos los puntos positivos.

—Para empezar, como acabo de decirte, aquí no hay nada, ni una mísera tienda en la que comprar. El supermercado más próximo está en el pueblo de al lado —resoplo, avanzando hasta el salón para dejar las bolsas en la barra.

—Algo habrá… —murmura.

—Bueno, sí, una especie de bar en el que he estado esta mañana.

—¿Ya te has ido de vinos así de buena mañana? Me parece un poco pronto, pero si tú lo necesitabas… —bromea.

—¡Solo quería un café con leche! ¡Uno que, por cierto, no me pude tomar porque fue ahí donde me encontré con ese fontanero engreído y déspota que me trató de estúpida y me llamó *princesita* y no sé cuántas cosas más! —exclamo, alzando la voz, al sentir como mi sangre se calienta de nuevo.

—Pues menuda forma de empezar la mañana —comenta, haciendo un esfuerzo por no echarse a reír.

—No tiene gracia —protesto cabreada.

—Lo siento —se disculpa—, pero es que no recuerdo cuándo fue la última vez que te vi tan encendida y alterada.

—¡Y para colmo, resulta que el neandertal ese es el hermano de Erin, la dueña de esta casa! —le informo.

—Vaya —murmura—. Con eso sí que no contaba.

—Pues sí. ¡Vaya! —repito—. Pero bueno, al menos ya estoy en casa, he tenido que ir al pueblo de al lado para encontrar un supermercado y estoy cansada, ahora solo quiero darle una chuche a Calcetines y tirarme en el sillón a descansar.

—¿Cómo está esa monada de perrito? —se interesa mi amigo.

—Todavía estamos conociéndonos, pero tengo que admitir que tenerlo no está tan mal —reconozco, tras pensar la respuesta durante unos segundos.

—Calma, tesoro, date tiempo, todos los lugares del mundo tienen algo mágico y estoy convencido de que, si te permites descubrirlo, con el pueblo te pasará como con el perro —dice sin vacilar.

—Ojalá tengas razón, si no este mes se me va a hacer eterno —suspiro.

—Paciencia, *princesita* —me pide en tono jocoso.

—No tiene gracia.

—Si tú lo dices… —murmura.

Unas voces lo llaman a lo lejos y su tono se vuelve apurado.

—Me encantaría seguir debatiendo contigo, pero me llaman para entrar en el juzgado. ¿Hacemos videollamada mañana por la mañana? Hay desayuno familiar.

—¡Claro, estoy deseando ver a los demás!

—Perfecto, un beso. Intenta no meterte en líos.

—¡Yo no me meto en líos! —protesto, pero ya no me escucha porque, antes de que pueda terminar la frase, se corta la llamada.

—¡Manda narices lo que tengo que escuchar! —digo en voz alta para mí misma, negando con la cabeza a la vez que camino hasta uno de los armarios de la cocina y cojo de un tarro de cristal una de las chuches de perro que compré antes de viajar.

—¡Calcetines! ¡Toma, mira lo que tengo! —lo llamo desde el salón.

Espero unos segundos, pero no escucho nada, así que lo intento de nuevo.

—¡Calcetines! Ven, chico.

Permanezco atenta al sonido de sus patitas correteando por el suelo, pero solo percibo silencio.

Segura de que si no viene es porque estará haciendo alguna trastada, comienzo a buscarlo por la planta baja, sin dejar de llamarlo, pero, al no encontrar ni rastro, decido subir a la planta superior.

Miro en la habitación y en el baño. Debajo de la cama, del escritorio y hasta dentro del armario… Pero nada.

Entonces recuerdo que una de las ventanas de la cocina estaba entreabierta y me empiezo a agobiar.

No, no, no, no… Maldita sea, no se ha podido escapar.

Con la respiración agitada y el corazón martilleando con fuerza contra mi pecho, bajo las escaleras a toda velocidad y salgo al exterior sin dejar de gritar.

—¡Calcetines, Calcetines! —lo llamo cada vez más fuerte, esperando escuchar algún sonido.

—¡Calcetines! —grito de nuevo, saliendo al camino y girando después a la derecha en la dirección que ayer recorrimos desde la plaza del pueblo al llegar.

No puedo haberlo perdido; es pequeño, está solo, necesito encontrarlo y traerlo de vuelta conmigo.

Sorprendida de la angustia que me produce la idea de que algo malo pueda sucederle a esa bolita peluda de cuatro patas, cuando hace tan solo unos días me moría de miedo al verlo tumbado en mi cama, prosigo corriendo por el sendero, llamándolo a grito pelado sin parar.

Los minutos pasan y yo sigo buscando sin descanso, pero no hay ni rastro del cachorro. Oteo a mi alrededor en busca de alguien a quien preguntar, pero de repente es como si todo el mundo (y por todo el mundo quiero decir las pocas personas que habitan en este lugar) se hubiese esfumado y no encuentro a nadie que me pueda ayudar.

Más de media hora después, con los ojos llenos de lágrimas y los pulmones ardiendo a causa de la velocidad y los nervios, regreso sobre mis pasos y, al llegar a la verja de mi jardín, tomo la dirección de la izquierda por un pequeño camino que conduce a la entrada del pueblo y al río.

Decidida a encontrarlo, y más asustada por lo que pueda haberle pasado al animalito casa segundo que pasa, continúo llamándolo con la esperanza de que reconozca mi voz y salga a mi encuentro, pero nada. Intentando mantener dentro de lo posible la calma, busco entre la maleza y los matorrales que se amontonan en el camino descendiente, el cual se va estrechando según voy avanzando.

El sonido del agua se deja escuchar cada vez más próximo, mezclándose con mi voz.

—¡Calcetines! —grito una vez más, quedándome quieta, inclinándome y apoyando las manos en mis muslos para recuperar algo de resuello.

Un gemido alcanza mis oídos y me incorporo de golpe.

—¡Calcetines! —repito con más fuerza, dudando de si lo escuchado es real o una jugarreta de mi mente.

Esta vez el sonido de un ladrido angustiado me llega con total claridad, y echo a correr de nuevo cuesta abajo hasta que alcanzo la orilla sin dejar de buscar a mi alrededor con avidez hasta que lo veo. El pobrecito está empapado, subido en una roca en medio del río y muerto de miedo. No tengo ni idea de cómo ha conseguido llegar hasta ahí, pero sea como fuere, ahora se ve atrapado.

En cuanto sus ojitos se encuentran con los míos, el animalito, desesperado, comienza a lloriquear y a ladrar sin dejar de moverse encima de la roca adelante y atrás.

Temerosa de que se caiga y la corriente lo arrastre con ella, sin dudarlo, me meto en el agua.

No es una zona profunda, apenas me cubre hasta la cintura, sin embargo, a causa de la fuerza del agua, me resulta complicado avanzar y, por un par de veces, estoy a punto de caer hacia atrás.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que consigo llegar a su altura, pero, en cuanto lo hago, Calcetines salta a mis brazos sin dudar y, temblando, comienza a lamerme la cara.

Lo abrazo con fuerza contra mi pecho, preocupada al ver sangre en una de sus patas y, con cuidado, me giro para regresar.

Tampoco la vuelta me resulta sencilla; el suelo resbala, el agua intenta empujarme en la dirección opuesta a la que debo tomar y el pobre Calcetines no para de moverse contra mi cuerpo, asustadísimo, complicando mi avance todavía más.

—Tranquilo, amiguito, ya casi está —murmuro cuando me faltan apenas dos pasos para alcanzar la ansiada orilla y salir del agua.

Una vez fuera, siento el aire frío golpeando contra mi ropa mojada y mis dientes comienzan a castañear.

Acelero el paso en dirección a la casa, preocupada al comprobar que el corte de la pata no deja de sangrar.

En cuanto llego, me encuentro la puerta abierta tal y como la dejé y me dirijo directa al baño sin molestarme en cerrar.

Cojo una de las toallas y me apresuro a envolver con ella al animal antes de correr a la cocina, coger mi móvil y acercarme a ver el número del pósit que Erin dejó en la nevera.

—Vamos, cógelo, vamos, cógelo —susurro una y otra vez, paseando adelante y atrás con el cachorrito refugiado contra mi pecho.

—¿Sí? —suena su voz al otro lado del teléfono.

Aliviada, dejo escapar el aire que, de forma involuntaria, estaba reteniendo y me apresuro a contestar.

—Erin, necesito ayuda. —Mi voz suena asustada y la coge desprevenida.

—¿Sara? ¿Te encuentras bien?

—Mi perro ha tenido un accidente, se ha caído al río y está sangrando mucho por una pata. No tengo ni idea de dónde está el veterinario más próximo ni de a dónde puedo acudir —explico, con la voz temblorosa a causa de la preocupación y el frío que me provoca estar empapada.

—Estás en tu casa, ¿verdad?

—Sí, acabo de llegar —certifico.

—Tranquila, no te muevas, quédate ahí, enseguida llegan los refuerzos —me indica antes de colgar.

Con cuidado de no tocar su patita herida, apoyo a Calcetines en la barra de la cocina e intento secarlo un poco con la toalla para hacerlo entrar en calor mientras le hablo sin parar con voz dulce, intentando tranquilizarlo.

Apenas pasan diez minutos cuando escucho pasos en la puerta y esta se cierra.

—¿Hola? —preguntan desde la entrada.

—Estamos en la cocina —respondo sin dejar de acariciar al perrito que, a pesar de mis esfuerzos, todavía no se ha recuperado de todo del susto que se acaba de llevar.

Los pasos se acercan y, al sentirlos a mi espalda, me giro dispuesta a darle toda la

información; no obstante, me quedo con la boca abierta al encontrarme de frente con Carlos, el fontanero, dentro de mi salón.

—¿Túúú? —pregunto frunciendo el ceño.

—Eso me pareció la última vez que me miré al espejo —replica serio—. Estoy aquí porque me dijo mi hermana que necesitabas mi ayuda, pero, si lo prefieres, me voy.

Lo recorro de arriba abajo. Se ha cambiado de ropa, ya no va lleno de grasa, y en la mano lleva un maletín.

—¿Qué sabe un fontanero de perros y cortes profundos? —pregunto desconfiada.

—No soy fontanero, solo estaba haciéndole un favor a Mariano intentando arreglarle el grifo del bar, porque el fontanero le cobra un pastizal.

—¿Eres veterinario? —cuestiono, incapaz de ocultar la sorpresa de mi voz.

Una sonrisa ladina asoma a su rostro.

—Casi, soy arquitecto.

—¿Ar-qui-tec-to?

—Sí, trabajamos con lápices, escalas y ordenadores; diseñamos cosas… Seguro que sabes lo que es.

—Claro que sé lo que es un arquitecto —murmuro ofuscada, y me echo a un lado cuando se acerca a la barra—. Lo que no entiendo es qué tiene eso que ver con curarle a mi perro la pata.

—Nada, pero trabajé como socorrista varios veranos mientras estudiaba la carrera y tuve la posibilidad de hacer varios cursillos de primeros auxilios… No es que vaya a ponerme a operar a corazón abierto, pero considero que estoy lo suficientemente capacitado para salir del paso y curar la pata de tu perro —afirma, acariciando al animal, que lloriquea cuando Carlos comienza a palpar su pata.

—No está rota —afirma tras unos segundos.

—Pero está sangrando mucho —objeto, sin apartar la vista de la herida.

—Porque es un corte profundo, pero no tanto como para que tengas que preocuparte, bastará con unos cuantos puntos —indica, rascándole la cabecita.

—¿Escuchaste, chico? Vas a curarte enseguida —le susurro, acariciando su espaldita para tranquilizarlo mientras Carlos saca algo del botiquín para desinfectar la herida antes de echarle un espray anestésico y darle siete puntos que me duelen más a mí que a él.

Aprovecho que está enfrascado en su tarea para estudiarlo con atención.

Es alto, me saca una cabeza más o menos y, bajo su jersey, se percibe un cuerpo fibroso y trabajado, aunque no en exceso. Su cabello es de color trigo y el azul de sus ojos me recuerda mucho al de su hermana, aunque el suyo es un poco más intenso.

—Listo —dice tras unos minutos, dándole una última caricia al cachorro que, en señal de agradecimiento, le lame la mano.

—Gracias —murmuro al verlo meter todo de nuevo en el botiquín.

—De nada —responde sin mirarme a la cara—. Me dijo Erin que estaba en el río, ¿Cómo conseguiste sacarlo de ahí? —añade un par de segundos después, tras observar con disimulo mi ropa empapada.

No entiendo por qué pregunta, si es obvio que conoce o al menos imagina la respuesta.

—Entré a por él —le digo con seguridad.

Sus ojos ascienden hasta clavarse en los míos con incredulidad.

—¿De verdad entraste tú sola al río? —me pregunta con voz queda y gesto serio.

—Sí —respondo encogiéndome de hombros.

—¡No me lo puedo creer! ¡Solo una insensata urbanita podría ser tan irresponsable como

para hacer algo así!

—¿Perdona? —cuestiono, sin dar crédito a lo que acabo de escuchar.

—¿Es que, además, también estás sorda? —brama enfadado.

¿¡Pero este tío de qué narices va!? ¿Quién se piensa que es para venir a reclamarme nada?

Le agradezco que le haya curado la pata a Calcetines, pero eso no le da derecho a pedirme explicaciones sobre lo que hago o dejo de hacer, y estoy más que dispuesta a hacérselo saber, lo cual me resulta novedoso y sorprendente, porque, por norma general, soy de lo más tranquila y evito los conflictos como un gato evita el agua… Pero este energúmeno consigue sacar lo peor de mí y no me voy a callar.

—Al parecer, mis oídos están bastante mejor que tu cerebro —suelto sin pensármelo demasiado.

Percibo la forma en que se tensa su espalda.

—¿Eres consciente de la corriente y la fuerza que lleva el río en esta época del año? —me increpa, y su voz es tan dura como su mirada.

Trago saliva con fuerza, en realidad, ni siquiera lo pensé, vi a Calcetines ahí y entré en el agua, y es cierto que, con él en brazos, no fue sencillo regresar a la orilla.

—No podía dejarlo ahí —replico tajante.

—Claro, y no se te ocurrió pedir ayuda como haría una persona normal —resopla.

—¿A quién? ¿A los bomberos? ¡Uy, no, calla, si aquí de esos no hay! —rebato con sarcasmo, apuntando a matar.

Observo como sus labios se convierten en una fina línea y sus ojos en dos dardos afilados.

—Eres una desagradecida —murmura, negando con la cabeza.

—Y tú un amargado —lo ataco.

—Pues este amargado acaba de coserle la pata a tu perro —me recuerda, alzando las cejas.

—Y, por lo que veo, ya has terminado, así que, si no te importa, puedes irte por donde has venido —sugiero, señalando el camino a la entrada.

—Tranquila, ni por todo el oro del mundo me quedaría aquí un minuto más de lo necesario —murmura mientras coge el maletín y, tras darme la espalda, se aleja hacia la puerta—. No me extraña que el pobre animal se haya escapado. Antes de pasar contigo un minuto más, cualquier preferiría arriesgarse a terminar ahogado —lo escucho añadir antes de cerrar dando un buen portazo.

Cabreada y frustrada a partes iguales, desvío la vista hacia la encimera sobre la que el cachorro continúa acostado y lo acaricio con cuidado.

—No le hagas ni caso, el pobre está chiflado —digo, y le dedico una sonrisa al perrito que parece percibir mi estado y, como si quisiera consolarme, frota su hocico contra mi mano.

Estoy tan aliviada de que mi nuevo amigo se encuentre sano y salvo que, una vez me cambio de ropa para ponerme un pijama seco, centro toda mi energía en hacer que se sienta a gusto, protegido y mimado. Lo peino, lo seco con el secador y lo arropo con una mantita en el sillón del salón, y reconozco que estoy tan entretenida que incluso consigo olvidarme de la visita del desagradable fontanero-arquitecto tarado.

Cuanto me doy cuenta, ya está anocheciendo, así que decido calentar un guiso de carne que Calcetines y yo compartimos viendo la televisión y, cuando acabamos, nos acurrucamos los dos en el salón.

Es tan agradable sentir el calorcito de la manta y su relajada respiración que, aunque intento mantenerme despierta, enseguida cierro los ojos, dejándome envolver por el sopor. Al menos hasta que el timbre de la puerta suena con fuerza, haciéndome pegar un salto en el sillón.

Me levanto de mala gana y refunfuñando mientras él bosteza con aire perezoso.

—Como el fontanero se haya olvidado algo te juro que se lo lanzo a la cabeza —le digo mientras me dirijo hacia la puerta.

La abro, dispuesta a cantarle las cuarenta, no obstante, al encontrarme delante de un corrillo de unas diez mujeres de avanzadísima edad, me quedo con la boca abierta.

—Buenas noches, bonita —me saluda la que está en primera posición.

—Buenas noches —la saludo titubeando.

—Ten, venimos a traerte esto —dice, ofreciéndome los calcetines azules que lleva en la mano.

—Ehhh, pero, yo no entiendo —balbuceo, perpleja cuando las demás me ofrecen también el par que cada una sostiene entre los dedos.

—No te preocupes que aquí estamos nosotras para solucionar la situación —asegura la que está justo al lado de la que ha hablado.

—¿Qué situación? —De verdad que intento comprender qué ocurre, pero no consigo llegar a ninguna conclusión.

—La de tu falta de calcetines —afirma la más mayor del grupo—. Verás, esta tarde Engracia te escuchó en el jardín y por el sendero gritando «calcetines» a todo pulmón, y como a nosotras no se nos escapa nada, enseguida entendimos lo que había pasado.

—¿Y qué ha pasado si puede saberse? —musito, incapaz de cerrar la boca.

—Pues que te olvidaste de meter calcetines en la maleta y, al verte sin ellos, te has cabreado —me explica la que por lo visto lleva la voz cantante.

—Ya sabemos cómo sois los jóvenes, que os lo olvidáis todo —anuncia otra—. Y aquí no es que sobren los sitios para comprarlos.

—Así que hemos decidido venir a echarte una mano —explica otra de las mujeres, apoyándose en un bastón.

—Se lo agradezco, pero no es necesario… —les aseguro.

—Por supuesto que es necesario —me interrumpe la que ayer trajo mi coche hasta aquí—. Ya lo decía mi madre: «si una moza se quiere casar, las bragas y los calcetines siempre limpios tiene que llevar» —recita la primera.

—Y tú casada no estás, ¿verdad, guapa? —se interesa la que habló en primer lugar.

—Ehhh, no, no, qué va —respondo.

—Pues entonces no se hable más —afirma la del bastón—. Hemos juntado unos pocos, todas hemos colaborado.

—Yo te he traído unos de mi Manolo, casi nunca los ha usado, los tiene escondidos porque son los de las fiestas, pero verás lo calentitos que son —asegura la más joven de ellas (rondará los ochenta), tendiéndome unos calcetines negros para los que han debido de usar como mínimo la lana de tres ovejas.

Boquiabierta como estoy, apenas consigo balbucear.

—Se lo agradezco, pero de verdad que no hace falta —intento explicarme de nuevo—. Mi perro se llama Calcetines, era a él a quien estaba buscando cuando Engracia me escuchó gritar.

Las mujeres me observan en silencio.

—¿Entonces no los necesitas? —pregunta una que parece decepcionada.

—No, pero, de verdad, muchísimas gracias.

—Ni gracias ni un cuerno, los regalos no se rechazan. Ahora que le he sacado los calcetines a Manolo no puedo volver con ellos a casa.

—¿Y tú para que le quitas los calcetines al pobre Manolo? —la increpa la que está a su

lado.

—Hombre, si había que ser solidario, mejor suyos que míos, ¿no?

—¡Quédatelos, mujer! ¡Seguro que los tuyos no son tan calentitos! —insiste la del bastón.

—Está bien, muchas gracias a todas —accedo, viendo que, si no cojo los calcetines, son capaces de estar insistiendo media noche hasta hacerme cambiar de opinión.

Una vez todas me entregan la ofrenda, se despiden y se marchan charlando juntas por el camino mientras yo las observo, todavía flipada, desde el umbral.

¡Desde luego, lo que pasa en este pueblo no es ni medio normal!

Capítulo 6

¿¡Tú!?

Carlos

Desde que hace dos días fui a casa de Sara para curar a su perro, todo ha ido mal. No me arrepiento, el pobre animal necesitaba ayuda y, cuando Erin me avisó, no lo dudé, pero no esperaba que las cosas se torciesen tanto desde entonces.

¡Amargado! ¿Quién demonios se cree que es la princesita esa para llamarme amargado? ¡Y todo por decirle que era una insensata… Vale, puede que fuese un poco brusco, ¡pero es que cuando la vi con el pantalón empapado y sospeché lo que había pasado no me lo podía creer, mi sangre se convirtió en fuego y no me pude contener!

¡¿Cómo se le puede ocurrir a una persona con dos dedos de frente meterse en el río con lo peligrosa que es la corriente en esta época del año?! ¡Peor aún! ¡¿Cómo se le ocurre hacerlo sin nadie cerca para echarle una mano?! ¡¿Y si le hubiese pasado algo?! ¡Podría haberse hecho daño, o peor todavía, podría haberse matado! Me estremezco solo de pensarlo. No puedo ni imaginarlo, sobre todo porque, si no fuese por mí, ella no estaría aquí, así que, en caso de que le hubiese ocurrido algo malo, la culpa no me dejaría vivir.

Lo dicho, que no tiene ni dos dedos de frente. Eso por no hablar del genio que se gasta la muy condenada, ¡manda narices cómo engaña! Porque vale que su apariencia es frágil y vulnerable, pero su lengua es una puñetera daga afilada.

No se calla ni debajo del agua, y lo peor es que me debo de estar volviendo masoca porque, en lugar de molestarme, ese rasgo suyo me atrae y me divierte a partes iguales… ¡A ver si al final voy a ser yo el que está empezando a tener alguna tara!

Resumiendo, el caso es que salí de allí más cabreado que una mona y, aunque al llegar a casa intenté tranquilizarme y deshacerme de mi mal humor, las cosas, en lugar de mejorar, solo fueron a peor.

Siempre he pensado que un buen baño relajante soluciona, o al menos aleja, casi todos los problemas, por lo que esa era mi intención, evadirme un buen rato en la bañera. Sin embargo, me encontré con que el termo de agua caliente se me había desconfigurado y tuve que renunciar a ese momento de placer porque no tenía ningún interés en morir congelado.

Luego me puse a revisar unos papeles mientras hacía la cena y la tortilla de patatas que estaba preparando se chamuscó y, por si eso fuese poco, cuando me metí en la cama, fui incapaz de pegar ojo pensando en todo lo anterior.

Me costó tanto dormirme que, por la falta de sueño, al día siguiente estuve incluso de peor humor, y lo más jodido de todo es que cuando por la noche llegué a casa se repitió de nuevo la misma situación… Termo estropeado, baño cancelado y, al meterme en la cama, sus ojos y su

voz metidos en mi cabeza, impidiéndome conciliar el sueño hasta bien entrada la madrugada. Por lo que esta mañana me levanté muerto de sueño y, como para colmo de males, mi día hoy iba a estar cargadito de videollamadas y reuniones de lo más tediosas y pesadas, decidí venir a ducharme a casa de mi hermana, lo cual tengo que admitir que fue una sabia decisión porque, después de la larga ducha caliente que acabo de darme, ya me encuentro mucho mejor.

Con la toalla envuelta en la cintura, me miro en el espejo del baño de color lila de Erin. Sí, lila, o violeta claro, como dice ella. Sacudo el pelo para quitarle algo de humedad, me visto y dejo la toalla en el cesto de la ropa sucia antes de salir al pasillo para ir a desayunar a la planta baja.

Comienzo a descender por las escaleras canturreando entre susurros el estribillo de *How Does It Sound*, pero me detengo en seco en cuanto escucho su voz.

—¡Calcetines! ¡Me trajeron diez lustrosos pares de calcetines! —exclama Sara en un tono risueño que refleja su incredulidad.

La carcajada que suelta mi hermana inunda toda la habitación.

—No me lo puedo creer —replica Erin, incapaz de parar de reír.

—Pues créetelo; al parecer, me escucharon llamando al perro y pensaron que estaba desesperada y cabreadísima porque me había olvidado de meter los míos en la maleta y me los había dejado en casa.

—¿Y no les explicaste que era una confusión?

—¡Claro que lo hice! Pero no hubo forma de que se los llevaran de vuelta. Por lo visto, una se los había mangado a su marido y se negaba a aparecer con ellos de nuevo por casa porque no quería que él se enterara.

—Siéntete afortunada, estoy segura de que tienes auténticas reliquias en tu poder.

—Ni te lo imaginas, sobre todo, unos del pobre Manolo que deben de haber sobrevivido a la Guerra Civil y me llegan casi hasta la rodilla —asegura Sara.

Con cuidado de que no me vean, me asomo a la barandilla y las descubro a ambas cómodamente sentadas en el sillón.

Mi hermana, repanchigada y muriéndose de la risa, y Sara, a su lado, esbozando una sonrisa que ilumina la habitación.

Se me hace raro verla así y no con el ceño fruncido o con cara de acabar de comerse un limón y, de forma inconsciente, una expresión risueña se dibuja en mi cara.

—No me malinterpretes —se apresura a añadir—; me parece un detallazo que se hayan preocupado por mí, pero casi me llega la mandíbula al suelo cuando, al abrir la puerta, me las encontré a todas allí.

—Estas mujeres son de lo que no hay. ¡Cómo me alegro de haber insistido para que vinieses a desayunar, hacía tiempo que no empezaba el día riéndome tanto! —comenta mi hermana, acariciando la cabecita del perro, que dormita de lo más a gusto en medio de las dos.

—Yo también me alegro de haber aceptado, todavía me cuesta acostumbrarme a hacerlo sola.

—¿Y eso? ¿Has dejado en casa a alguien que te prepare el desayuno cada mañana? ¿Un novio quizás? —se interesa la cotilla de mi hermana, alzando las cejas varias veces.

Sé que no debería hacerlo, está feo escuchar conversaciones ajenas, no obstante, me descubro aguardando atento su respuesta.

—Qué va, amigos y familia nada más —responde—. Pero los padres de Bruno, mi mejor amigo, viven justo en la casa de al lado y desayuno más veces en su cocina que en la mía. Los considero una parte importante de mi vida y me encanta pasar tiempo con ellos.

—¿Es una familia grande?

—Cinco hermanos, con sus respectivas parejas, un bebé desde hace un par de meses, otro en camino y sus padres.

—Deben de ser unos desayunos muy entretenidos.

—Aunque los cinco viven ya fuera de casa, nos juntamos a menudo y, cuando eso ocurre, la cocina se convierte en una especie de campo de batalla de lo más divertido —replica ampliando su sonrisa a la vez que un brillo de añoranza asoma a sus intensos ojos verdes.

La culpabilidad que siento por estar espiándolas aumenta al percibir el cariño en su voz al referirse a esa gente. Está claro que los echa de menos, y me siento mal por, de alguna manera, haberla «forzado» a alejarse de ellos.

—Y ese amigo tuyo…, Bruno. ¿Es solo un amigo? ¿O hay algo más? —insiste Erin.

De nuevo me descubro esperando su respuesta con más interés del que me gustaría.

—¿¡Bruno!? —casi se atraganta al repetir su nombre y su tono se agudiza varias notas, como si la simple alusión a tal posibilidad fuese una estupidez total—. Es como mi hermano. Lo adoro, pero nunca ha habido entre nosotros nada más allá de una inmensa amistad.

Una extraña sensación de alivio me sacude por dentro y me siento incómodo otra vez. Están hablando de temas personales y no debería estar escuchando, por lo que decido abandonar mi escondite.

—Buenos días —las saludo, intentando sonar cordial.

El gesto alegre de Sara se ensombrece en cuanto me ve aparecer y siento como mi estómago se empezara a contraer.

—Buenos días —responde seca.

¿Por qué me molesta tanto su reacción? Ni idea, ni siquiera debería sorprenderme después de cómo terminó nuestra última conversación. Sin embargo, me molesta, y no un poquito, sino un montón. De todas formas, intento poner de mi parte y trato de ignorar esa sensación y sonar amable.

—No pretendo molestaros, me voy a la cocina a desayunar —anuncio con cierta tirantez.

—No molestas —contesta ella con voz forzada.

—Pues cualquiera lo diría por tu cara —replico en voz baja, achicando los ojos.

—Chicos, dejadlo, no vayáis a empezar —pide mi hermana.

—No molestas, es solo que me ha sorprendido encontrarte aquí —se reafirma Sara, tensándose.

—Pues no debería, es la casa de mi hermana —rebato en tono hosco.

Con gesto de fastidio, se levanta y le pone la correa al cachorro que, hasta hace un momento, descansaba entre ambas.

—Tienes razón. De todas formas, yo ya me iba —anuncia.

—¿Qué? ¡Nooo! —exclama Erin—. Es pronto, no puedes irte todavía.

—Gracias por invitarme, la próxima será en mi casa —dice Sara, y le dedica una sonrisa.

Erin va a volver a protestar, pero, antes de que le dé tiempo a hacerlo, la puerta de la entrada se abre y Carlota, una de las últimas incorporaciones de nuestra pequeña comunidad (sin contar a Sara), entra en la habitación, desbordando energía.

Es una chica joven que, antes de decidir dar un cambio radical a su vida, trabajaba en el sector de las inversiones bancarias y, por lo que nos ha contado, siempre estaba estresada.

Por ello, tomó la valiente decisión de dejar un trabajo que no le aportaba lo que ella buscaba. Se mudó al pueblo donde habían vivido sus abuelos y reformó con sus ahorros y la ayuda de sus padres la vieja casa familiar en la que ahora disfruta cada día de la naturaleza y de

una vida mucho más placentera y relajada mientras saca adelante un negocio de velas y jabones artesanales que ella misma elabora en la planta baja y que, con mucho tesón y esfuerzo, empieza a exportar a diferentes tiendas a nivel comarcal.

—¡Buenos días a todos! ¡Qué bien huele! ¡Erin, vengo a ver si me invitas a desayunar! Tú debes de ser Sara. ¡Que alegría conocerte! ¡Alcalde, acuérdate de que dentro de un rato tenemos una reunión! —Las frases salen en cascada de su boca, pero solo una impacta en nuestra invitada y, a pesar de no estar mirándola, soy consciente del momento exacto en que su mandíbula se descuelga y sus ojos se abren de manera desorbitada.

—Sara —la llama mi hermana, preocupada—. ¿Te encuentras bien? Te has puesto pálida.

La aludida no contesta, pero siento su mirada clavada en mí.

—¿Sara? —repite Erin.

—Bueno, nos vemos en un rato —digo, intentando escaquearme, no porque quiera escurrir el bulto (sabía que antes o después iba a averiguar quién soy), sino porque no me apetece nada meterme de buena mañana en una nueva confrontación, y menos cuando parece un volcán a punto de entrar en erupción.

Por desgracia para mí, ella no parece compartir la misma opinión y no me da ni la opción de salir de la habitación.

—¿¡Túúú!? ¿Tú eres el alcalde? —me increpa, y la palabra suena como un insulto en sus labios.

—Sí —le confirmo, fijando la vista en esas pupilas verdes de gata que, en estos momentos, parecen a punto de sacar las garras para atizarme un zarpazo.

Está nerviosa, enfadada y tan alterada que su mano tiembla cuando, en un acto reflejo, se encaja bien las gafas.

—¿Por qué no me lo dijiste? —Sus ojos destilan tanta rabia que me cuesta mantenerle la mirada.

—Porque no me lo preguntaste —respondo como si tal cosa, a sabiendas de que una contestación tan vaga no la va a dejar contenta.

—¿Estás de broma? ¡Tienes que estar de broma! Primero, fontanero, luego, arquitecto, y ahora resulta que *tú* eres el alcalde ¿¡Qué va a ser lo siguiente!? ¿¡Bombero!? ¿¡Torero!? ¿¡Las dos cosas!? —exclama indignada.

—¿Y qué importancia tiene eso? —interviene Carlota, confusa, colocándose bien la pañoleta que lleva a modo diadema sobre su larga melena rubia a la vez que nos contempla a los dos de forma alternativa con sus expresivos ojos color chocolate.

Sara recula e intenta tranquilizarse, acaba de darse cuenta de que soy yo el que le hizo el chantaje para arrastrarla hasta aquí, no obstante, para el resto del mundo ella solo sigue siendo una pintora que decidió pasar una temporada aquí, por lo que Carlota tiene razón, debería importarle un pimiento que yo sea alcalde o jefe de la construcción. Si habla de más, puede cargarse su propia tapadera y, por la forma en la que se remueve nerviosa, está claro que no tiene ni ganas ni intención de que eso suceda.

—Lo siento, tengo que irme… —musita—. Yo… Tengo que irme —repite, mirando al suelo a la vez que se dirige hacia la puerta a toda prisa.

—Sara —la llama Erin.

—Nos vemos en otro momento —replica ella como respuesta, saliendo al porche mientras los tres la observamos abandonar la casa sin mirar atrás a toda velocidad.

—Qué chica tan rara —murmura Carlota, desconcertada por su reacción y frunciendo la nariz.

—La primera vez que me vio pensó que era fontanero, y ayer le dije que soy arquitecto con conocimientos en primeros auxilios cuando fui a ayudar a su perro. Imagino que al enterarse de que soy alcalde ha debido de pensar que he estado tomándole el pelo —le explico, tratando de echarle un capote.

—Aun así, me parece un poquito excesivo ponerse así —insiste la chica.

—Lo que pasa es que cada vez que Carlos y Sara se ven acaban discutiendo, pero la culpa siempre la tiene él —interviene mi hermana.

—Gracias por tu apoyo —protesto.

—Mamá siempre nos dice que mentir está mal —se defiende, encogiéndose de hombros, antes de dirigirse de nuevo a su amiga—. Sara es un encanto, estoy segura de que te va a caer bien. Las tres vamos a ser buenas amigas y lo vamos a pasar genial. Eso si no se harta tanto de mi hermano que se larga del pueblo sin darnos la oportunidad.

Carlota mira hacia la puerta con aire dudoso.

—Si tú lo dices…

Sigo su mirada y suspiro apesadumbrado… Con lo bien que había empezado la mañana, cuesta creer lo rápido que se ha complicado.

Capítulo 7

Dos días y una cena

Sara

Ayer, después de mi encontronazo mañanero con el «señor alcalde», decidí meterme en casa y no salir durante el resto del día. No me apetecía volver a cruzarme con él y tener que mirarlo a la cara. ¡Es verlo y me pongo mala!

¿Se puede ser más manipulador y mentiroso? ¡Lo dudo! Conozco bien a las personas de su calaña. Las he soportado durante años. Se piensan que, por tener unos ojos del color del mar en verano o una cara de anuncio el mundo tiene que darles las gracias por el mero hecho de existir. ¡Ja! Pues conmigo no puede estar más equivocado.

Los tipos como él son egoístas, egocéntricos y déspotas. Individuos que solo buscan su propia satisfacción, importándoles una mierda el mal ajeno o a cuantas personas tengan que aplastar para conseguir sus objetivos.

Como digo, ya los sufrí en mi piel una vez, y no estoy dispuesta a hacerlo otra vez.

¿Quiere que pase un mes en su maldito pueblo? Perfecto. ¿Que escriba sobre este lugar? Muy bien. Pero no pienso cruzármelo más de lo imprescindible y si para eso tengo que encerrarme en casa a cal y canto, lo haré.

O al menos eso era lo que pensaba ayer porque hoy al levantarme, con una temperatura agradable y el sol calentándome el rostro con sus primeros rayos de luz, me pregunté: «Sara, ¿por qué leches te vas a esconder? Al fin y al cabo, no eres tú quien tiene que sentirse culpable ni avergonzarse de nada, sino él. ¿De verdad vas a permitir que te afecte encontrarte con ese despojo de la sociedad?». La Sara adolescente lo habría permitido, pero ahora… Ahora no me va a afectar.

Así que, después de hacer una videollamada con Bruno para tomarme un café con él, me he puesto unos vaqueros, un jersey y un plumas, le he colocado la correa a Calcetines y juntos hemos salido a investigar.

Es la primera vez desde que llegué que doy un paseo por el pueblo y tengo que reconocer que tiene su encanto y su belleza cuando te paras a observar.

Las calles adoquinadas, las casitas de piedra, la mayoría de dos plantas, los inmensos árboles que dan sombra con sus copas a los bancos de la plaza y el puentecito de madera bajo el que discurre un pequeño riachuelo de agua cristalina justo a la izquierda de la iglesia son algunos de los aspectos que lo convierten en un lugar especial.

También descubrí que, aunque no hay supermercado además de la taberna, sí tienen la panadería de Dolores. Un establecimiento antiguo en el que se venden pan artesano, bizcochos, galletas, brazos de gitano y empanadas y que cuenta con tres mesitas en las que puedes sentarte a

desayunar o merendar.

Pocos metros más allá está la ferretería, en la que venden y arreglan todo tipo de artilugios y herramientas (la mayoría para trabajar el campo), y ya de regreso a casa me encontré con un huerto ecológico en el que Manolo y su mujer (la de los calcetines de la Guerra Civil) cultivan y venden unas verduras que, de tan buena pinta que tienen, parecen saludarte al pasar.

Para terminar, descubrí que, al igual que la de Erin, la casa de Carlota también queda muy cerca de la mía, y cuando vi un cartel de velas y jabones artesanos no pude evitar entrar a curiosear.

La chica es un encanto y, después de disculparme por mi espantada de ayer, estuvimos hablando un buen rato. Me enseñó parte de sus creaciones, muchas de ellas con diferentes propiedades aromáticas y para el cuidado de la piel, y salí de allí con una buena selección tanto para mí como para mandar a Bruno, mi padre y su familia en cuanto tenga ocasión. ¡Incluso compré un jabón especial para Calcetines que, según ella, le va a ir fenomenal!

Después, volví a la panadería de Dolores y me senté en una de las mesitas para comer un trozo de empanada y, cuando terminé, volví a casa dando un largo paseo con Calcetines.

Ha sido un día completito y, ahora que acabo de entrar por la puerta, la verdad es que ya no me siento ni la mitad de mal. He disfrutado de la caminata y, por primera vez desde que me mudé hace unos días, me siento animada y con las ganas suficientes como para ponerme a trabajar.

Conecto el móvil a los altavoces, que dan música ambiente y, mientras me pongo una sudadera ancha y unos *leggins*, empieza a sonar *Montaña rusa* de Noan. Esta canción siempre me proporciona un chute de energía y, escuchándola, tras coger una manta para taparme, mi libreta y un bolígrafo, salgo con Calcetines al jardín de la parte trasera y me dejo caer sobre el banquito del fondo, inspirando el aroma de la lavanda mientras disfruto de los colores del atardecer, que pintan el cielo de tonos rosados, naranjas y rojos.

Si en realidad fuese pintora, me encantaría plasmar la belleza de este lugar. Por desgracia, mi virtud con el pincel está al nivel de un niño de parvulario. Así que echo mano de la libreta y comienzo a garabatear en ella las diferentes notas y apuntes que después utilizaré cuando me ponga a escribir.

Tras un rato enfrascada en mi tarea, echo un vistazo al cachorro, que parece disfrutar correteando entre la lavanda, y cierro los ojos tratando de relajar cada uno de los músculos de mi cuerpo, no obstante, en cuanto lo hago, la imagen de Carlos colapsa mi mente por completo.

Es pensar en él y sentir como me caldeo por dentro. ¡Hay que ser muy cabrón para haber estado mintiéndome durante todo este tiempo! ¡Se lo ha tenido que pasar de lo lindo riéndose de mí!

La rabia se acomoda en mi estómago e intento disiparla pensando en cosas más agradables, pero me resulta complicado cuando su sonrisita vacilona parece estar tatuada dentro de mi cabeza.

Resoplo molesta, y abro los ojos al escuchar los ladridos de Calcetines justo antes de que suene el timbre.

De mala gana, me levanto, abandono el jardín y atravieso la casa hasta alcanzar la entrada, convencida de que será una vecina con alguna otra ofrenda; sin embargo, cuando abro la puerta…

—¿¡Túúú!? ¿Se puede saber qué haces aquí? ¿Cómo tienes las santas narices de venir? —pregunto, cruzando los brazos sobre mi pecho en actitud poco amigable.

—¿Puedo pasar? —pregunta él, ignorando mi recibimiento y frotándose la cabeza con una

mano.

—¿Acaso ves algún hueco? —cuestiono, mirando a ambos lados de mi cuerpo, que ocupa la parte central de la puerta.

—Solo quiero hablar contigo —afirma, y suelta un suspiro resignado—. Por favor.

Lo contemplo y, si no fuese por lo falso que me parece, hasta podría creerme su gesto arrepentido. ¡Pero este tío es un déspota, un difamador, un mentiroso compulsivo! ¡Nada de lo que salga de su boca puede ser verdad ni tener un mínimo de credibilidad!

Por lo que, decidida a defender mi posición como si acabásemos de teletransportarnos a la Edad Media y él fuese un asaltante y yo la última barrera que queda en pie para defender la fortaleza, saco pecho, me coloco bien las gafas y elevo la barbilla en un intento de aparentar firmeza y seguridad.

—Yo creo que ya está todo dicho, *alcalde*. —Soy consciente de que la última palabra suena a insulto saliendo de mi boca—. Dudo que haya un solo tema del que usted y yo tengamos que hablar.

—Primero, no me trates de usted —responde.

—¿Su excelencia le gustaría más? —me recochineo.

Él aprieta la mandíbula, pero ignora el comentario y prosigue.

—Y segundo, yo creo que sí tenemos un par de temas que aclarar. —Hace una pausa y, al ver que no le suelto ningún otro improperio, se anima a continuar—. Déjame invitarte a cenar.

—¿Por qué? ¿Es que además de secuestrarme también quieres envenenarme?

Sus ojos se abren de forma desorbitada y comienza a boquear como un pez que acaba de salir del agua.

—Yo no te tengo secuestrada; ¡si estás aquí, es porque te da la gana!

—Si tú lo dices… —murmuro.

—Al menos vuelves a tutearme.

—Eso es porque creo que cualquier otro trato te queda grande —le aseguro sin amilanarme.

—No seas cabezota. Solo quiero explicarme… —Trata de sonar amistoso, pero el tono que usa deja entrever que su paciencia comienza a agotarse.

Mis ojos se estrechan de pura incredulidad. ¿En serio este tío ha tenido la desfachatez de llamarme cabezota? ¿Encima?

—No necesito ninguna explicación, señor alcalde, digo fontanero o, perdón… ¿prefieres que te llame arquitecto?

—Te repito que en ningún momento dije que fuese fontanero, en cuanto a lo de ser arquitecto…, no mentí, es cierto que tengo el título, aunque no haya podido ejercer…

—¡Qué maravilla! Eres el hombre orquesta de los oficios —anuncio—. ¡Alabado sea el cielo por bendecirnos con un hombre tan completo!

—No te quejabas tanto cuando curé a tu perro —me recuerda a la defensiva.

La rabia de mi estómago se solidifica.

—¡Gracias! Tanto Calcetines como yo te estaremos eternamente agradecidos por haberle salvado la vida —exclamo de forma exagerada haciendo una reverencia—. ¿Contento? —añado antes de intentar cerrarle la puerta en las narices, cosa que no consigo por los excelentes reflejos que tiene el puñetero.

Todavía sosteniendo la puerta con una mano, sus ojos se clavan en los míos, nublando mi enfado, logrando trasladarlo a un segundo plano y haciéndome contener la respiración al sentir que su mirada me atraviesa creando una especie de extraña conexión tan inesperada como

intensa.

Molesta por la sensación que ello me provoca, sacudo la cabeza y aprieto los labios en una fina línea mientras él da un pequeño paso adelante y se pasa de nuevo la mano por la cabeza.

—Hagamos un pacto —propone.

—Dudo que sea una buena idea pactar con el diablo —musito.

Su expresión se endurece, pero lo deja correr.

—Una cena, solo una. Ven a cenar conmigo, permíteme explicarme y si después de eso quieres irte… Está bien.

Se nota que le cuesta pronunciarlas, pero con las últimas palabras ha conseguido despertar mi interés. ¿Habré entendido bien?

—¿Estás diciendo que si ceno contigo un día podré largarme de aquí y no volver? —repito, para asegurarme de que hablamos de lo mismo—. ¿Sin chantajes ni boicots a mi trabajo en la opinión pública?

El silencio se instala entre ambos durante unos eternos segundos, hasta que él asiente con cierto pesar.

—Exacto, una cena y podrás marcharte sin mirar atrás —afirma con cierta reticencia.

No tengo claro que el tipo hable en serio, pero está claro que, si lo hace, es una oportunidad que no puedo desaprovechar.

—Está bien, en ese caso, es obvio que no me puedo negar —acepto, aún con desconfianza.

La expresión de su rostro se suaviza y una sonrisa asoma a sus labios.

—Pasado mañana en mi casa, a las nueve —me indica.

—No tengo ni idea de dónde vives —le recuerdo.

—No te preocupes, es un pueblo pequeño, no tiene pérdida, estoy convencido de que lo averiguarás —asegura, y me guiña un ojo antes de darse la vuelta y alejarse por el camino.

Lo veo irse con la extraña sensación de que yo solita acabo de meterme en la boca del lobo. Pero intento quitarme esa idea de la cabeza e inspiro con fuerza antes de cerrar la puerta y volver a entrar.

Dos días, solo dos días; una cena y todo esto no será más que un recuerdo que contar…

Capítulo 8

Una sorpresa de buena mañana

Sara

—¡Arriba, dormilona! —La voz de Erin se mezcla con el sonido de la persiana subiéndose y, desconcertada, abro los ojos y parpadeo varias veces.

—Pero ¿qué hora es? ¿Qué ha pasado? —pregunto, incorporándome alarmada al encontrarla en medio de mi habitación.

—¡Hora de irnos de excursión! —exclama emocionada mientras Calcetines salta a su alrededor.

—¿Qué excursión? ¿Cómo has entrado? —cuestiono, todavía confusa.

—Esta mañana, cuando nos levantamos y vimos este tiempo tan maravilloso, Carlota y yo decidimos llevarte de excursión al río. Te llamé varias veces, pero, como no contestabas y tengo un juego de llaves, decidí entrar a despertarte.

—Claro, todo muy normal —susurro frotándome los ojos—. ¡Y tú! ¡Menudo perro guardián! —acuso al cachorro, que corretea a su alrededor, emocionado.

—Por cierto, en este pueblo nadie cierra la puerta con llave, aquí nunca pasa nada que deba preocuparte, es una de las ventajas de vivir en un sitio como este —asegura.

—Lo tendré en cuenta —respondo, volviendo a tumbarme para desperezarme.

—¡Venga, dormilona! ¡Tienes diez minutos para vestirte, no tardes que se nos van las horas! —anuncia con voz cantarina saliendo de la habitación.

De mala gana, pongo un pie en el suelo y me quito el camisón mientras bostezo, todavía con sueño.

Me meto en la ducha y el agua tibia enseguida me despeja. Me encantaría quedarme un rato disfrutando del calor del agua recorriendo mi piel, pero no dudo que, si lo hago, Erin entrará a buscarme otra vez, así que me apresuro a secarme con una toalla y camino hasta el vestidor para elegir uno de mis jerséis preferidos y unos vaqueros flojos y cómodos para la ocasión.

Es increíble que esa descarada se haya metido en casa sin preguntar, eso en la ciudad no pasaría jamás, sin embargo, ya me había dado cuenta de que lo que me acaba de decir es verdad: en este pueblo, la gente ni siquiera cierra con llave la puerta de casa y todos se conocen, por lo que imagino que, dado el nivel de familiaridad que tienen todos los vecinos, para ellos esto es algo de lo más normal.

Además, me parece un detalle que me hayan incluido en sus planes y, aunque no estoy acostumbrada a este tipo de gestos…, es bonito que hayan pensado en mí para acompañarlas.

A toda prisa, me peino, haciéndome una coleta alta, y me pongo protector solar en la cara (es lo que tenemos las personas pálidas, incluso en invierno, debemos protegernos en cuanto

salen dos rayos de sol).

—¡Ya estoy! —grito, bajando las escaleras con Calcetines pisándome los talones.

Carlota y Erin me esperan de pie junto a la puerta. Ambas visten ropa cómoda y llevan mochilas a la espalda.

—¿Hace falta que lleve algo? ¿Es un paseo corto o largo? ¿Vamos en coche o caminando? —pregunto mientras cojo el arnés y la correa del perro.

—Caminando, pero no hace falta que cojas nada, nosotras nos hemos encargado de todo. Tú dedícate a disfrutar —responde Carlota, y despliega una gran sonrisa cuando las tres, junto con nuestro acompañante perruno, salimos de casa y echamos a andar.

Para mi sorpresa, nos dirigimos hacia la entrada del pueblo y, al llegar a ese camino enmarcado de inmensos robles por el que accedí la tarde en que llegué, tomamos una estrecha bifurcación a la derecha para acceder a un sendero de tierra que discurre entre árboles y arbustos.

La temperatura es agradable y el piar de los pajarillos, ocultos en las frondosas copas, nos acompaña mientras nos adentramos en el bosque.

—¿Venís mucho por aquí? —pregunto rompiendo el cómodo silencio en el que discurría hasta ahora nuestro paseo.

—Bastante, el paseo el bonito y el sitio al que conduce un lujo del que poca gente puede disfrutar —responde Erin con entusiasmo.

—Creo que lo que en realidad quiere es asegurarse de que no nos vamos a perder —dice Carlota sin disimular una sonrisa.

—¡Qué va! —replico.

Ella ladea la cabeza hacia mí con expresión escéptica.

—Bueno… Puede que quiera cerciorarme de que no nos equivocamos de camino con tanto árbol.

—Tranquila, conozco este sitio como la palma de mi mano —responde Erin con seguridad.

—No estás muy acostumbrada a ir por el monte, ¿verdad? —se interesa Carlota.

—Me encanta, pero reconozco que siempre he sido más de ciudad —respondo, observándolo todo con atención.

—Yo también lo era…, hasta que me acostumbré a esto, y ahora, por mucho que lo intentase, no podría cambiar —admite ella suspirando—. La ciudad tiene algunas ventajas, lo reconozco, pero vivir en pueblos pequeños tiene otras.

—¿Dónde vivías antes de mudarte aquí? —indago, pues me parece interesante a la par que sorprendente que una persona joven como Carlota pueda haber renunciado a su vida anterior para trasladarse a un lugar como este.

—Primero pasé unos años en Nueva York, después, en París, y mi último destino antes de abandonarlo todo fue Madrid. Como puedes ver, la antítesis de todo esto.

—Tuvo que ser una decisión dura —murmuro con cierta admiración, recordando lo que ella misma me contó cuando estuve comprando los jabones en el «taller» instalado en la parte inferior de su casa—. Ni siquiera puedo imaginarme lo que puede suponer dejarlo todo… Tu trabajo, tu familia, tus amigos y empezar de cero en algo tan diferente y encima tan lejos. Eres muy valiente.

—En realidad, no —me aclara.

Mi expresión de asombro le arranca una carcajada.

—Sé que puede sonar loco, pero tiene todo el sentido del mundo si lo piensas —explica—. Verás —continúa tras unos segundos en silencio—, ganaba un dineral que no podía gastar por falta de horas libres, tenía una casa preciosa que me costaba un ojo de la cara en la que nunca

estaba, pues prácticamente vivía en la oficina, los planes con mis amigos eran anecdóticos, pues para mí no existían los fines de semana y, por ese mismo motivo, ni recuerdo la última vez que fui a una reunión, cena o comida familiar antes de decidir venirme aquí. Te garantizo que, a pesar de estar más lejos, veo mucho más a amigos y familiares desde que vivo aquí.

—Vaya —susurro.

—Desde fuera, mi vida era perfecta, habría quien pensaría que lo tenía todo, y en parte era cierto… Lo tenía todo menos lo único que no se puede comprar.

—¿El qué? —murmuro, metida por completo en su relato.

—El tiempo —confiesa—. No tenía tiempo para disfrutar ni para cuidarme ni para compartir con la gente que me importa. Mi vida volaba ante mis ojos y yo era incapaz de detenerla, a pesar de que intentaba aferrarme con desesperación a los segundos y a las horas. Mis días se convirtieron en una carrera en la que me sentía incapaz de frenar; dejé de disfrutar de lo que hacía, hasta que llegó un momento en el que me sentí tan infeliz y desgraciada que tuve que parar.

—Visto así, el cambio tiene lógica —comento, impresionada por la seguridad con la que habla.

—Es por aquí —interviene Erin, guiándonos hacia la izquierda y señalando una lagartija de gran tamaño que observamos con atención mientras repta y se esconde bajo una rama caída buscando algo de intimidad.

—Así que —continúa Carlota con el relato— un fin de semana decidí venir a la antigua casa en la que mi abuela pasó su infancia y, en cuanto puse un pie en este pueblo, sentí que todo el peso que portaba en la espalda me abandonaba al fin —asegura—. Era como volver a sentirme viva, libre y relajada.

—Después, esa misma noche, rebuscando entre las cajas de las cosas de su abuela, descubrió una libreta con las recetas de los jabones y su cabeza empezó a maquinar una idea —termina Erin.

—Siempre he creído en las señales y las oportunidades, y encontrar esa libreta vieja me pareció una mezcla de ambas cosas. —Sonríe y una luz especial ilumina su mirada—. Recordé que, cuando era pequeña, mi abuela elaboraba mi propio jabón, uno muy especial que dejaba tanto la piel como el cabello sedosos y con un exquisito olor a azahar.

—Y entonces fue cuando decidiste abandonar tu trabajo y empezar a fabricar jabones —digo, contemplándola con admiración.

—¡Y no pude tomar una decisión mejor! No solo he recuperado mi vida, sino que disfruto profundamente de todo el proceso de creación, desde la recolección de las hierbas hasta el empaquetado de cada pastilla de jabón.

—Me alegro mucho por ti —afirmo, observándola con una sonrisa dibujada en los labios.

—¡Ya hemos llegado! —anuncia Erin cuando accedemos a un pequeño claro.

—¡Guau! —exclamo contemplando el paisaje que se presenta ante mis ojos con fascinación.

—¿A que es una pasada? —pregunta la rubia, adelantándose un par de pasos.

—¡Pasada se queda corto! —respondo admirada.

Y es cierto: el paisaje que se extiende ante nosotras bien podría ser el escenario de un cuento de hadas. El pequeño río de aguas cristalinas, el puentecito de madera que lo cruza de un lado a otro, la orilla plagada de piedras de diferentes tonos grises, blancos y rosados erosionadas por el paso del tiempo y el agua, y la cortina de árboles que lo resguarda todo creando un manto de privacidad…

—¿Cómo habéis encontrado este lugar? —murmuro mientras mi imaginación de escritora echa a volar, pensando en la multitud de escenas de novela que podrían desarrollarse en este lugar.

—Mis padres nos traían a Carlos y a mí a merendar aquí muchos domingos en primavera y verano cuando éramos niños —me dice Erin, a la vez que posa su mochila en el suelo y saca de ella una manta amplia y fina que extiende sobre la mullida hierba y en la que coloca varios bocadillos y un trozo de bizcocho de chocolate.

Carlota la imita, abriendo la suya para extraer varias botellas de agua, y las tres (acompañadas de Calcetines que, en cuanto ha visto la comida, ha empezado a mover el rabo con alegría) tomamos asiento dispuestas a no dejar ni una miga.

Todo está buenísimo, la caminata me ha abierto el apetito y saboreo cada bocado como si estuviese degustando un verdadero manjar. Además, la charla es animada, las chicas me hacen sentir como una más y disfruto de una sensación que me caldea el corazón en este lugar maravilloso en el que incluso los alimentos parecen saber mejor.

—Gracias por invitarme a venir —digo antes de meter mi último trozo de bizcocho en la boca.

—Supusimos que echarías de menos hacer planes con tus amigas —responde Erin, restándole importancia.

Una sensación amarga asciende por mi estómago y, de forma involuntaria, mi cuerpo se tensa y mis ojos se clavan en la manta.

—¿Sara? —Mi nombre sale en forma de susurro de sus labios.

Ambas se miran antes de fijar la mirada en mí otra vez.

—Sara, lo siento si he dicho algo que te ha molestado, yo solo… —comienza Erin.

Niego con la cabeza con excesiva fuerza, sin dejarla terminar.

—No te preocupes, es solo que… No tenía demasiadas amigas con las que hacer planes…

De nuevo se miran entre ellas.

—Bueno, siempre es mejor calidad que cantidad —trata de animarme Carlota, a pesar de que la extrañeza se entremezcla con la tristeza al teñir el iris de sus ojos.

—Pero ese tal Bruno… Me dijiste que es tu mejor amigo —me recuerda Erin.

—Y lo es. Siempre ha sido mi mejor amigo. —Una mueca cargada de afecto se abre paso en mi rostro—. Él y sus hermanos fueron los únicos que estuvieron a mi lado cuando mi vida era bastante parecida a la definición de infierno, pero al margen de ellos… Digamos que mis fines de semanas no estaban plagados de planes con las chicas de mi curso ni de fiestas de pijamas —confieso, escogiendo bien mis palabras.

—Los adolescentes pueden ser muy cabrones —afirma Erin, colocando un mechón de su pelo rosa tras la oreja con expresión enfadada.

—Te garantizo que sí —atestiguo mientras trato de mantener lo más lejos posible de mi mente esos dolorosos recuerdos.

—¿Quieres hablar de ello? —me ofrece Carlota con cautela.

—En realidad, no hay mucho que contar, es una historia como tantas otras… —Suspiro, sintiéndome de nuevo pequeña y vulnerable—. Chica tímida, abusones, instituto… Podéis haceros una idea de lo demás.

—Lo siento mucho, Sara —responde ella con sinceridad—. Esas cosas no deberían pasar.

—Pero pasan —afirmo—. Lo peor de todo es que, a pesar de todo, yo al menos tenía apoyo. Mis padres, Bruno y su familia se volcaron conmigo en todo momento para ayudarme a superarlo… Hay muchos chicos y chicas que pasan por situaciones incluso peores que la mía y

no tienen la misma suerte que yo.

—¿Y después? —se interesa Carlota—. Quiero decir… ¿La cosa no cambió en la universidad, cuando terminaste el instituto?

Me encojo de hombros y acaricio el improvisado mantel con las yemas de los dedos antes de contestar.

—Supongo que yo misma me cerré en banda a esa posibilidad, no quería arriesgarme a pasar por lo mismo de nuevo, así que era más cómodo no abrirme a los demás, mantenerme en un segundo plano y quedarme igual.

—¡Pues que sepas que a partir de este momento nos tienes a nosotras dos! —asegura Erin con los ojos vidriosos y una sinceridad que me enternece.

—Seremos como las tres mosqueteras —se le une Carlota, alzando la mano.

—Solo nos queda encontrar a D'Artacán —bromeo.

Calcetines elige ese momento para ponerse a ladrar en busca de caricias, y las tres nos echamos a reír.

—Creo que ya lo hemos encontrado —afirma Erin, haciéndole mimos al cachorro.

Las contemplo agradecida; no las conozco mucho, pero algo dentro de mí me dice que son de esa clase de personas que llegan para hacerse un hueco en tu vida y no marcharse más y, aunque solo sea por eso, esta experiencia ya me habrá dado más de lo que cabría esperar.

Capítulo 9

Un poco de brazo de gitano y mucha información

Carlos

La observo con disimulo desde la ventana del salón. Lleva más de diez minutos quieta como una estatua delante de la puerta de entrada y, por su gesto vacilante, no es muy difícil imaginar que está decidiendo si llamar al timbre o darme plantón y largarse.

¿Qué estará pensando? Tanta indecisión me está desquiciando hasta el punto de que, por un momento, estoy tentado de abrir la puerta e invitarla a entrar.

La paciencia no es una de mis mayores virtudes, aun así, decido darle su tiempo porque sé que no es una buena idea forzar la situación, pues bastante incómoda es ya, por lo que me obligo a esperar aprovechando para estudiarla con detenimiento un poco más.

Lleva unos vaqueros anchos y un jersey de color azul celeste. Parece incómoda y desconfiada mientras no deja de mover de un lado a otro el paquete que lleva entre las manos.

Al final, exhala resignada y, tras colocarse bien las gafas sobre el puente de la nariz, avanza un par de pasos y golpea con los nudillos en la puerta.

Me apresuro a abrir para recibirla antes de darle tiempo a que cambie de opinión.

—Me alegro de que hayas venido —la saludo con cordialidad, y despliego una amplia sonrisa que parece tensarla aún más.

—Gracias —responde de forma escueta, tendiéndome lo que está agarrando—. Es brazo de gitano de la panadería, Dolores me dijo que es tu preferido.

—Tiene razón, nunca he probado un postre mejor —afirmo cogiéndolo, y me hago a un lado—. Voy a meterlo en la nevera, pasa y ponte cómoda, como si estuvieses en tu casa.

—Mi casa está bastante lejos de aquí —lo dice entre susurros, casi entre dientes, pero, aun así, y aunque decido hacer como si no lo hubiese oído, sí que lo escucho.

Decido tomármelo con calma para darle unos segundos a solas y, cuando vuelvo, me la encuentro mirando una foto colocada al lado de la chimenea del salón.

—Con el pelo negro y largo hasta la cintura Erin está casi irreconocible aquí —comenta al escucharme llegar, sin despegar los ojos de la imagen.

—Fue uno de los últimos viajes que hice junto a mis padres —recuerdo—. Ella acababa de entrar en la universidad y nos acercamos a visitarla.

—Me dijo tu hermana que vuestro padre falleció. Lo siento mucho —dice, y tanto sus palabras como la mirada que me dedica cuando por primera vez se gira hacia mí desbordan sinceridad.

—Gracias, fue casi dos años después de ese día, tras su muerte; mi madre quiso irse a vivir con su hermana a Orense, pero viene a visitarnos bastante a menudo —explico, vagando por un

segundo entre esos dolorosos recuerdos que todavía me pinzan el corazón cuando consiguen abrirse paso en mi cabeza.

Intento encerrarlos de nuevo bajo llave en uno de los lugares más recónditos de mi mente y sonrío, con la idea de reconducir la conversación hacia un tema menos complicado y más neutral.

—Espero que tengas hambre —comento.

—La verdad es que no, tengo el estómago cerrado —responde sin disimular ni la tensión que la posee ni lo poco que le apetece estar aquí.

—Estoy convencido de que mis canelones te harán cambiar de opinión —replico, y le hago un gesto para que me siga a la barra de la cocina—. He pensado que podemos cenar aquí, pero, si lo prefieres, podemos hacerlo en la mesa del comedor.

—Aquí está bien, cuanto antes terminemos con todo esto, mucho mejor —responde seca.

Si tenía alguna esperanza de que esta conversación fuese a resultar fácil, acaba de esfumarse, pero para cabezón, yo.

—Tienes una casa bonita —concede, echando un vistazo a su alrededor tras tomar asiento en una de las cómodas banquetas con respaldo.

—Gracias, es una distribución muy parecida a la de la vivienda que tú estás ocupando. Las reformamos casi a la vez —explico mientras cojo dos copas y una botella de vino y sirvo un poco en ambas—. Lo que pasa es que la mía es más pequeña porque yo no necesito tanto espacio.

—No quiero beber —dice negando con la cabeza.

—Pruébalo, es casero y está delicioso —insisto tendiéndole una.

De mala gana, se la acerca a la boca y la observo ensimismado a la vez que algo se retuerce en mi interior viendo como el líquido oscuro acaricia y se mimetiza con sus rosados labios.

—Está muy bueno —concede tras probar un sorbo—. ¡No me digas que también eres vinicultor! —Su tono cargado de ironía me sienta como una bofetada, pero decido obviarlo.

—No, el que lo elabora es Aurelio, el pastor, yo solo me dedico a disfrutarlo —replico guiñándole un ojo—. Y hablando de eso… Creo que te debo una disculpa —añado, girándome para sacar la bandeja de canelones del horno. La coloco en la barra al lado de los platos con cuidado y después, tomo asiento a su lado.

—¿Una? —Alza las cejas y su expresión se vuelve más escéptica todavía—. ¡Vaya! —Hace una mueca—. Eres muy generoso contigo mismo.

Por lo visto, tendré que estar todo el rato en guardia, no obstante, tampoco esperaba otra cosa por su parte.

—En contra de lo que piensas, nunca tuve la intención de engañarte ni de reírme de ti —afirmo con rotundidad.

—Nooo, claro. No pretendías engañarme ni reírte de mí, solo ocultarme tu identidad de forma muy conveniente.

—No fue premeditado. Surgió así —intento defenderme, aunque reconozco que suena a excusa barata.

—Tuviste mil oportunidades para confesar y decidiste quedarte callado —me ataca, directa a la yugular.

La contemplo apretando los labios. Tiene razón, sé que la tiene, si soy sincero, tuve muchas oportunidades para decírselo, pero no me hace especial ilusión reconocerlo en voz alta para darle más munición; además, yo tampoco miento al decir que no fue intencionado, sin embargo, si pretendo que esta conversación siga siendo civilizada, no tiene sentido que me empeñe en

enzarzarme en una batalla que ella tiene ganada de antemano.

—Es cierto —admito, comprendiendo que no vale de nada negarlo cuando es una realidad tan grande como una catedral.

Mi afirmación la toma por sorpresa.

—¿Y por qué no lo hiciste? Es que no consigo comprender qué pretendías conseguir con eso —cuestiona tras unos segundos.

Medito la respuesta con detenimiento.

—¿La verdad? —pregunto.

—Pues hombre, estaría bien para variar —bufa, cruzando los brazos sobre su pecho.

—No sé por qué no te dije quién soy desde el primer momento, supongo que el hecho de que ya me odiases de antemano y acabásemos discutiendo en la taberna no ayudó demasiado.

—Después de eso, estuviste en mi casa, le cosiste la pata a mi perro y tampoco dijiste nada —me recuerda.

—Igual, de forma subconsciente, me callé para que me conocieses un poco mejor antes de soltarte la bomba. Creí que así te darías cuenta de que no soy el mal personificado y la onda expansiva sería menor.

Su rostro refleja aún más confusión.

—¿Y no se te ocurrió pensar que cuando me enterase iba a sentarme todavía peor? —pregunta con sarcasmo.

—Era una posibilidad, pero decidí arriesgarme. Total, la manía que me tenías no podía ir a más.

—Muy inteligente por tu parte, sí, señor —replica en un tono que deja patente que piensa todo lo contrario.

—Igual te suena a cuento, pero necesitaba un tiempo para demostrarte que no soy taaannn terrible como piensas —repito, intentando que entienda mi posición.

—Más que a cuento, me suena a novela de ciencia ficción —declara.

Ambos permanecemos en silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos.

La curiosidad se abre paso en sus facciones, mezclándose con el enfado, al tiempo que me estudia con atención; sin embargo, me doy cuenta de que al menos la rigidez de su espalda un poco sí que se ha suavizado.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Su voz dubitativa acapara toda mi atención.

—Dispara.

—No me des ideas —murmura.

—¿Siempre te lo tomas todo al pie de la letra?

—Me gustan las letras. Por algo soy escritora —anuncia encogiéndose de hombros.

—Y una muy buena —matizo, llevándome la copa de nuevo a los labios sin apartar los ojos de su semblante.

Mi elogio la incomoda y sus mejillas se cubren de rubor.

—No vas a conseguir nada haciéndome la pelota —suelta a la defensiva, tensándose de nuevo.

—No te hago la pelota, solo doy mi opinión —rebato.

La noto inquieta, nerviosa y, como me he percatado que hace cada vez que eso le pasa, se coloca bien las gafas desviando la mirada.

—Pues no era eso lo que pretendías ir contando por ahí —lo suelta sin dudar y lo siento directo y efectivo como un latigazo verbal.

—¿No querías preguntarme algo? —la animo, con la voz algo contrita.

Su gesto se endurece y sus ojos se vuelven fríos como dos glaciares al posarse sobre mí otra vez.

—¿De verdad lo que escribí sobre este lugar te pareció tan horrible como para montar todo este circo y arrastrarme hasta aquí?

Se la ve muy dolida, tanto que a duras penas consigo tragar saliva y mantener esa mirada que me fulmina. En este momento, me siento tan rastrero que lo único que me apetece es dejar de enfrentarla y largarme de aquí.

—No me gustó demasiado la descripción. Pero reconozco que todo lo demás igual fue un poquito excesivo.

—¿Un poquito? ¡Me amenazaste! ¡Ibas a intentar desprestigiar mi trabajo en público! ¡Querías perjudicar mi carrera! —exclama y cada una de esas acusaciones en su voz suena como una aberración que me hace sentir todavía peor.

—Lo cierto es que, aunque no hubieses venido, yo no habría hecho ninguna de esas cosas —confieso, y dejo escapar un suspiro mientras me masajeo el puente de la nariz con dos dedos.

—Entonces, ¿por qué? ¡No lo comprendo! —Su expresión denota que, aunque se está esforzando por intentar comprender mis motivos, no es capaz.

—Sé que igual no actué bien, pero tienes que saber que mi intención siempre fue salvar el pueblo —explico.

—¿Salvarlo de qué? —me apremia a contestar, cada vez más confundida.

Esa sensación de cansancio y angustia que cada vez siento con más frecuencia cuando pienso en el futuro de mi hogar asciende por mi cuerpo, aprisionándome el pecho con brutalidad.

—De desaparecer —afirmo apesadumbrado.

—No te entiendo. —Niega con la cabeza.

—Como tú misma dijiste en tu libro, nuestra población está envejecida, hay muy pocas personas jóvenes y muchos menos puestos de trabajo —digo, intentando explicarle lo mejor posible nuestra situación—. Eso hace que las ayudas y subvenciones que recibimos hayan disminuido hasta un punto en que me cuesta horrores gestionar algunas de las necesidades de este lugar.

—Eso lo entiendo, lo que no comprendo es qué tengo que ver yo con eso —murmura frunciendo el ceño.

—Poco después de que sacaras tu libro, vi en televisión un reportaje de una escritora americana cuya editorial organizaba rutas por las localizaciones que salían en sus novelas —murmuro, un poco avergonzado y bastante arrepentido, al tiempo que su expresión cambia por completo.

—Así que pensaste que, si yo situaba aquí uno de mis libros, vosotros podríais hacer algo así.

—Exacto —admito—. Sé que es una medida un tanto desesperada, pero lo he intentado casi todo y en mi cabeza tenía sentido. ¿Cuántas personas leen lo que escribes? Millones —me autorrespondo—. Que un pequeño porcentaje de esos lectores se interesase por venir hasta aquí supondría una gran inyección económica y la excusa para poder solicitar otro tipo de ayudas a las que, en este momento, nos resulta imposible acceder.

Ella me observa en absoluto silencio y, aunque intento averiguarlo, no tengo ni idea de lo que está pensando, por lo que ahora que he cogido carrerilla, continúo hablando.

—El problema principal, a mi modo de verlo, residía en cómo convencer a una superventas como tú para que localizase en nuestro humilde y, según tus mismas palabras, «envejecido pueblo» una de tus historias…

—Y decidiste que la mejor forma de conseguirlo era chantajearme —me interrumpe, con una dureza que no le pega nada.

—En realidad, lo que pensé fue que, si pasabas aquí unos días, sabrías ver la belleza que esconde este sitio y te enamorarías de él.

Durante unos segundos, su expresión de disgusto se suaviza; sin embargo, enseguida se endurece otra vez.

—Y decidiste traerme casi obligada —me acusa sin miramientos, haciéndome sentir como un delincuente o un secuestrador.

—De otra forma no habrías accedido a venir —afirmo.

—Probablemente, no —concede—, pero eso no te daba derecho a forzar tanto la situación.

—Lo siento —me disculpo sincero—. Comprendo que para ti esto solo sean un montón de casas, pero para mí ese montón de casas constituyen mi hogar; estos vecinos son mi familia y a la familia no se le puede fallar.

Un brillo apenado atraviesa sus ojos y su expresión refleja cierta melancolía y un poco de ¿culpabilidad?

Me mantengo en silencio y contengo la respiración a la espera de que diga algo. En el fondo, tengo la esperanza de haber tocado su corazón y que decida echarnos una mano.

Tras unos instantes que se me hacen eternos, abre la boca dispuesta a decir algo y, justo entonces, su teléfono empieza a vibrar y, por su forma de mirar la pantalla, me temo que va a contestar, así que su respuesta tendrá que esperar.

Capítulo 10

La videollamada

Sara

Escucho lo que me cuenta Carlos con una mezcla se sensaciones sacudiéndome por dentro. En parte me siento utilizada y cabreada, pero me acuerdo de todas esas personas que tienen en este sitio su hogar, pienso en Carlota y en Erin. En lo bien que me lo pasé con ellas en nuestra escapada al río y en lo amables que han sido en todo momento conmigo… También en cómo, en cuanto ayer llegamos a la orilla, mi cabeza comenzó a elucubrar… Es cierto que este sitio tiene encanto, solo hay que saber mirar. Aun así, la actitud de Carlos ha sido reprobable y ha estado fuera de lugar.

Abro la boca, dispuesta a decirle eso mismo, cuando mi móvil comienza a vibrar.

Mi mirada se desvía a la pantalla antes de dirigirse de nuevo a él a modo de disculpa.

—Lo siento, tengo que contestar —aseguro.

—¡Sara! ¡Ayer no conseguí hablar contigo y hoy llevo un día infernal! —me saluda Bruno desde el otro lado—. Hasta hace media hora no he conseguido salir del juzgado, ni siquiera he tenido diez minutos para poder comer algo.

Observo de reojo a mi anfitrión y, por el gesto de su cara, deduzco que se ha dado cuenta de que Bruno es mi abogado.

—Fui de excursión al río y cuando llegué me quedé dormida —me disculpo, pues es cierto que ayer había quedado en llamar yo.

—¿Al río? —inquiere Roi (el hermano policía de Bruno, al que, al igual que al resto de la familia, también adoro), colando la cabeza delante de este.

—Sí, tesoro, es eso que tiene agua, rocas… —le responde Iria, su prometida y mi única amiga fuera de la familia.

En cuanto la veo, una sonrisa se dibuja en mi cara.

—¡Iria! ¿¡Cómo estás!? —pregunto sin disimular mi entusiasmo.

—¡Gordaaa! ¡Muy gorda! —responde ella con aire dramático, y resopla.

—Amor, no estás gorda, ¡estás embarazada! —la corrige Roi—. ¡Y preciosa!

—¡Ja! Eso lo dice porque no se atreve a decir lo contrario —murmura ella. Luego le arranca a Bruno el teléfono de la mano y se pone a caminar de un lado al otro del salón.

—Te echamos de menos —me asegura, escapando de los otros dos, que la siguen intentando recuperar el móvil—. Cada día me levanto pensando en cómo me gustaría darle una buena patada en las pelotas al alcalde de pacotilla ese que te tiene retenida en contra de tu voluntad.

—Cariño, tu prometido es policía, no puedes ir por ahí amenazando a la gente con tanta

alegría —le recuerda Roi de fondo.

—Yo no fui la primera en amenazar —suelta ella.

—¡Bien dicho, cuñada! —la anima Bruno.

—Eso, tú anímala —lo regaña Roi.

—Seguro que el muy desgraciado ni siquiera se ha atrevido a dar la cara. ¡Cómo me encantaría arrancarle de un guantazo la dentadura postiza! —continúa parloteando Iria mientras Bruno y Roi caminan tras ella, persiguiéndola por el salón.

De inmediato, siento como mi cara enrojece y desvío con disimulo la mirada hacia Carlos, esperando encontrarlo enfadado, pero, lejos de eso, lo veo riéndose encantado.

—Cariño, no está bien hablar así de un anciano —le recuerda Roi—. Además, no sabes si lleva dentadura postiza o la tiene natural.

—Su abogada dijo que lleva toda la vida de alcalde; con lo que quema la política debe de estar calvo, ¡sin dientes y con un vinagre en el cuerpo que seguro que no se puede aguantar! —suelta ella resoplando.

—Tesoro, contrólate un poco y deja al hombre en paz —intenta contenerla Roi de nuevo.

—¡Pues que se vaya a jugar a la petanca y deje de fastidiar! —grita ella.

—¡Eso, eso, yo no podría decirlo mejor, cuñada! —la jalea Bruno—. ¡Así se habla!

—Solo espero que… —prosigue ella.

—En realidad, estoy cenando con él —la interrumpo antes de que suelte ninguna otra barbaridad.

—¡¿Con el excelentísimo?! —exclama sorprendida, parándose en seco de tal forma que los otros dos casi chocan con su espalda. De repente, tres caras ocupan la pantalla mirándome con estupefacción.

La voz de Bruno suena tensa cuando me pregunta:

—No te habrá obligado, ¿verdad? Porque eso sí que ya no lo voy a aguantar…

Voy a responder cuando, con un rápido movimiento, Carlos me arrebata el móvil y sonríe a la pantalla.

—No la he obligado, pero reconozco que me ha costado convencerla —asegura sin dejar de sonreír.

—¡Coño con el alcalde! —exclama Iria abriendo los ojos como platos.

—¡Cómo está el excelentísimo! —escucho murmurar a Bruno.

El rubor tiñe mi rostro y me remuevo incómoda en el taburete, intentando mantener el tipo y permanecer impasible, como si la conversación que están teniendo fuese lo más natural del mundo y la cosa no fuese conmigo.

—En cuanto a lo de la dentadura postiza… Siento decepcionarte, pero me temo que, aunque es cierto que la política quema, todavía no llevo en el cargo tanto tiempo como para haber perdido los dientes, por lo que vas a tener que esperar unos años —continúa diciendo él con humor.

—¿Pero no se supone que llevaba toda la vida en el cargo? —escucho murmurar a Roi mientras me tapo la boca con una mano para contener la risa—. Se supone que, cuando alguien lleva toda la vida en algo, es una persona mayor, ¿no?

—Pues eso pensaba yo, pero ya ves que no —le contesta Roi.

—Me presenté a alcalde cuando murió mi padre y de eso hace ocho años —les aclara.

—¿Cuántos años tienes, majo? —se interesa Iria, poniéndole ojitos.

—Treinta y dos —responde él, y le dedica una sonrisa que la desarma por completo.

En defensa de mi amiga, tengo que admitir que esa forma de sonreír desarmaría a cualquier

ejército y debería estar prohibida.

Sin darle tiempo a seguir departiendo con mis amigos, le quito de nuevo el teléfono, justo a tiempo de ver la mueca que me pone Iria mientras, en silencio, mueve los labios diciéndome algo así como:

Joder con el señor alcalde.

Mis mejillas pasan del rubor al color de un tomate maduro y decido colgar antes de que la situación empiece a avergonzarme todavía más.

—Chicos, os tengo que dejar —anuncio.

—No me extraña —musita Iria.

—Ehhh, bueno, hablamos mañana.

—Oh, ya lo creo que vamos a hablar —replica Bruno.

Más roja todavía por el tono de su afirmación, les lanzo un beso y cuelgo la llamada sin saber si permanecer sentada donde estoy, salir corriendo por la puerta o esconderme debajo del sillón.

—Se os ve muy unidos —comenta Carlos para romper el hielo.

—Muchísimo. No sé qué haría sin ellos. Bruno y Roi llevan toda la vida a mi lado y, en cuanto a Iria… Llegó hace poco pisando fuerte y enseguida consiguió hacerse un hueco en mi vida.

—Parecen buena gente —concede, regalándome una sonrisa.

—Lo son…. —Lo estudio con atención antes de añadir—. Tú también lo pareces —reconozco—, por eso no entiendo que me hayas arrastrado hasta aquí utilizando sucias artimañas.

Mi voz suena tan dura que me coge por sorpresa incluso a mí.

—La cagué y lo siento —admite, fijando sus ojos azules en los míos—. Estoy más que dispuesto a enmendar mi error, pero antes, si me dejas, me gustaría…

Se queda callado, como si necesitase pensar bien las palabras que va a usar, y su rostro denota tanta duda que consigue despertar mi curiosidad.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —solicita al final.

Lo estudio con atención. Lo cierto es que me resulta fácil estar con él. Llevamos ya un rato juntos y, aunque pensaba que iba a estar incómoda a su lado, quitando el momento videollamada, nada más lejos de la realidad.

—Puedes, pero eso no implica que yo la vaya a contestar —concedo, sin bajar del todo la guardia.

—Tus amigos sí saben quién eres, ¿verdad?

Durante unos segundos, guardo silencio, no me resulta fácil hablar de ese tema con gente con la que no tengo una gran confianza.

—Bruno, su familia, mis padres y ahora, de forma forzosa, tú y tu abogada sois los únicos que lo sabéis —respondo en voz baja, removiéndome incómoda en mi silla.

—Y ¿por qué? —La incredulidad asoma a su rostro—. No me entiendas mal —se apresura a añadir al notar como se tensa mi espalda—. Aunque no estoy muy puesto en el tema, comprendo que todo el mundo tiene derecho a usar pseudónimo para mantener en privado su identidad, pero… ¡Eres S. Harrison! *Best seller* internacional. —De nuevo guarda silencio durante unos segundos y el azul de sus ojos parece aumentar de intensidad—. ¿Por qué esconderte cuando tienes un éxito tan brutal?

La sensación de vértigo que me asciende del estómago al pecho casi no me deja ni respirar, pero ha firmado un contrato de confidencialidad, así que…

—Es una larga historia que viene de muy atrás —confieso con voz seca.

—Podemos dejarlo aquí si quieres, pero tengo todo el tiempo del mundo y se me da bien escuchar. —Sus palabras sinceras y la sonrisa que se dibuja en su rostro calman en cierto modo mi ansiedad y, aunque no comprendo por qué, algo muy dentro de mí me dice que, por mucho que me sorprenda, Carlos es alguien en quien puedo confiar.

—Sufrí *bullying* en el instituto —comienzo—. Nunca llegaron a pegarme ni a amenazarme, imagino que en parte porque sabían que contaba con la protección de Bruno y sus hermanos, y esa era una línea que no se atrevían a cruzar, pero los insultos y las burlas tenían un alto nivel de intensidad y, aunque tengo que admitir que antes de eso yo ya era tímida y algo introvertida, esos episodios no hicieron más que aumentar mi inseguridad.

—Lo siento mucho. —De nuevo suena sincero.

Niego con la cabeza, dando a entender que es algo que ya he dejado atrás.

—Cuando estaba en mi último año, se organizó un concurso de relatos literarios y, como desde muy pequeña me encantaba leer y escribir, me animé a participar —prosigo hablando, y él me escucha con atención.

—Supongo que ganaste —me interrumpe.

—Gané —asiento—. Pero la alegría me duró poco porque mis compañeros utilizaron el escrito que presenté para ridiculizarme delante de todo el instituto y burlarse de mí.

—¿Cómo es posible? —murmura.

—Lo fotocopiaron, quitando y añadiendo algunas cosas al original, lo manipularon y empapelaron medio colegio con él. Después, no contentos con eso, lo subieron a internet y empezaron a llenarlo de comentarios.

—¿Y nadie hizo nada? —La indignación fluye con fuerza en su mirada.

—Por supuesto que sí, aunque al principio sentí tanta vergüenza que no me atreví a decir nada en casa, en cuanto los profesores se enteraron de lo que estaba pasando, tomaron cartas en el asunto; mis padres hablaron con los de mis compañeros, amenazando con poner una denuncia y, en cuanto a Bruno y Roi… Digamos que me costó convencerlos para que no les partieran la cabeza.

—Deberían haberlo hecho —musita, apretando los puños con rabia.

—No habría servido de nada, el mal ya estaba hecho… Me deprimí tanto y me sentí tan vulnerable y expuesta que, durante más de un año, no volví a escribir —susurro.

—Tuvo que ser horrible —admite.

—Puede parecer una exageración, pero las letras, los libros y la escritura siempre fueron mi lugar seguro y, cuando eso pasó… Me sentí perdida, era como si hubiesen profanado mi refugio y me hubiesen arrancado de repente del único sitio en el que conseguía evadirme de todo lo demás.

—Pero volviste a escribir —afirma él, y juraría que aprecio cierto orgullo en su voz.

—Lo hice, tardé casi año y medio, pero al final me armé de valor y lo hice. —Asiento—. Empecé mi primera novela solo para mí; después de lo ocurrido, tenía claro que antes me cortaría un brazo que hacerla pública.

—Y entonces, ¿cómo…?

Sé lo que me quiere preguntar sin necesidad de que termine la frase.

—Bruno la leyó, le encantó y, como sabía que no tenía ninguna posibilidad de convencerme para que la publicase o la mandase a alguna editorial, él lo hizo a escondidas por mí.

—Y usó un pseudónimo —finaliza.

—Exacto. Ese, por Sara; Harrison, por los hombres de Harrison, una de sus películas preferidas.

—¿Cuándo te enteraste de lo que había hecho? —indaga.

—No pasaron ni dos días porque, ahí donde lo ves, es incapaz de ocultarme nada y no pudo mantenerlo en secreto durante demasiado tiempo. —Sonrío al recordar el momento—. Casi me da algo cuando me lo confesó, no podía volver a pasar por lo mismo, no me veía capaz de sentirme juzgada por la cajera del supermercado o por mis vecinos… Pero entonces me dijo que no había usado mi nombre y que, por lo tanto, nadie tenía que saber que la autora era yo y que podíamos mantener mi identidad en secreto, y así lo hicimos.

—Vale, pero una vez que empezaste a tener éxito… ¿Por qué no decirlo entonces?

—Igual resulta complicado comprenderlo, pero cada nueva publicación despierta en mí la misma inseguridad de la primera vez, por muy bien que haya ido la anterior. Ahora mismo tengo éxito, pero esta carrera es complicada y soy muy consciente de que, de un momento a otro, eso puede dejar de suceder. Sé que, en caso de haberlos, soy capaz de gestionar los ataques a S. Harrison, la autora, pero no me veo capaz de volver a soportar que, a causa de mi trabajo, ridiculicen a Sara, la persona. Por ello necesito mantener esas dos facetas de mi vida separadas. Una cosa es mi trabajo y otra, mi vida privada.

—¿Eso quiere decir que nunca vas a desvelar quién eres? —La pregunta no suena a ataque, solo a sana curiosidad.

—No, ni loca. Solo con imaginarme estar delante de alguien que supiese quién soy en realidad me haría volver a sentirme como aquella chica vulnerable, insegura y temerosa. Me ha costado mucho superar todo eso y pensar en volver a padecer algo similar me produce terror.

—Estás delante de mí —me recuerda.

—El contrato de confidencialidad ayuda… —le recuerdo—. Además, creo que en el fondo no eres un mal tipo, y tampoco es que me hayas dejado mucha opción.

Él sonríe satisfecho y yo lo contemplo asombrada porque, contra todo pronóstico, después de abrirme y contárselo todo, me siento bastante mejor.



Sentada delante de la máquina de escribir que Bruno me regaló, y con la ventana abierta (pues, a pesar de encontrarnos en pleno febrero, la temperatura acompaña), me evado del mundo, perdiéndome en el movimiento de la lavanda, que juega con el viento, el cual arrastra ráfagas de su aroma inundando toda la habitación.

Me encanta esta visión, podría quedarme horas y horas mirando cómo los tonos lilas cambian y adquieren unos u otros matices según les da la luz del sol.

Por un momento, pienso en cuánto voy a extrañar esta vista cuando vuelva a casa, pero, de inmediato, sacudo con fuerza la cabeza, deshaciéndome de esos pensamientos extraños.

¡Por fin puedo volver a casa y eso es lo importante! Anoche, tras sincerarme con Carlos sobre el motivo por el que mantengo en secreto mi identidad, él me aseguró que podía estar tranquila. Admitió de nuevo que se había pasado de lo lindo y, después de asegurarme que nunca había sido su intención hacerme daño o perjudicarme, me prometió que, en caso de que decidiese marcharme, no diría nada sobre mí ni sobre mis libros que pudiese afectar a mi carrera.

El alivio que sentí fue inmediato. Tanto que, en lugar de largarme corriendo de allí, los dos nos quedamos hablando durante horas, y estoy convencida de que es una buena persona, un tipo

bastante coherente y cabal cuyo único problema es la presión y exigencia a las que él mismo se somete para no fallarle al pueblo que considera su hogar.

Por lo que me contó, nunca estuvo entre sus planes presentarse al cargo, pero, cuando su padre murió de repente, dejando el puesto libre y a los habitantes con pocas opciones de que otra persona realmente involucrada con este lugar solicitase el puesto y luchase por ellos…, ni siquiera se lo pensó; cuando quiso darse cuenta, era alcalde, y ahora siente la responsabilidad de seguir la estela de su padre, aunque lo que siempre quiso y lo que en realidad le encantaría es poder trabajar algún día como arquitecto.

Su discurso fue tan sincero que, tras escuchar sus explicaciones con la mente abierta, tengo que admitir que, aunque sigo sin aceptar su forma de proceder para traerme hasta aquí, sí puedo llegar a comprender los motivos que lo impulsaron a actuar así.

El timbre suena con insistencia y pego un bote, sobresaltada, mientras Calcetines, que estaba dormido a mis pies, echa a correr como una bala hacia la entrada.

Lo sigo a buen ritmo y, al abrir la puerta, me encuentro de frente con Carlota y Erin que me miran con cara de no haber roto un plato en su vida a la vez que me saludan con una enorme sonrisa que parece a punto de partirles en dos la cara.

—¿Es cierto que anoche cenaste con mi hermano? —me interroga la segunda sin molestarse en saludarme y entrando en casa con toda confianza.

—Hola, ¿qué tal? —respondo con tono irónico.

—Hola, ¿qué tal? —dice Carlota, siguiéndola al interior y caminando hasta uno de los taburetes que rodean la isla para tomar asiento antes de repetir la pregunta—. ¿Es cierto que anoche cenaste con su hermano?

—Sois unas cotillas —las acuso, conteniendo la risa y negando con la cabeza al mismo tiempo que cierro la puerta.

Es increíble lo a gusto que me siento con este par de locas. Siempre he sido tímida y algo cohibida, pero, después de mis años de instituto, abrirme a los demás se volvió una tarea casi imposible para mí. Me cuesta horrores confiar en la gente, mostrarme tal y como soy sin barreras ni armaduras, sin embargo, con ellas… Me sale natural, como si las conociese de toda la vida, y eso es algo que me cuesta entender y mucho más explicar.

—De cotillas, nada, solo nos gusta estar informadas —rebate Erin—, Como decía mi abuela, ¡la información es poder! —declara alzando un dedo hacia arriba con aire formal.

—Y ¿puedo preguntar cómo es que estáis tan *informadas*? Porque deduzco que Carlos no ha sido, y yo tampoco os he dicho nada.

—Y deberías estar muy avergonzada —asegura Carlota, señalándome con un dedo acusador—. Ten amigas para esto.

—Ni te haces una idea de cuánto —bromeo—. Avergonzadísima.

—Si estamos enteradas, es porque a nosotras no se nos escapa nada —responde ella.

—Por eso y porque Bernarda, la mujer de Fermín, el de la ferretería, te vio llamando a la puerta de la casa de Carlos —añade Erin con gesto pícaro, al mismo tiempo que coge una manzana.

—Vamos, que os lo dijo Bernarda —resumo.

—Para nada —replica mi casera antes de dar un bocado a la fruta y limpiarse la comisura del labio con el dorso de la mano. Una vez traga, añade—: A Bernarda ni siquiera la hemos visto esta mañana, lo que pasa es que ella se lo contó a Renata, la mujer de Mariano, y él se lo dijo a Dolores, la de la panadería, cuando fue a comprar los bollos del desayuno esta mañana, y la panadera fue la que me lo dijo a mí cuando me la encontré hace un rato en la plaza.

—Lo dicho: sois una panda de cotillas —farfullo—. ¡Para tener solo sesenta habitantes, este pueblo parece un cuartelillo de espías del CNI recién jubilados!

—De nuevo te equivocas, nuestro interés es preventivo —asegura ella.

—Ajá —respondo, asintiendo con la cabeza sin creerme ni una palabra.

—Exacto, solo queremos evaluar los daños colaterales —la apoya su amiga mientras juguetea con los tirantes del peto vaquero que lleva puesto encima de un jersey de rayas.

—No hay daños colaterales.

Ambas se miran, dándome a entender que no se lo tragan.

—¿Pretendes hacernos creer que los dos habéis pasado más de cinco minutos en la misma casa y no hay heridos? —cuestiona Carlota.

—Ni un rasguño —especifico, poniendo los ojos en blanco—. Por si todavía no te has dado cuenta, los dos somos personas civilizadas.

Ellas se miran de nuevo, haciéndose las extrañadas.

—¿No hubo ni amenazas ni denuncias ni insultos? —insiste la rubia.

—Que nooo.

—Carlos sigue vivo, ¿verdad? Porque desde ya te digo que no me apetece nada convertirme en hija única… ¡Con lo intensita que se pone mi madre cuando viene de visita, como para tener que lidiar con ella yo sola! —asegura Erin.

—Estás de coña, ¿no? —murmuro achicando los ojos—. ¡Pues claro que sigue vivo! ¿Por quién me tomas? ¡Dejad ya de buscar carnaza!

—Es que esta mañana no me cogía el teléfono —dice encogiéndose de hombros.

—Normal, si imagina que vais a poneros tan pesadas, no me extrañaría que apagase el móvil con tal de escapar de este interrogatorio —protesto, abriendo la nevera para coger una botella y echar un poco de agua en un vaso que me llevo a la boca.

—Es posible, por eso hemos decidido venir aquí —admite Carlota con gesto taimado.

—¿Y por qué no os plantasteis en su casa?

—Si ni siquiera nos contestó una llamada, ¿qué te hace pensar que iba a abrirnos la puerta? —dice Erin—. Además, en caso de habernos dejado entrar, a la primera pregunta nos habría largado con cajas destempladas.

—Os recuerdo que en este pueblo las puertas nunca están cerradas, además, ¿qué os hace pensar que yo no voy a hacer lo mismo? —inquiero, cruzando los brazos sobre mi pecho.

—Eres demasiado buena persona. Tú eres más maja —replica Carlota, negando con la cabeza.

—Estás haciéndome la pelota —afirmo, convencida, tratando de parecer seria.

—Puede —concede—. ¿Funciona? —añade con una sonrisa tan falsa como angelical dibujada en su cara.

—De verdad, me parece increíble que hayáis venido hasta aquí solo para preguntarme por eso —susurro, negando con la cabeza mientras dejo el vaso en el fregadero.

—Bueno, mujer, ni que estuvieses tan lejos… —comenta Erin con un resoplido—. ¡Y por si no lo sabes, la curiosidad es una virtud muy sana que denota una gran inteligencia y capacidad de aprendizaje!

—A decir verdad, yo tenía pensado pasarme esta tarde para pedirte unas ramitas de lavanda, quiero elaborar un jabón nuevo. Pero cuando Erin me contó lo que le había dicho Dolores, decidí adelantar la visita para unirme a su causa —suelta Carlota como si la cosa no fuese con ella.

—Pues para vuestra información, fue una cena de lo más tranquila, sin incidentes de

ningún tipo —declaro, colocándome bien las gafas sobre el puente de la nariz y pasándome una mano por el pelo.

Las dos se miran entre ellas, sin esconder su sorpresa, antes de atravesarme de nuevo con la mirada.

—¿En serio? —se interesa Erin, sin disimular cierto fastidio en su voz.

—Siento decepcionarte, pero muy en serio —asiento, empezando a impacientarme.

—Mujer, decepción decepción, tampoco, lo que ocurre es que en un pueblo tan pequeñito como este nunca viene mal un poco de emoción —deja caer Carlota, encogiéndose de hombros.

Las observo a las dos como si se hubiesen vuelto locas.

—¡Sois de lo que no hay! —las acuso, conteniendo la risa a duras penas.

—Si lo dices por lo especiales, divertidas y maravillosas que somos, gracias, es un detallazo que lo hayas captado —replica la rubia, guiñándome un ojo con complicidad.

—Me refería más bien a lo tremendas, entrometidas e indiscretas —rebato—. Pero se os coge cariño rápido, eso no lo puedo negar. —Suspiro con pesar—. Os voy a echar de menos cuando mañana me vuelva a casa, chicas —admito, sintiendo cierta presión en el estómago.

—¿Te vas? —pregunta Erin, que abre los ojos de par en par.

—Sí. Justo cuando llamasteis iba a empezar a empaquetar.

—Pero yo pensé que al menos te ibas a quedar un mes, es el tiempo que reservaste la casa —musita con voz apenada—. Ya está pagada.

—¿Quién renuncia a unas vacaciones pagadas? —la apoya Carlota—. Es tirar el dinero.

—No te preocupes por eso, no voy a reclamar nada y dispondréis de la casa en cuanto me vaya —les aseguro, intentando no parecer afectada.

—Eso es lo de menos —interviene Carlota—. Es que nos gusta tu compañía. Sé que no llevas mucho tiempo en el pueblo, pero… Es agradable tenerte aquí.

—Las dos podéis venir a visitarme cuando queráis —sugiero, sintiéndome todavía peor.

—No es lo mismo, aún hay muchos sitios chulos que te queríamos enseñar —contesta ella.

—Pero ¿y tu exposición? ¿No venías en busca de inspiración? —insiste Erin con tristeza—. ¿De verdad te has inspirado tan rápido?

—Sí, creo que ya la he encontrado. —Sonrío.

El timbre suena de nuevo, interrumpiendo la conversación.

—¿Quién será ahora? —murmuro, dejando a mis invitadas con la cara más larga que un día de lluvia sin paraguas—. Espero que no sea ninguna otra vecina que viene a interesarse por mi cena con el alcalde.

Pero no, no es ninguna vecina, sino un vecino, uno bastante alto y muy delgado que, como muchos de los habitantes del pueblo, pasará de los noventa años. Lleva chaqueta de lana, boina negra, y me ofrece una simpática sonrisa tan sincera como mellada.

—Este año soy el encargado del sorteo de San Vecinguín; coge un papel, bonita —me ordena, extendiendo en mi dirección una caja de cartón en la que hay un montón de papelitos.

—¡Sin mirar! —me advierte cuando meto la mano y agarro uno de los papeles doblados.

Los expresivos ojos del anciano brillan de entusiasmo y en la piel cuarteada y morena de su rostro se forman decenas de arrugas mayores de las que ya tiene en el momento exacto en que su sonrisa se amplía al afirmar:

—Recuerda que tu elección es personal, secreta y que no se puede cambiar. Buen día, maja —dice, y sin más, se da la vuelta y se va, dejándome plantada en la puerta con cara de tonta y mirando el papel sin entender lo que acaba de pasar.

Desdoblo la hoja y descubro el único nombre que aparece en ella antes de doblarla otra vez

y cerrar.

—¿Quién era? —pregunta Erin segundos después, cuando regreso con ellas.

—Un señor que me ha hecho coger un papel que, según él, es supersecreto e intransferible —digo frunciendo el ceño.

—Ahhh, entonces era Aurelio, el pastor. Este año le ha tocado hacer el reparto del día de San Vecinguín —dice Carlota, como si eso lo explicase todo.

—Eso mismo dijo él, pero sigo sin entender nada.

—San Vecinguín es nuestra versión vecinal de San Valentín. Básicamente, es algo así como nuestro propio amigo invisible, solo que, en este caso, es el vecino invisible —comenta Erin sonriendo—. Se meten todos los nombres de las personas del pueblo en una caja y cada uno coge un papel y, como te ha dicho Paco, no se puede cambiar.

—¿Y hay que hacerle un regalo a la persona que te toca? —pregunto alzando las cejas mientras observo de nuevo el nombre que me ha correspondido.

—Exacto, el regalo puede ser comprado o elaborado por uno mismo, pero, en cualquiera de los dos casos, debe de ser algo sencillo, un detalle que no sea excesivo ni ostentoso —especifica Carlota—. El día catorce de febrero celebramos el baile de San Vecinguín en la plaza del pueblo y todos los regalitos con sus correspondientes nombres se dejan apoyados en una mesa, entonces, cada vecino busca su nombre y obtiene su detalle de forma anónima.

—¡Vaya! —exclamo sorprendida, pues la verdad es que eso no me lo esperaba—. ¿Cómo se os ocurrió hacer algo así?

Ellas intercambian una mirada y un destello de orgullo y admiración ilumina los ojos de Erin al dirigirlos de nuevo a mí.

—Fue cosa de mi hermano.

—¿De Carlos? —No es mi intención, pero el tono de sorpresa inunda mi voz.

Ella asiente.

—Verás —me revela—, hace unos años, Carmen, una de nuestras vecinas más queridas y longevas, enviudó después de más de sesenta y cinco años de feliz matrimonio. —Hace una pausa para buscar las palabras antes de continuar, y yo, que soy una apasionada de las buenas historias, aguardo en silencio hasta que vuelve a hablar—. Sé que perder a tu compañero de vida a esas edades es lo normal, pero Carmen y Pedro, su esposo, siempre habían derrochado amor y complicidad. Nunca en mi vida vi una pareja tan enamorada —recuerda—. Era habitual verlos cuidándose, prodigándose muestras de afecto y paseando cogidos de la mano. Su relación era motivo de alegría para todos, pues era evidente que, a pesar de las dificultades y los años, el cariño que se profesaban el uno al otro, en lugar de disminuir, solo había aumentado.

—Almas gemelas. —Suspiro, dando voz a la romántica que habita dentro de mí.

Ella asiente y prosigue con su relato.

—A Carmen le encantaba San Valentín, era su fiesta preferida del año y todos sabíamos que, hasta el momento en que su esposo falleció, siempre se despertó ese día con un ramo de cinco rosas blancas a su lado.

—¿Por qué cinco? —musito con curiosidad.

—Una por ella, otra por él y una más por cada uno de los tres hijos que quisieron tener —responde Carlota, que permanecía en silencio.

—Qué gesto tan romántico y bonito. —Suspiro, imaginando la escena en mi cabeza.

—Lo es —admite Erin—. Pero un gran amor conlleva gran dolor, y eso fue lo que Carmen sintió cuando Pedro murió.

Me llevo una mano a los labios, sintiendo con fuerza los latidos de mi corazón.

—Se acercaba febrero —prosigue Erin— y, por primera vez en toda una vida, ella no tendría a Pedro a su lado ni sus rosas en la almohada al abrir los ojos por la mañana, y nos partía el alma verla sufrir. Por ello, a mi hermano se le ocurrió intentar transformar un día que iba a estar lleno de tristeza en un momento feliz, y así empezó San Vecinguín.

—Entiendo —murmuro mientras un sentimiento extraño se abre paso por mi pecho.

—Él mismo hizo los nombres, los metió en la caja y los repartió entre los vecinos, contándoles la idea de uno en uno y, gracias a eso, Carmen no solo tuvo su ramo de rosas, sino que, en lugar de estar sola, compartió ese momento tan especial con todo el pueblo.

—¿Montó todo eso por una vecina? —susurro, anonadada por su grado de implicación.

—Montó todo eso por una persona —replica con una sonrisa—. Es cierto que aquí no tenemos cines ni teatros ni ninguna de esas cosas… Pero tampoco somos números, aquí cada persona cuenta y, lo que le pasa a uno, nos afecta a todos. Compartimos las alegrías y nos apoyamos para superar las penas y, desde ese día, San Vecinguín se convirtió en una tradición que hemos mantenido y celebrado cada año. Al fin y al cabo, a todos nos viene bien recibir y repartir un poco de cariño, sobre todo, en un sitio donde hay tantas personas mayores que, en muchos casos, han perdido a uno o a varios seres queridos.

—Es cierto y me parece un gesto muy bonito —aseguro sobrecogida—. Es increíble que se le ocurriese algo así.

—Carlos tiene un corazón enorme —asegura Carlota—, dejó sus sueños de lado porque sabía que, sin nadie que se preocupase de verdad por este lugar, el pueblo terminaría desapareciendo.

—Es cierto —asiente Erin—. Mi hermano no soporta ver sufrir a la gente que le importa. A veces se vuelca demasiado y eso lo lleva a cometer errores, pero su intención siempre es noble. Nunca haría nada de mala fe.

La contemplo con intensidad, todavía impresionada por el gesto del alcalde e intentando leer más allá de sus palabras. Por un momento, he tenido la sensación de que intentaba decirme algo… Pero enseguida descarto esa idea… Erin no es de las que se anda por las ramas; si quisiese decirme algo, iría directa al grano, así que debo de haberlo imaginado.

Capítulo 11

Un regalo inesperado

Carlos

Empieza a oscurecer, estamos en medio de la plaza y, aunque no las tenía todas conmigo, parece que el tiempo ha decidido darnos una tregua y, por suerte, el cielo permanece despejado.

La música suena a todo volumen, la gente baila y la comida que descansa sobre la larga mesa que hemos montado todavía no se ha terminado.

Los vecinos están disfrutando, incluso podría asegurar que algunos se mueven como si hubiesen rejuvenecido varios años, por lo que debería sentirme satisfecho y, en lugar de eso, estoy incómodo, disgustado y agobiado.

—¿Quieres cambiar esa cara? Estamos en una fiesta, se supone que esto debería ser divertido —le recrimino a mi hermana, molesto por su actitud. Al menos yo intento disimular, ella lleva toda la tarde de morros y no hace nada por ocultarlo.

—¿Y quién dice que no lo sea? —murmura entre dientes, mirándome directa a los ojos.

—Tu cara desprende una alegría similar a la que tendrías si estuvieses en el dentista sacándote las muelas una a una y sin anestesia.

—Sabes que odio los dentistas —musita.

—Lo sé, y la última vez que te acompañé a uno parecías más feliz que ahora —la increpo ofuscado.

—¡Es que no entiendo por qué la has echado! —exclama, haciendo aspavientos con los brazos.

¡Pues nada! ¡Ya está, estaba deseando hacerlo y ya lo ha soltado!

Mis ojos se achican e inspiro hondo para no perder la poca paciencia que me queda.

—¡Yo no he echado a nadie, ella eligió irse en lugar de quedarse! —respondo mientras me trago el nudo de emociones que me atenaza la garganta—. ¿Qué querías que hiciese? ¿Obligarla a quedarse?

—¿La idea no era que se quedase algunos días para que se enamorase de este lugar? ¿En qué momento decidiste cambiar el plan? —escupe cada palabra directa y afilada.

—En el mismo momento en que me di cuenta de que chantajeándola sin motivo había actuado mal. Me equivoqué, tú tenías razón desde el principio —confieso, sintiendo como la culpa y la decepción se mimetizan formando una daga que se me clava en el pecho.

Culpa por actuar como lo hice, decepción porque, por un momento, una pequeña parte de mí de verdad creyó que elegiría quedarse y ayudarnos escribiendo esa dichosa novela.

Durante la cena en mi casa, por un ínfimo segundo pensé que habíamos conectado; sin embargo, se ha largado, así que está claro que fue solo una impresión mía y que estaba

equivocado.

—Tienes razón, lo siento —admite Erin, tras unos segundos abrazándome y alzando algo la voz para hacerse escuchar mejor por encima de la música—. Es solo que me caía bien, me gustaba tenerla aquí, estaba convencida de que llegaríamos a ser grandes amigas. Pensé que esto le estaba gustando —añade con voz dolida.

Cierro los ojos y la aprieto contra mi pecho.

—Lo siento, peque —murmuro, y beso su pelo rosa.

—Yo también creo que vamos a ser grandes amigas. —En cuanto escucho su voz, mis ojos se abren de forma inmediata, al igual que los de mi hermana quien tarda una milésima de segundo en deshacerse de mí para abalanzarse sobre ella.

—¡Sara! Pero ¡¿qué haces aquí?! ¡Hace horas que te fuiste, a estas alturas creí que ya estarías llegando a tu casa! —exclama, recorriéndola de arriba abajo como si quisiese asegurarse de que es real y no un espejismo o una mala pasada de su imaginación.

Yo permanezco estático, contemplándolas a ambas, a la vez que una sensación de alivio me trepa por el cuerpo hasta la garganta, impidiéndome articular una sola palabra.

—Estaba a medio camino cuando decidí que no podía desperdiciar un mes de vacaciones pagadas —responde ella, guiñándole un ojo y regalándonos a ambos una sonrisa tan luminosa que, a su lado, las estrellas que comienzan a despuntar en el cielo se convierten en simples rocas.

—Además —añade ondeando en el aire un par de calcetines de lana nuevecitos—, no podía permitir que alguien se quedase este año sin regalo de San Vecinguín por mi culpa. Seguro que Manolo los necesita después de que le hayan desaparecido de forma misteriosa los que tenía escondidos para las ocasiones especiales.

Una carcajada brota de los labios de mi hermana, a la vez que entrelaza su brazo con el de su nueva amiga.

—¡Ven! —le dice—. ¡Carlota acaba de irse! ¡Vamos a contarle que has vuelto! ¡Verás qué alegría le vamos a dar! ¡Se va a caer de culo cuando sepa que estás aquí! —exclama, conduciéndola a la mesa donde se dejan los regalos.

—Si no te importa, mejor avísala y que se pase por mi casa, Calcetines lleva muchas horas en el coche y está un poco nervioso, prefiero no dejarlo solo —le pide Sara.

—Eso está hecho —asiente Erin, sacando el teléfono del bolsillo de su pantalón mientras yo, que todavía no me creo que haya regresado y esté aquí, las veo alejarse con la vista clavada en su espalda.

De repente, como si presintiese que sigo contemplándola, Sara vuelve la cabeza hacia mí y, aunque son solo un par de segundos, cuando mis ojos chocan de lleno con esa mirada verde, profunda y auténtica como una selva que nunca ha sido explorada, siento una mezcla tan extraña como excitante de anhelo, temor, confusión y un escalofrío recorriéndome la espalda.



Casi todos se han ido ya a descansar, solo quedamos Mariano (el dueño de la taberna) y yo recogiendo las sillas y las mesas.

Mi móvil suena y alzo las cejas sorprendido al ver en la pantalla el nombre de mi hermana, porque es casi la una de la madrugada y hace horas que despareció junto con Sara.

—¿Erin? —pregunto al descolgar la llamada.

—*¡Hermanittooo!* —Su voz pastosa patina sobre la música que suena a todo volumen de

fondo.

—¿Se puede saber dónde estás?

—*En casa de Sa-Sara… Estamos celebrando que mi amigaaa no se va. ¡Amigaaaa, te quiellooo muxo, amigaaa!* —la escucho gritar.

—*¡Yo, máásss!* —responde la aludida en un tono similar.

—Madre mía, ¡cómo estáis! —exclamo, y elevo la comisura de los labios en una sonrisa.

—*¡Carlota, súbeleee másss y vamos a blindar!* —escucho decir a mi hermana.

—Yo creo que por hoy habéis *blindado* más que suficiente —comento con guasa.

—*Shhhh, tú calla y déjame hablarrrr* —replica ella, arrastrando las palabras—. *Solo quería decirteee que eres un helmanooo genialll.*

—¿Y si nos vamos de fiesta al pueblo de al lado? —la que habla es Carlota y, en cuanto la escucho, la sonrisa se esfuma de mi cara.

—¡Síií, fiesta! —grita Sara.

—¡Ni se os ocurra salir de ahí y mucho menos coger el coche! —exclamo preocupado.

—¿Cómo voy a cogerlo? ¡Pesa mucho! ¡El coche es el que tiene que llevarme a mí, no yo a él! —responde Erin, y estalla en carcajadas.

—¡Lo digo en serio, ni se os ocurra moveros, voy para allá! —les advierto en tono autoritario antes de echar a correr en dirección a su casa. Por un momento, me planteo ir a coger mi propio coche, pero no lo hago porque es cerca y perdería tiempo en vez de ganarlo.

Voy tan rápido que no me extrañaría que mis zapatillas tuviesen alas; me arden los pulmones y mi corazón late acelerado, pero, aunque me hayan parecido cinco horas, en menos de cinco minutos me planto delante de la entrada del jardín delantero de la casa de Sara. Solo espero que esas tres me hayan hecho caso y se hayan quedado dentro, por favor, que no se les haya ocurrido coger el coche porque, como lo hayan hecho, si no se han matado ellas, las mato yo con mis propias manos.

Todavía con la respiración agitada, recorro los escasos metros que me separan de la puerta de entrada. Al menos se ve luz encendida y la música sigue sonando a un volumen atronador… Con un poco de suerte, se les ha olvidado lo del pueblo de al lado y siguen ahí.

Decidido, abro la puerta (por suerte, Sara se está adaptando a las costumbres del pueblo y no la ha cerrado con llave) y avanzo, buscándolas con la mirada.

—Erin, Sar… ¡La madre que me parió! —exclamo, interrumpiéndome al encontrarme de golpe con el espectáculo que se desarrolla en el salón.

—¡Carlosssss, Carlitossss! —me recibe mi hermana, sin dejar de bailar con una efusividad excesiva que casi le hace perder el equilibrio encima de la isla de la cocina que, por lo visto, esta noche hace las funciones de la tarima de un bar.

Sara la imita sobre la mesa del comedor y comienza a berrear cuando *Salta* de Tequila suena por el altavoz.

—¡Salta! ¡Salta conmigo!

—¡Yo digo salta, salta conmigo!

Gritan mi hermana y ella, destrozando la canción mientras Carlota, que se lleva una cerveza a la boca, despatarrada en el sillón, intenta levantarse para unirse a ellas sin éxito y cae de nuevo en la misma posición.

Un gemido proveniente del suelo me hace desviar la mirada a la derecha de la mesa donde Sara continúa… haciendo lo que sea que está haciendo, y descubro a Calcetines, que observa la escena tumbado en el suelo y tan anonadado como yo.

—Bajaos de ahí las dos, os vais a hacer daño —les exijo con voz suave, acercándome.

—De esta tarima, no nos moverán,
de esta tarima, no nos moverán,
no no no no
no no
no no no no
no no
no nos moverán —canta Carlota.

—¡Eso no es una tarima, son la barra y la mesa de la cocina, y tú ni siquiera estás encima! —le respondo, acercándome con cuidado a la barra, como si estuviese aproximándome a un animal salvaje a punto de atacar, pues tengo miedo de que alguna de las dos dé un paso en falso y se pegue una leche descomunal.

—¡Puede que no esté ahí, pero me solidarizo con el pueblo amigo! —rebate ella alzando la mano con el puño cerrado.

Ignoro el comentario y me acerco un poco más.

—¡Ven, súbete conmigo! ¡Vamos a bailar, hermanittooo! ¡Vamos a ense-enseñarles a estas dos cómo se hace! —pide Erin, lanzándome la mano, momento en que aprovecho para agarrarla, impulsarla hacia mí y depositarla en el suelo con cuidado.

—¡Eres un gruñón, pero te quiero mogollónnn! —me dice, rodeándome el cuello y llenándome después las mejillas de besos.

—¡El alcalde gruñón! —grita Sara desde encima de la mesa, sin dejar de moverse, de tal forma que no se si está bailando o está dándole una descarga eléctrica.

—Madre mía, pero ¿qué os habéis tomado…? —musito mientras guío a mi hermana hasta el sofá y la ayudo a tumbarse.

No es una pregunta, de hecho, casi prefiero no saberlo…, pero, al parecer, ellas no tienen ningún problema en saciar mi curiosidad.

—¡Tequilaaaa! —grita Carlota con voz pastosa—. ¡Viva Méxicoooo!

—¿Por qué se mueve tanto el techo? —inquiere Erin entrecerrando los párpados, y deja escapar un gemido—. ¡Hermmaaanooooo! ¡Herrmmanoooo! —grita como una loca a continuación.

—¿Qué? —pregunto, armándome de paciencia, al tiempo que escucho como, con el salero en la mano a modo de micrófono, Sara entona a todo pulmón, y de una forma tan deprimente como desafinada, su propia versión del estribillo de *Tu jardín con enanitos*.

—Madre mía, si el pobre Melendi llega a escuchar esto, no hay psicólogo que consiga quitarle el trauma —siseo.

—Meleeeendi, Meleeeendiii —corea Carlota con los ojos cerrados.

—Tú eres el alcalde, ordénale a la habitación que pare de girar —exige Erin con voz pesarosa antes de echarse a reír de forma estrepitosa por algo que solo ella sabe.

—Lo que hay que aguantar… —susurro volviendo al lugar donde Sara, desinhibida por completo y sin pizca de coordinación, se tambalea adelante y atrás haciéndonos una demostración magistral de cómo *no* hay que bailar.

Mis ojos recorren su cuerpo y, aunque intento parecer serio, me resulta imposible dejar de sonreír.

Va con unos calcetines de Snoopy, vaqueros anchos y una camiseta vieja. Por primera vez desde que la conozco, no lleva las gafas puestas, tiene las mejillas sonrojadas y el pelo tan

alborotado que podría servir como nido para una familia de gaviotas entera, y sin embargo, la encuentro tan natural, relajada y bonita que soy incapaz de apartar la vista de ella.

Al menos hasta que un movimiento demasiado brusco a la izquierda hace que se golpee levemente con la lámpara en la cabeza.

De forma instintiva, suelta el improvisado micrófono, que se estrella contra la tarima, haciéndose añicos y asustando a Calcetines, que se levanta de un respingo. Y ella se lleva ambas manos a la frente para masajear la zona dolorida, inclinándose hacia delante de manera que pierde el equilibrio y se abalanza sobre mí.

Por fortuna, consigo atraparla antes de que termine estampándose contra el suelo.

—Te tengo —murmuro, sosteniéndola entre mis brazos demasiado confiado, pues no he calculado que, en el momento en que sus manos se entrelazan detrás de mi cuello, rozando la piel de mi nuca, y su mirada choca con la mía, el aire abandona mis pulmones y mis piernas se convierten en algo parecido a la gelatina.

—Creo que es hora de dormir —murmuro, intentando con todas mis fuerzas ignorar cómo se pega a mi pecho la suave forma de su cuerpo.

Inspiro con fuerza, haciendo lo posible por ignorar el aroma a vainilla y limón que desprende su pelo, y con ella entre mis brazos, me encamino a la escalera.

De forma inconsciente, su lengua se pasea por su labio inferior, humedeciéndolo antes de morderlo con delicadeza y, casi sin darme cuenta, mis ojos descienden a su boca y siento la garganta tan seca que se podría lijar madera con ella.

Una oleada de deseo me recorre de arriba abajo y aprieto la mandíbula y me centro en los escalones para obviar el calor que me recorre el cuerpo entero al sentirla así, contra mí.

—¿Siempre has tenido los ojos tan azules? —musita, recorriendo mi mejilla con su dedo índice en una caricia casi imperceptible que envía descargas eléctricas a cada terminación nerviosa de mi anatomía, sin apartar su mirada vidriosa de la mía.

—No recuerdo haberlos tenido nunca marrones —bromeo, en un intento por quitarle intensidad al momento.

—Dan miedo —asegura entre susurros con rotundidad.

—¿Miedo? —repito, incapaz de contener la curiosidad que me provoca tal comentario, y eso que en este momento mis neuronas apenas son capaces de reaccionar.

Ella asiente despacio.

—Son como un océano, profundo y furioso en el quieres sumergirte más y más, a pesar de que sabes que no debes adentrarte porque puedes ahogarte.

Está borracha y eso le quita toda la relevancia y veracidad a lo que acaba de decir, pero la intimidad que nos envuelve es tan palpable y la energía que discurre entre nuestros cuerpos, tan real que siento como se forma un nudo en mi estómago y mi corazón se acelera a un ritmo mucho más elevado de lo normal.

—Ya estamos —anuncio abriendo como puedo la puerta de su habitación y entrando para acostarla despacio sobre la cama.

En cuanto su cuerpo toca el colchón y su cabeza se hunde en la almohada, suelta un largo suspiro y cierra los ojos, revolviéndose un poco, ajena por completo a que yo sigo quieto, incapaz de apartarme y de alejarme de su lado, devorándola con los ojos.

El ruido de unas patitas corriendo hacia nosotros capta mi atención y sonrío con cierta envidia al ver como Calcetines se sube de un salto a la cama y se acomoda con confianza a su lado.

Intentando no hacer ruido, me obligo a apartarme de la cama, busco en el armario y saco

una manta con la que la tapo con cuidado.

—Eres un chico afortunado —digo en voz baja al cachorrito, acariciándole la cabeza durante unos segundos antes de volverme hacia la puerta.

Echo un último vistazo y estoy a punto de salir de la habitación cuando me detengo de golpe al escuchar su voz.

—Alcalde gruñón —susurra.

Me giro hacia ella y la encuentro tal y como la dejé, con los párpados cerrados, relajada, debatiéndose entre el mundo real y el de Morfeo, el cual, en este momento, parece estar ganando esta batalla.

—Gracias —musita mientras se pone de lado y coloca su mano derecha sobre el lomo del perrito, que cierra los ojitos, disfrutando del contacto.

—No hay de qué —aseguro, dedicándole una sonrisa que no ve antes de salir y cerrar la puerta.

Por primera vez en días, me siento más tranquilo y relajado, y eso que todo esto que acabo de sentir ha sido bastante intenso y tan desconcertante como inesperado.

Capítulo 12

Dos gallitos que se vuelven a juntar

Sara

—¿Alguien puede pedirle a esa abeja que me está zumbando en el oído que deje de hacer tanto ruido? —solicita Carlota, esbozando una mueca de dolor.

Levanto la vista de la taza de café que tengo delante solo un par de segundos para contestarle.

—No está en tu oído, sino en un macetero a por lo menos dos metros de distancia.

—A ver si el tequila nos ha dado superpoderes o algo así —murmura Erin, sofocando un bostezo—. Porque os juro que, cuando ese camarero apoyó el plato en la mesa de al lado, sentí como si me lo hubiese reventado en la cabeza.

—Siento decepcionarte, pero esos no son superpoderes, sino un resacón de no te menees —afirmo soltando un gemido mientras me masajeo la sien—. Es la primera y última vez que bebo tequila, o *whisky* o cualquier otra bebida que necesite destilación.

—¿Estás insinuando que es la primera vez que te emborrachas? —cuestiona Carlota, asombrada.

—Como acabo de decir…, la primera y la última —respondo, y dejo escapar un bufido.

—Pues para ser la primera vez que agarras una melopea, permíteme decirte, amiga, que te has estrenado con una de las buenas —comenta ella con un brillo divertido bailando en su enrojecida y cansada mirada.

En lugar de contestarle, me limito a soltar un gruñido al mismo tiempo que continúo frotándome el puente de la nariz, tratando de mitigar un poco el insoportable dolor que me taladra la cabeza desde que abrí los ojos.

¡Y tanto que fue de las buenas! Sobre todo, teniendo en cuenta que hasta ayer el alcohol y yo siempre hemos llevado caminos más bien separados. Y no es porque fuese abstemia, lo que pasa es que, cuando tomaba algo, me limitaba a una o dos cervezas, por lo que después no tenía que aguantar los efectos secundarios del alcohol.

En cambio, hoy… Cuando esta mañana me desperté en mi cama, me sentía como si acabase de correr un triatlón, una apisonadora me hubiese pasado por encima y terminase de salir de las tazas giratorias de un parque de atracciones; o lo que es lo mismo: agotada, dolorida y mareada.

Una vez más, intento hacer memoria y recordar todo lo que pasó anoche para terminar en este estado, porque eso es otra, no me acuerdo de casi nada…

Soy consciente del momento en que llegó Carlota con unas botellas de tequila para celebrar mi vuelta; después pusimos música, empezamos a bailar… Y desde ahí tengo más lagunas que

flashes. Juraría que en algún momento vi la cara de Carlos, pero no sé si de verdad estuvo allí o es que me lo estoy imaginando.

Lo único que sé a ciencia cierta es que esta mañana estaba en mi cama hecha un trapo, y que, cuando bajé al salón, me encontré con Erin y Carlota tiradas en el sofá en condiciones muy similares a las mías e hibernando.

Para colmo, aunque lo único que me apetecía esta mañana era quedarme tirada en casa, Calcetines tenía cita con el veterinario para quitarle los puntos de la pata y ponerle el chip y, como de momento el pobre animal, por muy inteligente que sea (que lo es), no tiene carnet de conducir, me tocó salir y conducir hasta el pueblo de al lado.

En cuanto a mis compañeras de juerga, a su favor tengo que decir que, a pesar de que estoy segura de que les apetecía tan poco como a mí venir, decidieron acompañarme porque, según Carlota, las amigas que se emborrachan unidas pasan la resaca unidas y de todos es sabido que las penas se pasan mejor en compañía… Así que aquí estamos las tres, con pinta de zombis, intentando tomarnos un café sentadas en la plaza del pueblo de al lado tras haber salido del veterinario con Calcetines que, por cierto, es el único que parece estar encantado.

—Acabo de darme cuenta de que es la primera vez que te veo con lentillas —comenta Carlota de repente, como si no se hubiese percatado hasta ahora del detalle, a pesar de que salimos de casa hace más de dos horas.

—No tengo ni idea de dónde están mis gafas —protesto de mal humor—. Es otro de los daños colaterales de la resaca. Comencé la noche con ellas, pero a saber dónde habrán terminado.

Resoplo, cabreada, pues, desde que me levanté, he intentado sin éxito recordar dónde puse las puñeteras gafas. Menos mal que siempre llevo encima un paquete de lentillas por lo que pueda pasar, porque con mis dos y cuatro dioptrías respectivamente, sin ellas no vería ni a un burro al pasar.

—Pues que sepas que estás genial —intenta animarme Erin—. Deberías quitártelas más.

—Me gustan mis gafas. Estoy cómoda con ellas —rebato.

—Tienes unos ojos preciosos, pero las gafas te dan un toque sofisticado e intelectual. Muy de pintora bohemia —reconoce Carlota con una sonrisa.

—Es más una cuestión de comodidad —admito encogiéndome de hombros—. Estoy tan acostumbrada a llevarlas que son como una extensión de mi cuerpo.

—Bueno, no te preocupes, seguro que cuando vuelvas a casa aparecen por cualquier lugar —asegura Erin dedicándome una sonrisa.

De repente, un precioso pastor alemán se acerca corriendo a nosotras y Calcetines se pone a ladrar como un loco.

—¡Por favor! ¡Hacedlo parar! —exige Carlota con expresión de dolor, tapándose los oídos y cerrando con fuerza los ojos.

Riño al cachorro y sostengo la correa con fuerza, pero él quiere jugar con el recién llegado y no para de tirar hasta que, pocos segundos, después un chico llega corriendo con una correa en la mano y engancha al animal.

—Lo siento, perdonadnos; es inofensivo, lo que ocurre es que siempre venimos aquí a desayunar y él… —¿Erin? —pregunta de repente, interrumpiéndose, a la vez que fija los ojos en mi amiga.

—¿Miguel? —La voz de Erin suena tan asombrada como la suya—. ¡No tenía ni idea de que habías vuelto! —añade, levantándose de inmediato para darle un abrazo y dos besos.

—Llevo aquí solo tres meses —explica él, y le dedica una afectuosa sonrisa.

—Miguel, estas son Sara y Carlota. Chicas, él es Miguel, un amigo de mi hermano. Iban a

la misma clase en el colegio y empezaron la carrera juntos —nos presenta, volviéndose hacia nosotras—. De pequeños eran algo así como Zipi y Zape.

Ambas lo saludamos con un movimiento de mano.

—Y este es Gru —añade Miguel, señalando a su perro.

—Mi villano favorito. —Por lo visto, el alcohol también ha afectado a mi capacidad mental, porque mi boca suelta las palabras antes de que mi cabeza sea capaz de procesarlas.

—Justo por él le puse el nombre. —Sonríe el recién llegado, acariciando la cabeza del pastor alemán, que recibe encantado los mimos de su dueño.

—Si venías a desayunar, ¿quieres sentarte con nosotras? Déjanos invitarte a tomar algo —sugiere Erin quien, aunque es la más perjudicada de las tres, parece haberse animado como por arte de magia.

—Si no os molesto, me encantaría —acepta agradecido.

—Por supuesto que no nos molestas, pero te advierto que hoy no somos buena compañía —señala Carlota mientras yo me echo un poco a la derecha para que pueda acercar una silla a la mesa.

—Eso no me lo creo —rebate él alzando las cejas.

—Ohhh, pues deberías, aunque la culpa es toda del tequila —confiesa Erin mientras yo permanezco callada estudiándolo con disimulo y detenimiento.

Siempre he sido muy observadora, imagino que es lo que pasa cuando eres adolescente y estás en una clase en la que nadie o casi nadie te dirige la palabra, que tienes mucho tiempo para analizar los detalles; no obstante, cuando empecé a escribir, esa costumbre se afianzó incluso más.

Miguel es guapo, si fuese un personaje de novela, sin duda podría ser el protagonista, eso está claro. Es alto, rubio y con unos expresivos y alegres ojos de color chocolate. Su rostro es anguloso, y bajo la ropa deportiva que viste se aprecia un cuerpo que es un pecado. Además, por si eso fuese poco, según la conversación avanza, me doy cuenta de que el chico es un encanto, atento, simpático y educado.

El tiempo pasa rápido a su lado y debemos de llevar algo más de una hora hablando con él cuando Carlota señala hacia un punto de la plaza que está observando.

—¿Aquel no es Carlos? —pregunta.

—¿Qué Carlos? —cuestiono, sintiendo como, por algún motivo que desconozco, mi cuerpo se tensa de una forma un tanto irracional.

—Carlos, nuestro Carlos —responde ella como si fuese evidente.

—¿Mi hermano? —insiste Erin quien tampoco parece estar muy bien de reflejos esta mañana, al tiempo que se da la vuelta en su silla para llamarlo al comprobar que, en efecto, se trata de él.

Ladeo la cabeza y descubro que Carlos se acerca sin disimular el asombro que le produce encontrarnos aquí, y no lo hace solo, sino acompañado de una imponente pelirroja de curvas generosas que no había visto hasta este momento y que debe de sacarme al menos una cabeza.

Sus ojos buscan los míos en cuanto llega a nuestro lado y, aunque desvío la mirada, percibo como la suya se oscurece y su gesto se endurece al encontrarse con Miguel sentado en nuestra mesa.

—Cuánto tiempo sin vernos, no sabía que estabas por aquí —comenta con la vista clavada en nuestro acompañante. Es evidente que está procurando sonar cordial, a pesar de que se le vea de lo más forzado y antinatural.

Para mi sorpresa, el rostro de Miguel no parece más relajado que el suyo. No tengo ni idea

de qué habrá pasado entre estos dos, lo que está claro es que la tensión que hay entre ellos puede cortarse con cuchillo y tenedor.

—Ya ves, al final me tocó volver —responde este seco, tratando de sonar despreocupado, aunque su forma de revolverse en la silla es un signo más de lo incómodo que está.

—¿Y a qué te dedicas ahora si se puede saber? —se interesa Carlos mientras la pelirroja se pega más a él.

—¿No estudiasteis Arquitectura juntos? —cuestiono, señalándolos a ambos, pues después de que Erin comentase que habían empezado la carrera juntos di por sentado que Miguel sería arquitecto.

—La empezamos juntos —matiza Carlos.

—Yo no pude terminarla. —La tristeza que asoma a los ojos de Miguel cuando los posa sobre mí me estruja el corazón—. Ahora llevo la carpintería de mi padre aquí en el pueblo.

—No confundas poder con querer —murmura Carlos.

—No todos podemos ser tan perfectos como usted, señor alcalde —replica Miguel con una voz teñida de rencor y resentimiento—. Algunos somos humanos y cometemos errores.

—No es una cuestión de perfección, sino de prioridades —le recuerda Carlos sin inmutarse —. Y los dos sabemos que algunos errores son imperdonables.

—Sobre todo cuando tu mejor amigo no te ayuda a buscar una solución —objeta Miguel, y sus ojos desprenden tanto fuego que comienzo a tener calor.

—Una cosa es ayudarte y otra muy diferente cargar con las consecuencias de tus actos —afirma Carlos con seguridad.

Miguel aprieta la correa de su perro con tanta fuerza que los nudillos de su mano derecha pierden cualquier rastro de color.

—Al final, con carrera o sin ella creo que ninguno de los dos terminó ejerciendo de lo que estudió —le recuerda.

¿Me lo parece a mí o hay cierta sorna en su voz?

Carlos no dice nada, pero sus labios se convierten en una fina línea mientras le sostiene la mirada, creando una situación tensa, desagradable y bastante extraña hasta que, pocos segundos después, decide centrarse en nosotras e ignorar a Carlos haciendo como si no estuviera.

—Y vosotras, ¿qué hacéis por aquí? —se interesa—. Espero que después de lo de anoche no se os hayan olvidado las nociones básicas de conducir. —Lo dice en plural, pero sus ojos me traspasan solo a mí.

Un nuevo *flash* se abre paso en mi mente y me veo a mí misma entre sus brazos, subiendo por la escalera que conduce a mi habitación. De inmediato, siento como el calor asciende por mi cuerpo y tiñe mis pálidas mejillas, y sus ojos, que lo captan enseguida, intensifican su color.

—No digas tonterías; ¡tenemos resaca, no amnesia! —bromea Carlota, en un intento por recomponer el buen rollo que se respiraba en la mesa antes de su discusión.

—¿Nos vamos? —le pregunta la pelirroja, que ni siquiera nos ha presentado, poniendo una mueca de disgusto y hablando por primera vez.

—¿Tanta prisa tienes, Marta? —pregunta Erin casi escupiendo su nombre.

—Tenemos cosas que hacer —responde ella, apretando el brazo de Carlos para que nos quede claro a todos que, sean cuales sean esas cosas, van a ser con él.

—Por supuesto que sí —susurra Erin, poniendo los ojos en blanco.

—¿Necesitáis que os acompañe a casa? —interviene su hermano, que busca de nuevo mi mirada antes de responder a la pelirroja.

Por el rabillo del ojo, observo que Miguel nos contempla con interés al tiempo que la

comisura de sus labios se curva hacia arriba en una ligera sonrisa cargada de algo que no logro descifrar.

—¡Por supuesto que no! —exclama su hermana, adelantándose a mi posible respuesta.

—Visto lo visto anoche, ¿seguro que puedo dejaros solas? —insiste Carlos.

—Estás de coña, ¿no? —murmura Carlota, cruzando los brazos sobre su pecho con actitud hosca—. ¿Tengo que recordarte que no somos niñas pequeñas?

—No hagáis ninguna estupidez —comenta él con un tono tan condescendiente que me revuelve el estómago y me provoca ganas de devolver.

«Pero este tío, ¿con quién se piensa que está hablando? ¡Haré las estupideces que me dé la gana hacer!», pienso, empezando a mosquearme.

—Vete tranquilo, si necesitan que alguien las lleve, ya las acompaño yo —se ofrece Miguel en un tono que pretende sonar amigable, pero que no engaña a nadie.

—Por suerte, somos tres mujeres competentes, independientes y en perfectas facultades físicas y mentales, por lo que no necesitamos que nos escolte ninguno de los dos —afirmo alzando con orgullo el mentón—. De hecho, creo que podemos irnos yendo, chicas, conduzco yo.

—Estoy completamente de acuerdo —se apresura a afirmar Miguel, al darse cuenta de que su oferta ha llegado en mal momento y no nos ha sentado nada bien a ninguna de las tres—. Tengo que admitir que mi ofrecimiento ocultaba fines egoístas, estaba disfrutando tanto con vosotras que me apetecía saborear un poco más vuestra compañía.

—Como acaban de decirte, ya se van —declara Carlos, que no parece tener intención de alejarse de su «amigo», a pesar del mohín que le hace la pelirroja, hasta que nos vea marchar.

Me repatea esa pose de gallito guardaespaldas que acaba de mostrar. Así que decido contestar.

—Nosotras también estábamos disfrutando de tu compañía, Miguel, y somos vecinos… —comienzo a decir.

—No somos vecinos. Te recuerdo que vivimos en pueblos diferentes —indica Carlos frunciendo el ceño.

—Pueblos que separan solo diez minutos en coche. Si puedo venir hasta aquí para ir al supermercado, ¿por qué no voy a hacerlo para tomar un café? —rebato, dedicándole una sonrisa tan inocente como falsa—. Estoy segura de que a las chicas también les apetece quedar otro día con él.

Las dos asienten, divertidas por la expresión de enfado de Carlos, y en cuanto lo hacen, la sonrisa de Miguel se amplía.

—Os invito a cenar, en mi casa, pasado mañana. Así podremos terminar de ponernos al día —ofrece guiñándonos un ojo.

—Entiendo que, si se trata de ponerse al día, esa invitación me incluye a mí también —afirma Carlos, dejando entrever una mueca petulante.

—Siempre he creído que eres un hombre de presente —contesta Miguel.

—Cierto, pero nunca está de más echar de vez en cuando una mirada al pasado, es bueno para saber los fallos que no puedes volver a cometer —replica nuestro señor alcalde quien, por lo visto, siempre tiene «el as para matar el tres».

Las tres intercambiamos una mirada confusa cuando Miguel se pone rojo y sus ojos se llenan de ira y rencor.

Durante unos segundos en los que contengo la respiración, parece a punto de abalanzarse encima de Carlos, pero enseguida recupera la compostura y una sonrisa tensa asoma a sus labios

mientras asegura, señalando con un movimiento de cabeza a la pelirroja, que continúa sin decir ni mu, como si con ella no fuese la cosa:

—Por supuesto, vosotros también estáis invitados, cuantos más, mejor.

—Va a ser una cena interesante —murmura Carlota, levantándose de la silla.

—Hay que asegurarse de que no haya cuchillos en la mesa —susurro en su oído para que los demás no me escuchen.

—Y si tampoco hay tenedores ni objetos punzantes, mejor que mejor —afirma ella en el mismo tono, conteniendo una sonrisa.

Nos despedimos de los dos hombres, que continúan en el mismo sitio, sin moverse, como si estuviesen en un duelo a muerte y ninguno de los dos quisiese ser el primero en dar la espalda al otro, y caminamos hasta el coche, que tenemos aparcado unos metros más allá.

Una vez que las tres estamos dentro y Calcetines, abrochado, Carlota nos mira a las dos.

—¿Qué leches acaba de pasar con esos dos?

—No tengo ni idea, pero os juro que eran superamigos, uña y carne —responde Erin desconcertada.

—Pues siento decírtelo, amiga, pero esa uña hace tiempo que se enquistó —le dice Carlota mientras yo enciendo el motor.

Capítulo 13

Conversación nocturna

Carlos

Llevaba varias horas dando vueltas en la cama y, a esas alturas, conciliar el sueño se me antojaba imposible.

Cada vez que cerraba los ojos y me golpeaba el recuerdo de su mirada nublada perdiéndose en la mía, de la forma en que su dedo acariciaba mi mejilla o de la sensación de su cuerpo arrebujándose contra mi pecho…, mi corazón comenzaba a galopar desbocado y sentía como el deseo y la necesidad me quemaban de forma lenta y tortuosa por dentro.

Al principio, cuando salí de su casa después de dejarla tumbada en su cama, pensé que era un simple calentón y no le di demasiada importancia. Es una mujer atractiva, inteligente e interesante, por lo tanto, no me parecía extraño que mi cuerpo reaccionase al tenerla delante. Sin embargo, cuando, tras una ducha fría y una noche en vela, seguía sin poder sacármela de la cabeza, empecé a preocuparme un poco más y, convencido de que los refranes existen por algo y un clavo saca otro clavo, decidí llamar a Marta.

Marta no es mi novia, ni siquiera tenemos una relación o algo que se pueda considerar como tal. Solo es una amiga con la que me he liado unas cuantas veces, nada más. Lo bueno que tiene nuestro «acuerdo» es que entre nosotros no hay malentendidos ni expectativas. Los dos dejamos claro desde el principio que, al margen de la amistad que nos une, entre nosotros nunca va a haber nada excepto alguna que otra sesión de sexo ocasional cuando la oportunidad se tercia y el cuerpo nos lo pide.

Puede parecer algo frío, pero ambos somos adultos y hasta ahora siempre nos había ido bien de esta manera.

Al menos hasta esta mañana, pues, en cuanto la tuve delante, el fuego se convirtió en hielo, me quedé frío como un témpano y mi libido descendió de golpe del techo al suelo, haciéndome sentir como si acabase de pasar por una castración química.

Viendo que la cosa no iba a ir a más, ella me propuso salir a tomar un café y yo acepté. Pensé que distraerme un poco y charlar un rato con una amiga antes de volver a casa me vendrían bien. No obstante, lejos de lograr despejarme, lo único que conseguí cuando llegué a la plaza y las vi, o mejor dicho *la vi con Miguel*, fue cabrearme, eso y volver a calentarme en cuanto esos ojos verdes hicieron el mínimo amago de posarse sobre mí.

Nunca he sido celoso, pero tampoco estoy ciego, vi la forma en que la miraba Miguel, eso por no hablar de que su sonrisa cuando se dio cuenta de que Sara no me es indiferente me produjo escalofríos, y no me fío ni un pelo de él.

Malhumorado, me siento en la cama; es la segunda noche que no consigo pegar ojo y me

niego a pasarme las horas mirando al techo sin hacer nada. Puede que ellas no sepan cómo es mi antiguo amigo de la infancia, pero yo sí lo sé y no pienso quedarme de brazos cruzados mientras él va por ahí paseándose con esa cara de niño bueno que no le pega nada.

Así que cojo el móvil de la mesilla y, antes de darme cuenta, estoy escribiéndole un mensaje al motivo de mi desvelo. Espero que no suceda nada con Miguel… Pero, por si acaso, que luego no pueda echarme en cara que no la avisé.

Yo: Miguel no es lo que parece, no te fíes de él.

Sara: ¿Quién eres?

Yo: Carlos

Sara: Gracias por la advertencia, pero tengo el suficiente criterio para elegir quién me cae y quién no me cae bien.

Yo: Permíteme que lo dude cuando estabas desayunando con él.

Sara: Por lo menos él hablaba…

No necesito preguntar para saber que se refiere a Marta quien, aunque es muy buena tía, no es de muchas palabras, y menos hoy, con lo chafada que estaba.

Yo: A veces el silencio es la mejor opción.

Sara: Esa es la excusa de los que no tienen nada que aportar en una conversación. Aunque, a decir verdad, hoy ya lo decíais todo vosotros dos. Por cierto, ¿cómo es que tienes mi número? No recuerdo habértelo dado.

Yo: No lo hiciste.

Sara: Y entonces, ¿dónde lo has conseguido?

Yo: Lo he cogido del móvil de mi hermana.

Sara: ¿Estás pidiéndome que desconfíe de alguien cuando tú te dedicas a robar teléfonos por ahí?

Touché. Frunzo el ceño y mido mis palabras.

Yo: No me dedico a robar números, solo cogí el tuyo porque podía darse el caso de que en algún momento tuviésemos que hablar y di por hecho que, aunque te lo pidiese, no me lo querrías dar.

Sara: Tampoco probaste.

Yo: ¿Me lo habrías dado?

Sara: Al principio, no.

Yo: ¿Y ahora?

Sin saber por qué, estoy sonriendo como un imbécil al mismo tiempo que contengo la respiración.

Sara: Puede que sí, puede que no. (Emoticono de guiño de ojo)

Mi sonrisa se amplía y, como me apetece seguir hablando con ella, sigo escribiendo.

Yo: ¿Estás haciéndote la interesante conmigo?

Sara: Igual sí… O puede que, simplemente, todavía no haya decidido si es una buena idea que seamos amigos.

Ser amigos no es lo que tengo en mente en estos momentos… Pero decido omitir esa información.

Yo: Siempre es bueno tener cerca a amigos como yo.

Sara: ¿Amigos como tú? Y ¿qué tipo de amigo se supone que eres?

Yo: De los que acuden raudos y veloces a rescatarte en medio de una borrachera.

Sara: No necesito que nadie me rescate.

Yo: No es lo que parecía la otra noche, cuando te encontré bailando encima de la mesa…

Sara: ¡Ay, Dios! (Carita avergonzada)

Yo: ¿Qué tal tu frente, por cierto?

Sara: Bien, ¿por?

Yo: Digamos que en tu representación de El bar Coyote te golpeaste ligeramente con la lámpara, justo antes de caer en mis brazos para que te subiese a tu habitación.

Sara: No me acuerdo de casi nada.

Yo: Lástima…

Sara: ¿Por?

Yo: Estabas muy inspirada…

Sara: No tengo ni idea de lo que dije, pero en mi defensa diré que estaba muuuy borracha.

Yo: ¿No sabes que los borrachos y los niños siempre dicen la verdad?

Sara: Venga, cuéntamelo ya.

Yo: Mmm… No, por el momento es una información que me voy a guardar.

Sara: (Emoticono de cara de enfado) No me gustan los secretos, y menos cuando tienen que ver conmigo.

Yo: Para no gustarte, eres muy buena guardándolos.

Durante unos segundos, deja de escribir y tengo miedo de haber metido la pata, pues los dos sabemos que me refiero a su pseudónimo.

No quiero molestarla, ni hacerla sentir incómoda y, aunque sabe que soy consciente de quién es, pues ella misma me confesó su historia cuando estuvimos cenando en mi casa, una cosa es hablarlo en un momento determinado cara a cara y otra muy distinta que yo saque el tema a colación en una conversación de WhatsApp sin venir a cuento cuando todavía no tenemos tanta confianza.

«¡Soy idiota!», pienso justo en el momento en que la veo escribir otra vez.

Sara: Como ya te expliqué en su momento, hay información que solo comparto con un círculo muy cerrado. Se llama instinto de supervivencia.

Yo: Me siento honrado de pertenecer a ese círculo.

Sara: Tu caso es un poco diferente, digamos que te colaste sin ser invitado. Pero ahora que estás dentro, confieso que hablar contigo y contártelo no fue tan malo.

Su respuesta provoca que mi corazón dé un salto con doble tirabuzón.

Una nueva sonrisa me cruza la cara, pero, como no quiero forzar las cosas, decido terminar la conversación… Al menos por ahora.

Yo: Buenas noches, princesita.

Hago alusión al apodo con el que la llamé el primer día que la vi en la taberna.

Sara: Buenas noches, cromañón.

Es su réplica…

Tras mirar la pantalla durante unos momentos más para asegurarme de que no añade nada, dejo el móvil en la mesilla y apoyo la cabeza en la almohada. En cuanto cierro los ojos, su imagen bailando despreocupada encima de la mesa se abre paso entre mis recuerdos y un hormigueo me recorre el cuerpo entero haciéndome sentir por primera vez en mucho tiempo algo diferente…

Estoy jodido, muy jodido… Y al fin me duermo, con esas últimas palabras retumbando con fuerza en mi cabeza.

Capítulo 14

Cena con revelación incorporada

Carlos

Aparco delante de la casa de mi hermana y le mando un wasap para indicarle que salgan.

Dejo escapar un suspiro esperando que no se retrasen, no tengo ningunas ganas de compartir espacio con Miguel y, cuanto antes lleguemos a la dichosa cena, antes podré largarme de ella.

A los pocos segundos, las tres cruzan la entrada y atraviesan el jardín; vienen hablando de forma aminada, pero, en cuanto Sara me ve, se queda parada, alza las cejas y se vuelve hacia Erin, desconcertada.

—Pensé que íbamos a ir en tu coche —le comenta en voz baja, pero no lo suficiente como para que yo no la escuche desde donde estoy.

—Es una tontería llevar dos coches para una distancia tan corta —escucho que le responde ella, utilizando las palabras exactas que yo usé cuando me ofrecí a llevarlas.

Observo a Sara con interés. Igual es cosa mía, pero juraría que, tras nuestra conversación por mensajes de anoche, la veo algo cortada.

—¿Y si alguna quiere irse antes o quedarse más después de que Carlos se vaya? —replica ella quien no parece demasiado convencida.

Una sonrisa se suficiencia asoma a mi rostro y me apresuro a ocultarla porque acaba de dar justo en el clavo, ese es el motivo real por el que insistí tanto en llevar un solo coche. No me fío un pelo de Miguel; a simple vista, puede parecer encantador, sin embargo, yo lo conozco desde hace años y, si puedo evitarlo, prefiero que no se queden a solas con él.

—Visto así… —duda Erin, sopesando sus opciones.

—¿Queréis subir de una vez? —las apremio, bajando la ventanilla—. Si alguna quiere volver antes, la traeré, estamos a diez minutos, no a dos horas.

—¿Y si ocurre justo lo contrario y nosotras queremos quedarnos más y eres tú el que quiere largarse? —sugiere Carlota quien, al parecer, se ha dejado convencer por las dudas de nuestra nueva vecina.

—¡Pues esperaré! Por esta noche podéis considerarme vuestro chofer particular. Además, os recuerdo que Marta también va a ir; en último caso, si quiero marcharme, puedo hacerlo en su coche y dejaros el mío allí —comento de mala gana, pues esa es una opción que no me pienso plantear y, aunque lo de marcharnos antes me parece genial, lo de quedarnos más tiempo… ya es otro cantar.

Las tres intercambian una nueva mirada y, más convencidas, se suben al coche.

—Buenas noches, hermanito —me saluda Erin, tomando asiento en el lugar del copiloto

mientras sus amigas lo hacen en la parte trasera.

—Las he tenido mejores —refunfuño en bajito mientras espero a que las tres se abrochen el cinturón.

—Esa no es la actitud, si vas a dedicarte a protestar y a ponerle pegas a todo, puedes quedarte en casa, ni se te ocurra aguarnos la noche —me advierte Erin entre susurros—. De verdad que no entiendo por qué le tienes tanta ojeriza al pobre Miguel, con lo buenos amigos que erais…

—Si tú supieses —murmuro.

—Si no sé es porque nunca me has contado nada —objeta.

—Eso es porque no hay nada que merezca la pena contar —replico, en el mismo tono, intentando que no se me escuche atrás.

—Sea como sea, te sugiero que intentes disfrutar —insiste—. Además, te recuerdo que también viene tu querida Marta. —Sus cejas se alzan repetidas veces y una sonrisa ladina transforma su cara.

—Marta es solo una amiga —afirmo convencido.

—¿Y ella sabe eso? Porque te mira como si estuviese dispuesta a lanzarse sobre ti para devorarte en cualquier momento —interviene Carlota, dejando patente que no estamos hablando tan bajo como pensamos.

—Por supuesto que lo sabe. Somos amigos y los términos de nuestra relación están muy claros —afirmo con convicción.

—Si tú lo dices… —murmura ella, encogiéndose de hombros.

Niego con la cabeza mientras espero a que terminen de acomodarse, colocando bien los abrigos que acaban de sacarse, y aprovecho para observar de reojo por el espejo retrovisor a Sara quien, desde que ha subido, no ha abierto la boca para decir ni una sola palabra.

Está preciosa. Sencilla y preciosa. Viste un bonito jersey blanco de lana con cuello de pico que se adapta a su cuerpo de una forma que hace vibrar cada célula de mi ser, una falda vaquera, combinada con botas bajas, y un abrigo de plumas azul eléctrico con el que ya la había visto alguna vez y que ahora descansa a su lado sobre el asiento.

Al igual que cuando me la encontré en la plaza, va sin sus inseparables gafas y en su rostro no se aprecia ni un ápice de maquillaje más allá del ligero *gloss* que les da a sus ya de por sí apetecibles labios un toque de brillo y de la suave sombra que potencia todos esos matices verdes e imposibles de su mirada.

Una mirada intensa y misteriosa que me seca la boca y tensa cada uno de mis músculos cuando se encuentra con la mía a través del espejo.

Una mirada que me descoloca y me hipnotiza, haciéndome olvidar dónde estoy y logrando que el tiempo se detenga a mi alrededor.

—¿Arrancamos o qué? —La voz impaciente de mi hermana me devuelve al presente y parpadeo al darme cuenta de que estaba conteniendo el aliento sin ser consciente de ello.

Dirijo la vista atrás una vez más mientras el coche se pone en movimiento con la esperanza de que su atención siga en mí, pero no es así, tiene la cara girada, con la vista fija en la ventana, y no puedo evitar preguntarme si solo habrá sido cosa mía o también ella habrá sentido la conexión que nos conectaba en esa mirada.

Intento concentrarme en la letra de *Belong Together*, que suena de fondo mezclándose con las voces de Erin y Carlota, quienes, animadas, no paran de hablar. Todo lo contrario que Sara, que permanece en el silencio más absoluto, concentrada en el paisaje que vamos dejando atrás sin separar ni un instante los ojos del cristal.

Algo menos de quince minutos tardamos en llegar y, cuando quiero darme cuenta, ya hemos aparcado y Miguel nos recibe con una sonrisa de oreja a oreja en la puerta principal, invitándonos a entrar.

La casa es grande, demasiado para mi gusto. Una enorme construcción de piedra compuesta por tres plantas que su padre mandó diseñar para él.

En su defensa diré que, a pesar de su enorme tamaño, el salón comedor al que nos conduce resulta bonito, cómodo y acogedor, aunque no deje de ser en sí mismo un derroche en toda regla.

Intento no sentirme impresionado, recordándome que solo se trata de algo material, no obstante, es difícil no hacerlo ante las altísimas paredes recubiertas de madera, esas mullidas alfombras de pelo alto que protegen el suelo, los ventanales que se funden con el techo o esa preciosa chimenea de imponente tamaño cuyo calor caldea la estancia entera creando una atmósfera íntima, hogareña y muy personal.

—¿Vives aquí tú solo? —pregunta Sara, contemplando lo que nos rodea sin esconder su curiosidad.

—De momento, con Gru —responde él, mostrándole una sonrisa más blanca que la de un anuncio de colutorio dental—. Sin embargo, estoy deseando compartir todo esto con alguien cuando aparezca la persona ideal.

—Desde luego, la casa te pega —murmuro, tratando de ocultar mi malestar.

Una sonrisa de suficiencia y algo similar al desdén asoman a su rostro.

—Imagino que lo dices por lo elegante y sofisticada —comenta, disimulando la tensión que se percibe en su voz.

—Más bien por lo pretenciosa y exagerada —matizo.

Sus ojos se achican en una fina línea y su rostro se contrae en una mueca dura como el metal, pero ni me inmuto; es más, sostengo y me reafirmo en cada una de las palabras que acabo de pronunciar.

No estoy en contra del dinero, ni de las casas grandes… Opino que cada uno debe disfrutar lo que tiene como mejor le plazca, pero me jode mucho la gente que siempre pretende salirse con la suya y lograrlo todo sin esforzarse lo más mínimo. Y así es Miguel, un tipo acostumbrado a regirse por la ley del mínimo esfuerzo, un hombre que pretende conseguirlo todo sin dar un palo al agua y claro, luego, cuando las cosas no salen exactamente como él quiere, pasa lo que pasa…

—Por no hablar de que es muy fácil tener una casa así cuando para conseguirla no has tenido que hacer nada —añado en el mismo tono.

—¿Eso es una indirecta? —sisea Miguel, apretando la mandíbula—. ¿Me estás llamando vago? Porque te recuerdo que hace años que no tenemos contacto, o me has puesto un detective o dudo mucho que tengas la menor idea de lo que hago o no hago.

—Es cierto que hace tiempo que no nos vemos, pero dudo mucho que hayas cambiado. ¿Cuánto tuviste que trabajar tú para poder construir esta casa? —lo interpelo.

—Yo no la pedí. Nunca he pedido nada —responde, y se sonroja, pues, tal y como imaginaba, he dado en el clavo.

—Tampoco la rechazaste. Es más cómodo que te lo den todo hecho en lugar de tener que molestarte.

—Lo dice el que consiguió su puesto porque antes lo tenía su padre —afirma sin ocultar su enfado, dándome justo donde sabe que puede hacer daño.

—Permíteme recordarte que vivimos en una sociedad democrática y que, para conseguir mi puesto, no solo me presenté a unas elecciones que gané, sino que hubo muchas cosas a las que renuncié —siseo, y mi voz sale más afilada que la hoja de un cuchillo jamonero.

—Uy, sí, claro, siempre pensando en los demás. Te encanta ir de mártir y, en cuanto a lo de las elecciones, aclárame una cosa: ¿y a cuántos candidatos ganaste? —se burla…

Aprieto los puños intentando contenerme, no obstante, reconozco que me cuesta un mundo no mandarlo a la mierda y largarme de su casa en este mismo instante.

Es cierto, fui el único, no había demasiados candidatos para un pueblo de sesenta vecinos… Pero, desde que salí elegido, me he dejado los cuernos intentando mejorar la calidad de vida de todos sus habitantes y también es cierto que dejé de lado muchos de mis objetivos para no fallarles.

—Vamos a dejar el tema… —interviene Erin, tratando de apaciguar las aguas.

—Además, ¿quién necesita tantos metros para vivir solo? —la interrumpo, ignorándola.

—Como he dicho hace un momento, lo de estar solo es algo temporal —me recuerda con tirantez.

—Pues cuando encuentres a la afortunada que te aguante, recuerda hacerle un mapa. No vaya a ser que un día se pierda buscando la cocina y no la vuelvas a encontrar, sería un gran desperdicio para la humanidad porque, si soporta vivir contigo, habrá que estudiarla —sugiero, ganándome un disimulado codazo en las costillas por parte de mi hermana al mismo tiempo que Sara abre los ojos de forma exagerada.

—En la vida hay dos tipos de personas: las que quieren mejorar y evolucionar y las que se quedan ancladas, limitándose a sobrevivir y negándose la posibilidad de progresar —afirma él, escupiendo cada palabra.

—¿Lo dices por mí? —cuestiono. Es evidente que sí, pero es que me parece increíble que justo él tenga las santas narices de soltarme eso a la cara.

—Pensé que íbamos a usar los cuchillos para cenar, pero, por lo que veo, vosotros dos preferís lanzároslos a matar —dice Carlota, con los brazos en jarras.

—Dado que acabas de darte por aludido, creo que tú mismo te has respondido —contesta él, pasando de ella al igual que yo hice antes con mi hermana.

—Y pasamos de los cuchillos a las espadas; dentro de nada, sacarán las hachas… —murmura Erin, que suspira exasperada.

—No os preocupéis, no se lo tengo en cuenta, comprendo que la envidia es la admiración mal gestionada —suelta de repente nuestro anfitrión dirigiéndose a las tres chicas que nos contemplan estupefactas—. ¿Sigues viviendo en esa cabañita de juguete tan mona que compraste o ya has podido mudarte?

—¡Más quisieras! ¡Te garantizo que ni la admiración ni la envidia entran dentro de las emociones que me despiertas! —exclamo ofuscado.

Sostengo su mirada cargada de rabia, ambos lo hacemos y, a pesar de que intento evitarlo, siento cierta lástima. Porque sí, Erin tiene razón, hubo un momento de nuestras vidas en el que Miguel y yo éramos casi inseparables. Estudiamos juntos en el colegio y después, en el instituto, y cuando decidimos matricularnos en la misma carrera, compartimos piso. Una relación de amistad verdadera que empezó a torcerse en tercero de carrera…

—Y para tu información, no es una cabañita, es una casa y, si no me mudo, es porque estoy muy a gusto ahí y no me da la gana, no porque no pueda hacerlo —respondo sintiendo como las miradas de todas las presentes fluctúan entre los dos como si estuviesen presenciando el punto de juego de un partido de Roland Garros.

—Espero que por lo menos le hayas renovado el tejado. Tenía goteras la última vez que estuve en ella —comenta con ironía.

—Es un detalle que te preocupes, pero tranquilo, la he reformado entera.

Al parecer, los dos hemos agotado la artillería y el silencio se abre paso entre nosotros formando un ambiente desagradable y denso.

Por suerte, el momento dura poco al verse interrumpido por el sonido de unos tacones que repiquetean sobre la madera del pasillo y, cuando la atención de todos se vuelve hacia el lugar por donde Marta se acerca con paso decidido atrapando nuestra atención, lo agradezco.

Todavía en tensión por la discusión, la miro de arriba abajo con cierto encandilamiento. Está espectacular, eso hay que reconocerlo.

Casi cualquier hombre se sentiría atraído por ella… Lleva su melena pelirroja cayendo sobre los hombros con libertad, y un escotado y entallado vestido negro a juego con unos tacones que hacen de sus piernas dos autopistas sin principio ni final, eso, sumado al maquillaje suave y los labios de color rojo intenso, hacen de su rostro y su cuerpo una combinación infalible y letal. Y digo «casi» porque, al menos últimamente, yo parezco ser la excepción que confirma la regla. Por mucho que la miro, al igual que me ocurrió la otra mañana cuando nuestro encuentro resultó fallido, ni una brizna de deseo se despierta en mí. Justo lo contrario de lo que me ocurre con Sara la cual parece haberme embrujado, pues, en cuanto le pongo los ojos encima, siento que me arde la sangre y que un anhelo cada vez más fuerte me perfora las entrañas como si acabase de tragarme un par de pirañas.

—No puedo estar más de acuerdo con Miguel —afirma la pelirroja que, al parecer, ha escuchado parte de nuestra conversación, tras posar un beso en mi mejilla a modo de saludo cuando se acerca a mí.

—No me mires así, la casita es muy cuqui, pero hace tiempo que vengo diciéndote que deberías buscar otra cosa —comenta, enganchándose de mi brazo como si tal cosa.

—¿Cuqui? ¿Qué adulto normal usa la palabra «cuqui»? —escucho susurrar a Carlota.

—Ssshhh —la ordena callarse Sara, visiblemente incómoda.

—No sabía que ya habías llegado —digo frunciendo el ceño, pues, si su aportación a la discusión va a ser esa, por mí, mejor que se hubiese callado.

Es cierto que ha intentado convencerme muchas veces para que me mude a otro sitio, pero, en vista de que nunca le he hecho caso y, sobre todo, teniendo en cuenta que es mi amiga y no la suya, para decir eso, mejor que se lo hubiese guardado.

—Hace un rato, pero estaba en el baño —comenta ella, acariciándome el rostro con cuidado para borrar la mancha que su pintalabios me ha dejado sin percatarse del gesto de mi cara.

—Pues a mí me gusta tu casa, Carlos. —La voz de Sara suena alta y clara y su mirada se enfoca en la mía con seguridad—. No me malinterpretes, Miguel, esta es preciosa —añade dirigiéndole a nuestro anfitrión una amistosa sonrisa—. Pero no siempre más es mejor y no todo en la vida es cuestión de tamaño. Hay gente que en un espacio más reducido se siente tan o más cómoda que en uno más amplio.

Marta la fulmina con la mirada sin disimulo y yo asiento con satisfacción.

Miguel trata de que no se le note, pero lo conozco lo suficiente como para saber que se ha quedado chafado; aun así, como es un bienqueda, se esfuerza por mostrarse imperturbable antes de asentir.

—Tienes razón; por suerte, en la variedad está el gusto.

—Hala, pues ahora que ya estamos todos y hemos aclarado nuestras predilecciones en cuanto a formas y tamaños... ¿Qué os parece si vamos a comer algo? Me gustaría cenar y, a este paso, vamos a terminar desayunando. Además, estoy deseando ver qué nos tienes preparado —sugiere Carlota, dirigiéndose a Miguel con la clara intención de evitar que nos dé por empezar

otra discusión.

—¡Ya somos dos! —la apoya mi hermana, aliviada de que la cosa no vaya a pasar a mayores.

Miguel quien, encantado de ser el centro de atención, parece haberse animado de repente, recupera su buen humor y asiente como si no hubiese pasado nada.

—Espero que os guste —dice haciéndonos un gesto para que lo sigamos hasta la fastuosa mesa redonda de comedor que nos espera engalanada con mantel y servilletas de hilo y un montón de aperitivos fríos dispuestos sobre ella.

—¿Todo esto lo has hecho tú? —inquiere Sara y, aunque me jode, tengo que admitir que me molesta percibir el asombro en su tono y su mirada.

—Me gustaría decir que sí, pero la verdad es que no. La cena es obra de Marga, la persona que se encarga de la limpieza y de cocinarme para toda la semana —confiesa —. Soy un desastre en los fogones, pero lo tengo como asignatura pendiente; cuando tenga tiempo, estoy decidido a aprender.

—Lo dicho, para qué molestarse en hacer algo cuando siempre tienes quien lo hace por ti —musito—. Aunque en este caso, tener a alguien que cocine por él es más bien un asunto de seguridad pública. En la universidad, casi incendia el piso que compartíamos intentando hacerse una tortilla francesa —informo a todos los asistentes.

—No exageres, solo se chamuscó un poco la sartén —me rebate él.

—Salía tanto humo que los vecinos de al lado estuvieron a punto de llamar a los bomberos —matizo.

—El humo se disipó en cuanto abrimos un poco la ventana —me contradice.

—Ni se te ocurra empezar de nuevo —me advierte mi hermana antes de darme tiempo a dar más detalles, señalándome con gesto serio una silla para indicarme que tome asiento entre Sara y Marta, quienes ya se han acomodado.

Pongo los ojos en blanco, no obstante, como no quiero cabrearla y a mí tampoco me apetece seguir discutiendo con Miguel, hago lo que me dice sin añadir nada.

—Todo tiene una pinta deliciosa —comenta Carlota cuando todos estamos sentados, alargando la mano para hacerse con una tostada de salmón y queso fresco.

—Gracias —responde él mientras comenzamos a comer—. Como dije antes, cocinar no está entre mis principales virtudes, pero intento compensarlo con otras cosas que se me dan mucho mejor.

—Tranquilo, la perfección no existe —comenta Sara con amabilidad—Tampoco es que a mí se me dé fenomenal.

—Vosotros diréis lo que queráis, pero si la perfección no existe, esto se le parece bastante —afirma Carlota—. En serio, si todavía no lo habéis hecho, tenéis que probar esta maravilla.

—El salmón me lo envían de Noruega —explica él orgulloso.

—Vaya por Dios, seguro que ahora nos dice que el arroz se lo manda un chino por paloma mensajera desde la Gran Muralla —murmuro en voz baja, provocando que Sara casi se atragante con la copa del agua.

—En realidad, el arroz viene de Valencia —replica nuestro anfitrión que, por lo visto, de oído va sobrado, sin siquiera molestarse en dirigirme una mirada.

—Compórtate —me susurra Sara una vez posa de nuevo la copa en la mesa.

—¿Y qué crees que estoy haciendo? —le respondo en el mismo tono.

—Pareces un niño enfurruñado —objeta, tras cerciorarse de que nadie nos está escuchando.

La imito y compruebo que todos, incluso Marta, que hasta hace poco lanzaba miradas

incendiarias y poco disimuladas a Sara, parecen demasiado enfrascados en la conversación que están manteniendo como para prestarnos su atención.

—Lo que estoy es asqueado —respondo al fin.

—Hazme el favor y, si no tienes nada agradable que decir, come y estate callado —me pide incómoda, revolviéndose en su sitio.

—¿Por qué tengo que callarme yo y no él? —rezongo, molesto por el rapapolvo.

—Porque estamos en su casa, él nos ha invitado, eso sin contar con que, por si no te has dado cuenta, ahora mismo no te está haciendo ni caso. Haz tú lo mismo y tengamos el resto de la cena en paz. —Aunque suave, suena firme y, tras negar con la cabeza para expresar mi disconformidad, decido hacerle caso.

Así que, durante un buen rato, me dedico a comer mientras los escucho a ellos hablando, y en varias ocasiones necesito morderme la lengua para no soltar alguna de las pullas que tengo en mente.

—¿Y qué hay de vosotras? —se interesa Miguel, sin despegar sus ojos de Sara—. ¿A qué os dedicáis? Porque ya sé que Carlos es alcalde y Marta, abogada, pero ¿qué hay de las demás?

No me pasa inadvertida la forma en que la recorre con la mirada y mi cuerpo se tensa de forma inevitable.

—He reformado un par de casas que pertenecían a la familia y estoy intentando moverme dentro de los negocios de alquiler vacacional —explica mi hermana una vez traga.

—Es un buen momento para empezar —asiente él—, ese tipo de negocios están en auge, creo que has tomado una decisión muy acertada.

—Eso espero —responde Erin soltando un suspiro—. He invertido buena parte de mis ahorros en ese proyecto, en verdad necesito que arranque.

—Yo trabajaba en una empresa relacionada con las inversiones y la banca en la ciudad, pero lo dejé y ahora tengo mi propio negocio de velas y jabones. Los elaboro yo misma con hierbas y flores de la zona —añade Carlota.

—Menudo cambio —comenta Miguel, sorprendido por la respuesta.

—Como dijo antes Sara, más no siempre es mejor —replica ella, encogiéndose de hombros —. Puede que haya perdido una buena parte de mis ingresos, pero he ganado tiempo de calidad. Estar disfrutando con vosotros de esta cena en otro momento de mi vida sería casi impensable.

—Te admiro por tomar una decisión tan valiente —afirma Miguel con sinceridad y, por primera vez, tengo que admitir que estoy de acuerdo con él.

—Estamos muy felices de tener a Carlota con nosotros. Ojalá más gente joven se animase a emprender, los pueblos pequeños como el nuestro ofrecen muchas posibilidades de negocio diferentes, solo hay que saber buscar bien —aseguro, decidiéndome a intervenir en la conversación antes de llevarme a la boca un trozo de empanada.

—¿Y qué hay de ti, Sara? —pregunta Miguel con interés, dirigiéndole toda su atención.

Pero ella permanece en completo silencio y, ahora que me doy cuenta…, bastante pálida.

—¿Sara...? —la llama de nuevo al ver que no responde.

Observo como su mirada verde se fija en Miguel, y parpadea varias veces sin llegar a responder.

—¿Tú a qué te dedicas? —repite la pregunta él.

—Es pintora —se apresura a contestar mi hermana, que esboza una sonrisa—. En este momento, está preparando una exposición.

—Vaya, ¡qué emocionante! —exclama él—. Me encantaría ver alguna de tus obras si te parece bien.

Blanca, como si estuviese viendo un fantasma e incapaz de pronunciar una sola palabra, Sara asiente y frunzo el ceño, preocupado al verla en ese estado; no tengo ni idea de qué puede haberle pasado, hace unos segundos estaba bien y, de repente…

—¿Eres su abogada? —inquiere, con voz nerviosa, dirigiéndose a Marta.

Un brillo malicioso reluce en los ojos de la pelirroja y, entre su sonrisa taimada y la mezcla de estupor y miedo reflejados en los ojos de Sara… Enseguida caigo en la cuenta de por qué se ha quedado petrificada.

Mierda… Tenía que haberlo pensado, pero ni siquiera se me pasó por la cabeza, esto no me lo esperaba.

Capítulo 15

Sopa de letras

Sara

«¿Acaba de decir que Marta es abogada? ¿De verdad he escuchado bien?», me pregunto mientras el color abandona mis mejillas y oculto las manos entre las piernas para que no vean el temblor que se apodera de ellas.

Escucho las voces, que siguen sonando lejanas a mi alrededor, mientras mi mente entra en bucle intentando procesar la información.

«No puede ser, no puede ser… Si ella es abogada, casi con total seguridad es…».

—¿Sara? —Miguel pronuncia mi nombre y, por cómo lo hace, deduzco que no es la primera vez.

Sin dejar de darle vueltas a la idea, que cada vez cobra más fuerza en mi cabeza, intento disimular y fijar la vista en él.

—¿Tú a qué te dedicas? —me pregunta en tono amable.

Parpadeo varias veces y cada parte de mi cuerpo aumenta su rigidez. De repente, comienzo a sentirme encerrada, agobiada y ni siquiera puedo responder.

Por suerte, al ver que yo no contesto, Erin se apresura a hacerlo por mí.

—Es pintora, en este momento está preparando una exposición. —Su voz suena emocionada.

—Vaya, ¡qué emocionante! —exclama él con admiración—. Me encantaría ver alguna de tus obras si te parece bien.

Me limito a asentir despacio, a la vez que toda mi atención se centra en Marta y, en cuanto percibo la mezcla de malicia y diversión que emana de ella, un escalofrío me recorre la espalda y comienzo a sentirme cada vez más insegura y pequeña.

—¿Eres su abogada? —Ni siquiera tengo que nombrar a Carlos para que sepa a quién me refiero. De hecho, por su expresión de satisfacción, casi parece que lleva horas esperando este momento.

Una sonrisa llena de maldad y algo muy parecido al resentimiento acapara gran parte de su rostro, golpeándome con fuerza en el pecho y robándome el aliento.

Su forma de mirarme es suficiente, no necesito que diga nada para conocer su respuesta; no obstante, ella, que por algún motivo que no comprendo parece estar disfrutando de lo lindo este momento, contesta.

—Por supuesto, llevo todos sus asuntos, los laborales y los personales, desde hace años. No hay nada relacionado con Carlos que no pase por mí.

No es tanto lo que dice como el tono en el que lo dice lo que provoca que la temperatura de

la habitación descienda varios grados y una corriente fría suba desde mis pies, helándome por dentro.

Mi corazón se acelera e intento respirar más rápido, buscando con desesperación un oxígeno que no encuentro mientras, por suerte, los demás siguen con la conversación, ajenos a lo que estoy sintiendo.

«No puede ser… No puede ser…», me repito una y otra vez, al mismo tiempo que trato de insuflar aire a mis pulmones y disimular el temblor de mis manos.

—Tendrás mucho trabajo, por esta zona escasean los abogados —escucho comentar a Carlota.

—Mucho, pero para Carlos siempre tengo tiempo, y si no lo tengo, se lo hago —afirma, estudiándome de reojo.

Yo aprieto la mandíbula, tengo que tranquilizarme, bloquear la angustia, pensar en algo que me calme… Lo intento de forma desesperada, pero la tensión que se adueña de mis músculos es tan exagerada que incluso me duele la espalda.

«He salido de peores situaciones…», me digo, intentando ralentizar los latidos de mi desbocado corazón. «Es cierto, pero nunca estando sola, tan lejos de los que te quieren y protegen…», me recuerda mi inoportuna voz interior.

Las sensaciones y los sentimientos se precipitan dentro de mí como un torrente de agua furiosa que arrastra todo lo que encuentra a su paso sin darme tiempo a navegar por la corriente de mis emociones.

—Disculpadme un momento, voy a por la sopa —escucho decir a Miguel cuando se levanta para acercarse a la cocina. Sus pasos llegan amortiguados por el pitido de mis oídos.

—Sara —susurra Carlos en un tono preocupado, inclinándose un poco hacia mí.

El sonido de mi nombre en su voz provoca que comiencen a escocerme los ojos.

Él lo sabía, lo sabía todo y no me avisó… Yo no tenía ni idea de que Marta era la misma persona que negoció con Bruno, pero él sí que lo sabía y, aun así, no me dijo nada; de haber tenido la más mínima idea de que esa mujer es consciente de quien soy en realidad, no habría venido, pero Carlos se calló esa información y aquí estoy…

—Sara —susurra en apenas un hilo de voz, intentando pasar desapercibido para el resto.

Lo ignoro, no a propósito, es solo que soy incapaz de prestarle atención y a la vez mantener el control. Necesito centrarme en respirar despacio al mismo tiempo que, por debajo del mantel, froto mis manos la una contra la otra. Me esfuerzo por mantener el pánico a raya, pero no parece estar funcionando por cómo comienza a arderme el pecho. ¿Por qué me arde el pecho?

Necesito aire, necesito…

Justo entonces, Miguel regresa con una sopera humeante que desprende un olor delicioso, e intento fijar toda mi atención en el movimiento del cucharón mientras nos va sirviendo a todos para bloquear cualquier pensamiento que me ponga peor.

—¡Sopa de letras! —exclama Marta, volviendo a fijar en mí su burlona mirada—.Tu preferida, ¿verdad, Sara? —añade, y se lleva una cucharada a la boca.

¡Ojalá se queme la lengua por víbora! Pero, lejos de hacerlo, se limita a retarme con la mirada sin dejar de sonreír.

El comentario me lleva al límite y todo comienza a dar vueltas a mi alrededor. Las náuseas me embisten con fuerza y una arcada que apenas logro contener asciende por mi garganta, como advertencia de que necesito salir de aquí, necesito espacio, aire, estar sola… Y lo necesito ya.

—¿El baño? —Ni siquiera sé cómo consigo que las palabras broten de mis labios, pero ya estoy de pie cuando Miguel, al ver la urgencia en mi rostro, se apresura a responder.

—Final del pasillo a la derecha.

Antes de que termine la frase, ya estoy abandonando el enorme salón comedor y, a pesar de que siento sus cinco pares de ojos clavados en mi espalda, no me giro, ni me vuelvo, todo lo contrario; en cuanto abandono la estancia, echo a correr y no me detengo hasta que llego al baño y cierro la puerta tras de mí.

Ni siquiera enciendo la luz, permanezco quieta, muy quieta, sumida en la semioscuridad solo interrumpida por la luz de la luna que entra por la ventana, y apoyo la espalda contra la madera, cerrando los ojos con fuerza para ahogar las lágrimas.

Con mi pecho subiendo y bajando a una velocidad vertiginosa, me esfuerzo por inspirar despacio en un intento de controlar los descomedidos latidos de mi corazón, que martillean con violencia, mientras procuro insuflar aire a mis doloridos pulmones, que protestan por la falta de oxígeno, a la vez que froto con fuerza las palmas de las manos contra la tela vaquera de la falda, con la esperanza de conseguir desentumecer los dedos de las manos, que hace rato he dejado de sentir.

—¿Sara? —La voz de Carlos llega suave pero firme desde el otro lado—. Abre la puerta.

Todavía con los ojos cerrados, y sin detener las inspiraciones, niego con la cabeza, a pesar de que soy consciente de que no me puede ver.

—Sara, por favor, abre la puerta —repite con un tono apremiante.

Un gemido escapa de mi garganta y aumento la fricción de mis manos contra la tela.

—Tienes que dejarme pasar —solicita con urgencia, como si con eso fuese a solucionarse todo.

Mi cuerpo, rígido e inmóvil, se niega a apartarse, pero algo en mi interior me empuja a hacer lo que me pide, así que me arrastro hasta la pared y dejo libre el acceso para que pueda entrar.

Apenas un segundo después, la puerta se abre y él aparece frente a mí, y cierra la puerta con cuidado.

—Sara. —No hay burla en su tono, tampoco lástima o recriminación alguna más allá de preocupación, arrepentimiento y cierto dolor.

—Tranquila —susurra, enmarcando mi rostro con sus manos y acariciando con suavidad mis mejillas con sus pulgares.

La caricia desprende un calor que se cuela en mi cuerpo, descongelando la sangre de mis venas como los rayos de sol que, poco a poco, funden el hielo de un iceberg.

Su rostro permanece a escasos centímetros del mío y su cálido aliento me roza la piel.

—Mírame —me ordena en un susurro mientras sus ojos me eclipsan apoderándose de los míos—. Mírame y respira conmigo —repite, llevando a cabo lentas y calmadas inspiraciones que me obligo a imitar.

—Lo sabe —susurro entre jadeos una vez el dolor de mi pecho comienza a aflojar, permitiéndome hablar.

—Lo sabe —reconoce él—. Y siento no haberte avisado, pero tienes que tranquilizarte, acuérdate de que ella, al igual que yo, ha firmado un contrato de confidencialidad, no puede decir nada —me recuerda, sin dejar de respirar junto a mí.

Sus palabras y la seguridad que desprenden se cuelan en mi cabeza, y las repito una y otra vez, intentando alejar la oscuridad y los miedos.

—Sé que debí decírtelo, pero esto de la cena fue tan inesperado que ni siquiera lo pensé —se justifica, y entiendo sus motivos, aunque eso no haga que me sienta mejor—. Soy consciente de que no esperabas encontrarte con nadie que estuviese al corriente de quién eres en realidad, y

ya veo cómo te afecta esto, pero te prometo que no va a pasar nada.

«No va a pasar nada —me repito, como si fuese un mantra—. No va a pasar nada, no va a pasar nada».

—Estás bien, todo va a estar bien, nunca permitiría que nadie te hiriese ni que te pasase nada. Tienes que confiar en mí, te pido que confíes en mí —suplica, con una necesidad y un anhelo casi delirantes.

Y, a pesar de que no lo conozco desde hace mucho, a pesar de todo lo que pasó entre nosotros, sé que puedo hacerlo, algo muy dentro de mí me grita que debo hacerlo.

—Confío en ti —musito casi sin darme cuenta, y el alivio que se refleja en sus pupilas es la única señal de que, en realidad, lo he pronunciado en voz alta y no solo lo he pensado.

El temblor y la angustia producidos por los nervios van alejándose para dejar paso al agradable cosquilleo que sus dedos provocan cada vez que recorren la piel de mis mejillas, y un escalofrío muy diferente a los que sentía hace cinco minutos me recorre el cuerpo entero cuando su mirada desciende durante un segundo tan robado como delicioso para posarse sobre mis labios.

—Pero, aun así, quiero irme; no me apetece volver ahí. No con Marta mirándome así… —pido más calmada.

—No te preocupes, dame cinco segundos y te saco de aquí —me asegura con firmeza.



—Ya hemos llegado —anuncia Carlos mientras aparca delante de mi jardín tras pasar los quince minutos que tardamos desde la casa de Miguel hasta la mía en completo silencio.

Tal y como prometió, él mismo se encargó de coger mi abrigo y disculparse con los demás, explicándoles que algo me había sentado mal y que estaba indispuesta para que yo ni siquiera tuviese que regresar al comedor, y no volver a encontrarme cara a cara con la sonrisa maquiavélica de Marta fue un alivio, para qué voy a decir lo contrario.

Las chicas se ofrecieron a regresar con nosotros, pero Miguel insistió en que se quedasen un rato más y, aunque Carlos no parecía muy contento con la idea, como ellas no estaban dispuestas a hacerle un feo (para eso ya llegaba con el que le hice yo), no pudieron decir que no. Al final, llegaron al acuerdo de que, cuando quisiesen regresar, o Miguel o Marta las acercarían a casa y, tras eso, pudimos irnos sin mayor dilación.

—Gracias por traerme —digo sonriendo levemente a la vez que abro la puerta del coche y salgo al exterior.

—En realidad, me hiciste un favor, estaba deseando irme —asegura él imitándome y echando a caminar a mi lado—. Y, en cuanto a Marta, puedes estar tranquila, es una tía discreta, pero, aunque no lo fuese, tal y como te comenté, el acuerdo que firmó le impide decir nada.

Procuro obviar sus últimas palabras para deshacer el nudo que se instala en mi garganta e intento centrarme en otra cuestión.

—¿Algún día me vas a contar por qué le tienes tanta manía a Miguel? —pregunto con curiosidad, observándolo de reojo.

No dice nada, pero la forma en que aprieta la mandíbula y el cambio de expresión que sufre su rostro me indican que, sin pretenderlo, acabo de meter el dedo en la llaga y que, con toda probabilidad, lo que sea que ha ocurrido entre ellos es más serio de lo que pensaba.

—Digamos que llegó un momento de nuestras vidas en el que tomamos diferentes maneras

de actuar —dice sin entrar en detalles.

—Eso no es un motivo suficiente para romper una amistad —replico sin más.

—Sí cuando el que consideras tu amigo intenta implicarte en algo con lo que no estás de acuerdo y en lo que no quieres participar —matiza.

—*Touché* —reconozco, concediéndole una leve sonrisa, sin insistir más. Está claro que no le apetece hablar sobre ese tema y es una conversación que no pretendo forzar. Yo soy la primera en comprender que hay algunos temas personales que pertenecen a la intimidad de cada uno y que es incómodo tocar, por lo que, sin añadir nada más, alzo la vista al cielo unos segundos antes de volver a centrarme en él.

¿Es raro que me sienta tan a gusto a su lado o que la química entre ambos aumente cada vez que mi brazo roza el suyo sin querer?

La noche es clara, apenas hay nubes danzando en el cielo y la luna llena ilumina su atractivo rostro con una luz plateada que realza cada una de sus facciones cuando se apoya en el porche de la entrada.

Yo permanezco quieta delante de la puerta, expectante e incapaz de apartar los ojos de él durante unos segundos que se vuelven tan eternos como fugaces.

Ahora debería meter la llave en la puerta, despedirme y entrar, pero… me siento como si mis pies hubiesen echado raíces en el suelo impidiéndome alejarme o avanzar.

—Buenas noches, Sara —susurra Carlos con voz profunda, inclinándose un poco sobre mí para depositar un suave y lento beso sobre mi piel, tan cerca de la comisura de mis labios que mis pulsaciones se aceleran como si mi corazón fuese un coche de carreras derrapando en una curva y yo un incauto piloto que ha perdido por completo el control.

Inspiro con fuerza en busca de un aire que se me antoja cada vez más escaso y, en lugar de encontrarlo, solo hallo ese característico aroma tan suyo, mezcla de cítrico y canela, que penetra en mi cuerpo, embriagando mis sentidos y arrancándome cualquier pequeña posibilidad de pensar con claridad.

Su mirada asciende despacio y, cuando vuelve a encontrarse con la mía, el hambre y el anhelo que descubro en ella me golpean como las olas de un mar imposible de navegar, despertando una incontenible corriente de deseo que nunca antes había sentido y que cobra vida en cada parte de mi ser, haciéndome estremecer.

Su espalda y su mandíbula se tensan y su cuerpo irradia un brutal magnetismo que me atrapa haciéndome sentir como una pequeña partícula de hierro escondida en el desierto que es irremediablemente atraída por un imán del que no puede huir.

Mi cuerpo y mi mente se enzarzan en una lucha en la que mi parte racional me exige que me aleje tanto como pueda y el resto de mis sentidos me gritan que me abalance sobre él.

Mis dedos vibran con la necesidad de acariciarlo, está tan cerca que casi puedo sentir el tacto de su piel… Inspiro una vez más con fuerza y cierro el puño, intentando evitar la tentación.

—No es una buena idea —balbuceo cuando se próxima un par de centímetros más.

—Es una idea terrible —corrobora con voz ronca, a la vez que sus pupilas se oscurecen.

Los dos lo sabemos… Y, aun así, necesito echar mano de una fuerza de voluntad que apenas encuentro para poder apartarme de él.

—Buenas noches —susurro, alejándome un paso.

—Buenas noches —repite, sin quitar sus ojos de los míos al mismo tiempo que, de espaldas, desciende un par de escalones.

Haciendo un esfuerzo titánico, me vuelvo hacia la puerta y, apartando la vista, meto la llave en la cerradura con manos temblorosas y, en cuanto la puerta cede, me apresuro a entrar, cierro y

me quedo apoyada contra ella.

—¿Qué estoy haciendo? —le pregunto a Calcetines, acariciando su cabecita cuando acude veloz a recibirme.

Sin moverme, cierro los ojos con fuerza e intento olvidar lo que acaba de suceder.

—¿Qué estoy haciendo? —repito con voz agónica cuando el pulso se me dispara más de lo humanamente posible al recordar el tacto de sus labios sobre mi piel.

Sin pensarlo, dejándome llevar por un impulso que maneja a su antojo mi voluntad, abro la puerta de golpe, dispuesta a salir corriendo en su busca, pero no necesito dar ni un solo paso porque ahí, delante del umbral, con los puños apretados a ambos lados de su cuerpo, expresión dura y un fuego abrasador contenido en su intensa mirada, está él.

Apenas pasan dos segundos, pero se me antojan interminables hasta que, avanzando un paso para reducir la distancia que se interpone entre nosotros, una de sus manos sostiene mi nuca y la otra, mi cintura, aproximándome a él al mismo tiempo que sus ojos atrapan los míos y sus labios, suaves y exigentes, se apoderan de mi boca, consumiéndome en una explosión de placer.

Incapaces de romper el contacto, como si el aliento del otro fuese lo único que nos mantiene vivos y en pie, avanzamos hasta que entramos en la casa y, de una patada, Carlos cierra la puerta tras él.

Su respiración se acelera y entrecorta al mismo tiempo que sus dedos se crispan posesivos sobre la fina línea de la piel libre que queda entre la falda y el jersey.

—Sara. —Mi nombre suena a súplica y mis labios se abren para él.

Al instante, su lengua saquea cada recoveco de mi boca con avidez antes de que la mía se una a ella enviando, con cada roce y caricia, oleadas de lujuria a cada terminación nerviosa de mi anatomía.

Siento las manos temblorosas al enredarse en su sedoso pelo y tiro con suavidad de él mientras su lengua traza a lo largo de mi cuello el camino húmedo y caliente por el que sus dientes se deslizan después.

El deseo, las ganas de sentirlo y tocarlo se vuelven dolorosas, y todo me parece insuficiente cuando, al bajar la mirada, nuestros ojos se funden como lava y él me empuja con suavidad contra la pared.

Al momento, sus caderas me aprisionan y un calor extremo asciende por mi cuerpo al sentir su miembro duro apretándose contra mí, a la vez que su mano se cuela por debajo de mi jersey y asciende por mis costillas hasta posarse sobre uno de mis pechos para frotarlo con la palma por encima del sujetador.

Dejo escapar un gemido al sentir como sus dedos me pellizcan el pezón derecho y Carlos gruñe sobre mi boca cuando consigo abrirme paso entre los dos, descendiendo hasta llegar a los botones de su pantalón.

Notarlo duro, empujando contra la tela, excitado, y saber que ese estado se lo he provocado yo hace que un fogonazo de necesidad imperiosa se envíe a un lugar muy concreto entre mis piernas, y ese fogonazo hace que me humedezca todavía más de lo que ya lo estoy.

Sus manos se cuelan por debajo de mis rodillas y, tras levantarme del suelo, me sostiene entre sus brazos mientras, atrapando con sus dientes mi labio inferior, me lleva hasta el sofá y me deja caer sobre él con tanta urgencia como cuidado.

Luego se deja caer él también; mi espalda choca contra el cojín y ese es el instante exacto en que nos volvemos un amasijo de piernas, brazos, jadeos y suspiros, hasta que ya no nos queda ninguna prenda de la que deshacernos y todas salen volando, quedando esparcidas por doquier.

Mis ojos vuelan hasta los suyos y me ahogo en su profundidad, a la vez que me derrito

cuando, sin apartar la mirada de la mía, se recuesta sobre mí, conteniendo el peso de su cuerpo con uno de sus brazos, y atrapa una de mis tetas con la boca, mientras me separa las piernas, apoyando una en el suelo, para dejarme abierta y completamente expuesta.

Nunca hasta ahora había estado así, mi experiencia en estas lides, si no nula, sí es más bien escasa; sin embargo, lejos de lo que pudiese esperar, lo que siento cuando sus ojos hambrientos recorren mi cuerpo desnudo no es vulnerabilidad ni vergüenza, sino una incontrolable pasión que me abruma y aumenta mi excitación por momentos.

Su lengua caliente y húmeda atrapa uno de mis pezones, y sus dedos aprovechan para trazar un camino ascendente por la cara interna de mi muslo hasta llegar a mi abultado y demandante clítoris para friccionarlo con las yemas de sus dedos segundos antes de introducirlos despacio dentro de mí.

Nunca, jamás, había sentido algo parecido. Es como si mi cuerpo se hubiese desconectado de mi cabeza cobrando vida propia, permaneciendo palpitante y rozando un placer que se convierte en tortura con cada movimiento, a la vez que una neblina tan espesa como agradable se adueña de mi mente.

Incapaz de evitarlo, cierro los ojos, echo la cabeza hacia atrás y levanto la cadera en su dirección, soltando un gemido tras otro cuando saca uno de sus dedos para empezar a trazar círculos sobre mi punto de deseo mientras el otro continúa moviéndose dentro.

—Mírame —exige con voz ronca, y aprieta la mandíbula con fuerza.

Mis ojos vidriosos encuentran los suyos y mi corazón, ya errático, amenaza con salir volando de mi pecho.

—Eres preciosa —musita mientras coge a toda prisa un condón del bolsillo del pantalón, que yace al lado del sillón, y se lo coloca.

En menos de dos segundos está acostado sobre mí introduciendo la punta de su miembro dentro de mi cuerpo y apoyando el peso del suyo sobre sus brazos.

Paseo mis manos por su musculado pecho, memorizando cada detalle, cada músculo, cada hendidura de su piel, a la vez que contengo la respiración y siento como se va introduciendo despacio mientras el esfuerzo por controlarse perla su frente en diminutas gotas de sudor.

Una de sus manos atrapa las mías y las coloca detrás de mi cabeza y, con un envite fuerte, me llena por completo y contemplo fascinada como la excitación oscurece todavía más su ya impenetrable mirada.

—Joder, esto es una puta gozada —gruñe, saliendo del todo y entrando de nuevo con fuerza, provocando una oleada de placer que me arrasa el cuerpo entero.

Intento contener el grito que emerge de mi garganta y él aumenta el ritmo, penetrándome una y otra vez.

—No te contengas, aquí nadie puede oírte, déjate llevar —susurra con voz entrecortada en mi oído antes de morder el lóbulo de mi oreja y descender hacia mi pecho para mordisquearlo con sus dientes.

Nunca en mi vida me había sentido tan liberada, descontrolada y extasiada.

Comienzo a mover las caderas, acoplándome a su ritmo, y las embestidas se vuelven frenéticas, poniendo mi cuerpo al límite, llevándome al borde de un abismo por el que solo quiero saltar.

Sus dientes rascan mi piel, sus dedos se clavan en mis muñecas y las acometidas alcanzan un ritmo imposible de soportar, un ritmo que me convierte en una bomba a punto de explotar… Hasta que algo en mi interior estalla y me dejo ir, con su nombre en los labios, al tiempo que me aprieto más contra su miembro, que reacciona casi al instante, alcanzando su propia liberación.

Sus ojos buscan los míos y mis labios atrapan sus gemidos justo antes de que, tan roto como yo por dentro, se deja caer despacio sobre mi cuerpo e intenta recuperar la respiración.

Capítulo 16

¡Sorpre…sa!

Carlos

Ha pasado una semana desde la cena en la casa de Miguel. Siete maravillosos días en los que tanto Sara como yo hemos aprovechado cualquier momento del que disponemos para estar juntos… Y, aunque es cierto que no tenemos todo el tiempo que nos gustaría ya que por la mañana yo voy a mi despacho y ella se encierra a escribir y por las tardes, mientras yo atiendo los asuntos del pueblo, Sara aprovecha para hacer planes con las chicas, cuando llegan las noches, eso es otro cantar… Digamos que dormir, no dormimos mucho, pero nos cunden una barbaridad.

Lo que la mujer que duerme de forma apacible entre mis brazos despierta en mi cuerpo va mucho más allá de la urgencia, el deseo o la necesidad. No es solo sexo, no soy tan estúpido como para no darme cuenta de que lo que Sara despierta en mí va mucho más allá. Aunque reconozco que las ganas que los dos nos tenemos son algo fuera de lo normal, y eso provoca que más de una vez ni siquiera lleguemos a la habitación y terminemos en la ducha, en el suelo o en el sofá. Que es justo el sitio en el que nos encontramos en este momento como consecuencia de nuestra falta de control cuando anoche llegamos a su casa después de cenar…

Apenas hemos descansado tres o cuatro horas, pero, con su cabeza apoyada en mi pecho desnudo, me siento fenomenal. Dispuesto a levantarme para prepararle un desayuno espectacular, estiro un brazo con cuidado de no hacer ningún movimiento brusco que pueda despertarla, separo los párpados y…

—Pero ¡qué cojones...! —exclamo, olvidándome de mis nobles intenciones mientras tiro hacia arriba de la manta con brusquedad con el propósito de tapar su cuerpo desnudo al encontrarme con cinco pares de ojos (unos son los de mi hermana) mirándonos fijamente como si estuviesen viendo un documental del National Geographic y nosotros fuésemos una especie en peligro de extinción a la que hay que estudiar.

—Parece que ya se despiertan —susurra un hombre con el pelo rapado.

Mis gritos sobresaltan a Sara quien abre los ojos desconcertada y, al sentirse observada, pega un fuerte tirón de la manta dejando al descubierto cierta parte de mi anatomía que no debería ser mostrada.

—¡Madre mía! ¡Que vivan la democracia, el derecho al voto y el sufragio universal! —comenta con picardía una mujer de pelo castaño que está embarazada.

Como si esto fuese un sueño del que de un momento a otro se va a despertar, ella frunce el ceño y parpadea sin parar.

—Buenos días, cuñada —la saluda mi hermana con picardía—. Qué calladito os lo teníais,

con razón nunca querías quedarte con nosotras por la noche… Ahora lo entiendo; por lo visto, estabas muy ocupada.

—¡Erin, cierra el pico! —ordeno, molesto al contemplar la forma en que las mejillas de Sara adquieren el tono de un pimiento morrón.

—¡No, si yo estoy encantada! —nos asegura la muy descarada—. Verás cuando se enteré mamá, lo que se va a emocionar.

—Cállate y deja a mamá tranquila. No seas entrometida —la regaño.

—¿Puedes dejar de mirar? —pregunta entre susurros un hombre de pelo negro a la embarazada, poniendo una mano delante de sus ojos—. No quiero que la niña vea cosas raras.

—Eres consciente de que todavía está dentro y no se entera de nada, ¿verdad? —bufa ella, deshaciéndose de su mano.

—Ay, hermano, si todavía no ha nacido y ya estás así, no puedo esperar a que llegue a la adolescencia, ¡madre mía lo que me voy a divertir! —se carcajea el rubio que está a su lado, consiguiendo que el otro lo fulmine con la mirada.

—Pero ¿qué hacéis aquí? ¿Cuándo habéis llegado y cómo es que no me habéis avisado? —pregunta Sara, paseando la mirada de uno al otro sin comprender nada.

—Queríamos darte una sorpresita, pero al final hemos sido nosotros los que nos hemos llevado un sorpresón… —responde el rubio en tono seco, recorriéndome sin disimulo y con cara de pocos amigos de arriba abajo—. ¿Se puede saber qué haces beneficiándote al alcalde cabrón?

—¿Perdona? —pregunto sin dar crédito al escuchar el insulto.

—Pues, por lo que se ve, sí que estás perdonado, sí —replica él, cruzando los brazos sobre su pecho.

Estoy a punto de volver a contestar cuando Sara comienza a hablar.

—¡No me estoy beneficiando a nadie! —protesta, tapándose más con la manta.

—¡Por supuesto que lo estás haciendo, y espero que lo estés disfrutando un montón! —rebate la embarazada con una sonrisa pintada en su cara.

—¡Por Dios, Iria! ¿Cómo le dices eso? —la regaña el rubio—. ¿De verdad te parece una buena elección?

—¡Por supuesto! —contesta la chica con seguridad—. Además, no es algo que tengamos que elegir ni tú ni yo, así que ¡hazme el favor de no ser tan aguafiestas, Bruno!

—¡Eso, no seas aguafiestas, Bruno! —repite el del pelo negro en tono burlón, poniéndose de parte de la chica.

Y entonces, caigo… Bruno y los demás… Son los amigos de Sara, los mismos que hablaron con ella por videollamada cuando vino a cenar a mi casa. Los que pensaban que yo era un anciano con dentadura postiza y todo lo demás…

No sé cómo no me di cuenta en cuanto los vi; bueno, supongo que, en parte, fue porque no esperaba encontrármelos justo delante de mí nada más abrir los ojos estando como mi madre me trajo al mundo.

—Ahora entiendo lo de que los desayunos en casa de sus padres son una batalla campal cuando os juntáis todos —interviene mi hermana con una sonrisa de oreja a oreja.

—Pues porque no están aquí Cala y las demás, si no, lo podías flipar —le dice la tal Iria guiñándole un ojo—. ¡Voy a hacerles una videollamada para que vean lo que se están perdiendo! —exclama de repente, como si acabase de caer en la cuenta.

—¡Ni se te ocurra, Iria! ¡Atrévete a sacar el móvil y te juro que te lo tiro por la ventana! —la amenaza Sara con cara de asustada.

—Dudo que puedas levantarte en este momento… Pero tranquila, tendrán que conformarse

con el cotilleo sin imágenes — declara Iria, alzando ambas manos en son de paz.

—Pues a mí me parece una pena que no las llames, les iba a encantar —murmura el del pelo negro.

—¿Queréis dejaros de decir tonterías para que podamos centrarnos en lo importante? —los regaña Bruno quien no parece nada contento.

—¿Os importa dejar de discutir y explicarme hace cuánto y cómo habéis entrado aquí? —cuestiona Sara—. ¡Ni siquiera os he escuchado!

—Dormíais profundamente —nos indica el de pelo negro—. Se te veía cara de agotada.

—Eso es porque seguro que la noche se les hizo corta —comenta mi hermana con malicia, y me hago una nota mental para recordar decirle después unas cuantas cositas.

—Fácil… —replica Bruno, agachándose para coger en brazos a Calcetines cuando este se frota contra sus piernas—. Llamé por teléfono a Erin, te recuerdo que tengo su número de cuando me puse en contacto con ella para traer tu mesa. Le dije que queríamos darte una sorpresa y ella se ofreció a acompañarnos parar abrirnos la puerta. —Hace una pausa y prosigue, más molesto todavía—. Aunque, a decir verdad, no habría hecho falta porque resulta que la puerta estaba abierta.

—Y eso me lleva a la siguiente pregunta. ¿Por qué narices tenías la puerta abierta? —la increpa el de pelo negro, molesto.

—No estaba abierta, lo único que pasa es que no estaba cerrada con llave —lo corrige Sara, arrimándose más contra mi cuerpo de forma involuntaria.

—¿Me estás vacilando? ¿Es que en todos estos años no te he enseñado nada? —cuestiona el chico alzando las cejas.

—No seas paranoico —lo regaña la embarazada.

—¿Paranoico, yo? —repite él, señalándose el pecho.

—Roi, no tienes que preocuparte, en este pueblo nunca pasa nada —lo tranquiliza Sara, que le dedica una sonrisa cargada de afecto que suaviza las facciones enfadadas del hombre—. Además, tengo a Calcetines.

—¡Uy, sí, menudo perro guardián que está hecho! —protesta Roi mientras el cachorro mordisquea la mano de Bruno para jugar.

—Por si no os habéis dado cuenta, nuestra Sara se ha buscado su propio guardaespaldas, así que dejad de darle vueltas —les recuerda mi hermana, hablando con ellos como si los conociese de toda la vida.

—¡Claro, claro! ¡Un guardaespaldas que está hibernando como un oso en pleno mes de diciembre! ¡Llega a entrar alguien a cortarles la cabeza y ni se entera! —exclama Bruno, impregnando un rastro de desprecio en cada una de las palabras.

—Chicos, dejad de ser tan paternalistas —los regaña a ambos de nuevo la embarazada.

—No somos paternalistas —protesta el abogado.

—¡Oh, sí que lo sois! —responden Sara y ella a la vez, sonriendo.

—Ay, ¡cómo te he echado de menos! Tengo un montón de cosas que contarte —le dice Iria, contemplándola con cariño.

—Sí, sí, sí, pero igual, antes de seguir hablando, deberíamos dejar que se vistan, más que nada para que dejes de zampártelo con la mirada —sugiere el tal Roi, dedicándole una mirada acusadora.

—No soy yo, tesoro, son las hormonas, que me tienen revolucionada —se excusa ella, y le guiña un ojo a Sara que se lleva la mano a la boca para ahogar una carcajada…



Veinte minutos después, estamos sentados en el jardín trasero, con las presentaciones oficiales ya realizadas y disfrutando de los primeros rayos de sol del día delante de una humeante taza de café.

Los contemplo a todos con curiosidad. Son un grupo variopinto y que, de primeras, no parecen tener nada que ver unos con otros, pero, aun así, se nota a leguas que se llevan genial y se quieren a rabiar.

El de pelo negro y el rubio, Roi y Bruno, son hermanos y vecinos de toda la vida de Sara a quien consideran un miembro más de la familia. Roi es inspector de policía (eso explica su enfado por lo de encontrarse con la puerta abierta) y, como ya sabía de antemano, pues me enteré a las malas antes de conocer a Sara, Bruno es abogado.

Iria, la chica que está embarazada, al parecer trabaja como ilustradora y es la pareja de Roi, mientras Thiago, el de la cabeza rapada que antes casi no participó en la conversación, es el novio de Bruno… Lo dicho, no se parecen en nada, pero es evidente que a cada uno de ellos les sobra complicidad y confianza con Sara.

Como si en lugar de algo más de dos semanas sin verse llevasen meses sin juntarse, sus amigos hablan sin parar, poniéndola al día de pequeños detalles; se nota que la han echado de menos, y ella los escucha encantada sin ocultar su entusiasmo por tenerlos aquí, a la vez que mantiene sus dedos entrelazados con los míos.

—Te preguntarás por qué hemos venido hasta aquí… —dice Roi, sonriendo a su novia que lo observa embelesada y continúa hablando por él.

—Pues el motivo, aparte, por supuesto, de las ganas de verte…, es que tenemos algo importante que decirte y queríamos hacerlo en persona —termina la chica.

—Pues… que estáis esperando un hijo no puede ser, así que… —susurra Sara, sopesando las opciones—. ¡Nooo! —exclama abriendo mucho los ojos.

—¡Síii! —afirma la embarazada soltando un gritito.

—¡Nooo! —repite, con sus ojos verdes brillando de la ilusión mientras, de forma inconsciente, me aprieta la mano.

—¡Ya te digo yo que sí! —le responde Iria, que aplaude como una niña pequeña.

—¡Os vais a casar! —grita Sara, y me suelta para levantarse a la vez que Iria y fundirse con ella en un sincero y afectuoso abrazo antes de proceder de igual forma con Roi, a quien se le ve tan emocionado como a ellas.

—¡Pues sí! Dentro de tres semanas, va a ser una boda pequeña y muy familiar, pero, por supuesto, tienes que venir —dice Iria, mirándola a los ojos antes de dirigirse hacia mí—. Y, Carlos, tú también, por supuesto.

—Hombre, tener, lo que es tener, no tiene… —murmura Bruno, cruzando los brazos sobre su pecho.

—¡Por supuesto que tiene que venir! —afirma ella—. Es el novio de Sara. No sería lo mismo sin él.

Ni Sara ni yo le hemos puesto todavía nombre a nuestra relación y, aunque tampoco considero que sea necesario, pues creo que para los dos está claro…, que Iria nos etiquete como «novios» delante de los que ella considera su familia lo vuelve todo incluso más real, y reconozco que me hace sentir fenomenal.

Sin embargo, no me pasa desapercibido que a Bruno el apelativo parece haberle sentado

mal.

—Echar un polvo no los convierte en novios —le recuerda él.

—Dudo que haya sido uno —anuncia mi hermana, poniendo su granito de arena.

En este momento, llaman a la puerta y Erin se ofrece para ir a abrir mientras Bruno me fulmina con la mirada.

—Allí estaré —le aseguro a Iria, agradecido por la invitación, ignorando el gesto del rubio y ganándome una radiante sonrisa de Sara que me provoca unas ganas locas de llevarla dentro y devorar su boca.

Contenta por mi respuesta, Iria toma asiento de nuevo y los demás la imitan.

—¡Mirad a quién tenemos aquí! —anuncia Erin sin disimular su disgusto cuando vuelve acompañada de Marta, quien la sigue con una expresión de suficiencia pintada en su cara y un paquete en los brazos.

—¡Marta! ¿Qué haces aquí? —pregunto sin comprender a qué viene esta inesperada visita.

—Llevo días llamándote y no me coges el teléfono —responde como si eso ya le diese el derecho de venir.

—Estaba ocupado —informo sin entrar en más detalles, porque no considero que tenga que darle ningún tipo de explicación.

—Ya lo veo —afirma torciendo el gesto en una mueca de disgusto al fijar su mirada en Sara, quien se revuelve incómoda a mi lado.

—¿Qué cojones hace aquí la abogada y por qué tiene cara de acabar de comerse una cebolla? —escucho murmurar a Bruno, molesto por la forma en que la recién llegada recorre a su amiga con la mirada.

—Es… una antigua amiga de Carlos —le explica mi hermana, tomando asiento de nuevo seguida de Marta, que lo hace sin cortarse un pelo a su lado, y en cuanto se acomoda, continúa hablando.

—Pues como te decía, al no recibir respuesta a mis llamadas ni mensajes, decidí venir y, como sé que desayunas muchas veces en la panadería de Dolores, fui allí a buscarte.

—¿Y? —la apremio, al verla guardar silencio.

—Resulta que la pobre mujer estaba preocupada porque Fermín, el de la ferretería, le dijo que habías pasado aquí la noche y que tenías invitados.

—¿Cómo sabía Fermín que pasé aquí la noche? —la interrumpo.

—Se lo dijo Manolo.

—¿Y de dónde lo sacó Manolo?

—Vio tu coche aparcado cerca —responde ella, y suspira como si fuese evidente.

—Siempre se me olvida que los vecinos tienen una antena parabólica más grande que la de Netflix, Prime y HBO juntos —siseo, algo molesto por la falta de discreción de mis vecinos.

—El caso es que la mujer estaba preocupada por si no teníais desayuno suficiente, quería mandaros unos bizcochos y unas magdalenas y yo me ofrecí a acercároslos —termina, dejando el paquete sobre la mesa.

—Qué amable por tu parte —dice Sara con ironía.

—Ohh, *amabilidad* es mi segundo nombre, querida —replica ella con retintín.

—No tenías que haberte molestado —le asegura Sara.

—Ver a Carlos puede ser muchas cosas, pero desde luego, molestia no es el término adecuado para definir ninguna de ellas —dice la pelirroja, poniéndome ojitos y haciéndome sentir de lo más incómodo.

Pero esta tía, ¿de qué va? ¿Qué cojones se ha creído?

—¡Esto es una preciosidad! —interviene Iria, intentando relajar la atmósfera mientras contempla el jardín con aire soñador y se acaricia la incipiente barriga apoyada en Roi, que enseguida pasa un brazo sobre sus hombros.

—¿Verdad que sí? —pregunta Sara con una sonrisa, volviéndose hacia ella y pasando de forma descarada de Marta, que continúa con la vista fija en ella.

—Pues yo no creo que sea para tanto, solo son plantas —replica Bruno quien lleva con el ceño fruncido desde que ha llegado. Es obvio que no soy santo de su devoción, y no piensa molestarse en disimularlo.

—A ti te encantan las plantas —le recuerda risueña su mejor amiga.

—Puede —concede de mala gana—. Pero a ti no, siempre se te mueren.

—Es lo bueno de que estas sean silvestres —replica Sara—. No necesitan de mis cuidados.

—No le hagas ni caso; desde que te has ido, está de lo más gruñón. Insoportable diría yo —asegura Thiago, negando con la cabeza—. Ni te imaginas la paciencia que tengo que tener.

—No estoy gruñón —se defiende el abogado.

—¡Por supuesto que no! «Gruñón» es demasiado generoso —interviene Roi —. Estás insufrible y tan malhumorado que no hay quien te aguante… Sara, necesitamos que vuelvas pronto porque, cuando no estás en casa, este se vuelve intratable.

Me muerdo la lengua, tragándome las palabras, cuando siento la imperiosa necesidad de decir que ella ya está en casa, en parte porque el abogado parece muy capaz de abalanzarse sobre mí y retorcerme el pescuezo si lo hago, y en parte porque sé que, por mucho que me joda admitirlo, no es cierto.

Soy consciente de que cada día que pasa Sara está más a gusto con nosotros, pero no soy tan iluso como para pensar que eso sea algo que se va a mantener de forma permanente en el tiempo… Lo que ocurre es que, durante esta semana, me he esforzado mucho para mantener alejado ese pensamiento, prefiero centrarme en disfrutar el presente y, cuando llegue ese momento, veré qué opciones tengo.

—No será para tanto —se ríe ella.

—Eso lo dices porque no eres tú la que convive con él —murmura Thiago.

—¿Recuerdas la peli *Gremlins*? Pues, desde que no estás, este es como uno, pero de los mojados —añade Roi, dedicando a su hermano un guiño vacilón.

—No les hagas ni caso —dice el aludido poniendo los ojos en blanco—. Lo que pasa es que, si ya no hay nada que te retenga aquí, no entiendo por qué no te vuelves a casa de una vez. ¡Incluso podrías regresar con nosotros! ¡Así le echarías una mano a Iria con los preparativos de la boda! —añade, lanzando una mirada suplicante a su futura cuñada.

Esta, lejos de hacerle caso, suelta un bufido.

—No estoy de acuerdo con eso de que nada la retiene aquí; basándome en lo que nos encontramos esta mañana cuando entramos en el salón, me atrevería a asegurar que está bastante retenida… Y, aunque nada me gustaría más que contar con Sara para organizarlo todo, se nota que se lo está pasando de maravilla y que está de lo más a gusto y entretenida. Así que deja de incordiarla —afirma ella resulta.

—No incordio, solo planteo la que me parece la opción más lógica y válida —insiste él, que por lo visto no piensa dar su brazo a torcer.

—Vine aquí buscando inspiración y eso es justo lo que estoy haciendo —afirma Sara—: inspirarme.

—Ya… —murmura él, mirando a mi hermana de reojo de forma disimulada—.Y, por curiosidad, ¿has empezado a pintar ya alguno de tus cuadros?

Mi cuerpo se pone rígido porque no sé por qué…, pero el tono con el que lo dice no me gusta nada de nada…

—Llevo pintando un tiempo… —comenta Sara, removiéndose incómoda en su sitio y lanzando una mirada cargada de incomprensión a su amigo. Es evidente que no entiende por qué le pregunta eso… Y, a decir verdad, yo tampoco.

—Eso es fenomenal —insiste él—, pero puedes inspirarte y pintar desde cualquier sitio.

—Tú mismo me dijiste que debía disfrutar de esta desconexión, tomármelo como una oportunidad para salir de mi zona de confort, y te estoy haciendo caso —le recuerda Sara, algo molesta por tanta insistencia.

—El problema es que igual salir de tu zona de confort no ha sido lo más apropiado, o igual sí y lo que pasa es que no has escogido al acompañante apropiado —insinúa Bruno, clavando sus ojos en ella.

—Estoy segura de que la exposición le saldrá preciosa… —interviene mi hermana, algo incómoda, tratando de zanjar el tema.

—¡Oh, por favor, mejor no digas nada más! —le advierte él con seriedad.

—¡Bruno! —lo llama Sara, sorprendida por ese arranque—. ¡No seas tan desagradable!

—¿Desagradable, yo? ¡Lo que me faltaba por escuchar! ¡Te están mintiendo en la puta cara y estás tan obnubilada que no te enteras de nada! —dice, levantándose enfadado.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Sara y, aunque su tono intenta sonar calmado, siento como su cuerpo se pone rígido junto a mí.

—¡Erin sabe de sobra quién eres! ¡Está fingiendo! ¡Todo esto es una pantomima para aprovecharse de ti! —acusa a mi hermana, señalándola con el dedo.

¡Mierda!

Los ojos de Erin se abren de forma desmesurada y, de inmediato, me vuelvo hacia Sara justo a tiempo de ver como sus mejillas palidecen y su mirada temerosa busca la mía. Ni siquiera se plantea que Bruno esté equivocado, y un miedo irracional a perderla se apodera de mi cuerpo.

—¿Se lo dijiste? —Su voz apenas es un susurro, pero suena como un relámpago, rasgando algo dentro de mí.

—¡Por supuesto que se lo dijo! ¿Quién iba a ser si no? —brama el abogado, enfadado, cruzándose de brazos.

—Cállate, Bruno—le ordena Iria con gesto preocupado.

—¿Por qué me voy a callar? ¿Acaso estoy mintiendo? ¡Vosotros la escuchasteis igual que yo! —replica él.

Los ojos de Sara buscan la respuesta en el rostro de su amiga, y esta suspira resignada.

—Es cierto, pero puede haber una explicación. No hay que sacar conclusiones precipitadas —le dice con voz suave.

—Sara, yo… —intenta explicarse mi hermana.

—No —la interrumpe ella, levantándose y encarándome con la barbilla temblorosa y unos ojos que albergan tanta tristeza, desconfianza y decepción que su mirada se convierte en un puñal que se clava directo en mi corazón.

—¿Se lo dijiste? —repite la pregunta que acaba de hacerme hace unos segundos, pero las palabras se niegan a salir.

—¿Cómo lo sabes? ¿Qué fue lo que dijo exactamente? —pregunta, volviéndose hacia Bruno para buscar la confirmación que yo soy incapaz de ofrecerle.

Él la mira con el dolor reflejado en sus expresivos ojos.

—Cuando nos acompañó a tu casa, dijo que este era un maravilloso lugar para escribir —

confiesa—. Solo tuve que atar cabos —añade encogiéndose de hombros.

—¡Oh, por favor! ¿A qué viene tanto drama? ¡No seas exagerada! —interviene Marta, quien está disfrutando, clavando la puntilla final—. ¡Ni que fuera para tanto!

—Creí que podía confiar en ti —susurra Sara en mi dirección, con voz temblorosa, sin dignarse siquiera a mirarme.

—Y puedes —musito, con la voz entrecortada.

—Me has mentido, tú y tu hermana, los dos lleváis mintiéndome todo el tiempo desde que llegué aquí.

Y eso es lo último que dice antes de alejarse, haciéndome sentir como si acabase de arrancarme de cuajo un pedazo de mí.

Capítulo 17

O te vienes o me quedo

Sara

Unos golpes de nudillos resuenan en la habitación justo antes de que la cabeza de Bruno asome por el hueco de la puerta.

—¿Se puede? —pregunta, preocupado y con cierto aire de culpabilidad reflejado en su expresivo rostro.

Lo miro un momento por encima del hombro sin dejar de doblar una prenda tras otra de forma compulsiva sobre la cama.

—¿Desde cuándo pides permiso para entrar? —prácticamente ladro.

—Teniendo en cuenta la paliza que le estás pegando a esas pobres camisetas, no me quería arriesgar.

—Solo estoy ordenando un poco —replico de mala gana.

—Si tú lo dices… —murmura él, paseando la mirada sobre las montañas de ropa que aparecen tiradas por el suelo y el colchón.

—¿Algo que objetar? Sabes que organizar la ropa me relaja y me ayuda a pensar.

—Pues debes de estar relajándote de lo lindo, porque esta habitación está como si acabase de pasar por aquí un huracán, y no uno pequeñito.

—Ojalá… —siseo entre dientes.

Lo escucho suspirar mientras aliso un jersey y lo pongo en el montón correspondiente.

—Sé que estás enfadada… —escucho, y de inmediato me vuelvo hacia él, impidiéndole continuar.

—¿Enfadada? ¡No estoy enfadada! Estoy muy, pero que muy enfadada, y también decepcionada, por no decir que me siento como una idiota —confieso y, aunque intento imprimirle a mi voz un tono seguro y decidido, suena quebrada y temblorosa.

—No eres ninguna idiota —protesta Bruno, acercándose a mí con el ceño fruncido—. En cualquier caso, el idiota es él.

—Pues me siento como tal. —Inspiro con fuerza, tratando de contener las lágrimas—. Confié en Carlos. ¡Llevamos una semana acostándonos! ¡Acostándonos, Bruno! ¡Y durante todo este tiempo ha estado mintiéndome a la cara! Tú sabes que yo no me acuesto con cualquiera…

—Lo sé, soy muy consciente de que tu celibato está casi al nivel de una monja de clausura —concede, interrumpiéndome y tratando de arrancarme una sonrisa.

Casi siempre lo consigue… Es una de sus mayores virtudes; por feas que se pongan las cosas, él siempre consigue hacerme sentir mejor… Pero esta vez, nada más lejos de la realidad.

—¡Y más que debería estar porque, para una vez que me permito dejarme llevar, mira, así

me va! —Inspiro de nuevo con fuerza cuando siento que mi barbilla comienza a temblar de nuevo—. ¿Sabes qué es lo peor? ¿Lo que más me duele de todo esto? Que mientras yo estaba segura de que entre nosotros estaba naciendo algo especial, él me ocultaba la verdad —añado sin darle margen a contestar—. ¡Y una relación que empieza con mentiras no puede traer nada bueno, solo puede acabar fatal!

—Sé que lo que hizo estuvo muy mal… —dice interrumpiendo mi monólogo.

—¿Mal? —La voz me sale sola—. Sabía lo importante que era para mí que no se conociese mi identidad, era consciente de que esa era la única condición que puse para venir aquí. ¡Le hiciste firmar un puñetero contrato de confidencialidad y, aun así, no tuvo reparos en contárselo todo a su hermana! ¡Eso no es hacer algo mal, eso es una gran putada! ¡Un putadón del tamaño de una montaña!

—Lo sé, pero…

—¡Y esa es otra! ¡Su hermana! ¡Por fin había encontrado a alguien a quien le caía bien!

—Tú le caes bien a mucha gente.

—¡Me refiero a una persona que no forme parte de tu familia ni de la mía! —refuto, cruzando los brazos sobre mi pecho—. Creí que éramos amigas, me gustaba estar con ella… Pero resulta que era toda una gigantesca farsa.

—Punto número uno, Roi, Iria y el resto de mis hermanas te adoran por ser como eres, y no por formar parte de mi familia, y punto número dos, que Erin supiese quién eres no implica que no le cayeses bien o que no quisiese ser tu amiga —asevera—. Eres especial, hay que estar muy ciego o ser muy tonto para no verlo, y Erin puede haberse equivocado, pero no me parece ninguna de esas dos cosas.

—¡Y por si no me llegase con los hermanísimos, luego está la pelirroja de bote esa que va por la vida de mujer fatal, como si los demás tuviésemos que darle las gracias solo por respirar!

—¿Marta? —pregunta con voz suave.

—¿Acaso importa cómo se llame?

—Por lo visto, a ti, un poquito te importa, sí. ¿Estás celosa?

—¿Celosa, yo? ¿De esa bruja manipuladora? ¿De esa arpía sin corazón? ¿Acaso debería estarlo?

—Por supuesto que no deberías. No te llega ni a la suela de los zapatos —afirma con rotundidad.

—Gracias, pero mientes fatal —farfullo de mala gana.

No digo nada más. Me limito a darle la espalda y seguir doblando camisetas, jerséis y chaquetas como si no hubiera un mañana.

—Lo siento mucho. —Su voz suena apenada. —Sinceramente, creo que aquí ya no pintas nada y que deberías volver a casa con nosotros esta misma noche, pero también pienso que antes de hacerlo tendrías que hablar con ellos, decirles cómo te sientes y escuchar lo que tengan que decirte.

—No tengo nada que hablar con ninguna de esas personas —comento obcecada. No pienso dar mi brazo a torcer. Esta vez no.

—No pretendo entrometerme, pero yo también pienso que deberías escuchar su versión —nos interrumpe Thiago, entrando en la habitación—. A veces las cosas suceden por algo, Sara, y a veces la gente comete errores sin mala intención.

—Estoy de acuerdo —asiento, clavando mis ojos en él—. Pero hay errores que pueden perdonarse y otros que no tienen perdón. —Eso mismo le dijo hace poco Carlos a Miguel, y tenía razón—. En cuanto a lo de irme con vosotros, no pienso hacerlo… Vine decidida a escribir una

novela y eso es justo lo que voy a hacer. No pienso moverme de aquí mientras no termine lo que empecé.

—Me parece muy maduro y valiente por tu parte —comenta Thiago, que me dedica una sonrisa comprensiva y amigable.

—Pues a mí me parece una estupidez —replica Bruno, fulminándolo con la mirada—. No tiene sentido que se quede aquí sin amigos y en este estado.

—Alguna vez tendrás que dejarla librar sus batallas sola —le recuerda Thiago—. No puedes tenerla protegida siempre bajo tu ala.

—¡No pretendo tenerla bajo mi ala! ¡Solo ayudarla y acompañarla! —lo corrige—. Si tú te quedas, yo me quedo contigo —me asegura mi mejor amigo, volviéndose en mi dirección.

—Te lo agradezco, pero Thiago tiene razón. Esto es algo que quiero hacer yo —contesto, posando una mano sobre su brazo y apretándolo con ternura.

—Puedes hacerlo igual conmigo aquí, yo también necesito un descanso —trata de convencerme mientras el suspiro cansado de su pareja resuena en toda la habitación.

—Te recuerdo que mañana tienes un juicio al que debes acudir sí o sí —le dice, como si estuviese hablando con un niño pequeño que se niega a ir a un examen del colegio.

—Puedo pedir un aplazamiento —afirma Bruno, haciendo gala de toda su tozudez.

—Eres imposible… —rezonga Thiago—. No te lo van a conceder.

—De imposible, nada, por supuesto que me lo van a conceder y, si ella se queda, será conmigo a su lado —le dice convencido.

—No tiene ningún sentido que discuta contigo cuando sé de sobra que no vas a hacerme caso —replica Thiago, acercándose a darme un abrazo—. Sabes que puedes contar conmigo para todo lo que necesites —susurra en mi oído.

—Lo sé y agradezco que estés aquí —murmuro, apretándolo con fuerza.

—Eres de la familia, Sara, no estaría en ningún otro lugar; al igual que todos, solo quiero lo mejor para ti —me dice antes de darme un beso en la mejilla.

Sin añadir nada, Thiago sale de la habitación y, poniendo los brazos en jarras, me enfrento a mi mejor amigo.

—Los dos sabemos que él tiene razón —le digo.

—¿Acaso no tengo derecho a tomarme unas vacaciones? —cuestiona.

—Por supuesto que sí, pero no para socorrerme a mí —replico—. Este es un reto al que necesito enfrentarme sola. Tengo que resolverlo por mí misma.

La duda, la tristeza y la impotencia se mezclan en su mirada. En el fondo, sabe que no va a convencerme y que no puede hacer nada.

—De acuerdo, pero con dos condiciones —exige.

—Tú dirás…

—La primera, que cuando estés preparada hables con Erin. Permítele darte su versión de los hechos; por lo que me has dicho, siempre se ha portado bien contigo, creo que es justo que le concedas eso.

Me lo pienso un segundo.

—Creo que eso puedo hacerlo, no ahora, pero sí en algún momento —concedo.

—Y la segunda, que si en algún momento la situación te supera, te largues de aquí, aunque la novela no esté terminada.

—Eso sería huir —refuto.

—De eso nada, solo sería volver a casa —me asegura.

—Conseguiré terminar esa novela. Me lo he propuesto y lo voy a lograr.

—No es eso lo que esperaba oír.

—Lo sé… Pero vas a tener que confiar en mí. Tienes que creer que podré encontrar la forma de estar bien, aunque no te tenga junto a mí.

—Lo hago, es solo que no quiero verte sufrir. Si te encuentras mal, solo tienes que llamarme y me plantaré aquí —me asegura.

Lo contemplo con cariño infinito porque sé que cada una de sus palabras es cierta, Bruno movería montañas por mí; sin embargo, por desgracia, como acabo de decirle, esta batalla me corresponde librarla solo a mí.

Capítulo 18

Junta extraordinaria

Carlos

—¡Buenos días, hermano, levanta el culo de esa silla y vamos a la sala de reuniones que tenemos junta extraordinaria! —anuncia Erin, que entra acelerada en mi despacho.

De mala gana, levanto la vista de los documentos que estoy revisando y la observo con el ceño fruncido.

—Resulta insultante verte con tanta energía cuando apenas son las ocho de la mañana —la saludo soltando un gruñido.

—Tú también la tendrías si no fuese porque últimamente te tiras las noches regodeándote en tu miseria en lugar de hacer algo productivo.

—Qué sabrás tú lo que yo hago o dejo de hacer por las noches —resoplo molesto.

No pretendo sonar tan borde, pero me sale sin que pueda evitarlo.

—Entre las ojeras que te gastas y lo insufrible que estás, para deducirlo no hace falta ser Einstein —replica—. Y yo, querido hermano, otra cosa no, pero inteligente soy un rato.

Achico los ojos, dedicándole una mirada de todo menos amistosa.

—¿Has intentado hablar con ella? —se interesa con voz suave.

—Cada maldito día de la última maldita semana —confieso—. Le he mandado mensajes, la he llamado e incluso me he pasado por su casa… Pero no me ha respondido, ni siquiera me ha abierto la puerta.

—Lo siento mucho, Carlos, todo esto es culpa mía. —Su gesto triste y apocado me estruja el corazón.

—No es cierto, los dos sabemos que el único responsable de esta situación soy yo —afirmo, asumiendo mi responsabilidad.

—Debí tener más cuidado —suspira ella.

—Las mentiras siempre acaban cayendo por su propio peso, los dos teníamos que haber sido más sinceros con ella —acepto—. Pero no hubo mala intención ni al decírtelo ni al ocultarlo después.

Ha pasado una semana desde que todo me estalló en la cara y, aunque admito que sentí un profundo alivio al comprobar que no se fue con sus amigos, desde ese momento se ha encerrado en su casa y, a pesar de que lo he intentado numerosas veces por todos los medios posibles, no ha querido ni verme ni escucharme ni mucho menos volver a tener ningún tipo de contacto conmigo, y esta situación me tiene en un sinvivir. Me paso el día malhumorado y por la noche apenas puedo dormir.

—Yo tampoco he conseguido hablar con ella —admite Erin con gesto apenado.

—No sé qué más puedo hacer. —Suspiro frustrado y me froto la frente con la palma de la mano.

—Para empezar, puedes despegar el culo de esa silla y venir —me indica ella.

—¿A dónde? —inquiero sin comprender nada.

—Acabo de decírtelo —resopla Erin impaciente—. Tenemos junta extraordinaria.

—Yo no he convocado nada para hoy —le aseguro negando con la cabeza—. Y mucho menos a las ocho de la mañana. Los vecinos me matarían si los sacase a estas horas de sus casas.

—Pues tú mismo, pero te advierto que tienes a todos esos vecinos de los que hablas reunidos y esperando.

—¿Qué dices? —cuestiono, levantándome, sin comprender que está pasando.

Con una sonrisa de satisfacción, abandona la estancia y yo echo a andar tras ella.

El ayuntamiento es en realidad una pequeña casa de piedra reformada para tal fin que consta únicamente de la zona destinada a ser mi despacho, un aseo y un gran patio interior que utilizamos para diferentes actividades y reuniones sociales en verano y que comunica con lo que antes era la zona de los establos y las cuadras, ahora diseñada y transformada en una amplia sala de reuniones con cabida para albergar a más de ochenta personas.

Yo mismo me encargué del proyecto y debo admitir que el resultado me encanta.

La sala es alargada y, aunque hemos mantenido la piedra de las paredes porque es un buen aislante del frío y el calor, el suelo sí se ha recubierto con tarima clara y el techo ha sido reforzado con vigas vistas de madera del mismo color.

Sigo a mi hermana a través del patio y, cuando ambos cruzamos la puerta, me quedo estupefacto y con los ojos abiertos de par en par. Erin no exageraba ni un poquito cuando dijo que el pueblo entero estaba esperando por mí. Todos mis vecinos permanecen en silencio y con la vista clavada en nosotros, ocupando sus respectivos sitios, mientras yo los observo sin moverme. Hasta que mi hermana me agarra del brazo y tira de mí para conducirme a la mesa que ocupa el pequeño estrado de la parte delantera de la habitación.

—¿Se puede saber que pasa aquí? —murmuro mirándola de reojo.

Ella ignora la pregunta y toma asiento, indicándome que haga lo mismo y, aunque desconcertado, la imito.

Hago un rápido repaso mental por si hay algún asunto a tratar que se me haya podido pasar… Pero no se me ocurre nada. Lo tengo todo al día, así que no entiendo a qué viene esta encerrona repentina.

—Bienvenidos todos, se levanta la sesión —anuncia Erin con una sonrisa en los labios.

—¿Sabes que no estamos en un juzgado? —cuestiono en voz baja—. ¿Y que eso se dice cuando el juicio ha terminado?

—Tienes razón —admite girando la cabeza hacia mí con aire pensativo antes de volver a dirigirse a los presentes—. Rectifico: se abre la sesión —afirma en tono solemne.

—Madre mía —murmuro, poniendo los ojos en blanco.

—Siempre he querido decir eso —responde encogiéndose de hombros.

—¿Alguien tiene pensado contarme de qué va todo esto? —inquiero, cruzando los brazos sobre mi pecho.

—El único que tiene que dar explicaciones aquí eres tú —asegura Manolo con gesto enojado.

—¿Yo? —repito sorprendido.

—¿Quién si no? —lo apoya María, golpeando el suelo con su bastón.

—¿Se puede saber qué narices has hecho para enfadar tanto a la pobre Sara? —me increpa

con voz seria Dolores, que todavía tiene el mandil de la panadería puesto.

—Me encantaría saber por qué dais por hecho que le he hecho algo —inquiero a la defensiva.

—Es evidente que estáis enfurruñados y esa chiquilla tiene cara de no haber roto un plato en su vida —replica Fermín—. Por lo tanto, la culpa tiene que ser tuya, eso está claro.

—No entiendo por qué pensáis que estamos enfadados.

—Somos mayores, pero no tontos —suelta Aurelio, el pastor.

—Y todos sabemos que hace muchos días que no pasas la noche en su casa —me informa Ramona que, a pesar de estar casi ciega, es la primera en enterarse de cualquier información en diez kilómetros a la redonda.

—Lo importante no es lo que hayas hecho, sino saber cómo piensas solucionar esta situación —la corrige María, la mujer de Pancho, el apicultor, que hace la deliciosa miel del pueblo.

Los contemplo a todos sin dar crédito a lo que estoy escuchando…

—¿En serio? ¿De verdad estáis intentando decirme que me habéis montado esta reunioncilla clandestina a las ocho de la mañana para intentar gestionar mi vida privada? —pregunto boquiabierto.

—Si fuese clandestina, no te habríamos invitado —responde Carlota, que también se encuentra entre los presentes, con gesto ofuscado.

—Además, si tú solo no eres capaz de buscar soluciones, tendremos que ayudarte a encontrarlas —comenta Manolo apoyándose en su bastón.

—Gracias por vuestro interés, pero no necesito ayuda —refuto.

—Ohhh, ya lo creo que la necesitas —me suelta Juan, el padre de Mariano, el tabernero—. Tus meteduras de pata nos están fastidiando a todos.

—Hace días que Sara no se pasa por la panadería, y me encantaba hablar un rato con ella cada día —nos hace saber Dolores quien parece hasta ofendida—. Se pasaba muchas veces a desayunar y, cuando no lo hacía, era raro que no me visitase al mediodía.

—También venía a saludarme a la ferretería —coincide Fermín—. Es una chica la mar de agradable. Siempre va con una sonrisa en la boca, me hace más ameno el día.

—A mí no me coge el teléfono, y eso que yo ni siquiera sé qué leches has hecho —los apoya Carlota—. Así que, haya pasado lo que haya pasado, ya lo puedes ir solucionando.

—No es tan fácil —me defiendo malhumorado—. ¿Acaso no os habéis parado a pensar que igual ya lo he intentado?

—¡Pues inténtalo más! —me recrimina Fermín.

—Pero vamos a ver, hijo, ¿A ti te gusta la muchacha? —se interesa María.

—No pienso responder a eso, es una cuestión de mi vida privada —respondo sin perder la compostura.

—Tampoco hace falta que lo hagas, teniendo en cuenta que todas las noches ibas a dormir a su casa —interviene Mariano, el dueño de la taberna.

—Bueno, lo de dormir es una forma de hablar… —dice mi hermana, ganándose una patada por debajo de la mesa que la hace contraer ligeramente el gesto y frotarse con disimulo la pierna.

—¡Compórtate con tu hermana, que no está diciendo nada que no sepamos ya! —me regaña Dolores.

—Entonces, ¿para qué preguntáis?

—Era solo por constatar… —afirma Juan, poniendo especial énfasis en la palabra que acaba de pronunciar a la vez que sonríe con orgullo.

—¿Consta qué? —pregunta María con expresión rara.

—Constatar —repite el hombre—. Asegurarse de algo, buscar respuestas… —le explica él, como si fuese un diccionario parlante.

Lo contemplo, admirado por la buena cabeza que conserva a pesar de los años…

—Desde que ve *Pasapalabra* se dedica a hablar como un sabelotodo y no hay quien lo aguante —comenta Mariano.

—Sabelotodo no, hijo, que eso es muy feo, yo soy un erudito —lo corrige su padre—. O lo que es lo mismo, persona con gran sabiduría y conocimiento.

—Ahhh —murmuran los demás a su alrededor, asintiendo.

—Nos estamos desviando de la conversación —interviene Ramón, llamando de nuevo su atención—. ¿Puedes decirnos de una vez qué te ha pasado con la moza?

—No voy a contaros nada de eso, pero solo para que me dejéis tranquilo, os diré que he hecho todo lo que está en mi mano para intentar arreglarlo —les aseguro.

—Doy fe de ello —me apoya Erin.

—Pamplinas —se escucha decir a María, que suelta un bufido como si lo que acabo de afirmar fuese una auténtica estupidez.

—Siempre se puede hacer algo más —añade Dolores, apoyándola.

—Es cierto. Los jóvenes os rendís con mucha facilidad, estáis acostumbrados a que os lo den todo hecho y no lucháis por nada —asevera Fermín.

—Pero cuando las cosas merecen la pena, hay que pelear, hijo —lo secunda Ramona.

—Cuando mi Encarna se enfadó conmigo porque me perdí el parto de nuestra segunda hija, estuve un mes entero cantándole serenatas cada noche en su ventana para que me dejase volver a dormir con ella en la cama —asegura Aurelio.

—Dudo que las serenatas funcionen en este caso. —Niego con la cabeza.

—Yo llevé de vacaciones a la playa a María cuando se enfadó conmigo —se escucha otra voz.

—A mí, mi Paco me regaló flores durante quince días hasta que consiguió que lo dejase entrar en casa cuando se lio con la de la charcutería del pueblo de al lado —nos informa otra vecina.

De repente, todos los presentes empiezan a aportar sus posibles soluciones, basadas en experiencias personales, y me siento como si mi vida sentimental acabase de convertirse en un asunto de estado.

—Escuchadme —pido.

Pero ellos siguen hablando todos a la vez y cada vez más fuerte, para hacerse oír, y no me hacen ni caso.

—Silencio —repito, consciente de que la cosa se está animando demasiado y de que todos los vecinos están revolucionados.

—Déjame a mí —se ofrece mi hermana, y se lleva los dedos a la boca para soltar un agudo silbido que detiene las voces a la vez que todas las miradas convergen de nuevo sobre nosotros.

—Os agradezco vuestros consejos y os prometo que haré todo lo posible por intentar arreglar esta situación que, por lo visto, a pesar de pertenecer a mi vida privada, se ha vuelto un problema para todos. Pero dicho esto, creo que por ahora podemos dar por zanjada esta reunión.

No parecen demasiado convencidos, pero esta vez mi tono no da pie a ninguna discusión.

—Tendremos que conformarnos, supongo —murmura María, sin disimular su desilusión.

—Eso me temo —respondo, manteniéndome firme.

Todos se miran los unos a los otros y su falta de confianza en el éxito de mi propósito es

tan evidente que resulta desmoralizante y no sé si enfadarme o echarme a reír.

—Bueno, pues entonces, ahora sí, se levanta la sesión —anuncia mi hermana y, aunque con reticencia, poco a poco todos se van levantando para ir hacia la puerta y abandonar el salón, hasta dejar a una única persona ocupando su silla.

Mis ojos se clavan en él y los de Erin también.

—Yo también me marcho, voy a dejaros a solas para que habléis —afirma mi hermana, que posa un beso en mi mejilla.

—No sé qué leches hace aquí, pero no tengo nada que hablar con él.

—Me pidió hace unos días que, cuando encontrase el momento oportuno para que pudieseis hablar, lo avisase, y lo llamé.

—Excusaste hacerlo —afirmo, cruzando los brazos sobre mi pecho.

—No seas cabezota, Carlos —me regaña ella con dureza—. Mira, no sé qué es lo que habrá pasado entre vosotros, pero sí tengo claro que vuestra amistad era lo suficientemente importante para ambos como para que intentéis arreglarlo. —Hace una pausa y, después, me pide—: Al menos déjale explicarse, si luego queréis seguir en pie de guerra, pues adelante, pero no pierdes nada por escucharle.

Resoplo y ella se lo toma como un sí, por lo que sale del salón despidiéndose de Miguel con un movimiento de mano y nos deja a los dos aquí.

—¿Tú qué haces aquí? Ni siquiera eres de este pueblo —le recrimino, sin rastro de amabilidad.

—Hace tiempo que debería haber venido, tenemos una conversación pendiente y no quiero dejarlo más tiempo —responde Miguel con gesto serio.

—Digas lo que digas, nada puede cambiar lo que pasó —le aseguro, bajando hasta el pasillo para encaminarme en dirección a la puerta.

—Lo siento. —Dos palabras, solo pronuncia dos palabras, pero son las únicas que deseé haber escuchado durante tanto tiempo…

Me detengo y cierro los puños a cada lado de mi cuerpo, pero no me giro hacia él, no todavía.

—Lo siento mucho. Fui un cabrón que no asumió sus errores y lo siento —repite con voz fuerte.

—Llevabas mucho tiempo desfasando —le recuerdo—. Hacía tiempo que te la estabas jugando.

—Es cierto —reconoce.

—Te advertí de que debías parar, te dije que no ibas bien así —afirmo con voz seca.

—Lo hiciste —admite—. Fuiste el único de todos los que me rodeaban que lo hizo. Pero fui tan necio que no te escuché. Pensé que me tenías envidia, que estabas celoso porque, por primera vez, yo era el que tenía más amigos de los dos.

—Esas personas que te rodeaban no eran amigos, sino personas que se aprovechaban de ti —le espeto.

—Es cierto. Me costó mucho aceptarlo, pero al final lo comprendí. Aunque ya era tarde porque te había perdido a ti.

—Robaste los exámenes y, cuando descubrieron que alguien había entrado en el despacho y comenzaron a sospechar de ti, quisiste culpar a una persona inocente para que cargase con las consecuencias de tus actos. —Mi voz suena resentida—. Y lo que es peor, intentaste que yo te cubriese y apoyase tu versión.

—Pero no lo hiciste, y me expulsaron de la carrera —termina él.

—Hice lo correcto, no me arrepiento y volvería a actuar de la misma forma. Aquel pobre chico al que querías cargar el muerto no tenía nada que ver en el asunto —me reafirmo.

—Tienes razón; siempre supe que lo que quería hacer no era correcto, pero en ese momento estaba desesperado y me sentí traicionado, a él apenas lo conocías y yo era tu mejor amigo. Estaba convencido de que deberías haberte puesto de mi lado.

—Que no lo conociera no implica que se mereciese que truncase su vida, sus sueños, sus objetivos… Él no había hecho nada; tú, sí. Mi conciencia no me permitía participar en algo así.

—Admito que fui un cobarde al ponerte en esa tesitura, pero entonces me costó gestionarlo. Me sentí abandonado y muy solo —murmura—. De repente, todos esos supuestos amigos de los que presumía se alejaron de mí y, cuando recurrí a ti, me encontré con que tampoco tú pensabas ayudarme. Igual no lo comprendes, pero eso fue algo muy difícil de asumir.

—Y yo me sentí dolido por que valorases tan poco mi amistad como para tratar de implicarme en algo así —digo, dándome la vuelta y acercándome hasta él—. Lo peor de todo es que, aunque la cagada fue tuya, fuiste tú quien pasó de mí. Me acusaste de chaquetero y, en lugar de disculparte por intentar involucrarme, me insultaste y te alejaste de mí. —Hago una pausa y, al ver que no dice nada, sigo soltando todo lo que llevo tantos años callando—. Pensé que con los días se te pasaría, sin embargo, después te expulsaron y, simplemente, te largaste, ignorando mis llamadas, y no volví a saber más de ti.

—Lo estoy haciendo ahora. Me estoy disculpando.

—¿No te parece que es un poco tarde? —lo increpo.

—Estamos vivos, ¿no? Entonces todavía hay tiempo —responde, y me regala esa sonrisa genuina suya que tan bien conozco y llevo tantos años sin ver, a la vez que se levanta para colocarse a mi altura.

Lo contemplo con intensidad, sorprendiéndome de que, después de tantos años sin contacto, todavía consiga ver en él los retales del compañero que perdí. Ese con el que compartí niñez, andanzas, ilusiones y decepciones… Y, de alguna forma, siento que, tras tanto tiempo alejados, ese viejo amigo al que sin saberlo extrañaba por fin ha regresado.

—Eso parece —reconozco.

—¿Podemos empezar de nuevo entonces? —pregunta esperanzado.

—No creo en los nuevos comienzos, pero podemos continuar donde lo dejamos —afirmo, abrazándolo con un cariño que, por lo visto, aunque permaneciese tan escondido que ni yo mismo sabía que todavía conservaba…, siempre se mantuvo en alguna parte de mí, esperando la oportunidad para poder salir.

Capítulo 19

Que llueva, que llueva…

Sara

Llevo una semana sin salir de casa más que para lo imprescindible, lo que se traduce en la caminata nocturna que cada noche doy con Calcetines por la zona del río. A mi inseparable amigo de cuatro patas le encanta saltar de piedra en piedra, oler el musgo y mordisquear todas y cada una de las ramas que se encuentra por el camino, así que, a pesar de mis ganas de encerrarme a cal y canto delante de mi máquina de escribir, no he sido capaz de negarle ese pequeño placer.

El resto del tiempo, salvo el destinado a comer y dormir lo mínimo imprescindible para no desmayarme, me lo he pasado casi al completo escribiendo. Esa siempre ha sido mi mejor vía de escape, el canal por el que dejo salir mis sentimientos, mis frustraciones y mis anhelos y, por suerte, a pesar de lo diferente que me siento en muchos aspectos desde que llegué aquí, esa pequeña parte de mí continúa igual.

Reconozco que, en algún que otro momento, necesito despejarme. Sigo enfadada, dolida y a menudo me siento saturada, pero eso es lo bueno de tener un precioso jardín en la parte trasera. Cuando me siento demasiado abrumada, sobrepasada y los sentimientos amenazan con colapsarme, salgo allí e intento calmarme mientras disfruto del olor del azahar y la lavanda.

«Aún no puedo creerme todo lo que ha ocurrido…», pienso, dejando de teclear durante unos segundos para contemplar como las gotas de lluvia se deslizan a lo largo del cristal.

A mis pies, Calcetines suelta un bostezo y alza sus ojos hacia mí.

—Lo siento, amigo, sé que echas de menos dar una vuelta, pero ha estado lloviendo durante todo el día y, por lo que veo, parece que la noche va a continuar igual.

De nuevo, alzo la vista al cielo, contemplando como la lluvia se intensifica y las nubes se desplazan a toda velocidad.

De pronto, Calcetines comienza a ladrar y sale corriendo en dirección a las escaleras.

—¿A dónde vas? —le pregunto justo antes de escuchar el timbre—. ¿Quién leches será ahora? —murmuro, levantándome de mala gana para dirigirme a abrir.

—¿Qué haces aquí? —pregunto con voz seca al encontrarme a Carlos al otro lado de la puerta.

—Tenemos que hablar —afirma con voz seria.

—Creía que el hecho de no contestar a tus mensajes ni responder a ninguna de tus llamadas sería un indicio más que suficiente de que no tengo nada que hablar contigo; si no lo pillas, igual deberías hacértelo mirar.

—Necesito darte una explicación —me asegura.

—Tuviste mucho tiempo para dármela, ahora ya carece de valor —replico, manteniéndome firme.

Sus ojos parecen apagarse ante mi contestación y me siento aún peor, porque no entiendo cómo es posible que, a pesar de todo, en cuanto he abierto la puerta y lo he visto al otro lado, mi cuerpo traidor haya comenzado a hormiguear de anticipación haciéndome saber que todavía tiene muy presente la química que hay entre los dos.

Verlo es un recordatorio de que lo he extrañado mucho más de lo que me he permitido admitir y, de repente, estos siete días sin sentir sus caricias, sin escuchar su risa o sin disfrutar del calor de sus labios caen como una losa sobre mí.

—Sara… Por favor. —Su voz se quiebra ligeramente y, al escucharlo, comienzan a escocerme los ojos.

—No pienso hablar contigo —aseguro, cerrándole la puerta delante de la cara.

—Estás en todo tu derecho, pero tienes que saber que no pienso moverme de aquí mientras no lo hagas —lo escucho decir a través de la madera antes de darme la vuelta para, echando mano de toda mi fuerza de voluntad, alejarme de la entrada y subir por la escalera.

—Vamos, Calcetines —llamo al animal que, durante unos segundos, parece dudar, pero que enseguida echa a correr tras de mí para alcanzarme.

Son casi las diez de la noche y la lluvia, lejos de amainar, aumenta sin parar. Todavía no he cenado, pero con el agujero que acaba de perforarme las entrañas al verlo dudo que ninguna comida me aguante en el estómago, así que decido irme directa a la cama.

Un trueno suela a lo lejos, iluminando la habitación justo cuando me estoy poniendo el pijama y, a toda prisa, me cubro con el edredón, buscando su cobijo y su calor.

Cierro los ojos con fuerza, intentando borrar su imagen de mi mente, pero el recuerdo de su forma de mirarme, la manera en la que el pelo mojado le cae despeinado sobre la frente, sus labios pronunciando mi nombre con pesar… se repiten en mi cabeza una y otra vez.

Un nuevo trueno suena de fondo mientras una ráfaga de viento golpea con fuerza el cristal, y me estremezco con fuerza pensando en lo mucho que me apetece y en lo fácil que sería dejarme abrazar…

Pero no puede ser, lo que me hizo no es algo fácil de perdonar y, aunque me encantaría borrarlo de mi cabeza y hacer como si no hubiese ocurrido nada, no puedo dejarlo pasar. No cuando tuvo todas las oportunidades del mundo para contarme la verdad.

Mantengo los ojos cerrados mientras imágenes de lo más vívidas de cada uno de los momentos compartidos me atormentan sin parar hasta que, consumida por el cansancio de tantos días durmiendo poco, el sueño se va apoderando de mi voluntad y me dejo llevar con la esperanza de que quizás así, durante unas horas pueda dejar de sentir y pensar…



Me despierto sobresaltada con la luz de un relámpago iluminando la habitación y, de inmediato, alargo la mano hasta el lugar donde Calcetines debería estar acostado a mi lado con la intención de calmarlo, porque sé que al cachorrito le dan un miedo espantoso las tormentas y los petardos.

Sorprendida al no hallarlo, me incorporo y busco el móvil en la mesilla para comprobar que apenas pasa de las tres de la madrugada.

Preocupada por que la tormenta lo haya asustado más de lo normal y yo ni siquiera me haya enterado, me levanto y comienzo a llamarlo, y lo busco por el baño y el vestidor.

Me paro en seco al escucharlo sollozar desde el piso inferior y, temerosa de que le haya ocurrido algo, bajo las escaleras a toda velocidad para encontrarlo acostado delante de la puerta principal.

—¿Qué haces ahí? Vamos a la cama —le digo desde el último escalón.

Pero, lejos de hacerme caso, él se limita a ladear la cabeza y mirarme con carita de pena antes de centrar de nuevo su atención en la puerta, la cual comienza a rascar con la pata sin dejar de lloriquear.

—¿Se puede saber qué te pasa? —pregunto, acercándome y acuclillándome a su lado para acariciarlo—. No pretenderás salir ahora con la que está cayendo, ¿verdad?

Él ni me mira, solo sigue rascando la puerta cada vez con más fuerza.

Un nuevo trueno retumba en el exterior y Calcetines se encoge, temblando con violencia, sin dejar de golpear con la pata en la madera.

—No tienes nada que temer, ahí fuera no hay nada —le explico, cogiéndolo en brazos y poniéndome en pie dispuesta a volver a mi habitación—. Solo es la tormenta.

Sin embargo, él parece tener otros planes y protesta, revolviéndose, hasta que consigue volver al suelo para atrincherarse de nuevo delante de la entrada sin parar de lloriquear.

—Te digo que no tienes de qué preocuparte —le repito asiendo el pomo, dispuesta a demostrarle que tengo razón.

—¿Ves? —pregunto al abrir—. Aquí no hay… —La frase queda inconclusa y mi mandíbula se descuelga de forma exagerada mientras mis ojos se encuentran con los de Carlos quien, a pesar de permanecer pegado a la pared del porche para resguardarse lo máximo posible de la lluvia, está empapado y me observa con expresión seria y bastante pálida.

—¿Qué leches haces aquí? —pregunto—. ¿Acaso te has vuelto loco?

—No sé de qué te sorprendes, te dije que no pensaba moverme de tu casa mientras no me dieras cinco minutos para hablar contigo —replica, como si su actitud fuese lo más normal del mundo.

—Y yo te dije que no tenemos nada de lo que hablar —me reafirmo, cruzando los brazos sobre mi pecho en parte para no perder la compostura y en parte para resguardarme del frío que se cuela por mi cuerpo.

—Perfecto, pues vuelve a la cama, yo aquí me quedo —afirma sin amilanarse, encogiéndose de hombros.

—¡No puedes hacer eso, vas a coger una pulmonía! —replico frunciendo el ceño.

—Si es necesario para conseguir que me escuches, me parece perfecto —me asegura, con una seguridad demoledora—. En el fondo, casi me lo merezco.

Mis ojos lo recorren de arriba abajo. Está empapado y, si yo tengo frío estando seca…, él debe de estar congelado.

Estoy muy enfadada y hablo en serio cuando digo que no quiero escuchar nada de lo que tenga que decirme… Pero está situación es ridícula, ya me ha dejado claro que no piensa moverse sin hablar conmigo y, a este paso, va a terminar enfermando… Además, tengo que reconocer que nadie había hecho nunca nada así por mí; en realidad, ni siquiera se me había pasado por la cabeza que hablase en serio cuando dijo que no iba a moverse de aquí y, aunque mi parte racional lo ve completamente irresponsable y descabellado, mi corazón salta dentro de mi pecho ante un gesto tan bonito y romántico.

Cuanto más lo miro, más se resquebraja mi determinación e, indecisa, me muerdo el labio inferior, debatiéndome entre si dejarlo entrar o no.

Un nuevo relámpago ilumina el cielo y una ráfaga de viento se cuela por dentro de mi

pijama, haciéndome estremecer.

—Tienes cinco minutos, ni uno más, y después te irás a tu casa como una persona normal —advierto, haciéndome a un lado para dejarlo pasar.

—Te prometo que, si después de escucharme no quieres volver a saber nada de mí, no te molestaré más —contesta sin esconder el alivio que siente mientras entra en casa sin dilación.

Una sensación de pérdida tan real como angustiosa trepa por mi estómago cual enredadera, colapsándolo todo y engullendo el resto de los sentimientos que habitan dentro de mí. De repente, la frustración, la decepción e incluso la ira se vuelven insignificantes ante la posibilidad real de no volver a verlo y me pregunto si no estaré empezando a perder la cabeza, pues no comprendo por qué la idea de apartarlo de mi vida me agobia y bloquea de una forma tan irracional, si eso es justo lo que yo le pedí: que se alejase de mí y me dejase en paz.

La respuesta es sencilla: una cosa es pedir algo y otra, muy distinta, quererlo de verdad.

O igual solo estoy perdiendo un poco mi capacidad de razonar…

Durante unos segundos, ambos permanecemos en silencio, estudiándonos el uno al otro como si fuésemos los dos contrincantes de un duelo.

Su piel luce más blanca de lo normal a causa del frío que debe de estar pasando, tiene el pelo empapado y alborotado cayendo sobre su frente de manera irregular, su mirada se torna cálida al encontrarse con la mía y en sus ojos descubro una mezcla de miedo, incertidumbre, esperanza y anhelo que me empujan a abrazarlo olvidando todo lo demás.

Pero no puedo, no puedo ni quiero hacer como si no hubiese pasado nada, me ha lastimado, me ha hecho daño y, si hubiese sido sincero, todo esto se podría haber evitado, así que lo que ha ocurrido no es algo que deba o pueda obviar.

—Se te va a acabar el tiempo y no has dicho nada —anuncio a la vez que doy un paso atrás para poner más distancia entre los dos.

—Sé que la he cagado —admite, pasándose una mano por el pelo y salpicando gotitas de agua a su alrededor.

Es un gesto que hace cuando está nervioso y siempre me ha parecido supertierno.

—A lo grande —matizo.

—Sé que la he cagado a lo grande —repite él—. Pero necesito que sepas que yo jamás te haría daño ni te traicionaría de forma intencionada.

—Pues eso es justo lo que has hecho —le recuerdo alzando las cejas.

—Cuando le conté a Erin que venías al pueblo, ni siquiera te conocía —confiesa, deteniéndose unos segundos por si quiero decir algo; no obstante, al ver que permanezco en silencio, continúa hablando.

—Verás, cuando Marta me llamó para decirme que habías aceptado mi propuesta…

—Chantaje, no fue una propuesta, sino un chantaje —le recuerdo.

—Tienes razón —acepta, asintiendo a la vez que suelta un pesado suspiro de resignación —. Pero creí que eso ya estaba aclarado.

—Lo está —admito tras unos segundos.

Él asiente, aliviado.

—La verdad es que Erin, además de ser mi hermana, siempre ha sido mi mejor amiga, confío en ella de forma ciega y, aunque pueda parecer algo alocada, sé que es una persona leal y discreta —declara con convicción.

—Eso no lo pongo en duda, pero, aun así, no tenías derecho a revelar algo que no te correspondía a ti decidir si le contabas o no. —Mi voz suena dura—. Y menos cuando sabías lo importante que era para mí.

—Tienes razón, pero entonces no conocía tus motivos para permanecer en el anonimato, ni siquiera te conocía a ti —anuncia—. Erin, sin embargo, se había leído todos tus libros, de hecho, ella fue quien me contó, emocionadísima, que habías mencionado nuestro pueblo en tu última novela. Así que cuando Marta me contó que ibas a venir…

—Se lo dijiste —afirmo, terminando la explicación por él.

—Estaba seguro de que no iba a decir nada, y sabía que se moriría de la ilusión por tenerte aquí. Tenías que haberla visto, estaba como loca, ni siquiera sé cuántas veces limpió, reorganizó y preparó la casa antes de tu llegada…

Algo se reblandece en mi interior al pensar en la que hasta hace unos días consideraba una amiga.

—Sabía que tu identidad estaba a salvo con ella, estaba convencido de que Erin se cortaría la lengua antes de decir una sola palabra.

—Aun así, debiste ser sincero conmigo y contármelo. Yo tenía derecho a saberlo y tuviste muchas oportunidades para explicarme lo sucedido, pero decidiste callarte y mentir.

—Es cierto, y entiendo que estés enfadada…

—Entonces, ¿por qué no lo hiciste?

—Porque todo se complicó cuando te conocí…

—Tus cinco minutos están acabando… —le recuerdo frunciendo el ceño—. Y no entiendo qué quieres decir.

Veo la lucha interior que libra reflejada en su mirada.

—Que cuando fui un bocazas con Erin, no sabía que iba a enamorarme de ti…

Sus palabras me golpean en el pecho con fuerza y siento como si mi corazón hubiese alzado el vuelo.

—Aun así, te juro que pensé en decírtelo, pero, cuando me contaste lo importante que era para ti mantener tu identidad en secreto, me acojoné… No quería perderte y fui alargándolo y alargándolo hasta que al final eso que no quería fue justo lo que conseguí.

—Repite lo que acabas de decir —murmuro mientras el mundo parece moverse a mi alrededor a toda velocidad.

—Pensaba decírtelo, pero…

—Eso no, lo anterior —lo interrumpo, avanzando un paso hacia él.

La forma en la que se oscurece el iris de sus ojos me muestra el momento exacto en que comprende lo que quiero decir…

—Cuando fui un bocazas con Erin, no sabía lo rápido que iba a enamorarme de ti. —Su voz suena profunda y sincera.

—¿Es cierto? —pregunto con voz trémula, pues me cuesta creer que sea verdad.

Él avanza hasta mí y toca mi mejilla con el dorso de su mano en una suave caricia que me hace temblar, y no necesito que añada nada más. La ternura que desprende su mirada y la dulzura que dibuja la sonrisa que se despliega en su cara son la única respuesta que necesito; aun así, como si quisiera dejarlo escrito con una tinta invisible imposible de borrar, él se apresura a contestar.

—No hay nada tan cierto como que estoy profunda e irremediablemente enamorado de ti —susurra sobre mis labios—. Te metiste en mi cabeza el primer día en que te conocí, te hiciste un hueco más y más grande en mi corazón con cada momento que compartimos y, aunque desde la primera vez que nos acostamos supe que estaba loco por ti, cuando pensé que ibas a marcharte me di cuenta de que estoy enamorado hasta las trancas y de que no quiero pasar ni un solo día sin ti.

Una lágrima solitaria desciende por mi mejilla, humedeciendo la piel de sus manos justo antes de que mis labios recorran la escasa pero interminable distancia que los separa de los suyos, y nos unimos en un beso tan delicado como intenso que aviva la necesidad que sentimos el uno por el otro.

Mi lengua se abre paso en su boca, sus manos rodean mi cintura y las mías acarician su pelo mojado mientras intento saborear cada una de las sensaciones que provocan sus dedos sobre mi piel.

Ni siquiera soy consciente de que subimos las escaleras, tampoco de cómo la humedad de su ropa comienza a desaparecer cuando nos dejamos caer sobre la cama.

Cada prenda se convierte en una barrera que, despacio y sin prisa, vamos eliminando. No puedo pensar, solo sentir y desear.

Siento que me ahogo en su mirada, pero también que sus besos son el aire que me permite respirar. Siento sus caricias revolucionando cada terminación nerviosa de mi piel. Siento su boca saboreando y demandando y, sobre todo, siento como lo hago mío y como él me hace suya cuando nos entregamos el uno al otro en el momento en que nuestros cuerpos se unen, buscando mucho más que placer, y nos convertimos en una sola alma y un solo ser.

Cada movimiento me acerca al delirio; cada jadeo, cada gemido, me hacen enloquecer. Mis dientes marcan su clavícula y mis manos recorren ansiosas cada rincón de su anatomía mientras, sin dejar de mirarnos a los ojos, entramos en combustión, consumiéndonos en un fuego lento y devastador que nos hace arder hasta que, casi a la vez, nos dejamos ir en un orgasmo tan brutal que percibo, extasiada, como cada parte de mi cuerpo explota en una oleada de placer que desintegra cada célula de mi cuerpo, haciéndome resurgir después y alzar el vuelo como el ave fénix que renace de sus propias cenizas, demostrando que hay cosas tan increíbles y maravillosas que no pueden ni deben desaparecer.

Capítulo 20

Sí, quiero

Carlos

—¡No encuentro mis zapatos! —grita Sara desde la planta de arriba.

—Los dejaste al lado de la puerta del baño —le recuerdo, elevando la voz para hacerme oír mientras me abrocho los botones de la camisa.

—Es cierto —la escucho mientras corre de un lado a otro.

—¡Ahora me falta el abrigo! ¡No puedo salir sin abrigo! —exclama, y suelta un gemido.

—Lo tienes encima del sillón —la tranquilizo, sin dejar de sonreír.

Me hace gracia que Sara quien, por norma general, es de lo más tranquila y calmada, esté tan nerviosa y estresada.

—¡Ya estoy! —anuncia bajando las escaleras.

Mis ojos la recorren de arriba abajo en cuanto entra en mi campo de visión y mi sonrisa se agranda de tal forma que me duelen las mejillas al recordar lo afortunado que soy.

Todavía me cuesta creer que me haya perdonado y es cierto que esas horas que pasé en plena tormenta a la intemperie a la puerta de su casa me costaron un buen catarro, pero mereció la pena cada décima de fiebre si gracias a ello esta increíble, hermosa, inteligente y dulce mujer que baja los escalones con cuidado vuelve a estar a mi lado.

—Estás preciosa —susurro, aclarándome la voz y notando como al tenerla a mi lado se me acelera el corazón—. ¿No crees que todavía es pronto? Igual tenemos un rato para subir a la habitación y… —sugiero esperanzado, a pesar de saber de antemano que la respuesta va a ser «no».

—¡Ni se te ocurra intentar liarme! ¡Hoy se casan dos de mis mejores amigos! —me recuerda, apuntándome con el dedo mientras se recoloca un mechón de pelo rubio.

—Es que te veo con ese vestido y solo puedo pensar en quitártelo… —digo con gesto juguetón, desvistiéndola con la mirada.

—¿Tan mal me queda? —bromea, y me dedica una sonrisa inocente.

—Estás perfecta, sabes que no lo digo por eso —le aseguro.

Y es cierto, lo está.

Apenas lleva maquillaje, pero no lo necesita; con solo una ligera sombra de ojos, la raya negra y un tono rosado que me incita a devorar sus labios, esta mujer es la mismísima personificación del pecado original.

Eso por no hablar del vestido… que, sin ser nada ostentoso ni llamativo, la convierte en una tortura para cualquier hombre en general y para mí en particular.

La pieza, en tono verde, hace resaltar sus ojos de una forma casi antinatural. Es de corte

midi y le llega un poco por debajo de las rodillas. Las mangas son de fino encaje y el cuerpo de seda salvaje, que se adapta a sus curvas tomando vuelo al llegar a la cintura; tiene una larga fila de pequeños botones en su espalda que me muero por desabrochar… o arrancar.

—¿Seguro que voy bien? —pregunta con cierta inseguridad.

La contemplo incrédulo, porque no entiendo cómo lo puede dudar. ¿Es que no se ha mirado en el espejo al pasar?

—Si me das cinco minutos, puedo demostrarte lo bien que vas —le aseguro, acercándome a ella con paso firme para posar mis manos en su cadera y atrapar con mi boca la suya, dispuesto a comérmela entera.

El beso le arranca un gemido de lo más prometedor… Pero, por desgracia, enseguida recupera el control.

—¡Eres una distracción terrible, pero no quiero llegar tarde! —murmura contra mis labios, apartándose lo necesario para poder hablar—. Además, dudo que te apetezca llegar en el último momento y ser el centro de atención de todos.

Ahora soy yo el que suelta un gemido y frunce el ceño.

—Exacto, soy yo el que debería estar nervioso y, sin embargo, eres tú la que está como un flan. Si estás así ahora, no quiero imaginar cómo estarás cuando los que nos casemos seamos nosotros.

Sus ojos se abren de forma desmesurada, contemplándome con intensidad.

—¿Nosotros? ¿No estás corriendo un poco? —Su voz suena sorprendida, pero no asustada. Incluso diría que percibo cierta ilusión escondida en lo más hondo de su mirada.

—Puedo ir todo lo despacio que quieras, pero que no pienso volver a separarme de ti es un principio universal —afirmo convencido.

Ella carraspea, pero no intenta disimular su felicidad.

—De todas formas, no tienes motivos para estar nervioso —me asegura, desviando la conversación al tema anterior—. Ya los conoces a casi todos.

—Es cierto…Y cada vez que me ve, Bruno me mira como si me quisiese torturar de forma lenta y letal.

—Dale un poco de tiempo, te prometo que se le pasará. Lo único que pasa es que no empezasteis con buen pie, pero en el fondo es un cacho de pan.

La contemplo sin demasiado convencimiento… Llegamos a su casa hace tres días y, desde entonces, he podido conocer a casi todas las personas importantes de su vida.

Su padre fue encantador, las hermanas y los padres de Roi y de Bruno parecían felices de vernos juntos… Pero en lo que se refiere a este, digamos que cada vez que me tiene delante tengo miedo de acabar muerto y de que él termine en la cárcel.

—Puede… Pero tienes razón, mejor no arriesgar, vámonos ya —acepto, entrelazando sus dedos con los míos—. Ahora que, esta noche…, cuando volvamos, pienso dejarte tan agotada que mañana ni siquiera vas a poder levantarte de la cama —añado a modo de promesa.

Ella fija sus ojos en los míos con complicidad y tanto la sonrisa que me dedica como la forma en que su mirada se ilumina son una señal clara y explícita de que la idea no le parece nada, pero que nada mal.

—Contaré las horas, los minutos y los segundos —asegura en voz baja y sensual.

—Tictac, tictac —respondo, y beso una vez más sus labios con un roce casto y suave que promete ser tan solo el prólogo de todo lo que vendrá después.



Aparcamos el coche delante de la pequeña ermita de piedra situada sobre el acantilado a escasos metros del mar. Tras ella se han colocado dos grandes carpas blancas que albergarán el convite nupcial.

Un aire frío y salado nos acaricia el rostro en cuanto ponemos un pie fuera e inspiro con fuerza para disfrutar del inconfundible y característico olor del mar.

Bajo nuestros pies, las olas rompen con fuerza contra las rocas salpicando gotas de espuma blanca sobre las escarpadas piedras y sobre las gaviotas que, temerarias e imprudentes, se posan encima de ellas esperando el momento idóneo para echar a volar.

—¿Verdad que es una preciosidad? —La voz de Sara se difumina con el sonido del viento, y asiento sin dudar.

Con paso firme, me coloco a su lado y entrelazo los dedos con los suyos para caminar hasta la entrada de la edificación, donde ya aguarda impaciente Roi.

—¡Sara! —la recibe al verla llegar.

—Estás muy guapo —le asegura ella, abrazándolo.

—Tú tampoco estás nada mal —responde él, con un guiño de ojo, antes de alargar su mano para estrecharla con la mía.

—Gracias por venir, me alegro de verdad de que estés aquí. —Su voz suena complacida, por lo que respondo de la misma manera.

—Es un placer estar aquí. No me lo perdería.

Después de saludar también a los padres del novio, que aguardan a su lado, y de que Sara me presente a la madre de la novia, quien resulta ser una mujer la mar de agradable y pizpireta, entramos dentro de la iglesia.

La decoración es sencilla, pero muy bonita. El lugar es pequeño, por lo que, a cada lado, solo caben siete bancos de madera, cada uno de ellos engalanado con pequeñas rosas blancas que están engarzadas en ramilletes de lavanda.

El altar luce iluminado por varias decenas de velas y al lado izquierdo dos mujeres, una con violín y la otra con violonchelo, esperan de pie a que los invitados tomen asiento para que la novia pueda aparecer haciendo su gran entrada.

Esto ocurre pocos minutos después, cuando una sonriente Iria se deja ver al fondo del pasillo central, del brazo de un sonriente y emocionado chico que no había visto jamás.

—Es Dani, su mejor amigo. Fue el culpable de que conociese a Roi, aunque no se lo propusiese y fuese algo completamente involuntario por su parte —me explica Sara entre susurros, sin despegar la vista de la pareja, que avanza sonriente hacia el altar al son del *Canon* de Pachelbel—. ¿Verdad que está bonita?

Mis ojos vuelan hasta la novia y tengo que admitir que lo está.

Enfundada en un vestido entallado de media manga y cola que deja al descubierto parte de la piel de su espalda y que, en lugar de disimular su barriguita de embarazada, la realza.

Lleva el pelo recogido en una larga trenza de la que sobresalen algunos mechones de forma intencionada, y que luce adornada con pequeñas flores blancas a juego con su ramo, formado por tres rosas del mismo color rodeadas, al igual que los bancos, por flores silvestres de lavanda.

—Va muy guapa —reconozco entre susurros, observando como el novio la recibe con los ojos llenos de lágrimas en el altar y se inclina para posar un suave beso sobre su barriga antes de hacer lo mismo con sus labios.

—Jovencito, entiendo que estés impaciente, pero me temo que esa parte no viene hasta dentro de un rato —lo reprende con aire jovial el anciano sacerdote, provocando una carcajada general.

El resto de la ceremonia es igual de emotiva, está llena de momentos cómplices y miradas furtivas y, antes de que nos demos cuenta, estamos fuera gritando «vivan los novios» y pasando a la carpa para comer, brindar y bailar después de hacernos las correspondientes fotos.



—¿Te lo estás pasando bien? —La fría voz de Bruno a mi espalda acapara mi atención.

Me doy la vuelta y me encuentro con sus ojos, llenos de algo que fluctúa entre la preocupación, la incomodidad y la rabia.

—La verdad es que mucho, gracias —respondo, escueto, después de coger la copa que me tiende el camarero.

Él no añade nada, tan solo permanece en silencio a mi lado, sin apartar la vista de mí, como si intentase diseccionarme con ella.

—Mira, sé que no te hace gracia que esté aquí… —comienzo a decir.

—No —me corta él, tajante—. No te confundas. Si Sara quiere que estés aquí, yo también lo quiero.

—Es bueno saberlo —contesto, sin tener muy claro qué decir en este momento, pero dando por hecho que la conversación no se termina aquí.

—Lo único que quiero es que ella sea feliz —afirma exhalando despacio.

—Eso es algo que los dos tenemos en común —le aclaro.

—El tema es que todavía no me fio de ti —me advierte él sin cortarse un pelo.

—Mira, sé que metí la pata…. —admito, dispuesto a asumir mi culpa.

—Hasta el fondo —incide sin dejarme seguir—. Primero, chantajeándola… —añade.

—Es cierto, eso estuvo mal, no tenía derecho a hacer algo así; sin embargo, mentiría si dijese que me arrepiento, pues, de lo contrario, no ha habría conocido. —Ahora soy yo el que lo interrumpe—. Y si algo tengo claro, es que estar con Sara es un regalo tan bonito como inesperado.

—Lógico, porque es maravillosa y, si eres medianamente inteligente, deberías venerar el suelo que pisa y dar gracias por ser tan afortunado como para tenerla en tu vida —replica con sequedad.

—Lo hago y, como te acabo de decir, te garantizo que voy a hacer todo lo que esté en mi mano por hacerla la mujer más feliz —le aseguro.

—Es un alivio oír eso porque escucha con atención lo que te voy a decir. —Hace una pausa durante un segundo en el que ambos nos mantenemos la mirada—. Si Sara es feliz, tú y yo podemos llegar a ser grandes amigos. Ahora… Como vuelva a verla derramar una sola lágrima por tu culpa, te juro que haré que te arrepientas cada minuto de tu miserable vida por haberla hecho sufrir. —La amenaza de su voz es tan firme como sincera.

—Me parece justo —asiento—. No esperaba menos de ti.

—Como ella lo pase mal por tu culpa, buscaré por cielo y tierra la manera de hacerte recordar cada día esta advertencia —matiza.

—Lo he entendido y, como acabo de decir, me parece razonable —respondo tensándome.

—Así me gusta, es bueno ver que nos entendemos —afirma antes de coger el chupito que

le tiende el camarero y darme la espalda para marcharse de mi lado, dejándome incómodo y un tanto descolocado.

—Yo que tú no me dejaría impresionar por Bruno, en el fondo, es un trozo de pan —me comenta la madre de Sara, que se acerca a mi lado por la derecha en el momento en que me estoy llevando la copa a los labios.

Vuelvo la vista hacia ella y le dedico una sonrisa a la que ella corresponde enseguida.

Apenas hemos tenido tiempo de hablar, ya que su vuelo se retrasó y ella llegó cuando la ceremonia ya había empezado, pero, cuando Sara me la presentó mientras los novios se hacían las fotos de rigor, me pareció agradable de inmediato.

Tiene el pelo oscuro y es un poco más alta, pero, en cuanto la vi, supe de quién había heredado Sara ese misterioso e intenso color de ojos.

—Es la segunda vez que me lo dicen hoy, pero, visto lo visto más que un trozo de pan a mí me parece un bloque de cemento —bromeo—. Parecía más que dispuesto a terminar conmigo en cualquier momento —reflexiono.

—Ohhh, créeme, lo está. Bruno adora a mi niña, pero dudo que sea necesario que haga nada. —Su sonrisa franca y divertida me recuerda a la que muestra la mujer de mis desvelos cuando se relaja.

De repente, su expresión se torna seria y su mirada penetra en la mía.

—A nivel profesional, Sara es una mujer de éxito, pero, en lo que respecta a su vida privada y al ámbito personal, hubo unos años en los que lo pasó mal.

—Lo sé —admito—, ella me lo contó.

—Lo cual demuestra que confía en ti, porque no es algo que suela compartir con los demás. De hecho, le cuesta compartir cualquier cosa con los demás —confiesa—. Lo que ocurrió la llevó a esconderse tras un caparazón, levantó murallas a su alrededor aislándose en cierto modo del mundo. —Hace una pausa y sus ojos se vuelven vidriosos—. Pero tú has conseguido traspasar esos muros, tomarla de la mano y sacarla de nuevo al exterior, y te estoy agradecida por ello.

—Yo no he hecho nada. —Niego con la cabeza a la vez que intento deshacer el nudo que me oprime la garganta.

—Sí lo has hecho —asegura ella, posando su mano sobre la mía y apretándola con cariño —. Antes de conocerte, mi hija solo sonreía con los labios, pero ahora por fin vuelve a hacerlo con el alma.

—Sara es una persona increíble —respondo, sobrecogido por el afecto y la emoción que encierran sus palabras—. Y admito que hemos tenido algunas complicaciones…

—¿Qué relación no las tiene? —me corta ella tajante—. Pero, en cuanto os he visto juntos, he sabido que os va a ir bien.

Sus palabras me halagan y me tranquilizan, pero también despiertan en mí una curiosidad que me muero por satisfacer.

—¿Puedo preguntar por qué? —cuestiono.

—Porque la miras como si fuese todo tu universo, y ella a ti como si tú fueras la única estrella que brilla en él.

Sus palabras caldean mi pecho y, sin pensarlo, me fundo con ella en un sentido abrazo.

—Gracias —murmuro en su oído—. Significa mucho para mí.

Sus brazos me rodean también y una risa profunda emana de su pecho.

—¿Se puede saber qué estáis tramando por aquí? —pregunta Sara, que se acerca sonriente a nosotros en este momento del brazo de su padre.

—Tu madre me regañaba por no sacarte a bailar —digo guiñándole un ojo y acercándome a ella para entrelazar sus dedos con los míos.

—Mi madre es una mujer muy sabia —replica ella, dedicándole a la mujer un gesto de cariño.

—En ese caso, no se hable más —respondo, y la guío hasta la pista de baile para unirnos al resto de los asistentes, que disfrutan moviéndose, saltando y cantando al ritmo de *Contra todos*.

La música movida da paso a un momento más romántico cuando empieza a sonar *Control* de Zoe Wees y, en cuanto sus dedos se entrelazan detrás de mi nuca, mis manos se aferran a su cintura y la aproximo a mi pecho, donde ella apoya la mejilla, me siento completo.

Bailamos sin decir nada, dejándonos llevar por la melodía, meciéndonos el uno junto al otro sintiendo la tibia cercanía de nuestros cuerpos. Como si de repente el salón se hubiese vaciado y en medio de la pista solo existiésemos nosotros dos. Mis pulgares acarician su cadera por encima del vestido mientras cierro los ojos para aspirar su perfume y poso un suave beso sobre su sedoso pelo.

—Sara. —La voz profunda y seria de Bruno suena a nuestro lado, interrumpiendo el momento y sobresaltándonos a los dos—. Tenemos que hablar —añade cuando ella se aparta de mi pecho y lo mira sorprendida.

—¿No puede ser luego? —pregunta sin soltarme.

—Me temo que no —le responde él con expresión grave—. Tenemos un problema, ven conmigo —le dice, tomándola por el codo para conducirla al exterior de la carpa, sin darle opción a decir que no.

Los sigo, sin saber qué sucede, manteniéndome a cierta distancia.

—¿Qué pasa? —cuestiona Sara, frunciendo el ceño preocupada.

La mirada que me dedica el abogado de refilón hace que se tensen de inmediato todos los músculos de mi espalda, y acelero el paso, colocándome a su lado.

—Quiero hablar con ella en privado. Espéranos dentro —me ordena.

—No pienso moverme de aquí —respondo, cruzando los brazos sobre mi pecho.

—Bruno, deja que se quede, sea lo que sea lo que haya pasado, no pienso ocultárselo. Entre nosotros no hay secretos, puedes hablar delante de él —afirma Sara con convicción.

Él la contempla con el rostro ensombrecido.

—¿Estás segura? —susurra, observándome de reojo.

—No hay nada que necesite ocultarle —responde ella.

—Tú mandas —acepta él tras unos segundos, aunque, a juzgar por su expresión, la decisión de permitir que me quede sigue sin parecerle bien.

Comienzo a preocuparme al verlo guardar silencio; lo que tiene que decir debe de ser grave cuando le está costando tanto encontrar las palabras necesarias para comenzar a explicarse.

—Acaban de llamarme de la editorial —anuncia al final.

—¿De mi editorial? —repite Sara, elevando las cejas desconcertada.

Él asiente con expresión contrariada.

—Al parecer, acaba de salir publicado un adelanto de tu nueva novela en todas las redes sociales y algunos canales de televisión ya han empezado a mostrar las imágenes también.

—¿Cómo? ¿Qué dices? —Sara da un paso atrás, palideciendo, y él le tiende su teléfono móvil para que compruebe de primera mano la información que nos acaba de dar.

—Yo, pero no, no puede... Pero ¿quién…? —murmura Sara, y su piel se vuelve tan blanca que incluso sus labios pierden el color y, por un momento, me da miedo que se vaya a marear o caer.

Sus ojos me buscan, asustada, y sus manos comienzan a temblar de forma descontrolada.

—¿Sara? —la llamo, agarrándola por los hombros, pero ella únicamente niega con la cabeza mientras sus ojos se llenan de lágrimas.

—Sara, ¿qué pasa? —repito, quitándole con cuidado el móvil de las manos para tratar de encontrar respuestas a su estado.

Paseo la vista por las imágenes que se suceden una tras otra ante mis ojos y me quedo petrificado. Como si alguien hubiese metido la mano dentro de mi pecho para apretarme con fuerza el corazón y me lo hubiese arrancado.

La sangre se hiela dentro de mis venas y, cuanto más leo, más y más aumenta mi enfado.

—¿Tú has escrito esto?

—Yo…

—«Pueblucho de cinco casas que no tiene ni siquiera un mísero supermercado» —leo en voz alta algunas de las definiciones que aparecen en las hojas mecanografiadas—. «Pandilla de viejos cotillas que deberían estar ingresados en un geriátrico». «Están tan aislados, solos y necesitados de afecto que por San Valentín han creado una celebración tan inservible como infantil en la que se hacen regalos». «En la taberna no funciona ni el grifo y muchas de las casas se caen a cachos». «Su alcalde no es otra cosa que un arquitecto frustrado». «Vecinos sin vida propia y metomentodo que se adentran hasta la cocina de tu casa, cargados con tarteras y cazuelas sin haber sido invitados…».

—¿Cómo has podido escribir esto? —escupo cada palabra con rabia, dirigiendo hacia Sara mi furiosa mirada.

—Yo, yo solo…

—¡¿Cómo has podido?! —la acuso, alzando la voz.

Me siento traicionado, utilizado y asqueado.

—¿De verdad esto es lo que piensas de nosotros? ¿De mí, de Manolo, de Erin, de Carlota, de Dolores…? ¡Esa gente siempre te ha tratado con afecto y ha intentado hacerte sentir una más! ¿Y así es como se lo agradeces? —bramo, tan enfadado que siento que me arden los ojos.

Ella incapaz de contestar, niega con la cabeza, pálida, mientras una lágrima humedece su mejilla.

—No entiendo quién ha podido publicarlo… —susurra con voz entrecortada.

—¿Y eso es todo lo que te preocupa? ¿Que lo hayan sacado a la luz?

—Lo siento —musita, con los ojos vidriosos y la mirada vacía.

—¿¡Qué es lo que sientes!? ¿¡Que te haya pillado antes de tenerlo acabado o la bazofia y la sarta de mentiras que estás contando!? —grito enajenado.

—¡Ehhh, tranquilízate! ¡No le hables así! —me advierte Bruno con tono amenazante, interponiéndose entre ambos.

—¡Le hablaré como me venga en gana! —grito empujándolo, pues estoy fuera de mí—. ¡Para escribir algo así sobre un sitio en el que siempre te han tratado como a una más hay que ser una persona muy mala y muy ruin!

Sara solloza, tapándose la cara, y Bruno me empuja con fuerza.

—¡Cállate! —me ordena.

—¡No vuelvas a tocarme o te parto la cara! —lo amenazo.

—¿Tú y cuántos más? —me increpa, mientras ella continúa temblando como una hoja.

La rabia asciende por mis venas de forma incontrolada.

No puedo creerme que Sara, la misma Sara por la que yo habría renunciado a todo, nos haya hecho algo así y, sin embargo, no hay dudas al respecto. Vuelvo a mirar las fotos en la

pantalla. Varias páginas escritas a mano con información que solo ella puede conocer y que, después, ha sido transcrita a máquina y vilmente decorada.

—¿Sabes qué…? No pienso tocarte, no vales tanto como para que lo haga —le digo a Bruno, apretando la mandíbula con fuerza, y tiro el móvil a suelo—. Y tú… —añado, dirigiéndome a Sara—. Qué equivocado estaba contigo, no mereces la pena, no pienso perder ni un segundo más a tu lado —afirmo enfurecido mientras le doy la espalda, dispuesto a marcharme de aquí.

—¡Carlos, espera! —me pide ella con la voz entrecortada.

—¿Para qué? —la increpo, encarándola—. ¿Para darte la posibilidad de que me sigas insultando a mí o a la gente que me importa? ¡No, gracias! ¡Ese *pueblucho* del que hablas es mi hogar, y esa gente que describes con adjetivos que prefiero no repetir son mi familia! ¡Una familia a la que tú no deberías haber conocido jamás!

—Yo nunca te haría daño a propósito, ni a ti ni a ellos —intenta defenderse mientras sus mejillas se convierten en dos ríos cada vez más caudalosos.

Me encantaría creerla, pero lo que acabo de leer es tan dañino y ofensivo que no consigo ni mirarla a la cara. Lo que más me duele es que estaba convencido de que lo que siento por ella era recíproco, pero, visto lo visto, no podía estar más equivocado.

—Escúchame… —me pide con voz trémula.

—¿Es que después de esto todavía tienes algo más que añadir? —grito, señalando el teléfono que yace en el suelo.

Su mandíbula tiembla y un fuego abrasador, compuesto por furia y dolor, me quema el pecho por dentro impidiéndome respirar.

—Eres una autentica decepción. —Lo escupo como el insulto que es y veo como se contrae su rostro al recibir el ataque, pero, lejos de sentirme mejor, lo único que consigo al ver su cara pálida y descompuesta es que me falte más el aire—. Tengo que largarme —murmuro, pasándome ambas manos por la cabeza con desesperación.

—Carlos… —Mi nombre suena a súplica en sus labios.

—Por mi parte, tú y yo no nos conocemos, no nos hemos visto nunca… Para mí no existes, estás muerta —sentencio, antes de marcharme a toda velocidad, antes de que la angustia que percibo en ella me flagele todavía más.

Capítulo 21

¿Y si fue…?

Sara

—Tesoro, tienes que comer —anuncia mi madre con voz suave, entrando en la habitación.

Por toda respuesta, me doy la vuelta en la cama y me cubro más con el edredón.

—Teníais que habernos avisado. —La que habla entre susurros al otro lado de la puerta es Iria.

—Sara no nos dejó. No quería estropearos la boda —responde Bruno quien, al parecer, está a su lado.

—¡Y una mierda! —replica Roi enfadado—. Iria tiene razón, debisteis avisarnos.

—Lo importante ahora es hacer que coma o beba algo. Va a terminar deshidratándose como no hagamos algo —murmura Bruno preocupado.

—No seas exagerado, nadie se deshidrata por llorar —lo regaña Iria.

—Lleva más de veinticuatro horas así —musita Bruno—. Ya no sé qué decirle, pero os aseguro que, como se me ponga delante el indeseable ese del alcalde, me lo cargo.

Es escuchar la mención a Carlos y siento que el cuchillo que me apuñala el pecho se clava más dentro.

—Si tenemos que ser justos, él no tiene la culpa en este caso —le recuerda entre murmullos Roi a su hermano—. Me jode reconocerlo y, por supuesto, apoyaremos a Sara en todo lo que sea necesario, pero también hay que entender que el hombre tiene motivos para estar cabreado.

—¿Y quién la tiene entonces? —discrepa mi mejor amigo.

—Hay que reconocer que Sara no estuvo muy fina, la verdad es que esas descripciones no le pegan nada, no es el tipo de escritura a la que nos tiene acostumbrados —escucho sisear a Iria con tono asombrado.

—Seguro que lo hizo al principio, al poco de llegar y, después, se le olvidó destruirlo; alguien encontraría los papeles y decidió publicarlos —sugiere por lo bajini Roi, que trata de buscar algo de lógica en todo esto.

—Tesoro, nos tienes preocupados —dice mi madre, atrayendo mi atención, a la vez que deja la bandeja sobre la mesilla y toma asiento a mi lado.

—Lo siento —farfullo dolida, pues lo último que quiero es agobiarlos.

—A lo hecho, pecho —dice Iria, entrando en la habitación y sentándose al otro lado de la cama—. Te has despachado a gusto y ahora te arrepientes. No pasa nada, todos nos equivocamos, ahora lo importante es dejar de perder el tiempo y buscar una solución.

La indignación por que piensen que yo he podido escribir alguna de esas barbaridades se activa y me hace sentarme de golpe en el colchón. Si mis propios amigos piensan que he podido

hacer algo así, ¿cómo no iba a llegar Carlos a la misma conclusión?

—¡Yo no escribí eso! Al menos, no todo —exclamo, sorbiendo por la nariz.

—¿¡Cómo!? —cuestiona Bruno, entrando como una tromba en la habitación—. ¿Qué quieres decir con «no todo»?

Roi, que entra con él, saca el móvil de su bolsillo y busca las dichosas fotos.

—¿No es esta tu letra? ¿No has escrito tú esto? —pregunta, señalando los borradores escritos a mano.

—Sí, eso sí. Pero las hojas mecanografiadas no son mías —le explico.

Mi madre le arranca el teléfono de las manos y estudia las imágenes con interés.

—¿Pretendes decirnos que alguien usó tus notas para escribir esas hojas haciéndose pasar por ti? —cuestiona Iria, abriendo los ojos como platos.

Asiento y me sueno con un pañuelo de papel.

—En realidad, en tus apuntes no pone nada malo, solo son datos. Dices que no hay supermercado, que la mayoría de la población está constituida por ancianos, que el primer día que entraste en la taberna el grifo estaba roto, que los vecinos te dejaron comida en la cocina el día que llegaste y explicas en qué consiste la fiesta de San Vecinguín… —comenta mi progenitora, frotándose la barbilla—. Pero aquí no hay ningún adjetivo descalificativo, hiriente o insultante.

—Solo son apuntes, algo de la información que después utilicé para escribir la novela. Pero las páginas mecanografiadas no son mías, solo usaron algunas de mis notas, tergiversándolas de la forma más deleznable posible y añadiendo apelativos ofensivos, y lo publicaron en conjunto con mis apuntes para que pareciese que lo había hecho yo —sollozo.

—¡La madre que te parió, aquí presente! ¿Y eso no pudiste decirlo ayer? —brama Bruno, alzando ambas manos para colocarlas, nervioso, tras su cabeza mientras comienza a pasearse por la habitación.

—Lo intenté, pero yo... Me bloqueé. No esperaba que algo así pasase otra vez, como en…

—Como en el instituto. —Bruno termina la frase por mí, dejando caer los brazos con pesar.

—Además, usaron mis apuntes, escritos a mano, eran cosas demasiado específicas y puntuales que solo podía saber yo por haber estado allí… —susurro con voz temblorosa—. En ese momento de *shock* no era tan sencillo de asimilar.

—Al menos tenías que habérselo explicado a Carlos —insiste Iria, acariciándome la mejilla para secar mis lágrimas.

—Quise hacerlo, pero estaba tan furioso que no me dio la opción, no me hubiese creído… Además, sé lo importante que es ese pueblo para él y el daño ya está hecho… Las dichosas imágenes están en todas las plataformas, en todas las redes sociales y seguro que en todas las televisiones —protesto frotándome los ojos—. Me pidió que intentase atraer gente al pueblo, quería potenciarlo y, cuando los medios de comunicación se hagan eco de todo esto, lo que pasará será justo lo contrario.

La forma en la que todos se miran entre ellos me indica que eso ha ocurrido ya.

—¿Quién ha podido hacer algo así? —murmura mi madre.

—No tengo ni idea —reconozco—. No entiendo quién puede hacer una cosa como esta ni con qué finalidad.

—¿Tienes la novela de verdad terminada? —pregunta Bruno.

—Casi, me faltan un par de capítulos —reconozco—. Pensaba acabarla al volver de la boda… Pero ahora, ya no creo que valga de nada.

—Voy a hablar con la editorial, a ver si hay alguna forma en la que podamos arreglar todo

esto —ofrece él, saliendo de la habitación a toda prisa.

—¿De verdad no te imaginas quién puede estar detrás? —Los bonitos ojos de Iria destellan de rabia.

—No. —Niego con la cabeza.

—¡Pues yo lo tengo clarísimo! —afirma ella, levantándose y poniéndose a caminar como un miura.

—Ah, ¿sí? —cuestiona su ya marido.

—¡Obvio! —responde ella—. ¡Ahora, te juro que esto no se va a quedar así! ¡Cuando la pille, le voy a arrancar esa escoba pelirroja que tiene por melena, pelo a pelo! —exclama enfadadísima.

—¿Marta? —pregunto abriendo los ojos de par en par, pues ni siquiera se me había pasado por la imaginación.

—¿¡Quién si no!? —resopla.

—Cariño, ¿no estás siendo un poquito paranoica? —duda Roi, intentando sonar prudente.

—¡Y una mierda paranoica! —rebate ella.

—Tú misma me dijiste más de una vez que se le caía la baba con Carlos y que antes de entrar tú en escena había algo entre ellos... —me recuerda—. Él mismo te lo confesó.

—Sí, pero…

—Ni pero ni peral… —me interrumpe—. ¿Es que no lo veis? ¿Quién es la única beneficiada de que Carlos te haya dejado?¡Ella! —grita, respondiéndose a sí misma.

La mirada helada de Carlos, su forma de hablarme antes de irse y, lo peor…, el dolor que se reflejaba en sus ojos al posarlos sobre mí me golpean de nuevo con fuerza, robándome el aliento y provocando que una nueva marea de lágrimas se abra paso a través de mis pestañas, a pesar de que cierro con fuerza los ojos en un intento por contenerlas.

—Ahora ya tiene el camino libre para volver con él —continúa mi amiga.

—Visto así… —reconoce Roi, rascándose la barbilla.

—Sabes que mi instinto nunca falla, acuérdate de lo de Dani… —le dice ella, alzando la barbilla con orgullo.

Roi me observa pensativo.

—¿Tuvo esa chica alguna oportunidad de quedarse a solas en tu casa para poder fotografiar tus notas? —inquiere Roi.

—No lo sé —respondo—. La verdad es que no lo creo.

—¿Y la mañana que fuimos a visitarte? —sugiere él—. Cuando se montó todo el lío y te fuiste, hubo un rato en que ninguno de nosotros estuvo con ella; pudo utilizar ese momento para colarse en la habitación en la que escribes y sacar esas fotos.

—Podría ser —concedo.

—Tiene que ser ella. No hay ninguna otra opción —afirma con rotundidad Iria.

—Tampoco creo que saberlo valga de nada… —musito.

—Ya te digo yo que sí que vale, nos vale para saber a quién tengo que arrancarle la cabeza —protesta Iria.

—Cariño, relájate, no tengo ninguna intención de que nuestra hija nazca en la cárcel —la reprende Roi—. Seguro que a Bruno y a su editora se les ocurre alguna manera más civilizada de solucionar este embrollo.

—Lo primero que deberías hacer es llamar a Carlos —añade mi madre.

—Ya lo hice, tiene el teléfono apagado y, aunque no lo tuviese, dudo que quisiese hablar conmigo.

—Eso no lo sabes —rebate Roi—. Está dolido, pero antes o después tendrá que escucharte.

—¡No digas tonterías! —lo contradice su mujer, indignada—. ¡Pues claro que no va a querer hablar con ella! ¡Le preguntó directamente si había escrito eso y Sara no lo negó! ¡Por no hablar de que las anotaciones de las hojas eran de su puño y letra!

—¿Y qué sugieres? —pregunta mi madre.

—Necesita un gran gesto, algo que llame su atención lo suficiente como para darle la opción de explicarse —responde ella, que siempre ha sido una romántica.

—¡Mira que eres peliculera! —la acusa su marido, poniendo los ojos en blanco.

—¡De peliculera nada! ¿Os contó Sara lo que hizo el chico para que ella lo dejara disculparse y lo perdonara? ¡Se pasó horas bajo la lluvia en la puerta de su casa! ¡Ante eso, era imposible decirle que no!

—¿Pretendes que me vaya a la puerta de su casa? —murmuro, estremeciéndome ante la posibilidad de enfrentarme a toda la gente del pueblo además de a Carlos quien, con toda probabilidad, ni me mirará a la cara si recurro a esa opción.

—No, eso fue lo que hizo él, tú necesitas algo más…

Segundos después, Bruno entra en la habitación con cara de pocos amigos.

—¿Has hablado con la editorial? —se interesa mi madre.

—Lo ha hecho —contesta mi padre quien, al parecer, estaba con él y ya está informado de todo.

—¿Y? —pregunto, rezando para que se les haya ocurrido alguna solución—. Dime que han pensado en algo, por favor.

—Se les ha ocurrido algo —responde él utilizando mis palabras.

—¡Menos mal! —protesta mi madre.

—Pero no le va a gustar —señala Bruno, frunciendo el ceño preocupado.

—Nada puede ser peor que esto —replico—. Si tengo al menos una posibilidad entre un millón de solucionar todo esto, aclarar las cosas y hacer que Carlos me escuche…, estoy dispuesta a intentar lo que sea.

—Quieren dar una rueda de prensa presentando la obra real que escribiste, y explicar que alguien se adueñó de tus notas y las usó con el único fin de perjudicarte —explica con lentitud, como si hablando muy despacio la impresión que me producen sus palabras fuese a ser menor.

—¿Y creen que eso puede funcionar? —cuestiono, recuperando algo de esperanza.

—Sí, siempre y cuando la que dé la rueda de prensa seas tú —replica él suspirando.

Una enorme piedra cae con fuerza sobre mí, aplastando la única esperanza que todavía conservaba.

—¿Quieren que desvele mi identidad? —balbuceo, comprendiendo al fin.

Él asiente.

—Eres la autora, una autora que siempre ha permanecido en el más estricto anonimato; si sales dando la cara y denunciando la situación, te creerán —explica.

—Ahí tienes tu gran gesto —afirma Iria sonriendo.

Mis ojos se vuelven hacia ella y contengo la respiración.

Eso no es un gesto, es enfrentarme a todos mis miedos y mis inseguridades, es un suicidio público… Y, por mucho que quiera estar con Carlos, lo que pretenden que haga implica saltar al vacío sin paracaídas, y llevo tantos años caminando sobre tierra firme, evitando dar un paso en falso, que dudo que ahora sea capaz de lanzarme por un acantilado.

Capítulo 22

Una sola letra puede marcar la diferencia

Sara

—Como sigas mirando esos papeles los vas a desgastar —comenta Bruno, apoyado en el marco de la puerta de mi habitación.

—Es que los leo y los releo y sigo sin comprender cómo Marta pudo ser tan mala persona como para escribir esto. Fíjate, incluso los he impreso para verlos mejor —respondo, elevando mis enrojecidos ojos en su dirección antes de coger una de las hojas que permanecen esparcidas sobre mi cama deshecha.

—El despecho es muy mal consejero… Ni te imaginas las cosas que se ven en mi trabajo como consecuencia de eso —dice encogiéndose de hombros mientras se acerca y toma asiento a mi lado. Y, al hacerlo, pone una mueca de asco que ni siquiera se molesta en disimular—. O has cambiado de desodorante o necesitas una ducha de manera urgente.

—No seas exagerado —protesto rascándome la cabeza.

—¿Que no sea exagerado? ¿Tú te has visto? —rezonga, recorriéndome de arriba abajo—. Llevas un pijama tipo ¿franela? —pregunta, acentuando la mueca— que haría modernos a los de mi abuela, debe de hacer mínimo dos días que no te peinas y hace tanto que no te das una ducha que, cuando te animes a hacerlo, igual descubres una nueva especie de fauna marina habitando en la bañera.

Lo escucho, pero sigo ensimismada en los papeles que tengo delante, como si mirándolos una y otra vez estos pudiesen desaparecer…

—Deja de torturarte o, al menos, si vas a seguir haciéndolo, torturémonos juntos —dice, cogiendo una de las hojas.

—Lo cierto es que la muy tirana se quedó a gusto… —afirma y, aunque sé que para nada es su intención, en cuanto lo oigo se me revuelve más el estómago y me siento todavía peor.

—Espera un momento… —murmura él, tensándose y acercándose el papel a la cara.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Él no responde, solo coge otra hoja y la contempla con atención, y luego repite con la siguiente la misma operación.

—¿Estas hojas mecanografiadas son las que salieron publicadas? —pregunta, mortalmente blanco, sin despegar la vista de las páginas que tiene delante.

—Sí, les saqué una captura de pantalla a todas y las imprimí —reconozco, sintiéndome algo estúpida y masoquista por hacer algo así.

—¡Vamos! —exclama mientras agarra todos los papeles y los estruja con una mano al tiempo que con la otra tira de mí.

—¿A dónde? —pregunto, sin comprender qué bicho le ha picado de repente.

—¡Vamos! ¡Corre! —grita, con los ojos abiertos de forma exagerada y respirando con fuerza, a la vez que me arrastra hacia las escaleras que conducen al piso inferior y me saca al exterior.

—¡Bruno, estoy en pijama! ¡Ni siquiera llevo zapatos! —protesto, intentando detenerlo, a la vez que me miro los pies cubiertos solo con calcetines.

—¡Corre! —me grita él sin detenerse—. ¡No hay tiempo!

—Pero ¿qué dices? ¿Acaso te has vuelto loco? —intento resistirme a seguir avanzando al ver que algunos vecinos que caminan por la calle se nos quedan mirando, pero él tiene mucha más fuerza que yo y todos mis esfuerzos resultan inútiles.

—¡Eso espero! ¡Tengo que haberme vuelto loco! ¡Loco de remate! —exclama, bufando como un toro.

A toda velocidad, me lleva calle arriba hasta que llegamos a la entrada de su casa y, con manos temblorosas, mete una de las llaves en la cerradura y abre la puerta, empujándome a continuación hacia el interior.

—Cariño, ¿ya has vuelto? —escucho preguntar a Thiago desde el salón.

Pero él ni siquiera le responde en medio de su enajenación; solo corre escaleras arriba, y yo lo sigo en silencio y más perdida que un patito de goma en medio de una inundación.

—No puede ser, no puede ser, no puede ser… —repite una y otra vez entre susurros mientras se introduce en su vestidor y empieza a revolver varios cajones, lanzando la ropa que va cogiendo a su alrededor sin ton ni son.

—Aquí está —anuncia, sacando con cuidado una máquina de escribir que apoya en el suelo antes de arrodillarse ante ella.

Yo me llevo una mano a los labios y lo observo mientras introduce una de las hojas que sostiene en la mano por el lado que continúa en blanco y marca compulsivamente la letra erre una y otra vez, hasta que arranca el papel y lo compara con los otros que hemos traído de mi casa.

—No puede ser —repite, pero esta vez, con la derrota ensombreciendo su mirada.

—¿Bruno? —murmuro, pues no comprendo qué le pasa.

—La pena da paso a la rabia y sus mejillas, hasta ahora pálidas, se encienden de pura indignación cuando, sin decirme ni una sola palabra, abandona la habitación.

—¡Bruno! —lo llamo, siguiéndolo.

Pero él, sin responderme, se dirige directo al salón.

—¿Por qué? —pregunta, lanzando las hojas en dirección a Thiago que, cuando lo ve llegar como una exhalación, se pone en pie.

—Bruno, yo… —musita él, asustado.

—¿¡Por qué!? —repite mi amigo, gritando a todo pulmón y elevando ambas manos.

Y entonces lo entiendo todo, y siento que la tierra se abre bajo mis pies.

—Thiago, ¿fuiste tú? —pregunto con un hilo de voz.

Él traga saliva y asiente con tristeza.

—No lo entiendo —murmuro—. Creía que me tenías aprecio… Pensaba que te caía bien, yo te quería.

—No es por ti —se apresura a decir él, avanzando un paso en mi dirección—. Yo también te quiero. Fue por él —añade con la voz tomada, señalando a mi mejor amigo, que tiembla a causa de la desolación y la rabia.

—¿Por mí? —cuestiona sin dar crédito a lo que escucha—. Pero ¿¡tú estás mal de la

cabeza!? —lo increpa.

—¡Sí! ¡Por ti! ¿Por quién si no? —replica Thiago, alzando la voz como si necesitase sacar todo lo que lleva en el interior—. Desde que Sara se fue a ese dichoso pueblo estabas insoportable, insufrible… Te recuerdo que incluso te estabas planteando pedir una excedencia para irte a vivir allí.

—¿Querías venirte a vivir al pueblo por mí? —pregunto, volviendo la vista hacia mi amigo, asombrada por tal revelación.

—Llevo años sin coger unas vacaciones, es cierto que pensé en coger una excedencia para poder pasar un tiempo allí contigo —me confiesa—, pero no iba a ser algo permanente.

—Eso mismo pensé yo hasta que Sara comenzó a salir con el alcalde —le espeta él.

—Tuviste miedo de que me quedase a vivir allí y Bruno se viniese también —comento, empezando a atar cabos.

—Él es un gran abogado, puede encontrar trabajo en cualquier sitio, pero yo… Me encanta el puesto que tengo, me ha costado mucho conseguir llegar a donde estoy en esta empresa y no quería poner todo eso en peligro —intenta explicarse, pero cada excusa me suena más cobarde que la anterior.

—Así que decidiste publicar esas hojas para hacerme daño —añado.

—Os juro que no fue algo premeditado —se defiende—. Pero, cuando fuimos a verte, estabas tan a gusto en el pueblo, con la gente… que me asusté todavía más. Después vino el momento de la pelea y te vi tan indignada que estaba convencido de que te volverías con nosotros y todo volvería a la normalidad.

—Pero no lo hizo —comenta Bruno con voz seca.

—No, no lo hizo y, cuando me encontré con la puerta de la habitación en la que escribes abierta y vi la libreta de notas encima de la mesa…

—Le sacaste las fotos a mis notas —digo molesta.

Él asiente y el arrepentimiento asoma a sus ojos.

—Ni siquiera sé bien por qué lo hice, os prometo que no pretendía usarlas, tú y el alcalde ya no estabais juntos y, por ello, estaba convencido que lo de quedarte era un acto de cabezonería y orgullo y que, cuando terminases la novela, volverías a casa.

—Pero nos reconciliamos —termino yo por él.

—Exacto. Cuando Bruno me contó que lo habíais arreglado y que veníais juntos a la boda no me lo podía creer. Sabía que eso haría que tu estancia en el pueblo se alargase y tenía miedo de que Bruno al final pidiese la excedencia y lo que en principio eran unas vacaciones se convirtiesen en algo permanente. Me daba pánico que él se quedase allí también —intenta justificarse de nuevo.

—¡No me iba a ir a vivir allí! —grita mi amigo fuera de sí—. ¡No comprendo cómo pudiste pensar esa sarta de tonterías!

—¡Pero si incluso me dijiste que te planteabas comprar una casa en ese sitio! —le responde su novio.

—¡Porque a mí también se me pasó por la cabeza la idea de que Sara pudiese quedarse a vivir con Carlos y quería un lugar propio para pasar los fines de semana y periodos de vacaciones que fuese a visitarla! —replica Bruno indignado—. No porque fuese a trasladarme.

—Lleváis juntos toda la vida, ni siquiera quisiste irte fuera del barrio para permanecer cerca de ella —escupe Thiago.

—¡Por supuesto que no quiero alejarme de ella, pero si Sara hubiese decidido mudarse, lo habría aceptado! ¡Claro que viajaría para verla siempre que pudiese, pero no me habría mudado!

—exclama mi amigo—. ¡No comprendo cómo has sido capaz de hacer algo así! ¿Tienes idea de a cuántas personas has hecho daño?

—No era esa mi intención. Pensé que, publicando eso, Sara no volvería al pueblo, se quedaría en casa como siempre y todo esto se acabaría olvidando.

—Por tu culpa he perdido a Carlos —lo acuso, con el dolor arremolinándose en la garganta, pues era mucho más fácil asumir que había sido Marta. Sin embargo, ¿Thiago? Eso ni loca me lo habría imaginado.

—No pensé que fuese a dolerte tanto, al fin y al cabo, no lleváis tanto tiempo juntos…

—¡Haz el favor de no decir nada más! ¡Solo lo estás empeorando! —le recrimina Bruno—. Y, como imaginarás, lo nuestro se ha terminado —anuncia con firmeza.

—De eso hace tiempo que tú te has encargado —le echa en cara Thiago, apenado.

—¡No tendrás la cara de pretender culparme a mí de esto! —explota mi amigo, que aprieta tanto los dientes que tengo miedo de que alguno le salga volando.

—Ella siempre ha estado primero, no puedes negarlo —le espeta el que hasta ahora era su pareja, señalándome con la cabeza mientras da rienda suelta a los celos.

—Ella siempre ha sido y será una persona importantísima en mi vida —afirma Bruno.

—Demasiado importante. Siempre ha sido la tercera parte en esta relación —afirma Thiago con resentimiento.

—Tus inseguridades, tus celos y tu falta de sinceridad son lo único que se ha interpuesto entre nosotros dos —lo corrige mi amigo con firmeza.

—Yo no quiero ser el segundo plato de nadie. —Su voz suena tan herida que, por un momento y a pesar de todo, siento cierta lástima por él.

—Quien no sabe respetar una verdadera relación de amistad es porque nunca ha tenido la suerte de disfrutar de una de verdad —declara Bruno sin miramientos.

—Sara, lo siento mucho, reconozco que se me fue de las manos —se disculpa Thiago, ya de camino a la puerta.

—¿Que se te fue de las manos, dices? ¡Ni siquiera debiste haberlo pensado! —lo acusa Bruno.

—Tienes razón —reconoce él sin mirarlo—, pero sigo sintiendo que, en el fondo, fuiste tú quien me empujó a ese estado —le asegura.

—Vete de mi casa. —Mi amigo pronuncia las palabras con una seguridad aplastante, pero lo conozco lo suficiente como para saber que por dentro está sufriendo de forma inevitable.

—Tranquilo, mandaré a alguien a por mis cosas para que ni siquiera tengas que volver a verme; a decir verdad, creo que esto es un alivio para ti, al fin hemos terminado, todo ha sido culpa mía y te has librado de mí. —Su voz suena tan rota que siento un pellizco en el corazón.

—Thiago… —lo llamo.

—No te preocupes, Sara, en realidad, lo esperaba y sé que es lo mejor —asegura, dedicándonos a ambos una triste sonrisa de despedida antes de salir por la misma puerta por la que nosotros acabamos de entrar.

—No puedo creerlo —musito cuando nos quedamos solos, dejándome caer en el sofá.

—Yo no quería hacerlo —manifiesta mi amigo con pesar, dejándose caer a mi lado.

—Lo siento mucho, Bruno, no puedo evitar sentirme culpable en cierto modo…

—No se te ocurra culparte por esto. Nuestra relación hacía aguas desde bastante antes de que tú te marchases, esto solo ha sido el detonante.

—Aun así, lo siento —murmuro, y lo abrazo con cariño.

—Estaré bien. —Intenta regalarme una sonrisa, pero no es capaz de mostrarla—. Y tú

también —me garantiza.

—¿Puedo preguntarte cómo lo supiste? —pregunto, ya que, a pesar de que no es el momento, estoy intrigada.

—Mi antigua máquina de escribir deja un espacio en la parte superior de la erre, y en las hojas que tú imprimiste todas las erres tenían exactamente la misma errata. Luego recordé que Thiago estuvo allí solo bastante rato aquella mañana y nada más tuve que juntar las piezas del puzle para hacerlas encajar.

—Ojalá te hubieses equivocado. —Suspiro.

—Yo prefiero haberlo descubierto. Soy de los que piensan que siempre es mejor conocer la verdad que vivir en la ignorancia.



Unos tenues pero agradables rayos de sol me acarician el rostro y cierro los ojos para disfrutar de ellos mientras me deleito con el sonido de las olas, que se precipitan contra la orilla a escasa distancia de mis pies.

Alguna que otra gota me salpica, pero, lejos de molestarme, me hacen sentir bien.

—Ha sido una buena idea venir a dar una vuelta —reconozco entre susurros.

—Por supuesto que lo ha sido, llevabas tantos días encerrada en esa habitación que empezabas a tener cara de vampiro —protesta mi madre, haciendo un mohín.

—Necesitaba terminar los últimos capítulos de mi novela —le recuerdo—. Y, después de todo lo ocurrido, tampoco es que tuviese el ánimo ni para salidas ni para fiestas —afirmo, fijando la vista en Calcetines, que corretea encantado jugando a esquivar el agua que de vez en cuando consigue mojarle las patas.

—¡No me puedo creer que todo fuese cosa de Thiago! —exclama ella, y frunce el ceño con desagrado.

—Ni yo —concedo—. Pero sigo pensando que es un buen chico, que cometió un error. Un error muy grande, lo reconozco, pero un error.

—Por supuesto que sí; a veces también las buenas personas toman malas decisiones —añade mi padre—. Nunca permitas que una mala acción te arrebate todos los buenos momentos compartidos.

—No lo hago, no obstante, lo siento muchísimo por Bruno. Intenta disimular para no preocuparme, pero lo conozco lo suficiente como para saber que lo echa de menos y, además, en parte se siente culpable y está hecho polvo. —Suspiro—. Incluso me dijo que entendería que quisiese denunciarlo, aunque, por supuesto, le dije que no.

—¿Estás segura de no tomar ninguna medida legal al respecto? —incide mi madre—. No me malinterpretes —se apresura a añadir—. No es que yo quiera que lo hagas, solo pretendo que estés convencida de cada paso que des al respecto.

—Estoy segura —afirmo tras unos segundos—. Denunciarlo no resolvería nada, creo que solo sería como meter el dedo en la llaga, como hurgar en la herida para que vuelva a sangrar, y lo considero del todo innecesario, bastante hemos tenido ya. Además, aunque no ha servido de nada, pues las imágenes ya están por todos lados, al menos Thiago tuvo la decencia de borrarlas.

—Sea como sea, al menos ahora sabes lo que pasó —declara mi padre, pasándome un brazo sobre los hombros.

Desvío la vista al mar y disfruto de su intenso color azul que enseguida me transporta a una

mirada que no se me va de la cabeza ni dormida ni despierta. Una mirada cálida y cercana que me dejó helada la última vez que se posó sobre mí con toda su rabia.

—Lo echas mucho de menos, ¿verdad? —susurra mi madre con voz pausada.

Ni siquiera me molesto en disimular.

—No te imaginas cuánto…

—¿Has intentado hablar con él de nuevo? —inquiere mi padre.

—Lo he llamado infinidad de veces, pero no me responde —confieso—. Ya no sé qué hacer.

Mi voz se quiebra y mi madre se detiene y me agarra por los hombros, obligándome a fijar los ojos en ella.

—Está dolido, se siente traicionado y es normal que sea así. Pero tú sabes lo que tienes que hacer —dice con firmeza.

—No es tan fácil —respondo con la voz quebrada.

¿Por qué no entienden que es pensar en ponerme delante de todo el mundo admitiendo quién soy en realidad y me falta el aire?

—Las cosas importantes nunca lo son —asegura mi padre, poniéndose, como casi siempre, de su parte.

—¿Y si lo hago y aun así no sirve de nada? ¿Y si me expongo y Carlos sigue sin querer hablar conmigo?

—Hija, vi cómo ese chico te miraba, te aseguro que está loco por cada uno de tus huesos. —Mi madre sonríe y me acaricia la mejilla—. Además, esto no deberías hacerlo por él, ni por ayudar a la gente del pueblo, por muy noble que sea eso; esto deberías hacerlo solo por ti.

—Es tu oportunidad de dejar de esconderte —manifiesta mi padre.

—Yo no me escondo —protesto—. Usar pseudónimo está a la orden del día y es algo completamente razonable.

—Sí, siempre y cuando lo uses por los motivos adecuados. Hay muchos escritores con pseudónimo, pero son personas reales. Tú te has convertido en un misterio, un fantasma al que nadie le pone cara, y lo has hecho por miedo… Te escondes; por mucho que tú lo niegues, sí que lo haces. Te apartas de la gente para evitar los ataques y no te das cuenta de que, al protegerte tanto, te estás perdiendo infinidad de momentos únicos y maravillosos que esta profesión podría regalarte —me asegura mi padre.

—No sabía que pensabais de esta forma —musito, con los ojos llenos de lágrimas, pues, aunque no me guste admitirlo, sé que en parte tienen razón—. Nunca me lo habíais dicho.

—Sabíamos que necesitabas tu tiempo y tu espacio —responde mi madre, acariciándome con dulzura la cabeza—. Siempre fuiste sensible, frágil y, en algunos aspectos, no lo tuviste fácil. Pero ahora es diferente, cariño. Tú eres diferente —matiza—. Eres más fuerte, más segura de ti misma, y sigues teniendo una mente maravillosa que el mundo merece descubrir.

—Estoy asustada —confieso.

—Solo puedo decirte que las decisiones que se toman por miedo suelen ser más fáciles, pero nunca las acertadas —me recuerda mi padre—. Calcetines es una buena muestra; si lo hubieses rechazado por tu pánico a los perros, ahora no lo tendrías a tu lado.

Observo al cachorro, que en poco tiempo se ha convertido en una parte fundamental de mi vida, y suspiro con pesadez.

Mi mente vuela de nuevo hasta Carlos y hasta todos esos momentos que compartimos juntos, y siento como el aire abandona mi cuerpo solo con imaginar que no lo vuelvo a ver.

Necesito tocarlo, sentirlo, ver esa sonrisa que me ruboriza y esa mirada que me atrapa hasta

hacerme enloquecer. Necesito una oportunidad, tan solo una, para poder explicarme y volver a estar con él.

Su ausencia me duele y su recuerdo también. Mis ojos se llenan de lágrimas y esta agonía que me atormenta recorre cada poro de mi piel. Me encantaría sentarme delante de mi teclado, sumergirme en una nueva historia y dejarme llevar por mi imaginación al igual que lo he hecho cada vez que las cosas se han torcido en mi vida, pero no soy estúpida y sé que, por mucho que lo intente, esta vez no va a funcionar.

Decida lo que decida estoy jodida. Me siento atrapada, perdida en un inmenso laberinto en el que, por mucho que corra y busque, no encuentro más que dos oscuras salidas, y ninguna de ellas me parece una opción porque, si bien es cierto que salir de mi preciado anonimato me produce pánico, la posibilidad de perderme una vida con él a mi lado por no haberlo intentado me da auténtico terror.

Capítulo 23

Todos a la plaza

Carlos

—¿Ni siquiera piensas cambiarte de ropa? —insiste mi hermana, poniendo los brazos en jarras.

—No —respondo escueto, pues no comprendo por qué narices de repente le ha dado por convertirse en mi estilista particular.

—Podrías ponerte algo que no pareciese recién salido de la Segunda Guerra Mundial —la secunda Carlota, colocándose a su lado con cara de pocos amigos.

Contemplo mi indumentaria, compuesta por los vaqueros rotos que uso para trabajar en el jardín y un viejo jersey de lana azul, y resoplo molesto.

—Si os molesta mi aspecto, ya sabéis dónde está la puerta —respondo—. Tampoco es que recuerde haberos invitado a entrar.

—Hijo, estás de un borde que no hay quien te soporte —me regaña Miguel desde la silla en la que permanece quieto observándonos a los tres.

Le dedico una mirada de advertencia. No es que nuestra amistad esté en el mismo punto en el que se encontraba antes de que pasase todo lo que ocurrió en la facultad… Pero poco a poco vamos consolidándola de nuevo y reconozco que recuperarlo ha sido lo único aceptable que me ha pasado desde… De inmediato, me obligo a eliminar ese pensamiento de mi cabeza.

—Si tan insufrible soy, no entiendo por qué los tres os empeñáis en atrincheraros en mi salón día tras día —farfullo.

—Porque, desde que volviste de la dichosa boda, te estás comportando como un niño pequeño: no sales de casa, casi no duermes y, prácticamente, no comes. Tienes preocupado a todo el pueblo —me recuerda mi hermana—. Y, por muy insoportable que seas, continúas siendo mi hermano, el único que tengo de hecho, y como mueras de inanición, mamá me deshereda —bromea, intentando relajar un poco la tensión.

—Por no hablar de que esta casa parece una pocilga. ¿Cuánto hace que no abres las ventanas para ventilar? —Carlota pone cara de disgusto—. ¡Como sigas a este ritmo, vamos a tener que llamar a un exterminador para poder entrar!

—Que sí, que sí, que por mí como si llamáis a los cazafantasmas para que se personen con todo su equipo aquí —rezongo, repanchigándome en el sofá.

—¿Y esa barba de tres días que te gastas? ¡Al menos te podrías afeitar! —las apoya Miguel de nuevo.

El sonido de la puerta al cerrarse hace que todas las miradas, menos la mía, se centren ahí. Yo ni me molesto en girarme, pensando que debe de tratarse de otro vecino metomentodo, por lo que continúo tumbado, sin incorporarme.

—¡Ya era hora! —protesta Erin.

—He llegado en cuanto he podido —contesta una voz que capta toda mi atención y me hace enderezarme en el sillón justo en el instante en que Bruno se planta delante de mí con aspecto arrogante.

—¿Y a ti qué cojones te ha pasado? —me increpa—. Con esas pintas, parece que Pedro Picapiedra, el yeti y tú os habéis vuelto inseparables.

—¿Se puede saber qué narices haces en mi casa? —le pregunto, debatiéndome entre el asombro y el enfado.

—¡Al menos podríais haberlo duchado! ¡Menudo olor a sudor y pollo asado! —dice, dirigiéndose a mis acompañantes.

—¡Ja! ¡Como si no lo hubiésemos intentado! —le indica Carlota, negando con la cabeza.

—¿¡Qué narices haces en mi ca-sa!? —repito la pregunta alzando la voz, en vista de que no me ha contestado y se dedican a hablar de mí como si yo no estuviera delante.

De repente, una idea se cuela con fuerza en mi cabeza y siento como la angustia me atenaza el pecho y me oprime el corazón.

¿Y si le ha pasado algo a…?

—¿Sara está bien? —pregunto con cierto temblor en la voz.

Su mirada se torna dura y gélida antes de responder.

—Todo lo bien que puede estar desde que un mierda se largó sin molestarse en escucharla ni dejarla hablar. —Su respuesta me indigna y enfada a partes iguales.

—¿Me estás llamando mierda? —cuestiono, levantándome de golpe.

—Desde luego, hueles como tal —replica él sin amilanarse.

Escucho como Miguel ahoga una carcajada y le dedico un corte de manga sin despegar los ojos del que acaba de llegar.

—No me toques los huevos que, si quieres fiesta, la vas a encontrar —siseo entre dientes, encarándolo.

—Mira, imbécil, tú me importas entre cero y nada; por mí, como si te vas a vivir a una comuna *hippy* o te haces budista en el Himalaya —me suelta como si tal cosa—. Pero por Sara haría cualquier cosa y, aunque no entiendo muy bien el por qué, ella parece tener el mal gusto de quererte en su vida, así que aquí estoy, intentando darte la oportunidad de arreglar lo que tú solito te has encargado de estropear.

—¿¡Yo!? Fue ella la que escri… —comienzo a gritar, pero, harta del espectáculo, Erin no me deja ni acabar.

—¡Por el amor de Dios! ¡Sara no escribió esas hojas! —exclama, con la vista clavada en mí.

—¿Cómo? ¡Pero si yo las vi! ¡Vi los apuntes y las hojas escritas a máquina! —protesto, perplejo, sin comprender nada.

—Los apuntes eran suyos, pero lo que había escrito en las hojas, no. Thiago cogió sus notas y las usó —confiesa Bruno y, aunque intenta permanecer impasible, el rastro de dolor que se refleja en sus ojos es inconfundible.

—¿Thiago, tu novio? —pregunto, dejándome caer de nuevo en el sillón.

—Mi *exnovio* —certifica, sin alterar su tono de voz.

—Pero entonces, yo… —murmuro, llevándome las manos a la cabeza.

—Entonces tú la has cagado por segunda vez como un campeón —me acusa él, apretando los puños a ambos lados de su cuerpo.

La confusión me embota la cabeza y mi corazón comienza a latir desbocado al pensar en

nuestros últimos minutos juntos y recordar cómo la he tratado.

—Pero ¿por qué? ¿Con qué intención? —cuestiona Carlota—. ¿No se supone que Thiago y Sara eran amigos?

—Es una historia larga… Pero resumiendo, digamos que quería que Sara dejase el pueblo a causa de una lista larga de celos e inseguridades.

—Pues vaya si lo consiguió —comenta Miguel—. La pobre dejó aquí todas sus cosas y ni las recogió.

—Pues sí, sobre todo, gracias al lumbreras este que se empleó a fondo para dejarle claro lo mucho que la odiaba —dice Bruno, sin ocultar el desprecio que siente en su voz.

—Yo lo mato —murmura Erin.

—Me ahorrarías un trabajo, pero no tenemos tiempo para chorradas —afirma Bruno, fijando sus ojos en mí de una forma amenazante—. Así que ahora, si todavía tienes dos dedos de frente, te recomiendo que levantes el culo del sillón y vengas conmigo a la plaza para intentar solucionar todo este follón antes de que sea demasiado tarde.

—¿A la plaza? —repito, cada vez más confuso—. ¿Qué se supone que se me ha perdido a mí en la plaza? ¡Lo que necesito es ir a buscar a Sara, no ir a la plaza!

—¿Puede alguien hacer el favor de encender la televisión? —pregunta Bruno con voz condescendiente.

Carlota lo hace de inmediato y los ojos casi se me salen de las órbitas al ver la plaza de mi pueblo en directo en varios canales mientras ella va pulsando los botones del mando.

—¡Para! —grito, acercándome al aparato como si al hacerlo la imagen fuese a desintegrarse.

Carlota se detiene y leo el titular de la noticia sin dar crédito.

La *best seller* S. Harrison convoca por primera vez una rueda de prensa en el escenario de su última novela

—Es broma, ¿no? —planteo señalando la pantalla con un dedo.

—Me temo que no… —murmura de mala gana Bruno—. Dado que la imagen del pueblo quedó tocada y que tú no le cogías el teléfono, Sara decidió saltar a la palestra para aclararlo todo.

—¡Pero si no quería que nadie se enterase de quién era! —exclamo, boqueando como un pez.

—Pues ya ves, las cosas cambian… —comenta él torciendo el gesto.

—¿Esto es por mi culpa? —me señalo—. No me digas que está haciendo esto por mi culpa.

Me siento fatal. Sé lo importante que era para ella mantenerse en el anonimato, y ahora va a exponerse delante de todo el mundo por… ¿mí?

—Hombre, digamos que, si le hubieses cogido el móvil o te hubieses dignado a escucharla, igual a esto no habríamos llegado —me dice en tono hosco su amigo.

—La madre que me parió —murmuro, pasándome las manos por el pelo mientras comienzo a caminar de arriba abajo por el salón.

—Que es la misma que la mía —interviene mi hermana.

—¡Hay que parar todo esto! —murmuro, dándoles voz a mis pensamientos.

—No se puede, los periodistas ya están ahí y Sara debe de estar a punto de llegar a la plaza. —Por primera vez desde que entró, su voz se suaviza un poco—. Pero ya que ella ha tenido el valor de dar este paso, lo mínimo que deberíamos hacer, si dejas de dar vueltas por el salón, es estar allí, con ella, para apoyarla.

—Sí, sí, claro. Vamos —digo con el corazón desbocado, caminando hacia la puerta.

—¡Carlos! —me llama Miguel, haciendo que me detenga de mala gana.

—¿Qué? —pregunto, girándome hacia él.

—Ya que eres el alcalde y se trata de no empeorar la imagen del pueblo, deberías al menos quitarte las chanclas y ponerte unas zapatillas o unos zapatos.

Bajo la vista a mis pies y lanzo las chanclas contra la pared. Acto seguido, cojo las deportivas que tengo en la entrada y salgo como una exhalación antes de darle tiempo a nadie a decirme nada.

Capítulo 24

S. Harrison

Sara

La plaza está llena hasta los topes, muchos medios de comunicación incluso han conseguido el permiso de los vecinos para colocarse con sus cámaras en las ventanas de algunas de las casas y en casi todos los balcones.

Los habitantes del pueblo me sonríen, animados por el movimiento inusual que se vive en los alrededores, al verme caminando por la calle e imagino que eso no sería así si creyesen que soy yo la que ha dicho esas cosas tan feas que se están comentando sobre ellos y su hogar en las televisiones y las redes sociales.

Una pequeña esperanza prende en mi pecho al comprender que la única explicación posible para esto es que Carlos, a pesar de su enfado, no les haya contado todavía quién soy en realidad y lo que se supone que les he hecho, y eso, aunque no disipa ni un poco mi angustia, me ayuda a caminar por las calles sin miedo de que nadie me vaya a reclamar.

Pienso en él y no puedo evitar preguntarme si todo esto servirá de algo en realidad. Entonces recuerdo las palabras de mi madre y me repito que este es un paso que necesito dar. Algo que hago por mí y, pase lo que pase a partir de este momento, nunca dejaré que el miedo me vuelva a condicionar.

Inspiro con fuerza, porque decirlo es mucho más sencillo que llevarlo a cabo y, aunque llevo repitiéndome a modo de mantra que solo tengo que subir ahí y explicar la verdad, desde que esta mañana me he levantado sin apenas dormir, hasta ahora, que estoy a punto de subir los tres escalones que me separan del improvisado atril que Miguel ha montado para mí en medio de la plaza, apenas consigo mantenerme en pie y respirar.

Un sudor frío me recorre la columna y mis manos hormiguean con intensidad en el momento en que me doy cuenta de que estoy a punto de hacerlo, y de inmediato comienzo a hiperventilar.

Como una autómata, y sin darme tiempo a retroceder, me coloco delante del micrófono y me toco el pelo con gesto nervioso una y otra vez.

En primera fila, la familia al completo de Bruno, con Roi e Iria a la cabeza, ha venido a apoyarme en este momento. También mis padres aguardan, lanzándome miradas de ánimo en silencio. A su lado, mi editora y la directora editorial están aquí, conscientes de que este momento no solo es importante a nivel personal para mí. Al único que no veo es a Bruno… No tengo ni idea de dónde ha podido meterse, pero rezo por que venga, porque hoy más que nunca necesito que esté aquí, conmigo, como lo ha estado siempre.

Sobre todo, cuando poco a poco todos los murmullos van cesando y las miradas curiosas de

los vecinos y gente llegada de otras partes se unen a las de los ávidos e impacientes periodistas, posándose todas sobre mí.

Solo espero que cuando Carlos vea esto en televisión o en las redes o donde sea que lo vea, se dé cuenta de que las cosas no son como él creía. Pero si eso no pasa, si aun así decide que no quiere escucharme ni volver a verme, yo me sentiré igualmente orgullosa de mí.

—Buenas tardes y gracias a todos por venir. —Mi voz suena temblorosa y tan débil que, de no ser por el micrófono, ni siquiera me escucharían en la primera fila. Por suerte, los altavoces se encargan de que llegue a cada uno de los que están aquí.

Inspiro con fuerza y me infundo ánimos para seguir.

—Mi nombre es Sara, aunque muchos de vosotros me conocéis como S. Harrison.

El murmullo general se vuelve ensordecedor al mismo tiempo que decenas de *flashes* me apuntan a la cara. Mientras las cámaras disparan sin compasión, la gente, que hasta ahora solo se colocaba delante, rodea por todos lados el atril.

Mis piernas tiemblan tanto que, por un momento, temo desmayarme y me aferro a la madera con ambas manos.

—Desde pequeñita, me encantaba refugiarme tras las letras y las palabras, creando historias, vidas y personajes, y he tenido la gran suerte de que con el tiempo eso que tanto me hacía disfrutar ha llegado a convertirse en mi profesión —me apresuro a comenzar antes de perder el valor—. He vivido con intensidad cada una de las historias que he plasmado en mis libros. Las he soñado, padecido y disfrutado, y esos mismos sentimientos son los que espero haber generado durante todo este tiempo en cada lector que ha dedicado un pedacito de su tiempo a sumergirse en las novelas a las que ha dado vida mi imaginación.

Hago una nueva pausa cuando una arcada asciende por mi garganta y me obligo a permanecer en pie, pero los *flashes* aumentan y el pánico lo hace a su vez, invitándome a correr.

Mis dedos sudorosos se crispan sobre los laterales del atril y, con la respiración tan acelerada que el pecho comienza a dolerme de forma incontrolada, recorro a la muchedumbre que se agolpa frente a mí buscando una salida, una forma de huir de aquí, hasta que, sin previo aviso, lo veo a él, con la vista fija en mí…

Ahí, de pie, con la mandíbula apretada y los ojos vidriosos, al lado de Bruno quien me observa con una mezcla de orgullo y aprensión. Ahora comprendo por qué Bruno no estaba con su familia; él, que nunca deja nada a la improvisación, debió decidir ir en busca de Carlos. Carlos entrelaza su mirada con la mía y, como por arte de magia, mis pulsaciones se van calmando y, poco a poco, la seguridad vuelve a mí.

—Nunca hasta ahora había sentido la necesidad de compartir mi identidad con vosotros, pero hace un par de meses todo cambió para mí. Y ¿sabéis por qué?

Los presentes se miran los unos a los otros.

—Porque tuve la gran suerte de que un alcalde, cabezota y persistente, me arrastrara hasta aquí.

La sonrisa que se dibuja en el rostro de Carlos es como un bálsamo para mi maltrecho corazón. Sin apartar mis ojos de los suyos, parpadeo varias veces, intentando contener la emoción transformada en lágrimas que humedece mis pestañas, y me apresuro a seguir.

—Venir a este pequeño pueblo ha supuesto una aventura y un cambio, pero lo más importante es que aquí no solo he encontrado un lugar con magia que merece la pena descubrir, sino que también tuve la suerte de tropezar con algo que no esperaba, con algo que nunca me había atrevido a buscar; aquí encontré una parte diferente de mí que ni siquiera sabía que podía encontrar.

»Mirad a vuestro alrededor y veréis un pueblecito peculiar en el que sus habitantes siempre están pendientes de lo que los demás puedan necesitar y cuyas puertas nunca necesitan cerrarse.

»Un sitio que, a pesar de no tener supermercado, tiene una panadería mejor que la de cualquier ciudad y cantidad de productos y verduras ecológicas que hacen las delicias de cualquier paladar.

»Sus ríos, sus caminos, sus casas, incluso la plaza en la que estamos ahora tienen un encanto singular que no se puede pasar por alto y que todos deberíamos poder disfrutar.

»Pues bien, este maravilloso lugar es el escenario principal de mi próxima novela, y en parte, gracias a las páginas que se han publicado en mi nombre calumniando mi trabajo y esta belleza de lugar, hoy sentí la necesidad de citaros en este sitio para que vosotros mismos pudieseis comprobar que nada de lo que se dice en esos papeles es verdad.

—Si no fuiste tú, ¿quién publico esos papeles en tu nombre? —se escucha preguntar a uno de los periodistas apostados en la primera fila.

Mi mirada vuela hasta Bruno y sonrío con convicción al afirmar:

—No importa quién ha sido ni por qué. Eso es algo que probablemente nunca sabré —miento—. Lo cierto es que las acciones de esa persona, por desafortunadas que hayan sido, me han dado el valor suficiente para ponerme hoy aquí delante de vosotros, miraros a los ojos para defender mi verdad y daros las gracias.

El silencio es casi denso y me animo a continuar.

—Gracias por acompañarme con cada novela a lo largo de este camino que espero transitar a vuestro lado durante muchos años más, porque vosotros, los lectores, sois los que dais sentido y vida a cada libro, y espero que en vuestro recuerdo cada una de las historias que mi mente imagina se convierta en eternidad.

Paseo la vista de nuevo por todos los presentes que, sin parpadear, mantienen su atención fija en mí y, cuando intento encontrar de nuevo a Carlos, él ya no está allí.

Un vacío se apodera de mi estómago. «¿Se habrá ido?», me pregunto mientras un vértigo repentino se apodera de mí. Aun así, inspiro con fuerza y sonrío al añadir:

—Soy Sara, y también soy S. Harrison, una humilde escritora que aspira a que cada una de las historias que construye consiga haceros vivir mil vidas, reír, sentir, llorar y, sobre todo, soñar. Si al menos una vez logro despertar en un solo lector una de estas emociones, mi trabajo habrá merecido la pena. Gracias.

Y, sin más, me doy la vuelta y, todavía con las piernas temblando, desciendo los tres escalones que separan el atril del suelo donde, sin previo aviso, me veo rodeada por una marea de personas y micrófonos que hablan a la vez, empujándome y dándome apenas margen para reaccionar o poder moverme.

Alzo la barbilla, buscando un poco de oxígeno, y mis ojos chochan de lleno con su mirada.

Abriéndose paso sin demasiados miramientos, se coloca ante mí, pone un brazo en la parte posterior de mis rodillas y me alza del suelo.

Aspiro su aroma y me agarro con fuerza a su cuello, apretando la mejilla contra su pecho mientras él intenta sacarnos a los dos de allí. Le cuesta avanzar, pero me da igual. Está a mi lado, aquí, conmigo… Por lo que a mí respecta, el resto del mundo ha dejado de importar.

Capítulo 25

Confesiones en el río

Carlos

Cuando llegamos, tanto en la plaza como en las calles aledañas no entra ni un alfiler. Entre curiosos y periodistas, más de doscientas personas tiene que haber.

Mis ojos la recorren de arriba abajo con avidez y una mezcla de culpa y orgullo me atraviesa el cuerpo entero al verla ahí, aguantando el tipo a pesar del ligero temblor que percibo en su barbilla y de la forma en que sus dedos se aferran a la madera, como si estuviese a punto de ahogarse y ese fuese su único salvavidas.

Su voz suena más serena de lo que cabría esperar y, cuando sus ojos se encuentran con los míos y percibo las lágrimas humedeciéndolos, siento unas inmensas ganas de darme cabezazos contra la pared y ponerme a gritar.

¿Cómo he podido ser tan estúpido como para pensar que ella podría haber escrito algo así? ¿Cómo he podido evitarla hasta el punto de hacerla exponerse así?

La escucho alabar el pueblo y una cálida sensación anida en mi pecho, haciéndome sonreír.

¡Está preciosa! Y, aunque cada uno de los días que hemos estado separados la he extrañado de una forma dolorosa, ni siquiera he sido consciente de la falta que me hace hasta que no la he tenido de nuevo frente a mí.

—Panda de buitres carroñeros —escucho murmurar a Bruno, que contrae el gesto cuando alguien le pregunta quién fue el artífice de la publicación.

Sin embargo, ella sale airosa de la pregunta y un cariño sincero y genuino se refleja en la cara del hombre, que permanece impasible a mi lado sin apartar los ojos de su amiga.

—Esa es mi chica —susurra.

—En realidad, es mi chica —le recuerdo, sin apartar la vista de ella.

—Siempre será un poco mía, pero me imagino que, a partir de ahora, no me va a quedar otra que compartirla —comenta, fijando sus ojos en mí mientras esboza la primera sonrisa sincera que me ha dedicado desde que lo conocí—. Eso sí; como vuelvas a cagarla, no vas a vivir para contarlo —me advierte y, al igual que la primera vez, parece hablar completamente en serio.

—Estos días sin ella han sido suficiente tortura, te aseguro que no es algo que pretenda repetir otra vez —siseo.

—Pues empieza a moverte que ya estás tardando —sugiere, señalando el atril del que Sara se dispone a bajar.

A codazo limpio, y sin muchas contemplaciones, me abro paso entre la gente, intentando llegar hasta ella. Pero no es tarea fácil, las personas se apretujan, la rodean y le lanzan decenas de preguntas sin dejarla responder siquiera a la primera.

Parece agobiada y bastante sobrepasada, pero, cuando al fin consigo alcanzarla y sus ojos se encuentran con los míos, su expresión se relaja y cambia.

Sin dudarlo, y sin inmutarme por las miradas que se posan sobre nosotros, la cojo en brazos y la arrimo contra mi cuerpo. Lejos de apartarse, ella pega la mejilla a mi pecho y eso es todo lo que necesito para salir de aquí como si me fuese la vida en ello.

En cuanto consigo escabullirme del meollo, giro a la izquierda a toda velocidad, intentando dar esquinazo a los periodistas que vienen detrás.

—¿Necesitáis ayuda? —pregunta Bruno desde una de las bocacalles, bajando la ventanilla de su coche.

Nos dirigimos de inmediato hacia allí, la dejo con cuidado en el suelo y, cogidos de la mano, nos metemos en el asiento trasero del vehículo.

—Arranca —le pide Sara a su amigo, mirando por la ventanilla.

Él obedece y nos vamos a toda velocidad.

—Nena, has estado increíble —le asegura, mirándola por el espejo retrovisor.

—No podía dejar de temblar —reconoce ella.

—Lo has hecho genial —afirmo, apretándole la mano con suavidad.

El coche se dirige hacia la entrada del pueblo y toma el desvío que conduce al río.

—No creo que pueda aguantar esto —susurra ella.

—No tendrás que hacerlo, hoy has sido la novedad, llevaban tanto tiempo especulando con tu identidad que esto era de esperar. Sin embargo, ahora que has dejado de ser un misterio, dentro de unos días todo se calmará y podrás vivir con normalidad —intenta animarla Bruno.

—¿Estás seguro? —Sara se muerde el labio, dubitativa.

—Tan seguro como que las pintas de este son un atentado contra el buen gusto a nivel mundial —afirma con un movimiento de cejas, señalando con la cabeza en mi dirección antes de aparcar el coche en una explanada del río—. Y ahora, tortolitos, voy a dejaros a solas para que podáis hablar —dice una vez apaga el motor, volviéndose hacia los dos—. Pero antes déjame decirte, cariño, que has estado insuperable y que hoy, al verte ahí arriba enfrentándote a tus miedos, me he sentido tan orgulloso que por un momento he pensado que iba a explotar.

Los ojos de Sara se humedecen y se echa hacia delante para besar la mejilla de su amigo.

—¿Cómo vas a volver al pueblo? —me intereso, preocupado, pues no tengo claro que sepa regresar solo desde aquí.

—Hace un día perfecto para pasear —asegura guiñándome un ojo mientras se baja del coche, segundos antes de echar a caminar.

Lo vemos alejarse y, después, ambos nos quedamos en silencio, mirándonos el uno al otro como si temiésemos que estar de nuevo juntos fuese un espejismo y no algo real.

Mis dedos avanzan con timidez hasta acariciar su mejilla con suavidad.

El simple roce hace que mi cuerpo se agite y mi corazón se acelere de pura felicidad.

—Lo siento, Sara. Lo siento de verdad. —La voz apenas sale de mi garganta, no obstante, lejos de detenerme, siento una necesidad imperiosa de continuar—. Soy un gilipollas, un idiota que nunca debió dudar de ti.

—Quise explicártelo todo, pero no encontré la forma y luego no querías hablar conmigo ni saber nada de mí —responde ella.

—Debí escucharte, pero el dolor me cegó al pensar que detestabas mi forma de vida y que te estabas riendo de mí —confieso.

—Yo nunca haría algo así. Después de todo lo que pasamos, ya deberías saber lo que siento por ti.

—Lo sabía, lo sé, pero cuando vi esas hojas… —Muevo la cabeza con fuerza, intentando olvidar ese momento.

—Estos días han sido una tortura —manifiesta ella, entrelazando su mirada con la mía.

—Sé que no es un consuelo, pero te aseguro que también lo han sido para mí —susurro, trazando con las yemas de mis dedos el contorno de su mandíbula antes de añadir—: Y sé que no tengo ningún derecho a pedírtelo, pero necesito que me perdones porque no puedo ni quiero imaginarme pasar ni un solo día más sin ti.

Las lágrimas descienden por su rostro y siento como un cumulo de emociones se arremolinan dentro de mí.

—Te quiero, Sara, y si me das la oportunidad de intentarlo, prometo dejarme hasta el alma para hacerte feliz —le aseguro, dando voz a mi corazón para que sea él el que hable—. Eres inteligente, valiente, dulce y especial. Sé que adoras vivir en tu ciudad y que lo del pueblo era solo algo temporal, pero tienes que saber que no pretendo que renuncies a nada, ni que tengas que cambiar por mí, solo quiero caminar de tu mano, ser tu compañero, tu amigo, tu amante y la persona que siempre consiga hacerte sonreír. Quiero noches a tu lado y pasar juntos muchos amaneceres sin dormir; quiero cuidarte, abrazarte cuando haya tormenta, apoyarte y, en definitiva, lo quiero todo si es junto a ti.

Un sollozo escapa de su garganta.

—Yo también te quiero. No sé en qué momento sucedió, pero, en algún punto de esta historia, conseguiste colarte bajo mi piel y convertirte en el dueño de mi corazón —dice, enredando sus manos en mi pelo.

Nuestras miradas se unen, acariciándose en silencio, mientras mis labios descienden hasta llegar a los suyos, y nos fundimos en un beso. Un beso apasionado y tierno que nos quema, un beso de esos que no se da solo con la boca, sino con todo el cuerpo, un beso cargado de confianza, lealtad, necesidad y deseo. Un beso que sabe a esperanza, anhelo, futuro y comienzo.

Epílogo

Sara

—Buenos días, Dolores —la saludo con una sonrisa, asomándome por la panadería.

—No podrían ser mejores —responde la mujer, con la piel manchada de harina y una enorme sonrisa dibujada en su arrugado rostro.

—¿Cómo van los bollos? —me intereso, a pesar de que estoy segura de que tiene la situación más que controlada.

—Dos bandejas listas y la última a puntito de salir del horno. En cuanto estén, Manolo los acercará al set de rodaje —contesta satisfecha—. Y con esta ayudante que me he buscado, podría hacer hasta cinco bandejas más —asegura, mirando con los ojos chispeantes de la emoción a Daniela, la hija de Iria y Roi, que siente devoción por la anciana y siempre que viene al pueblo se pasa las horas con ella.

—¡Sara! ¡Llevo un rato buscándote! ¡Los de vestuario están desquiciados llamándote! —dice Bruno, que aparece justo por detrás, acompañado de Hugo, su nueva pareja y nuestro maquillador estrella.

—Enseguida voy —digo, tachando la línea de la comida de la lista que llevo en la mano.

—Más te vale, como sigan llamándome preguntando por ti, te juro que tiro el teléfono al mar —me advierte.

—Será al río —lo corrijo, conteniendo una carcajada.

—Los dos tienen agua, ¿no? ¡Pues ya está! —exclama él antes de salir en sentido contrario, pasando un brazo por los hombros de su acompañante.

Con paso decidido, me encamino hacia el set, pero no doy ni dos pasos cuando unos brazos me interceptan, rodeándome la cintura por la espalda.

—¿A dónde vas con tanta prisa? —La voz de Carlos acaricia mi oído y sus labios atrapan el lóbulo de mi oreja.

Sonriendo, poso las manos sobre sus brazos y pego la espalda a su pecho, dejándome mimar.

—Los de vestuario me reclaman —le comunico—. Por cómo lo dijo Bruno, debe de estar a punto de ocurrir una hecatombe mundial. —Me río.

—Por mí como si el mundo explota ya —responde él—. Llevo casi veinticuatro horas sin verte y ahora que al fin te tengo no te vas a escapar.

Me vuelvo y lo miro a los ojos, irradiando felicidad. Me siento tan plena y enamorada que a veces aún me cuesta creer que todo esto esté pasando en realidad.

Lo cierto es que a nuestro alrededor todo ha cambiado mucho durante los dos últimos años, y estoy tan contenta que no podría pedir más.

A los seis meses de mi «presentación oficial» y de nuestra posterior reconciliación, en las

siguientes elecciones municipales, Carlos decidió renunciar a presentarse de nuevo como alcalde, para ejercer como arquitecto, su verdadera pasión, asegurándose antes, eso sí, de que el cargo iba a parar a manos de un digno sucesor o, mejor dicho, sucesora, porque fue Erin quien se presentó y asumió el puesto, combinándolo con su negocio de turismo rural, el cual, por cierto, no para de crecer.

Por nuestra parte, nosotros decidimos que es una tontería tener una sola casa cuando podemos tener lo mejor de ambos mundos, así que, por el momento, como nuestros proyectos nos lo permiten, pues para trabajar solo necesitamos un ordenador, alternamos unos meses en mi casa y otros en el pueblo; ambos sitios nos encantan y es una forma de no tener que renunciar a ninguno de los dos.

En lo que al pueblo se refiere… Las cosas aquí van cada día mejor. Varios jóvenes se han unido al censo de vecinos para emprender diferentes negocios, e incluso Bruno decidió comprarse aquí una pequeña casita que todavía estamos reformando, muy cerca de la de Carlos.

Después de mi rueda de prensa y de la publicación de mi libro, empezaron a aumentar las visitas y Erin decidió comenzar a organizar *tours* guiados por algunos de los escenarios de mi historia aprovechando la oportunidad.

En cuanto a eso… Después de un año en el mercado, la novela estaba funcionando tan bien que una productora decidió firmar un contrato con la editorial para grabar una serie basada en ella y, como no podía ser de otra forma, las grabaciones se llevan a cabo aquí y las vecinas andan todas locas esperando convertirse en estrellas.

—¿En qué piensas? —me pregunta Carlos, rozando con la suya la punta de mi nariz.

—En lo que nos ha cambiado la vida desde el primer momento que llegué aquí.

—Y lo que nos queda… —murmura, acercando sus labios a los míos.

—Una historia entera por escribir —aseguro.

—¿Qué tipo de historia? —pregunta juguetón.

—La más especial y maravillosa de todas si la vivo junto a ti —replico, poniéndome de puntillas para atrapar sus labios, convencida de que este no es más que el primer capítulo de todos los que están por llegar.

Tu valoración me importa

Muchas gracias por haber llegado hasta aquí, ¡no te imaginas la ilusión que me hace! A continuación, tu Kindle te pedirá que evalúes este libro. Por favor, haz un último esfuerzo, puntúalo y, si puedes, deja una breve opinión. Apenas te costará unos minutos y yo te lo agradeceré eternamente.

Con cariño

Andrea López

Biografía



Andrea López nació en Vigo en 1984, donde reside desde entonces. Ha estudiado administración y dirección de empresas, pero a día de hoy, se dedica en exclusiva a su faceta de escritora.

Algunas de sus novelas más destacadas son las pertenecientes a las series sueños, fuego y hermanos, también La chica de las zapatillas de colores, Un secreto en las Highlands, Un tropiezo inesperado o El lugar donde todo empezó, está última publicada con la editorial Harper Collins. A día de hoy ha publicado en total trece novelas.

Todas ellas, historias de romántica contemporánea pero siempre entremezclado el romance con diferentes subgéneros como el suspense o el drama.

.andrealopezescritora.com

Andrea López Saborido

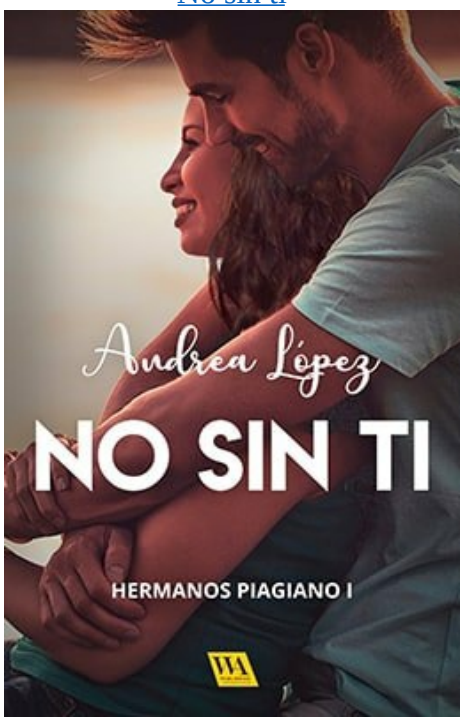
@andrealosab

andrealopez_escritora

Otros libros de la autora

Todos los libros tienen la versión audiolibro publicado en todas las plataformas digitales

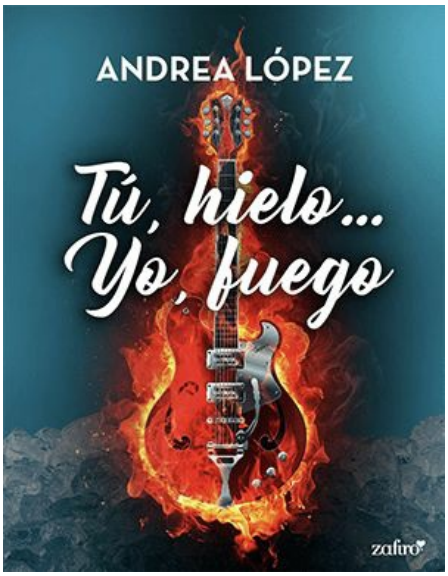
No sin ti



Lo encontré en tus ojos


Andrea López
LO ENCONTRÉ EN TUS OJOS
HERMANOS PIAGIANO II

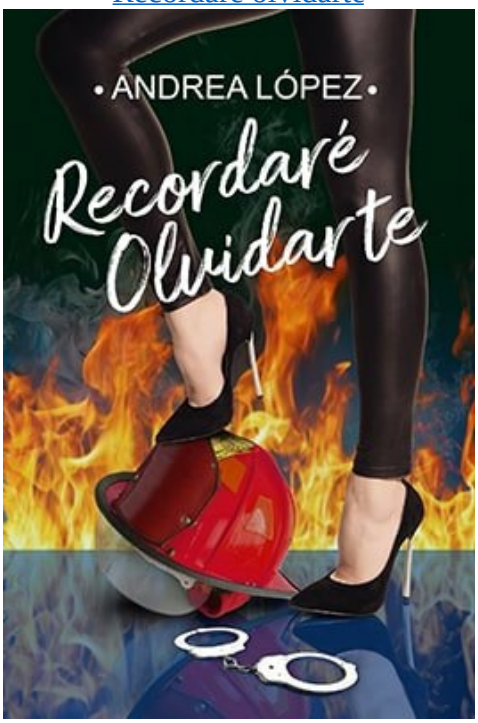
Tú, hielo ... Yo, fuego



Pintaré estrellas por ti



Recordaré olvidarte



¿Quieres soñar conmigo?



¡Ni en tus sueños!



Un sueño muy peligroso



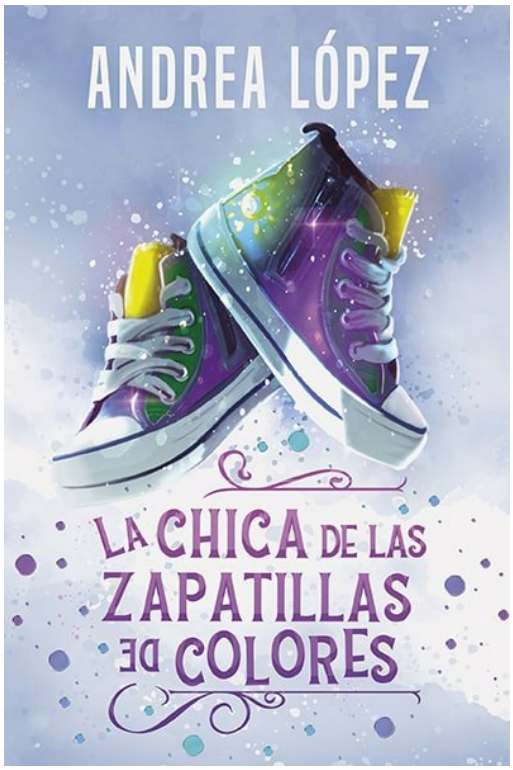
Un sueño para Mica



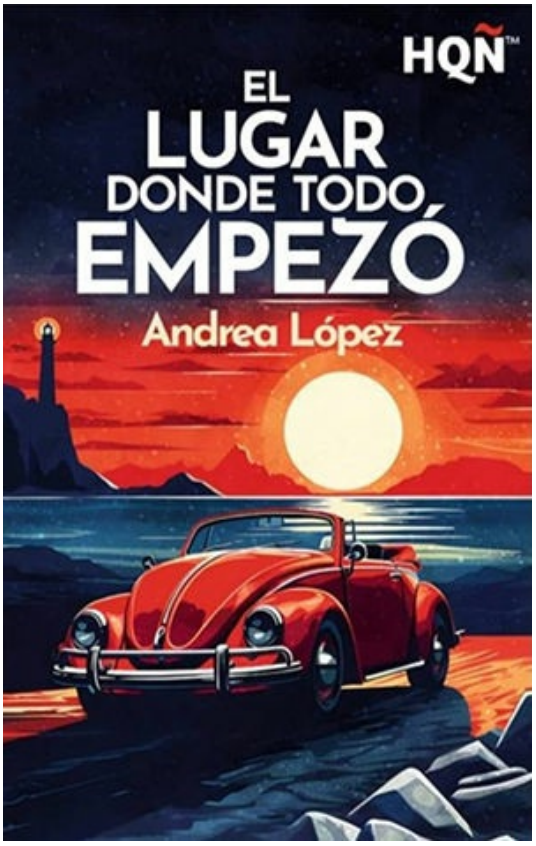
La Herencia



La chica de las zapatillas



El lugar donde todo empezó


HQÑ
EL LUGAR DONDE TODO EMPEZÓ
Andrea López

Un secreto en las Highlands



La búsqueda


ANDREA LÓPEZ - NESA COSTAS - ANTÍA EIRAS
EL SECRETO DE LAS BRUJAS
LA BÚSQUEDA

La batalla final



Un desafío inesperado


Un tropiezo inesperado
ANDREA LÓPEZ